



ANGELA MERKEL
LIBERTAD

RBA



ANGELA MERKEL
LIBERTAD

RBA

Titulo original alemán: *Freiheit. Erinnerungen 1954-2021.*

© Kiepenheuer & Witsch.

© del texto: Angela Merkel y Beate Baumann, 2024.

© de la traducción: Christian Martí-Menzel

y Rebeca Bouvier Ballester, 2024.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2024.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: octubre de 2024.

ISBN: 978-84-1132-848-7

Ref.:OBDO372

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE. «NO NACÍ PARA SER CANCELLER»](#)

UNA INFANCIA FELIZ

A VER MUNDO

EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA RDA

SEGUNDA PARTE. UN DESPERTAR DEMOCRÁTICO

UNIDAD Y JUSTICIA Y LIBERTAD

POR MI PROPIA CUENTA

TERCERA PARTE. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

RECONSTRUCCIÓN DEL ESTE

IGUALDAD DE DERECHOS

SOSTENIBILIDAD

¿POR QUÉ LA CDU?

CUARTA PARTE. AL SERVICIO DE ALEMANIA I

LA PRIMERA

UN CUENTO DE HADAS ESTIVAL

ANFITRIONA EN UNA SILLA DE PLAYA

CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL

LA CRISIS DEL EURO

UCRANIA Y GEORGIA, ¿MIEMBROS DE LA OTAN?

PAZ Y AUTODETERMINACIÓN EN UCRANIA

«LO LOGRAREMOS»

QUINTA PARTE.

UNA CARA AMABLE

UN MUNDO CONECTADO: EL NUDO LLANO

CLIMA Y ENERGÍA

MISIONES DE LAS FUERZAS ARMADAS

ISRAEL

KAIRÓS

LA PANDEMIA

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTA EDITORIAL

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

NOTAS

ANGELA MERKEL

con
Beate Baumann

LIBERTAD

Memorias (1954–2021)

TRADUCCIÓN DE
Christian Martí-Menzel
y Rebeca Bouvier Ballester

RBA

PRÓLOGO

Este libro cuenta una historia que como tal nunca más se repetirá, aunque solo sea porque desde 1990 el país en el que residí durante treinta y cinco años ya no existe. A principios de 2022, pocas

semanas después de cesar en mi cargo de canciller, un interlocutor me comentó que si la hubiera ofrecido a una editorial como una novela de ficción me la habrían rechazado. Sabía de qué hablaba, y precisamente por la historia que cuenta, inverosímil y real al mismo tiempo, se alegró de que me hubiera decidido a escribir este libro. Tenía claro que contarla, reproducir sus diferentes líneas, dar con su hilo conductor, enumerar sus momentos decisivos, podía ser importante para el futuro.

Durante mucho tiempo no pude ni imaginarme que escribiría este libro. Pero, por lo menos en parte, eso cambió por primera vez en el año 2015. Por aquel entonces, en la noche del 4 al 5 de septiembre, decidí que no iba a prohibir el paso a los refugiados que llegaban desde Hungría hasta la frontera germano-austríaca. Viví esa decisión, y en especial sus consecuencias, como un punto y aparte, un antes y un después, en mi etapa como canciller. Fue entonces cuando me propuse que algún día, cuando ya no ocupara el cargo de canciller, explicaría de una forma que solo el libro hace posible el desarrollo de los acontecimientos, los motivos de aquella decisión, así como mi idea de Europa y de la globalización relacionada con todo ello. No quería que fueran otros los que explicarían e interpretarían por mí lo sucedido.

Sin embargo, aún seguía siendo canciller. Se celebraron las elecciones generales de 2017 y asumí el cargo por cuarta vez. Los dos últimos años de mi mandato estuvieron marcados básicamente por las restricciones que trajo consigo la pandemia del coronavirus. Tal como afirmé públicamente en multitud de ocasiones, tanto a escala personal, como nacional, europea y global, la pandemia fue una exigencia democrática única. Al mismo tiempo, para mí supuso el impulso para ampliar horizontes y no escribir únicamente sobre la política de los refugiados. No obstante, si quería escribir ese libro, debía hacerlo en colaboración con Beate Baumann, que llevaba asesorándome desde 1992 y fue testigo de la época.

El 8 de diciembre de 2021 cesé en mi cargo. Tras dieciséis años, tal como declaré en el solemne toque de retreta que la Bundeswehr realizó en mi honor, lo abandoné con alegría en el corazón. Al final había anhelado realmente ese momento, ya era suficiente. Era hora de tomarme una pausa, descansar unos meses, dejar atrás el frenesí de la política, y a partir del inicio del verano de 2022, comenzar lentamente y con tiento una nueva vida, que seguiría siendo pública, pero ya no sería activa políticamente, y así conferir a mis apariciones públicas un ritmo adecuado y dedicarme a escribir este libro. Ese era mi plan.

Entonces, el 24 de febrero de 2022, Rusia atacó a Ucrania. Enseguida tuve claro que era imposible escribir este libro como si no hubiera ocurrido nada. Ya a principios de los años noventa, las guerras de Yugoslavia estremecieron Europa, pero la invasión de Ucrania por parte de Rusia cuestionaba más cosas. En este caso se trataba de una acción que violaba el derecho internacional, que sacudía el estado de paz alcanzado en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, un orden basado en su integridad territorial y en la soberanía de sus Estados. A la invasión le siguió un profundo desencanto. También escribo sobre ello, aunque este no es un libro sobre Rusia y Ucrania, ese sería otro libro.

Más que nada, en estas páginas he querido relatar la historia de mis dos vidas: la primera,

hasta el año 1990, desarrollada en una dictadura; y la segunda, desde 1990, en una democracia.

En el momento en que los primeros lectores abran este libro, ambas vidas cubrirán más o menos el mismo período, dos veces treinta y cinco años. Pero en realidad no se trata de dos vidas; en realidad se trata de una sola vida, y la segunda parte de esta vida no se entiende sin la primera.

¿Cómo fue posible que tras treinta y cinco años en la República Democrática de Alemania (RDA), a una mujer se le haya concedido la posibilidad de asumir el cargo con más poder de la República Federal de Alemania y que, además, lo haya ostentado durante dieciséis años? ¿Y que lo abandonara no por tener que dimitir durante uno de sus mandatos o porque no la hubieran reelegido? ¿Qué supuso para ella haber crecido en la RDA como hija de un pastor protestante y vivir, estudiar y trabajar bajo una dictadura? ¿Y experimentar el colapso de un Estado? ¿Y de repente ser libre? Todo esto es lo que he querido contar.

Por supuesto, mi relato es completamente subjetivo, aunque al mismo tiempo he procurado realizar una reflexión sincera sobre mis propios actos. Pese a no ser un relato pormenorizado, no dejo de mencionar lo que hoy en día considero que fue equivocado por mi parte, así como también defendiendo lo que considero que fue correcto. Pido la indulgencia del lector porque en el libro no aparecen todos los que se esperaba que mencionara. Mi objetivo fue establecer unos temas centrales a partir de los cuales procuré dar forma al contenido para hacer más comprensible cómo funciona la política y qué principios y mecanismos la guían, así como describir qué me ha guiado a mí.

La política no es cosa de brujería. La política la hacen las personas, con sus inclinaciones, experiencias, vanidades, debilidades, fortalezas, deseos, sueños, convicciones, valores e intereses. Personas que si quieren llevar a cabo algo, en una democracia deben luchar por una mayoría.

Durante toda mi carrera política, nunca me han echado tanto en cara una frase como «Lo lograremos», ninguna ha generado más polarización. Sin embargo, para mí fue una frase banal que expresaba mi actitud. Se lo puede denominar fe en Dios, confianza o, simplemente, decisión a la hora de solucionar problemas, superar y dejar atrás los reveses, crear algo nuevo. «Lo lograremos, y allí donde algo se interponga en nuestro camino, lo superaremos,

trabajaremos en ello». Así lo expresé el 31 de agosto de 2015 durante mi rueda de prensa de verano. Así es como he hecho política. Así es como vivo. Y así, con esta actitud, es como ha surgido este libro, que también es una experiencia: todo es posible, porque no solo contribuye la política, sino que cada uno de nosotros puede contribuir a hacerlo posible.

ANGELA MERKEL

Con la colaboración de BEATE BAUMANN

Berlín, agosto de 2024

PRIMERA PARTE

«NO NACÍ PARA SER CANCELLER»

del 17 de julio de 1954

al 9 de noviembre de 1989

UNA INFANCIA FELIZ

QUITZOW

Como todas las mañanas, el viernes 10 de noviembre de 1989 salí hacia las seis y media de mi piso de la Schönhauser Allee 104, en Berlín-Prenzlauer Berg, para ir a trabajar, cubriendo el trayecto desde la estación de cercanías de la Schönhauser Allee hasta Berlín-Adlershof. Como siempre a esa hora del día, el tren iba bastante lleno, y fuera aún estaba oscuro. Sin embargo, ya nada sería como antes. La noche anterior, Günter Schabowski, secretario de Información y Política de Medios del Comité Central del Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands (SED, Partido Socialista Unificado de Alemania), declaró en la televisión de la RDA: «Se pueden solicitar viajes privados al extranjero sin necesidad de presentar condiciones especiales (motivos del viaje y lazos

familiares)». Y tras la pregunta de un periodista, confirmó que se aplicaba «de inmediato, sin demora». Aquel jueves, 9 de noviembre de 1989, acababa de anunciar de hecho la caída del Muro de Berlín. A partir de entonces ya no había vuelta atrás.

A última hora de esa tarde, me uní a la procesión de gente que se dirigía al paso fronterizo de la Bornholmerstrasse con la intención de cruzar a Berlín Occidental. Los berlineses occidentales nos gritaban desde sus viviendas para que subiéramos a tomar una cerveza y brindar por ese increíble acontecimiento. Contagiados de la misma alegría, otros iban a nuestro encuentro en la calle. Estaba en medio de completos desconocidos que se abrazaban. Una vez cruzado el puente, tomé la primera bocacalle a la izquierda y decidí seguir a un pequeño grupo de personas que no conocía. Un berlinés occidental nos invitó a su piso y me apunté. Nos ofreció una cerveza y nos dejó utilizar el teléfono. Intenté sin éxito hablar con mi tía de Hamburgo. Nos despedimos al cabo de una media hora. La mayoría del grupo prosiguió su camino hasta la Kurfürstendamm, la gran avenida de Berlín Occidental. Sin embargo, hacia las once de la noche di media vuelta y regresé a casa, porque recordé que tenía que levantarme muy temprano para viajar a Adlershof.

Tenía que seguir trabajando en una conferencia que impartiría unos días más tarde en Toruń (Polonia), y que ni mucho menos había terminado. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño, pues estaba demasiado alterada por lo que había vivido apenas unas horas antes.

A la mañana siguiente, en el mismo tren en el que me dirigía a Adlershof había un pequeño grupo de hombres uniformados, miembros de la guardia fronteriza del Regimiento Félix Dzerzhinski. Tras su turno de noche en la frontera regresaban a su cuartel, situado cerca del instituto donde yo trabajaba. Hablaban tan alto que no pude evitar escuchar lo que decían.

—Jo, ¡qué noche! —soltó con sarcasmo uno de ellos—. ¿Qué consecuencias tendrá todo esto para nuestros oficiales?

—Están completamente desconcertados, y lo que les espera —dijo otro.

—Han perdido su razón de ser. Sus vidas, sus carreras..., ¡todo a la basura! —exclamó un tercer soldado.

Nos bajamos del tren en Adlershof. Cada uno de nosotros prosiguió su camino, los soldados a su cuartel, yo a mi escritorio en el Instituto Central de Química Física de la Academia de Ciencias de la RDA, aunque no podía pensar en el trabajo. Quedó todo por hacer, también la conferencia por la que la noche anterior había regresado antes de tiempo de Berlín Occidental. Y

no solo me pasó a mí, pues todo el mundo había dejado de lado el trabajo. Conversábamos entre nosotros sin parar. Esa misma mañana, mi hermana me llamó al instituto. Por aquel entonces

trabajaba como terapeuta ocupacional en el policlínico para obreros de la construcción.

Quedamos en visitar a última hora de la tarde a un viejo amigo suyo de Berlín Occidental con el que unos años antes había trabado amistad gracias a unos conocidos. Resultaba casi increíble que, de repente, pudiéramos desplazarnos sin más impedimentos para verle.

Durante todo el día no pude quitarme de la cabeza las palabras de los soldados que había oído esa mañana en el tren. Pensé: ¡Por fin! Por fin esos soldados y sus oficiales ya no tienen poder sobre ti. Por fin ya no tienen poder sobre tu familia. A lo largo de veintiocho años, el Muro de Berlín no solo había separado a mi familia y causado un gran dolor a mis padres, sino también a la familia de mi marido, Joachim Sauer. Era el mismo destino que habían sufrido innumerables personas del Este y del Oeste. Por fin esos soldados ya no podían impedirnos circular libremente.

Al mismo tiempo, me di cuenta de que resonaban en mí las palabras que le había oído decir al soldado del tren de cercanías: «Su razón de ser». Tras aquella noche, ¿qué sería de mi vida, de la vida de mi familia, de mis amigos y de mis compañeros de trabajo? ¿Qué valor tendrían en el futuro nuestras experiencias, nuestra formación, nuestras capacidades, nuestros logros y las decisiones tomadas en la vida privada? Tenía treinta y cinco años. ¿Solo treinta y cinco años? ¿O

ya treinta y cinco años? ¿Qué quedaría y qué no de todo ello?

Nací en Hamburgo el 17 de julio de 1954. Fui la primera hija de Herlind y Horst Kasner. Mi padre nació en Berlín en 1926, hijo de Ludwig Kazmierczak, que procedía de Poznan y a principios de los años veinte se trasladó a Berlín, y de su esposa, Margarete. Su padre había sido funcionario de policía y su madre, nacida en Berlín, costurera y ama de casa. En 1930, la familia cambió su apellido polaco por el apellido alemán Kasner. A partir de entonces, mi padre se llamó Horst Kasner. De mi abuelo, Ludwig Kasner, que murió en 1959, no tengo ningún recuerdo.

Mi madre, Herlind, nació en 1928 en Danzig-Langfuhr. Fue la primera de las dos hijas de Willi y Gertrud Jentzsch, un matrimonio de maestros. Su madre, que procedía de Elbing, en Prusia Oriental, abandonó la profesión tras el nacimiento de su primera hija. Su padre, mi abuelo Willi, logró cierta prosperidad para la familia como profesor de ciencias y director de un instituto de enseñanza secundaria en Danzig. Como se diría hoy, su familia era burguesa de clase media.

En 1936, la familia pretendía trasladarse de Danzig a Hamburgo. A mi abuelo le ofrecieron un cargo de director en un instituto de bachillerato de Hamburgo. Ya lo tenían todo preparado, una vivienda nueva de alquiler y la empresa de mudanzas contratada, cuando mi abuelo enfermó de una apendicitis aguda y de una colecistitis.

Falleció porque la penicilina que hubiera podido salvarlo aún no se había descubierto.

Mi abuela y sus dos hijas se quedaron solas. A pesar de todo se trasladaron a Hamburgo, al gran piso que ya habían alquilado en la Isestrasse. Pasaron por muchos apuros económicos, algo que hasta la fecha no habían sufrido. Aunque mi abuela recibía una pensión de viudedad, toda su vida anterior se había venido abajo. Durante mucho tiempo, mi abuela solo vistió de negro y estaba constantemente preocupada por sus hijas. Si ellas se retrasaban más de lo previsto, salía al balcón presa del pánico tratando de localizarlas.

En el verano de 1943, Hamburgo fue golpeada duramente por los bombardeos aéreos británicos y estadounidenses. También la casa en que vivía mi familia. Mi abuela abandonó la ciudad con sus dos hijas. Primero se trasladaron al pueblo de Neukirchen, en el Altmark, donde vivía una hermana de mi abuela con su familia. En otoño de 1943 se mudaron a Elbing, su lugar de nacimiento en Prusia Oriental, pero unos meses más tarde, en el verano de 1944, regresaron a Neukirchen. En 1944, a mi madre la enviaron a la escuela de Westend de Berlín, que habían trasladado a Písek, en la actual República Checa. Una vez finalizada la guerra, mi madre inició

un accidentado viaje para regresar junto a su madre y su hermana en Neukirchen. Desde finales de marzo de 1945 hasta su llegada al pueblo en octubre, no tuvieron noticias de ella. Por aquel entonces tenía solo diecisiete años, y a menudo contaba que le aterrorizaba la idea de ser violada por los soldados soviéticos que se encontraba por el camino.

La guerra tuvo un impacto aún mayor en la vida de mi padre. Por las noches, bajo el edredón y a escondidas, solía escuchar junto a su padre, mi abuelo Ludwig, la emisora de la BBC para seguir las novedades del frente. Durante la guerra, mi abuelo ya estaba convencido de que Alemania la perdería y, además, que debía

perderla. En mayo de 1943, mi padre fue reclutado como auxiliar de artillería antiaérea. En agosto de 1944, al cumplir los dieciocho años, se convirtió en soldado, y en la primavera de 1945 quedó sepultado bajo los escombros tras un bombardeo. Al final de la guerra estuvo por poco tiempo en cautiverio británico en Dinamarca.

En agosto de 1945, cuando regresó, Alemania ya había sido dividida por las potencias vencedoras en zonas de ocupación. Se fue a vivir con un amigo a Heidelberg, donde terminó el bachillerato y, según contó más tarde, influido por su experiencia bélica, en 1947 inició los estudios de teología.

La decisión pilló a sus padres por sorpresa. Su padre había sido bautizado como católico y su madre pertenecía a la Iglesia protestante, pero mis abuelos no eran cristianos practicantes.

Incluso mi padre había sido bautizado como católico, aunque en 1940 se confirmó en la Iglesia protestante. Una vez finalizada la guerra, y tras los horrores del nacionalsocialismo, estaba convencido de que para iniciar una nueva vida necesitaba una ética basada en la paz. En su caso, esta ética nació de su fe cristiana. Así que decidió estudiar teología en las zonas de ocupación occidental, si bien desde un principio tuvo la intención de regresar a la zona de ocupación soviética una vez concluidos sus estudios. Estaba convencido de que allí necesitaban gente como él. En su caso, diría que fue una vocación.

En 1949, mi padre prosiguió sus estudios en Bethel, y en 1954 asumió el vicariato en Hamburgo. En 1950 había conocido a mi madre en un acto organizado por la Comunidad Estudiantil Evangélica, en la que ambos eran alumnos de enlace; es decir, actuaban como interlocutores para otros estudiantes. En Hamburgo, mi madre estudiaba inglés y latín. Su idea era trabajar como profesora en un instituto de secundaria. Sus amigos de la comunidad estudiantil la llamaban bromeando «Mercedes», porque al igual que

su madre, siempre soñó con tener su propio automóvil, lo más grande y veloz posible.

Mis padres contrajeron matrimonio el 6 de agosto de 1952. Tras la boda, mi madre ya tenía decidido seguir a su marido en cuanto él regresara, tal como tenía planificado, a la iglesia de Berlín-Brandeburgo; es decir, a una RDA que había nacido tres años antes. Para ella, esta decisión no fue nada fácil. La tomó por amor, pero tuvo que pagar las consecuencias.

El año fue 1954. Para muchos de nosotros, si no para la mayoría, se asocia con el milagro de Berna, cuando la selección nacional de la RFA ganó su primera copa del mundo de fútbol. Sin embargo, para mi familia fue el año en el que mis padres se trasladaron de la RFA a la RDA, de Hamburgo a Quitzow, una pequeña población de la región de Prignitz, en Brandeburgo, apenas ciento cincuenta kilómetros al noroeste de Berlín. Mi padre asumió allí su primer cargo como párroco. Primero viajó él y poco después le siguió mi madre conmigo a cuestas. Yo tenía seis semanas. Solo había transcurrido un año desde que, el 17 de junio de 1953, en la RDA los tanques soviéticos aplastaran brutalmente un levantamiento popular con huelgas y manifestaciones políticas. Solo unos años más tarde, la construcción del Muro de Berlín asestaría otro durísimo golpe a millones de alemanes y a nuestra propia familia. No obstante, mientras

tanto mis padres se instalaron conmigo en ese nuevo entorno.

En casa teníamos una empleada del hogar. La señora Spieß había llegado a Quitzow desde Prusia Oriental con el predecesor de mi padre. Al jubilarse este último, ella siguió trabajando para mis padres. Les enseñó todo lo que necesitaban saber para vivir en el campo. Mi padre tuvo que ordeñar cabras, mi madre aprendió a cocinar ortigas y muchas otras cosas que nunca había conocido siendo como era una niña de ciudad. En mi familia se contaba a menudo la historia de que ella había aportado al matrimonio una

alfombra blanca. Al principio, quiso mantener en Quitzow la costumbre propia de Hamburgo de que las visitas no se descalzaran al entrar en casa, incluso los campesinos del pueblo que querían hablar con mi padre. Acudían a él con frecuencia y le transmitían sus preocupaciones debido a que se había iniciado el período de la colectivización forzosa; como consecuencia de esta política, más tarde muchos de ellos emigraron a Occidente. Cuando los campesinos querían descalzarse antes de entrar en casa, porque eran conscientes de las marcas que su calzado dejaría en la alfombra blanca, mi madre les decía: «No hace falta que lo hagan». Así que caminaban con paso firme sobre la alfombra blanca con las suelas sucias de su trabajo. En algún momento, mi madre abandonó su costumbre de Hamburgo y dejó que las visitas se descalzaran. Había aterrizado en Quitzow.

No tengo recuerdos propios del lugar, y solo puedo hablar de él por las historias familiares.

Templin es una historia completamente distinta. En 1957, mis padres se trasladaron conmigo y con mi hermano Marcus, que nació ese mismo año, a esta pequeña ciudad de la región de Uckermark, en Brandeburgo, a unos ochenta kilómetros al norte de Berlín. La iglesia de Berlín-Brandeburgo había nombrado a mi padre director del Seminario para la Práctica del Ministerio Eclesiástico, en Templin. Más adelante el seminario se convertiría en el Colegio Pastoral. Eso significaba que ya no ejercería de párroco tradicional. El traslado también implicó nuevas oportunidades para mi madre.

EL WALDHOF

Mi hermana Irene nació en 1964. Desde que cumplió seis años, teníamos nuestro lugar favorito.

Estaba en el alféizar de la ventana que había en la buhardilla de casa de mis padres. Irene era más ágil que yo, y había descubierto que podíamos trepar con facilidad por la ventana y sentarnos

cómodamente en la superficie metálica del alféizar. Desde allí podíamos contemplar los pinos y ver cómo sus copas se mecían ligeramente al viento. Entre los árboles se veía un camino que descendía suavemente hacia un prado por el que fluía el canal entre los lagos Templiner y Röddelin. Instaladas en el tejado, en verano planeábamos todo lo que queríamos hacer. ¿Vamos al manantial de la pradera? ¿Vamos en bici al lago Röddelin para bañarnos? ¿Vamos a coger arándanos en los bosques alrededor de Templin? Las posibilidades parecían infinitas. A pesar de los diez años de diferencia, nos entendíamos a las mil maravillas.

La ventana de la buhardilla era la de mi habitación. La vivienda en sí estaba en el piso inferior. Nuestra casa se encontraba en los terrenos de lo que se llamaba el Waldhof, a las afueras de la ciudad. La parte más importante de este complejo lo ocupaban las instalaciones de la Fundación Stephanus para niños y adultos con discapacidad mental. El concepto se inspiraba en el de las fundaciones evangélicas Bodelschwingh de Bethel. Además de cuidar y apoyar a los residentes, allí se hacía hincapié en el efecto terapéutico del trabajo activo y útil. Las instalaciones debían ser lo más autosuficientes y económicamente viables posible. Por esa razón el Waldhof disponía, aparte de una cocina y de una granja agrícola, de un centro de jardinería,

una lavandería, una herrería y talleres de carpintería, zapatería y sastrería. Cuando éramos niñas, nos permitían ir a todas partes y hablar con los maestros artesanos de los distintos oficios y con los residentes con discapacidad.

El Colegio Pastoral, del que mi padre era director, incluía un edificio con habitaciones para que pernoctaran los alumnos de los cursos que ofrecía y algunas viviendas, entre ellas la asignada a nuestra familia, con un total de siete habitaciones. Cinco se encontraban en la primera planta, mientras que mi habitación y el estudio de mi padre estaban en el ático. Además, había una escuela en la que tenían lugar los actos y cursos dirigidos por mi padre.

En el Waldhof, mi madre también encontró nuevas ocupaciones. Por ejemplo, impartir clases de alemán y matemáticas al personal administrativo de la iglesia en el Colegio Pastoral, o clases de griego y latín a los futuros alumnos del Convictorio de Berlín, un centro de formación teológica de la Iglesia protestante, con el fin de prepararlos para sus estudios. Sin embargo, con el paso de los años, el colegio se centró cada vez más en la formación de los pastores, de forma que la actividad de mi madre volvió a restringirse. Durante un tiempo trabajó como secretaria de mi padre. Como esposa de un pastor, no le estaba permitido ejercer de maestra en la escuela pública. En cuestiones de educación, en la RDA no estaba permitida la influencia de la Iglesia, pues se consideraba un Estado ateo.

En el día a día, entre mi madre y mi padre existía básicamente una división clásica de las tareas, aunque mi madre seguía imaginando cómo sería su vida si pudiera enseñar en una escuela. Por aquel entonces, yo pensaba que para ella hubiera supuesto una doble carga de trabajo, pues habría tenido que ocuparse tanto de la enseñanza como de las tareas domésticas.

Como niña que era, no veía ninguna ventaja para mí. Tal como se decía en la RDA, oficialmente mi madre no pertenecía a la población activa; es decir, como no tenía una actividad remunerada, mis hermanos y yo no pudimos disfrutar de los servicios de la guardería, ni más adelante del comedor escolar. Esto último no me gustaba para nada. Ya hacia el final, en el último curso de la escuela primaria, me empeñé en que me lo permitieran. La razón por la que quería hacerlo no era tanto la calidad de la comida, sino el atractivo de algo que se me había negado durante mucho tiempo. Sin embargo, durante años, mi madre tuvo que cocinar el almuerzo, por no hablar de las demás comidas, todos los días para toda la familia y, no hay que olvidarlo, ocuparse de las compras.

Para ir desde el Waldhof a comprar a la ciudad había que recorrer unos tres kilómetros.

Cuando los niños éramos aún demasiado pequeños para ayudar, mi madre llevaba la compra a casa en bicicleta. Eso le exigía mucho físicamente. Más tarde, después de sacarse el permiso de conducir, su madre, mi abuela de Hamburgo, le regaló un Trabant. Lo hizo a través de GENEX

(Geschenkdienst und Kleintransporte GmbH), una empresa de intercambio que permitía que los alemanes occidentales enviaran regalos de tamaño grande, que se pagaban en marcos alemanes, a los ciudadanos de la RDA. Aunque fuera de un tamaño menor que el modelo con el que en su época de estudiante se había ganado el apodo de «Mercedes», para mi madre conducir su propio coche fue una liberación. Ahora podía desplazarse con total independencia. También lo aprovechó para impartir clases de inglés en el Convictorio de Berlín, lo que a su vez provocaba roces ocasionales con mi padre, al que no le gustaba cocinar. Pero mi madre estaba decidida a seguir su propio camino.

En la RDA, los pastores no ganaban mucho dinero; por contra, como en nuestro caso, solo tenían que abonar un pequeño alquiler por su vivienda oficial. Además, recibían ayuda material de Occidente, la llamada *Bruderhilfe* ('ayuda fraternal'). Para nuestra familia ascendía a unos

setenta marcos alemanes al mes. Mi abuela de Hamburgo y —tras su muerte en 1978— mi tía, hermana de mi madre, administraban la *Bruderhilfe* y nos enviaban paquetes con regularidad.

Para nuestra gente en Hamburgo suponía un enorme trabajo, pero para nosotros fue una ayuda inestimable.

Los paquetes también eran especiales en otro sentido, los reconocíamos de inmediato al abrirlos y exclamábamos: «Esto huele a Occidente». Nos referíamos a la fina fragancia de un buen jabón o al aroma del café. Por el contrario, el Este olía marcadamente a

productos de limpieza, cera para el suelo y aguarrás. Aún hoy puedo olerlos.

Para mí, la RDA oficial era la encarnación de la falta de gusto. En lugar de materiales naturales se utilizaban imitaciones y no había colores alegres. Mis padres buscaban la manera de escapar a ese mal gusto comprando muebles en los talleres de Hellerau, que eran de un diseño especialmente bonito, aunque había que esperar mucho tiempo para recibirlos. Quizá mi actual preferencia por las americanas de colores vivos se remonte a que en la vida cotidiana de la RDA a menudo echaba de menos ese colorido.

El Colegio Pastoral de mi padre se beneficiaba de la infraestructura del Waldhof, por ejemplo, de la cocina y de los talleres de las instalaciones de la Fundación Stephanus. Los residentes con discapacidad mental realizaban ciertas tareas en el colegio. Recuerdo en particular a uno de ellos.

Cuando había que ir a buscar leña y carbón, ayudaba a mi madre de forma incansable y con una paciencia de santo. Era un trabajo muy duro, porque todas las habitaciones se calentaban con estufas de leña. Siempre estaba muy concentrado en su trabajo. Aparte de eso, hablaba constantemente consigo mismo sobre su mundo, en el que se suponía que trabajaba como ferroviario. Me hice amigo suyo.

Hasta que no tuvimos que asistir a la escuela, los niños pasábamos la mayor parte del día fuera de casa, con las únicas pausas de las comidas. A las doce del mediodía y a las seis de la tarde, un residente de la Fundación Stephanus hacía sonar las campanas del recinto del Waldhof.

También para nosotros, los hijos del párroco, significaba que había que regresar a casa a comer.

Por lo demás, éramos libres de vagar por las instalaciones todo el día. Era maravilloso.

Mi amigo más especial era el jardinero, el señor Lachmann. De él aprendí a separar plántulas y a cultivar en invernadero. Podía preguntarle cualquier cosa y, al mismo tiempo, ayudarlo un poco con la jardinería. De todos modos, era una niña bastante asilvestrada. Se decía que de pequeña, en Quitzw, cuando tenía sed incluso bebía agua del bebedero de las gallinas. Y en el Waldhof no le hacía ascos a comer las zanahorias de la huerta sin lavar.

En otoño, mi lugar favorito era junto al caldero de vapor para las patatas. Era un vehículo enorme, parecido a un camión con un gran caldero. En él se introducían las patatas, que con el vapor caliente se ablandaban. Así poco después de la cosecha podían transformarse en forraje.

Durante ese proceso me permitían sentarme junto al conductor. Olía maravillosamente a campos de patatas y a hoja de patata. Para mí suponía un gran placer probar las patatas reblandecidas.

En el Waldhof vivían otros niños, algunos mayores y otros más pequeños que yo. Pasábamos mucho tiempo juntos, íbamos a nadar, jugábamos en el pajar o a matar. Siempre había alguien que se nos unía. Nunca nos aburríamos.

El primer domingo de adviento, los niños del Waldhof cantábamos villancicos para los residentes con discapacidad mental. Empezábamos nuestra serenata a las siete de la mañana. De esta forma los despertábamos, pues dormían en habitaciones comunitarias. Así eran las cosas en aquella

época, no había habitaciones individuales o dobles. Cantábamos *Es kommt ein Schiff, geladen* ('Cargado viene un barco'), *Macht hoch die Tür* ('Abrid las puertas') y muchas otras canciones.

Los residentes se alegraban mucho por ello, y los niños lo hacíamos de todo corazón. Durante la Navidad, también cantaba en el coro de la iglesia de María Magdalena en Templin. Para los niños del Waldhof, la Navidad era el momento más importante del año. Sin

embargo, nuestra Nochebuena era muy diferente de la de muchas otras familias. En la vicaría, la vida profesional y la privada siempre iban de la mano, y éramos conscientes de ello sobre todo en Navidad.

En Nochebuena, mi padre tenía que celebrar dos o tres oficios en los pueblos de los alrededores de Templin. Con frecuencia, volvía congelado a casa de las frías iglesias de los pueblos ya pasadas las seis de la tarde. Cuando éramos pequeños, a los niños nos hacían dormir la siesta antes porque se hacía tarde. Cuando me hice mayor, acompañaba a mi padre a sus servicios religiosos.

Por supuesto, mi abuela viajaba desde Berlín para pasar las fiestas con nosotros, pero durante esa noche tan especial no debíamos olvidar a quienes estaban solos en el mundo. Desde pequeños, mis padres nos enseñaron que el sentido principal de la Navidad radica en pensar en las personas que no están tan bien como nosotros, que se encuentran solas y abandonadas. Así que en Nochebuena, todos los años invitaban a uno de los inquilinos de nuestra casa que vivía solo y apenas se relacionaba. En la cena, que desde mi perspectiva infantil empezaba bastante tarde debido a los servicios religiosos de mi padre, al invitado se le permitía por fin hablar largo y tendido, y mis padres incluso le animaban a hacerlo. Sin embargo, los niños estábamos en ascuas, pues toda nuestra atención se centraba en los tan anhelados regalos, aunque no pudiéramos decir nada al respecto. Así que a menudo se hacían las ocho o incluso más tarde hasta que por fin se nos permitía entrar en la sala en que se guardaban los regalos.

El ritual era siempre el mismo. Una vez encendidas las velas, mis hermanos y yo recitábamos la historia de la Navidad. Entre los pasajes del Evangelio de Lucas, interpretábamos piezas con la flauta y cantábamos villancicos. Por supuesto, era una pequeña representación para darles una alegría a los invitados, pero también debía demostrarnos que sobre todo la Navidad no consistía únicamente en los regalos.

Atesoro recuerdos preciosos de la primera mañana de Navidad, cuando reunidos en el salón contemplábamos los regalos ya abiertos. En general, mi padre ya no tenía que dar oficios religiosos, pues como director del Colegio Pastoral solo debía acudir a las parroquias para hacer alguna sustitución. Mientras en la cocina mi madre preparaba el ganso asado, podíamos hablar con él de nuestros regalos. Mientras tanto, y sin que nadie nos dijera cuándo debíamos parar, nos íbamos comiendo los coloridos dulces que nuestra madre había preparado. Si los regalos para mi hermano recibidos desde Occidente incluían uno de sus queridos puzzles de la marca Ravensburger, empezábamos a montarlo juntos.

La nuestra era una casa abierta a los demás, no solo durante Navidad y otras festividades. Mis padres recibían visitas todo el año. Era habitual que después de cenar viniesen amigos, y los adultos tomaban un té o una copa de vino. A menudo la gente acudía a mis padres para pedirles consejo sobre cómo debían comportarse con el Estado en determinadas situaciones; también acudían miembros del SED. Los fines de semana, los párrocos se visitaban entre sí. Me gustaba acompañar a mi padre a otras vicarías del distrito eclesiástico. Después del café, por lo general a los niños nos mandaban fuera. Cuando nos decían que podíamos ir a jugar, en realidad nos estaban diciendo que debíamos ir a jugar. La mayoría de las veces intentaba quedarme con los adultos e incluso desarrollé estrategias para esconderme en un rincón o pasar desapercibida detrás de una cortina. Estaba decidida a escuchar lo que se decía. Las conversaciones solían estar

muy politizadas, cosa que a mí interesaba vivamente, más que cuando se tocaban temas teológicos o de catequesis y servicios de la iglesia. A veces se trataba de otros pastores que habían entrado en conflicto con el Estado o habían tenido dificultades con el Servicio de Seguridad del Estado. También se hablaba de los problemas de los niños en la escuela. Siempre quedó claro que nunca se debía hablar con terceros de esas conversaciones y encuentros. Los niños sabíamos que teníamos que guardar silencio.

UN AUTÉNTICO HORROR

Asocio mis primeros recuerdos a mi abuela de Hamburgo, aunque en realidad no sé hasta qué punto son míos o si los hice míos por las historias que se contaban en la familia. En cualquier caso, el primero de ellos se remonta a 1957, cuando tenía tres años. Viví tres meses con mi abuela mientras mi madre esperaba su segundo hijo, mi hermano Marcus. Siempre se comentaba que cuando tras su nacimiento regresé a Templin, no era capaz de subir sola las escaleras de casa, pero sí sabía decir «usted». A mi madre la horrorizó que ahora la tratara de usted.

Evidentemente, nuestra separación había causado cierto distanciamiento.

El segundo recuerdo me retrotrae a 1959 y, una vez más, a Hamburgo. Allí se celebró la boda de la hermana de mi madre, mi tía Gunhild. En el viaje de Templin a Hamburgo en nuestro Wartburg gris, mi hermano y yo debíamos estar durmiendo, ya que viajábamos de noche. En el maletero llevábamos un gran jarrón que mis padres habían comprado como regalo de boda para mi tía. Cuando en la frontera tuvieron que declarar a los policías lo que había detrás, exclamé desde la parte trasera:

—¡Os habéis olvidado de algo! ¡También llevamos un jarrón!

Por suerte, mi impertinente intervención en la frontera no les supuso a mis padres ningún problema grave. Una vez que proseguimos el viaje, me regañaron por no dormir. Por lo menos, deberías haber hecho como que dormías, me dijeron. Nunca he olvidado ese incidente. Por aquel entonces, todavía era tan ingenua que quería contarle todo a todo el mundo. Con el transcurso de los años eso cambió.

En casa de mi tía casi todo transcurrió maravillosamente. En principio, pues el día de la boda ocurrió algo desagradable. Era en noviembre, a la celebración asistieron también unos parientes con

hijos mayores que yo, niños de entre nueve y diez años, y me dijeron que podíamos dar un paseo juntos. Me sentí orgullosa de que me llevaran con ellos, pues solo tenía cinco años. Sin embargo, pronto se hartaron de mí y me enviaron de vuelta. Sola. Y no pude encontrar el camino. No recuerdo cómo, pero en algún momento acabé en una comisaría de policía. Los agentes me fueron haciendo preguntas hasta que averiguaron cómo contactar a mis padres. Les llamaron para que pasaran a recogerme. Así que mis primeros recuerdos de Hamburgo son más bien contradictorios.

El 16 de julio de 1961, mi abuela de Hamburgo cumplió setenta años. Para su cumpleaños pidió un viaje por Baviera con mi familia. Nadie podía imaginarse que sería nuestro último viaje juntos por Alemania Occidental. Mi abuela nunca se había sacado el permiso de conducir, por lo que le vino muy bien que a su yerno Horst, mi padre, le gustara conducir. Alquilaron un Escarabajo, y durante tres semanas de verano condujimos por Baviera y Austria. Mi abuela quería que fuese un viaje largo.

Primero viajamos de Templin a Hamburgo, allí recogimos a nuestra abuela y a continuación nos dirigimos al sur. Nos alojamos en el pequeño Hotel am Sagberg de Frasdorf, en los Alpes del

Chiemgau. Recuerdo un viaje lleno de curvas. Vimos las montañas, hicimos excursiones a Herrenchiemsee y a Frauenchiemsee, a Múnich, Innsbruck y Salzburgo. En Wasserburg am Inn, me impresionó el caudal del río, que en aquel momento estaba muy crecido.

Regresamos al cabo de tres semanas, y el 7 u 8 de agosto de 1961, mis padres, mi hermano y yo estábamos de vuelta en Templin. Más tarde, mi padre solía contar que había visto alambradas tiradas en los bosques de los alrededores de Berlín, un presagio evidente de los drásticos acontecimientos que estaban por ocurrir. Tal como decía, no se podía ni imaginar que Berlín acabara siendo dividida, pero sospechaba que algo malo sucedería.

El jueves o viernes anterior a la construcción del Muro, mi padre me llevó a Berlín para un recado. Me dejó con su madre, mi abuela berlinesa. Ella vivía en Pankow, en Retzbacher Weg, en un piso de un inmueble construido en los años treinta. Aquel día la acompañé hasta la Wollankstrasse, en el sector francés de Berlín, para comprar cigarrillos. Al igual que mi padre, era una fumadora empedernida. Recuerdo exactamente cómo me sujetaba con fuerza la mano y tiraba de mí todo el tiempo, porque quería ir más rápido de lo que yo podía a mis siete años.

Entramos en el estanco a toda prisa, mi abuela habló de manera telegráfica. Quería salir de allí lo más rápido posible, porque no estaba permitido comprar cigarrillos en Berlín Occidental e introducirlos en la zona Oriental. En aquel momento no me di cuenta de que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a Berlín Occidental. Por la noche, mi padre y yo regresamos a Templin.

El 13 de agosto, un domingo, en el centro de Berlín se empezó a construir el Muro. Mi padre celebró un servicio religioso como si no pasara nada; yo estaba presente, nunca lo olvidaré. Todo el mundo estaba horrorizado, la gente lloraba. Mi madre estaba desesperada. Fue un día terrible para mis padres. Mi madre no sabía cuándo podría volver a ver a su madre ni a su hermana en Hamburgo, y mi padre estaba desolado porque ya no podía acceder a parte de su ciudad natal. Se estaba produciendo aquello que nunca hubiera imaginado. Estaban dividiendo su ciudad natal con un muro. Y no solo Berlín, sino todo el país.

Aunque los dos Estados alemanes ya existían desde 1949, no fue hasta la construcción del Muro, en 1961, cuando la vida de mi familia, como la de millones de personas, cambió de forma radical. Condenó a la impotencia a los que vivíamos en la RDA. Recuerdo, por ejemplo, unos meses después, en febrero de 1962, los días de las desastrosas inundaciones en Hamburgo, cuando mi madre pasó mucho miedo por su madre y su hermana, sin poder hacer nada.

Simplemente habían separado a nuestras familias. Para mantener el contacto, mi abuela y mi madre se escribían todas las semanas. Mi tía continuó con esa tradición al fallecer mi abuela en 1978.

ESCUELA GOETHE

Debido a que nací después del 30 de junio y a pesar de haber cumplido ya seis años, según la normativa de la época no pude inscribirme en la escuela en 1960, sino que tuve que esperar un año más. Por lo tanto, el momento llegó pocos días después de la construcción del Muro, que tanto había afectado a mi familia. A principios de septiembre de 1961, a los siete años, empecé mis estudios en la Escuela de Primaria IV. Era la escuela más cercana al Waldhof. A pesar de todo había un buen trecho hasta allí, más o menos media hora andando. Como aún no sabía distinguir entre izquierda y derecha, mis padres solo me permitieron ir en bicicleta junto al tráfico de la carretera a partir del segundo curso. En quinto, pasé de la Escuela de Primaria IV a

la vecina Escuela Goethe, un instituto de secundaria politécnico.

Las clases empezaban a las siete y media de la mañana. Me levantaba hacia las seis y cuarto.

El desayuno consistía únicamente en un bocadillo y una taza de té o café aguado que me tomaba de pie, pues no había tiempo para desayunar sentada. Por lo general iba a la escuela, a pie o en bicicleta, con los hijos de los vecinos. Sin embargo, al pasar por su casa, muchas veces no estaban preparados, por lo que mi madre vigilaba desde la ventana de la cocina para controlar cuándo salíamos. En ocasiones me reprochaba que yo aceptara sin más la posibilidad de llegar tarde a clase.

Al mediodía regresaba a casa, ya que no se me permitía almorzar en la escuela. Después de comer, hacía los deberes o disponía de mi tiempo libre. A las seis de la tarde cenábamos, por lo general bocadillos, aunque a veces también sémola de trigo con cerezas o

arándonos. La cena era la comida familiar por excelencia. Todos participábamos en ella. Los niños hablábamos de nuestras experiencias del día. Nuestros padres nos escuchaban atentamente y nos daban buenos consejos para ayudarnos a sobrellevar las adversidades de la vida cotidiana en la RDA. Sin embargo, muy a menudo mi padre disponía de poco tiempo, pues los actos en el Colegio Pastoral comenzaban a las siete o siete y media de la tarde. Entonces, después de fregar los platos juntas, hacía compañía a mi madre, mientras ella, por ejemplo, hacía punto. Cuando me hice mayor, solíamos ver juntas las noticias en el *Tagesschau*.

A diferencia de mis compañeros de clase, en el primer curso a mí no me permitieron entrar en el Movimiento de Pioneros, la organización juvenil estatal para alumnos de hasta séptimo curso, lo cual tuvo sus consecuencias. A pesar de mis excelentes calificaciones, no me concedieron ningún premio precisamente por no pertenecer al Movimiento de Pioneros. Tampoco se me permitía participar con mis compañeros en los preparativos de las festividades, como, por ejemplo, las navidades. Simplemente porque no pertenecía al Movimiento de Pioneros.

Fueron mis padres quienes tomaron esa decisión. Al inscribirme en la escuela, me dijeron:

«Lo decidirás por ti misma cuando acabes el primer año, no ahora al inscribirte. Ir a la escuela es un deber, ser miembro del Movimiento de Pioneros, no». De eso se trataba. Querían que aprendiera que en la RDA también existía la posibilidad de elegir. Por eso también me prometieron hablar conmigo al final del primer curso para ver si quería entrar en el Movimiento de Pioneros o no. Aceptarían cualquiera de las dos decisiones. Con este planteamiento —solo con el paso del tiempo he llegado a comprender todas sus implicaciones, y siempre lo he valorado mucho— querían conseguir dos cosas: que aprendiera a decidir por mí misma y, además, evitar que como hija de pastor, de la que de entrada se suponía que se había criado en un hogar opositor, se me negara una educación académica y solo

tuviera la opción de estudiar teología en el Convictorio de Berlín. Prácticamente, no ser miembro de las organizaciones juveniles estatales imposibilitaba finalizar el bachillerato y proseguir los estudios. Mis padres no querían hacerme aún más difícil, y después de mí, a mis hermanos, poder elegir una carrera o, incluso, que desde un principio se me impidiese cursarla.

En el segundo año de primaria, decidí unirme al Movimiento de Pioneros. Me convertí en joven pionero —por aquel entonces no se aplicaba el femenino— con un pañuelo azul al cuello, y a partir del cuarto curso, en pionero Thälmann, con un pañuelo rojo al cuello. Entre 1962 y 1968

fui miembro de la Organización de Pioneros y, más adelante, de la Freien Deutschen Jugend (FDJ, Juventud Libre Alemana), la organización juvenil estatal para niños y jóvenes a partir de octavo curso. Posteriormente, también se me permitió participar en la dirección de los pioneros de la clase, aunque no dirigir el consejo, pues era hija de pastor.

Mis hermanos y yo experimentamos de muchas formas distintas qué comportaba ser hijo de pastor en la RDA. En este sentido, le tenía un pavor especial al libro de clase. Allí se anotaba el origen de los padres, que se identificaba con la primera letra de obreros, agricultores, autónomos e intelectuales. A menudo los profesores sustitutos hacían que los alumnos se pusieran en pie para decir en alto cuál era la profesión de su padre. En una ocasión le susurré a mi compañero de pupitre:

—Uf, hoy no me apetece volver a decir «sacerdote», solo conseguiré que me acribille a preguntas.

Él me contestó:

—Entonces contesta simplemente que es «conductor» [*](#)

Hasta que llegó mi turno, me devané los sesos pensando si debía hacer caso al bienintencionado consejo de mi compañero o si debía decir la verdad. Cuando me llamaron, mascullé la profesión de mi padre, aunque llegó a entenderse que era sacerdote.

Afortunadamente, esta vez no hubo preguntas sobre cómo era la vida en una vicaría ni sobre si mis padres mantenían una actitud crítica hacia la escuela. Temía esas preguntas insistentes.

Entonces solo quería desaparecer, quizá también porque mi madre siempre nos decía que como hijos de un vicario teníamos que ser mejores que los demás y destacar lo menos posible. En comparación con otros hogares como el nuestro, era una excepción que como hijos de vicario, mis padres, en particular mi padre, nos permitieran ser miembros del Movimiento de Pioneros y de la FDJ. En ocasiones, cuando veía que simplemente por no ser miembros de la FDJ a mis compañeros no se les permitía pasar al Erweiterte Oberschule (EOS, Instituto de Enseñanza Secundaria Ampliada), aquella situación me suponía un conflicto. De todas formas, mi padre se situaba más bien a la izquierda del espectro político. Estaba a favor de la teología de la liberación de América Latina y rechazaba el impuesto eclesiástico en la RFA. Opinaba que los párrocos debían ganarse la vida en su propia parroquia. Sus actitudes hicieron que ya en tiempos de la RDA le llamaran «el Kasner rojo». A mí me parecía que sus opiniones no eran especialmente prácticas o coherentes. Había llegado a la conclusión de que teniendo en cuenta nuestras propias circunstancias, si hubiéramos puesto en práctica las políticas que en teoría defendía mi padre no podríamos habernos permitido muchas cosas. Sin embargo, cuando lo comenté con él, mis palabras cayeron en oídos sordos. Me daba la impresión de que no aplicaba su pensamiento teórico a la vida práctica.

Desde su inicio, los estudios me resultaron sencillos, solo tuve que esforzarme de verdad en las clases de educación física. Nunca olvidaré mi primer salto desde el trampolín de tres metros.

Aunque sabía nadar muy bien, las alturas me daban miedo. Al empezar la clase en la piscina del colegio junto a la Escuela Goethe, me situé a la cola de la fila. Hacía tiempo que todos mis compañeros habían saltado, y ya estaban nadando de nuevo en la piscina. Eso no me importaba, pues mi instinto de supervivencia era superior al miedo de que se rieran de mí. Al mismo tiempo, no quería echarme atrás, eso habría supuesto una derrota demasiado dolorosa. Así que permanecí allá arriba. El profesor de Educación Física se dirigió a mí con paciencia y buenas palabras.

Intuía que realmente yo quería saltar. Mis compañeros tampoco se burlaron de mí, porque yo les había ayudado a menudo. Así que todo el asunto se alargó. Quizás al final no duró tanto como puede parecer al recordarlo, y solo se alargó veinte minutos, no cuarenta y cinco. En cualquier caso, por fin oí sonar a lo lejos el timbre de la escuela que señalaba el final de la clase. Entonces el profesor dijo:

—Ahora tienes que saltar o bajarte del trampolín.

Salté y aterricé en el agua con una mezcla de orgullo por haberlo conseguido y de vergüenza, porque no había sido tan terrible como lo había imaginado allá arriba en el trampolín de tres metros.

Sin embargo, en el colegio me enfrenté a otros retos mucho más importantes que un mal rendimiento deportivo. Todavía hoy le estoy agradecida a mis padres por la forma en que —

sobre todo mi madre— nos ayudaron a mis hermanos y a mí a afrontarlos. Recuerdo, por ejemplo, una profesora de alemán de la escuela primaria que en casi cada una de sus clases nos contaba a los niños las atrocidades sufridas por los comunistas a manos de los nacionalsocialistas. Como comunista que era, ella lo había sufrido en carne propia. Sin embargo, obviando que, tal como me di cuenta más tarde, nunca habló de la persecución y asesinato de los judíos por parte de los nacionalsocialistas, enfrentaba a diario a los niños —teníamos solo diez años— con vívidas descripciones de

experiencias terribles. Para mi alma infantil, recuerdo que por aquel entonces eso resultaba duro de asimilar. Necesitaba una válvula de escape para afrontarlo, y la encontré en mi madre cuando volvía a casa a la hora de comer. Mientras ella calentaba la comida, yo empezaba a balbucear y a desahogarme. Lo llamábamos «hablarlo».

Mi hermano lo hacía de una forma algo diferente a la mía. Después del colegio, se tumbaba en la alfombra del salón y leía el periódico. Marcus necesitaba una pausa y mi madre se la concedía.

En cambio, mi hermana necesitaba moverse, y nada más llegar a casa le gustaba salir a jugar. Al estar a nuestro lado e implicarse con cada uno de nosotros, nuestra madre nos ayudó a resolver lo que no entendíamos, a liberar la agresividad acumulada y a tomar distancia.

De hecho, vivíamos en dos mundos. Uno era el de la escuela, el otro era nuestra vida privada antes y después de la escuela. No podíamos hablar libremente con todos nuestros compañeros de clase, pero sí con nuestros amigos del colegio. No teníamos que preocuparnos de que revelaran nuestras conversaciones privadas. Interiorizamos con rapidez lo que podíamos y no podíamos decir en la escuela. Eso formaba parte de la vida, porque nos dimos cuenta de que nos meteríamos en muchos problemas si revelábamos nuestros pensamientos. Nuestros padres también nos habían dicho que no habláramos de la televisión de la RFA. Por ejemplo, una de las preguntas trampa favoritas de algunos profesores era la siguiente:

—¿El reloj de tu hombrecito de arena tiene puntos o rayas?

A partir de la respuesta, podían saber si en la televisión habíamos visto el *Sandmännchen* ('hombrecito de arena') occidental o el oriental. Por eso, mis padres ya nos habían dicho antes de empezar la escuela que a esas preguntas debíamos responder diciendo que no lo sabíamos exactamente. Aprendimos muy pronto a ser precavidos.

Si mi madre se daba cuenta de que mis conversaciones telefónicas con mis amigas del colegio se alargaban demasiado, cosa que me encantaba hacer, entraba en la habitación y me decía que me iba a perder por el pico, que debía tener cuidado a la hora de decir algo sobre los profesores o quejarme de la situación en el colegio, pues seguramente el Servicio de Seguridad del Estado tenía pinchado el teléfono. Mis padres me aconsejaron que mantuviera esas conversaciones en el bosque. Todavía hoy recuerdo que en primero de primaria, mi hermano se metió en un buen lío por una broma sobre Walter Ulbricht, el presidente del Consejo de Estado. En realidad, no se trataba de un verdadero chiste, sino de una pequeña broma para divertirse. Entre sus compañeros habían llamado «perilla» al hombre de la característica barba. Uno de ellos se lo chivó a la maestra. Mis padres fueron informados y se les advirtió una vez más de que tuvieran cuidado con todas las declaraciones políticas. El Estado no entendía de bromas.

Por eso también era tabú hablar fuera de nuestras cuatro paredes de lo que mi madre me contó una noche. Era el 22 de noviembre de 1963. Entró en mi habitación y me dijo en voz baja:

—Ha ocurrido algo terrible.

Yo ya estaba en la cama, normalmente ella se habría limitado a desearme las buenas noches.

En lugar de eso, me susurró:

—Han asesinado a John F. Kennedy.

Me di cuenta de inmediato de lo conmocionada que estaba mi madre. Habían pasado solo unos meses desde que durante su visita a Berlín, el presidente estadounidense nos había conmovido hasta las lágrimas con sus palabras «Soy un berlinés».

En el quinto curso empezamos a recibir clases de ruso. El único obstáculo al que me enfrentaba era mi aparato de ortodoncia.

Utilizaba un paladar de quita y pon, y cuando lo tenía puesto no podía pronunciar bien la erre rusa. Por eso durante las clases de ruso lo envolvía en el papel del bocadillo y lo guardaba debajo del pupitre. Un día me lo olvidé allí, y solo me di cuenta al llegar a casa. Regresé de inmediato a la escuela en bicicleta para recuperarlo. La señora de la limpieza ya había tirado al cubo de la basura el papel del bocadillo con el aparato dentro, pero aún no lo había vaciado. Apenas podía creerlo, me sentí increíblemente aliviada. El aparato era un objeto valioso, y no podía imaginarme lo que habría pasado en casa si hubiera tenido que confesar que lo había perdido.

A partir del quinto curso formé parte del Club Ruso de la escuela, un grupo de estudio. La señora Benn, nuestra profesora, una comunista convencida, era muy buena enseñando. Sabía cómo motivarnos. A ello ayudaban los concursos, las llamadas Olimpiadas, que en la RDA se utilizaban también para promover el buen rendimiento fuera de las aulas. Durante mis años escolares participé en varias de ellas, con un éxito aceptable en las Olimpiadas de Matemáticas y con muy buenos resultados en las Olimpiadas de Lengua Rusa.

En el octavo curso participé por primera vez en una Olimpiada de Lengua Rusa. Se desarrollaba en diferentes fases. Comenzaba con la Olimpiada Escolar, proseguía con la Olimpiada de Distrito, la Olimpiada Regional y, por último, la Olimpiada de la RDA. Me gustaba participar. Como alumna de octavo curso, ya competía en el grupo de edad de las llamadas clases preparatorias. Así se llamaban los cursos noveno y décimo del EOS, en los que los alumnos se preparaban para el bachillerato propiamente dicho, los cursos undécimo y duodécimo. Gané la medalla de bronce. Sibylle Holzhauer, que también era de Templin, ganó la medalla de oro. Era dos años mayor que yo, hija de un médico y mi gran modelo, porque me parecía que tenía una pronunciación rusa especialmente buena. Hoy en día seguimos en contacto.

Con las medallas de Sibylle y las mías, la pequeña ciudad de Templin había triunfado más allá de la región. Dos años más tarde logré

ganar la medalla de oro.

El concurso de toda la RDA se celebró en la Sala de Mármol de la Casa Central de la Sociedad para la Amistad Germano-Soviética de Berlín, que se encontraba junto al Teatro Maksim Gorki. Mientras escribía este libro encontré un viejo recorte de prensa que mi madre había conservado. En él se describe con detalle cómo se desarrollaron las Olimpiadas de mayo de 1969. Entre otras cosas, al principio los alumnos teníamos que hacer un juramento que decía lo siguiente: «[...] por el honor de nuestra Escuela, nuestro Distrito y Región y en beneficio de nuestra Patria Socialista nos comprometemos hoy a luchar honorablemente, con determinación y con todas nuestras fuerzas para obtener los mejores resultados en la competición».

Durante la competición se celebraban una serie de actividades: los alumnos teníamos que visitar cuatro unidades en un denominado Campamento de Jóvenes Patriotas y cada uno de nosotros mantener diferentes conversaciones con alumnos húngaros y con una delegación del Komsomol. Los *komsomoles* eran miembros de la organización juvenil Komsomol del Partido

Comunista de la Unión Soviética, y a los niños de las clases inferiores se les llamaba pioneros de Lenin.

Recuerdo que la noche anterior no pude dormir de la emoción. A la mañana siguiente, y debido al cansancio, me preocupaba si sería capaz de hacer cualquiera de las tareas que me encomendaran. Sin embargo, luego me sorprendió que en la competición sacara fuerzas de flaqueza que, por supuesto, era pura adrenalina.

Además de las medallas, ganamos un viaje durante las vacaciones de verano a Moscú y Yaroslavl en el llamado Tren de la Amistad. Sibylle y yo viajamos juntas. Antes del viaje, participamos en un curso preparatorio celebrado en un campamento de la Organización de Pioneros, el Klim Voroshílov, situado en Röddelinsee, a las afueras

de Templin. En aquellos días, lo que me colmaba no era solo la ilusión por el gran viaje que nos esperaba. Estaba hechizada con el despertar por la mañana, el deporte a primera hora, el sentimiento de comunidad en las actividades diurnas y la hoguera que ardía por la noche. Nada podía empañar mi buen humor, ni siquiera que tuviéramos que vestir un uniforme extremadamente feo. Además de la camisa de la FDJ, nos dieron un anorak y una falda marrones, que acertamos considerablemente, lo que más tarde nos traería problemas en la Unión Soviética. Después de todo, pensé, quizá los ideales socialistas no son tan malos.

Después del cursillo, viajamos desde Templin a Berlín-Treptow para el último pase de lista junto al memorial soviético en recuerdo de los soldados del Ejército Rojo caídos durante la Segunda Guerra Mundial. Sibylle y yo llegamos un poco más tarde que el resto del grupo. Eso nos valió tal reprimenda por parte de uno de los supervisores que se evaporaron de golpe los sentimientos positivos que había desarrollado hacia el socialismo en el campamento de Voroshílov.

Finalmente, tuvimos que ir andando hasta la escuela donde pasaríamos la noche antes de nuestra partida. Estaba cerca de la Ostbahnhof de Berlín. Por el camino —era sábado por la tarde

— miraba hacia las ventanas de las casas por las que pasábamos y pensaba: «Oh, Dios, te paseas sin más con tu uniforme de la unidad y te has sometido a cambio de nada, la gente tras las ventanas mira la televisión occidental, el concurso de Kulenkampff *Einer wird gewinnen* ('Uno ganará'), ¿y qué haces tú? Desfilas por aquí entre una multitud, y mañana viajarás a la Unión Soviética en tren». Para mí todo aquello era vergonzoso, me sentía sola y perdida, y ya estaba harta de todo antes de que empezara el viaje.

En Moscú nos reunimos con los *komsomoles*. Prácticamente, lo primero que nos dijeron fue:

«Está completamente descartado que Alemania siga dividida. Sería completamente surrealista construir un muro que dividiera Leningrado y Moscú o que separara ambas ciudades. Llevará algún tiempo, pero un día Alemania será reunificada». Me dejó sin palabras que precisamente unos jóvenes del país en gran parte responsable de la división de Alemania la consideraran como lo que en realidad era, algo antinatural. Eso fue lo primero que aprendí durante ese viaje de 1969, ocho años después de que se construyera el Muro de Berlín. Lo segundo fue que allí, a diferencia de la RDA, se podían comprar vinilos de los Beatles. Enseguida me hice con el *Yellow Submarine*.

Durante nuestra estancia, nos alojamos en una escuela rusa, pues todo el país estaba de vacaciones. Bailamos música occidental, otra experiencia con la que no contaba. Viajamos a la ciudad de Yaroslavl, al noreste de Moscú. Durante el viaje, visitamos monumentos conmemorativos de la Gran Guerra Patria, como se sigue llamando en Rusia a la lucha del Ejército Rojo contra Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo que en una ceremonia en la que se hacían ofrendas, unas mujeres ya mayores, a nuestros ojos unas *babuschki* —es

decir, unas abuelas— pasaron junto a nosotras y comentaron:

—Lo que hay que ver, muchachas vistiendo faldas tan cortas, no tienen decencia, esto es una vergüenza, no un homenaje a nuestros soldados.

Estábamos un poco avergonzadas, pero en realidad no del todo.

Las Olimpiadas de Lengua Rusa eran solo una forma de mejorar mis conocimientos del idioma.

Aunque también aprovechaba cualquier otra oportunidad que se me presentara. En Vogelsang, una localidad cercana a Templin, había una gran colonia rusa. Los miembros de las Fuerzas Armadas soviéticas que vivían allí estaban aislados y mantenían muy poco o

ningún contacto con la vida pública de la RDA. Sin embargo, los oficiales se llevaban con ellos a sus familias a Alemania, por lo que de vez en cuando podíamos visitar a sus hijos que, según la edad, eran pioneros de Lenin o *komsomoles*. Pasábamos las tardes con ellos en su cantina y hablábamos en ruso.

De forma poco convencional, cuando volvía a casa en bicicleta desde la escuela ponía en práctica mis conocimientos de ruso. Algunos días, los soldados soviéticos hacían guardia en la esquina de la Lychener Strasse con la Parkstrasse para dirigir las columnas de vehículos militares que se desplazaban a los campos de entrenamiento militar en los bosques de los alrededores de Templin. Calculábamos que durante los años que asistí a la escuela, en el escasamente poblado distrito de Templin residían el triple de soldados soviéticos que habitantes. Con frecuencia, los soldados de maniobras tenían que permanecer allí día y noche, hiciera el tiempo que hiciera, hasta que por fin llegaba la columna. A mis ojos eran unos pobres hombres. Mientras esperaban, aprovechaba para hablar con ellos y poner a prueba y mejorar mis conocimientos de la lengua rusa.

En la RDA, en la escuela no había clase de religión, pero sí estaba permitido hacer la catequesis en privado, que en mi caso fue en el Centro Comunitario Eclesiástico de Templin. Los profesores estaban informados de los horarios, y al principio de cada curso programaban los ensayos del coro escolar a la misma hora. Por lo tanto, los que queríamos cantar en el coro teníamos que pedir a la catequista que cambiara de hora la clase. Así que al principio de cada curso escolar se producía un tira y afloja por esa hora.

Una vez decidida la hora más conveniente, asistíamos una vez a la semana para escuchar historias de la Biblia o aprender himnos. A partir del séptimo curso, empezamos a preparar la confirmación. Para que mi padrino y mi madrina pudieran asistir a la ceremonia con sus familias residentes en Occidente, en 1970 celebramos mi confirmación en la Ermelerhaus de Berlín, una histórica casa patricia

a orillas del canal Spree. Ellos solo tenían permitido viajar a Berlín Oriental con un visado de un día, pero no al resto del territorio de la RDA. Así que durante mi confirmación también conocí a los hijos de mi padrino, uno de los amigos universitarios de mi madre. Tras un almuerzo muy festivo, a los jóvenes se nos permitió pasear solos por la Fischerinsel y así pudimos conversar sobre nuestras vidas tan diferentes.

Solo hice la confirmación, pero algunos de mis compañeros celebraron tanto la confirmación como la *Jugendweihe* ('consagración de la juventud'), una ceremonia estatal de la RDA que marcaba la entrada en la edad adulta. Se trataba de una concesión de la Iglesia al Estado, porque no quería poner a los jóvenes y a sus padres en la tesitura de tener que decidirse por una de las dos opciones. El Estado quería aprovechar la consagración de la juventud para alejar a los jóvenes de las iglesias.

Tras la confirmación, nos convertimos en miembros de la Junge Gemeinde, la asociación juvenil de nuestra parroquia. Por aquel entonces, Manfred Domrös era el pastor de los jóvenes en Berlín-Brandeburgo. Tras la reunificación alemana volví a encontrarme con él en la isla de Hiddensee, que formaba parte de mi circunscripción parlamentaria, donde él fue párroco de la comunidad de 1986 a 2008. En mis años de juventud, Domrös participó en cursos de capacitación en el Colegio Pastoral de mi padre. Yo estaba entusiasmada porque tocaba la guitarra maravillosamente y cantaba himnos nuevos. Me encantaba viajar a las Jornadas Regionales de la Juventud, en las que se celebraban debates relativamente bastante abiertos, incluso con algún obispo. Asistir a esas jornadas juveniles no me causó ningún problema adicional en la escuela.

VACACIONES

Una vez al año, siempre que era posible, nuestros padres nos llevaban de vacaciones a una residencia vacacional eclesiástica. Allí teníamos pensión completa, así que mi madre no tenía que ocuparse

de cocinar. Las plazas de vacaciones en las residencias de la Freien Deutschen Gewerkschaftsbundes (FDGB, Federación Alemana de Sindicatos Libres) quedaban fuera de nuestro alcance porque mis padres no estaban afiliados al sindicato. Había una agencia de viajes estatal a través de la cual se podía conseguir un número limitado de plazas de vacaciones, pero no existía un mercado libre de plazas de vacaciones, e incluso resultaba complicado encontrar sitio en los restaurantes. Muy a menudo viajábamos a la costa del mar Báltico, a Kühlungsborn o a Dierhagen, en el Darß, entre Rostock y Stralsund. Cerca de nuestra casa de vacaciones había una casa de huéspedes del Consejo de Ministros de la RDA; es decir, del gobierno. También se alojaban allí miembros del Politburó del SED.

Los terrenos de la casa, que hoy en día es un hotel, estaban vallados por los tres lados, con acceso solo por la playa. Para pasar el rato y divertirnos, a primera hora de la mañana, los niños cruzábamos a hurtadillas la playa y nos acercábamos a esa casa de huéspedes. Eso no era posible durante el día, cuando sus señorías estaban sentadas en sus sillones de playa, porque los guardias de seguridad nos echaban de allí. Sin embargo, a primera hora de la mañana, los huéspedes de alto rango aún no habían llegado. Entonces podíamos ver cómo se preparaban los sillones de playa. Incluso colocaban tapetes de encaje en los que después los invitados apoyaban sus cabezas. A los niños eso nos parecía impresionante.

Al atardecer, cuando sus señorías se dirigían desde su casa de huéspedes a la playa de Dierhagen a través del bosque, pasaban por delante de nuestra residencia vacacional. En ocasiones, allí también pasaban sus vacaciones las familias de los pastores, cuyos hijos no tenían permitido cursar estudios de bachillerato. Después de cenar, nos quedábamos fuera esperando a que pasaran los miembros del Politburó del Comité Central del SED. Entre nosotros comentábamos:

—¿Por qué no te acercas a ellos y les dices que yo no puedo cursar el bachillerato? Me pregunto si lo sabrán. A ver qué pasa.

Al final, ninguno se atrevió a hacerlo. Estábamos demasiado asustados.

Más adelante, entre los catorce y los dieciocho años, durante las vacaciones, uno de mis pasatiempos favoritos consistió en recoger arándanos en los bosques de Templin. Por la mañana, otros niños del Waldhof y yo nos subíamos en Templin al tren que iba a Lychen, para bajarnos en Tangersdorf. Para que parara allí, había que solicitarlo con antelación en cuanto te subías al

tren. Cuando llegábamos, nos adentrábamos en el bosque y recolectábamos arándanos. El objetivo era recoger diez kilos al día, un gran cubo lleno, cosa que solíamos lograr hacia el mediodía. Podíamos llevar los arándanos recolectados o bien a un punto de venta de la Volkseigener Erfassungs- und Aufkaufsbetrieb (VEAB, Sociedad Estatal de Recolecta y Compra), la empresa de propiedad popular que se ocupaba de adquirirlos, o a nuestra propia madre para que los confitara. De alguna manera, la oportunidad de ganar un poco de dinero llevando la fruta a la VEAB presionó moralmente a mi madre para que también me diera dinero a cambio de la fruta.

Los arándanos eran un negocio muy lucrativo, ya que por cada kilo de fruta podías pedir entre cuatro y cinco Ostmark, no recuerdo exactamente. A no ser que los mismos empleados se los quedaran para sus familiares y amigos, la tienda los vendía por uno o dos marcos. Podríamos haber ganado mucho dinero solo con esperar a que la mercancía se pusiera a la venta y que volviésemos a comprarla, y pasado un tiempo ofrecerla de nuevo como bayas supuestamente recién recolectadas. Nunca llegamos a hacerlo, pero ese sencillo proceso revelaba el completo absurdo de la economía de la RDA.

Durante las vacaciones de verano, la familia de mi tía venía con regularidad desde Hamburgo para pasar unos diez días con nosotros. A los familiares de ciudadanos de la RDA se les permitían estas visitas durante un máximo de treinta días. Siempre comparaba

la infancia de mis primos en Occidente con la mía en la Alemania Oriental. Por supuesto, les envidiaba las muchas oportunidades de las que disfrutaban en Occidente. La oferta en las tiendas era mucho mejor que en las nuestras, y los hijos de mi tía podían viajar sin restricciones. En cambio, nosotros solo podíamos soñar con pasar unas vacaciones en Occidente, y teníamos que estar alerta frente al Estado. Sin embargo, me complacía que mis parientes de Hamburgo estuvieran entusiasmados con nuestro paisaje, sobre todo con las posibilidades que ofrecía para bañarse, y que opinaran que nuestros panecillos y pasteles eran excepcionalmente sabrosos. Así que entre nosotros había cosas que les parecían mejores que en su casa. Por el contrario, a mí no me gustaba lo que me contaban de su vida escolar cotidiana, me parecían un completo caos las numerosas discusiones políticas durante las clases —estábamos a finales de los años sesenta—. Opinaba que en esas circunstancias los alumnos de la RFA no tenían suficiente tranquilidad para aprender. En eso mis primos me daban la razón. Por lo tanto, según mi punto de vista infantil, la balanza entre Este-Oeste estaba equilibrada.

LA PRIMAVERA DE PRAGA

En agosto de 1968, mis padres nos llevaron de vacaciones a Checoslovaquia. Encontramos un alojamiento en Pec pod Sněžkou, en las montañas de los Gigantes. El hijo de nuestros anfitriones tenía más o menos mi edad. Él y su padre hablaban algo de alemán. En el prado que había delante de la casa, intentó explicarme en pocas palabras, ayudado de manos y pies, lo orgulloso que estaba de los cambios que había introducido en el país el nuevo líder del partido, Alexander Dubček. Cuando le escribí una postal a mi abuela, me quitó los sellos que yo quería pegar, porque en ellos aún aparecía el antiguo líder del Partido Comunista, Antonín Novotný. Unos meses antes, Dubček se había impuesto a Novotný en una lucha interna por el poder en el partido y había sido elegido primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia (KSČ). Dubček defendía el «socialismo con rostro humano», como se le

llamaba entonces. Esto le convirtió en la figura destacada de la Primavera de Praga, un movimiento

comunista reformista en Checoslovaquia. En nuestras conversaciones, el padre y el hijo de nuestra familia de acogida estaban profundamente convencidos de que el desarrollo de su país no tenía vuelta atrás. Eso me impresionó y conmovió mucho.

Durante esas vacaciones, mis padres viajaron solos a Praga durante tres días. Lo tenían planeado desde un principio, así que mientras nuestros padres estaban de viaje, la gobernanta del Colegio Pastoral hizo una excepción y nos acompañó durante las vacaciones para cuidar sobre todo de mis hermanos pequeños. Mis padres regresaron de Praga muy animados. Habían experimentado una atmósfera de resurgimiento y esperanza que en la RDA era impensable.

Regresamos a casa con aquel sentimiento.

El resto de las vacaciones las pasé con mi abuela en Berlín. La mañana del 21 de agosto de 1968, me levanté y fui a desayunar a la cocina, donde sonaba la radio. Escuchaba la RIAS, la emisora del sector americano, que se anunciaba con las palabras «Una voz libre del mundo libre»

y estaba especialmente dirigida a los ciudadanos de la RDA. Escuché que durante la noche, los tanques de cuatro países del Pacto de Varsovia habían irrumpido en Praga y en muchos otros lugares de Checoslovaquia. Iban a aplastar sangrientamente la Primavera de Praga. Murieron docenas de personas y la esperanza del verano quedó sepultada bajo las cadenas de los tanques.

Aún hoy recuerdo dónde estaba la radio de mi abuela en la cocina y sigo sintiendo el puñetazo en el estómago que supuso esa noticia. A los catorce años aprendí que en la vida hay pocas cosas peores que las esperanzas truncadas.

El nuevo curso escolar comenzó casi dos semanas después, el 2 de septiembre de 1968, bajo la impresión causada por aquellos acontecimientos. El tutor de clase nos pidió que habláramos de nuestras experiencias durante las vacaciones. Cuando me tocó a mí, hablé con creciente entusiasmo de nuestras vacaciones en las montañas de los Gigantes, de las conversaciones con el hijo de nuestro anfitrión y me dejé llevar cada vez más por mis recuerdos y por la conmoción, que aún no había asimilado, causada por el fin de todos esos sueños. De repente, el profesor me interrumpió y dijo:

—Yo, de ti, iría con un poco más de tiento.

Me callé y me senté. No pasó nada más. Mi profesor se limitó a pronunciar esa frase. Más tarde pensé que quizás había querido protegerme de mí misma.

Al mismo tiempo, mi padre nos habló de unos estudiantes que, como todos los años por aquellas fechas, se desplazaban a Templin para la cosecha de la patata. Había hablado con ellos porque en sus pueblos también participaban en las actividades de la parroquia, y su pastor les había facilitado los datos de contacto de mi padre. Le contaron que, agotados de recoger patatas y con una cerveza en la mano, algunos de sus compañeros habían hablado de los sucesos de Checoslovaquia. Como solía suceder, alguien estaba escuchando, los denunció y muchos de ellos fueron expulsados.

Todo ello contribuyó a que la represión de la Primavera de Praga supusiera una profunda ruptura en la relación de mi padre con el Estado. La RDA no participó directamente en la invasión, pues se quería evitar el recuerdo de la ocupación de Checoslovaquia por la Wehrmacht en marzo de 1939. La Unión Soviética esperaba de los dirigentes de la RDA que por encima de todo evitaran las protestas contra las acciones de sus tropas. Mi padre, el «Kasner rojo», que siempre había abogado por no significarse en la oposición a la RDA, sino por mantener una actitud receptiva frente a ella, se sintió

profundamente decepcionado. Se distanció cada vez más del sistema.

Como consecuencia de ello, él y mi madre se dedicaron a reproducir y divulgar textos que en la RDA se consideraban subversivos. Entre ellos, por ejemplo, escritos del escritor y disidente

Aleksandr Solzhenitsyn. Mi madre mecanografiaba los textos y mi padre los reproducía en la fotocopidora del Colegio Pastoral. Estos aparatos escaseaban porque el Estado tenía interés en impedir que ciertos impresos llegaran a manos de la gente. Por supuesto, se sabía que el Colegio Pastoral disponía de una fotocopidora para los trabajos de capacitación y, por lo tanto, era también una fuente potencial de difusión de textos prohibidos. El Servicio de Seguridad del Estado no tardó en enterarse de las actividades de mi padre, y solo estaba esperando la oportunidad adecuada para enfrentarse a él con lo que sabían.

Una vez, mientras circulaba con el coche de la parroquia por encima del límite de velocidad, fue requerido por la policía de tráfico. Cuando acudió a comisaría, en lugar de un policía de tráfico, frente a él se sentó un representante del Servicio de Seguridad del Estado, que intentó reclutarlo como colaborador para aprovecharse de sus contactos. Mi padre se negó, utilizando una estrategia que nuestros padres nos habían inculcado a muy temprana edad y que era tan simple como eficaz:

—Si alguien del Servicio de Seguridad del Estado te propone que colabores —nos explicaron

—, simplemente contesta que eres incapaz de guardar un secreto.

Este consejo nos fue extremadamente útil, pues el Servicio de Seguridad del Estado dependía de los conspiradores. Más adelante, esta máxima me sería de mucha utilidad.

Mi padre siguió fotocopiando textos, pero se volvió un poco más cauto a la hora de distribuirlos. No obstante, mis padres, y en particular mi padre, transitaban por un campo de minas. Yo no temía por él, aunque es probable que no quisiera ver el riesgo que realmente corría.

ESCUELA HERMANN MATERN

En septiembre de 1969, antes de empezar el noveno curso, pasé del Polytechnischen Oberschule (POS, Instituto de Enseñanza Secundaria Politécnico) al Erweiterte Oberschule (EOS, Instituto de Enseñanza Secundaria Ampliada) para cursar el primero de los dos años preparatorios antes del bachillerato. Hasta 1971, la escuela no recibió el nombre Hermann Matern, miembro del Politburó del SED fallecido ese mismo año. Era el único EOS de Templin. Me hacía mucha ilusión trasladarme allí, porque incluso antes del octavo curso, en el POS la enseñanza se había ido complicando, ya que los alumnos mostrábamos rendimientos e inclinaciones muy diferenciados. Aunque los profesores hacían un gran esfuerzo por prestar atención a todos, los alumnos más aventajados tenían cada vez menos dificultades. En cualquier caso, la enseñanza era muy buena, sobre todo en ciencias naturales, y eso era aplicable a mis dos escuelas. Mi EOS

también contaba con aulas bien equipadas de física, química y biología.

Al finalizar el décimo curso, debíamos presentarnos a los mismos exámenes que los alumnos que terminaban el POS, que a continuación iniciaban la Formación Profesional. Así se garantizaba que todos los alumnos obtuviesen un certificado de estudios, aunque luego suspendieran el examen final de bachillerato. A la inversa, al menos en teoría, los alumnos con una calificación muy buena en el examen final del POS podían acceder igualmente al EOS. De esta forma, el Estado también se beneficiaba ideológicamente, ya que

podía hacer frente a una posible acusación de elitismo en contra del bachillerato.

La Escuela Hermann Matern disponía de tres clases por curso, a, b y c. Yo pertenecía a la clase b. La mitad de los alumnos procedía como yo de la ciudad de Templin y vivía en casa, la otra mitad procedía de los pueblos vecinos del distrito y residía en el internado de la escuela.

Aproximadamente la mitad también nos habíamos confirmado en 1970, un porcentaje comparativamente alto. Éramos una clase consciente de sí misma. Por eso, como se vio más

adelante, algunos profesores también nos vigilaban con ojo crítico.

Aunque, de todos modos, lo que estaba permitido y lo que no siempre dependía de las directrices políticas generales. Cuando, en 1971, Erich Honecker sucedió a Walter Ulbricht como secretario general del Comité Central del SED, al principio dio la impresión de iniciar una pequeña apertura. Sin embargo, poco después el viento volvió a soplar en la misma dirección y se aplicaron de nuevo unas disposiciones más estrictas. Entre ellas estaba no poder llevar vaqueros a la escuela y enviar a los chicos constantemente a la peluquería, porque los profesores opinaban que llevaban el pelo demasiado largo.

Pero a veces también sufríamos decepciones de otro tipo. De vez en cuando, apoyábamos a los luchadores por la libertad de los ideales socialistas, tal como se decía entonces. Recuerdo una campaña de principios de 1970 en la que nos dedicamos a enviar postales para solicitar la puesta en libertad de Mikis Theodorakis, el compositor, escritor y político griego. Theodorakis se había unido a la resistencia contra la dictadura militar en Grecia y, como consecuencia, había sido arrestado. Como mi madre sabía griego, me ayudó con el alfabeto griego para redactar un texto y exigir su liberación.

Una mañana, una amiga me dijo:

—Mikis nos ha traicionado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Ella respondió:

—Lo han puesto en libertad, eso es lo que queríamos, pero...

—¿Pero?

—No se ha unido a nosotros, ha huido a Occidente.

En el noveno curso, nos añadieron una nueva asignatura: educación cívica. La asignatura comprendía una introducción a la filosofía marxista, a la economía política del capitalismo y del socialismo y al comunismo científico. Estudiamos la vida y la obra de Karl Marx y Friedrich Engels, su relación con la clase obrera y el desarrollo del materialismo dialéctico. Teníamos que resolver tareas como: «Demuestre que el conocimiento científico de Marx y Engels era y sigue siendo correcto». Por supuesto, se trataba de preguntas ilustrativas y no de preguntas que nos obligaran a aportar pruebas científicas, aunque las instrucciones de este tipo me acompañaron a lo largo de todas las etapas posteriores de mi formación.

Cada día de clase se iniciaba con el saludo de la FDJ: «Amistad». A continuación, repasábamos la prensa durante quince minutos. Un alumno diferente cada semana se encargaba de ello. En vistas de que en la RDA no había libertad de prensa, el concepto «repasar la prensa»

venía a ser una broma. Solo había dos periódicos cuyo contenido teníamos que presentar cada día: el *Neues Deutschland*, el periódico de Comité Central Nacional del SED, y nuestro periódico local, el *Freie Erde* (actual *Nordkurier*). De vez en cuando, también leíamos un artículo del *Junge Welt*, el periódico de la FDJ.

Los chicos estaban obligados completar diversas formas de entrenamiento paramilitar. Las chicas teníamos que realizar un entrenamiento de defensa civil, ambos organizados por la Asociación para Deporte y Tecnología (GST). Yo era completamente negada para los ejercicios de tiro. Nos indicaban que debíamos entrecerrar el ojo izquierdo para enfocar el objetivo con el derecho. Si bien soy diestra, en realidad no quería acertar. Mis disparos nunca daban en el blanco.

En el EOS también había clases teóricas de lo que se llamaba introducción a la producción socialista (ESP). Se alternaban semanalmente con días de trabajo práctico, las jornadas de

instrucción en la producción socialista (UTP), más tarde llamadas trabajo productivo (PA). Estas actividades de trabajo productivo ya figuraban en el programa lectivo del POS desde el séptimo curso. En el noveno curso, a mis compañeros y a mí nos enviaron a trabajar a la planta de hormigón de Götschendorf, a unos quince kilómetros de Templin. Ayudábamos en la producción del hormigón pretensado y fabricábamos tapas de alcantarilla y postes para farolas. En el hormigón pretensado, el hormigón se coloca en moldes que contienen insertos de acero pretensado. Una vez endurecido el hormigón, se libera de nuevo la tensión del acero. Para mí resultó una actividad muy interesante, me gustaba su relación con el trabajo práctico. Es probable que no ayudáramos mucho a que se cumplieran las normas, pero los capataces y trabajadores de la planta fueron amables con nosotros.

En el duodécimo y último curso se realizaban los exámenes finales escritos y orales de bachillerato. Al finalizar el curso anterior, ya habíamos solicitado plaza en la universidad. Nos aconsejaban estudiar lo más cerca posible de casa. En mi caso, se trataba de la Universidad de Greifswald. Pero yo quería estudiar en otro centro, lo suficientemente lejos de Templin como para no tener que viajar a casa cada fin de semana. Por eso Berlín también estaba descartada. No solo me atraía el reto de estudiar, sino también de arreglármelas

por mí misma en un lugar nuevo. Así que solicité una plaza en la Universidad Karl Marx de Leipzig. Al igual que la Universidad Humboldt de Berlín, la universidad de Leipzig tenía muy buena reputación y, en todo caso, la ciudad me parecía atractiva: el recinto ferial, las maravillosas arcadas y patios del centro de la ciudad, la bodega Auerbach, la Gewandhaus, la iglesia de Santo Tomás. Ya conocía al coro de Santo Tomás, que en una ocasión se alojó en el Waldhof, por algunos conciertos a los que había asistido en Templin. Sus interpretaciones de Bach me parecían maravillosas y, sobre todo, la idea de asistir a otros conciertos suyos en Leipzig.

Una vez finalizado el bachillerato, también me había propuesto un nuevo reto académico, así que decidí estudiar ciencias físicas. No había sido la asignatura más sencilla para mí, pero había otras razones para mi elección: se trataba de una ciencia natural, y ni siquiera la RDA podía tergiversar los hechos. Dos más dos eran cuatro. Así que podría hablar de lo que aprendía sin censura. Antes de tomar una decisión definitiva, visité a una amiga de Turingia, hija de pastor, que ya estudiaba en Leipzig. Estaba en su primer año y me contó lo difícil que era todo y lo mucho que tenía que luchar. Eso no me asustó, incluso me gustó. Pensé que debía esforzarme, y si ella era capaz de hacerlo, de alguna manera yo también lo conseguiría. En mi ingenuidad juvenil, tenía alguna confianza en mí misma.

Aunque, por supuesto, esa no era toda la verdad, porque si hubiera querido estudiar psicología, como una de mis dos mejores amigas, en realidad no me habrían admitido. No por malas calificaciones, sino porque no habría recibido la calificación necesaria de «especialmente apta». Correspondía a la escuela determinar la denominada «aptitud» para una carrera determinada. Aquí se trataba de la aptitud por carácter y circunstancias personales. De nuevo entraba en juego la profesión del padre. A diferencia de un niño de clase obrera, como hija de pastor no tenía ninguna posibilidad de alcanzar la calificación más alta, la de «especialmente apta», para la carrera de psicología. Además, con una calificación de

aptitud inferior en esta asignatura no habría conseguido plaza, porque había suficientes solicitudes con la mejor aptitud para el número de plazas disponibles. El número de plazas disponibles se determinaba de forma centralizada para cada universidad y cada especialidad. Por lo tanto, además de la nota media, la calificación del centro era un instrumento de control adicional.

A mí me calificaron de «especialmente apta» para estudiar física, pues para ciencias naturales

las chicas se buscaban desesperadamente. El 3 de enero de 1973, unos seis meses antes de realizar los exámenes finales de bachillerato, recibí, dirigida a «la señorita Angela Kasner a través del director del EOS (Hermann Matern)», la carta de admisión para el curso de 1973/1974

«Primer ciclo de Ciencias Físicas». Seguía siendo algo provisional, ya que en el escrito se afirmaba que la admisión podía ser denegada «si ya no se cumplen los requisitos para cursar los estudios [...]». Todos teníamos claro que esta restricción no se refería únicamente a las calificaciones académicas.

Cada año escolar, los diferentes cursos debían presentar un programa cultural ante profesores y alumnos seleccionados. A principios del verano de 1973, unas semanas antes de los exámenes finales de bachillerato, mi clase, la 12b, había decidido no hacerlo. No nos apetecía y, además, estábamos ocupados con nuestros exámenes. Qué podía pasar, unas semanas más y la escuela sería cosa del pasado. Pero nada más lejos de la realidad. El día en que debía celebrarse el evento, en el recreo, cuando todos los alumnos estaban en el patio, un profesor informó por megafonía que el curso 12b se negaba a participar en el programa cultural. La dirección de la escuela intentaba poner a los demás alumnos en nuestra contra y presionarnos. Nos acusaban de pereza y holgazanería. Nos entró el miedo en el cuerpo. Así que en el menor tiempo posible, durante el recreo, decidimos organizar un programa que pudiera representarse

unas horas más tarde. Aunque tampoco queríamos someternos sin más. Pretendíamos hacerlo de un modo un poco diferente a lo que se esperaba de nosotros. El 12b quería demostrar de qué pasta estaba hecho. Ni hablar de pereza y holgazanería. Aquí es donde Christian Morgenstern desempeñó su papel.

En la estantería de mi habitación tenía una edición completa de sus *Canciones de la horca*, publicada por la editorial Insel de Leipzig. Me gustaban mucho sus poemas. Durante la pausa para comer en casa, subí a mi habitación, cogí el volumen, bajé corriendo y fui a la cocina, donde me esperaba mi padre. En realidad, estaba ocupado preparando el almuerzo porque excepcionalmente mi madre no estaba. Sin embargo, apenas pudimos comer. Tenía prisa por contarle lo que había sucedido en la escuela aquella mañana, y le leí el poema de Morgenstern

«Vida de doguillos»:

Los doguillos aman las esquinas
de los muros que se asoman a la calle
para desde tales puestos provechosos
deleitarse de la variedad del mundo.
Oh hombre, ándate con mucho ojo
de no volverte un doguillo sobre el muro.

Todavía hoy me veo de pie apoyada en el marco de la puerta de la cocina, contándole a mi padre nuestros planes para el programa cultural. Queríamos hacer una representación literaria del

«Vida de doguillos». A continuación, en lugar de pedir como de costumbre donativos para la reconstrucción de Vietnam, los pediríamos para el FRELIMO, el Frente de Liberación de

Mozambique. Por último, planeábamos cantar la «Internacional» en inglés en lugar de hacerlo en alemán. Mi padre escuchó en silencio y asintió con la cabeza. Le parecía que todo tenía mucho sentido. Eso me animó para proseguir con el plan.

Engullí la comida y regresé corriendo a la escuela con Morgenstern en la cartera. A la velocidad del rayo ensayamos nuestro programa, del que yo era una de las organizadoras.

Entonces llegó la hora de la representación. Una vez finalizada, algunos alumnos aplaudieron

con cautela y bajaron la mirada. Los profesores reaccionaron con un silencio estruendoso.

Incluso cuando descendimos del escenario, nadie se dirigió a nosotros. Intuí que algo iba mal, pero no lo descubrí hasta la mañana siguiente.

El profesor de química no nos saludó con el habitual «Amistad». A continuación, anuló el repaso a la prensa, y una vez que abandonamos el aula de química tras la primera lección —el profesor sufría en silencio con nosotros—, al cambiar de aula pudimos ver que otras clases ya habían colgado con chinchetas en el corcho de los comunicados comentarios en contra de nuestra clase. No me lo esperaba. Eché un vistazo a los comentarios. Algunas clases escribían que nos despreciaban porque el programa se desviaba de la norma, otras eran más inteligentes y explicaban cómo se imaginaban un buen programa cultural.

Durante la segunda hora lectiva fueron llamándonos uno a uno. Al regresar, los que ya habían sido llamados nos contaron que agentes del Servicio de Seguridad del Estado les habían interrogado para averiguar cómo se había preparado el programa. No llamaron únicamente a los cuatro alumnos que habíamos preparado el programa, un amigo, mis dos mejores amigas y yo.

Esto generó la máxima incertidumbre, porque nos veíamos obligados a preguntar a los demás compañeros qué estaba pasando. Después de clase, fui a casa y le conté a mi padre cómo había transcurrido la mañana. Entonces sí que se alarmó. Miró a ver si se enteraba de algo.

Unos días después se celebró una reunión de padres. La dirección de la escuela pretendía que el mayor número posible de padres se distanciara de los alumnos que habían planificado el programa y de sus padres. Algunos profesores y padres dijeron: «De todas formas, la clase 12b es una clase en la que muchos alumnos llevan ropa occidental y escuchan música occidental».

Otros nos reprendieron: «Siempre se han creído superiores. Nadie debería sorprenderse de que se haya llegado a esto». Es probable que algunos llevaran mucho tiempo esperando la ocasión de que nuestra clase llamara la atención. Sin embargo, como muchos padres también se solidarizaron con nosotros, la dirección de la escuela no logró lo que pretendía.

Sin embargo, guardo un recuerdo en especial doloroso de la reacción de mi madre al regresar de su viaje. Pocas veces la había visto tan alterada:

—Ahora que había conseguido que superaras tus doce años de escuela sin ningún problema, me voy de viaje una vez y me encuentro con esto...

Y a continuación añadió una frase que me partió el alma:

—Pronto te marcharás, pero yo tengo que quedarme aquí, ¡y hasta ahora siempre hemos disfrutado de reconocimiento!

Solo pude responderle mansamente:

—Pero si ya tienes ese reconocimiento.

En aquel momento sentí una pena infinita por ella.

Durante un tiempo, no estuvo claro qué castigo nos esperaba. Existían varias posibilidades: que nos expulsaran de la escuela, que suspendiéramos los exámenes finales de bachillerato o que no nos permitieran iniciar los estudios universitarios. Ante esa situación, mi padre decidió no quedarse parado ni limitarse a esperar el juicio, sino pasar a la acción. Así que hablé con un contacto suyo, el encargado de Asuntos Eclesiásticos en el Consejo del Distrito. Allí describió el asunto como una farsa de provincias que solo podía añadir aún más nervios al estrés producido entre los alumnos por los exámenes de bachillerato. Me pidió que pusiera todo por escrito en una carta dirigida a Manfred Stolpe, jurista eclesiástico de la iglesia de Berlín-Brandeburgo que colaboraba con la Secretaría de Estado para Asuntos Eclesiásticos, y que se la entregara personalmente. Así lo hice: un sábado por la tarde viajé hasta Berlín-Weißensee y entregué mi carta a Manfred Stolpe.

Mientras tanto, se había celebrado una asamblea general de alumnos y profesores, en la que una alumna de baja estatura y algo regordeta se levantó y exclamó muy indignada:

—¿Yo rechoncha? [?*](#) ¡De ninguna manera!

Tuve que controlarme muy bien para no estallar en una sonora carcajada. Sin embargo, en mi prueba escrita de lengua alemana de los exámenes finales de bachillerato hice todo lo posible por no cometer ni una sola falta de ortografía. Al fin, el día del homenaje a la bandera se anunció el castigo frente a toda la escuela. El curso 12b tuvo que dar un paso al frente. Recibimos una reprimenda. Y eso fue todo. Mirando atrás, creo que si el asunto no fue a mayores fue gracias a los esfuerzos de mi padre, y que acudir a Manfred Stolpe dio sus frutos. Ya podíamos concentrarnos únicamente en los restantes exámenes de bachillerato que teníamos por delante.

No obstante, como mis padres y yo aún estábamos conmocionados por la reacción de la escuela a nuestro programa cultural, mi padre y yo viajamos a Leipzig para informar personalmente al departamento de Estudios de todo lo que concernía a ese programa cultural. Era la manera que tenía mi padre de adelantarse a los comentarios en Templin. Sin embargo, nos dimos cuenta de que, evidentemente, las cosas estaban más relajadas en Leipzig que en nuestra ciudad, y poco después me admitieron para estudiar física en la Universidad Karl Marx.

Mis amigos más íntimos de la escuela y yo asistimos al baile de graduación, al que también estaban invitados los padres. Para guardar las formas, los nuestros también asistieron. Aunque nosotros desaparecimos inmediatamente después de la cena. Al habernos sometido a semejante presión por habernos permitido unas desviaciones básicamente inofensivas al preparar el programa cultural, la dirección de la escuela nos había estropeado por completo la diversión.

Pese a todo, guardo un grato recuerdo de la celebración con los amigos más íntimos de nuestra clase 12b. Viajamos al cercano pueblo de Ahrensdorf y lo celebramos en el bar del pueblo, a orillas del lago. El ambiente fue muy alegre, al estilo de Christian Morgenstern:

¡Las moléculas que roten,
deja que combinen lo que quieran!
No lucubres, ni arregles,
las éxtasis te sean sagradas.

Al amanecer, estaba sentada en un bote de remos con un amigo. Habíamos bebido bastante licor de cereza. De repente, sin previo aviso, mi amigo se levantó bruscamente, la barca empezó a balancearse y me precipité al agua. Enseguida alcancé la orilla, pero

tuve que volver a casa empapada. A pesar de aquel percance, la celebración me encantó.

Así es como a principios del verano de 1973 llegó a su fin mi etapa escolar, al igual que mi infancia y juventud en casa de mis padres. Tenía casi diecinueve años. Nuestros padres habían hecho todo lo posible por ofrecernos a mí y a mis hermanos espacios en los que refugiarnos, o así lo sentía yo. Siempre les estaré agradecida por ello. Tuve una infancia feliz.

Nos protegía la naturaleza que rodeaba el Waldhof. En sus bosques y prados podíamos jugar, nadar, ir de excursión y vivir aventuras sin preocuparnos de nada. También me sirvieron de refugio las conversaciones y el estímulo espiritual casi inagotable que pude disfrutar en el Colegio Pastoral gracias a sus empleados y a quienes participaban en sus actividades. Vivíamos como en una gran familia. Como la niña extrovertida que era, contaba con muchas posibilidades

de contactar con la gente. Acribillaba a preguntas a los visitantes y así aprendía mucho. Así fue cómo, por ejemplo, una gobernanta que coleccionaba postales de arte me familiarizó con la pintura de principios del siglo XX.

Una vez al año íbamos con mi familia al teatro a Berlín. Siempre recordaré a Hilmar Thate como Ricardo III en el Deutsches Theater y la representación de *El violinista sobre el tejado (Anatevka)* en la producción de Walter Felsenstein en la Ópera Cómica.

Sin embargo, fue mi madre quien me ofreció el espacio decisivo en el que refugiarme. Estaba a mi lado siempre que la necesitaba. La vida en la RDA era una vida de equilibrios constantes.

Por muy despreocupado que empezara el día, si traspasabas los límites políticos, todo podía cambiar en cuestión de segundos y poner en peligro tu existencia. Entonces el Estado no perdonaba y golpeaba sin piedad. El verdadero arte de vivir radicaba en averiguar

exactamente dónde estaban esos límites. Mi carácter algo conciliador y mi enfoque pragmático me ayudaron, pero fue vital que en casa podíamos «hablarlo» todo, y a mis hermanos y a mí nuestros padres nos enseñaron de una manera amable a tomar decisiones independientes en este mundo. Unas decisiones que nos permitían vivir dentro del sistema, pero que no iban más allá del punto a partir del cual ya no pudiera mirarme en el espejo. Unas decisiones que impidieron que mis hermanos y yo nos amargáramos y nos hastiáramos.

En la RDA, el margen de maniobra política se modificaba constantemente. En una época se colectivizaban las propiedades de los campesinos, en otra se llevaba a cabo la «acción cabeza de buey», durante la cual se vigilaba que las antenas de televisión de los tejados no apuntaran hacia Occidente. También los artistas sufrieron acoso y se produjeron oleadas de expropiaciones de empresas medianas.

Pero, sobre todo, a diferencia de la vida en democracia, el individuo no contaba con ninguna protección legal para reclamar, el Estado actuaba arbitrariamente y sus castigos se extendían no solo a la persona afectada, sino a toda la familia o grupo. Esta es la esencia de una dictadura. Por lo tanto, los espacios de refugio que mis padres crearon para mis hermanos y para mí fueron esenciales para sobrevivir.

A VER MUNDO

LOS ESTUDIOS DE FÍSICA

En septiembre de 1973 abandoné la casa de mis padres y me trasladé de Templin a Leipzig para estudiar ciencias físicas en la Universidad Karl Marx. Antes de iniciar la carrera tuvimos que completar una especie de cursillo paramilitar. Duraba dos semanas y tenía lugar en Schwarzenberg, en los montes Metálicos, en un campamento similar a un albergue juvenil con un campo de

deportes adyacente. Dormíamos en habitaciones con dos literas dobles. Yo la compartía con una estudiante de la zona de Dresde que hablaba un dialecto sajón muy marcado que nunca había oído antes y que utilizaba palabras que no entendía. Empezamos a comparar las palabras más familiares para nosotras. Ya a los pocos minutos de hablar con ella me di cuenta de que llamaba *Schlagasch* al bizcocho de mármol. También hacía bien las camas, me dijo:

—Sé hacerlo porque mi novio es cadete.

Para mí supuso un pequeño choque cultural el hecho de relacionar la formación de oficiales del Ejército Popular Nacional con la capacidad de hacer la cama.

Tras mi estancia en Schwarzenberg comenzaron mis estudios propiamente dichos. En mi año académico había cinco grupos de seminario, cada uno de ellos formado por unos quince estudiantes. En Leipzig vivía en una residencia de estudiantes en la Linnéstrasse. En lugar de la habitación abuhardillada con vistas a bosques y prados, ahora vivía en una habitación con dos literas dobles en la que cada residente disponía de una mesa Sprelacart para estudiar. Sprelacart era la marca de los tableros de melamina más utilizados en la RDA. Al menos me había hecho con una de las literas bajas. Hoy en día me resulta inimaginable vivir y trabajar así. Es probable que por aquel entonces pudiese soportarlo porque mis compañeros de piso eran de la zona, se iban a casa los fines de semana y yo disponía de la habitación para mí sola desde el viernes al mediodía hasta el lunes por la mañana.

La carrera de ciencias físicas duraba cinco años y no se dividía en semestres. Además de las becas universitarias, en los últimos años de carrera podías ganarte un dinero extra como auxiliar de investigación. Por ejemplo, yo corregí ejercicios de los alumnos más jóvenes. En la universidad de Leipzig no era posible interrumpir los estudios para estudiar en el extranjero, por lo menos no en mi carrera. Me hubiera gustado estudiar medio año o un año en el

extranjero, como hacían los estudiantes occidentales. En mi carrera existía al menos la posibilidad de participar en un programa de intercambio de estudiantes con la Universidad de Leningrado durante quince días o un máximo de tres semanas, oportunidad que aproveché junto con algunos amigos de mi grupo de seminario.

Era junio, justo antes de las maravillosas noches blancas, en las que en Leningrado, ahora San Petersburgo, de noche apenas oscurece. Vivía en una residencia de estudiantes, pude refrescar de nuevo mis conocimientos de lengua rusa y, por lo demás, no tenía mucho más que hacer. Así que tuve tiempo para recorrer la ciudad y sus alrededores. Visité el museo del Hermitage, los palacios de Peterhof y de Catalina, Répino, donde residió el pintor Iliá Repin, y muchos otros lugares de interés. Por las tardes, mis amigos y yo nos sentábamos en los parques con una botella de vino tinto y un poco de queso y disfrutábamos del ambiente. No teníamos mucho contacto con los

estudiantes rusos, aunque gracias a un profesor de física encargado de nuestro grupo, sí lo tuvimos con artistas e intelectuales rusos, que de vez en cuando incluso nos invitaban a sus casas.

Aunque la estancia fue demasiado breve, pude comprobar que en Leningrado existía una apasionante escena intelectual a resguardo del control estatal.

Mi horario lectivo en Leipzig incluía conferencias, seminarios y prácticas; es decir, pruebas con aparatos. Se esperaba que participáramos en todas las actividades. Al principio, todo giraba en torno a las matemáticas, y más adelante predominaron las asignaturas de física. El rendimiento se evaluaba mediante exámenes escritos periódicos y ejercicios prácticos. Nuestra directora de seminario se aseguraba de que nadie se quedara atrás. Era algo que parecía necesario, porque unos seis meses después de iniciar los estudios y en vistas de nuestras calificaciones, nos dijo:

—¡Por favor, no empiecen a considerar que un bien equivale a un sobresaliente! ¡Está claro que ustedes pueden hacerlo mucho mejor!

Cuando recuerdo aquellos primeros días, me veo siempre sentada ante mi mesa Sprelacart en la habitación de cuatro camas, resolviendo ejercicios de análisis, álgebra y física teórica. Me pasaba horas y horas estudiando los problemas hasta que en algún momento tenía una idea brillante. La sensación de haber encontrado la solución era grandiosa y liberadora. Por aquel entonces aprendí que valía la pena no tirar la toalla enseguida, sino perseverar, confiar en mis propias capacidades y abrirme camino por mi cuenta. A diferencia de mi etapa escolar, mi paso por la universidad me llevó realmente al límite. Eso era exactamente lo que buscaba, y lo encontré.

La Sección de Ciencias Físicas —durante mis estudios en la RDA se denominaba sección a lo que conocemos como facultad— estaba situada en la Linnéstrasse, en la misma calle que mi residencia de estudiantes. Las clases más importantes de física y matemáticas tenían lugar allí.

Nuestros profesores de física no ocupaban sus puestos por disponer de buenos contactos en el SED y el Estado, sino porque eran renombrados y reconocidos internacionalmente. Recuerdo a uno de ellos en particular: el profesor Harry Pfeifer, un hombre muy delgado, más bien bajo y calvo. Nos impartía clases de electrónica, había escrito varios libros de texto de éxito y también se le permitía participar en conferencias especializadas en Occidente. Durante un tiempo, tuve una clase con él los lunes a las ocho. El primer día de clase nos recibió con un mensaje claro:

—En primer lugar, deben ser puntuales —nos dijo—; y, en segundo lugar, después de las ocho no aceptaré ejercicios. Ni lo intenten. Será inútil.

Y, efectivamente, no aceptaba ejercicios que no estuvieran en su mesa antes del comienzo de las clases a las ocho en punto. Esto no me causaba ningún problema, ya que solo me llevaba unos minutos llegar desde mi habitación en la residencia hasta la sala de conferencias. No obstante, para muchos otros, que no vivían lejos pero sí en las afueras de Leipzig, resultaba un calvario llegar a la clase de los lunes justo antes de las ocho para entregar los ejercicios a tiempo. Sin embargo, Pfeifer no permitía que se lo rebatiéramos, quizá porque temía que si los ejercicios permanecían en nuestro poder una vez iniciada la clase, dejaríamos que nuestros compañeros los copiaran. Es probable que también utilizase este método para obligarnos a asistir siempre a sus clases.

Algunas de las prácticas empezaban incluso antes, a las siete. Aquello resultaba duro. Tenía que salir de la residencia sobre las seis y media de la mañana porque, a diferencia de las clases y los seminarios, las prácticas no tenían lugar en la Linnéstrasse, sino justo al lado de la sala de conciertos Gewandhaus, en el edificio más alto de la universidad. Fue construido en 1969 tras la voladura de la venerable iglesia universitaria, una auténtica barbaridad cultural. Además de que

las prácticas empezaban muy pronto, me molestaba mucho que mientras que yo quería tener una idea clara de los experimentos que iba a realizar antes de realizarlos, los chicos se dirigían directamente a los aparatos y los probaban sin tener idea de lo que querían hacer, por lo que cuando quería probar algo en un aparato, ya estaba ocupado. No por empezar antes alcanzaban los chicos su objetivo. Por eso prefería hacer las prácticas junto con las demás chicas.

Ni que decir tiene que durante mis estudios universitarios, aparte de las prácticas, el deporte fue la asignatura que, igual que en la escuela, más quebraderos de cabeza me dio. Hoy me río de ello, pero entonces no era ninguna nimiedad, porque las pruebas de educación física formaban parte obligatoria de la carrera. Mi mayor obstáculo eran los cien metros lisos. Una vez tuve que repetir el

examen para no suspender la asignatura, algo que habría puesto en peligro todo mi curso académico. Creo que al repetir la prueba, el examinador se apiadó de mí, porque no tuve la sensación de haber corrido mucho más rápido que la primera vuelta. Por supuesto, era impensable no terminar el curso por culpa de una carrera de cien metros.

DESPREOCUPADA

Lo que en la enseñanza secundaria había comenzado con la asignatura de educación cívica, en la universidad tuvo su continuidad con seminarios y conferencias sobre marxismo-leninismo, o

«ML», como lo llamábamos entonces. Las clases de ML incluían de nuevo las tres categorías ya conocidas de la educación cívica: el materialismo dialéctico, la economía política y el comunismo científico —la parte más desagradable de la tríada—. Cerca de mi residencia estudiantil vivían estudiantes de ML; desde mi punto de vista de estudiante de física, los más inteligentes estudiaban economía política y los menos talentosos, comunismo científico.

Suponíamos que habrían sido admitidos en la universidad incluso con un suspenso en matemáticas, porque poco más tenían que hacer aparte de especular sobre cuándo llegaría la era del comunismo. No entendía cómo se podían pasar toda la carrera estudiando eso. Me parecía absurdo.

Como no era capaz de disimular del todo ese pensamiento, en una ocasión me echaron de malos modos de una clase de ML. Esto fue lo que ocurrió. Estaba sentada relativamente atrás en el auditorio. Como sucede en los auditorios, cada fila de asientos ganaba en altura frente a la anterior, y yo estaba sentada en una de las filas superiores. Como la clase de ML me aburría, me dediqué a mis ejercicios de física. Sin embargo, no me di cuenta de que tres filas más atrás había alguien que nos observaba y vigilaba de cerca lo

que hacíamos. De repente, el hombre se levantó de un salto y le gritó al profesor de ML:

—¡Para! ¡Aquí hay alguien que se dedica a hacer ejercicios y no presta atención a la lección de marxismo-leninismo!

De inmediato comprendí que se refería a mí. El profesor de ML gritó en mi dirección:

—¡Largo de aquí!

Sobresaltada, recogí las cosas y me levanté del asiento para abandonar la sala. Allí empezó el verdadero drama: el auditorio no disponía de salida trasera por la que hubiera podido desaparecer con rapidez. La única salida estaba abajo, en el otro extremo de la sala. Tuve que bajar las escaleras, mientras en la sala reinaba un silencio sepulcral y todos me observaban, y pasar por delante del profesor para llegar a la puerta. Después de lo que me pareció una eternidad, llegué a la puerta, la abrí y abandoné el auditorio. Al salir, me di cuenta de que me temblaban las piernas.

Estaba tan asustada que lo único que quería era volver a mi habitación. Con el fin de serenarme, me tumbé en la cama completamente agotada. Cuando los demás regresaron al dormitorio,

también intentaron calmarme. El episodio del auditorio no tuvo más consecuencias, pero nunca olvidaré aquel paseo. Resultó humillante, una pura vejación.

Mirando atrás, me llama la atención que esa experiencia me impactara tanto. Aunque me pilló realmente desprevenida, debería haberlo sabido. De hecho, ni siquiera debería haberme sorprendido. En Leipzig aún no había acabado de asumir que siempre debíamos presuponer que nos vigilaban, que debíamos dar por descontado que había delatores entre nosotros que informarían al Servicio de Seguridad del Estado sobre nuestras reuniones privadas. Eso ya

formaba parte de la vida en Templin. Sin embargo, este acontecimiento me afectó profundamente. Incluso hoy, mientras escribo estas líneas, todavía puedo sentir cuán penosa resultó aquella escena. Pero, al mismo tiempo, hoy sigo teniendo una sensación diferente. No sé exactamente cómo describirla, y estoy buscando la palabra adecuada. Quizá sea superioridad.

Superioridad en relación con las reprimendas y los intentos de intimidación de un Estado que nunca confió en sus ciudadanos y, sobre todo, ni siquiera en sí mismo. Tanto es así que el resultado fue insuperable en cuanto a mezquindad, estrechez de miras, mal gusto y —sí, eso también— falta de humor.

¿Por qué experimento ahora esta sensación de superioridad? Porque a pesar de todo, aquel Estado no consiguió privarme de algo que me permitía vivir, experimentar y sentir: un cierto grado de despreocupación. Lo tuve desde edad temprana. Que la RDA no pudiera arrebatármelo es una de mis mayores victorias personales sobre el sistema. En retrospectiva, estoy convencida de que sin aquella actitud despreocupada nunca se me habría ocurrido hacer de forma tan ingenua los ejercicios de física en el auditorio durante la clase de ML. Sin esa actitud indolente, hubiera tenido mucha más mala fe de la que hubiera sido aconsejable para mí. Sin esa actitud indiferente, en algún momento me habría preguntado por qué a lo largo de mis estudios apenas se me molestó con los proyectos de la FDJ o por qué se me permitió sin más problemas asistir con regularidad a la Comunidad Estudiantil Evangélica. En este sentido, solo tuve un brusco despertar al final de mis estudios. Sin embargo, viví hasta entonces mis estudios como el reto profesional que había esperado y la vida de forma esencialmente relajada.

Mi grupo de seminario se mantuvo muy unido. En nuestro tiempo libre, algunos, entre los que me encontraba, decidimos organizar una discoteca. A partir de entonces, entre las siete de la tarde y las once de la noche, pudimos bailar una o dos veces por semana en los pasillos del edificio principal de la Sección de Ciencias Físicas.

Siempre que quedaran entradas, tenían acceso todos los estudiantes interesados. La música la ponían los compañeros de mi grupo de seminario. Ellos mismos habían montado amplificadores y altavoces. Escuchábamos canciones occidentales y orientales en una proporción de cuarenta a sesenta, pues estaba prohibido escuchar más del 40 % de música occidental. Sin embargo, no escuchábamos las canciones orientales hasta el final, lo que significaba que la música occidental podía copar al menos la mitad de lo que escuchábamos. Yo era la responsable de vender las bebidas, así que en cierto modo trabajaba de camarera. Me lo pasaba muy bien, y además el trabajo me reportaba algún dinero extra. Sin embargo, como teníamos que dejar los pasillos del edificio de ciencias físicas ordenados y limpios, las prácticas, que normalmente empezaban temprano al día siguiente, se convirtieron en un verdadero reto.

Todos los años iba de vacaciones con amigos del grupo, a veces con mi hermano y más adelante con mi primer marido, Ulrich Merkel. Viajamos con las mochilas a Praga, Budapest, Bucarest, Sofía, los montes Pirin, los montes Făgăraș y a Burgas, en el mar Negro. Como de costumbre, disponíamos de muy poco dinero. Solo se nos permitía cambiar unos treinta marcos

al día, incluso los llamados países hermanos socialistas temían que los turistas compraran unos bienes de consumo que escaseaban para sus propios ciudadanos. Sin embargo, eso no impedía que nos lo pasáramos bien.

TIMBRES MUSICALES Y ORO EN POLVO

Durante una conferencia de fin de semana organizada por la Comunidad Estudiantil Evangélica de Klostermansfeld, en la que yo participaba, el escritor, traductor literario y disidente Reiner Kunze nos explicó: «No leáis tanto *Neues Deutschland*. Estropea el idioma y el sentido lingüístico. En lugar de ello, leed a Goethe, Schiller y Heine». Aunque durante aquel encuentro no leímos ni a Goethe, ni a Schiller, ni a Heine, la experiencia fue maravillosa. Sobre todo,

porque me gustaba lo que escribía Kunze. Mi padre tenía algunos de sus libros, cuya publicación estaba prohibida en la RDA. Algunos, como el poemario de Kunze *Brief mit blauem Siegel* ('Carta con sello azul'), se publicaron en la RDA, pero muchos otros fueron prohibidos.

En Klostermansfeld trabajamos traduciendo poemas de otras lenguas al alemán. Kunze explicó: «Lo más difícil es traducir poemas del húngaro. Esta lengua tiene muchas formas de pronunciar las letras e y a que en alemán no tienen equivalente». Traducir es mucho más que trasladar palabras y frases sueltas, sobre todo en la poesía. Y concluyó: «Si quieres llegar al meollo de la cuestión, tienes que sentir los timbres musicales de la lengua». La idea de que el lenguaje es casi como la música me conmovió.

Desgraciadamente, no puedo decir en qué fin de semana tuvo lugar ese encuentro, debió suceder a finales de 1976 o principios de 1977; es decir, en el tiempo transcurrido entre la expatriación del cantautor y poeta Wolf Biermann de la RDA, el 16 de noviembre de 1976, durante un concierto en Alemania Occidental, y la partida de Reiner Kunze a Alemania Occidental, el 13 de abril de 1977. Kunze hablaba tan bajo que daba la impresión de que agentes del Servicio de Seguridad del Estado estuvieran sentados a su lado. Olía a despedida. Mucho más allá de los círculos artísticos, la expatriación de Biermann había conmocionado a la RDA. Como consecuencia, muchos otros artistas abandonaron la RDA. Mis padres tenían cintas con las canciones de Biermann, que circulaban en ámbitos privados. El Colegio Pastoral disponía de una casetera, que también podíamos utilizar para fines privados. Algún sábado por la noche nos reuníamos en familia para escuchar sus canciones.

Todavía hoy recuerdo que una tarde reunieron a los estudiantes en el auditorio y el profesor de física responsable de nuestro año de estudios se acercó al atril y en pocas palabras nos comunicó que Wolf Biermann había sido expatriado. Concluyó su breve explicación advirtiéndonos:

—No digan nada más sobre el tema.

Evidentemente, no quería enzarzarse con nosotros en una discusión. No sabría decir si se sentía incómodo o si quería protegernos. Así que nos separamos asustados, deprimidos e inseguros por todo lo que podría suceder en el futuro.

En lo que se refiere a mí, no estaba hecha para pensar constantemente, día sí día no, de la mañana a la noche, en lo que podía ocurrir a continuación. No habría soportado estar en un estado de alarma continuo, me habría puesto enferma. Por supuesto, tenía claro que siempre habría alumnos cuyos padres pertenecían, por ejemplo, al SED, por lo que nos habían aconsejado con razón no ser demasiado ingenuos en nuestras relaciones. Aunque, a pesar de todo, para mí resultaba vital no tener nunca la impresión de que solo tenía que callar, sino que podía relacionarme con otras personas, en especial con mis amigos, de forma natural. Necesitaba eso como el aire para respirar. Siempre había sido así, no solo desde la expulsión de Wolf Biermann.

Una cierta actitud despreocupada.

De vez en cuando, cada seis u ocho semanas, también necesitaba una visita a casa de mis padres en el Waldhof. Viajar hasta allí desde Leipzig resultaba complicado. La primera parte del trayecto hasta Oranienburg la hacía en un tren directo. Lo mejor de eso era que en el tren había un vagón restaurante Mitropa, en el que podía comprar cerveza checa Pilsner Urquell o la alemana Radeberger y darle una alegría a mi padre, ya que ninguna de las dos se vendía en las tiendas de Templin. En Oranienburg, en ocasiones tenía que esperar hasta dos horas antes de cambiar al tren regional en dirección a Templin.

Cuando llegaba a casa, me gustaba estar de nuevo en mi habitación, que conservé durante un tiempo. No había nada como estar en casa. Si bien en Leipzig no la añoraba, a veces tenía la sensación de que

me faltaba algo, sobre todo al principio de mis estudios. Echaba de menos el tañido de las campanas. Por primera vez me di cuenta de lo estructurados que estaban mis días en el Waldhof, marcados por el tañido de las campanas al mediodía y a última hora de la tarde. En Leipzig, en cambio, podía comer e irme a dormir a la hora que quisiera. No había nadie a mi alrededor que prestara atención a lo que hacía y cuándo. Por un lado, eso resultaba liberador. Por otro, era como una pequeña espina en el corazón que me hacía sentir que estaba sola. Los sábados por la tarde, cuando tras un concierto de Bach en la iglesia de Santo Tomás volvía sola a mi habitación, echaba de menos la compañía de la que había disfrutado en el Waldhof durante los fines de semana. Echaba de menos a mi familia, sobre todo a mi hermana; echaba de menos a mis dos mejores amigas del colegio; echaba de menos el campo, los bosques, la soledad de la naturaleza, bañarme en los lagos. Deberán disculparme, pero desde el punto de vista de alguien criado en el Uckermark, el baño en los lagos de la zona de Leipzig no estaba a la altura. Y

tampoco me interesaba la televisión que podía ver en la residencia, porque, por supuesto, no era la de Alemania Occidental. Allí la televisión solo se utilizaba para ver partidos de fútbol u otras retransmisiones deportivas, pero incluso eso era muy limitado. Lo experimenté en 1974, durante el Mundial de Fútbol. Quería ver como fuera el partido entre la RFA y la RDA, que se jugaba el sábado 22 de junio precisamente en Hamburgo, mi ciudad natal. Yo apoyaba al equipo de la República Federal, la parte libre de Alemania. No podía hacerlo en mi residencia, así que ese fin de semana viajé a Templin. En casa pude dar rienda suelta a mi rabia, porque precisamente la RDA ganó aquel partido. Por eso la satisfacción de que la RFA se proclamara campeona del mundo fue aún mayor.

En conjunto, me di cuenta de que mi decisión de ir a estudiar lejos de casa, por lo menos según los parámetros de la RDA, había tenido exactamente el efecto que deseaba: si podía estudiar lo

suficientemente lejos de mi ciudad, Templin, siempre volvería a casa con ganas. Y

también lo haría de vuelta a Leipzig.

Allí fue donde en 1974, un año después de iniciar mis estudios, conocí a Ulrich Merkel.

Pertenecíamos a diferentes grupos de seminario, aunque ambos estudiábamos ciencias físicas.

Fue un amor estudiantil. Gracias a él también entré en contacto con un mundo que antes me era completamente desconocido: en lugar de centrarme en lo intelectual, lo habitual en casa de mis padres, en su casa experimenté un estilo de vida de lo más práctico. Su padre había sido propietario de una empresa textil mediana, nacionalizada en 1972. Posteriormente trabajó allí como director gerente. Adquirí una visión completamente nueva del mundo de la industria textil y del antiguo espíritu empresarial, pero también experimenté la frustración de mi suegro ante la ineficacia del trabajo tras la nacionalización. Siempre había algo que hacer en la casa, el patio y el jardín de mis suegros, así que muchos fines de semana Ulrich y yo viajábamos a casa de su

familia en Vogtland.

Nos casamos el 3 de septiembre de 1977, un año antes de terminar nuestros estudios. Yo tenía veintitrés años y él veinticinco. Guardo un recuerdo especialmente grato de nuestra luna de miel, que transcurrió en la isla de Hiddensee. Cualquiera que haya visitado Hiddensee en septiembre sabe lo bonita que es la isla en esta época del año. Teníamos muy poco dinero, pero no se sabe bien cómo conseguimos una habitación. Como si hubiéramos encontrado un filón de oro.

Al casarnos, ya habíamos sentado las bases para encontrar nuestro primer trabajo en la misma localidad después de nuestros estudios.

En aquella época, una vez finalizado el bachillerato, cuando te admitían en la universidad, tenías que comprometerte por escrito a ir a trabajar durante los tres primeros años tras la graduación donde el Estado lo considerara oportuno. Por lo tanto, de no habernos casado, podría haber sucedido que Ulrich y yo consiguiéramos nuestro primer trabajo en lugares distintos. Por supuesto, queríamos evitarlo. No obstante, en aquel momento no podíamos prever que conseguir nuestro primer trabajo después de graduarnos resultaría igualmente complicado.

EL DIPLOMA

El quinto y último año de los estudios se centraba en el proyecto de fin de carrera. Ulrich lo realizó en la universidad, que era lo habitual. A mí, en cambio, me surgió otra posibilidad. El profesor Reinhold Haberlandt, del Instituto Central de Investigación de Isótopos y Radiaciones de Leipzig, perteneciente a la Academia de Ciencias de la RDA, que impartía clases en nuestra universidad, me ofreció la oportunidad de realizar el proyecto de fin de carrera en su instituto.

No tuvo que decírmelo dos veces, aunque fuera la única de mi año dispuesta a hacerlo. Conocía a mi grupo de seminario y las circunstancias en el departamento de ciencias físicas; además, como en la academia podía conocer y aprender cosas nuevas, acepté de inmediato.

Allí me encontré con gente interesante. Por ejemplo, mi director de proyecto, Ralf Der, que practicaba alpinismo y era una persona muy independiente y políticamente crítica. Gracias a él conocí a gente de Jena, que más adelante emigraron sin excepción a Alemania Occidental. En el instituto también conocí a Erika Hoentsch, que se convirtió en una de mis mejores amigas. Erika es algo mayor que yo, y por aquel entonces ya había obtenido su diploma. Tenía su propio piso y se relacionaba con los círculos artísticos rusos. Mientras hasta entonces mis relaciones se limitaban a los estudiantes de las residencias vecinas y a la Comunidad Estudiantil Evangélica, en la

academia estaba en contacto con un entorno de Leipzig diferente y crítico, lo que amplió considerablemente mis horizontes. Más tarde, muchos de mis nuevos amigos de la academia desempeñaron un papel importante en el período de la caída del Muro y la reunificación. Uno de ellos, por ejemplo, en la iglesia de San Nicolás y otra, en el ayuntamiento de la ciudad.

El trabajo de fin de carrera supuso un reto para mí. El tema de mi tesis era «La influencia de la correlación espacial en la velocidad de reacción de las reacciones bimoleculares elementales en los medios densos». El tema ya iba en la dirección de lo que me ocuparía tras mi graduación en el Instituto Central de Química Física de la Academia de Ciencias de Berlín. Básicamente, me ocupaba de la aplicación de la física estadística a los problemas que planteaba la química; es decir, de la química física.

Además del diploma, naturalmente también tuve que hacer un examen de ML. La regla era que la nota final del proyecto de fin de carrera solo podía ser superior en dos puntos a la nota del ML. Durante el examen oral de ML tuve un momento de pánico. Los examinadores me

preguntaron:

—Según la teoría, ¿qué es lo que todavía no funciona en el socialismo real?

Puedo responder bien a eso, pensé, y empecé:

—Lo que todavía no funciona bien es que hay que esperar entre siete y diez años para conseguir un coche, que cuando se viaja al extranjero solo se permite cambiar muy poco dinero, que nuestros ordenadores no son los más nuevos y rápidos, que tengo que dar vueltas durante horas hasta que consigo pañuelos de papel, que...

Hablé y hablé, seguramente durante unos buenos siete minutos, hasta que de repente me vino a la cabeza el pensamiento:

«¡Cuidado, se trata de una pregunta trampa! Te estás perdiendo por el pico». Entonces empecé de nuevo y dije:

—Aunque, por supuesto, también me gustaría subrayar que muchas cosas funcionan bastante bien.

El examinador dijo entonces:

—Bueno, ya era hora.

Obtuve un notable en marxismo-leninismo y me licencié el 18 de julio de 1978, un día después de cumplir veinticuatro años, con el título académico de diplomada en ciencias físicas y la calificación de «sobresaliente».

ILMENAU

Mientras trabajábamos en el proyecto de final de carrera, se esperaba que tuviéramos claros nuestros planes una vez terminada la carrera. Como mucho, nos permitían disfrutar de unas vacaciones veraniegas entre la graduación y el inicio de la vida laboral. La RDA siempre quiso asegurarse de que no existieran tiempos muertos entre ambas etapas y de que el Estado tuviera en todo momento una visión lo más completa posible de sus ciudadanos. Si hubieras afirmado que de momento no querías trabajar porque disponías del dinero de tus padres, eso se hubiera considerado una actitud antisocial. Así que tomarte una pausa una vez finalizados los estudios no era una opción. En la RDA no existía la preocupación por no conseguir trabajo. Al contrario, siempre había muy poca gente para demasiado trabajo. A nosotros, por ejemplo, nos ofrecieron puestos de trabajo en VEB Fernsehgerätewerk Stassfurt, el mayor productor de televisores de la RDA, y en empresas similares. Nada de eso me interesaba.

Sin embargo, el Estado disponía de formas de controlar tu decisión. El instrumento más importante era la asignación de viviendas. A causa de la falta de alojamiento, a la RDA le interesaba que, tras

graduarse, los estudiantes regresaran a su lugar de origen para trabajar. Sin embargo, el Estado también tenía otras opciones. Si, por ejemplo, había que ampliar la planta de nitrógeno de Piesteritz o las plantas de Schkopau y Leuna y se necesitaban físicos o químicos, entonces ofrecía al mismo tiempo un contrato y un piso. A menudo esto último era el factor determinante a la hora de decidirse por un trabajo, porque la escasez de vivienda en la RDA prevalecía sobre otros factores.

Una vez concluidos sus estudios, Ulrich quería doctorarse en la Escuela Técnica Superior de Ilmenau. Me pareció una buena idea y me interesó la posibilidad. Al valorar dónde estudiar, yo ya había considerado ese destino, pues en esa universidad se desarrollaba la biónica, mediante la cual se puede aprender de lo que ha inventado la naturaleza, por ejemplo, cómo utilizar la flexibilidad del tallo de una caña como modelo para nuestros propios desarrollos técnicos. Sin embargo, tras sopesarlo con detenimiento, finalmente descarté la biónica, ya que mi visión espacial y mi capacidad para calcular constantemente y trabajar de forma práctica en tres

dimensiones no eran lo suficientemente buenas.

No obstante, Ilmenau era el lugar perfecto para que mi marido y yo hiciéramos un doctorado.

Así que presentamos la solicitud y nos invitaron a las entrevistas. El jefe de cuadros de la Escuela Técnica Superior, lo que hoy sería un jefe de personal, me recibió para una entrevista en privado. Estaba muy resfriada y me costaba concentrarme, pero enseguida me espabilé, porque en ningún momento se habló de mis logros académicos. Desde un principio daba la impresión de que los daban por buenos. En lugar de eso, el hombre empezó a interrogarme con voz cortante:

—Usted frecuenta la Comunidad Estudiantil Evangélica. ¿Piensa hacer lo mismo en Ilmenau?

Se quedó mirándome fijamente. Me quedé atónita. De entrada había sacado un tema que durante toda mi carrera no había tenido ninguna relevancia. Ahora me daba cuenta de lo ingenua que había sido. Me habían dejado hacer, pero ahora salían a relucir mis actividades en la comunidad estudiantil. En mi cabeza no dejaba de darle vueltas a la cuestión. Bien, pensé, intenta responder con la mayor sinceridad posible, y respondí:

—Sí, creo que sí, eso es importante para mí.

Me contestó:

—No me parece una buena idea. Si acaba siendo auxiliar de investigación en este centro, trabajará con los estudiantes. ¿También les hablará de sus actividades en su tiempo libre?

—Aún no he pensado mucho en ello —respondí, y añadí—: Hasta la fecha, en mi vida no he diferenciado entre qué y a quién de mi entorno le cuento las cosas.

—Bueno, de lo que se trata aquí es de que alcance el máximo rendimiento y haga algo útil para la economía de la RDA —continuó—. No son necesarias tantas distracciones para alcanzar un objetivo como ese.

La conversación giró una y otra vez durante veinte minutos alrededor de la cuestión de si yo quería seguir frecuentando la Comunidad Estudiantil Evangélica y hasta qué punto lo pondría en práctica en mi trabajo como asistente frente a los estudiantes. Así que al final le pregunté:

—¿De qué estamos hablando? Sinceramente, pensaba que me iba a hablar de mis cualificaciones académicas y de mis expectativas respecto al puesto de trabajo.

El jefe de cuadros respondió:

—Es posible, pero para mí ha sido muy importante hablar también de las otras cuestiones.

Podemos terminar la reunión. Tendrá noticias mías.

Estaba a punto de levantarme e irme cuando dijo:

—Creo que es importante que de inmediato le reembolsen los gastos de viaje. Puede ir usted directamente a la central de viajes y allí le devolverán el dinero.

Todavía hoy recuerdo mis palabras al contestarle:

—Desde luego que me gustaría que me devuelvan el dinero, pero ahora mismo no tengo ninguna prisa.

Así finalizó la conversación. Abandoné el despacho.

Mientras descendía las escaleras en dirección a la central de viajes, en un descansillo me salieron al paso dos hombres que, evidentemente, me habían estado esperando. Me pidieron que los acompañara sin dilación. Me condujeron a un despacho cercano. Allí se presentaron como miembros del Servicio de Seguridad del Estado y me explicaron que querían hacerme algunas preguntas. Volvieron de nuevo sobre las mismas cuestiones que me había planteado el jefe de cuadros en la entrevista.

—Solo podemos recurrir a profesores que tengan un firme compromiso con el socialismo.

Tenemos preguntas, pero también expectativas.

Me hervía la cabeza. Solo oía fragmentos de frases: «un individuo sobradamente eficaz», «el

máximo de los rendimientos», «informaciones, también sobre otros estudiantes».

Les dije que poco antes ya había mantenido una conversación como aquella, en la que se habló de la comunidad de estudiantes.

—Ah, no se preocupe, puede seguir frecuentándola sin problema, esa no es ni mucho menos la cuestión —dijo uno de ellos.

—La cuestión es —añadió el segundo— que en realidad siempre necesitamos una visión general de lo aplicados y buenos que son los estudiantes.

Pensé: ¿adónde me llevará esto ahora? Entonces decidí preguntar directamente:

—¿Debo interpretar esto como que debo espiarles?

Me contestaron:

—Nosotros no hemos dicho eso. Solo necesitamos cierta información sobre los profesores.

—Pero ustedes no pertenecen a la Sección de Ciencias Físicas, sino al Servicio de Seguridad del Estado, y quieren que les facilite información. Me resulta problemático —contesté.

—No se lo tome tan a pecho —respondieron—. Existen muchas y variadas formas de intercambiar información.

Mientras los dos hombres seguían hablándome, llegué a la conclusión de que tenía que poner fin a aquello. Recordé el consejo salvador de mis padres cuando era niña para situaciones como aquella y les dije:

—Saben ustedes, lo que hemos estado hablando aquí me está afectando de verdad. Tengo que contárselo enseguida a mi marido, que me ha acompañado hasta aquí. Soy una persona comunicativa y siempre tengo que contar a los demás todo lo que me preocupa.

Así dimos por concluida la conversación. Me pagaron el billete de tren y me dijeron:

—Nos pondremos en contacto con usted.

Sin embargo, nadie se puso en contacto conmigo, ni por teléfono ni por escrito. Mi marido, al que durante su entrevista no interrogaron de aquella forma, hacía tiempo que había sido aceptado para el trabajo en Ilmenau. En cambio, yo no tuve noticias. Al cabo de quince días, decidí llamar al jefe de cuadros y preguntarle al respecto.

—Le agradezco que se haya puesto en contacto con nosotros —me dijo—. Aunque no he escatimado esfuerzos, creo que las cosas no pintan bien para usted en la Escuela Técnica Superior de Ilmenau. Pero quizás existan perspectivas de conseguir un trabajo para usted en la VEB, la fábrica de vidrio de Ilmenau.

Le contesté que no me interesaba.

—Me parece bastante desagradecido por su parte —me dijo.

Dimos por terminada la llamada.

Mirando atrás, estoy convencida de que solo colaborando desde un principio con el Servicio de Seguridad del Estado hubiera tenido la posibilidad de conseguir aquel trabajo en Ilmenau.

Desde su punto de vista, merecía la pena intentarlo, podría haberme convertido en una buena informadora.

Por supuesto, después me sentí un poco incómoda, porque estaba claro que informarían a Leipzig. Ya no podía prever cómo sería mi carrera profesional. No existía el peligro de quedarme sin trabajo; sin embargo, para mí hubiera supuesto una auténtica pesadilla tener que empezar a trabajar en una central térmica en lugar de hacerlo en un instituto de investigación.

Mientras tanto, además de ser aceptado como doctorando en Ilmenau, Ulrich había conseguido un puesto como ayudante de investigación en la Universidad Humboldt, en Berlín, por lo que empecé a buscar trabajo en la ciudad.

Conté lo ocurrido a mis colegas de Leipzig. El hecho de que por entonces todavía estuviera acabando el trabajo de fin de carrera en la academia me favoreció. El Instituto de Leipzig tenía muy buenas relaciones con el Zentralinstitut für Physikalische Chemie (ZIPC, Instituto Central de Química Física) de la Academia de Ciencias de Berlín. Uno de sus trabajadores, Hans-Jürgen Czerwon, colaboraba estrechamente con el equipo de Leipzig, pero quería dejar su instituto, por lo que su puesto quedó vacante. Mis colegas de Leipzig le hablaron de mis dificultades para encontrar trabajo. El único problema radicaba en que el departamento de química teórica del Instituto Central ya contaba con un director, el profesor Zülicke, que no era miembro del SED, y todo su equipo estaba deseando que por fin entrara un cuadro ya asentado, y no una persona creyente rebotada de otro sitio. En la RDA, que un jefe no fuera miembro del SED no tenía por qué ser provechoso, porque un superior afiliado al partido podía agilizar situaciones comprometidas. Por otra parte, si un grupo de trabajo tenía un jefe bajo presión por no militar en el partido, por lo general también tenía que soportarla. No obstante, Hans-Jürgen Czerwon convenció a los escépticos, de modo que pude presentarme a Lutz Zülicke y conseguí el puesto.

Este último acabó convirtiéndose en mi director de tesis. Quizá también me ayudó el hecho de que en el equipo de investigación no hubiera ninguna mujer trabajando como científica.

EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA RDA

LAS CONSTANTES DE LA VELOCIDAD

A finales del verano de 1978, Ulrich y yo hicimos las maletas y nos mudamos de Leipzig a Berlín. Él empezó a trabajar como auxiliar de

investigación en la Sección de Ciencias Físicas de la Universidad Humboldt. Yo lo hice en el ZIPC a partir del 15 de septiembre. Estaba contenta por haber dejado atrás el embrollo de Ilmenau y estaba entusiasmada por ver qué me depararía la academia. Por aquel entonces, aparte de mi marido y mi abuela de Pankow, apenas conocía a nadie en Berlín. Pronto quedó claro que, en muchos aspectos, la vida estudiantil era cosa del pasado.

Aunque antes de hablar de esta nueva etapa de mi vida, me gustaría reflexionar sobre los cinco años en los que me dediqué a los estudios. Como ya he comentado, la expatriación de Wolf Biermann a finales de 1976 y la posterior sangría cultural sacudieron profundamente a la RDA.

Sin embargo, ni en la RDA ni más allá de sus fronteras se trató de casos aislados.

Unos años antes, en junio de 1973, había entrado en vigor lo que se llamó literalmente el

«Acuerdo Básico de las Relaciones entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana», de forma abreviada, el Acuerdo Básico. Con este acuerdo, el gobierno federal dirigido por Willy Brandt, el primer canciller del Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD, Partido Socialdemócrata de Alemania) desde la fundación de la RFA, respetaba el principio de dos Estados alemanes soberanos. Este acuerdo se basaba en la convicción de que para superar la división en el futuro, primero había que reconocer la realidad de los dos Estados alemanes. En la RFA, el Acuerdo Básico y la nueva *Ostpolitik* de la coalición social-liberal en el poder desde 1969 fueron muy controvertidos. Por aquel entonces, el partido de la oposición, la Christlich-Soziale Union in Bayern (CSU, Unión Social Cristiana de Baviera), emprendió acciones legales contra el acuerdo ante el Tribunal Constitucional Federal con sede en Karlsruhe, pero su denuncia no prosperó. No obstante, el Tribunal Constitucional subrayó en su sentencia que la necesidad de reunificación de los dos

Estados alemanes era inherente al Acuerdo Básico. A raíz del acuerdo, la RDA y la RFA pasaron a convertirse en miembros de las Naciones Unidas, aunque no intercambiaron embajadores, sino los llamados representantes permanentes.

Los periodistas pudieron acreditarse de forma oficial en cada uno de los países.

Está claro que por aquel entonces no percibía la situación desde la perspectiva de una mujer dedicada a la política. No podía ni imaginarme que algún día llegaría a dedicarme a ella en una Alemania reunificada. En 1973 acababa de terminar el bachillerato, y me había criado en una familia que sufrió mucho las consecuencias de la división de Alemania. Una vez construido el Muro, agradecemos cada pequeña concesión que a partir de finales de los años sesenta nos concedió la llamada política de distensión, primero entre Estados Unidos y la Unión Soviética y, más adelante, entre la RFA y la RDA. Eso, por un lado.

Por otro lado, me pareció muy importante que el Acuerdo Básico no satisficiera todos los deseos de los dirigentes de la RDA. La RFA seguía negándose a reconocer la ciudadanía de la RDA. Según la Constitución, los ciudadanos de la RDA seguíamos siendo alemanes. Aquello constituía nuestro seguro de vida. Me entraba el miedo en el cuerpo cada vez que se hacían oír más las voces de los que en la RFA pedían que se reconociera por fin la ciudadanía de la RDA, y no solo se hacían oír más, sino que hasta la caída del Muro de Berlín se hicieron cada vez más

numerosas. Tenía la sensación de que nuestro destino habría quedado sellado para siempre.

Es inútil especular sobre cómo hubiera sido mi vida si no se hubieran producido la caída del Muro y la reunificación alemana. Nadie lo sabe. Pero sí recuerdo que el mero hecho de que existiera, al menos teóricamente, la posibilidad de presentar una solicitud para viajar, con la que el ciudadano de la RDA podía adquirir ya fuera del país la ciudadanía de Alemania Occidental, me tranquilizaba de una manera casi indescriptible. Como una especie de puerta trasera por la que, en el peor de los casos, podría haberme colado. Para mí era

importante que existiera. Mis padres conocían mi actitud. Sabían que respetaba mucho la vocación que en 1954 había llevado a mi padre y a mi madre de Hamburgo a la RDA, pero que no la tomaba como modelo para mí ni para mi vida. Era un tema que entre nosotros había quedado zanjado.

No quisiera que se malinterpreten mis palabras: para los solicitantes de un permiso de salida del país el trámite no era ni mucho menos pan comido. Por lo general se trataba de un proceso largo y humillante. Pero una vez que lo conseguías y recibías la autorización para abandonar el país, pasabas automáticamente a ser ciudadano de la RFA. Y de eso se trataba, ni más ni menos.

Lo mismo ocurría si no regresabas a la RDA después de viajar a Occidente o huías a otra parte.

Al principio, los pensionistas podían viajar a Alemania Occidental una vez al año, más adelante con más frecuencia, y solicitar allí un pasaporte, con el que teóricamente podían viajar a cualquier parte que quisieran.

En 1973, el mismo año en que entró en vigor el Acuerdo Básico, se inauguró en Helsinki la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). Participaron treinta y cinco países, siete del Pacto de Varsovia, quince de la OTAN y trece neutrales. La conferencia concluyó en 1975 con la firma del Acta Final de Helsinki, en la que se formularon los objetivos comunes para la cultura, la ciencia, la economía, la protección del medio ambiente y el desarme, con el fin de contribuir a la seguridad y la aplicación de los derechos humanos en Europa en plena Guerra Fría. El impacto que este documento tendría más allá del final de la Guerra Fría, hasta bien entrado mi mandato como canciller federal, cobrará protagonismo más adelante. En aquel momento, no podía preverlo ni reconocerlo.

Un año y medio después, el 1 de enero de 1977, en Praga vio la luz la Carta 77, que el 7 de enero de 1977 publicaron varios periódicos

Europeos. Con esta declaración, la oposición checoslovaca, encabezada por el dramaturgo Václav Havel, el filósofo Jan Patočka y Jiří Hájek, exministro de Asuntos Exteriores, se pronunció contra las violaciones de los derechos humanos por parte del régimen comunista. En la RDA también fue una época de alternancia entre la esperanza y la decepción. Las medidas restrictivas y restaurativas del Estado, como la introducción en 1978 de los estudios militares antes del servicio militar, coexistieron con los esfuerzos por lograr la libertad en toda la esfera de influencia soviética. Además, cuestiones como la contaminación medioambiental, que tras la publicación del primer informe del Club de Roma en 1972 en Occidente había cobrado cada vez más importancia, también influyeron en los debates que tenían lugar en el Este. Los límites del crecimiento esbozados en este informe también fueron discutidos largo y tendido en mi familia. Y aún no podían ni preverse las consecuencias que tendría la elección en octubre de 1978 del cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, como primer Papa polaco, en la búsqueda de la libertad y la democracia en Polonia y fuera de ella. En 1980 se fundó en Polonia el sindicato Solidarność. El gobierno polaco contestó en 1981 imponiendo la ley marcial.

Como ya sabemos, aquella reacción únicamente pospuso la victoria de la libertad sobre la dictadura y la injusticia, pero no fue capaz de impedirla.

Mi época de estudiante y el inicio de mi trabajo en Berlín, en la Academia de Ciencias,

coincidieron en gran medida con aquel clima general tan confuso. En el Instituto de Química Física, yo pertenecía al Departamento de Química Teórica. En aquel departamento trabajaban unos diez científicos, todos en el campo de la química cuántica. Aparte de la secretaria, yo era la única mujer del equipo. En el instituto trabajaban unos setecientos colaboradores. Mi puesto de trabajo estaba en Berlín-Adlershof, en un barracón frente a los edificios de la radiotelevisión de la RDA. Mi vida cotidiana era muy diferente de la

que llevaba durante mis estudios. Conocía la vida académica por haber trabajado en el Instituto de Leipzig. Pero ahora, además de la investigación básica, con la que disfrutaba, tenía una jornada laboral fija con horarios rígidos y asistencia obligatoria. Me sentía como si me estuvieran apretando con un corsé. La libertad de la vida estudiantil había desaparecido, lo cual me supuso una conmoción. El hecho de que todo tuviera lugar más o menos frente al Muro de Berlín no hizo sino empeorar las cosas. Era frustrante, deprimente. Más de una vez me pregunté cómo iba a soportarlo a largo plazo.

Mi jornada laboral comenzaba a las siete y cuarto de la mañana. Salía de casa a las 6:20 horas hacia la estación de cercanías de la Friedrichstrasse. Ulrich y yo vivíamos en la Marienstrasse, en el barrio de Mitte. En la RDA no existía un mercado libre de vivienda, pero disponer de un piso era requisito indispensable para poder aspirar a un trabajo en la capital. Por lo tanto, nos alegramos cuando conseguimos uno gracias a los contactos de mis padres con un médico de Templin, que pagaba el alquiler del piso desde su época de estudiante y quería ponerlo a disposición de sus hijos en cuanto empezaran a estudiar. Como sus hijos aún eran pequeños, mi marido y yo pudimos utilizarlo.

Todos los días viajaba unos cuarenta minutos en el tren de cercanías desde la estación de la Friedrichstrasse hasta Adlershof. La estación de la Friedrichstrasse me parecía fantasmagórica, pues desde allí salían trenes hacia el este y el oeste, pero yo solo podía acceder a la parte oriental, aunque a través de los tabiques podía oír los ladridos de los perros guardianes de la parte occidental, a la que, por supuesto, solo tenían acceso las personas con la autorización pertinente.

Que cada día me recordaran la división del país era algo que nunca había experimentado en Leipzig. Una vez sentada en el tren en dirección a Schönefeld o Königs Wusterhausen, el viaje transcurría prácticamente a lo largo del Muro de Berlín. Si fuera todavía no era de noche, como solía ser el caso en otoño e invierno tanto en los

viajes de ida como en los de vuelta, durante el trayecto mi mirada vagaba por un paisaje que me resultaba inaccesible.

Terminaba de trabajar a las cuatro y media de la tarde, tomaba el tren de vuelta y llegaba a casa a las cinco y media. La Marienstrasse también estaba cerca del Muro. Las tiendas cerraban a las seis de la tarde. La verdad es que no me ayudaba mucho que en el recinto de la academia hubiera una tienda para las necesidades cotidianas. En Leipzig, como estudiante me había gustado pasear a menudo por las tiendas después de comer en la cantina y hacer algunas compras, pese a que dada la escasez propia de la economía en la RDA, siempre suponía una aventura. Eso se había acabado.

El primer día de trabajo, en el escritorio de mi despacho me esperaba un libro sobre el cálculo de las constantes de velocidad de las reacciones químicas elementales. Ese era el ámbito principal del trabajo que me esperaba y el tema de mi futura tesis. Hasta entonces, nadie del equipo había trabajado en este campo. Sin embargo, era de importancia práctica y tenía que ver con el suministro de petróleo crudo a través del oleoducto Druzhba, que transcurría desde la Unión Soviética hasta la RDA, pasando por Polonia. Entre otras cosas, el petróleo se utilizaba para producir plásticos y elastómeros en las plantas químicas de Leuna y Buna. Plaste era una marca para termoplásticos y Elaste para elastómeros, y ambas se desarrollaban en las plantas de Buna desde principios de los años treinta. Como la RDA prácticamente no disponía de reservas de

petróleo, pero sí de gas, estaba interesada en averiguar cómo producir también hidrocarburos de cadena más larga, la sustancia básica de los productos Plaste y Elaste, a partir del gas natural.

Esto es posible si al gas natural, que en esencia consiste en metano (CH_4), se le suministra energía, lo que aumenta drásticamente la temperatura y provoca la separación de un átomo de hidrógeno (H). Esto genera un radical metilo (CH_3) altamente reactivo, que se

combina enseguida con un segundo radical metilo para formar etano (C_2H_6), el punto de partida de los hidrocarburos de cadena más larga.

El trabajo de mi tesis consistía en utilizar cálculos de química cuántica para averiguar cuán altas debían ser las temperaturas para que se produjera dicho proceso. Para conseguirlo tuve que trabajar tanto en mi escritorio como en el centro informático del instituto con programas informáticos de química cuántica desarrollados en países occidentales. En el centro informático introducía los comandos de programación en una máquina perforadora, que perforaba según los datos que había introducido una tarjeta de cartón, la llamada tarjeta perforada. Al leer todas las tarjetas perforadas, el ordenador sabía qué debía calcular. Para obtener resultados, se necesitaba mucho tiempo de cálculo, que es un recurso crucial en la química cuántica. Pero eso era precisamente lo que nos faltaba. Tuve que luchar mucho para poder utilizar el ordenador. Pasaba una parte considerable del tiempo de trabajo transportando a lo largo de varios cientos de metros, desde mi mesa hasta el centro de cálculo, cajas de cartón de cincuenta centímetros de largo llenas de tarjetas perforadas, solo para descubrir que la máquina perforadora o el dispositivo de escaneado estaba estropeado y no podía aprovechar el valioso tiempo de cálculo que había reservado con tanto esfuerzo.

Utilizábamos ordenadores BESM-6 fabricados en la Unión Soviética. No tenían la misma calidad que los ordenadores IBM occidentales. Como la potencia de los ordenadores de que disponíamos era crucial para el éxito del trabajo de la química cuántica, además del tiempo del que se disponía para el cálculo, estaba claro que, desde un principio, estábamos en desventaja con respecto a la RFA.

Compartía el despacho con Frank Schneider, un colega algo mayor que yo. Nuestros escritorios estaban colocados en ángulo recto, él miraba hacia la ventana, yo hacia una pared. Reinaba el silencio. Dada la naturaleza de nuestro trabajo, era lógico, pese a que me llevó un tiempo acostumbrarme. Siempre me alegraba cuando hacia

las nueve o nueve y media de la mañana y a las tres de la tarde, los dos nos reuníamos para tomar un café con nuestros colegas de la sala vecina, Utz Havemann y Christian Zuhrt. Como disponíamos de un fregadero y un hervidor en el despacho, Frank Schneider y yo nos encargábamos de preparar el café. Una cucharada de café en la taza, agua caliente y el «café turco», como le llamábamos nosotros, estaba listo. Todavía hoy en día no tengo una cafetera al uso, aunque, de todos modos, en casa bebemos más té que café.

Colocábamos las tazas en una bandeja e íbamos al encuentro de nuestros colegas. Frank Schneider, Utz Havemann y Christian Zuhrt eran mayores que yo y ya tenían hijos. Nuestras conversaciones de café no solo versaban sobre el trabajo, sino también sobre la vida en general.

Hablábamos de novedades en el mercado editorial o de estrenos teatrales, pero también de cómo comprar un taladro o de quién conocía a un operario. Poco después se unió a nosotros como quinto miembro del grupo Michael Schindhelm, también auxiliar de investigación, no solo cualificado académicamente, sino también de gran talento como artista y escritor, así que enriqueció enormemente nuestra conversación. A veces, nuestro grupo del café se reunía para comer en la cantina de la academia, lo que constituía la única interrupción de nuestro tranquilo trabajo, aparte de las dos pausas para el café.

LA JUVENTUD LIBRE ALEMANA (FDJ) Y EL MARXISMOLENINISMO

Al principio, era con diferencia la más joven del Departamento de Química Teórica. Quería conocer gente de mi edad del instituto, pero no resultó fácil. Apenas había encuentros científicos en los que pudiéramos coincidir. Sin embargo, existían dos alternativas para hacer nuevos contactos. Una era la FDJ. Muchos científicos menores de treinta años, como yo, seguían siendo miembros. En el instituto, la organización de la FDJ se reunía en una sala del sótano del barracón en el que yo trabajaba. De vez en cuando me ponía en

contacto con los que se reunían allí para ver qué se discutía y si me interesaba. Las reuniones seguían siempre el mismo patrón. Éramos entre diez y quince personas. Al principio, el jefe de la reunión leía en voz alta la información que el Consejo Central de la FDJ quería transmitir a sus miembros. Una vez cumplido este punto obligatorio del orden del día, comenzaban las conversaciones que a mí me interesaban: sobre los principales ámbitos en los que trabajaban los colaboradores más jóvenes de otros departamentos del instituto, sobre sus condiciones de trabajo, sobre los acontecimientos culturales que tenían lugar en la RDA. En el instituto podíamos pedir conjuntamente entradas con descuento para ir al teatro. Ya de niña me gustaba organizar actividades conjuntas. En Navidad o durante los carnavales lo había hecho con los pioneros, y ahora me encargaba de las salidas al teatro. En 1980 fui nombrada «secretario cultural» de la dirección de la FDJ del instituto (en un CV del 8

de abril de 1985, que presenté para la admisión a los estudios de doctorado, utilicé el masculino en lugar del femenino, como era habitual en aquella época). Un año después, me eligieron miembro de la junta directiva del sindicato, en el que era responsable del trabajo con la juventud.

Tras debatir en la dirección de la FDJ, transmitía las preocupaciones de los jóvenes al sindicato, y viceversa. Desde el principio de mi estancia en la academia, en septiembre de 1978, fui miembro de la Federación Alemana de Sindicatos Libres (FDGB).

Otra forma de conocer a académicos más jóvenes era participar en los cursos obligatorios sobre marxismo-leninismo. Sin lo que se llamaba certificado de conocimientos era imposible conseguir el doctorado. Al igual que en las clases de educación cívica y durante los estudios universitarios, una vez más la atención se centraba en la tríada marxismo dialéctico, economía política y comunismo científico. Durante tres años tuvimos que asistir cada mes a una clase de varias horas. A medida que me iba haciendo mayor, me resultaba cada vez más deprimente digerir una y otra vez aquella tríada. Todos

habíamos aprobado nuestros exámenes de carrera, todos debíamos obtener los mejores resultados en nuestro trabajo de investigación en comparación con el extranjero. Además, yo batallaba por arañar más tiempo de cálculo, que tan importante era, me enfrentaba al mal funcionamiento de los ordenadores y, por si fuera poco, cada mes debíamos ocuparnos del ML, un cuerpo extraño en nuestra vida laboral cotidiana. Esto no solo me parecía absurdo a mí, sino a la mayoría de los participantes. En consecuencia, en aquellos encuentros estábamos con frecuencia de mal humor, y no ocultábamos la brecha existente entre las aspiraciones teóricas y las experiencias prácticas cotidianas en nuestro trabajo académico y en nuestra vida en general.

Poco después de que a finales de 1981 se impusiera la ley marcial en Polonia, en una reunión de ML se discutió abierta y polémicamente sobre su aplicación. Tuve conocimiento de ello por lo que mis colegas me contaron, ya que en ese momento no estaba en Berlín, sino en la Academia Checoslovaca de Ciencias de Praga. Tras mi regreso, me enteré de que un participante de esa discusión, al que había llegado a conocer en los encuentros de ML y que me había caído muy bien, había sido suspendido de su doctorado por sus declaraciones contra la ley marcial en

Polonia. Ya había realizado un viaje de investigación a la Antártida, por eso le llamábamos el

«hombre de la Antártida». A pesar de que era un científico brillante, le habían cerrado el paso hacia el doctorado. Mantuve el contacto con él.

Una vez finalizado el curso de ML, tuvimos que presentar un trabajo escrito. Escribí acerca de la clase obrera y el campesinado en el socialismo real. Fue evidente que no había reconocido lo suficiente el papel dirigente de la clase obrera y, al venir yo misma de una zona rural, había retratado a los campesinos de forma demasiado positiva. En cualquier caso, en el certificado de conocimientos que se me

expidió, el profesor Joachim Rittershaus hizo la siguiente valoración en nombre de los centros de enseñanza para el perfeccionamiento marxista-leninista de la Academia de Ciencias: «La señora Angela Merkel [...] ha participado en el perfeccionamiento marxista-leninista de doctorandos de 1980 a 1983 con el resultado global de “suficiente (rite)”». Al igual que en la licenciatura, en el doctorado solo se permitía que la calificación final fuera una nota mejor que la de la «prueba demostrativa de conocimientos». En mi caso, más adelante se hizo una excepción. Durante la defensa de mi tesis doctoral, una colaboradora del departamento de investigación que me conocía de la FDJ sugirió que se me concediera una bonificación adicional por mi buen trabajo social. De esta forma pude finalizar mi doctorado con un *magna cum laude* y mis excelentes calificaciones en física no se pasaron completamente por alto por un «rite» en marxismo-leninismo.

EN LA MARIENSTRASSE

Nuestro piso en la Marienstrasse era diáfano, sin pasillo, en la tercera planta del ala lateral del inmueble. Constaba de una cocina con fregadero, sala de estar y media habitación. No disponía de lavabo, ya que el baño comunitario para las tres viviendas del ala lateral estaba en la planta baja. Ulrich era un manitas, y con la ayuda de mis suegros, montó una ducha y un retrete en el piso. Con nuestros modestos ingresos no hubiéramos podido adquirir los materiales necesarios en el mercado libre. Por ello me puse en contacto con la administración municipal de la vivienda

—es decir, con el propietario estatal del piso— para obtener la llamada cédula, con la que se podían comprar a bajo precio los materiales imprescindibles para renovar la vivienda.

Cuando fui a hablar, la señora de la administración de vivienda me preguntó:

—¿De dónde es usted? Seguro que tiene usted una casa familiar donde poder vivir.

—Soy de Templin —respondí—. He estudiado física en Leipzig, pero, por desgracia, en Templin no hay trabajo para un físico.

Entonces la señora me contestó a la típica manera berlinesa:

—Pues ya se lo podría haber pensado mejor.

No me dejé intimidar, esperé a que se apiadara de mí, la miré fijamente y lo di todo:

—¡Tiene usted razón! Al elegir la carrera me olvidé por completo de tener en cuenta el tema de la vivienda. No obstante, en la escuela tampoco nadie me llamó la atención sobre el tema.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? He encontrado un trabajo interesante y ahora me encuentro con este problema. El caso es que vamos a reformar el piso. Eso también va en su interés y en el del Estado.

Y, efectivamente, no dijo nada más, sino que asintió y me entregó la cédula.

Al cabo de un año y medio, el piso estaba completamente renovado. Sin embargo, no podía disfrutar de él ni de mi tarea de investigación en la academia, que era realmente interesante. No dejaba de preguntarme: ¿Así va a ser el resto de mi vida? Tenía veinticinco años; en la RDA, la

edad de jubilación para las mujeres era de sesenta. Me esperaban treinta y cinco años de vida profesional. También me agobiaban otras cuestiones fundamentales: ¿Debía poner todo mi empeño en trabajar en la RDA aunque ello reforzara aún más a un Estado al que me oponía de forma crítica? Nunca me había planteado esa cuestión en lo que se refería a mis padres, porque no había duda de que su

labor educativa con los pastores y colaboradores de la iglesia tenía mucho sentido. Para mí, como física, la respuesta no parecía tan obvia. Esas preguntas, que me atosigaban, acabaron lastrando la relación con mi marido.

El destino quiso que en el piso inferior vivieran unos estudiantes de medicina con los que trabamos amistad. Discutíamos acaloradamente con ellos sobre aquello que a mí tanto me preocupaba:

—Está claro que los médicos deberían poder trabajar en cualquier sistema político, ya que, al fin y al cabo, se trata de la salud de la gente —dije yo—. Pero ¿qué pasa con nosotros, los físicos? Con nuestro buen trabajo ayudamos a la estabilidad de un Estado como la RDA, que nos demuestra constantemente que actúa contra el sentido común, contra las necesidades individuales.

Y nuestros amigos argumentaban de la siguiente forma:

—Sin un buen equipo médico, los médicos no pueden salvar vidas, y exactamente para eso están los buenos físicos.

Hablando así durante horas, nos perdíamos en el laberinto de aquellos argumentos.

En algún momento cambié de punto de vista. Siempre hablando del Estado: ¿No se trataba de mi propia vida, aunque ello resultara egoísta? ¿No iba en mi propio interés esforzarme al máximo, incluso en condiciones adversas, y demostrar lo que podía hacer? En la RDA había muchísimas más restricciones que en Alemania Occidental. Sin embargo, bajo aquellas circunstancias me di cuenta de que quería trabajar lo mejor posible, por mi propio bien, para no estancarme, amargarme ni atrofiarme a una edad temprana.

Aquella toma de conciencia alentó el deseo de cambiar radicalmente mi vida una vez más.

Decidí empezar de nuevo, también en el ámbito privado. Una mañana de la primavera de 1981, salí de nuestro piso de la Marienstrasse con una maleta en la mano. Me mudé temporalmente con una compañera. Dejé nuestra vivienda a mi marido, que tanto trabajo había invertido en ella, y volví a buscar piso. Ulrich Merkel y yo nos divorciamos en 1982, pero conservé su apellido.

TEMPLINER STRASSE

Estaba en apuros, pues necesitaba urgentemente un lugar donde alojarme. Un día, un conocido que vivía en la calle Zionskirchstrasse de Berlín-Mitte, me contó que desde la ventana de su cocina había visto que, al otro lado del patio trasero, había un piso desocupado en el ala lateral de una casa de la Templiner Strasse. Unos amigos me convencieron para que lo ocupara. No me resultó fácil tomar la decisión, pero no tenía alternativa; no podía vivir indefinidamente con mi compañera de trabajo y tenía que tomar una decisión. Un amigo muy práctico me ayudó con la mudanza, si a ocupar un piso se le puede llamar mudanza.

Un domingo por la tarde nos acercamos hasta allí, y simplemente cambiamos la cerradura de la puerta. Sin embargo, el taladro eléctrico que utilizamos hacía un ruido infernal y perturbó en gran medida esas horas de descanso. Al cruzar a toda prisa el patio, una mujer se asomó a la ventana y pegó un grito que debió oír todo el vecindario:

—¿Es usted la nueva?

Me esforcé por responder con un firme «sí», y desaparecimos dándonos aún más prisa.

Mi nuevo piso estaba en un estado lamentable, pero al menos tenía baño propio. Detrás de la cocina había una clásica habitación berlinesa, bastante oscura y con la típica ventana que daba al patio interior. Conseguí la mayoría de los muebles de los contenedores y los pinté un poco.

Dormía sobre unos palés de madera en los que había colocado el colchón. El piso era extremadamente modesto, pero aun así me sentía a gusto.

Para no tener problemas con la administración municipal de la vivienda, era aconsejable legalizar mi nueva situación. Creo que me ayudó el hecho de que las administraciones de la vivienda solían tener grandes dificultades a la hora de cobrar el alquiler a los inquilinos, y se alegraban mucho cuando recibían los pagos. Pregunté a los vecinos cuánto pagaban, y transferí cada mes esa cantidad a la administración de la Schwedter Strasse. Nadie rechazó esas transferencias. Por desgracia, el conserje del edificio se negó a inscribirme en el registro vecinal, seguramente porque contaba con reservar para su hijo el piso que yo había ocupado. En aquella época, todos los bloques de pisos tenían un registro como ese. El conserje sabía lo que yo ignoraba: en algún momento el edificio iba a ser restaurado, y su intención era hacerse cargo del piso poco antes de que empezaran los trabajos. Sin embargo, yo me había adelantado.

Así que tuve que buscar otra forma de legalizar mi situación que no fuera inscribirme en el registro vecinal. Mi colega Utz Havemann me dio un consejo muy valioso: el paso más importante consistía en que la policía anotara mi nueva dirección en el documento de identidad.

Estábamos en mayo de 1981, y el 14 de junio se celebraban elecciones a la Cámara Popular. Utz Havemann me dijo:

—Sabes qué, iremos juntos a la policía, y tú te limitarás a decir que quieres poner en orden tus papeles antes de las elecciones.

Nos encontramos con un policía razonable. Inicié la conversación con una pequeña maniobra de distracción.

—¿No es una coincidencia increíble que me haya criado en Templin y que ahora viva en la Templiner Strasse? ¡Qué giro del destino! —le dije.

El policía sonrió, no dudó ni un segundo y anotó mi nueva dirección en el documento de identidad. Así fue como conseguí legalizar mi nueva situación.

Unos dos años después, cuando finalmente había que arreglar la casa, todos los inquilinos tuvimos que abandonar el piso. En su lugar, la administración municipal de la vivienda nos ofreció pisos que ya habían sido restaurados. Tuve mucha suerte: me concedieron un piso en perfecto estado en la Schönhauser Allee 104, en el segundo patio interior, que además de cocina y baño, tenía dos habitaciones, una grande y otra pequeña, y calefacción a gas en todas las estancias.

Mientras tanto, paulatinamente me fui acostumbrando a las condiciones de trabajo en el instituto.

Coincidir con otra gente de mi edad contribuyó significativamente, pero no solo eso. También encontré entretenimiento en algún que otro viaje encargado por el instituto. Por ejemplo, durante unas vacaciones de invierno, visité la residencia vacacional de la academia de Juliusruh, en la isla de Rügen, para cuidar de los hijos del personal del instituto. Además, participé en un curso de lengua rusa de tres semanas en la Unión Soviética. El ruso seguía interesándome. Sin embargo, apenas había oportunidades de hablar ruso en el ámbito científico, donde predominaba el inglés. Por desgracia, no puedo precisar cuándo tuvo lugar ese curso, salvo que fue a principios de los años ochenta. Pero no he olvidado que se celebró en Donetsk, la ciudad situada en el centro de la cuenca carbonífera del Dombás, en el este de la Ucrania ocupada por Rusia desde 2014. Trabé amistad con uno de los participantes en el curso, con quien en 1983, con la

mochila a la espalda, hice un viaje inolvidable junto con su novia por Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Por aquel entonces absorbía como una esponja todo lo que pudiese ampliar mis horizontes más allá de

la RDA, aunque no necesariamente esa curiosidad y esa sed de conocimiento me ayudaron a terminar antes el doctorado.

INTERCAMBIO INTERNACIONAL

Gracias a la biblioteca del instituto estaba al corriente de lo que ocurría en mi campo de investigación a escala internacional. Allí tenía acceso a las revistas en inglés más importantes.

No obstante, también me encontré con un problema con el que ya estaba familiarizada: no se nos permitía hacer copias de las publicaciones sin una autorización. Como ya sabía por casa de mis padres, en la RDA fotocopiar textos se había convertido en un asunto muy politizado. Para evitar que se divulgaran lecturas políticamente explosivas, la encargada de la fotocopidora registraba cada copia. Para poder fotocopiar había que solicitar un permiso al superior, que rara vez se concedía. Así que si quería tener a mano obras de autores estadounidenses o británicos, tenía que rellenar unas fichas para solicitar la copia de una separata, tal como las llamaban. Si se trataba de autores israelíes, lo que por mi tema de investigación ocurría a menudo, tenía que seguir otro camino, porque la RDA no mantenía relaciones diplomáticas con Israel y, por lo tanto, no existía correo postal entre ambos países. También en este caso recurrí a colegas estadounidenses y británicos, que conocía de conferencias especializadas en Alemania, para que me enviaran las separatas de los trabajos de los investigadores israelíes. Fue un proceso arduo. Al mismo tiempo, siempre constituía un placer recibir correo occidental en el instituto, reconocible de inmediato por los sellos. De este modo, no solo recibía los artículos importantes para mi investigación, sino que en ocasiones también una nota manuscrita en aquellos mismos papeles, ¡un saludo desde el mundo libre!

Para disponer de copias de nuestras propias publicaciones, utilizábamos papel carbón azul en la máquina de escribir. Si accidentalmente ponía el papel azul al revés, tenía que reescribir

todo de nuevo. Era horrible, y me ocurrió en más de una ocasión. Por eso a menudo prescindía de la copia con papel carbón.

Como yo no era, tal como se denominaba entonces, un cuadro itinerante para el Nichtsozialistische Wirtschaftsgebiet (NSW, Espacio Económico No Socialista) y, por consiguiente, no se me permitía viajar al extranjero por motivos laborales, solo podía intercambiar ideas con científicos occidentales en conferencias de química cuántica en la misma RDA —en Kühlungsborn o Heiligendamm—, en Checoslovaquia o en Polonia. Los momentos culminantes de nuestro trabajo se producían cuando expertos internacionales se tomaban la molestia de visitarnos. Por un lado, apreciaban la calidad de nuestra investigación y, por el otro, sabían lo mucho que nos complacía estar en contacto con ellos. ¡Qué emoción suponía para una joven científica como yo presentar —al igual que muchos otros científicos— los resultados de mis investigaciones en un póster!

Permanecíamos de pie en una gran sala con nuestros carteles, que habíamos confeccionado en una cartulina, y esperábamos ansiosos a que las personas interesadas hablaran con nosotros sobre nuestra presentación. Fue aún más emocionante cuando me permitieron presentar mi trabajo en una breve conferencia ante investigadores de alto nivel de Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos.

Esperaban respuestas precisas a sus preguntas, y a veces tenía que hablar en inglés, lo que para mí suponía un reto adicional. Y qué aliviada me sentía cuando hasta cierto punto era capaz de controlar la situación.

Aquellos encuentros dieron lugar a amistades personales, por ejemplo, con el profesor Reinhart Ahlrichs, de Karlsruhe. Ahlrichs era químico cuántico, y había desarrollado programas de cálculo de estructuras moleculares muy reconocidos en su grupo de trabajo. Era alto, seguro de sí mismo y cuestionaba de forma desenfadada las teorías científicas, así como todo lo que se refería a cuestiones sociales. Las conversaciones con él eran siempre estimulantes. Lo mismo ocurría con el profesor Nick Handy, de Cambridge (Reino Unido). Gracias a su humor inglés, con sus preguntas era capaz de

reducir al absurdo el sistema de la RDA. En los años noventa, cuando era ministra de Asuntos de la Mujer, me invitó a su *college* para hablarles a los estudiantes sobre mi vida en la RDA y la reunificación alemana.

Durante muchos años, los químicos cuánticos del instituto colaboraron de forma muy intensa con el Instituto J. Heyrovský de Química Física y Electroquímica de la Academia Checoslovaca de Ciencias de Praga. Durante mi doctorado, en varias ocasiones realicé estancias de tres meses.

El alma de aquella colaboración en Praga era el profesor Rudolf Zahradník, una personalidad impactante. A pesar de su excepcional talento científico, su carrera fue interrumpida por su implicación política en la Primavera de Praga. Al menos, el Estado le permitió seguir investigando en la Academia.

Rudolf Zahradník solía invitarnos a su casa, donde pasé veladas inolvidables con él y su esposa, Milena. Era una gran contadora de chistes políticos. Incluso bajo condiciones socialistas, Rudolf Zahradník hizo todo lo posible para que la generación de científicos que le sucedió recibiera una formación integral en arte y cultura, y no solo en su especialidad. Exigía a sus colegas, incluido mi compañero directo en la colaboración, Zdeněk Havlas, que aprendieran, además de inglés, alemán.

La visión de Zahradník de las perspectivas de futuro del socialismo existente se acercaba mucho a la realidad. Una vez llegué con varias horas de retraso a la capital checoslovaca en el tren Vindobona, que conectaba Berlín Oriental con Praga y Viena. Ante mi monumental enfado, él me contestó tranquilamente:

—¿Por qué te enfadas? Ambos sabemos que formamos parte de un gran experimento que en todo caso fracasará. Solo que los demás aún no lo saben.

Me reconforta saber que tras la caída del comunismo y hasta su muerte en 2020, este extraordinario científico y ser humano, nacido en 1928, como mi madre, pudiera investigar y vivir en libertad otros treinta años de su vida.

DESVINCULACIÓN CRECIENTE

Częstochowa es una gran ciudad al sur de Polonia. Es mundialmente famosa por un icono de la Virgen Negra, motivo de peregrinaje al monasterio paulino de la localidad. En una ocasión, durante unas vacaciones en Polonia, visité la ciudad. Pese a que soy protestante, me interesó vivamente que decenas de miles de católicos de este país tan creyente aprovecharan sus vacaciones para peregrinar hasta la Virgen Negra. Era algo inimaginable en la RDA. En Polonia, el deseo de liberarse y emanciparse del sistema socialista era mucho más evidente que en mi país, algo que me parecía fascinante.

En el verano de 1981 visité Polonia de nuevo con un colega. En aquella ocasión viajamos a Gdansk, la ciudad natal de mi madre. En ese viaje privado —es decir, no organizado—, nada más llegar por la mañana en el tren nocturno vimos en un cine de Gdansk cercano a la estación de tren las famosas películas de Andrzej Wajda *El hombre de mármol* (1977) y *El hombre de hierro*, que acababa de estrenarse. Aunque las películas se proyectaban en polaco, idioma que no

hablo, me cautivó el ambiente tanto de la película como del público. Al final de las proyecciones, a pesar de que ninguno de los actores estaba presente, el público polaco se puso en pie y aplaudió durante mucho tiempo, mostrando un gran entusiasmo por el contenido de las películas. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

También me impresionó que en Polonia muchos intelectuales siguieran formándose de manera sistemática, y que para eso fundaran universidades clandestinas. Ellos mismos desarrollaban los planes de estudios, por lo que obviamente las oportunidades para

copiar debían ser mejores que en la RDA. Una vez, uno de mis colegas checoslovacos comparó los Estados socialistas con un campo de internamiento, y a nuestros colegas polacos les dijo:

—El vuestro es el barracón más alegre.

Lo que quería decir era: los más valientes y decididos.

En diciembre de 1980, el año en que se fundó Solidarność, se erigió un monumento conmemorativo de las huelgas de 1970 en los Astilleros Lenin de Gdansk, a las que puso fin el ejército polaco utilizando la fuerza de las armas, y que según cifras oficiales causó cuarenta y cinco muertos. Durante el viaje me hice con una postal conmemorativa que quise llevarme a casa. Sin embargo, al entrar en la RDA, el funcionario de aduanas vio la postal y me metí en un lío.

—Esto es una provocación —me dijo.

—Es una vista de la ciudad de un país socialista amigo —afirmé.

Sin embargo, no pude salirme con la mía. Me confiscaron la postal. El incidente fue denunciado al departamento de personal del instituto. Si bien no sufrí ninguna represalia, fue una experiencia frustrante.

En aquel tiempo me desconecté cada vez más de las ofertas académicas internas del instituto, que incluían cursos de lengua rusa, actividades durante las vacaciones y entradas de teatro con descuento. Había construido mi propia red de amistades y conocidos estimulantes. A principios de los años ochenta, en un pequeño círculo de tres, a veces cuatro personas, entre ellas el hombre de la Antártida y su esposa, leíamos y discutíamos el libro *La alternativa*, publicado en 1977, de Rudolf Bahro, un autor que residía en la RDA. Poco después de que se publicara un extracto del libro en la revista *Der Spiegel*, Bahro fue detenido y condenado a ocho años de prisión. Tras una oleada de solidaridad en Alemania Occidental, se le concedió la amnistía y en 1979 abandonó la RDA. No recuerdo cómo

conseguimos el ejemplar, es probable que llegara desde Occidente de alguna manera. Por lo que recuerdo, el análisis de Bahro sobre las condiciones socialistas de producción realmente existentes me pareció cautivador, incluso brillante. Aunque no compartía sus ideas sobre que en el futuro el socialismo podía ser reformado; me parecían por completo ajenas a la realidad. De forma puramente intuitiva, sin tener ningún conocimiento profundo de la economía social de mercado, pensaba que el sistema económico de la RFA era el que mejor podía garantizar la prosperidad del mayor número posible de personas.

Más allá de este pequeño grupo privado, la mayoría de las discusiones políticas tenían lugar al amparo de la iglesia. Como vivía en la Schönhauser Allee, pertenecía a la congregación de la iglesia de Getsemaní. Asistía al llamado círculo familiar junto con Helmut Haberlandt —otro colega del departamento y también hermano menor de mi antiguo profesor Reinhold Haberlandt

— y su esposa, Rosemarie. A diferencia de mí, ellos tenían hijos pequeños, pero en este círculo las discusiones iban mucho más allá de cómo criar a los hijos. De vez en cuando, también asistía a actos como misas de blues* con Rainer Eppelmann, que era párroco en la iglesia Samaritana de Friedrichshain, y a quien conocía de vista del Colegio Pastoral de mi padre. En estas reuniones,

los temas de la paz y el medio ambiente ocupaban un lugar central. A veces me encontraba en minoría, por ejemplo en relación con el rearme de la Unión Soviética con misiles SS-20, que desde mi punto de vista debería haber recibido una respuesta por parte de Occidente; además, más adelante, consideré que el accidente del reactor de Chernóbil no fue producto de un fallo sistémico de la energía nuclear, sino que se debió únicamente a la dejadez soviética. Si a pesar de todo asistí a los actos de acceso libre, fue porque creía que en cualquier caso había que apoyar las iniciativas críticas con el Estado. Por esa razón también asistí en 1982 al funeral de Robert Havemann en Grünheide, cerca de Berlín. Robert Havemann era el

padraastro de mi colega Utz Havemann; era químico, comunista convencido y más tarde crítico con el régimen de la RDA.

No compartía sus opiniones sociopolíticas sobre la necesidad de un socialismo reformado, pero admiraba su valentía, que quise apoyar discretamente con mi presencia.

En aquella época, en mis conversaciones con otras personas no predominaba la cuestión de cómo debía ser exactamente una sociedad más humana. Se trataba sobre todo de mostrar unidad contra el Estado de la RDA. La atención se centraba en contra de qué estábamos. Qué queríamos defender exactamente solo desempeñaría un papel más adelante. Pero entonces no teníamos ni idea de la importancia que muy pronto llegaría a tener ese extremo.

A mediados de los ochenta, mi vida volvió a cambiar de manera radical. Conocí a Joachim Sauer, que sigue siendo mi marido. Ya nos conocíamos profesionalmente, pero entonces fue diferente. Nos enamoramos. Muchos años después me contó que llamó por primera vez su atención al ver mi nombre en la lista de miembros de la BGL. No es que en aquel momento estuviera interesado en la BGL, ni tan siquiera en mí, aunque se detuvo en la indicación junto a mi nombre: nacida en Hamburgo; es decir, en Occidente. En una ocasión, cuando ya era canciller federal, tuve que responder las preguntas de la prensa sobre mi época sindical. No recordaba exactamente si había sido miembro de la BGL, que pertenecía a la Federación Alemana de Sindicatos Libres, pero Joachim recordó de inmediato esa anotación:

—Por supuesto, leí tu nombre en aquella lista. Decía que habías nacido en Hamburgo.

Joachim es cinco años mayor que yo. Cuando él cursaba el bachillerato, los alumnos aprendían una profesión de forma paralela a los estudios. Se formó como técnico de laboratorio químico. Luego estudió química en la Universidad Humboldt, en la que se doctoró

tras completar un programa de investigación. Sin embargo, por motivos políticos no consiguió un puesto permanente en la universidad, así que fue a parar a la Academia de Ciencias. Trabajamos en el mismo instituto, ambos en el campo de la química cuántica, pero en departamentos diferentes.

Allí finalizó su doctorado B, el equivalente a la capacitación actual para acceder a una cátedra, y trabajó en estructuras químicas complejas, en las zeolitas. Padre de dos hijos de su primer matrimonio, Joachim era y es un científico apasionado. Estuvo en contacto mucho antes que yo con el Instituto Heyrovský de Praga y con el profesor Rudolf Zahradník. Me impresionaron sus claros análisis políticos y su gusto por el arte y la cultura, sobre todo por la música. A los dos nos gustaba y nos sigue gustando la naturaleza y viajar. Gracias a él llegué a conocer y comprender realmente la música de Richard Wagner. Y con él encontré mi camino de regreso a la disciplina académica.

PROPIETARIA DE UNA CASA

El título de mi tesis doctoral fue «Investigación del mecanismo de las reacciones de desintegración con rotura de enlace simple y cálculo de sus constantes de velocidad sobre la base

de métodos químicos cuánticos y estadísticos», tesis que presenté en 1985. Para cada doctorando se elaboraba el llamado plan de perspectivas. El mío estipulaba que mi tesis debía estar terminada entre 1980 y 1984. Había superado el plazo en seis meses, pero eso no importaba.

Cuando al fin hice la defensa oral el 8 de enero de 1986, me sentí aliviada. Después, con Joachim y mis colegas del departamento y del instituto lo celebramos en el sótano del barracón del instituto con hamburguesas caseras, cerveza y vino. Tenía treinta y un años.

Tras doctorarme en ciencias físicas me trasladé a otro departamento del instituto, en el que era la única teórica. Los demás trabajaban

experimentando en el campo de la espectroscopia EPR y NMR; es decir, la resonancia de espín electrónico y la espectroscopia de resonancia magnética nuclear. Me ocupaba de reacciones químicas más complicadas que antes, pero pude seguir colaborando con mi colega praguense Zdeněk Havlas. En general, en el trabajo no tenía un objetivo tan claro como durante la preparación del doctorado. Y también tenía claro que por motivos políticos no me convertiría en un cuadro itinerante para poder viajar a Occidente.

Tampoco tenía en mente realizar un doctorado B para acceder a una cátedra. Creo que era una buena científica, pero no tan fascinada por la ciencia como había que estarlo para conseguir los mejores resultados en la investigación básica. Así que fue una feliz casualidad que se abriera un campo de actividad privado completamente distinto. Me convertí en propietaria de una casa cerca de Templin, la ciudad en que me crie.

De hecho, mi hermana estaba buscando una propiedad para pasar los fines de semana en Uckermark, y quería poner un anuncio en el periódico local *Freie Erde*. Le pedí que hiciera lo mismo por mí, pues sentía curiosidad por saber qué podía salir de ello. Resultó que se necesitaba una licencia del Departamento de Turismo y Ocio del Consejo del Distrito; es decir, de la administración del distrito. Me ofrecí a obtenerla para las dos. Sin embargo, la responsable me dijo:

—No puedo concederle autorización para esos dos anuncios porque, de todos modos, no hay ofertas.

Hay que tener en cuenta que en la RDA no estaba permitido alquilar sin más habitaciones o casas. Cuando, muy decepcionada, estaba a punto de marcharme, la funcionaria añadió:

—Puede volver a intentarlo con el Departamento de Vivienda. Sin embargo, debe estar dispuesta a trasladar su residencia principal de Berlín al Uckermark. De lo contrario, no funcionará.

La idea no me disgustaba, y además sentía curiosidad por ver qué podía ofrecerme ese departamento.

Cuando me presenté allí, al empleado ya le habían anunciado mi llegada y, sorprendentemente, tenía una oferta sobre la mesa. Aquella misma mañana, el Consejo del Distrito de Nuevo Brandeburgo había informado al Consejo del Distrito responsable de que habían recibido una solicitud de responsabilidad por una casa de campo en Hohenwalde, un pueblo a veinte kilómetros de Templin. Esto significaba que el Estado debía responsabilizarse de su pérdida de valor.

¿Cómo se había llegado a eso? Tras la reforma agraria de 1945, los antiguos empleados de los grandes terratenientes, así como muchas personas desplazadas de la Europa Oriental y Central, recibieron en la zona de ocupación soviética tierras y bosques para cultivar y materiales para construirse una casa. Se les llamó los nuevos agricultores. Todas las casas tenían más o menos la misma planta. Durante la colectivización forzosa de los años cincuenta, los agricultores tuvieron que poner sus tierras a disposición de la Landwirtschaftlichen Produktionsgenossenschaft (LPG,

Cooperativa Local de Producción Agrícola). En la década de 1980, estas LPG se dividieron a su vez en una zona de cultivo y en otra ganadera. Si los herederos de una casa de campo de un nuevo agricultor no querían utilizarla, no estaban autorizados a venderla sin más, sino que primero tenían que ofrecerla a la LPG agrícola y a la LPG ganadera. Si no estaban interesadas, entonces había que ofrecerla a la de explotación forestal y de silvicultura. Solo cuando las tres habían confirmado por escrito su falta de interés, la casa podía ser utilizada para otros fines.

Para esa casa en cuestión, el procedimiento se alargó dos años. La casa corría el peligro de deteriorarse. Los herederos habían pedido a un vecino del pueblo que representara sus intereses.

No tuvo más remedio que amenazar al Consejo del Distrito con exigir que el Estado se responsabilizara de su pérdida de valor, ya que no esperaba ningún apoyo de su propio distrito.

Fue precisamente entonces cuando me presenté allí. El Consejo del Distrito quería deshacerse de la propiedad lo antes posible. Mostré interés y disposición para trasladar mi residencia principal de Berlín al Uckermark. En realidad, nadie daba ese paso, porque no sabía qué privilegios podía perder al dejar de residir en la capital de la RDA. Sin embargo, para mejoras en la vivienda ponían a tu disposición un préstamo sin intereses de veinte mil Ostmark, con una tasa de amortización del 1 %. Además, los diferentes gremios, como de carpinteros, ebanistas, techadores y fontaneros, estaban obligados a prestar, a un precio muy bajo fijado por el Estado, una parte determinada de sus servicios anuales a los constructores privados de viviendas. Todas estas ventajas, de las que Joachim y yo dependíamos dada nuestra situación económica, no habrían estado a nuestro alcance si se hubiera tratado de una vivienda de segunda residencia para el fin de semana.

La casa estaba en un sitio privilegiado, pero en un estado realmente lamentable. No voy a entrar en los detalles de la reforma de la casa. Solo decir que Joachim y yo decidimos dar el paso y embarcarnos en la aventura. Exigió un gran compromiso por nuestra parte. Una vez más aprendí algo completamente nuevo: a organizar una reforma con una economía precaria. Una tarea totalmente práctica que contrastaba por completo con el trabajo teórico en la academia. La reforma se alargó hasta el final de la RDA. Por otro lado, cuando compramos la casa, yo estaba en una situación favorable, pues el doctorado había concluido y volvía a disponer de más tiempo.

Tras la reunificación alemana, esta casa en el campo se convirtió en nuestro retiro. No me puedo imaginar cómo habría sobrellevado treinta años de trabajo en la política sin este pequeño refugio.

Al mismo tiempo, había vuelto a mi patria, al menos en parte. En el Uckermark me sentía como en casa.

VIAJES A OCCIDENTE

En 1987 llegó el momento: me permitieron viajar a Hamburgo por primera vez desde que veintiséis años antes fuera construido el Muro. Disponía de la autorización para mi primer viaje a Occidente. La boda de mi prima me brindó la ocasión; si la memoria no me falla, el visado para asistir a la boda era de siete días. Pero antes de hablar de ello, debo hacer una breve digresión para facilitar la comprensión del período: en 1983 y 1984, la RDA recibió de la RFA dos créditos por un valor de mil millones de marcos cada uno, que fueron gestionados por consorcios bancarios de Alemania Occidental. El por aquel entonces ministro presidente de Baviera y de la CSU, Franz Josef Strauß, fue protagonista de la planificación de estas inyecciones financieras.

Tanto en la RDA como en la RFA, la concesión de aquellos créditos fue objeto de una gran controversia. ¿Se le estaba echando una mano a un estado económicamente en apuros, y se apoyaba así a la RDA para reforzar indirectamente la división de Alemania, como creían

algunos? ¿O, como argumentaban otros, las contrapartidas brindadas por la RDA —incluido el desmantelamiento de las armas automáticas SM-70 y las facilidades en los trámites para viajar en ambas direcciones— fueron una forma de debilitar el sistema desde dentro? Yo me inclinaba por esta segunda opinión. Antes, solo los familiares de primer grado podían viajar en determinadas ocasiones de la RDA a Alemania Occidental. Ahora, siempre que se tratara de encuentros familiares, también era posible para parientes de segundo y tercer grado. Desde entonces, el número de personas a las que se permitía viajar a Occidente había aumentado considerablemente.

En 1987, fui una de ellas.

A mi madre, a mi hermana y a mí nos concedieron el permiso, pero mi hermano y mi padre se quedaron en casa. La RDA siempre se cuidó mucho de que las familias no pudieran viajar al completo a Occidente, pues las autoridades consideraban que el riesgo de fuga era muy alto. Sin embargo, a mi madre, a mi hermana y a mí se nos permitió viajar juntas al mismo destino.

Además de viajar a Hamburgo para la boda de mi prima, había planeado algo más. Hasta que no estuve allí no pude poner en práctica mi plan. Abandoné Berlín Oriental por la estación de Friedrichstrasse. Por fin ya no solo oía a los perros guardianes, sino que yo misma podía cruzar al lado occidental. Sentía nerviosismo y curiosidad, y estaba increíblemente expectante por lo que me esperaba. Había planeado mi partida a Hamburgo desde la estación de Zoo para pasar algún tiempo en Berlín Occidental, la primera vez desde que días antes de la construcción del Muro me había apurado agarrada de la mano de mi abuela desde Pankow hasta el sector francés para comprar cigarrillos. Como estaba bastante cerca de mi ruta diaria con el tren de cercanías y quería ver qué aspecto tenía, viajé hasta Kottbusser Tor, en Kreuzberg. Me di cuenta de que en el barrio había un ambiente muy turco. Pero aparte de eso, me llamó la atención que pese a que las casas y las calles eran más coloridas y había más coches que donde yo vivía, no cabía duda de que a un lado y a otro del paso fronterizo del puente de Oberbaum se trataba de la misma ciudad.

Con esta certeza, en la estación de Zoo subí al tren con destino a Hamburgo Dammtor. Mi tía me recogió y viajamos a su casa de Blankenese. La recepción de la boda se celebró en el jardín.

Conocí a los muchos amigos de la familia de mi tía que solo conocía de oídas. La ceremonia en la iglesia y el posterior almuerzo tuvieron lugar en las afueras de la ciudad. A mi hermana y a mí, los invitados occidentales nos observaban con cierto asombro, mientras que

nosotras admirábamos la elegancia de Blankenese, los parques a lo largo del Elbchaussee, las tiendas y el majestuoso fluir del Elba. Por muy desconocidas que nos resultaran las circunstancias a nuestro alrededor, la familia de mi tía nos era completamente familiar gracias a sus numerosas visitas a Templin.

Tras la boda, emprendí de inmediato la segunda etapa de mi primer viaje a Occidente: en Karlsruhe quería visitar al profesor Ahlrichs, a quien ya he mencionado porque le había conocido en conferencias especializadas en la RDA. También tenía la intención de visitar a un científico de mi departamento que había huido a Occidente y ahora vivía en Constanza. Solo en Hamburgo pude empezar realmente la planificación de esa empresa. Si de antemano se hubieran conocido mis intenciones, como mínimo me hubiesen acortado la estancia en Occidente, o no me hubieran permitido viajar. En la segunda parte del viaje me apoyó económicamente mi madre, que tenía acceso a una cuenta en Hamburgo con la herencia de su madre, fallecida en 1978.

Para mí fue toda una aventura. De repente me di cuenta de que no conocía la parte occidental de Alemania. Mi conocimiento de la RFA procedía principalmente de la televisión de Alemania Occidental. Siendo una mujer que viajaba sola, hasta dudaba de si podría alojarme en un hotel de forma segura. Hoy en día sé que se trataba de un temor estúpido, pero en aquel momento no tenía

ni idea. Y eso que ya había pernoctado sin que me pasara nada en Budapest, Bucarest, el Cáucaso y quién sabe en qué otros lugares.

Otra situación que había observado me tenía muy preocupada. Viajé de Hamburgo a Karlsruhe en el Intercity, que me pareció una maravilla de tecnología y diseño. Estaba encantada.

Sin embargo, para mi horror, algunos de los estudiantes de Alemania Occidental colocaban sin más las piernas y los zapatos sucios sobre

el bonito tapizado de los asientos, algo que me pareció inaceptable. En la RDA nunca había visto un comportamiento semejante.

En Karlsruhe, la familia Ahlrichs me acogió calurosamente. Pude alojarme en su casa, fuimos de excursión a la cercana Selva Negra y en la universidad visitamos su instituto tecnológico.

En Constanza tuve que arreglármelas por mi cuenta. Me alojé en un pequeño hotel, y me impresionó el aire sureño de la ciudad a orillas del lago Constanza. Quedé con mi antiguo colega para comer, y le llevé los saludos de sus antiguos compañeros de la academia. Tras huir de la RDA, le surgió la oportunidad de trabajar en Constanza y se sentía muy aliviado por ello.

Impresionada y satisfecha, finalmente regresé a casa vía Hamburgo; el punto de entrada y salida iba a ser el mismo. Para mí, quedarme en Alemania Occidental no era una opción. Joachim estaba en la RDA, al igual que mi familia y la mayoría de mis amigos. También tenía la sensación de que no pasarían otros veintiséis años antes de que pudiera volver a Occidente.

Y así fue: a finales de octubre de 1989, mi tía abuela Emmy, la última hermana viva de mi abuela de Hamburgo, celebró su ochenta y cinco cumpleaños. De nuevo me concedieron un permiso para viajar. En la RDA habían cambiado muchas cosas en los tres años precedentes. Desde que en 1985 Mijaíl Gorbachov se convirtió en secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y las dos palabras de moda, glásnost y perestroika, estaban en boca de todos, las cosas habían empezado a cambiar en todo el bloque del Este.

En la primavera de 1989, en la RDA se celebraron elecciones municipales. Gracias al compromiso de los valientes observadores electorales se descubrió que el Estado había falsificado burdamente los resultados de las elecciones. En verano y otoño, miles y miles de personas abandonaron la RDA a través de Hungría. El 11 de

septiembre de 1989 se abrió la frontera de Hungría con Austria, una valiente decisión de los dirigentes húngaros. El 30 de septiembre, Hans-Dietrich Genscher informó a los ciudadanos de la RDA refugiados en la embajada alemana en Praga que podían viajar a Alemania Occidental. También en septiembre, en la RDA se fundaron los movimientos de derechos civiles Nuevo Foro y Democracia Ahora; el 1 de octubre, Demokratische Aufbruch (DA, Despertar Democrático), y el 7 de octubre, el Sozialdemokratische Partei in der DDR (SDP, Partido Socialdemócrata de la RDA). El mismo 7

de octubre, el cuadragésimo aniversario de la RDA se convirtió en un fiasco para la dirección del partido, en parte debido a la legendaria frase atribuida a Mijaíl Gorbachov: «La vida castiga a los que llegan demasiado tarde», un regalo de cumpleaños envenenado para el gobierno de la RDA bajo la dirección de Erich Honecker. Ante estos acontecimientos, la gente se armó de valor para mostrar abiertamente su oposición al Estado.

Cuando el 8 de octubre de 1989, tras un fin de semana en Templin, regresé a la Schönhauser Allee de Berlín, la ciudad había cambiado por completo. Los vehículos blindados de transporte de tropas estaban aparcados en una calle desierta, la iglesia de Getsemaní estaba abierta para las oraciones y había velas encendidas no solo en las ventanas, sino incluso en las cabinas de los conductores de tranvía. Eran las luces de una revolución pacífica. Las imágenes dieron la vuelta al mundo, seguidas por las de la manifestación en Leipzig del día siguiente, el lunes 9 de octubre de 1989, la más multitudinaria hasta la fecha. Aunque en el ambiente se palpaba una tensión

increíble, el sistema no hizo uso de la violencia. Evidentemente, desde Moscú no había llegado ninguna orden al respecto, a diferencia de lo sucedido en los levantamientos populares del 17 de junio de 1953 en la RDA, del de 1956 en Hungría, del de 1968 en Checoslovaquia o del de 1981

con la imposición de la ley marcial en Polonia.

El cumpleaños de la tía Emmy era el 27 de octubre. Me permitieron permanecer en Alemania Occidental hasta el 5 de noviembre. Tras la fiesta de cumpleaños en Hamburgo, viajé inmediatamente a Karlsruhe. A diferencia de mi primer viaje, esta vez también estaba Joachim, que llevaba semanas allí con motivo de una investigación con el profesor Ahlrichs. Desde finales de 1988, al igual que a un número cada vez mayor de colegas, se le había permitido viajar a Occidente por motivos profesionales, una reacción de la RDA para evitar que cada vez más científicos huyeran. Su estancia en Karlsruhe tampoco era ya un obstáculo para que autorizaran mi viaje. Algo había cambiado radicalmente.

Además de Joachim, también estaba allí como invitado el director del instituto, el profesor Gerhard Öhlmann, por supuesto miembro del SED. Tuvo que aceptar que me presentara por sorpresa en Karlsruhe. Los tres cenamos junto con el profesor Ahlrichs y comentamos la situación. Todavía hoy me oigo decir:

—No entiendo por qué se falsearon los resultados de las elecciones municipales.

El profesor Öhlmann no cuestionó el hecho como tal, y respondió:

—Yo tampoco lo entiendo, porque incluso un resultado del 80 % sería un buen resultado.

Le pregunté:

—¿Y si fuera solo del cincuenta y 1 %?

Por si acaso, no quise mencionar un resultado inferior al 50 %. Öhlmann disparó sin más:

—¡Eso es imposible!

Cambiamos de tema.

Regresé a casa el 5 de noviembre de 1989. En Berlín, el día anterior se habían manifestado cientos de miles de personas. En todo el país se notaba que el aire vibraba y había señales de grandes cambios. Ya casi resultaba imposible concentrarse en el trabajo académico.

Tras la jornada laboral, lo primero que solía hacer en casa era escuchar las noticias. Así lo hice el jueves 9 de noviembre de 1989, cuando escuché las palabras de Günter Schabowski y no pude dar crédito. Enseguida llamé a mi madre a Templin y le dije:

—¿Has escuchado las noticias? Pronto podremos comer ostras en el hotel Kempinski de Berlín Occidental.

Era una expresión que se refería a una época futura en la que el Muro ya no existiría. Sin embargo, ninguno de nosotros esperaba que fuéramos a vivir una experiencia como esa en un futuro tan próximo.

—¿Qué?! No he oído nada —fue la contestación de mi madre.

—¡Que sí! ¡Enciende la tele! —le grité.

Después de colgar, como hacía todos los jueves cogí la bolsa para ir a la sauna, recogí a mi compañera de sauna, Rosemarie Haberlandt, en la Dunckerstrasse y juntas fuimos a las instalaciones de la piscina cubierta del parque Ernst-Thälmann. Allí también se hablaba de lo que acababa de decir Schabowski, pero no todo el mundo era igual de positivo sobre la posibilidad de que se pudiera cruzar el Muro. Algunos, sobre todo en ese barrio, se habían acostumbrado a la vida en la RDA y tenían pocos deseos de cambio. Después de la sauna, como hacíamos todas las semanas, Rosemarie y yo fuimos a un pub cercano, nos tomamos una cerveza y oímos en la radio que la gente estaba entrando en tropel en el Oeste. El ambiente no era diferente al de otros días; los que querían ir al Oeste no estaban sentados allí. Pronto salimos del pub. Mi amiga se fue a

casa con sus hijos pequeños, y yo me dirigí al Oeste.

Cuando llegué a la esquina de Schönhauser Allee y Bornholmer Strasse, vi ríos de gente caminando en dirección al puente de Böse. Con la bolsa de sauna en la mano, me uní a la marcha.

Veinte años después, en el verano de 2009, en la Cancillería se rodó mi anuncio electoral para las elecciones al Bundestag del 27 de septiembre. Me presentaba a la reelección tras haber sido elegida por primera vez en 2005 canciller de la RFA. Al principio del anuncio, aparezco mirando por la ventana de mi despacho hacia el Reichstag. La escena está acompañada de las imágenes originales que la memoria me traía a la mente de gente vitoreando en el Muro de Berlín en 1989

e intentando derribarlo con picos y cinceles. El espectador me oye decir: «No nací para ser canciller». Una primera frase realmente banal. Al mismo tiempo, me parecía que implicaba algo inconcebible. En cualquier caso, la frase no salió de mis labios con tanta facilidad como en el anuncio de televisión. Descartaron una grabación inicial. Contrataron un estudio de grabación.

Pronuncié una y otra vez las palabras con la entonación adecuada para hacerlas audibles. «No nací para ser CANCELLER», «NO nací para ser canciller», «No NACÍ para ser canciller», hasta que por fin lo conseguí: «No nací para ser canciller».

¿Qué era lo inconcebible? En la RDA no existía el equivalente para la palabra `canciller'. El término se utilizaba para el jefe de gobierno de otro Estado, la RFA, cuya simple visita se me había vetado durante décadas, pero cuya ciudadanía podría haber obtenido en cualquier momento si hubiera podido llegar allí.

Había crecido en un país en el que el 9 de noviembre de 1989, con la gran ayuda de las personas de otros países socialistas del antiguo Pacto de Varsovia, su propio pueblo hizo caer el Muro. Allí me había criado y me había hecho adulta, allí intenté superar los obstáculos

que el Estado ponía por todas partes, como un esquiador en un eslalon. Intenté sacar lo mejor de cada situación, ser siempre curiosa y emprendedora, no infringirle daño a nadie y, en la medida de lo posible, dar lo mejor de mí misma. Me conocía al dedillo las condiciones en las que lo hacía.

Había tenido mucha suerte. Ahora tenía treinta y cinco años, era lo bastante joven para empezar una vida nueva. No tenía ni idea de lo que ocurriría a continuación. No obstante, para mí una cosa estaba fuera de toda duda: la estructura de la RDA no podía reformarse desde dentro. Era como una chaqueta de punto: si el primer botón se abrocha mal, hay que empezar de nuevo para abotonarla bien. Y el primer botón de la RDA estaba mal abrochado. Estaba profundamente convencida de ello.

SEGUNDA PARTE

UN DESPERTAR DEMOCRÁTICO

del 10 de noviembre de 1989

al 2 de diciembre de 1990

UNIDAD Y JUSTICIA Y LIBERTAD

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

Berlín, 3 de octubre de 1990, miércoles de cielo soleado y azul, hacia las diez y cuarto de la mañana. Aún me quedaba tiempo antes de asistir a las once de la mañana a la ceremonia en la Filarmónica de Berlín con motivo del día de la Unidad Alemana. Me situé a unos setenta metros de la entrada de la Filarmónica para observar a los invitados. Había vivido setenta y dos horas trepidantes. El lunes, 1 de octubre, en el congreso celebrado en Hamburgo para unificar a los cristianodemócratas (CDU, Christlich Demokratische Union Deutschlands, Unión Demócrata Cristiana de Alemania) orientales y occidentales, hablé por primera vez en persona con Helmut Kohl.

Además, como nueva militante de la CDU oriental, procedente de Demokratische Aufbruch (DA, Despertar Democrático), y que tras el congreso pasaría a serlo de la CDU

unificada de Alemania, también pronuncié un breve discurso ante el millar de delegados presentes. En pocas frases esboqué cómo nos veíamos a nosotros mismos en el DA, un partido que ya no existía:

Para nosotros lo importante era crear una economía de mercado orientada a lo social y a lo ecológico y conseguir lo antes posible la reunificación de Alemania. Así es como encontramos amigos en la Alianza por Alemania y también tuvimos éxito en las elecciones a la Cámara Popular. También lo hemos demostrado al integrar el DA en la CDU.

Sin embargo, no queremos que en nuestro futuro trabajo político se pierda la idea de ese resurgimiento. Es por ello por lo que nos gustaría seguir trabajando como grupo de Despertar Democrático en la CDU de Alemania. No queremos aislarnos, sino que invitamos a todos a trabajar con nosotros en este grupo. Quisiera mencionar dos cosas que serán importantes para nuestro trabajo.

La primera es asumir nuestra propia historia. Solo así podremos aprender a conformar activamente la democracia.

La segunda es que queremos esforzarnos por mantener el contacto con nuestros amigos [sic] políticos de Europa del Este. En los últimos años hemos aprendido mucho de ellos. Nos han ayudado mucho. Incluso en una Alemania reunificada, no debemos olvidar que Europa no termina en la frontera oriental de Alemania. No debemos perder de vista los problemas de las otras naciones.

Queridos amigos, hoy hemos fundado la CDU de la Alemania reunificada. Sin embargo, creo que el proceso de unión aún no ha concluido. Debemos contarnos nuestras experiencias y nuestras vidas.

Fundamos el grupo de trabajo Despertar Democrático, que pronto cayó en el olvido, aunque más adelante sus ideas demostraron ser importantes.

Una vez finalizado el congreso del partido, el martes 2 de octubre regresé de Hamburgo a Berlín a mi puesto de trabajo en la residencia oficial del presidente del gobierno de la RDA, en el viejo ayuntamiento de Molkenmarkt. Desde abril era la portavoz adjunta del gobierno. A última hora de la tarde recibí la carta de despido, firmada por el presidente de la RDA, Lothar de Maizière. A las nueve de la noche asistí a la ceremonia organizada por nuestro gobierno, ya con las horas contadas, en la Sala de Conciertos de la plaza Gendarmenmarkt para conmemorar la reunificación. Ocupé un asiento en la fila lateral. Sonó la *Novena sinfonía*, de Beethoven:

«Alegría, hermosa chispa de los dioses». Lothar de Maizière se acercó a un atril, y en un breve discurso en nombre de todos los miembros del gobierno declaró que nuestro trabajo había terminado.

A pesar de mi alegría desbordante por la reunificación alemana, en ese momento se me saltaron las lágrimas. Lágrimas de despedida, si bien muy deseada, y, sin duda, también de agotamiento. Atrás quedaba el cargo de portavoz adjunta del gobierno, en el que había puesto todo mi empeño. Desde el inicio de nuestra gestión, el 12 de abril de 1990, habíamos trabajado

con gran pasión durante 174 días y 174 noches para despedirnos de forma ordenada y allanar el camino hacia la reunificación de Alemania. Al finalizar la ceremonia me sentí aliviada.

Conduje rápidamente a casa, y luego nos dirigimos con Joachim al punto culminante del día en el Reichstag. Los principales representantes de ambos Estados alemanes se habían reunido en la escalinata del ala oeste. También se nos permitió a Joachim y a mí estar allí, aunque fuera como invitados de segunda. Mi estado de ánimo melancólico desapareció. Fue un evento conmovedor. Frente

al edificio se habían congregado cientos de miles de personas. A medianoche, en honor a la unidad se izó la bandera negra, roja y dorada. Desde el ayuntamiento de Schöneberg, en Berlín Occidental, se transmitió el tañido de la Campana de la Libertad hasta la plaza situada frente al Reichstag. Esta campana, réplica de la famosa Campana de la Libertad de Filadelfia, financiada en gran parte con donaciones estadounidenses, colgaba en el ayuntamiento de Schöneberg desde octubre de 1950. Todavía lleva la inscripción «That this world, under God, shall have a new birth of freedom» ('Que este mundo, con la ayuda de Dios, vea renacer la libertad'). Recuerda así el discurso del presidente estadounidense Abraham Lincoln en el campo de batalla de Gettysburg en 1863, en el momento decisivo de la guerra civil estadounidense. La inscripción también se había convertido en un hecho para nosotros: la RDA era historia. Ahora solo había un Estado alemán y yo era ciudadana de la República Federal de Alemania. La noche del martes al miércoles, 3 de octubre, fue corta. No había ni rastro de melancolía, solo pura alegría por lo que se había conseguido y una ansiosa expectación por lo que nos depararía el futuro en una Alemania reunificada.

Unos cuarenta y cinco minutos antes del comienzo de la ceremonia, estaba feliz a un lado de la entrada de la Filarmónica y dejaba vagar la mirada. Quería saborear el momento. De repente vi a un policía de servicio, un hombre de mediana edad algo fornido, probablemente de entre cincuenta y sesenta años. Nuestras miradas se cruzaron. Me di cuenta enseguida de que debía ser un agente que hasta hacía apenas doce horas pertenecía al Cuerpo de la Policía Popular de Alemania Oriental. Me lo demostraban su mirada un tanto contenida, incluso insegura, y sus movimientos mecánicos, que recordaban a los de un militar. Sin embargo, ahora vestía un uniforme de la policía de Berlín Occidental. Me quedé desconcertada y necesité un momento para darme cuenta de que de la noche a la mañana, ese *Volkspolizist* se había convertido en un policía del Estado federal de Berlín. La Policía Popular Alemana ya no existía. Por mi memoria desfilaron imágenes de mis encuentros con los llamados órganos armados de la RDA, entre los que se encontraba la

Policía Popular Alemana. Sin embargo, de un día para otro, todos los policías, incluido el que vi frente a la Filarmónica, se habían convertido en los responsables de hacer cumplir el monopolio del poder en un Estado de derecho como era la RFA. Qué diferente era su tarea anterior en la RDA y, no obstante, seguía siendo la misma persona. De repente, aquel breve contacto visual me hizo darme cuenta de lo grande que era la tarea que teníamos por delante: vivir realmente juntos la reunificación alemana.

Mientras le daba vueltas a estos pensamientos, el secretario de Estado Peter Klemm, del Ministerio Federal de Finanzas, se cruzó conmigo.

—¡Me alegro de verla! —exclamó contento.

Nos conocíamos de las negociaciones para el Tratado de Unificación. Le conté mi experiencia con el antiguo *Volkspolizist* vestido con un uniforme occidental y le dije:

—Sin duda, usted habrá pensado a menudo en cuánto trabajo les estamos dando los del Este, pero le digo que esto es solo el principio, puede estar seguro. Este es solo el principio de la reunificación alemana.

—¡Todo irá bien! Hoy estamos de celebración —respondió Klemm.

No estaba segura de que hubiera entendido qué me preocupaba. Hasta el último día en que tuve responsabilidad política, durante más de treinta años, me acompañaría la cuestión de cuándo y cómo se completaría realmente la unificación alemana.

Asistí a la ceremonia en la Filarmónica y después paseé con Joachim por las calles de Berlín.

Hacía un tiempo precioso. En la calle había cientos de miles de personas. Menos de un año después, 327 días, de la caída del Muro

de Berlín el 9 de noviembre de 1989, estábamos muy animados y con la certeza de estar viviendo algo único.

PRIMEROS PASOS EN LA POLÍTICA

El primer fin de semana tras la caída del Muro me invitaron a una fiesta de cumpleaños en el vecindario. Para mi horror, el ambiente era sombrío. La mayoría de los participantes opinaban que para la RDA se había esfumado el sueño de una tercera vía independiente:

—En realidad, ahora deberíamos aprovechar la oportunidad y preparar un nuevo proyecto de Constitución —dijo un vecino.

—Pero ¿qué ocurrirá entonces? La gente se limitará a consumir y se contentará con tener plátanos y vaqueros —se quejó otro de los invitados a la fiesta de cumpleaños.

No podía creerlo, y pensé: «Esto no puede ser verdad. ¿Cómo pueden sentirse tristes?».

—¡Vamos! —exclamé—. Es maravilloso que al fin haya caído el Muro. Todo lo demás está por verse, pero ¡hoy es un día maravilloso!

Sin embargo, no fui capaz de contagiarles mi alegría.

Los días siguientes transcurrieron de forma completamente diferente. El 13 de noviembre de 1989, un lunes, viajé a Polonia para impartir la conferencia que llevaba meses preparando para los científicos de Toruń, con los que colaborábamos los químicos cuánticos del ZIPC. Tal como he mencionado, antes de la medianoche del 9 de noviembre regresé a mi piso en Berlín Este en la dirección contraria a la que seguía la muchedumbre. A pesar de mis buenas intenciones, apenas había podido concentrarme en la redacción del texto de la conferencia. Sin embargo, tampoco quería cancelar el viaje. Así que subí al tren, mal preparada, pero llena de ilusión por reencontrarme con mis colegas polacos.

Uno de ellos me recibió en la estación. Entre nosotros hablábamos en inglés y me dijo:

—Es obvio que eres alemana, ¡qué sentido del deber! Solo cuatro días después de un acontecimiento así, ningún polaco habría viajado a otro país por trabajo.

Fue maravilloso que me saludaran así. Respondí:

—¡Está claro que no habría viajado a cualquier sitio, pero a Polonia vendría siempre!

Nos reímos y añadí:

—Pero tengo que advertirte que no me he preparado la conferencia.

—Oh, eso no importa. Nos alegramos de que estés aquí. ¡Háblanos de Berlín! —dijo mi colega y agregó—: ¡Cuando la próxima vez viajemos a Berlín, Alemania ya será un país unido!

No podía creer lo que me estaba diciendo, solo cuatro días después de la caída del Muro de Berlín, pero mi colega polaco insistió:

—Créeme: la próxima vez que nos veamos en Berlín, Alemania se habrá reunificado.

Mi mirada interrogante no le disuadió de su convicción.

Me invitó a cenar a su casa con su esposa y seguimos conversando. Permanecí en Toruń cuatro días, impartí la conferencia, pero no tengo más recuerdos de ella, ni del tema ni de la

discusión posterior. Aquellos días, la ciencia apenas tenía importancia. Todo giraba en torno a la política.

En términos de desarrollo político, la propia Polonia había estado una vez más un paso por delante de nosotros. En junio de 1989 ya se habían celebrado elecciones parcialmente libres al Sejm, el

Parlamento, y al Senado, la segunda Cámara. Según el acuerdo alcanzado por la Mesa Redonda Polaca para las elecciones al Sejm, el 65 % de los escaños se reservaron a candidatos del entonces gobernante Partido Obrero Unificado Polaco; mientras que el 35 % de los escaños se asignaron a los llamados candidatos independientes. Los escaños independientes fueron ganados por candidatos del sindicato libre Solidarność, al igual que 99 de los 100 escaños del Senado, que podían ocuparse libremente. Muchos de mis colegas polacos estaban exultantes por este resultado electoral. Yo lo había presenciado en persona, porque, casualmente, cuando anunciaron los resultados estaba en Polonia. Asistía a una conferencia de química cuántica en Bachotek, a ochenta kilómetros al este de Toruń.

Ahora, unos meses más tarde, como si hubiera ocurrido en su propio país, mis amigos polacos celebraban conmigo lo que nosotros habíamos vivido. Cuando pienso en ello, todavía hoy se me pone la piel de gallina y recuerdo lo feliz que me sentí de haber hecho aquel viaje.

Regresé a Berlín el 16 de noviembre, un jueves, sintiéndome exultante. Al día siguiente les conté a mis compañeros de la academia la predicción de mi colega polaco. Discutimos si podía estar en lo cierto y si Alemania se reunificaría con tanta rapidez como él pensaba. Por supuesto, ninguno de nosotros tenía una idea cabal de lo que ocurriría, pero al discutirlo con más detenimiento, nos dimos cuenta de que en un futuro próximo el tema de una rápida reunificación dominaría la agenda. Nos hacíamos pocas ilusiones sobre la situación económica de la RDA. En ese sentido me vino a la mente un antiguo chiste de los años sesenta: Walter Ulbricht, presidente del Consejo de Estado de la RDA, está sentado en su sillón con su amante en el regazo y le pregunta si tiene algún deseo. Ella le pide que permita el paso por el Muro. Ulbricht le responde alegremente:

«Tesoro mío, ¿quieres que nos quedemos solos?». Tal como comprobamos en verano y otoño de 1989, el chiste seguía siendo vigente. Solo por esta razón era más que probable que tuviéramos que encontrar el camino hacia una rápida reunificación.

En efecto, los cambios se produjeron con una rapidez pasmosa: el 13 de noviembre de 1989, el día en que partí a Toruń, Hans Modrow, hasta entonces secretario general del SED de la administración del distrito en Dresde, había sucedido a Willi Stoph como presidente del Consejo de Ministros, es decir, como jefe del gobierno de la RDA. Semanas antes, el 18 de octubre, Egon Krenz había sustituido a Erich Honecker, primero como secretario general del SED y, a partir del 24 de octubre, también como presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Defensa Nacional de la RDA. Antes, aún como adjunto de Honecker, durante un viaje a China con motivo del cuadragésimo aniversario de la fundación de la República Popular, Krenz llamó la atención al apoyar abiertamente la masacre de junio de 1989 para reprimir las protestas de los estudiantes chinos en la plaza de Tiananmén de Pekín. Al hacerlo alimentó nuestros temores de una supuesta solución china a la revolución pacífica. Afortunadamente, todo se desarrolló de forma distinta y Krenz, el presidente del Consejo de Estado, solo constituyó un episodio muy breve en la fase final de la RDA.

En cambio, el canciller federal Helmut Kohl presintió y reconoció con certera intuición los signos de los tiempos. El 16 de noviembre de 1989, el día en que regresé de Toruń y exactamente una semana después de la caída del Muro, dejó claro que la República Federal estaba dispuesta a prestar ayuda económica, pero solo si la RDA cambiaba su sistema económico. El 28 de

noviembre, solo doce días después, en el debate de los Presupuestos en el Bundestag alemán presentó un plan de diez puntos que en aquel momento causó furor. En el quinto punto declaraba la voluntad de «desarrollar en Alemania estructuras confederativas entre ambos Estados con el objetivo de crear una

federación; es decir, un orden estatal federal». Sin embargo, tal como Kohl precisó a continuación, «es urgente que en la RDA haya un gobierno legitimado democráticamente». En el décimo punto, el canciller Federal subrayó que «la reunificación —

esto es, la recuperación de la unidad estatal en Alemania— [...] sigue siendo el objetivo político del gobierno federal». Tal como lo describe Horst Teltschik, hasta finales de 1990 asesor de Kohl en política exterior y de seguridad, en su libro *329 días. Desde la caída del Muro hasta la reunificación alemana*, de 1991, Helmut Kohl reveló su plan solo a un círculo muy restringido.

La víspera del discurso informó verbalmente a la presidencia de la CDU y al Comité Ejecutivo Federal, pero no a su socio de coalición, el Freie Demokratische Partei (FDP, Partido Democrático Libre). La Casa Blanca recibió por escrito el plan solo unas horas antes del inicio del discurso. Creo que con este proceder Kohl no quería correr el riesgo de que su propuesta se viera frustrada por los escépticos y de que se esfumara el efecto sorpresa, también frente a la oposición. Para evitarlo, estaba dispuesto a presentar un hecho consumado. En mi opinión, la actuación de Kohl es un ejemplo impresionante de la autoridad de un canciller federal, con frecuencia discutida, para establecer en determinadas situaciones las directrices que considera oportunas y asumir así la responsabilidad política última.

El 3 de diciembre de 1989 dimitió la cúpula del SED, y el 6 de diciembre de 1989 lo hizo Egon Krenz como presidente del Consejo de Estado. Ese mismo día, la Cámara Popular eligió a Manfred Gerlach, miembro del Liberal-Demokratischen Partei Deutschlands (LDPD, Partido Liberal Democrático de Alemania), como nuevo jefe de Estado. Menos de un mes después de la caída del Muro, el papel dirigente del SED, el partido de la clase obrera, había llegado a su fin.

El sistema anterior simplemente se desmoronó. Ya se habían fundado nuevos partidos o estaban en vías de fundarse. El 7 de diciembre de 1989, la Mesa Redonda Central se reunió por primera vez en la Casa Dietrich Bonhoeffer de Berlín. Se constituyó con representantes del gobierno, de las llamadas organizaciones de masas del SED, como el FDJ o la Sociedad para la Amistad Germano-Soviética, de los partidos del Bloque, de los grupos de la oposición y de los nuevos partidos, así como de las iglesias. A partir de entonces, la Mesa Redonda Central asumió todas las decisiones políticas importantes y allanó el camino para las primeras elecciones libres a la Cámara Popular.

Pese a que aún no había llegado muy lejos, yo tampoco tenía una idea de lo que aquello significaría para mí personalmente. Solo sabía una cosa con certeza: el desarrollo de los acontecimientos me electrizaba. Estaba convencida de que se estaba creando algo nuevo, de que quería formar parte de ello, de que con mi experiencia, con mi vida, con lo que podía hacer y con lo que era importante para mí, yo era necesaria.

El último fin de semana de noviembre visité a Joachim en Karlsruhe. Allí, y tras su regreso a Berlín a mediados de diciembre, hablamos incesantemente de cómo se desarrollarían los acontecimientos en la RDA. Queríamos contribuir al cambio y buscábamos nuevas fuerzas políticas a las que apoyar. Joachim tenía claro que quería aprovechar la libertad que había ganado para progresar académicamente sin las restricciones anteriores. Desde Karlsruhe viajó a San Diego, en Estados Unidos, y permaneció una semana en la empresa BIOSYM Technologies.

Estaba decidido a trabajar por la eliminación de las estructuras enemigas de la ciencia de la RDA. Mi intención era ser políticamente activa, a lo que Joachim me animó. Mientras él siguió

centrándose por completo en la ciencia, yo quería contribuir a cambiar el panorama político con caras nuevas. El sí estaba decidido,

el cómo y el dónde aún no. Me lancé en su búsqueda.

Quería formar parte de un partido, pero tenía que ser uno recién fundado. Fue una suerte que Klaus Ulbricht, el jefe de mi grupo de trabajo en el instituto, pensara de forma similar a la mía.

Así que nos pusimos en marcha y asistimos a un acto organizado en Treptow, quizás a finales de noviembre, no recuerdo la fecha exacta, por el SDP, el SPD de Alemania Oriental. Por lo que recuerdo, se trató principalmente de cómo reorganizar la política local. En cambio, se habló poco de la reunificación alemana. Klaus Ulbricht estaba entusiasmado y decidió afiliarse al SDP. Más adelante, de 1992 a 2006, se convirtió en alcalde del distrito de Treptow-Köpenick. Le dije:

—No lo veo claro; creo que no es lo que busco. Quiero seguir investigando y conocer otros partidos.

Se mostró comprensivo y respondió:

—Ahora esa es la novedad, que hay diversidad. Y está muy bien que ambos lo vivamos en nuestra propia piel.

Esta conversación —al fin y al cabo, entre un superior y su colaboradora— me hizo muy feliz.

Estábamos en una nueva era. Seguí adelante.

Ya no sé muy bien a quién oí hablar por primera vez de Despertar Democrático (DA). Pudo ser mi hermano o Günter Nooke, un amigo de mi hermano, que tras la reunificación alemana fue, entre otros cargos y durante un tiempo, diputado del Parlamento del estado de Brandeburgo y del Bundestag. Aunque sí recuerdo perfectamente que lo que me contaron del DA me interesó enseguida. Así que a principios de diciembre de 1989 me dirigí a la Marienburger Strasse 12/13

de Prenzlauer Berg, donde se encontraba la sede del partido.

El DA fue fundado el 1 de octubre de 1989 como una coalición. En aquel momento, pocos días antes del cuadragésimo aniversario de la RDA, el Servicio de Seguridad del Estado estaba decidido a impedir su creación por todos los medios. Alrededor de ochenta activistas de derechos humanos y civiles se reunieron en la iglesia Samaritana de Berlín Este y acordaron acudir al domicilio particular del teólogo Ehrhart Neubert, situado en la actual Torstrasse, entonces la Wilhelm-Pieck-Strasse. Al Servicio de Seguridad del Estado le llegó la noticia del encuentro y envió algunos agentes, que rodearon el acceso a la casa de Neubert. Al final, únicamente diecisiete personas lograron entrar. Estos diecisiete activistas, entre ellos Günter Nooke, fundaron el DA. En aquel momento —aún era la época anterior a la caída del Muro—, el objetivo del DA era la reorganización democrática del socialismo.

Cuando en diciembre de 1989 me uní al DA, se trabajaba a toda marcha en los preparativos finales para convertir el movimiento en un partido nuevo. El congreso fundacional del DA tuvo lugar los días 16 y 17 de diciembre en Leipzig. La sede central de la coalición en Berlín era un hormiguero. Por pura casualidad fue Günter Nooke, que me reconoció, quien me recibió cordialmente.

—¿Puedo ayudar de alguna manera? —le pregunté.

—Si quieres involucrarte en política —me respondió—, pásate por una de nuestras reuniones en la Christburger Strasse 47. Solemos reunirnos en el local de Solidaridad Popular. No obstante, antes de eso puedes ayudarnos aquí. ¿Ves las cajas del fondo? Dentro hay ordenadores. Los recibimos como donaciones de Occidente. ¿Puedes desembalarlos y dejarlos listos para usar?

—¡Pues claro que sí, encantada! —respondí y me puse manos a la obra. Disponía de todo el tiempo que quería porque la asistencia a la academia ya no estaba estrictamente controlada.

En uno de mis primeros días en Marienburger Strasse conocí a Hans-Christian Maaß, entonces portavoz de prensa de Jürgen Warnke, de la CSU, ministro federal de Ayuda al

Desarrollo, con quien visitaba la sede del DA. Maaß, un hombre grande y alto, miró a nuestro alrededor y me gritó:

—¿Qué caos es este? ¿Y usted qué hace aquí? ¿Pertenece al equipo?

—No, soy de la academia —respondí, pero tan titubeante que no me entendió, y me replicó:

—¿De dónde?

—De la Academia de Ciencias —respondí, ahora con voz un poco más firme—. Estoy desempaquetando ordenadores.

—¡Pues adelante! —gritó.

Y tuve la impresión de que a pesar de su vozarrón, por no decir su tono autoritario, era de buen corazón. Su implicación parecía genuina.

—¿Está siempre aquí? —me preguntó.

—No, mañana tengo que volver al trabajo —le expliqué.

Resultó que Hans-Christian Maaß, nacido en 1950, hijo de pastor como yo, había crecido en la RDA y en los años setenta había intentado huir, pero fracasó. Acabó en prisión y finalmente la RFA compró su libertad. Antes de trabajar en la Administración federal había ocupado un cargo en el Ministerio de Cultura de la Baja Sajonia, donde sus responsabilidades incluían la educación de adultos. En aquella época, a veces tenía la impresión de que él hubiera preferido intercambiarse conmigo y con el resto de nosotros. Para él, era como volver a casa. Tenía un instinto infalible para las oportunidades únicas en épocas de cambio. Maaß nos familiarizó con

los fundamentos más importantes de las relaciones públicas y la comunicación, así como con la estructura de la RFA, los partidos, el Bundestag y el Bundesrat y mucho más. También ofreció un seminario de fin de semana en la Academia Hermann Ehlers de la Knesebeckstrasse, en Berlín Occidental, al que asistimos algunas personas. Fue un curso intensivo para principiantes en política. No nos imaginábamos que más tarde nuestros caminos volverían a cruzarse en un lugar completamente distinto. Aún hoy, Hans-Christian Maaß y yo seguimos en contacto.

En el congreso del DA en Leipzig, Wolfgang Schnur, un abogado de Rostock, fue elegido presidente, sobre todo porque a diferencia de la mayoría de los miembros de Despertar Democrático no era teólogo de profesión. El programa del DA se abrió con el título «Programa de Despertar Democrático: social y ecológico. Libertad-justicia-solidaridad». Sin embargo, antes, durante y después del congreso del partido tuvieron lugar debates fundamentales sobre la dirección política del partido: ¿Debía procederse a una rápida reunificación de Alemania junto con un acercamiento a las políticas de la CDU de Alemania Occidental? ¿O con el objetivo a largo plazo de la unificación de los dos Estados alemanes debía tomarse un camino independiente más orientado a una reforma del socialismo? Estas dos cuestiones fueron objeto de debate. Debemos tener en cuenta el ambiente político de aquellos momentos: dos días después del congreso fundacional del DA, el 19 de diciembre de 1989, en Dresde se reunieron el canciller federal, Helmut Kohl, y el presidente del Consejo de Ministros de la RDA, Hans Modrow.

Firmaron una declaración de intenciones para una comunidad contractual entre los dos Estados alemanes. Como colofón, Helmut Kohl pronunció un discurso ante las ruinas de la Frauenkirche de Dresde. Miles de personas acudieron a escucharle. Vi el discurso por televisión en Berlín.

Helmut Kohl gritó a la multitud: «Mi objetivo sigue siendo, si el momento histórico lo permite, la unidad de nuestra nación».

Recordé de inmediato las frases que pronunció dos años antes, el 7 de septiembre de 1987, en su discurso de sobremesa durante la visita de Erich Honecker a Bonn:

«El preámbulo de nuestra Constitución no admite discusión, porque refleja nuestras convicciones. Quiere una Europa unida y llama a todo el pueblo alemán a alcanzar la unidad y la

libertad de Alemania mediante la libre autodeterminación». En 1987, Kohl añadió que en la actualidad «esto no figura en el orden del día de la historia mundial». Sin embargo, poco más de dos años después, los habitantes de Dresde coreaban: «¡Unidad, unidad, unidad!».

No podían haber expresado su deseo con más fuerza y decisión. La reunificación alemana ocupaba un lugar destacado en el orden del día. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Celebré la Navidad de 1989 y el cambio de año con Joachim en Hohenwalde y visité a mi familia en Templin. También allí todas las conversaciones giraban en torno a los acontecimientos en la RDA. Durante el otoño, mi padre había participado activamente en los actos por la paz que organizó la iglesia local. Hizo campaña a favor de una reforma radical de la sociedad de la RDA y también participó en la disolución del Servicio de Seguridad del Estado en Templin. Aunque mi padre no llegó a afiliarse, según nos contó sentía debilidad por los movimientos de oposición Democracia Ahora y Nuevo Foro. No tenía mucha fe en la rápida unidad de Alemania. Mi hermano pensaba de forma similar, y durante un tiempo estuvo afiliado a la Bündnis 90 (Alianza 90). Mi hermana militó durante un breve período en el partido de los socialdemócratas de la RDA. Mi madre también simpatizaba con este partido, y tras la reunificación, en 1990 se afilió al SPD y descubrió su pasión por la política local. Se presentó con éxito al Consejo del Distrito de Templin, que en la primera legislatura, entre 1990 y 1994, la eligió como presidenta,

con lo que logró evidenciar el reconocimiento del que disfrutaba en su entorno. En aquella época, a veces me acordaba de las airadas palabras de mi madre poco antes de que hiciera mis exámenes de bachillerato en 1973. No dejábamos de ser una familia muy politizada y combativa.

A la vuelta de las vacaciones de Navidad, empecé a interesarme mucho por la lucha interna por el liderazgo en Despertar Democrático. Acudía a las reuniones de la Christburger Strasse y escuchaba con atención los acalorados debates. Giraban principalmente en torno a dos cuestiones fundamentales. Algunos decían, entre ellos muchos miembros fundadores del DA: «No podemos tomarlo todo de la República Federal ni simplemente pasar a formar parte de ella, sino que debemos aprovechar la oportunidad de seguir nuestro propio camino. Para ello necesitamos una nueva Constitución». Y los otros argumentaban: «Retrasarlo no nos ayudará. La economía de la RDA está irremediablemente en ruinas. Tenemos que hacer campaña por una rápida reunificación y apostar por la economía social de mercado, el sistema económico de la República Federal». En mi interior estaba de acuerdo con estos últimos. Por lo que estaba sucediendo sentía que había llegado la hora de la verdad: tal como yo la veía, la RDA no podía reformarse, había que reconstruirla partiendo de cero. La creencia en una tercera vía era una ilusión. No me convencía que la República Federal también tuviera que empezar de nuevo. No veía ninguna razón para ello.

A principios de enero de 1990, los partidarios de una rápida reunificación alemana se impusieron, la minoría abandonó Despertar Democrático y se integró en otros grupos de la oposición. Esto también allanó el camino para un acercamiento programático entre el DA y la CDU occidental. Al escribir este libro, he podido leer en las notas de prensa de la época que el 23 de enero de 1990 fui elegida portavoz de prensa de la agrupación de Berlín del DA. Para ser sincera, no guardo ningún recuerdo de ello. Sin embargo, lo

demuestran las fotografías en la firma posterior para la integración de la agrupación de Berlín en la «Alianza por Alemania».

En los preparativos de las elecciones a la Cámara Popular, desempeñó un papel decisivo la

igualdad de oportunidades entre los partidos existentes y los recién fundados. En diciembre de 1989, la Mesa Redonda Central ya había exigido que a los movimientos de derechos civiles se les concediera como mínimo espacios y herramientas para poder desarrollar su trabajo. El Consejo de Ministros de la RDA decidió poner a disposición de esos movimientos de derechos civiles el antiguo edificio de la jefatura de distrito del SED de la Friedrichstrasse 165, en Berlín-Mitte. Aquel edificio se convirtió así en la Casa de la Democracia. El DA también se trasladó allí y tuvo unas condiciones de trabajo mucho mejores que en la anterior sede de la Marienburger Strasse.

El 28 de enero de 1990 se fijó la fecha para las elecciones a la Cámara Popular, las primeras elecciones libres de la RDA: 18 de marzo de 1990. Para apoyar al DA en la campaña electoral, aproveché la oportunidad para solicitar una excedencia en mi trabajo en la academia a partir del 1 de febrero. Así que el 1 de febrero de 1990, un jueves, empecé a trabajar para el DA en la Casa de la Democracia. En aquel momento aún no sabía que el miércoles 31 de enero de 1990 había sido mi último día de trabajo regular en el ZIPC, el Instituto Central de Química Física. Regresé solo una vez más para recoger mi escritorio.

UNA CAMPAÑA ELECTORAL ESPECIAL

Durante mi primer día de trabajo en la Casa de la Democracia tuve la impresión de que la situación en Despertar Democrático seguía siendo bastante caótica. Había entre diez y quince empleados a tiempo completo y mucha buena voluntad. Muchos alemanes occidentales habían acudido a ayudar. Había que organizar la

campana electoral. Había que responder a las preguntas de la prensa nacional e internacional. Sin embargo, era incapaz de reconocer una jerarquía organizativa clara y solo quedaban cuarenta y seis días para las elecciones. En esta oficina diáfana, la mayor parte del trabajo se organizaba sobre la marcha, lo cual me pareció de lo más ineficaz.

En consecuencia, tres días después de empezar a trabajar se nos presentó un problema: Wolfgang Schnur había concertado dos citas a la misma hora. Una de ellas era una rueda de prensa con un grupo de periodistas de Alemania Occidental que querían informarse sobre el DA.

Ya no recuerdo el motivo ni el tema de la otra cita. Solo recuerdo que las dos coincidían en el tiempo, que varios colaboradores intentaban convencer a Schnur para que se decidiera por una de ellas y que el tiempo apremiaba. Él no estaba en condiciones de hacerlo, sino que se entretuvo en la cuestión de quién tenía la culpa del desaguisado.

Escuché la discusión sin querer. Pensé que la cita con los periodistas era importante. Sin que me lo pidieran le dije:

—Para que no salga perjudicada la imagen del DA, debería reunirse con los periodistas.

Me contestó algo nervioso:

—Entonces, acuda usted a la cita.

Le devolví incrédula la mirada y le pregunté:

—¿Cómo piensa que voy a hacerlo? No puedo plantarme allí sin más, se trata de periodistas experimentados y conocidos. Cuando haga una declaración política sentirán que les estoy tomando el pelo.

Schnur se lo pensó un momento y dijo:

—La nombro portavoz de prensa del DA.

Me quedé boquiabierta. No era lo mismo hablar en nombre de todo el partido que ejercer únicamente como portavoz en Berlín. Sin embargo, los presentes aplaudieron la decisión de

Schnur. Estaban contentos de haber encontrado una solución al problema. El portavoz de prensa solía estar casi siempre en Leipzig y rara vez acudía a Berlín, donde se le necesitaba. Schnur no admitió réplica:

—Ahora es la responsable y debe acudir a esta rueda de prensa.

Pensé que no todos los días se recibe una oferta así y la acepté.

El encuentro con el grupo de periodistas tuvo lugar en un hotel cercano a la Alexanderplatz de Berlín. Cuando les expliqué que acudía en representación de Wolfgang Schnur como portavoz de prensa recién nombrada de Despertar Democrático, los cerca de cuarenta asistentes me miraron consternados. Las primeras preguntas parecían bastante malintencionadas: ¿Por qué el DA no se integra de inmediato en la CDU? ¿Qué importancia especial cree tener el DA? ¿Qué espera conseguir el DA si se mantiene independiente? El toma y daca se alargó un rato. Mantuve la calma y la cordialidad, y expliqué las cosas como las veía. Tuve la impresión de que, de alguna manera, al final de la conferencia de prensa nos habíamos reconciliado. Pero, sobre todo, sentí que ya tenía un trabajo de verdad. Podía organizar mi propio espacio laboral. Eso me animó.

Me puse manos a la obra. En la medida de mis posibilidades, en las semanas siguientes intenté hacer frente a la avalancha de consultas procedentes del país y del extranjero. Cuando tenía que acudir a encuentros fuera de la sede, contaba con la ayuda de un estudiante que me llevaba por Berlín en un VW Polo.

Sin embargo, en aquellos días, políticamente se tomó una decisión mucho más importante. La CDU occidental meditaba cuál de los nuevos partidos podía tomar en consideración para cooperar junto al que consideraba su socio natural, la CDU oriental. Las disputas sobre la orientación política del DA fueron seguidas de cerca por la Casa Konrad Adenauer, la sede federal de la CDU en Bonn, sobre todo por el entonces secretario general, Volker Rühle. Después de que la situación en Despertar Democrático cambiara y el partido se inclinara más hacia el programa de la CDU —es decir, una reunificación alemana por la vía rápida y una economía social de mercado—, la Casa Adenauer entró en contacto con el partido, así como con la Deutschen Sozialen Union (DSU, Unión Social Alemana), cuyo presidente era Hans-Wilhelm Ebeling. La DSU estaba muy unida a la Christlich-Sozialen Union in Bayern (CSU, Unión Socialcristiana de Baviera), el partido hermano de la CDU, y era particularmente fuerte en el sur de la RDA. De cara a las elecciones a la Cámara Popular, la CDU de Alemania Occidental desarrolló la idea de forjar una llamada Alianza por Alemania. A pesar de lo lógico del empeño, fue difícil llevarlo a la práctica. No en vano había gente, como era mi caso, que había fundado nuevos partidos o se había afiliado a ellos. Por muy comprensibles que fueran los motivos de muchos para afiliarse a un partido, como por ejemplo poder profesar su cristianismo mediante la pertenencia a la CDU, no queríamos convertirnos precisamente en miembros de uno de los partidos del Bloque* que bajo el paraguas del llamado Frente Nacional, junto con el SED y sus organizaciones de masas, habían marcado ideológicamente la RDA. No creíamos en una CDU

oriental renovada. Aparte de que la CDU oriental tenía el mismo nombre que la CDU occidental, no creíamos que fuera posible construir un Estado con ella.

Queríamos ser independientes, pero también teníamos que reconocer que mucha gente veía en el canciller Kohl la mejor oportunidad de lograr la rápida reunificación alemana. Era probable

que el votante identificara la papeleta electoral de la CDU más con Helmut Kohl que con la CDU

de la RDA. Además teníamos la convicción de que Despertar Democrático podía brillar gracias a la Alianza por Alemania. Aunque desde el punto de vista de la CDU occidental, también resultaba bastante atractivo contar como socios, aparte de la CDU oriental, con partidos surgidos de movimientos de derechos civiles y no apoyarse únicamente en el antiguo partido del Bloque,

que se había transformado, pero que seguía basándose en las estructuras del pasado.

Las conversaciones sobre la Alianza, en las que no participé personalmente, fueron un proceso arduo. El DA puso las condiciones para presentarnos de forma independiente a las elecciones de la Cámara Popular, disponer de nuestros propios asesores de Bonn y no tener que trasladarnos de la Casa de la Democracia a la sede de la CDU oriental en Gendarmenmarkt.

Desde el punto de vista de la CDU occidental, se trataba de unas condiciones ridículas. Desde el punto de vista del DA, eran importantes para dejar claro a la CDU occidental que nos diferenciábamos de la CDU oriental. Como observadora de los acontecimientos, mi impresión fue que Helmut Kohl y Volker Rühle utilizaron todas sus habilidades negociadoras para lograr la Alianza.

El momento llegó el 5 de febrero de 1990. En una reunión con Helmut Kohl, Lothar de Maizière (CDU oriental), Hans-Wilhelm Ebeling (DSU) y Wolfgang Schnur (DA) se llegó al acuerdo de presentarse a las elecciones de la Cámara Popular como Alianza por Alemania. A partir aquel momento, la campaña electoral se puso realmente en marcha. Ahora, los mítines de la RDA en los que participaba Helmut Kohl eran mítines de la Alianza por Alemania. Se esperaba que a cada uno de ellos acudieran decenas de miles de personas. Solo en Erfurt lo hicieron unas cien mil.

Ahora se trataba de dejar claro qué defendería Despertar Democrático en un futuro gobierno de la RDA. Mi socio para ello era el secretario general del DA, Oswald Wutzke, un pastor de Gartz (Oder), en el Uckermark. Después de que el congreso fundacional del partido en Leipzig decidiera no elegir un secretario general, Wolfgang Schnur lo nombró en enero de forma tan espontánea como a mí. Juntos, apoyados por Claus Detjen, editor y periodista de Alemania Occidental, editamos el periódico *Der Aufbruch. Zeitung für demokratische Erneuerung heraus* ('El despertar. Periódico para la renovación democrática'). Todo eso nos supuso mucho trabajo.

También publicamos una serie de octavillas, una de ellas con el encabezado «Despertar Democrático exige la desestalinización de la RDA». También firmé el primer artículo de mi vida para el DA. Se publicó el 10 de febrero de 1990 en el *Berliner Zeitung*. Allí expuse mis argumentos a favor de la economía social de mercado; es decir, la importancia de la libre competencia y el papel del Estado. El texto terminaba con las siguientes palabras: «El DA quiere crear en la sociedad las condiciones en las que merezca la pena utilizar las propias capacidades».

La redacción del *Berliner Zeitung* no se dio cuenta de que con las prisas, yo había convertido a Alfred Müller-Armack y Franz Böhm, dos de los padres fundadores de la economía social de mercado, en A. Müller-Arnau y F. Böhlen. Sin embargo, lo más importante es que fue la primera vez

que

formulé

públicamente

mis

convicciones

políticas.

Fue

una

sensación

extraordinariamente positiva.

Un día de mediados de febrero de 1990, Wolfgang Schnur entró en mi despacho acompañado de un hombre, me lo presentó y me explicó que ese periodista cualificado se convertiría en su sombra durante toda la campaña de las elecciones a la Cámara Popular. Me quedé consternada, porque temía que nuestras conversaciones internas llegaran directamente a la prensa. Por supuesto, como él mismo declaró en repetidas ocasiones, pensé que Schnur estaba dispuesto a lo que fuera para convertirse en presidente de la RDA. Pedí verme con él en privado e intenté convencerle de que cambiara de opinión:

—Un partido necesita su propio espacio para la toma de decisiones. No puedo expresar mis críticas en presencia de este hombre. No voy a hacerlo. Y, por cierto, no creo que su prioridad sea trabajar solo en nuestro beneficio.

—Es evidente que usted puede seguir contándome las cosas importantes en privado —rebatí Schnur.

No me sentía satisfecha, pero no insistí más. De todos modos, las conversaciones con él siempre eran difíciles. Era el tipo de persona que no miraba directamente a los ojos, sino que solía mirarte de soslayo, algo que me parecía muy irritante. Pero al menos había dejado claro mi punto de vista; por el momento, no podía hacer más.

La campaña electoral fue tomando fuerza, y por mi parte puse todo mi empeño. A principios de marzo empezaron a intensificarse los rumores de que Schnur había sido un colaborador informal del Servicio de Seguridad del Estado, unos rumores que circulaban desde principios de año.

Schnur negó con vehemencia las acusaciones y proclamó su inocencia. Por aquel entonces, yo no sabía que con motivo de un mitin el 6 de marzo en Magdeburgo, miembros del DA de Rostock ya habían intentado informar a Helmut Kohl de que en su ciudad se habían encontrado expedientes de la Stasi sobre Schnur. No llegaron a reunirse con Kohl, pero informaron a sus asesores. Sin embargo, la CDU occidental no abordó la cuestión con la seriedad que requería, sino que cuando se trataba de Schnur y de las sospechas de que hubiera colaborado con la Stasi, dio siempre la misma respuesta: «Wolfgang Schnur ha negado rotundamente las acusaciones.

Nosotros le creemos. ¿A quién creéis vosotros? ¿Al presidente de vuestro partido o a la documentación de la Stasi? La vida en la RDA os ha vuelto demasiado desconfiados. Confíad en nosotros». Aquello me pareció indignante. Empezaba a sospechar que unos diez días antes de las elecciones a la Cámara Popular, la CDU occidental actuaba según el lema «No puede ser, lo que no se puede consentir». *El drama siguió su curso.

El 14 de marzo, Schnur convocó una nueva rueda de prensa para hablar de las acusaciones en su contra. Oswald Wutzke, Rainer Eppelmann y Fred Ebeling, los dos últimos miembros fundadores del DA (y, en el caso de Eppelmann, también ministro sin cartera en el gabinete de Modrow), habían viajado poco antes a Rostock para inspeccionar *in situ* los expedientes, y habían regresado con pruebas abrumadoras en contra de Schnur como colaborador informal de la Stasi.

El día anterior a la conferencia de prensa prevista, nos sentamos en *petit comité* a la mesa de conferencias de nuestro despacho de la

Casa de la Democracia con Eppelmann, Wutzke, Ebeling y algunos otros miembros del DA para analizar cómo proceder. También consideramos la presunción de inocencia, un principio democrático muy importante. No permitimos que los representantes de la CDU occidental presentes en el edificio participaran en nuestra reunión. Nos habían vuelto locos con sus constantes acusaciones de que éramos demasiado suspicaces. Así que hablamos entre nosotros, los alemanes orientales, y llegamos a la siguiente conclusión: si al día siguiente Schnur se mantenía en sus trece de que nunca había trabajado para el Servicio de Seguridad del Estado, seguiríamos creyéndole. Pero si cancelaba la conferencia de prensa prevista, entonces sabríamos que algo no iba bien. Abandonamos la reunión con esa convicción.

Era bien pasada la medianoche.

La noche se me hizo corta. A las ocho y media de la mañana había convocado una rueda de prensa con cerca de una decena de periodistas para dar a conocer la opinión del DA acerca del futuro de la Comunidad Europea. Expuse mis ideas. De repente, alguien entró y pidió al representante de la Agencia Alemana de Prensa (la dpa) que se pusiera de inmediato al teléfono.

Abandonó la sala, y yo continué. Al poco rato, regresó, se sentó y me interrumpió:

—¿Sabe que en estos momentos el presidente de la CDU de Berlín Occidental, Eberhard Diepgen, y otro representante de la CDU occidental están sentados junto a la cama de Wolfgang

Schnur en el hospital de St. Hedwig, en la Grosse Hamburger Strasse de la zona oriental de la ciudad, y que Schnur les ha confesado por escrito que durante décadas trabajó como colaborador informal del Servicio de Seguridad del Estado?

Eso no fue todo.

—¿Y sabe que a las once, Eberhard Diepgen dará una conferencia de prensa en la sede de la CDU de Berlín Occidental?

No, no estaba al corriente. Sentí que perdía pie. Aunque en realidad me había preparado para esto. Los demás periodistas también conocían los rumores sobre la colaboración informal de Schnur con la Stasi, pero para mí era una sensación completamente nueva ver cómo un hecho pasaba de ser una posibilidad teórica a ser una certeza, situación que en el futuro experimentaría en muchas ocasiones. Sin embargo, tuve que asegurar a los periodistas allí presentes que no les había engañado y que de verdad no sabía nada de los acontecimientos de la mañana. Fue tan devastador como embarazoso. Estaba disertando sobre el DA y la Comunidad Europea, y al mismo tiempo Schnur les confesaba a los representantes de la CDU occidental que había colaborado con el Servicio de Seguridad del Estado. Era evidente que para él, nosotros, los de Despertar Democrático, éramos lo último en lo que pensaba. Nosotros, que estábamos tan orgullosos de nuestra independencia, no contábamos para nada. Y tampoco nadie de la CDU

occidental se sintió obligado a informarnos. Lo hizo un periodista de la dpa. Me sentí profundamente avergonzada, pero también tuve que actuar con rapidez. Así que di por finalizada la rueda de prensa y me apresuré a entrar en mi despacho. Apenas había nadie en el edificio. Los responsables políticos estaban haciendo campaña en alguna parte. Solo faltaban cuatro días para las elecciones. Decidí ir a Berlín Occidental, a la sede de la CDU en Lietzenburger Strasse. Por suerte tenía un chófer, así que durante el trayecto pude prepararme.

Cuando poco después de las diez llegué a la sede de Berlín Occidental, ya desde lejos pude oír la voz de una mujer que gritaba por teléfono:

—¡Necesito contactar con el señor Eppelmann! ¡De inmediato!
¡Eppelmann, Rainer Eppelmann!

Comprendí que la CDU occidental quería informarle de la situación. Eppelmann estaba de campaña en algún lugar de Turingia. En aquella época no teníamos teléfonos móviles ni teléfonos de coche. Desde la sede habían intentado que la policía municipal localizara a Eppelmann para que les devolviera la llamada. Poco después supe que lo habían conseguido, pero que él se negaba a hablar con la sede de la CDU de Berlín Occidental. Les dijo que si querían saber algo de él relacionado con Schnur, debían ponerse en contacto con la Casa de la Democracia. Los berlineses occidentales estaban furiosos, pero yo pensaba que no le faltaba razón.

Entré en una sala en la que se habían reunido unas treinta o cuarenta personas que hablaban animadamente entre sí. Es probable que fueran colaboradores de la sede que esperaban la llegada de Eberhard Diepgen. No conocía a nadie, pero tampoco se interesaban por mí. Sin que nadie se diera cuenta, ocupé un asiento y esperé a ver qué pasaba. Todos hablaban de los rumores sobre Schnur.

De repente, la puerta se abrió, y un hombre delgado y de estatura media, de traje y corbata, entró y gritó con una voz clara y penetrante:

—¡Todos los que no tengan nada que ver con esto, que se larguen!

Al momento, la sala quedó medio vacía. Pensé que yo sí tenía mucho que ver con el asunto y permanecí sentada. De nuevo, nadie me dirigió la palabra. El hombre abandonó la sala y poco después regresó con Eberhard Diepgen. En un susurro pregunté a la persona sentada a mi lado:

—¿Quién es la persona que acompaña a Diepgen?

—Thomas de Maizière, un primo de Lothar de Maizière —dijo—. Trabaja como portavoz de prensa del grupo parlamentario de la CDU en la Casa de Diputados* de Berlín.

Por supuesto, en aquel momento no podía haberlo adivinado, pero me llamó la atención una persona con la que pasaría gran parte de mi vida.

Diepgen tomó la palabra y explicó que Schnur había confesado por escrito su colaboración con el Servicio de Seguridad del Estado y que se encontraba hospitalizado a causa de un colapso.

Diepgen había recibido instrucciones de Helmut Kohl para anunciarlo al público a las once en punto. Pude apreciar su excitación, y pensé: «Fíjate, en todas partes cuecen habas».

Sin embargo, volví a sentirme avergonzada. La cabeza estaba a punto de explotarme: Schnur, Kohl, Diepgen, Berlín Occidental, CDU, elecciones... ¿Y dónde está Despertar Democrático?

Decidí abandonar el encuentro y regresar enseguida a mi puesto en la Casa de la Democracia para que el DA organizara lo antes posible una conferencia de prensa.

Cuando llegué a la Friedrichstrasse, me enteré de que Rainer Eppelmann estaba de camino a Berlín. Eso me tranquilizó. Nos pusimos de acuerdo sobre la hora de la conferencia de prensa.

Tendría lugar a primera hora de la tarde, pues a Eppelmann le quedaba aún mucho camino por recorrer. Invité a la prensa, y utilizamos una gran sala de la Casa de la Democracia que estaba a disposición de los partidos y grupos que trabajaban allí. El interés fue enorme. Los medios de comunicación intentaron obtener con antelación comentarios míos o de otras personas. Era un edificio abierto al público, y no podía abandonar la sala sin cruzarme en el pasillo con periodistas curiosos. Me atrincheré. Tenía que redactar una declaración. Como portavoz de prensa me sentía responsable. Estaba demasiado alterada como para pensar con claridad. Muy angustiada, llamé a Joachim a la academia y le describí la situación. Se mantuvo tranquilo, y me dictó una magnífica declaración que

presenté a Rainer Eppelmann tras su llegada a Berlín. Eppelmann la aprobó.

Teníamos una base para la conferencia de prensa. Además de nosotros dos, nos acompañó Bernd Findeis, vicepresidente del DA. Yo presidí el acto. Durante mucho tiempo fue la conferencia de prensa más relevante en la que participé de manera activa. Rainer Eppelmann aprovechó la ocasión para dejar claro que estábamos horrorizados con el proceder de nuestro presidente Schnur y que lo rechazábamos rotundamente. Sin embargo, para todos los que trabajábamos con honradez supuso una catástrofe absoluta. Poco antes de que se celebraran las primeras elecciones libres a la Cámara Popular, la larga sombra del Servicio de Seguridad del Estado nos había alcanzado de nuevo.

El 18 de marzo de 1990, el día de las elecciones, Joachim y yo nos reunimos a última hora de la tarde con Rainer Eppelmann, Andreas Apelt, también miembro fundador y presidente regional berlinés del DA, y con otras personas. Según puedo recordar, fue o bien en la Christburger Strasse o en el restaurante Zur Mühle de Prenzlauer Berg. En cualquier caso, esperábamos ansiosos los resultados de las elecciones, pues había mucha incertidumbre sobre cuál sería el partido más votado. Como muy pocas personas tenían teléfono en casa, los sondeos eran poco fiables. Por supuesto, también nos preocupaba cómo le iría a Despertar Democrático en relación con la CDU y la DSU. Menos mal que solo nos reunimos los militantes del DA, porque tras el cierre de la votación, los sondeos nos auguraban un desastroso 0,9 % de los votos. Fue una enorme decepción. Nos dimos cuenta con rapidez de que este resultado no se explicaba solo por la revelación de Schnur, sino que tenía que ver con la atracción de Helmut Kohl como canciller de la RFA. Al final, la CDU obtuvo un 40,8 % de los votos, la DSU un 6,3 % y nosotros, tal como se predijo en el primer sondeo a pie de urna, un 0,9 %.

Por una parte, nos alegraba que la Alianza por Alemania hubiera sido claramente la fuerza más votada, ya que los socialdemócratas, ahora

rebautizados como SPD, solo obtuvieron un 21,9

%; el partido sucesor del SED, el Partei des Demokratischen Sozialismus (PDS, Partido del Socialismo Democrático), un 16,4 %; la Bund Freier Demokraten (BFD, Alianza de Demócratas Libres), un 5,3 %; la Alianza 90, una coalición de varios movimientos por los derechos civiles, un 2,9 %; el Demokratische Bauernpartei Deutschlands (DBD, Partido Democrático Campesino de Alemania), un 2,2 %; y Grünen/UFV (Verdes/Asociación de Mujeres Independientes), un 2,0

%. En conjunto, el voto fue abrumadoramente a favor de la rápida unidad de Alemania. Por otro parte, nos pareció que el resultado obtenido no le hacía justicia a nuestro papel en la Alianza por Alemania. Además de transmitir nuestras felicitaciones, queríamos hacérselo saber a los ganadores, y por eso acudimos a la fiesta electoral de la CDU, que se celebró en la cantina Ahornblatt, en la Gertraudenstrasse/Ecke Fischerinsel. Como es natural, el ambiente allí era espléndido. Lothar de Maizière, su presidente, iba a ser el próximo primer ministro. Se le festejaba en consecuencia.

Corrí a los brazos de Thomas de Maizière. Me dijo:

—Por supuesto que es estupendo que la Alianza se haya hecho tan fuerte. Pero lo siento por vosotros.

Había recuperado la compostura y le dejé un mensaje:

—Nos hemos convertido en la tapadera de la CDU oriental. Aunque hoy hayamos obtenido un resultado electoral desastroso, por favor, no lo olvidéis a la hora de formar gobierno.

A continuación, nos trasladamos al palacio de la República, donde se había centralizado la cobertura de las elecciones. Había un enorme interés por parte de la prensa nacional e internacional. Eran las primeras elecciones libres en la RDA. En cuanto entró en el palacio, Lothar de Maizière se vio engullido por la masa. Yo pensaba que en

cualquier momento podrían darle con una cámara en la cabeza o empujarlo y pisotearlo. Thomas de Maizière intentó protegerle un poco. Más tarde aprendimos a lidiar con situaciones así. La situación me pareció simplemente indigna.

También hubo algunas escenas curiosas. Günther Maleuda, presidente del DBD (Partido Democrático Campesino), pasó a mi lado. Nunca le había visto tan de cerca. Calzaba unos zapatos gris claro de la marca Salamander, muy comunes entre los funcionarios de la RDA.

Regresaban los viejos tiempos. Nosotros calificábamos a la coalición del DBD como el Partido de los Melones: verdes por fuera y rojos por dentro. Entonces no sabía que solo tres meses después el DBD entraría a formar parte de la CDU.

Pronto quedó claro que el DA y, por lo tanto yo, no teníamos nada que decir allí. Me fui a casa con Joachim. La tarea de formar gobierno recaía en la Alianza por Alemania, y dentro de esta, en la CDU. La Alianza había obtenido 192 de los 400 escaños de la Volkskammer (Cámara Popular), y el DA había obtenido cuatro de ellos. Sin embargo, la Alianza necesitaba un socio.

Al día siguiente de las primeras elecciones libres a la Cámara Popular en la RDA, el SPD

occidental tenía cosas más importantes que hacer que ocuparse de formar gobierno en la RDA.

Eligió al ministro presidente del *Land* del Sarre, Oskar Lafontaine, como candidato a canciller.

Hay que tener en cuenta que las últimas elecciones generales al Bundestag habían tenido lugar en enero de 1987, y que el período legislativo de cuatro años habría finalizado, como muy tarde, en enero de 1991. Por lo tanto, en términos de calendario no era del todo descabellado elegir un candidato a canciller un año antes. No

obstante, el SPD podría haber esperado otras dos o tres semanas. Al fin y al cabo, era el partido cuyo presidente de honor, Willy Brandt, había demostrado contar con olfato para los momentos históricos con la frase que pronunció en una

entrevista radiofónica en el programa *SFB-Mittagsecho* frente al ayuntamiento de Schöneberg al día siguiente de la caída del Muro: «Ahora crece junto lo que pertenece al mismo tronco».

Poco después, el SPD oriental corrió la misma suerte que el DA. Ocho días después de las elecciones, Ibrahim Böhme, su presidente, se apartó de su cargo a causa de las acusaciones de haber colaborado con el Servicio de Seguridad del Estado. A principios de abril de 1990 dimitió de todos sus cargos. El 2 de abril, a pesar de su decepción por el resultado electoral, la presidencia y los miembros del grupo parlamentario del SPD oriental declararon su voluntad de entablar negociaciones con la Alianza por Alemania para formar una coalición de gobierno. El 5

de abril se constituyó la Cámara Popular y Sabine Bergmann-Pohl, médica y miembro de la CDU oriental, fue elegida presidenta del Parlamento. Las negociaciones de coalición entre la Alianza para Alemania, el SPD y la Bund Freier Demokraten (Alianza de Demócratas Libres) avanzaron con rapidez y concluyeron menos de cuatro semanas después de las elecciones a la Cámara Popular. Matthias Gehler, teólogo y periodista del *Neue Zeit*, se convirtió en portavoz del gobierno.

En algún momento recibí una oferta para trabajar como portavoz adjunta en el nuevo gobierno. No recuerdo qué día fue ni quién me hizo el ofrecimiento, pero sospecho que fueron Matthias Gehler o Thomas de Maizière. La propuesta no se basaba en ninguna consideración estratégica particular. En realidad, el cargo le estaba asignado al SPD, pero ellos no nombraron a nadie. El tiempo apremiaba. Estaba encantada con la oferta, pero no pude asumir el cargo durante la toma de posesión del nuevo gobierno del

presidente Lothar de Maizière el 12 de abril de 1990, un Jueves Santo. En la semana anterior a la Pascua, Joachim iba a impartir unas conferencias en Inglaterra, entre otras, en Londres. Me moría por acompañarle y aprovechar también el viaje para visitar a mi prima de Hamburgo, que trabajaba allí como médica. De todos modos, durante las negociaciones de la coalición no tenía nada que hacer. Nunca había estado en Londres, no me parecía bien renunciar al viaje solo porque me iban a nombrar portavoz adjunta del gobierno. Llevaba mucho tiempo deseándolo. Por eso cuando Matthias Gehler me dio el visto bueno para el nuevo cargo, al que no debía incorporarme hasta el martes después de Pascua, mi alegría fue inmensa.

En Londres, Joachim había recibido una invitación de la Royal Institution of Great Britain.

Esta institución se dedica desde 1799 a la divulgación del conocimiento científico y a la investigación científica. Sin embargo, no solo estuvimos allí. Paseamos por Hyde Park, por supuesto nos acercamos al Speakers' Corner, y tuvimos la suerte de asistir a la tradicional representación de Viernes Santo del *Mesías*, de Haendel, en el Royal Albert Hall. Paseamos con mi prima por las numerosas tiendecitas de comestibles con su gran oferta internacional. El mundo entero parecía rodearme. A pesar del trabajo que me esperaba en Berlín, me sentí satisfecha de mi decisión de viajar a Londres.

FRICCIONES Y CONFLICTOS

Desde principios de 1990, el lema que la gente de la RDA coreaba una y otra vez en las calles era: «Si llega el marco alemán, nos quedamos, si no llega, nos marchamos». En consecuencia, el Tratado de Estado sobre la Unión Monetaria, Económica y Social fue también el primer gran proyecto que el gobierno federal abordó con el nuevo gobierno de la RDA que acababa de formarse. A principios de febrero de 1990, Helmut Kohl ya había anunciado que propondría

a la RDA una unión monetaria y económica. La RDA insistía además en una unión social. Había que detener el éxodo de tanta gente de la RDA a Alemania Occidental. En 1989 abandonaron la RDA

casi 350.000 personas. Lo que siguió fue un ambicioso plan: el 23 de abril se hicieron públicos los fundamentos del Tratado de Estado sobre la Unión Monetaria, Económica y Social, el 18 de mayo lo firmaron el ministro de Finanzas Theo Waigel por la República Federal y Walter Romberg por la RDA, y el 21 de junio fue aprobado por el Bundestag alemán y la Cámara Popular de la RDA. El 1 de julio, un domingo, el marco alemán se convirtió también en nuestra moneda. Copresidí como portavoz adjunta del gobierno la histórica conferencia de prensa de los dos ministros de Finanzas. Fue una sensación edificante. No solo adoptamos el marco alemán como medio de pago en unas condiciones de cambio muy favorables. Al mismo tiempo, en la medida de lo posible se uniformizaron el derecho económico, social y medioambiental. Apenas dos semanas antes, el 17 de junio, ya se había decidido la privatización de la propiedad pública por parte de la Treuhandanstalt (Agencia Fiduciaria), el organismo encargado de la privatización de las empresas de la RDA. Eran avances positivos, pero Walter Romberg parecía aún descontento. Le preocupaban las consecuencias de la unión monetaria, como, por ejemplo, un aumento drástico del desempleo. Sopesando los pros y los contras y la acertada preocupación de Romberg, no veía mejor camino que la rápida implantación del marco alemán.

El ritmo de trabajo era muy intenso. También para mí. El 17 de abril, cuando tomé posesión de mi cargo en el antiguo ayuntamiento, sede del Consejo de Ministros, me arrojaron literalmente a los leones. Mi colaboración con Matthias Gehler había sido sencilla y amistosa.

Trabajo no nos faltaba. En esencia, Gehler se encargaba de presentar la labor del gobierno al exterior, por ejemplo, en las conferencias de prensa del gobierno. Si tenía otras obligaciones, yo le sustituía. Cuando se trataba de los cientos de disposiciones

legales que el gobierno de De Maizière tenía que aprobar, me beneficiaba de mi ya legendaria atención al detalle, que me permitía dar respuestas bastante precisas a cuestiones concretas sobre esos proyectos. Por lo demás, me ocupaba de atender las innumerables solicitudes de información de los medios de comunicación y de acompañar en las entrevistas al presidente Lothar de Maizière o a Günther Krause. Este último, nacido en 1953 en Halle an der Saale, miembro de la CDU y con un doctorado en ingeniería civil, ocupaba la Secretaría General de la Presidencia del gobierno de la RDA. Desempeñaba un papel clave en el gobierno.

En virtud de las funciones del presidente del gobierno, trabajábamos con los colaboradores que antes lo habían hecho para el Consejo de Ministros de la RDA. Al menos hasta cierto punto, los asesores occidentales nos enseñaron cómo funcionaba una administración en condiciones democráticas.

Fue entonces cuando volví a encontrarme con HansChristian Maaß y Thomas de Maizière.

Aún recuerdo su reacción ante la decisión del SPD, el 20 de agosto de 1990, de abandonar la gran coalición formada apenas cuatro meses antes. El motivo fueron las profundas diferencias en política financiera y económica entre la CDU y el SPD; a raíz de las cuales el 16 de agosto de 1990, el presidente Lothar de Maizière cesó a varios ministros, entre ellos al ministro de Finanzas del SPD, Walter Romberg. Tras el fin de la coalición el 20 de agosto, tuve que organizar una rueda de prensa a última hora de la tarde.

—Esto tiene que salir en el telediario de las siete —me dijeron—. ¡Tiene que salir como sea!

—¿Cómo vamos a hacerlo bien a estas alturas? Son casi las siete —repliqué molesta.

—Llama y convoca a los periodistas —gritó Hans-Christian Maaß.

—¿Os habéis preparado? ¿Tenéis instrucciones de cómo tratar el tema? —añadió Thomas de Maizière.

Nuestros asesores tenían buenas intenciones, pero pude percibir que también estaban

nerviosos, por no hablar de la presión ejercida desde Bonn. Al mismo tiempo, ellos ya lo sabían todo y nosotros nada. No era fácil dejar claras nuestras preocupaciones y opiniones.

Por supuesto, todos nos enfrentábamos a una tarea hercúlea. En una turbulenta sesión nocturna celebrada el 23 de agosto, la Cámara Popular declaró por abrumadora mayoría «con efecto a partir del 3 de octubre de 1990, la adhesión de la RDA al ámbito de aplicación de la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania de conformidad con el artículo 23 de la Ley Fundamental». Desde el principio, nosotros, el gobierno, tuvimos que regular todo por ley, de tal forma que el día de la reunificación la seguridad jurídica prevaleciera para cada individuo en todos los ámbitos de la vida. Tras cuarenta años de un desarrollo divergente en los dos Estados alemanes, se trataba sin duda de una empresa increíble. En gran medida, las cuestiones de derecho laboral y de pensiones ya se habían normalizado el 1 de julio, pero hubo consecuencias negativas. Siempre se trataba del mismo mecanismo: al principio, mucha gente no conseguía adoptar con la suficiente rapidez el nivel de vida occidental. Una vez introducido, para ciertos segmentos de la población tuvo efectos negativos. Entonces comenzaron las protestas. Un ejemplo fue el impacto de la unión monetaria en los trabajadores agrícolas. Con la introducción del marco alemán, quedaron sujetos de forma automática a la normativa del mercado único europeo. La Comunidad Europea no concedió ningún período de transición. En la RDA, más del 10 % de los trabajadores estaban empleados en la agricultura, frente a menos del 4 % en la República Federal. De repente, el desempleo en las zonas rurales aumentó a toda velocidad.

Estos efectos eran inevitables, si bien muchos intentaron obviarlos de antemano. Y era imposible introducir el marco alemán al mismo tiempo que se atendían todas las inquietudes. El gobierno tuvo que tomar una decisión. Como resultado de ello se produjeron grandes manifestaciones de agricultores.

Y así había muchos otros ámbitos en los que se producían fricciones y conflictos. Sistemas completamente diferentes de pensiones suplementarias y de asistencia sanitaria, de derecho de propiedad, de condiciones para el cuidado de los hijos, de legislación para la interrupción del embarazo. Fueron solo algunos de los muchos temas que desde el primer día mantuvieron ocupado al gobierno de Lothar de Maizière.

Hubo que redactar un segundo tratado de Estado, el Tratado de Unificación. Con él se intentó regular los ámbitos de la política interior no cubiertos por el primer tratado. Por decirlo de alguna manera, desde el pequeño huerto hasta el semáforo. Las negociaciones comenzaron el 6 de julio.

Las dirigieron Wolfgang Schäuble, ministro federal del Interior, y Günther Krause. Formé parte de la delegación de la RDA y fui la responsable del trabajo de prensa.

Allí conocí a Willi Hausmann, nacido en 1942, de Oberhausen, en la región del Ruhr, colaborador de Wolfgang Schäuble. Hausmann fue mi socio en el lado occidental. Era una de esas personas fascinadas por la unidad de Alemania que sabían escuchar, que no pensaban que siempre lo sabían todo, y de trato tranquilo, cercano, cordial, sin aires de grandeza. Me explicó muchas cosas, era capaz de esperar a que yo preguntara y responder con precisión sin hablarme con desprecio. Se creó un vínculo para toda la vida.

Nunca olvidaré cómo se iniciaron las negociaciones. Las delegaciones de la RDA y de la República Federal se reunieron en la Sala del Oso del antiguo ayuntamiento. También asistió a la apertura

de las negociaciones el presidente Lothar de Maizière. Al final de su discurso de bienvenida empezó a cantar la letra del himno de la RDA con la melodía del himno nacional de Alemania Occidental. Durante años solo se nos había permitido tararear la melodía, porque la letra del himno decía: «Resucitados de entre las ruinas, con la vista puesta en el futuro, déjanos

servirte para hacer el bien, Alemania, patria unida. Debemos superar la antigua miseria, y la superaremos unidos, pues hemos de conseguir que el sol, hermoso como nunca antes, brille sobre Alemania». Pude ver cómo los alemanes occidentales presentes se quedaron de piedra, literalmente. Sin aliento. ¿En serio Lothar de Maizière iba a cambiar el himno nacional alemán?

No estaba al corriente, pero, en cualquier caso, pensé que quiso utilizar ese ejemplo para dejar claro que tampoco para los alemanes occidentales debía seguir todo tal como lo conocían, mientras que para nosotros todo cambiaría. Me pareció un planteamiento acertado, aunque al igual que los demás presentes, creo que fue una mala idea utilizar el himno nacional como ejemplo.

Las negociaciones fueron difíciles. A menudo fueron muy emotivas. Algunos temas no se pudieron resolver definitivamente antes de que se firmara el Tratado de Unificación el 31 de agosto de 1990. Entre otros se encontraban las diferentes disposiciones sobre la interrupción del embarazo, las cuestiones relativas a los derechos de propiedad y el tratamiento final de las injusticias del SED. Se produjeron discusiones increíblemente controvertidas sobre la propiedad.

El 15 de junio, en una declaración conjunta sobre la resolución de los temas pendientes referentes a la propiedad, ambos Estados ya habían acordado el principio de la restitución antes que la indemnización, si bien quedaban excluidas las expropiaciones de entre los años 1945 y 1949, que habían tenido lugar sobre la base del derecho de ocupación. No obstante, en repetidas ocasiones, el

Freie Demokratische Partei (FDP, Partido Democrático Libre) puso objeciones a estas expropiaciones sin indemnización. Entre los afectados se encontraban grandes terratenientes con explotaciones de más de cien hectáreas, así como propietarios de explotaciones más pequeñas que por la zona de ocupación soviética y la RDA habían sido considerados criminales de guerra o miembros activos del Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). Al final, Günther Krause no tuvo más remedio que invitar a Klaus Kinkel (FDP), secretario de Estado en el Ministerio de Justicia, a visitar una Landwirtschaftlichen Produktionsgenossenschaft (LPG, cooperativa de producción agrícola). Las LPG eran uniones de cooperativas de agricultores y de sus medios de producción para la producción agrícola colectiva. Krause quería que Kinkel viera por sí mismo un ejemplo práctico de los trastornos que se producirían si se revirtiera la reforma agraria. Me pareció que Klaus Kinkel quedó impresionado con esta visita. Me resultaba difícil entender por qué había que regular al detalle a favor de los antiguos propietarios todas las cuestiones posibles de expropiación, mientras que, por otra parte, casi nadie mostraba la voluntad de compensar los contratiempos a los que a lo largo de toda su vida se había sometido a ciudadanos de la RDA, ya fueran disidentes, víctimas de los desmanes del SED o muchos hijos de pastores. La propiedad fue un tema que nos ocupó a todos durante mucho tiempo y provocó mucha amargura en ambos bandos. Parecía ser intocable. Si como ciudadana de la RDA hacía tan solo una pregunta crítica, se me acusaba de no apreciar la importancia de la propiedad privada. No hablaba en nombre propio, me preocupaba más el planteamiento fundamental de que la justicia significa tratar por igual todas las formas de injusticia. Sin embargo, mis objeciones fueron ignoradas.

A pesar de la controversia, el 20 de septiembre de 1990, tanto la Cámara Popular como el Bundestag aprobaron el Tratado de Unificación, cada uno con una amplia mayoría. En términos de política interior se habían sentado las bases para la unidad del país.

EL MOMENTO ESTELAR DE LA DIPLOMACIA

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, Alemania fue dividida en cuatro zonas de ocupación

por las cuatro potencias vencedoras; es decir, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. El 13 de febrero de 1990, sus ministros de Asuntos Exteriores y sus homólogos de la RFA y de la RDA acordaron iniciar las negociaciones para un «acuerdo dos más cuatro», un tratado entre, por un lado, la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana y, por el otro, Francia, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las potencias vencedoras y también los vecinos de los dos Estados alemanes estaban muy preocupados por el papel que desempeñaría en el futuro una Alemania unificada. ¿Se podía confiar en esa Alemania? Esta cuestión preocupaba sobre todo a Gran Bretaña y Francia. Por el contrario, el presidente estadounidense, George Bush padre, se comprometió apasionadamente a superar esas dudas y resolver con rapidez todas las cuestiones. Entre ellas figuraban el territorio nacional, en particular el trazado de la frontera oriental, el número de efectivos del futuro ejército, la libre elección de la pertenencia a la Alianza Atlántica y, en este contexto, la retirada de las tropas soviéticas. Las negociaciones se iniciaron el 5 de mayo de 1990, y el Tratado sobre el Acuerdo Final con respecto a Alemania se firmó el 12 de septiembre de 1990 en Moscú, en el Hotel Oktyabrskaya. Hoy en día se llama Hotel President y sigue siendo gestionado por la secretaría de la Presidencia rusa.

Acompañé a Lothar de Maizière, que firmaba en representación de la RDA. Asumió también el cargo de ministro de Asuntos Exteriores después de que en agosto el SPD abandonara la gran coalición. Recuerdo que la noche anterior a la firma aún se estaba negociando. La víspera de la firma, Lothar de Maizière me envió a la embajada alemana en Moscú. El ministro federal de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, había invitado allí a los periodistas para un debate.

La razón oficial de mi presencia en esas conversaciones era que queríamos expresar un consenso por parte de los dos Estados alemanes, por lo tanto, yo tenía que estar presente en la reunión. La verdadera razón era que en la parte alemana oriental sentíamos una gran curiosidad por saber cómo argumentaría el acuerdo la parte alemana occidental.

En el transcurso de esas conversaciones sobre el borrador del acuerdo, fui consciente de que si hubiera tenido la oportunidad de dirigirlas, habría desarrollado con más precisión cada una de las disposiciones, incluidos los detalles que aún no se habían aclarado y que se referían en particular a la pertenencia de la Alemania unificada a la OTAN, una cuestión largamente discutida. Solo el 16 de julio, durante la visita del canciller Kohl, el ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, y el ministro de Finanzas, Theo Waigel, al presidente Mijaíl Gorbachov en el Cáucaso, la Unión Soviética dio en principio su acuerdo. Mi sobria visión de las disposiciones individuales del tratado habría sido objetivamente correcta, pero no habría hecho justicia a la dimensión del acuerdo. Durante el debate, Hans-Dietrich Genscher actuó de forma muy diferente. No se detuvo en absoluto en los detalles, sino que consideró el tratado históricamente y describió lo que se había conseguido: una Alemania reunificada con plena soberanía, firmemente integrada en la OTAN y en una Comunidad Europea que se desarrollaría aún más hasta convertirse en una comunidad política; una estructura de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) como núcleo de una construcción de seguridad paneuropea que incluyera a la Unión Soviética; la retirada antes de 1994 de todas las tropas soviéticas del territorio de la que pronto sería la antigua RDA. Explicó que la *glasnost* y la *perestroika* habían hecho posible tal documento, pero también las políticas prudentes y la buena voluntad de todas las demás partes implicadas, mucho más allá de las cuatro potencias vencedoras. Tuve la impresión de estar presenciando un momento estelar de la diplomacia y un momento de felicidad en la historia. Genscher me impresionó, aprendí a explicar los objetivos, dejar claro el panorama

general y enumerar después los detalles, así es como funciona. Me lo tomé muy a pecho para el

resto de mi vida política, aunque, como ya se sabe, no siempre fui capaz de cumplirlo.

Regresé feliz al hotel e informé del estado de ánimo en el lado occidental. Estábamos satisfechos.

Los últimos detalles se resolvieron durante la noche. El miércoles, 12 de septiembre, se estamparon las firmas en un documento histórico que ponía fin a la posguerra alemana. Nada se interponía en el camino para alcanzar la reunificación alemana. Unidad, justicia y libertad: el 3

de octubre de 1990, Alemania se reunificó. En 2011, la UNESCO incluyó el Tratado Dos más Cuatro en el programa «Memory of the World». Ahora, el tratado forma parte de la memoria del mundo.

POR MI PROPIA CUENTA

TRAGAR SALIVA

El 26 de julio de 1990, las comisiones conjuntas para la Unidad Alemana de la Cámara Popular y del Bundestag alemán acordaron la fecha del 2 de diciembre de 1990 para la celebración de las primeras elecciones federales en toda Alemania. Poco antes, la Cámara Popular había decidido que las elecciones estatales para los nuevos estados federales tendrían lugar el 14 de octubre. A partir de los catorce distritos de la antigua RDA, se crearían cinco nuevos estados federales, y Berlín Este y Oeste formarían juntos el sexto. Sería excesivo entrar ahora en las agrias discusiones sobre el día de las elecciones y la ley electoral. Fue un *thriller* en toda regla. Al final, una decisión del Tribunal Constitucional Federal obligó a aplicar un umbral electoral del 5 % de los votos válidos tanto en los nuevos estados federales como en los antiguos.

Tras sus decepcionantes resultados en las elecciones a la Cámara Popular, el DA tuvo que decidir cómo proceder. En abril, Rainer Eppelmann fue elegido nuevo presidente en reemplazo de Wolfgang Schnur. Además, en las elecciones municipales de mayo solo habíamos logrado el 0,5

% de los votos. Estaba claro que en estas circunstancias el DA no tendría futuro. La única opción para mantener viva al menos una parte del programa de nuestro despertar democrático —en sentido literal— era integrarnos en la CDU. Teníamos que renunciar a la independencia del DA.

Por desgracia, esto no podía llevarse a cabo integrándonos directamente en la CDU occidental.

Es más, antes de que en el congreso del partido celebrado en Hamburgo los días 1 y 2 de octubre de 1990 pudiera formarse la CDU de toda Alemania mediante la fusión de la CDU oriental y occidental, primero tuvimos que convertirnos en militantes de la CDU oriental. No quiero especular aquí sobre si era la única vía jurídicamente válida, como siempre se ha argumentado, o si simplemente para la CDU occidental era demasiado complicado fusionarse con dos partidos al mismo tiempo.

El primer paso de este proceso tuvo lugar el 4 de agosto de 1990 en Berlín. El ambiente entre nosotros, los militantes del DA, era pésimo. Por desgracia, he olvidado exactamente dónde nos reunimos. Sin embargo, no he olvidado que el día en que dimos sepultura a nuestra independencia hacía un calor asfixiante. El único consuelo fue que pudimos crear un grupo de trabajo del DA en la CDU. Nos habíamos dado cuenta de que la decisión de integrarnos era inevitable. No obstante, emocionalmente nos resistíamos a aceptar el cambio. Cuando un agitado asesor occidental subió al atril e indicó que a la hora de tomar la decisión era necesaria una mayoría de dos tercios de los presentes, y pensó que debía explicarnos que dos tercios era un quórum muy alto, la reunión amenazó con descarrilar.

Nos sentíamos tratados como niños ignorantes. Yo estaba furiosa. ¿Se pensaban que éramos tan estúpidos? Me acerqué al atril y regañé al asesor:

—Puede que no hayamos aprendido muchas cosas en la RDA. Pero me gustaría señalar en nombre de todos nosotros que, también en la RDA, no solo dos más dos han sido siempre cuatro, sino que dos tercios siempre han sido claramente más que el 50 %. Incluso estamos muy familiarizados con resultados electorales en torno al 99 %. Todos los presentes saben que puede haber votos discrepantes, pero que también hay una responsabilidad general por el resultado. Su

sermón al respecto está de más.

Después de tragar saliva, se logró la mayoría requerida.

Mi cargo de portavoz adjunta del gobierno también finalizó el 2 de octubre de 1990. En medio del ajetreo diario, tuve que pensar en mi futuro. Hacía tiempo que se había alejado la perspectiva de la Academia de Ciencias, pues disfrutaba mucho de mi nuevo trabajo. Durante el verano me habían ofrecido un puesto fijo en la Oficina Federal de Prensa de Bonn para después del 3 de octubre. Ahora había llegado el momento de poner punto final a mi estancia en la academia.

Tomé por última vez el tren de cercanías hasta mi puesto de trabajo en Adlershof, un trayecto que había realizado de lunes a viernes durante unos once años, excepto los días en que estaba de vacaciones, en viajes de investigación o de baja. Cuando llegué al instituto, recogí mis cosas del escritorio y me despedí de mis colegas. Dejaba atrás una época inspiradora de investigación básica. Sin embargo, no sentía nostalgia. Más bien, estaba deseando superar mis límites de una forma por completo nueva. No recuerdo con exactitud cuándo dimití del ZIPC. En cualquier caso, desde el 12

de abril ya recibía mi salario de la Secretaría General de la Presidencia del gobierno.

Para mi futuro trabajo en la Oficina Federal de Prensa necesitaba un certificado médico. Un día del mes de septiembre, acudí en Berlín Occidental a la cita con el médico que me habían asignado. Pensé que era algo rutinario. En comparación con lo que experimentaba cada día en la Secretaría General de la Presidencia del gobierno, los procedimientos parecían desconcertantemente lentos. Es probable que esa sensación elevara aún más mi presión sanguínea. Una vez concluido el examen médico, me dijeron que todo estaba bien, excepto mi tensión arterial, que era demasiado alta. El médico me dijo que podía suponer un obstáculo para mi empleo en la administración. Estaba a punto de enfadarme. ¿Mi futuro dependía de un médico de la Seguridad Social? Al final, conseguí el certificado médico y el empleo. Si bien en aquel momento, ni el médico ni yo podíamos saber que quizá no necesitara ese puesto en la Oficina de Prensa del gobierno federal.

SU CANDIDATO DIRECTO

Durante mi trabajo como portavoz adjunta del gobierno había desarrollado cada vez más mis propias ideas políticas. Habíamos trabajado a fondo para hacer posible la unificación alemana de forma ordenada. Por un lado, estaban cada día más claros el desastre económico en que nos había sumido el Estado del SED y los problemas que había que superar para que una población que llevaba décadas bajo la influencia y la coacción del Estado aceptara las condiciones de la libertad. Por otra parte, también había observado que en las negociaciones del Tratado de Unificación, Günther Krause había tenido que esforzarse sobremanera para imponer los legítimos intereses de los ciudadanos de la RDA o, incluso, reformas que afectaban a toda Alemania. Era evidente que incluso tras el 3 de octubre de 1990, quedaban aún muchos problemas por resolver. Pensé que un escaño en el futuro Parlamento de la Alemania reunificada me ofrecería la oportunidad

de desempeñar mi papel. Decidí presentarme al Bundestag alemán en lugar de trabajar en la Oficina de Prensa del gobierno federal.

De ninguna manera iba a presentarme por una circunscripción de Berlín. No había crecido en una gran ciudad y seguía sintiendo una conexión con las regiones rurales. Mi circunscripción

natural habría sido Uckermark, en Brandeburgo, pero creía que la organización estatal de la CDU

en Brandeburgo no estaba suficientemente renovada. Así que a finales de agosto o principios de septiembre me puse en contacto con Günther Krause, que también era presidente de la CDU en Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Quiso ayudarme, y me recomendó que me pusiera en contacto con Wolfhard Molkentin, jefe de distrito de Grimmen, en Pomerania Occidental, y que asimismo era presidente de la organización de distrito de la CDU. El distrito de Grimmen, junto con la ciudad hanseática independiente de Stralsund y los distritos de Stralsund y Rügen, formaba la nueva circunscripción 267 del Bundestag, para la que aún no había candidato designado de la CDU, si bien ya había dos postulantes. La organización de distrito de Rügen se había decidido por el empleado de un banco de Oldenburg, que ayudó a crear la Caja de Ahorros de Rügen. Las organizaciones de distrito de la ciudad hanseática de Stralsund y del distrito de Stralsund se inclinaban por un empleado del grupo parlamentario de la CDU/CSU de Bonn que en la Bürgerschaft, el Parlamento local, apoyó el trabajo del grupo parlamentario de la CDU de Stralsund. La organización de distrito más pequeña, Grimmen, era la única que seguía buscando un candidato. También quería enviar a la contienda al suyo propio. Muchos de sus habitantes ya habían votado en las elecciones municipales en mayo y ahora querían contribuir a la unificación de Alemania en las nuevas elecciones generales. Bonn y el Bundestag parecían muy lejanos. Así fue como entraron en la selección candidatos de otras regiones.

Llamé a Wolfhard Molkentin y concertamos una cita en la sede del distrito de Grimmen, donde debía presentarme. Günther Krause ya había anunciado mi candidatura. Sus recomendaciones tenían peso, así que gracias a él la gente de Grimmen estaba dispuesta a invitarme a una reunión de presentación.

Mi viaje a Grimmen fue desastroso, fui demasiado optimista sobre la duración del trayecto.

Aunque tenía chófer, no llegué a Grimmen hasta una hora y media después de nuestra cita de las cuatro de la tarde. Por supuesto, en aquella época no disponía de teléfono en el coche y no había red de telefonía móvil, así que no pude informar de mi retraso. Cuando me detuve frente al edificio de la sede del distrito, un grupo de hombres estaban cerrando la puerta y querían irse a casa. Como pronto averigüé, uno de ellos era Wolfhard Molkentin. Los otros eran miembros de la ejecutiva de distrito de la CDU de Grimmen. Al final conseguí convencerles de que me escucharan. Aun así, no cabía duda de que las cosas no habían empezado bien. Como ya entonces detestaba la impuntualidad, me sentía muy incómoda. Así que me referí a mis obligaciones en Berlín y a las malas conexiones de transporte. Lo primero reforzó las sospechas de los presentes de que no me interesaba en absoluto su región y que solo quería conseguir un buen mandato parlamentario. Lo segundo proporcionó un buen punto de partida para nuestra conversación, ya que todos estaban convencidos de que esta zona de Pomerania Occidental no tenía ninguna posibilidad de desarrollo económico si no estaba conectada a la red de autopistas.

Así es como más adelante nació el proyecto de construcción de la nueva autopista A-20.

Mientras tanto, Wolfhard Molkentin había vuelto a abrir la puerta de la sede del distrito. En una sala tuve que someterme a un examen concienzudo. El escepticismo era palpable. No resultó convincente mi insistencia en que acabaría entendiendo los problemas locales

porque la región de Uckermark, con un claro déficit de infraestructuras, se enfrentaba a los mismos retos que esta parte de la Pomerania Occidental. Los presentes me dejaron claro que estábamos aquí, en Pomerania Occidental, y en particular en Grimmen. Percibí de inmediato que esa gente tenía las ideas muy claras. La mayoría había trabajado en la agricultura, por lo que la introducción del marco alemán había causado estragos. En el pasado, Wolfhard Molquentin había sido vicepresidente de una LPG y sabía de qué hablaba. Para los presentes, yo no olía a establo. A

pesar de saber algo sobre el valor del suelo y si un terreno era más o menos fértil, no tenía ni la más remota idea de las cifras esenciales del distrito de Grimmen, ni de los problemas de la planta petrolífera de Grimmen, que también estaba amenazada por grandes cambios estructurales. Al cabo de una hora y media, además de miradas escépticas me entregaron varios folletos. Eso me dejó clarísimo que antes de la nominación del 27 de septiembre de 1990, aún me quedaba mucho por aprender. Y por si eso fuera poco, no hay que olvidar que me enfrentaba a los candidatos apoyados por Stralsund y Rügen. No obstante, salí de la reunión con la impresión de que al menos nos unía el deseo común de derrotar a los demás candidatos.

La última semana de septiembre viajé a Prora, en la isla de Rügen. El día de la nominación, a la hora de comer, me presenté en una sección de la CDU de Rügen porque sabía que allí había tensiones entre los miembros de toda la vida y los que se habían afiliado recientemente procedentes de Despertar Democrático y del Partido Democrático Campesino. No quise dejar ningún cabo sin atar y me reuní con el grupo que, como antiguo miembro del DA que era, se alegraba de verme. Sin embargo, los demás no quisieron escucharme, tampoco los de Stralsund.

Ya habían decidido sus candidatos.

Todos los miembros de las organizaciones de distrito de la CDU en la circunscripción 267 del Bundestag participaron en un acto de

presentación de candidaturas. Las bases tenían la palabra.

Como contaba con más miembros, la organización anfitriona era la del distrito de Rügen, y se aprovecharon de ello en gran medida. No se plantearon organizar el acto en Stralsund, lo que habría supuesto unas condiciones de viaje justas para todos. Querían aprovechar la ventaja de jugar en casa. Para dar cabida a todos los participantes, el único lugar posible en Rügen era la gran sala de la Casa de las Armas de Prora. Para colmo, habían programado el acto para el 27 de septiembre, un jueves laborable, a última hora de la tarde. El inicio estaba previsto para las siete y media. Para la gente de Stralsund y Grimmen viajar hasta Prora suponía entre una hora y una hora y media. A muchos les pareció una falta de consideración. Así que las organizaciones de los distritos de Stralsund, Stralsund-Stadt y Grimmen decidieron alquilar autobuses para transportar a sus afiliados, cosa que poco tiempo después acabó siendo mi salvación.

La reunión empezó en un ambiente tenso. Todo tenía que organizarse con precisión y garantías jurídicas. A pesar de los diferentes intereses, nadie quería ser responsable de un resultado electoral invalidado. Había alrededor de cuatrocientos miembros de la CDU. Los candidatos nos presentamos por orden alfabético. Me tocó la segunda y presenté mis planes para la circunscripción, además de hacer hincapié en lo siguiente:

—Soy la única entre los aspirantes que creció en la RDA. Conozco vuestros problemas de primera mano.

Una vez que los candidatos se presentaron, tuvo lugar un debate que se alargó varias horas.

Los habitantes de Rügen querían saber quién reconstruiría los muelles de los balnearios del mar Báltico, cómo se podrían conservar las maravillosas avenidas arboladas y seguir teniendo carreteras más anchas y qué futuro le esperaba a la pesca en Rügen. Los habitantes

de Stralsund estaban en especial interesados en el destino del tradicional astillero Volkswerft y en la reconstrucción del centro histórico de la ciudad. Más de cuatrocientos edificios de la ciudad hanseática corrían peligro de derrumbarse o, al menos, necesitaban una renovación importante.

Los miembros de los distritos de Stralsund y Grimmen se centraron en el futuro de la agricultura.

Todos reclamaron mejores conexiones de transporte. Me di cuenta de que para todos los proyectos se necesitaría mucho dinero, que provendría de Bonn, la capital federal. Al igual que los otros dos postulantes, hice mis propuestas según mi mejor saber y entender. Todos estábamos

en ascuas por saber a quién veían los presentes como su mejor representante en Bonn.

Finalmente, ya de noche se procedió a la votación. La candidata de Rügen fue la más votada, yo obtuve el segundo mejor resultado y la candidata de Stralsund fue eliminada. Fue necesaria una segunda vuelta. Durante una pausa se prepararon las nuevas papeletas. En ese lapso, dos hechos tuvieron una influencia decisiva en el resto de la velada. Los habitantes de Stralsund y Grimmen formaron una alianza y acordaron apoyarme. Los de Rügen, muy seguros de sí mismos, hicieron caso omiso, pues ya se sentían vencedores. No tenían mucha experiencia en segundas vueltas electorales. Como ya era bastante tarde, algunos de ellos también pensaron que podían irse a casa, ya que su voto no era decisivo. Los habitantes de Grimmen y Stralsund, ahora mis partidarios, no pudieron marcharse por su cuenta porque habían viajado en autobús.

La segunda vuelta de la votación se inició poco antes de la medianoche, y el resultado se anunció ya comenzado el día siguiente. Gané por 184 a 178 votos. Tan solo seis votos más: difícilmente el resultado podría haber sido más reñido. Mis

partidarios me vitorearon, los habitantes de Rügen se horrorizaron y yo me alegré. Si las próximas elecciones al Bundestag eran similares a las anteriores elecciones a la Cámara Popular, para la CDU y, por lo tanto, para mí, ganar la circunscripción era factible.

Una vez librada la batalla, me reuní con el núcleo duro de los de Rügen en el Casino de Oficiales hasta las dos y media de la madrugada, y tuve la sensación de que si los defendía con sinceridad, algún día me apoyarían.

Semanas más tarde, Eckhardt Rehberg, presidente del Grupo Parlamentario de la CDU en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, me dijo que me habían reservado una segunda posible circunscripción, la 266 de Rostock-Land, Ribnitz-Damgarten, Teterow y Malchin. A las organizaciones de distrito de la CDU de esta circunscripción se les había informado de que no tenían que esforzarse por encontrar un candidato, ya que a petición de Günther Krause vendría alguien de Berlín, la portavoz adjunta del gobierno, Angela Merkel. En la votación que tuvo lugar en Rügen dos días después de que yo ya hubiera sido nominada, todos me esperaban. Fui yo quien no se presentó. Al parecer, con tanto ajetreo nadie comunicó a los responsables que yo ya había ganado la circunscripción 267. A su vez, yo no había podido comunicarlo porque no estaba al corriente de nada. Esta situación, prácticamente imposible en la actualidad, solo podía producirse en aquel entonces, cuando no había teléfonos móviles para comunicarse con rapidez y evitar enseguida cualquier malentendido. El trasfondo de todo fue la suposición de la CDU de Mecklemburgo-Pomerania Occidental de que mi candidatura no podría ganar en la circunscripción de Rügen. Al fin y al cabo, Rügen siempre se impondría a los demás, no dejaban de ser isleños. Así que me sentí aún más orgullosa de haberlo conseguido. Al final, en la otra circunscripción fue elegida otra candidata, que había aceptado presentarse de forma espontánea.

A partir del 3 de octubre de 1990, mi lugar de trabajo se trasladó a Bonn, al palacio Schaumburg, la residencia oficial del primer canciller federal, Konrad Adenauer. Hasta que tras las elecciones al Bundestag se formara un nuevo gobierno, Lothar de Maizière y Günther Krause, junto con Sabine Bergmann-Pohl, Rainer Ortleb y Hansjoachim Walther, ocuparon una cartera ministerial para tareas especiales en el gabinete de Helmut Kohl. Trabajé como portavoz de De Maizière y Krause. Trabajábamos entre muros históricos, aunque a los nuevos ministros ya no les quedaba mucho por hacer. Así que me centré en la campaña electoral de mi circunscripción, a unos setecientos kilómetros de distancia. Las elecciones federales se celebraban el 2 de diciembre, por lo que no me quedaba mucho tiempo. Recibí mucho apoyo de los responsables locales, no solo a la hora de pegar carteles y distribuir material de campaña, sino también para elaborar mi

programa político. Además, los habitantes de Rügen empezaron a trabar amistad conmigo. La circunscripción estaba poco poblada. Para llegar al mayor número posible de personas tuve que viajar mucho. Me acompañó un estudiante que conocía del DA. Alquilé un coche y compré una mesa de caballete. Así, en los numerosos pueblos en que nos deteníamos podía sacarla con rapidez, montarla—por lo general delante del pequeño *Konsum* o *Kaufhalle*, tal como se llamaban entonces las tiendas de artículos de uso cotidiano— y llenarla de material de campaña, incluido mi primer folleto personal, con el que me presentaba como «Su candidato directo».

Naturalmente, hoy escribiría «Su candidata directa». Pero en aquellos tiempos, como en los de la RDA, se utilizaba la forma masculina. Incluso cuando tras la reunificación alemana me preguntaban por mi profesión, casi siempre respondía que era «físico» en lugar de «física». Hoy en día, todo esto me resulta completamente extraño.

Durante la campaña electoral intenté entablar conversación con la gente, lo que no siempre fue sencillo dado el carácter taciturno de

los pomeranos occidentales. No obstante, aprendí a ser paciente con esos segundos de silencio y a no asustar a mi interlocutor con un torrente de palabras.

El 2 de noviembre, el fotógrafo Michael Ebner, afincado en Bonn, me acompañó en mi recorrido. Se lo había pedido Hans-Christian Maaß porque quería que los alemanes occidentales vieran cómo transcurría la campaña electoral en los nuevos estados federales. Aquel día visité a unos pescadores en Lobbe, en la isla de Rügen. Me retrató junto a ellos en su cabaña, imagen que desde entonces se ha impreso innumerables veces. Me he encariñado con ella porque refleja muchas cosas: la dignidad del trabajo de los pescadores, la cercanía a la naturaleza, el ambiente de la RDA con detalles de la nueva época, un silencio cordial. Recuerdo mis intentos de conversación con los pescadores. Tuve por primera vez un rodaballo entre las manos, y comprendí de dónde procede su nombre. *
Existía una gran incertidumbre por lo que les esperaba.

¿Cómo se desarrollaría la pesca? El arenque, hasta entonces el pescado con el que se ganaban el pan, ya no era una fuente fiable de ingresos. Todo estaba cambiando muy deprisa y yo no podía prometer nada, excepto que me esforzaría por reivindicar sus peticiones. Hoy tengo que admitir que el suyo se convirtió en un triste capítulo. A pesar de los muchos esfuerzos, profesionalmente la gran mayoría de los pescadores no sobrevivieron. A sus ojos, la política agrícola y de pesca europea era un monstruo burocrático ante el que se sentían impotentes. Les resultaba casi imposible obtener subvenciones adecuadas. Cuando quise ayudarles, me sentí como si estuviera luchando contra molinos de viento. Y como se trataba de un grupo pequeño de personas y siempre había muchos otros grupos aún mayores con reclamaciones legítimas, nunca dispuse del tiempo suficiente para ocuparme de forma coherente de sus preocupaciones. Hoy en día, dudo de que incluso disponiendo de tiempo hubiera tenido éxito. Mirando atrás, si bien en aquel entonces estaba entusiasmada con la visita, para mí la imagen en la cabaña de los pescadores sigue estando asociada a la tristeza.

En general, y pese a todos los problemas, disfruté de la campaña electoral. Los encuentros con tanta gente diferente fueron una experiencia muy enriquecedora. Pude explorar por mi cuenta mi circunscripción, de la que acabé encariñándome.

El 2 de diciembre de 1990, en las primeras elecciones al Bundestag de la Alemania reunificada, gané el mandato directo por la CDU con el 48,2 % de los votos. Me convertí así en una de los afortunados miembros electos del primer Bundestag de una Alemania reunificada.

Políticamente ya podía iniciar mi propia andadura. La reunificación alemana había iniciado un nuevo capítulo en mi vida. Había tenido mucha suerte. Tenía treinta y seis años, era lo

suficientemente joven como para iniciar una vida nueva, pero también lo suficientemente experimentada como para aportar con decisión mis experiencias y conocimientos a la política de una Alemania reunificada. Y para eso contaría en esta circunscripción con auténticos amigos hasta el final de mi carrera política, en 2021. Había encontrado un hogar político.

TERCERA PARTE

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

del 3 de diciembre de 1990

al 21 de noviembre de 2005

RECONSTRUCCIÓN DEL ESTE

JUEVES SANTO

El 28 de marzo de 1991, poco antes de las tres de la tarde, pedí que me condujeran desde mi domicilio hasta la Alexanderplatz, en Berlín-Mitte. Iba a la Casa de la Industria Eléctrica, la antigua sede del Ministerio de Electrotécnica y Electrónica de la RDA. Tras la reunificación alemana, en este edificio se estableció la Agencia Fiduciaria, el organismo encargado de la privatización de las empresas de la RDA, que tuvo su sede definitiva en la esquina de la

Leipziger Strasse con la Wilhelmstrasse, donde ahora se encuentra el Ministerio Federal de Hacienda. Hoy en día, el edificio lleva el nombre de Casa Detlev Rohwedder en memoria del tercer presidente de la institución, con quien había quedado para charlar en su despacho de la Alexanderplatz.

El 17 de junio de 1990, la Cámara Popular de la RDA aprobó la Ley para la Privatización y Reorganización de la Propiedad Popular. En la introducción a la ley se describía su propósito:

«Reducir mediante la privatización la actividad empresarial del Estado lo más rápidamente y con el mayor alcance posible, reestablecer la competitividad del mayor número posible de empresas con el fin de asegurar puestos de trabajo y crear otros nuevos, y disponer el suelo para su uso económico». Era un enorme plan de privatización sin precedentes para casi toda la economía de la RDA. El 1 de julio de 1990, más de ocho mil empresas con unos cuatro millones de empleados quedaron bajo el control de la Agencia Fiduciaria, que mantenía sucursales en quince ciudades de los antiguos distritos de la RDA. Todas las empresas se habían convertido en sociedades mercantiles. Tras la unión monetaria, su ya baja competitividad empeoró drásticamente debido al tipo de cambio de 1:1 entre el marco oriental y el marco alemán. Sin embargo, la ira no se descargó en los verdaderos responsables de aquella situación crítica —es decir, los que manejaban las palancas del aparato estatal y de poder de la RDA—, sino en la Agencia Fiduciaria, que ahora tenía la tarea de resolver los problemas causados por muchos años de mala gestión económica.

Conocía a Detlev Karsten Rohwedder desde el verano de 1990, cuando el presidente Lothar de Maizière y él mantuvieron una charla para informar a la prensa sobre los objetivos y el enfoque políticos de la Agencia Fiduciaria y, al mismo tiempo, apoyar políticamente su labor.

Asistí a la reunión como portavoz adjunta del gobierno, y aproveché la ocasión para observar atentamente a Rohwedder: un hombre alto de cincuenta y siete años con una encomiable confianza en sí mismo. No soltaba sin más su discurso, sino que escuchaba y exponía con calma y convicción sus argumentos. Había adquirido experiencia en el saneamiento empresarial durante su etapa como director general del grupo siderúrgico Hoesch AG, con sede en Dortmund. Sin embargo, al responder a algunas de las preguntas de los periodistas fue incapaz de ponerse en la piel de un ciudadano de a pie de la RDA. Por eso después de la rueda de prensa me dirigí a él.

—No ha resultado fácil para usted. Le deseo mucho éxito —dije—. Sé que esta tarea es una misión suicida, pero su trabajo es muy importante, pues afecta al destino de muchas personas.

Pareció escucharme, así que continué hablando:

—Se habrá dado cuenta de la impaciencia con que preguntan los periodistas. Sería bueno que los lleve a un terreno más emocional. Podría decirles que los empleados de la RDA han dado realmente lo mejor de sí mismos y lo siguen dando, pero que en una economía de mercado eso

no es suficiente para sobrevivir. Y quizá podría explicarles que no es culpa de los trabajadores de la RDA; que, por un lado, los salarios son más bajos que en la República Federal y, por otro, que el tipo de cambio de 1:1 ha tenido como resultado que la competitividad haya empeorado todavía más, poniendo en peligro aún más puestos de trabajo. Que todo eso es increíblemente injusto, pero es lo que nos ha legado el socialismo. Y que ni todo el poder económico ni todo el dinero de la República Federal pueden deshacer lo hecho.

Rohwedder escuchó mi larga perorata sin interrumpirme. Y a continuación me prometió tener en cuenta mis consejos.

—Me encantaría continuar esta conversación en algún momento — dijo para concluir. Su reacción parecía expresar un interés genuino por lo que a mí realmente me preocupaba.

Volvimos a encontrarnos en diciembre de 1990, antes de las primeras elecciones generales de la Alemania reunificada. Como candidata al Bundestag, durante la campaña electoral ya había oído hablar mucho de la Agencia Fiduciaria y de su labor. En ocasiones, las historias que los ciudadanos y responsables me contaron *in situ* me habían dejado sin palabras o, al menos, sin saber qué aconsejar. En mi segundo encuentro con Rohwedder le hablé sin rodeos:

—¿Usted sabe quiénes viajan en nombre de la Agencia Fiduciaria? Son jóvenes menores de treinta años, listos, incluso arrogantes, que probablemente acaban de terminar sus estudios de derecho y que actúan como si lo supieran todo. ¡Lo tienen todo, pero les falta el conocimiento de la naturaleza humana!

Como la primera vez, me escuchó con interés.

—Y si alguien necesita un préstamo para su plan de privatización no le ayudan, sino que le complican aún más las cosas y se ponen de acuerdo con los jóvenes empleados de banca de Alemania Occidental de su misma calaña —proseguí.

—¿Puede darme un ejemplo? —me interrumpió.

—Durante la campaña electoral mantuve una conversación con una mujer que quería abrir una mercería en Rostock —le conté—. Necesitaba un local y un préstamo de más de cuarenta mil marcos alemanes. Esperaba abrir el negocio en uno de los inmuebles de la Agencia Fiduciaria. La mujer no era en especial elocuente ni espabilada, sino más bien tímida. A cada una de las preguntas que le hicieron respondió de forma honesta y directa, incluida la de si estaba segura de que tendría suficientes clientes como para devolver el préstamo. Habló del riesgo y de su coraje para emprender algo nuevo. A los jóvenes asesores eso les sonó demasiado vago. ¿Y

cuál fue el resultado? No consiguió ni el local para la tienda ni el préstamo —afirmé, y añadí aún más enfadada—: ¡Hoy en día vuelven a triunfar los que aprendieron a expresarse perfectamente en el SED para prometer el oro y el moro! ¡Como en el socialismo, gana la falta de escrúpulos!

¡Nos lo habíamos imaginado de otra forma!

Cuando dejé de hablar, Rohwedder me miró pensativo y dijo:

—Quizá tenga razón. Independientemente de cómo le vaya en las elecciones generales, mantengámonos en contacto y prosigamos nuestra conversación.

Nos despedimos.

Unos meses más tarde, el 1 de marzo de 1991, cuando ya no solo me había convertido en diputada del Bundestag, sino también en ministra para Asuntos de la Mujer y de la Juventud, visité, invitada por la Asociación de la Industria del Algodón de Sajonia y Turingia, dos plantas de la industria textil en Aue y Lengenfeld. La situación de este sector era deprimente. Sabía que no podía hacer mucho, aunque con mis visitas como ministra para Asuntos de la Mujer quería enviar una señal: no dejaría sola a la gente y estaba dispuesta a rendir cuentas. Para la empresa

Curt Bauer GmbH de Aue, un fabricante de mantelería y ropa de cama, existía alguna esperanza.

La empresa familiar, fundada en 1882, había sido expropiada y nacionalizada en 1972. Ahora la familia quería privatizarla y proseguir con el negocio. Habían despedido a algunos empleados, pero contaban con un plan de futuro. No obstante, como la operación implicaba elevadas inversiones y aún no estaba claro si el antiguo propietario podría conseguir las, la Agencia Fiduciaria dudaba a la hora de privatizar la empresa, y a los propietarios se les había

acabado el tiempo. Durante mi visita prometí presionar a la sede de la Agencia Fiduciaria en Berlín para que acelerara el proceso.

La situación era completamente distinta en la planta que la hilandería de algodón Zwickau tenía en Lengenfeld. Sencillamente, allí todo era desolador: ya no llegaban pedidos de la Unión Soviética y los aproximadamente doscientos empleados de la hilandería, la mayoría mujeres, estaban en paro técnico. Se habla de paro técnico cuando los empleados de una empresa no pueden acudir a trabajar durante un cierto período, lo que a menudo es el paso previo al despido y consiguiente paro. A aquellas mujeres, algunas de las cuales habían luchado con denuedo durante décadas contra las adversas condiciones de producción en la RDA, no les podía dar ninguna esperanza de que su empresa siguiera funcionando.

Para resumir su situación, una de las mujeres dijo:

—Mi marido también está en paro, ¿qué voy a hacer? Estábamos tan contentos con la reunificación alemana y ahora prescindieron de nosotros. Simplemente, desechados.

¿Y yo? Había llegado en un gran coche, pero con las manos vacías. Y entonces se presentaron los niños de la guardería local con sus monitoras y me gritaron:

—¡Dale trabajo a mi mamá!

Tuve que contenerme para no echarme a llorar. Lo único que podía hacer era escuchar con calma y que al menos las mujeres me relataran su crítica situación.

Me había jurado a mí misma no hacer promesas que no pudiera cumplir. La gente ya había sufrido demasiadas decepciones. Además, me había esforzado por no sucumbir a la tentación de echarles la culpa de todo a los de Bonn, que no estaban allí. Había resuelto hablar siempre con sinceridad, decir siempre lo mismo sin importar el lugar que visitara. Así que a las mujeres de Lengenfeld les hablé

de las anticuadas máquinas de producción, del hundimiento de los antiguos mercados, de la competencia asiática y de los elevadísimos costes de inversión. Aunque mis palabras no les ofrecieron ningún consuelo, por lo menos estuvieron dispuestas a escucharme.

Durante esta visita, la cuestión de la justicia se hizo patente de una manera brutal: ¿cómo repartir equitativamente la factura de décadas de mala gestión? Solo podía ofrecerme para intentar conseguir ayudas estatales para cursos de reciclaje profesional y para la creación de empleo. No creía que la hilandería de algodón de Lengenfeld pudiera privatizarse con éxito.

En marzo de 1991 también visité los centros de formación de la Deutsche Reichsbahn en Cottbus. En la RDA, al finalizar la educación secundaria cualquiera podía optar a una plaza de formación profesional. Eso ya era cosa del pasado, pero el sistema de formación dual, un éxito de la economía social de mercado, que incluía tanto la formación profesional como la enseñanza, todavía no se había implantado en los nuevos estados federales. En el proceso de privatización de las empresas, con frecuencia el tema de la formación no desempeñó ningún papel. Razón de más para que como ministra para Asuntos de la Juventud quisiera llamar la atención sobre ello, también con mi visita a los ferrocarriles en Cottbus. En virtud del Tratado de Unificación, la Deutsche Reichsbahn había sido transferida a un fondo especial y siguió existiendo hasta el 31

de diciembre de 1993, cuando se fusionó con la Deutsche Bundesbahn para formar la Deutsche Bahn AG. A causa de los muchos problemas existentes, también en la Reichsbahn la cuestión de

las plazas de formación profesional pasó a un segundo plano.

Mi viaje a Cottbus fue complicado, pues las conexiones de transporte aún no eran buenas. En lugar de viajar en coche oficial, lo hice en

autobús acompañando a un grupo de periodistas desde Berlín. Llegamos con retraso. Tomé asiento en el sitio que tenía asignado en el estrado. Lo primero que hice fue encender un cigarrillo para aliviar los nervios del viaje. No pensé en la impresión que pudiera causar, sino que me concentré de inmediato en la conversación con los responsables del Reichsbahn y los aprendices. La discusión fue animada. Rápidamente tuve la impresión de que cuando pedía a los responsables de los ferrocarriles que como grandes empleadores del Estado ofrecieran puestos de formación profesional, solo intentaban darme largas. Al cabo de un rato, no tuve más remedio que amenazar con informar al ministro Krause.

Como ministro federal de Transportes era responsable de los ferrocarriles y conocido por su carácter resolutivo. Al final cedieron. Entonces les dije que las empresas estatales, como el Reichsbahn, tenían que ser un modelo para las empresas privadas.

Todavía bajo la impresión de estos viajes a las empresas de los nuevos estados federales, la tarde del 28 de marzo de 1991 entré en el despacho de Detlev Karsten Rohwedder. Era un jueves, concretamente el jueves santo de 1991, y me alegré mucho de volver a verle. Durante los tres primeros meses del año había experimentado muchas cosas, y me alegraba que la reunión con él fuera mi última cita antes de la Pascua. Iba a pasar esos días festivos con Joachim en Hohenwalde. Le relaté a Rohwedder mis visitas a Aue, Lengenfeld y Cottbus. Tal como había prometido a la familia propietaria de Curt Bauer GmbH, intervine a favor de la rápida privatización de la empresa e insistí en la importancia de la formación profesional. En lo que a él se refería, en este tema llovía sobre mojado. Me escuchó atentamente cuando le conté mis impresiones sobre las empresas que visité, pero al mismo tiempo parecía agotado. Era comprensible, ya que ni siquiera veinticuatro horas al día eran suficientes para tratar los problemas a los que se enfrentaba a diario.

Conversamos durante una hora. Luego me puse en pie.

—La Pascua ya está aquí. Ahora podrá descansar un poco —le dije.

Sonrió y contestó:

—Sí, hoy volaré a Düsseldorf para pasarla en casa junto con mi mujer. Me hace mucha ilusión.

Nos despedimos y cada uno prosiguió su camino.

Cuando el martes después de Pascua, el 2 de abril de 1991, encendí la radio, me quedé helada.

No podía creer lo que estaba oyendo: hacia las once y media de la noche anterior, Detlev Karsten Rohwedder, presidente de la Agencia Fiduciaria, había sido tiroteado a través de la ventana del estudio donde trabajaba, en el primer piso de su domicilio en Düsseldorf. Su esposa, Hergard Rohwedder, resultó gravemente herida. En el lugar del crimen se encontró una nota en la que la Facción del Ejército Rojo (RAF) reivindicaba el atentado. Detlev Karsten Rohwedder había sido víctima de quienes odiaban nuestro Estado y a las instituciones y personas que lo defendían, así como ahora también a las instituciones y personas comprometidas con la reconstrucción del Este y la consecución de la reunificación alemana.

El 10 de abril de 1991 asistí al funeral de Estado de Detlev Karsten Rohwedder. Estuve en contacto durante muchos años con Hergard Rohwedder, su esposa. La respuesta manuscrita a la carta de condolencia que le envié decía: «Mi marido la apreciaba tanto en el plano personal como político. Le deseo felicidad y éxito [...]». Estas líneas me conmovieron profundamente y las he conservado hasta hoy.

No sé si antes de ser asesinado Detlev Karsten Rohwedder siguió ocupándose de los temas de los que hablamos durante aquel jueves santo. En cualquier caso, en la actualidad, Curt Bauer GmbH sigue activa. Y conseguí que el ministro federal de Trabajo, Norbert Blüm, estipulara en el Código Laboral que las mujeres debían beneficiarse

de las medidas de inserción laboral en proporción directa a su cuota de desempleo. Eso implicaba más medidas de formación continua, reinserción laboral y fomento de la creación de empleo, así como el pago de subsidios por jornada reducida. A diferencia de las mujeres en situaciones similares, el Instituto Federal de Trabajo concedía estas ayudas con más frecuencia a los trabajadores varones que estaban amenazados de quedarse en el paro. Incluso ante un político de sensibilidad social como Norbert Blüm, tuve que insistir para revertir esta situación. Tras muchas conversaciones, entre ellas las mantenidas por el canciller con las asociaciones empresariales, paulatinamente, en los años siguientes la situación de la formación profesional también mejoró en los nuevos estados federales.

Debo añadir que el 2 de abril de 1991 apareció en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ)* un artículo sobre mi visita a Cottbus con el título: «La más joven del gabinete de Kohl sigue fumando en público». Ese era el principal mensaje de mi visita, no mi lucha por conseguir más plazas de formación profesional. Fue culpa mía. Me sentí muy avergonzada. Además, Joachim leía a diario el *FAZ*. Por supuesto, él sabía que yo fumaba, pero nunca le había gustado. Él pensaba que no debía sorprenderme el modo en que la prensa cubría estos asuntos. Había empezado a fumar unos diez años antes, después de separarme de mi primer marido. En aquella época fumaba más o menos un paquete al día, cigarrillos con filtro de la marca Club. Tras este incidente no volví a fumar en público; de hecho, dejé de fumar poco después, algo que tenía en mente desde hacía tiempo, pues me resfriaba a menudo, lo que me limitaba para dar discursos.

Intuía que los frecuentes resfriados estaban relacionados con el hábito de fumar.

UNA PIERNA ROTA

El lunes 6 de enero de 1992 me fracturé la pierna izquierda.

—Necesitará seis meses para sanar —me dijo el médico del hospital Charité mientras me mostraba las radiografías.

—Es el fin de mi carrera política —me lamenté.

Estaba con el ánimo por los suelos. Y todo por ir con prisas a una librería que estaba en Unter den Linden 69, en Berlín-Mitte, a dos minutos a pie del piso al que Joachim y yo nos habíamos mudado en noviembre de 1991, en la Wilhelmstrasse, la antigua Otto-Grotewohl-Strasse, en la esquina con la Behrenstrasse. Casualmente, mi actual despacho de excanciller se encuentra en el edificio colindante con aquella antigua librería.

Poco después de las vacaciones de Navidad quise comprarme un libro. No recuerdo cuál. Solo recuerdo que ante los médicos del hospital me sentí muy avergonzada, ya que salí de casa vistiendo unos pantalones de chándal que ocultaba con un abrigo que me eché por encima a toda prisa camino de la librería. Así cubrí los pocos metros que separaban mi domicilio de la librería, y al salir del local, me salté un escalón. Por desgracia, al caer, la pierna se torció de tal manera que se rompió en dos sitios. Nunca había experimentado un dolor tan terrible. No podía dar ni un paso. Alguien llamó a una ambulancia, que me trasladó al hospital Charité. Enseguida me dieron analgésicos para aliviar el dolor, pero no pudieron hacer nada contra mi desesperación. ¿Qué pasaría ahora? Aquella tarde quería asistir a un acto organizado por la Fundación de los Tres

Reyes Magos en Neubrandenburg y volar de regreso a Bonn el martes. Allí estaban el Bundestag y la sede del gobierno federal; su traslado a Berlín, la nueva capital federal, no se produjo hasta 1999. ¿Una ministra federal de baja durante seis meses? Estaba convencida de que era imposible.

Ni siquiera una diputada del Bundestag podía ausentarse tanto tiempo. Mientras yacía en la camilla de urgencias, los pensamientos

se agolpaban en mi cabeza. Apenas tres semanas antes, en diciembre de 1991, en el congreso federal del partido celebrado en Dresde había sido elegida vicepresidenta única de Helmut Kohl, presidente de la CDU. Ya podía olvidarme de todos los planes que había hecho para el cargo. ¿Por qué tanta mala suerte?

—No se precipite. No tendrá que permanecer estirada durante seis meses, sino que pronto podrá moverse con ayuda de muletas —me dijo el médico para tranquilizarme.

Con esa intención me operaron inmediatamente. Desperté de la anestesia en una cama del hospital con un fijador externo que mediante tornillos y varillas me sujetaba los huesos de la pierna. La operación había sido un éxito, cosa que me hizo sentir aliviada, aunque todo lo demás seguía siendo lúgubre y deprimente. En una situación como aquella, incluso las pequeñas señales positivas podían hacer mucho.

La primera de ellas me llegó por parte del profesor Harald Mau, antiguo cirujano pediátrico y decano de la Facultad de Medicina de la Charité, ya fallecido, a quien Joachim conocía de la época de la reestructuración de la Universidad Humboldt tras la reunificación alemana; yo le conocía por mi labor como ministra. El primer fin de semana después de la operación pasó a verme mientras yo recibía la visita de Joachim.

—A los niños no se les deja mucho tiempo abandonados y lo mismo habría que hacer con los adultos —nos saludó. Mau me acercó una silla de ruedas, me ayudó a sentarme y me subió en el ascensor a la azotea de la Charité. Una vez allí, señaló hacia abajo, hacia las calles de la ciudad, y dijo:

—Mire, pronto volverá a andar también por allí abajo.

Y, efectivamente, consiguió animarme. El aire fresco hizo el resto. Por primera vez desde el accidente pensé: quizá después de todo lo consigas. No solo sanar, sino también seguir haciendo política.

La segunda señal de ánimo me la proporcionó Christian Wulff. En el hospital recibí la visita del por aquel entonces político de treinta y dos años de Osnabrück, futuro ministro presidente de la Baja Sajonia y presidente de Alemania, que desde finales de los años setenta se había hecho un nombre en Junge Union, las juventudes de la CDU, y en la misma CDU. Apenas nos conocíamos, así que para mí fue una sorpresa. Estoy segura de que quería aprovechar la conversación para conocerme mejor. Me preguntó cómo me encontraba y percibí que era una de esas personas que se interesaba por los demás. Eso me gustó. Al final, mientras nos despedíamos, me preguntó:

—¿Necesita algo más?

Le respondí al momento:

—Sí, durante el tiempo en que sea vicepresidenta única de la CDU necesito un colaborador o colaboradora para una pequeña oficina en la Casa Konrad Adenauer de Bonn. ¿Por casualidad conoce a alguien?

—Sí, creo que sí, la mantendré informada —respondió.

Me llamó unos días después. Me explicó que había hablado con Beate Baumann, de veintiocho años. Como él, era originaria de Osnabrück y había estudiado filología inglesa y alemana en Münster. La conocía de la Junge Union y en 1986 contó con su colaboración en la campaña electoral local de Osnabrück. Pensaba que podría estar interesada en el puesto a tiempo

parcial que yo le ofrecía y dispuesta a colaborar un día a la semana como auxiliar de investigación en la Casa Konrad Adenauer. Christian Wulff me dio su número de teléfono. Me alegré mucho y poco después la telefoneé. Quería conocerla lo antes posible. Quedamos en vernos la misma tarde del día en que me dieron el alta en el Hospital Charité, el viernes 31 de enero de 1992, a las tres de la tarde en mi piso de la Wilhelmstrasse.

Aquel día, el timbre sonó con puntualidad.

Por el interfono le indiqué:

—En el ascensor pulse el séptimo piso y luego suba medio tramo de escaleras.

Con ayuda de las muletas salí a su encuentro en la puerta.

—Buenas tardes, señora Baumann, me alegro de que haya venido — la saludé, e intenté sonreír amistosamente a pesar de mi movilidad reducida.

Le pedí que tomara asiento junto a la mesa redonda del salón, y apoyé en una silla la pierna embadurnada de yodo y sujeta por el fijador. Intuí que para mi invitada eso debía suponer un espectáculo espantoso. Así que fui al grano sin demora.

—Cuando me eligieron vicepresidenta única de la CDU, me dije a mí misma que no quería limitarme a ser la suplente de Helmut Kohl. Quiero sacarle provecho al cargo y para ello necesito un colaborador durante unas cuantas horas a la semana. Christian Wulff la ha propuesto a usted

—comenté, y a continuación le pregunté—: ¿Por qué le interesa el trabajo?

Me contestó sin rodeos:

—Exactamente por eso. En otras palabras, en realidad no necesito este trabajo, pero me hace ilusión lo que implica. Además, como alemana occidental me interesa colaborar con una política de Alemania Oriental.

Meses después me confesó que también encontró interesante que yo hubiera empezado mi carrera política en Despertar Democrático, uno de los movimientos de derechos civiles de la RDA, y no en la

CDU del Bloque. Y aunque ya me había visto en televisión, nuestro encuentro personal fue distinto de lo que ella había esperado. Se sorprendió de que yo fuera capaz de sonreír y mirar a los ojos. Hasta entonces, había leído que yo era más bien reservada.

Me alivió que nuestra conversación fluyera desde el inicio. Por desgracia, con las dos muletas era un desastre de anfitriona. Era mi primer día tras el alta hospitalaria, y sin ayuda de las muletas, no tenía confianza en mí misma ni para preparar un café. Como no me permitían apoyar el pie, me decanté por una opción poco ortodoxa y le pregunté a Beate Baumann:

—¿Puede preparar un café turco?

—Sé preparar café, pero no tengo ni idea de lo que entiende por café turco —me respondió.

Sonreí:

—Ni siquiera sé si es la palabra correcta. En la academia lo llamábamos así. Solo hay que poner agua a hervir, echar una cucharada de café molido en cada taza y verter el agua caliente.

Asintió, se dirigió a la cocina contigua al salón y se puso manos a la obra. Como se las arreglaba perfectamente, me atreví a pedirle otra cosa:

—Aquí está todo patas arriba —le dije—. Nos hemos mudado hace poco y ayer nos entregaron los muebles nuevos. Mi compañero aún no ha conseguido colocarlos, hoy tiene un viaje de trabajo. ¿Podría hacerme otro favor? —acabé preguntándole.

—Por supuesto —me respondió.

—Vaya la habitación de al lado, por favor; verá que hay unos cajones en el suelo que me impiden caminar con las muletas. ¿Puede guardarlos en el armario de la pared?

Así que aquel día, memorable como se demostró más tarde, mi invitada, a la que veía por primera vez, estaba guardando cajones en un armario de un piso extraño y preparando café turco,

o lo que yo creía que era café turco. Probablemente tuvimos la suerte de que como la mía era una situación de emergencia, le hablé sin rodeos, y como Beate Baumann no necesitaba el trabajo que le ofrecía, no sintió presión alguna. Ambas hablamos con total franqueza. Del mismo modo en que yo simplemente quería conocerla para decidir si la contrataba, Beate Baumann había querido conocerme para ver si el trabajo le interesaba. Después de casi dos horas nos despedimos y ella regresó inmediatamente a su casa. Yo ya había tomado la decisión y Beate Baumann, también. Nuestra colaboración comenzó a mediados de febrero de 1992, cuando retomé mi trabajo en Bonn.

Desde mi elección como diputada en el Bundestag alemán y mi nombramiento como ministra para Asuntos de la Mujer me había aclimatado bien en Bonn. La vida parlamentaria se concentraba en el distrito gubernamental y parlamentario. Por las tardes me reunía con los colegas del Bundestag en una casa de la Sociedad Parlamentaria Alemana, una asociación suprapartidista de diputados. Ya a principios de 1991 alquilé un pequeño piso en un edificio de construcción nueva en una ladera del barrio de Muffendorf, que forma parte del distrito de Bad Godesberg de la ciudad de Bonn. Me gustaba mucho el centro histórico de aquel antiguo pueblo vitivinícola, con sus casas de entramado de madera. Hasta que años después la sede del gobierno se trasladó a Berlín, la ciudad me resultó muy familiar.

Fui muy cuidadosa con la pierna fracturada, y mientras no pude apoyar el pie, de manera preventiva pasé las noches en el hospital Johanniter de Bonn. Así me lo había recomendado el médico personal de Helmut Kohl. Kohl, que en enero me visitó en el Hospital Charité de Berlín, quería que a pesar de mi grave lesión siguiera en el cargo.

Durante los meses siguientes, además de disponer de una secretaria de la Casa Konrad Adenauer, conté con el apoyo de Beate Baumann en una serie de proyectos que seguían la línea de lo que había apuntado en octubre de 1990 en mi primer breve discurso durante el congreso de unificación de la CDU. Esos proyectos insistían en que había que asumir y reparar la injusticia que se había producido en la RDA —como ejemplo, organizamos un acto al que llamamos *Die Kleinen hängt man, die Großen lässt man laufen** ('Cuelgas a los pequeños, sueltas a los grandes')—, analizaban la historia de los antiguos Estados del bloque del Este, cómo compensar las oportunidades perdidas de formación profesional o cómo reestructurar las universidades.

Sobre cada uno de estos temas organizamos debates con expertos. Nuestro trabajo culminó en un documento titulado *Wir leben gemeinsam in einem neuen Land* ('Vivimos juntos en un nuevo país'), que se ocupaba de la situación en los nuevos estados federales y que fue incorporado a las ponencias del congreso de la CDU en Düsseldorf en octubre de 1992. En el plano personal, este congreso puso fin al interludio que supuso para mí la vicepresidencia única del partido, que había ocupado Lothar de Maizière tras la reunificación alemana y hasta su dimisión en 1991, a raíz de acusaciones de haber sido colaborador informal del Servicio de Seguridad del Estado. Me asignaron una de las cuatro vicepresidencias de la CDU.

Mi despacho en la décima planta de la sede federal de la CDU en Bonn cerró sus puertas. Sin embargo, mi colaboración con Beate Baumann no había hecho más que empezar. Conoció mi circunscripción electoral, y en marzo de 1993 le propuse convertirse en mi asesora personal en el Ministerio Federal para Asuntos de la Mujer y de la Juventud, con lo que pasó a trabajar para mí a tiempo completo. Me encantó que Beate Baumann aceptara de inmediato mi propuesta. Se sentía a gusto con nuestra colaboración política y renunció a sus planes de doctorado y al período de prácticas tras el primer examen estatal. Más adelante hablamos a menudo de este

giro inesperado en su vida. Me alegró que asegurara que nunca se arrepintió de la decisión.

No tiene sentido especular sobre cómo habría transcurrido mi trayectoria política si no me hubiera roto la pierna y si a raíz de ello no hubiera conocido a Beate Baumann. Está claro que en algún momento, Christian Wulff y yo habríamos mantenido una conversación, pero desde luego no tan pronto como en 1992. Visto en perspectiva, aún obtuve algo bueno del accidente.

Tras las elecciones de 1994 al Bundestag, Beate Baumann se trasladó conmigo al Ministerio Federal de Medio Ambiente y prosiguió con su trabajo como mi asistente personal. A partir de mayo de 1995 sustituyó a Peter Rösgen al frente de mi oficina. Este excelente abogado había trabajado para mí desde 1991, y ahora asumía nuevas tareas en el ministerio y desde 2006, y durante muchos años, también en la Cancillería. Beate Baumann siguió siendo mi jefa de oficina tanto en mi etapa en la oposición, en la Casa Konrad Adenauer y en el grupo parlamentario de la CDU/CSU en el Bundestag, como durante los dieciséis años que ocupé el cargo de canciller. A lo largo de mi vida he contado con muchos y muy buenos asesores. Sobre algunos hablaré en este libro. Sin todos ellos, en especial sin Beate Baumann, mi carrera política no hubiese sido posible.

LA VECINA

Cuando en noviembre de 1991 Joachim y yo nos mudamos de la Schönhauser Allee a la Wilhelmstrasse, el piso de al lado seguía vacío. Eso cambió en la primavera de 1992, cuando Birgit Breuel se convirtió en nuestra nueva vecina. El 13 de abril de 1991, tres días después del funeral de Estado, fue nombrada sucesora de Detlev Karsten Rohwedder al frente de la Agencia Fiduciaria. Nacida en Hamburgo en 1937 y madre de tres hijos, procedía de una familia de banqueros. Durante ocho años fue diputada del Parlamento de la ciudad libre de Hamburgo. En 1978, Ernst Albrecht, entonces

ministro presidente del *Land* de la Baja Sajonia, nombró a Birgit Breuel ministra de Economía y Transportes y en 1986 ministra de Finanzas. Ocupó este cargo hasta la caída del gobierno de Albrecht en 1990. Al mudarse al piso de al lado, tuvimos ocasión de conocernos personalmente e iniciamos una relación de vecinos. De vez en cuando nos reuníamos los domingos por la tarde, normalmente en su Sívitar a su familia en Hamburgo los fines de semana. Nos sentábamos en su pequeña cocina o en el salón de su casa y tomábamos una taza de té. Teníamos mucho de que hablar. Yo le contaba lo que experimentaba como ministra y como diputada en mi circunscripción electoral de la costa, incluido el futuro del astillero Volkswerft de Stralsund.

En los años ochenta, el astillero contaba con más de ocho mil empleados. Constituía la mayor fuente de empleo de la zona y se había convertido en una seña de identidad de la ciudad. Los ciudadanos se identificaban con el astillero. Como todas las demás empresas, desde mediados de 1990, el astillero había pasado a ser propiedad de la Agencia Fiduciaria. Tras la unión monetaria dejaron de llegar encargos de la Unión Soviética. Ya no era factible una producción que cubriera los costes, y tras el colapso de la Unión Soviética, los clientes ya no eran solventes. Desde mi elección como diputada por la ciudad hanseática de Stralsund, muchas de mis conversaciones con los responsables de la ciudad, en particular con el alcalde Harald Lastovka (CDU), tuvieron como tema central el astillero. En repetidas ocasiones hablé sobre el futuro del astillero con políticos del área económica del grupo parlamentario CDU/CSU. En 1993, el Consejo de Administración de la Agencia Fiduciaria aprobó su privatización. El nuevo propietario mayoritario era Bremer Vulkan AG, un importante astillero de la ciudad de Bremen que desde 1988 dirigía Friedrich Hennemann, exconsejero de Economía de la ciudad libre de Bremen. En principio, que se hubiera aprobado su privatización ya era un éxito. Sin embargo, más de la

mitad de los antiguos ocho mil empleados fueron despedidos. Y desde el principio existieron sospechas de que las subvenciones para

los astilleros de Wismar y Stralsund no llegaban a su destino, sino que se desviaban a Bremen, ya que en aquel tiempo, Bremer Vulkan AG tampoco gozaba de una buena situación económica. Hablé varias veces con Hennemann sobre esta sospecha, pero negó los rumores con vehemencia.

No obstante, tres años después, en febrero de 1996, se demostró que se habían desviado subvenciones millonarias al astillero de Bremen. El uso no autorizado de esos fondos, que estaban destinados a los astilleros de Alemania Oriental, provocó la quiebra de Bremer Vulkan AG. Como consecuencia, la Agencia Federal para Operaciones Especiales de la Unificación (BvS), que había surgido en 1995 de la Agencia Fiduciaria, fundó junto con el gobierno de Mecklemburgo-Pomerania Occidental la Sociedad de Inversiones del Mar Báltico. El astillero de Stralsund se incorporó a esta empresa. La quiebra supuso una gran decepción para todos los implicados y reforzó los argumentos de los que opinaban que los competidores alemanes solo adquirirían las empresas de Alemania Oriental para reforzar su parte de negocio occidental. Pese a no compartir este reproche generalizado, estaba indignada. Por ese motivo, el 23 de febrero de 1996 participé en la manifestación de los empleados del astillero y del sindicato IG Metall por la supervivencia de la empresa. Fue la única vez en mi vida que participé en una manifestación sindical, y lo hice por convicción y por los empleados.

El astillero aún no estaba muerto. En 1997 se puso en funcionamiento una nueva nave de montaje, en aquel entonces la más grande del mundo, de 300 × 108 × 74 metros. Era un requisito indispensable para que el astillero Volkswerft pudiera construir también grandes portacontenedores. En enero de 1998 tuvo lugar una segunda privatización, cuando el astillero pasó a manos del grupo danés A. P. Møller-Maersk. Este no iba a ser su último propietario, pero describir en detalle la odisea posterior del astillero va más allá del alcance de este libro. Es una historia desgraciada que se alarga hasta nuestros días. Los empleados y responsables de la

ciudad hanseática de Stralsund la han vivido en su propia piel con una gran responsabilidad compartida.

Su intención era preservar el núcleo de la industria metalúrgica de la región con el fin de crear más puestos de trabajo. El *Land* de Mecklemburgo-Pomerania Occidental y el gobierno federal apoyaron este objetivo. Los comités de empresa del astillero prestaron excelentes servicios al astillero. Nunca eludieron su responsabilidad de enfrentarse a los respectivos propietarios, y estuvieron dispuestos a cerrar contratos con un salario inferior al acordado colectivamente si a cambio se garantizaba la supervivencia del astillero. Dieron ejemplo de lo que significa la cogestión en la empresa en el mejor sentido de la palabra.

Todo ello me sirvió para adquirir experiencia sobre la economía social de mercado. En primer lugar, agrupar empresas de un mismo sector productivo en un gran grupo con un número de empleados a menudo de cuatro cifras tal como se hacía en la RDA era cosa del pasado. A mediados de los años noventa, me di cuenta de que una estructura económica sostenible debía consistir en un mosaico de muchas unidades más pequeñas y competitivas. Además, en los nuevos estados federales las pequeñas y medianas empresas eran cada vez más importantes.

En segundo lugar, tomé conciencia de que hay personas que toleran o incluso promueven todo tipo de abusos.

En tercer lugar, comprendí que en tiempos de recesión económica los propietarios tienden a proteger por encima de todo el núcleo de su negocio. El astillero sufrió porque sus nuevos propietarios nunca tuvieron la sede principal en Stralsund. En la actualidad, este sigue siendo el caso de muchas empresas de los nuevos estados federales. Cuando la coyuntura económica era propicia, el astillero *Volkswerft* se beneficiaba; cuando no lo era, el astillero pasaba a un segundo plano.

En cuarto lugar, entendí que el astillero de Stralsund constituía y constituye un ejemplo de los retos que deben superar las empresas en un mercado globalmente muy competitivo y extremadamente dependiente de la coyuntura económica como lo es el de la construcción naval.

Mi concepción de una economía social de mercado, en la que la iniciativa privada y las condiciones marco estatales se complementan con éxito, fue la correcta cuando en Alemania se tomaban las decisiones oportunas. Cuando se trataba de autorizar ayudas —es decir, las subvenciones—, la responsable era la Comisión Europea. Sin embargo, esta concentraba sus esfuerzos en el funcionamiento del mercado único europeo; esto es, en que todas las empresas de los Estados miembro de la Unión Europea (UE) recibieran el mismo trato. Al hacerlo no prestaba la suficiente atención para garantizar que las empresas europeas fueran competitivas a escala internacional. Fuera de la Unión Europea se procedió a aumentar las subvenciones. Debido al reglamento de las subvenciones concedidas por la Unión Europea, ha sido imposible que en Europa se sigan construyendo buques portacontenedores competitivos para el mercado mundial, a pesar de la extraordinaria cualificación de los trabajadores europeos. Como resultado, se pierden puestos de trabajo y Europa pasa a depender de terceros.

Sobre estos temas, que en definitiva también se referían a las posibilidades de una política industrial europea, conversaba con Birgit Breuel cuando nos sentábamos a tomar té. Podía ser muy contundente en sus afirmaciones y sabía lo que quería. Incluso en la CDU de Hamburgo, dominada por los hombres, había aprendido a imponerse con sus argumentos. A ello se añadía la experiencia adquirida en la Baja Sajonia, lo que la ayudó a lidiar con las constantes críticas a su trabajo al frente de la Agencia Fiduciaria. Me quejé de las muchas deficiencias de las privatizaciones. Ella no transigía sin más. Muy al contrario, yo necesitaba de buenos argumentos y ejemplos contundentes para demostrarle que no todos los implicados en la Agencia Fiduciaria actuaban como defensores

del Este y que en muchas partes imperaba una auténtica fiebre del oro.

Pareció no creerse enseguida todo lo que le decía, pero se interesó por el conjunto de mis experiencias. De todos modos, su margen de maniobra estaba limitado, ya que era el Ministerio de Hacienda el que establecía el marco financiero para las privatizaciones. Aunque también en este caso, Birgit Breuel no dejó de señalarme que hacía tiempo que en las privatizaciones no podía hablarse de beneficios: en 1994, el balance final de la Agencia Fiduciaria mostraba un déficit de unos 270.000 millones de marcos alemanes. Este déficit se debía a que la agencia ya se había hecho cargo con pérdidas de las empresas de la RDA, y o bien las había saneado antes de venderlas, o bien el producto de la venta no compensaba el balance negativo de las empresas.

Entre nosotras se generó una confianza que no dejó de crecer. Un domingo de finales de 1993, cuando tomábamos el té en su casa, Birgit Breuel me comentó que más allá de su actividad profesional, no conocía a ningún alemán del Este. Por mi parte, admití que solo tenía unos pocos conocidos alemanes occidentales, aparte naturalmente de mis parientes de Hamburgo y de mis antiguos amigos del mundo académico. Y la verdad es que tampoco hablábamos mucho de los temas de actualidad más candentes. Birgit Breuel sugirió entonces formar un grupo de debate que incluyera tanto a alemanes orientales como occidentales. Me gustó la idea. Cada una de nosotras se encargó de proponer a los participantes, ella a los alemanes occidentales, Joachim y yo a los alemanes orientales.

Así fue como formamos un grupo de unas quince personas de Alemania Oriental y Occidental: además de Birgit Breuel, Joachim y yo, entre otros participaban el teólogo y filósofo Richard Schröder, el cirujano pediátrico Harald Mau, el director de cine Volker Schlöndorff y la escritora Helga Schubert. A lo largo de 1994 nos reunimos aproximadamente cada seis semanas

y debatíamos: ¿Cuál es el estado de la reunificación alemana? ¿Qué expectativas tenemos respecto al Estado? ¿Dónde debería aportar más cada uno de nosotros? ¿Qué significa la reunificación alemana para la Unión Europea? ¿Qué significa para el arte y la cultura?

¿Tomando como ejemplo la Universidad Humboldt, cómo se está reestructurando la ciencia? Por aquel entonces, esta cuestión afectó al posterior trabajo académico de Joachim.

El 27 de junio de 1990, la Academia de Ciencias de la RDA se transformó en una corporación de derecho público. El 11 de julio de 1990, el Consejo Científico inició la evaluación de los cerca de sesenta institutos de la academia, incluido mi antiguo instituto, el ZIPC. Fundado en 1957, el Consejo Científico es la comisión consultiva de política científica tanto estatal como federal más importante de Alemania. En el artículo 38 del Tratado de Unificación se estipulaba que hasta el 31 de diciembre de 1991, los institutos de investigación seguirían funcionando como instituciones de los estados federales, a no ser que previamente se hubieran transformado o disuelto. Inmediatamente después se transfirieron de forma gradual a la estructura existente de las instituciones científicas de Alemania Occidental. Eso también incluía la posibilidad de que los académicos que por motivos políticos no habían podido ejercer la enseñanza en las universidades de la RDA, pudieran hacerlo en las que ya estaban sujetas a un proceso de reestructuración. Joachim pudo aprovechar esa opción: de 1992 a 1996 ejerció como jefe del Grupo de Trabajo Max Planck de Química Cuántica en la Universidad Humboldt, y en 1993 fue nombrado catedrático de química física y teórica en la Facultad de Química de la Universidad Humboldt.

Casi veinte años después, en 2011, en un artículo titulado «El Este descontento y la exitosa reunificación», que publicó en la revista *Nachrichten aus der Chemie*, describe cómo reinició su carrera en la facultad. En una entrevista en el mismo número de la revista afirma: «Cuando se invocan los conflictos Oeste-Este, en realidad se trata de

los conflictos Este-Este. En el campo de la ciencia, la reunificación ha sido estructuralmente un éxito: pasados veinte años, las universidades y los institutos de investigación de los nuevos y antiguos estados federales juegan en la misma liga. Hoy en día, en el instituto científico de Adlershof trabajan más personas que en todos los institutos académicos de la RDA antes de 1990. Aunque también está claro que el proceso no hizo o no pudo hacer justicia a todo el mundo». Comparto su valoración.

El 31 de diciembre de 1994 finalizó la labor de la Agencia Fiduciaria y con ella la de su presidenta Birgit Breuel. Al año siguiente se mudó del piso de la Wilhelmstrasse. Aunque perdimos una vecina, para mí ha seguido siendo hasta hoy una interlocutora y una buena consejera.

ATENCIÓN AL CIUDADANO

Cada seis u ocho semanas celebraba unas sesiones de atención al ciudadano en la oficina de mi circunscripción electoral de Stralsund. La primera sesión tuvo lugar el 2 de mayo de 1991. En abril había encontrado un local adecuado en la Badenstrasse, justo detrás del ayuntamiento.

Mediante un anuncio en el *Ostsee-Zeitung* invité a los ciudadanos a que acudieran a mi oficina durante el horario de atención al público. Quería que tuviesen línea directa con la diputada que les representaba. No era necesario pedir cita.

Además de hablar sobre la tasa de desempleo elevadísima, durante las horas de atención al ciudadano se planteaban sobre todo cuestiones relacionadas con la propiedad privada del suelo.

En la RDA, los propietarios eran dueños de su casa, pero, por lo general, solo disponían de un

derecho de usufructo del suelo. Este era también el caso de Joachim y mío con nuestra pequeña casa de Hohenwalde. Por eso en tiempos

de la RDA nadie se interesaba por cuánto costaba un metro cuadrado de terreno. En 1990, con la transición a la legislación de Alemania Occidental, eso dio un giro radical. El Código Civil alemán estipulaba y estipula que la propiedad de un edificio y el terreno correspondiente son inseparables. De modo que en los nuevos estados federales, todos los propietarios tuvieron que adquirir el terreno en el que se habían construido sus casas. Se realizaron millones de inscripciones en los registros de la propiedad. Hasta que en septiembre de 1994 se promulgó la Ley de Consolidación del Derecho Inmobiliario, el consumidor no podía formalizar un contrato de compraventa o solicitar una indemnización por el derecho de superficie, pues en la mayoría de los casos los terrenos eran de propiedad estatal. La ley también regulaba el alcance de la indemnización. De esta forma se renunciaba expresamente a cobrar un precio de mercado por el terreno en que estaba la propiedad.

Más complicada resultó la adquisición de terrenos vacacionales o en los que había garajes. En algunos casos, salieron a la luz regímenes de tenencia muy complicados, ya que muchos de los que habían abandonado la RDA en algún momento de sus cuarenta años de existencia o habían sido expropiados recuperaron el derecho a reclamar sus propiedades. En la RDA, hacía tiempo que muchos registros de la propiedad no se habían actualizado correctamente. A esas alturas, todo el mundo debería haberse dado cuenta de que no revertir la reforma agraria llevada a cabo en la zona de ocupación soviética en 1945 había sido una decisión sabia y correcta. Sin embargo, en la antigua República Federal muchos seguían sin aceptar esta disposición del Tratado de Unificación y lucharon encarnizadamente contra ella.

De un día para otro, a las ventas privadas de inmuebles se les aplicaron los precios de mercado. En mi circunscripción electoral aquello tuvo un impacto dramático. En comparación con los vendedores del distrito de Grimmen, en el interior, quienes poseían casas en Rügen, en la costa del Báltico, multiplicaron por cien sus ganancias. De repente mi circunscripción se convirtió en una zona

con grandes desigualdades sociales. Muchos se sintieron decepcionados.

A mediados de los años noventa, un ciudadano acudió a mi oficina de atención ciudadana. El año anterior había conseguido inscribir en el Registro de la Propiedad un terreno urbano al que no le daba uso. Tal como me dijo, estaba contento porque estaba convencido de que al dar ese paso ya lo tenía todo en regla. Como se demostró más adelante, nada más lejos de la realidad.

Otro ciudadano había reclamado su derecho sobre esa propiedad, había llevado el caso a los tribunales y conseguido una sentencia favorable. A mi interlocutor le anularon la inscripción en el Registro de la Propiedad. Estaba furioso:

—¡La inscripción en el Registro de la Propiedad supone que la propiedad me pertenece! ¡No pueden sancionarme por una inscripción incorrecta! ¡Es *mi* propiedad! ¡No permitiré que me la quiten! ¡Tiene que hacer algo!

No obstante, yo no podía hacer nada. Tuve que informarle que a los parlamentarios no se les permite asesorar legalmente, y que tendría que consultar su caso con un abogado. Estaba decepcionado y amargado. A pesar de todo intenté animarle y le dije:

—Quizá pueda verlo de otra manera: en tiempos de la RDA nunca llegó a pensar que obtendría algo por esa propiedad. Aunque ahora la decepción es grande, por lo menos en la Alemania reunificada ambos podemos hacer cosas con las que en el pasado ni siquiera soñábamos. Así que intente no amargarse por esta desgracia y disfrute de lo inesperado.

Disponemos únicamente de una vida, y deberíamos procurar no malgastarla.

Me escuchó con atención. Sabía que mis palabras no podían ayudarle de ninguna manera, por lo que hubiera entendido

perfectamente que abandonara mi oficina echando pestes. En lugar de

ello se despidió de mí con estas palabras:

—La verdad es que no he conseguido una mierda. Pero dejando de lado eso, no le falta razón.

Más no podía esperar.

Tampoco lo tuvieron fácil los agricultores que tras la disolución de las cooperativas de producción agrícola (LPG) pretendían trabajar por cuenta propia y adquirir las tierras que habían aportado a las LPG mediante la Agencia Fiduciaria o el organismo que la sucedió, la Sociedad de Administración y Explotación de Fincas (BVVG). La Agencia Fiduciaria y la BVVG dependían del Ministerio de Hacienda y tenían el mandato legal de vender sus terrenos de la forma más rentable posible. Si los precios eran demasiado altos, los agricultores locales no estaban en condiciones de afrontarlos y se veían amenazados por la competencia de compradores occidentales más solventes. Todo ello indignaba a la población local. Como diputada participé en mi circunscripción electoral en reuniones entre los agricultores afectados y los empleados de la Agencia Fiduciaria, por lo general junto a Wolfhard Molkentin, miembro del Consejo del Distrito, que como exvicepresidente de una LPG conocía bien el paño. A menudo el tono era áspero. A veces, si los empleados de la Agencia Fiduciaria de Alemania Occidental no estaban familiarizados con los detalles, la situación amenazaba con descontrolarse. Yo hacía todo lo posible para evitar que se llegara a las manos. De una manera u otra, con mucha dedicación y atención a los detalles conseguimos calmar los ánimos. Cuando tuve que regresar a Bonn, Wolfhard Molkentin y su gente se ocuparon de todo.

Por otra parte, en la isla de Rügen se adquirían propiedades lucrativas que necesitaban reformas. Por ejemplo, un alemán occidental adquirió buena parte de las villas del paseo marítimo de

Binz, una localidad a orillas del Báltico, y publicó un anuncio. No es de extrañar que entre muchos lugareños se extendieran la envidia y el resentimiento. De acuerdo con las especificaciones de las autoridades encargadas de la protección de monumentos, el comprador restauró las villas siguiendo el estilo arquitectónico de los balnearios. Quedaron preciosas, pero a aquellos inmuebles solo se les podía sacar rentabilidad económica si se convertían en casas vacacionales. Hasta entonces, las casas las habían ocupado los mismos vecinos de Binz o habían sido utilizadas como residencias para la tercera edad y guarderías. Con ayuda del ayuntamiento hubo que buscar alojamiento para muchas personas, lo cual no resultó nada fácil. Unos pocos lugareños fueron bastante valientes y solventes económicamente para participar en las privatizaciones.

¡PAISAJES FLORECIENTES! ¿PAISAJES FLORECIENTES?

Casi todos coincidían en lo mismo: para desarrollarse económicamente, los nuevos estados federales requerían de una infraestructura de transportes completamente nueva. Günther Krause, el ministro de Transportes, había priorizado diecisiete proyectos para la mejora del transporte que consideraba esenciales. El 9 de abril de 1991, el gobierno federal decidió poner en marcha lo antes posible los denominados Proyectos de Transporte de la Reunificación Alemana. El proyecto decisivo para mi circunscripción electoral era el décimo, la autopista A-20. Su trazado comprendía el Kreuz Uckermark (Brandeburgo), el cruce de autopistas entre las localidades de Greifswald, Stralsund y Rostock, pasaba por Lübeck y cruzaba Schleswig-Holstein y la Baja Sajonia hasta la frontera germano-holandesa. Los diputados de los nuevos estados federales teníamos muy claro que con los eternos métodos de planificación anteriores, los diecisiete proyectos de transporte corrían el peligro de avanzar muy lentamente o simplemente no llegar a buen puerto. Había que modificar la normativa vigente en materia de autorizaciones. El 7 de

octubre de 1991, el gobierno decidió acelerar los procedimientos de autorización.

A partir de entonces, los políticos locales de Pomerania Occidental, con Wolfhard Molkentin a la cabeza, se tomaron como algo personal avanzar con la mayor rapidez posible y finalizar tramos concretos de la autopista. En diciembre de 1992 tuvo lugar la ceremonia de colocación de la primera piedra de la autopista A-20, aunque se realizó en la circunscripción de Günther Krause y no en la mía. Nunca he colaborado en un proyecto en el que todos los niveles de decisión —

distritos, *Länder* y Estado— cooperaran tan estrechamente para alcanzar lo antes posible el objetivo deseado. A pesar de todo, se prolongó mucho en el tiempo. No fue hasta más de diez años después, en diciembre de 2005, cuando ya siendo canciller pude inaugurar el tramo final de la A-20 cerca de Tribsees, a 37 kilómetros al suroeste de Stralsund. Y en 2007 tuve el honor de inaugurar el impresionante y hoy tan popular segundo puente sobre el brazo del Strelasund que une Stralsund y Rügen. En 2002, el casco antiguo de Stralsund, al igual que el de Wismar, a 130

kilómetros, fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. La mayoría de los cerca de cuatrocientos edificios catalogados de Stralsund fueron renovados, y tanto el museo marítimo en el monasterio de Santa Catalina como el Aquarium del puerto de Stralsund, con la pingüino Alexandra apadrinada por mí, han alcanzado una significancia suprarregional. Estos son los paisajes florecientes que en 1990 predijo Helmut Kohl. Los cascos antiguos de Stralsund y Greifswald se renovaron de acuerdo con los últimos descubrimientos en materia de protección de monumentos, se preservó la antigua arquitectura balnearia, se reconstruyeron los puentes marítimos, se declararon reservas de la biosfera y se crearon parques nacionales. Todo esto fue posible gracias a la gran cantidad de fondos destinados por el gobierno federal —es decir, de todos los contribuyentes alemanes— y a los incansables esfuerzos

de los entregados políticos locales, federales y del gobierno central comprometidos con el éxito de la reconstrucción del Este del país. Personalidades como Wolfhard Molkentin y Harald Lastovka representan a muchos y muchos otros.

Sin embargo, también es cierto que no todos estuvieron en situación de contribuir como hubieran deseado a la reconstrucción del Este del país. En 1999-2000, prácticamente el 20 % de la población en edad de trabajar seguía en paro. Muchos de los ciudadanos que en 1990 tenían entre treinta y cincuenta y cinco años fueron víctimas inocentes de unas reformas imprescindibles. En la RDA habían construido sus propias casas, habían trabajado en la industria, habían sido agricultores, veterinarios o artesanos y no lo tuvieron fácil para aprender un nuevo oficio y reciclarse. Con frecuencia tuvieron que recorrer largas distancias durante años, como muchos trabajadores del astillero de Stralsund que se desplazaban a Hamburgo. Más adelante, sus hijos abandonarían en masa sus lugares de nacimiento. Generaciones enteras de graduados de la Escuela Técnica Superior de Stralsund tuvieron que buscarse la vida en Múnich, Stuttgart y alrededores, lo que a su vez provocó un gran rechazo, porque los padres de estos hijos no pudieron ver crecer a sus nietos. Los hijos rara vez visitaban a sus familias, pues debían ocuparse de su futuro profesional. Por su parte, sus padres a menudo no podían quedarse con ellos mucho tiempo, ya que los pisos eran demasiado pequeños y en el sur de Alemania los alquileres de pisos más grandes eran demasiado altos.

El trato otorgado a las víctimas de la represión del SED generó especial amargura. Aunque desde principios de la década de 1990 las leyes de reparación por las injusticias cometidas por el SED se han revisado repetidas veces, todavía no ha sido posible hacer justicia a todos los grupos de víctimas. Muchas indemnizaciones estaban y siguen estando sujetas a condiciones muy estrictas. En cambio, en 1999, el Tribunal Constitucional de Alemania dictaminó que los beneficiarios de pensiones especiales y complementarias de la RDA también debían recibirlas en

la República Federal. Este grupo de personas incluía a altos funcionarios del aparato del Estado, empleados del Servicio de Seguridad del Estado y del Ejército Nacional Popular, así como directores de los grandes grupos y empresas públicas. Incluso hoy en día, en este concepto el gobierno federal y los nuevos estados federales siguen gastando anualmente unos mil millones de euros como media. Las indemnizaciones de las víctimas representan solo una fracción de esta suma.

La superficie de mi circunscripción electoral se amplió dos veces. Desde 1990, el número de personas que residía allí había descendido tanto que ya estaba por debajo del número de habitantes necesario para formar una circunscripción en el Bundestag. A una reforma del distrito le seguía otra. Los ciudadanos se veían obligados a recorrer distancias cada vez mayores para ir a la escuela, al hospital, al registro de la propiedad, a los juzgados, o para acceder a sus representantes electos en todos los niveles. Existen los paisajes florecientes, pero no forman una imagen completa. Eso no se debe únicamente a las sombras que proyectan los errores indeseables que heredó la RDA, que son más alargadas de lo que hubiéramos deseado y que desaparecen más lentamente de lo que se esperaba, sino también a la amargura que ha generado la incomprensión a la cual, a partir de 1990 y en adelante, se han tenido que enfrentar los ciudadanos de la RDA en Occidente y que ha quedado profundamente grabada en el alma de muchos de ellos.

En 1990 yo misma experimenté lo difícil que era hablarle abiertamente al público de Alemania Occidental sobre mi vida en la RDA. Cuando el 3 de octubre de 1992 afirmé en una mesa redonda en Schwerin que mi trabajo de doctorado en la Academia de Ciencias había sido calificado con una mala nota simplemente por haber escrito de forma demasiado positiva sobre el papel de los campesinos con relación a la clase obrera, se inició la caza mediática de ese trabajo.

Me hubiera gustado ponerlo a disposición del público, pero en casa no disponía de una copia, ya que había mecanografiado mi trabajo en una máquina de escribir y no había hecho copia en papel carbón. Como ya he mencionado, a menudo me pasaba que colocaba el papel carbón al revés y copiaba el original en el revés de la misma hoja en que escribía. Por aquel entonces no teníamos acceso a las fotocopiadoras sin autorización. De repente, a pesar de que había sido yo misma la que les había mencionado mi trabajo, pareció que intentaba ocultar algo a los periodistas. Poco después, gracias a un colega parlamentario del SPD de Brandeburgo, me enteré de que los periodistas no habían escatimado esfuerzos para localizar mi trabajo en los archivos de la antigua Academia de Ciencias. No lo consiguieron porque los documentos fueron destruidos pasados unos años.

Sin embargo, dejé de ser imparcial, y pensando en si lo que decía podía generar alguna sospecha, durante muchos años solo hablé con cortapisas de mi vida en la RDA. No fue hasta veintinueve años después, el 3 de octubre de 2021, durante mi último discurso público en el día de la Unidad Alemana, cuando abordé el tema abiertamente al formular la siguiente pregunta:

«De alguna manera, tras tres décadas de reunificación alemana, todos los que forman parte de mi generación y que provienen de la RDA, ¿no tenemos que demostrar una y otra vez que pertenecemos a nuestro país ya reunificado, como si nuestra historia anterior, es decir, la vida en la RDA, fuera en cierto modo algo de lo que deberíamos avergonzarnos?». Hacía referencia a un volumen publicado por la Fundación Konrad Adenauer no justo después de la reunificación alemana, sino en el año 2020, que incluía una contribución sobre mis dieciocho años como presidenta de la CDU en el que se afirmaba: «Cuando a los treinta y cinco años, durante los días de la caída del comunismo, llegó a la CDU con el lastre de su biografía en la RDA, estaba claro

que ella no podía ser fruto “de la base” social de la CDU según el viejo carácter de la Alemania federal». La lectura de esa frase me dejó sin aliento. Al parecer, incluso pasados treinta años, en el mejor de los casos mi vida en la RDA solo servía para generar escándalo, como fue el caso de mi trabajo de doctorado. Para algunos era inconcebible el hecho de que formara parte de nuestra historia compartida y de nuestro futuro en una Alemania reunificada.

CONTRA LAS AGRESIONES Y LA VIOLENCIA

Como ministra para Asuntos de la Juventud me ocupé del legado intangible de cuarenta años de existencia de la RDA y de la agitación que siguió a la reunificación alemana que, a diferencia de los problemas de las deficientes infraestructuras y del elevado desempleo, no era algo evidente a primera vista. Sentí que una mayoría de la CDU y la CSU me veía como alguien que exigía constantemente nuevos puestos de trabajo y financiación para el mercado laboral de los jóvenes.

Según ellos, en primer lugar, de eso no era responsable el gobierno central, sino cada uno de los estados federales y, en segundo lugar, no habría que recurrir a tales puestos si los padres cumplían con sus responsabilidades. Muchos estaban convencidos de que el negocio podía funcionar por sí solo si la economía marchaba bien y si los jóvenes tenían acceso a puestos de formación y de trabajo. No obstante, también había una minoría que veía las cosas de otro modo.

Entre ellos se encontraban, por ejemplo, Peter Hintze, teólogo nacido en 1950 en Bad Honnef (Bonn) y secretario de Estado en mi ministerio, así como Ronald Pofalla, abogado y pedagogo social nacido en 1959 en Kleve, en el Bajo Rin, y miembro de la Comisión para Asuntos de la Mujer y de la Juventud. Igual que yo, ambos eran diputados del Bundestag desde 1990. Más adelante trabajaría estrechamente con ellos durante muchos años. Compartían mi opinión de que la financiación estatal era necesaria para apoyar las

iniciativas de las entidades independientes; es decir, de asociaciones dedicadas a la infancia y la juventud.

En concreto, aquello era aplicable a los nuevos estados federales; puesto que las anteriores estructuras estatales de trabajo juvenil de la RDA habían desaparecido, había que desarrollar en primer lugar los programas de las entidades independientes. Al mismo tiempo, no perdimos de vista que había que sopesar escrupulosamente los pros y los contras de los programas estatales, en particular, en el trabajo con los jóvenes con orientaciones tanto de extrema derecha como de extrema izquierda, incluido el programa de acción contra las agresiones y la violencia. Me dediqué a desarrollar este programa cuando en 1991, en los nuevos estados federales, se produjo una ola de ataques violentos de jóvenes de extrema derecha contra extranjeros. Alcanzó su triste culminación en septiembre de 1991, cuando durante días en la ciudad sajona de Hoyerswerda tuvieron lugar ataques de corte racista contra un albergue para trabajadores extranjeros y un centro para refugiados. Ante aquellos actos de violencia, como ministra para Asuntos de la Juventud no quise quedarme de brazos cruzados. Gracias al programa de acción antes mencionado, entre 1992 y 1994 se destinaron anualmente veinte millones de marcos alemanes al trabajo social en treinta regiones prioritarias destinados a 144 proyectos en los nuevos estados federales. El objetivo del programa era prevenir, o al menos reducir, el recurso a la violencia por parte de los jóvenes. Más adelante, el programa se prorrogó hasta 1996.

Cuando el 17 de febrero de 1993 visité un club juvenil en el distrito de Groß Klein, en Rostock, unos jóvenes me dijeron:

—¡Si no tenemos nada en lo que entretener el tiempo libre, nada de nada!

Tenían entre quince y diecisiete años. Antes me había reunido con trabajadores sociales de la ciudad. El motivo de mi visita eran los disturbios que unos meses antes, en agosto de 1992,

habían sacudido Alemania, cuando varios centenares de militantes de extrema derecha atacaron el principal centro de acogida de solicitantes de asilo de Rostock y un albergue en la llamada

«Casa de los girasoles», de Rostock-Lichtenhagen, para antiguos trabajadores vietnamitas.

Respondí al reproche de los jóvenes:

—De acuerdo, mi ministerio invierte dinero en programas que también permiten que vuestro club esté abierto. Pero ¿no podéis buscaros por vuestra cuenta otros sitios donde hacer algo?

Los jóvenes debieron tener la impresión de que yo había caído de otro planeta. En cualquier caso, no obtuve respuesta, sino que contemplé unos rostros que solo reflejaban aburrimiento.

También los monitores con los que hablé a continuación estaban preocupados. Parecían temer que si no me hablaban del éxito del proyecto, la ministra llegada desde Bonn cerraría el grifo de la financiación. Sin embargo, mi viaje no era de inspección y no tenía previsto cancelar ningunas ayudas, pero sí quería que tuvieran sentido. Por eso también tuvimos que asegurarnos de que quienes trabajaban con los jóvenes no tuvieran ellos mismos una tendencia a las ideologías extremistas. Aquello era crucial para la aceptación del programa. Por lo que pude ver en el club de Rostock, este no era el caso.

Muchos de los jóvenes a los que conocí en Rostock tenían trabajo — en algunos casos eran sus padres los que estaban sin empleo— y, aun así, habían acabado militando en la ultraderecha, si bien es cierto que el desempleo nunca debería justificar el odio a la humanidad. En tiempos de la RDA ya existía la xenofobia. De forma muy sutil y siempre asociada a la envidia contra la población polaca. Se decía que cuando los polacos venían a comprar a la RDA nos dejaban sin palos de escoba y otras cosas. Los trabajadores temporales vietnamitas, mozambiqueños o angoleños —en la RDA se

les denominaba trabajadores subcontratados, lo que vendría a ser el *Gastarbeiter*, trabajador invitado, de las primeras décadas de la antigua República Federal— no debían ser muy visibles en las calles. Para eso pernoctaban en albergues alejados del centro.

Además, apenas tenían permitido viajar a otras ciudades para visitar a sus conciudadanos. La integración era un concepto desconocido.

Incluso después de la reunificación alemana, el carácter autoritario y dictatorial del estado controlado por el SED se hizo notar. Aunque tres cuartas partes de los jóvenes aprovecharon sus nuevas oportunidades de libertad, también hubo jóvenes desorientados, con sentimientos de inferioridad frente a los de Alemania Occidental y que añoraban la autoridad. El hundimiento de la RDA dejó a algunos de ellos con un vacío extraordinario; los valores que habían aprendido y experimentado, indispensables para convivir en una sociedad democrática, ya no existían. De un día para otro, los maestros tuvieron que enseñar nuevos valores y aportar una visión diferente de la historia, el Estado y la sociedad. A muchos les resultó difícil y vieron menguada la autoridad sobre sus alumnos. En ocasiones, los autores de los actos violentos recibieron el apoyo indisimulado de la población, lo que les dio un falso concepto de reconocimiento.

Todo esto tuvo lugar en un momento de gran tensión política en Alemania, cuando muchas personas huían de la guerra en la antigua Yugoslavia, y que dio lugar a un agrio debate sobre el derecho de asilo contemplado en nuestra Constitución. Tanto con los sucesos de Rostock-Lichtenhagen, como con los dos terribles incendios provocados en noviembre del mismo año en dos casas habitadas por familias turcas en Mölln (Schleswig-Holstein) y, en mayo de 1993, en una casa habitada por otra familia turca en Solingen, en nuestra sociedad se desató un alto grado de agresividad, crueldad y misantropía.

Casi veinte años después, en noviembre de 2011, se hizo pública la mayor serie de asesinatos de extrema derecha de la historia de la República Federal de Alemania. El responsable de los crímenes fue el grupo terrorista Nationalsozialistischer Untergrund (NSU, Clandestinidad

Nacionalsocialista), formado en Turingia en 1998. De 2000 a 2007, la NSU asesinó a sangre fría a nueve inmigrantes y a una mujer policía. A partir de 1999 perpetró además atentados con bomba, hiriendo a ciudadanos, y numerosos atracos a bancos. Los terroristas de Jena no fueron localizados durante más de una década y el verdadero motivo de sus crímenes siguió siendo un misterio. Esto se debió a que en lugar de considerar los círculos de la extrema derecha, la investigación se centró principalmente en el entorno de la mafia y del mundo de la droga o entre los familiares de las víctimas. El fracaso de la investigación resultó terrible. Durante el acto conmemorativo celebrado en Berlín el 23 de febrero de 2012, en mi discurso pedí perdón a los familiares por haber estado bajo sospecha durante años y, al mismo tiempo, les prometí que nuestro Estado constitucional haría todo lo que estuviera en sus manos para esclarecer aquellos crímenes.

En el curso de las investigaciones posteriores de la policía y la judicatura, así como gracias al trabajo de las comisiones de investigación de los parlamentos locales de Turingia y Sajonia, salió a la luz que los tres principales autores de los crímenes del NSU habían frecuentado un club juvenil de Jena-Winzerla, un barrio-dormitorio de la ciudad, que aquel mismo año había reabierto sus puertas en un antiguo local de la FDJ, la Juventud Libre Alemana. Al igual que otros numerosos proyectos de trabajo social juvenil en Turingia y Sajonia de aquella época, la labor del club juvenil también se financiaba con fondos del Programa de Acción contra las Agresiones y la Violencia. El ideario de ultraderecha de los tres futuros miembros del NSU —

dos hombres y una mujer con edades comprendidas en 1991 entre los catorce y los dieciocho años— no pasó desapercibido para los trabajadores sociales del club juvenil. Al principio no constituyó un motivo para negarles la entrada al club, sino más bien para intentar alejarles de ese ideario ofreciéndoles actividades de ocio. Sin embargo, fracasaron en su objetivo; tras radicalizarse cada vez más, en 1993 y en 1994 los dos chicos fueron expulsados del club juvenil.

Como si se viera reflejado en un espejo ustorio, el caso de aquellos futuros terroristas de la NSU muestra el dilema del trabajo social juvenil con jóvenes de extrema derecha dispuestos a ejercer la violencia. Era un paseo por el filo de la navaja. Siempre ha existido el peligro de invertir el dinero del Estado de forma errónea en gente incorregible. ¿Debemos por eso dejar de invertirlo? Resulta imposible demostrar cuántos jóvenes no se radicalizaron gracias a nuestros programas. Muchos expertos nos advirtieron de que nos centráramos más en la prevención que en el trabajo específico con jóvenes radicalizados. Aunque tomé buena nota de esas advertencias, sigo creyendo que valió la pena el esfuerzo con cada uno de ellos, incluso con un programa como el de lucha contra las agresiones y la violencia.

IGUALDAD DE DERECHOS

¿FEMINISTA?

El 16 de enero de 1991, la CDU, la CSU y el FDP dieron por concluidas las negociaciones para formar un gobierno federal de coalición tras la reunificación de las dos Alemanias. En algún momento de aquellos días, Günther Krause me dijo:

—Le he oído decir a Kohl que vas a ser ministra. Algo relacionado con las mujeres.

No supe qué responderle. No recordaba ninguna conversación con el canciller en la que me hubiera informado personalmente de que me iba a nombrar ministra del gobierno federal. Lo único que tenía en la

memoria era un encuentro un tanto extraño de noviembre de 1990, poco antes de las elecciones federales. Kohl me había invitado a su despacho de Bonn para conversar.

—¿Cómo te llevas con las mujeres? —me preguntó.

Más adelante supe que desde el principio tuteaba a casi todas las mujeres.

Así que allí estaba yo, sentada en la Cancillería preparada para cualquier tipo de pregunta política y sin saber qué responder.

—¿Cómo me llevo con las mujeres? —repetí para pensarme la respuesta—. Tengo una hermana, y también tengo amigas. Aparte de la secretaria, en mi departamento de la Academia de Ciencias era la única mujer. Así que me llevo tan bien con las mujeres como con los hombres

—concluí.

Kohl pareció satisfecho con mi respuesta. Hasta que hablé con Krause casi me había olvidado de aquella conversación.

—Por parte de la CDU somos los dos únicos ministros originarios de los nuevos estados federales. Me encargaré de la cartera de Transportes —continuó Krause—. Como eres un año más joven que yo, ya no seré el más joven del gobierno. Es una pena, pero no importa —

comentó con una sonrisa, y añadió para mi asombro—: En cualquier caso, deberías comprarte algo decente para vestirte —y se marchó.

Así se produjo mi «nombramiento» como ministra para Asuntos de la Mujer y de la Juventud.

Ya no recuerdo si otros habían oído los rumores y me habían informado al respecto. Poco después recibí la confirmación oficial por

parte de Friedrich *Fritz* Bohl (CDU), ministro de la Cancillería. Pregunté a la secretaria de Günther Krause si podía recomendarme buenas tiendas de ropa en Bonn, y en el lujoso distrito de Bad Godesberg me compré un traje chaqueta azul oscuro que supuse satisfaría a los representantes de la CDU de Alemania Occidental cuando el 18 de enero de 1991 jurara mi cargo como ministra en el Bundestag. Sin embargo, en realidad no me sentía cómoda en él, sino en cierto modo elegante. Supuse que en la CDU para muchos resultaba demasiado alternativo mi estilo de vestir con faldas largas y chaquetas de punto. Para ellos, ese estilo debía ser más propio de una militante de los Verdes que de los conservadores.

En ese sentido, dentro de la desgracia, la pierna que me fracturé un año después fue casi una bendición. Tenía que agradecerse a Michaela Geiger, política de la CSU y entonces secretaria de Estado en el Ministerio de Cooperación Económica y Desarrollo. Me llamó al hospital para animarme. Le conté lo mucho que lamentaba no poder aparecer en público durante meses por mi pierna rota. Me tranquilizó y me dijo:

—Puedes utilizar las muletas para caminar, ya aprenderás a hacerlo.

No las tenía todas conmigo.

—¿Cómo voy a caminar con las muletas con un vestido o una falda? Me tropezaré constantemente.

—No te compliques la vida. En el Bundestag también puedes vestir pantalón en lugar de falda. Cuando te libres del fijador y te escayolen la pierna, te será mucho más práctico para andar con las muletas —me aconsejó.

—El año pasado ya me dijeron que me vistiera adecuadamente para la jura del cargo. No querría llamar la atención de nuevo —respondí.

—Tonterías, no lo harás. Yo he ido al pleno con un traje pantalón. Puedes hacer lo mismo.

¡Solo hace falta valor! —remarcó.

Le agradecí el consejo. ¿Un traje de chaqueta y pantalón como prueba de valor? Al menos así era entonces en la CDU y la CSU. Desde el punto de vista actual, se trata de una historia totalmente grotesca. Por fortuna, los tiempos han cambiado con rapidez.

Muchos años después, en la primavera de 2017, la moderadora de una mesa redonda con motivo de la presidencia alemana del G20 me preguntó: «¿Se considera feminista?». El G20 —el Grupo de los Veinte— es desde 1999 un foro informal que conforman diecinueve Estados y la Unión Europea, integrado por países industrializados y economías emergentes. En el estrado me acompañaban Máxima, la reina de Países Bajos, Christine Lagarde, en aquel tiempo directora del Fondo Monetario Internacional, e Ivanka Trump, la hija del entonces presidente estadounidense, Donald Trump. ¿Soy feminista? La pregunta me rondaba por la cabeza. Sentía que no podía contestar ni afirmativa ni negativamente. Pero ¿por qué? Desde hacía casi doce años era canciller de mi país. Como mujer que había llegado al cargo más poderoso del país podía ser un modelo para otras mujeres, también para las más jóvenes. Y quizá lo era.

También como ministra para Asuntos de la Mujer había hecho política a favor de las mujeres.

Había hecho campaña para la promulgación de una segunda Ley de Igualdad de Derechos que debía reformar la primera aprobada en 1957. El artículo 31 del Tratado de Unificación estipulaba que el poder legislativo de todos los alemanes —es decir, el Bundestag— debía seguir desarrollando la legislación sobre la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. En el Ministerio para Asuntos de la Mujer habíamos redactado un proyecto de ley que constaba de tres partes: la primera debía mejorar la compatibilidad entre la familia y la carrera profesional en la administración y los tribunales federales; la segunda establecía la paridad entre mujeres y hombres en los órganos en los que el gobierno federal tuviera voz o voto en

la toma de decisiones; y la tercera protegía a los empleados de empresas privadas y públicas de la violencia sexual.

La aprobación de la nueva ley resultó ardua. En mayo de 1993, el proyecto de ley fue aprobado por el gobierno. En septiembre se procedió a la primera lectura en el Bundestag. En especial los miembros de la CDU/CSU de la Comisión de Asuntos Jurídicos del Bundestag se propusieron impedir la aprobación del proyecto. Fueron sobre todo las medidas de protección ante el acoso sexual las que excitaron sus ánimos. Hoy resulta prácticamente inconcebible que la violación conyugal se tipificara como delito solo a partir de 1997. En el ministerio desarrollamos campañas para llamar la atención sobre la violencia contra las mujeres. Tuve la suerte de contar con los conocimientos políticos y jurídicos, así como los años de experiencia, de Renate Augstein, mi jefa de departamento. La tercera parte de nuestro proyecto de ley, que se ocupaba de la protección frente a la violencia sexual, también debía aplicarse al sector privado. Este fue el motivo de que, además de los miembros de la CDU/CSU de la Comisión de Asuntos Jurídicos, también los miembros de la Comisión de Asuntos Económicos presentaran batalla. Actuaron

como si en el caso de que la ley se hiciera realidad, los propietarios de las pequeñas y medianas empresas ya tuvieran un pie en la cárcel. Resultaba absurdo pensar así, pero el mero debate llevó a muchos representantes de empresas a manifestarse en contra de la aprobación de la ley. Por el contrario, muchas organizaciones de mujeres, además de la oposición formada entonces por el SPD y los Verdes, consideraron que el proyecto de ley era de mínimos, pues no contemplaba el procesamiento legal. Afortunadamente, la mayoría de las diputadas de mi grupo parlamentario me apoyaron. Si no lo hubieran hecho, me habría hundido sin dejar rastro.

Y si no hubiera contado con el apoyo de Wolfgang Schäuble. Ya en marzo de 1991, pocas semanas después de mi toma de posesión, hablé con él sobre el proyecto. Entonces aún era ministro del

Interior. Hacía medio año que un terrible atentado lo había dejado en silla de ruedas.

El motivo principal del encuentro era comunicarle mi deseo de que Willi Hausmann, a quien conocía de las negociaciones sobre el Tratado de Unificación, pasara de su ministerio al mío para nombrarle secretario de Estado. Werner Chory, mi secretario de Estado en aquel momento, estaba gravemente enfermo. Falleció en agosto de 1991 con solo cincuenta y ocho años. Al principio, a Wolfgang Schäuble le sorprendió que la persona elegida por mí fuera Willi Hausmann. En efecto, no era frecuente que un funcionario de éxito del importante Ministerio del Interior estuviera dispuesto a trasladarse al pequeño Ministerio para Asuntos de la Mujer, aunque ello le supusiera el ascenso a secretario de Estado. Sin embargo, tras pensarlo un momento, Schäuble aceptó. Así fue como aproveché nuestra conversación de marzo de 1991 para hablarle de la Ley de Igualdad de Derechos.

—Debemos actuar con urgencia, no solo por el mandato del Tratado de Unificación en sí —le dije—, sino también porque en todo el gobierno no hay ni una sola mujer secretaria de Estado, casi ninguna directora general y muy pocas secretarías generales.

Schäuble asintió y respondió:

—Tienes toda la razón. Necesitamos esta ley.

Sus palabras me animaron a añadir:

—Pero solo podré llevarla adelante si cuento con su ayuda. Tiene que apoyarla personalmente para que los funcionarios de su ministerio, responsables de la legislación en la administración pública, sepan que su ministro está detrás del proyecto.

Durante las negociaciones del Tratado de Unificación había aprendido que siempre que había existido voluntad política de resolver un problema se había alcanzado la correspondiente

formulación jurídica. Para mi alegría, durante nuestra conversación, Wolfgang Schäuble no dudó ni un segundo y me contestó:

—Cuenta con mi apoyo. También en mi propio interés quiero que el proyecto llegue a buen puerto.

Sin el apoyo ni la astucia de Wolfgang Schäuble, aquel proyecto de ley de 1993 no habría salido adelante. Tampoco sin el apoyo de Jürgen Rüttgers. Schäuble fue nombrado presidente del grupo parlamentario de la CDU/CSU en el Bundestag, y Jürgen Rüttgers fue su primer secretario y, por lo tanto, su mano derecha en el grupo parlamentario. Nacido en Colonia en 1951, este doctor en derecho, que entre 1994 y 1998 fue ministro de Investigación y Educación durante el último mandato de Helmut Kohl, y más adelante ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia, tenía sus raíces en la CDU católica de Renania.

—Estamos preparando un paquete de leyes —me explicaron—, así matamos varios pájaros de un tiro y su Ley de Igualdad de Derechos saldrá adelante.

Aquello tenía sentido. Al planificar el orden del día del Bundestag, Schäuble vinculó el proyecto de Ley de Igualdad de Derechos con la segunda y tercera lectura final de otros

proyectos de ley diferentes. Y, de hecho, funcionó, pues la ley fue aprobada. El 24 de junio de 1994, Richard von Weizsäcker, el presidente federal, firmó el decreto-ley, que entró en vigor el 1

de septiembre de 1994, mes y medio antes de las siguientes elecciones generales.

Casi al mismo tiempo se debatió el artículo 3 de la Constitución, en el que se estipula la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Se procedió a su ampliación. El texto añadido dice: «El Estado promoverá la consecución efectiva de la igualdad de derechos entre la mujer y el hombre y trabajará para que desaparezcan las

desventajas existentes». Esta modificación de la Constitución entró en vigor el 15 de noviembre de 1994. La Ley de Igualdad de Derechos pretendía contribuir a hacer realidad este objetivo de Estado.

Sin embargo, estaba desilusionada. Desilusionada por la resistencia con que la ley se había encontrado una y otra vez para salir adelante. Y estaba horrorizada. Horrorizada por cómo se la había posicionado en contra del desarrollo económico de nuestro país.

A pesar de todo, no me desanimé. Y unos veinte años más tarde, como canciller no solo había puesto en marcha muchas iniciativas para el acceso de las mujeres a los puestos de liderazgo y la formación de redes entre ellas, sino que también había conseguido que las mujeres ocuparan la mitad de los puestos directivos de la Cancillería. Aquello era paridad, la misma participación de mujeres y hombres. Paridad en todos los ámbitos: este ha sido siempre mi objetivo.

Pero ¿eso me convertía en feminista?

Todo aquello me rondaba por la cabeza cuando en el estrado de la Cumbre de Mujeres del G20 me preguntaron:

—¿Se considera feminista?

Mientras intentaba ganar tiempo para organizar mis pensamientos, fui dando rodeos en mi respuesta. Por un lado, por el otro, decía sin decidirme. Desde el público, que se notaba que sentía simpatía por mí, me gritaban:

—¡Dilo! *Say it!*

—Si ustedes creen que lo soy, entonces voten, ¿de acuerdo? — respondí.

La reina Máxima intentó echarme un cable:

—¿Qué significa este concepto? Yo simplemente deseo que todas las mujeres puedan elegir libremente, que puedan aprovechar las oportunidades de las que disponen, que disfruten de los mismos derechos, siempre y en todas partes, que estén orgullosas de sí mismas. Si eso supone ser feminista, entonces también lo soy, por lo demás, no sabría decirlo —argumentó de forma muy convincente.

Máxima me tendió un puente. Tal como afirmé al finalizar el debate, podía estar de acuerdo con una «buena definición» como aquella. El público se dio por satisfecho.

A pesar de todo, seguía sintiéndome incómoda. ¿Lo que me inhibía era mi desconfianza a ser etiquetada y encasillada en un grupo? Ya en la RDA no lo había soportado y también en Occidente tenía que defenderme constantemente. Como mujer en el mundo de la política, enseguida se me sugirió participar en las comisiones de asuntos sociales de la CDU. Al fin y al cabo, son las mujeres las que se interesan por las cuestiones sociales. O se daba por sentado que por proceder de Alemania Oriental debía ser una persona en especial desconfiada, ya que el Servicio de Seguridad del Estado me había tenido bajo vigilancia. Así era constantemente. Esta podría ser una de las razones de mi indecisión a la hora de definirme como feminista. Aunque tal vez no fuera la única.

¿Cómo fue en el caso de mi familia? En lo que se refiere a la educación, mis padres no hicieron distinción alguna entre mi hermana Irene y yo, por un lado, y mi hermano Marcus, por el otro. Su deseo era que los tres desarrolláramos al máximo nuestros talentos. No obstante, había

visto que mi madre tuvo que enfrentarse a mi padre por su independencia profesional, y que, a su vez, a Irene y a mí nos había implicado más en las tareas domésticas que a Marcus.

¿Qué puedo decir de mi posición frente a la situación de la mujer en la RDA? Las mujeres fueron necesarias como mano de obra a causa

de la escasa eficiencia de la economía. Este fue el principal motivo — y no que madres y padres coincidieran en la necesidad de la igualdad entre géneros— de que, en comparación con Occidente, el Estado del SED proporcionara muchas más plazas de guardería. Sin embargo, eso no impidió que además de trabajar, las mujeres tuvieran que realizar la mayor parte de las tareas domésticas.

Tampoco existía la paridad de género en las estructuras de poder de la RDA. En 1989, solo 26

de los 221 miembros y candidatos del Comité Central del SED eran mujeres. En los cuarenta años de existencia de la RDA, ni una sola mujer accedió al Politburó, el núcleo duro del poder en la RDA. Solo dos mujeres llegaron a ser candidatas al Politburó, aunque sin derecho a voto. Y al frente de las grandes empresas socialistas solo en casos excepcionales hubo mujeres. A finales de la década de los ochenta, el porcentaje en los puestos directivos de la industria en general, es decir, de las empresas estatales, era del 20 %.

En el mundo de la ciencia la situación era similar. Ya desde el inicio de mi trabajo como científica tuve claro que nunca podría acceder a un cargo directivo. Sin embargo, los límites que el Estado me había impuesto no se basaban en mi género, sino en mi procedencia. La RDA era una dictadura. Cuando me presenté en Ilmenau ya no cumplía con sus expectativas. Habría podido abrirme camino como una simple científica, aunque no podía aspirar a más. Así que si existía algún motivo para rebelarme era contra el adoctrinamiento socialista y la falta de libertad de expresión, pero no contra el trato discriminatorio por ser mujer.

En todo caso, siempre me interesaron las biografías de mujeres excepcionales, en especial la de Marie Curie, la destacada física y química franco-polaca, merecedora en dos ocasiones del premio Nobel. También leí *Memorias de una joven formal*, el primer volumen de las memorias de Simone de Beauvoir. No recuerdo si mis padres recibieron el libro de Occidente o si se llegó a publicar en la RDA.

Pero sí recuerdo que me impresionó la forma en que De Beauvoir abandonó el comportamiento tradicional propio de casa de sus padres. Aunque cuando en 1999 leí el libro *Simone de Beauvoir: Rebellin und Wegbereiterin* (*Simone de Beauvoir: rebelde y pionera*), de Alice Schwarzer, me di cuenta de que para Simone de Beauvoir, el feminismo y una visión socialista del mundo iban de la mano. A mí me parecía que ese feminismo era una ilusión. Para mí no era una opción viable.

A diferencia de muchos ciudadanos de Occidente, para mí el año de 1968 no se caracterizó por una ruptura con las convenciones sociales tradicionales, sino por la invasión de Checoslovaquia por parte de las tropas del Pacto de Varsovia, que acabaron de forma brutal con la Primavera de Praga. Además, muchas de las acciones feministas de los años sesenta y setenta me parecían extravagantes y descaradas. Pese a que era lo que se suponía que debían ser. Por el contrario, en la RDA estaba acostumbrada a saber leer entre líneas. La confrontación como forma de proceder me desalentaba. La lucha por una mayor participación de las mujeres nunca fue una lucha básicamente en contra de los hombres, tampoco en el ejercicio de la política. En cambio, me preguntaba si las feministas eran capaces de confiar en que los hombres lucharan junto a ellas contra las estructuras masculinas restrictivas. Sobre todo porque había experimentado literalmente en mi propia piel que las mujeres podían comportarse de manera insolidaria con las personas de su mismo sexo. Por poner un ejemplo, durante mi mandato como ministra para Asuntos de la Mujer, al inicio de una sesión del gobierno, una fotógrafa no se avergonzó a la hora de estirarse en el suelo para poder fotografiar los tacones gastados de mis

zapatos. ¿Qué imagen de mujer perseguía? Ni rastro de solidaridad entre las mujeres.

Tras la reunificación alemana, partía de la base de que en una democracia las libertades individuales dan paso casi automáticamente a la paridad entre mujeres y hombres. Esa era la

razón de que pensara que en una sociedad el esfuerzo individual debía conducir a la igualdad de género. Por eso al principio era reacia a aceptar las ayudas estatales a determinados segmentos de la sociedad. Los hechos deberían haberme demostrado enseguida que estaba equivocada, pero mi entusiasmo por la nueva libertad en general nubló mi visión de la realidad. Tuve que reconocer que nada se desarrolla por sí solo. Aunque tuvieran la misma cualificación que los hombres, no se seleccionaba a las mujeres ni se las tenía en cuenta para los puestos directivos. Tuve que aprender que el apoyo estatal a las mujeres era indispensable. Precisamente por eso fue necesaria la Segunda Ley de Igualdad de Derechos en la Función Pública, cuyo cumplimiento me puse por bandera. Y precisamente por eso más adelante cambié de opinión sobre las cuotas de género en los negocios y la política en todos los niveles. Los hechos me demostraron que eran imprescindibles para avanzar. E incluso con ellas todo resultaba bastante difícil.

También aprendí que la llamada libertad de elección, la palabra mágica de la CDU y la CSU

para decidir cómo conciliar la familia y la carrera profesional, era de hecho un caballo de Troya.

Como ministra para Asuntos de la Mujer, de vez en cuando dialogaba con pequeños grupos de mujeres, tanto de Alemania Oriental como Occidental, y me encontré con grandes dosis de amargura al conversar acerca de los prejuicios mutuos, de lo alcanzado en cada una de nuestras vidas, de cómo hacer frente a la presión de las expectativas sociales, de las madres y de las llamadas «malas madres», por suerte, un atributo apenas imaginable hoy en día. Me di cuenta de que sin las condiciones marco adecuadas, las mujeres no pueden sentirse iguales siempre y en todas partes, ni tampoco lo son.

Si hoy volviera a estar sentada en un estrado como el de la Cumbre de Mujeres del G20 y la moderadora me preguntara «¿Se considera

feminista?», habría ordenado mis pensamientos y le respondería: «Sí, a mi manera soy feminista».

RIGIDEZ DE CUELLO

En las negociaciones sobre el Tratado de Unificación no fue posible alcanzar un consenso para la nueva redacción de los artículos 218 y siguientes del Código Penal alemán; es decir, los relativos a la interrupción del embarazo. A finales de 1992, el Bundestag tuvo que subsanar la situación.

Durante ese lapso siguieron vigentes las antiguas regulaciones de la Alemania Oriental y Occidental. En los nuevos estados federales seguía en vigor la ley de interrupción del embarazo aprobada por la Cámara Popular de la RDA en 1972, en la que el aborto se contemplaba como un método anticonceptivo. Las mujeres tenían derecho a interrumpir el embarazo durante los tres primeros meses de gestación. Tras las elecciones de 1990 a la Cámara Popular, en su acuerdo de coalición bajo el gobierno de De Maizière, tanto la CDU como el SPD de Alemania Oriental se pronunciaron a favor de mantener aquella opción. Por su parte, en la antigua República Federal se siguió aplicando la ley de 1976, según la cual el delito de aborto no se castiga en determinadas condiciones, las llamadas indicaciones. Esta regulación estaba vinculada a la obligación de contar con asesoramiento médico. Esto estuvo precedido de fuertes disputas sociales a raíz de la ley aprobada el 18 de junio de 1974 por el gobierno del SPD y el FDP dirigido por el canciller Helmut Schmidt (SPD) que legalizaba el derecho a interrumpir el embarazo durante los tres primeros meses de gestación. Sin embargo, solo tres días después, a petición del estado de Baden-Württemberg, el Tribunal Constitucional dictó una medida cautelar que impidió la entrada

en vigor de la nueva ley. En febrero de 1975, el Tribunal Constitucional declaró finalmente su inconstitucionalidad. Como consecuencia, para reformular los artículos 218 y siguientes se optó por el modelo de indicaciones.

Tras la reunificación alemana, la reformulación de los artículos 218 y siguientes se convirtió en un asunto de gran carga emocional, sobre todo para las mujeres en situación de embarazo conflictivo, pero también porque el debate asociado decía mucho sobre la visión que nuestra sociedad tiene de las mujeres y sobre la forma en que se enfrenta a la vida al principio y al final.

La tarea resultaba extremadamente difícil, incluso sobre el papel. Empezaba con la competencia formal del gobierno federal. El ministro de Justicia era responsable de las normas especificadas en el Código Penal; la ministra para Asuntos de la Familia, del asesoramiento a las mujeres embarazadas; y yo, como ministra para Asuntos de la Mujer, de nada en absoluto en sentido estricto; en el mejor de los casos hacía valer mi segunda responsabilidad como ministra para Asuntos de la Juventud mediante la Ley de Bienestar Infantil y Juvenil que legislaba el derecho a una plaza de guardería, que el gobierno federal también había acordado en su coalición. Con ello se pretendía mejorar la conciliación de la vida laboral y familiar, en especial para las familias monoparentales, facilitando así la toma de decisiones a la hora de tener hijos. En la CDU y la CSU, muchos estaban convencidos de que la ministra para Asuntos de la Mujer no debía tener competencias en el tema del aborto. No obstante, fuera de este grupo, nadie entendía por qué justamente la ministra para Asuntos de la Mujer no tenía prácticamente nada que decir sobre una cuestión que afectaba a todas las mujeres.

Al partir de la sentencia de 1975 del Tribunal Constitucional, consideré que estábamos bien asesorados, por lo que al reformular los artículos 218 y siguientes para una Alemania reunificada no aumentábamos los márgenes de su aplicación. Además, sobre este tema los puntos de vista políticos de la CDU y la CSU, por un lado, y del FDP, nuestro socio de coalición, por el otro, diferían mucho. La Iglesia católica, con su postura restrictiva, también ejercía una gran influencia en la opinión de la coalición formada por la CDU y la CSU. Como resultado, el gobierno federal fue incapaz de presentar su propio proyecto de ley para la reformulación de los artículos 218 y

siguientes. La única solución posible era que el grupo parlamentario de la CDU/

CSU y el grupo parlamentario del FDP elaboraran cada uno sus propios proyectos y que luego se sometieran a votación en el Bundestag. Por esta razón, a partir de mayo de 1992 participé en innumerables rondas de conversaciones en el grupo parlamentario de la CDU/CSU. En la reformulación de los artículos 218 y siguientes fui partidaria del asesoramiento médico obligatorio, combinado con la exigencia de ofrecer a las mujeres en situación conflictiva la posibilidad de ayuda en caso de que decidiesen tener su hijo. Sin embargo, por otra parte consideraba inadecuada cualquier forma de injerencia judicial para comprobar la situación de emergencia de la mujer sobre la base de un protocolo escrito de asesoramiento. Eso no se correspondía con mi imagen de la mujer. A la hora de tomar su decisión, yo tenía puesta la confianza en la responsabilidad de las mujeres.

Aunque el debate, sobre todo en la CDU/CSU, se caracterizó por todo lo contrario: en lugar de confianza se impuso la desconfianza, como si constantemente se dieran por sentadas las decisiones frívolas de las mujeres para erigir murallas legales contra ellas, preferiblemente con penas legales. El ambiente era cualquier cosa menos tolerante. En ocasiones, también tuve la impresión de que para no entrar en conflicto con la opinión mayoritaria de nuestro grupo parlamentario, algunas personas temían debatir el asunto en profundidad. Los debates fueron intensos, algunas de sus aportaciones de un nivel ínfimo, como cuando se tocó el tema del derecho sucesorio de los hijos naturales, cuando se llegó a preguntar si el «producto de una

noche de verano filipina» —así es como se expresó— debería tener los mismos derechos que un niño alemán. Desde el punto de vista de la Unión y más allá de cierto punto que yo no entendía exactamente, tenía la impresión de que lo que yo pudiera pensar era censurable. En todo caso, no se trataba de un debate sobre el mejor

camino para seguir. Solo con algunas personas, como Heiner Geißler, el antiguo ministro de Familia, o Rita Süßmuth, la expresidenta del Bundestag, las cosas eran diferentes.

Personalmente, topé con la desconfianza de mi propio partido. Esto alcanzó su punto álgido los días 4 y 5 de octubre de 1991, un viernes y sábado, durante la reunión de las juntas directivas de la CDU y la CSU en el monasterio bávaro de Banz. Como ministra era también miembro de la junta directiva de la CDU. El debate se centró también en los artículos 218 y siguientes, por lo que tenía claro que debía intervenir en mi calidad de ministra para Asuntos de la Mujer. Así que pedí mi turno de palabra y, de paso, miré a Helmut Kohl, que era el encargado de confeccionar la lista de ponentes por parte de la CDU. Siempre lo hacía personalmente, porque así podía decidir el orden de los oradores. Por su cara de malhumor me di cuenta de que mi petición no le entusiasmaba en absoluto. Solo cuando entendió que no daría el brazo a torcer anotó mi nombre en la lista. Tuve que esperar un buen rato antes de tomar la palabra.

Cuando por fin me llegó el turno, expuse mi postura sobre los artículos 218 y siguientes.

Aunque al cabo de unos pocos segundos experimenté una sensación desconocida: a cada palabra que decía me aumentaba la rigidez en el cuello y la nuca. Como si me hubieran lanzado un maleficio. Cuando terminé de hablar, apenas podía mover el cuello y, si lo conseguía, el dolor era infernal.

Cuando el sábado por la tarde finalizaron las jornadas, viajé a Hohenwalde. El dolor no remitía. Muy al contrario, el domingo tuve que ir a ver al médico del pueblo vecino. Me inyectó varias dosis pequeñas en la espalda para que remitiera el dolor. Aquello me alivió. Siguiéron muchas semanas de fisioterapia. Nunca había experimentado una reacción física tan inmediata a una intervención en público.

Sin embargo, fuera del mundo de la CDU y la CSU, en especial entre las asociaciones de mujeres, mi postura frente a los artículos 218 y siguientes se consideraba retrógrada. En aquellos círculos, las simpatías estaban claramente a favor de legalizar el aborto durante los tres primeros meses de gestación. Ahora, en esta cuestión había que ponerse al día, algo que durante los años setenta no pudo llevarse a cabo en la antigua República Federal. Nadaba entre dos aguas.

Tras meses de debate, el 25 de junio de 1992 tuvieron lugar en el Bundestag las deliberaciones finales sobre los artículos 218 y siguientes del Código Penal. Nuestro grupo parlamentario prescindió de la disciplina de voto, así que pudimos votar en conciencia. Además del proyecto de ley propuesto por el grupo parlamentario CDU/CSU, que incluía el asesoramiento médico obligatorio documentado y eliminaba la pena legal en caso de que la mujer afectada alegara urgencia psicosocial, se sometieron a votación otros proyectos de ley, las llamadas mociones parlamentarias, propuestas por varios diputados, algunos de ellos de otros grupos. Intervine en el debate y expliqué mi postura. En primer lugar, hice hincapié en el

«mandato constitucional» que tiene el legislativo, el Parlamento, «de proteger toda forma de vida, incluida la del nonato». En segundo lugar, expliqué que «esta vida solo se debe proteger con la mujer y no en contra de ella». En relación con la moción del grupo parlamentario de la CDU/CSU añadí que para mí era crucial aclarar «que los aspectos subjetivos son de importancia primordial a la hora de evaluar una emergencia psicosocial». Me pronuncié en contra de la obligación de documentación prevista en el texto presentado por la CDU/CSU, porque albergaba el riesgo de «perturbar de forma permanente la relación de confianza entre las mujeres y los

médicos». Sin embargo, tras sopesarlo todo y por la disciplina de voto debida a mi grupo parlamentario, voté a favor de la moción de la CDU/CSU, que no obtuvo la mayoría necesaria.

Para alcanzar una mayoría, los miembros del grupo parlamentario del SPD, del FDP, de los Verdes y algunos de la CDU y la CSU presentaron su propia moción. En mi intervención comenté también esta moción. Contemplaba la obligación de proporcionar asesoramiento médico, y a diferencia de la moción de la CDU/CSU, para eso no estipulaba un requisito de documentación, lo cual acogí con satisfacción. Si bien me pareció un error que evitara nombrar con claridad el objetivo del asesoramiento médico; es decir, evitar la interrupción del embarazo.

Por esa razón, a diferencia de los otros 32 diputados de la CDU/CSU, decidí no votar a favor de la moción, aunque tampoco rechazarla, por eso me abstuve. Para mí fue la forma de solucionar el dilema. No obstante, la opinión pública me castigó por eso.

Hoy en día puedo comprender muy bien el disgusto que generaron mis vaivenes. Tuvieron poco que ver con la valentía y, menos aún, con la claridad de ideas. Había sido presa de la mezcla de una autonomía muy cautelosa, de mi preocupación más que justificada —como se vio más tarde— por la postura del Tribunal Constitucional frente a la ley y, en no menor medida, de la disciplina de voto de mi grupo parlamentario. En una conversación privada tuve que informar por adelantado al canciller de mi abstención, considerada por muchos lamentable, ya fuera en conciencia o no. Solo pensaba en contentar a todo el mundo, lo que me impidió actuar según mis convicciones y en las deliberaciones finales votar a favor de aquella moción en lugar de abstenerme.

El 26 de junio de 1992, cerca de la una de la madrugada, la moción fue aprobada por mayoría.

El 27 de julio, el presidente federal firmó la ley, y el 4 de agosto se publicó en el Boletín Oficial.

Sin embargo, aquel mismo día y a petición del gobierno de Baviera y de 248 miembros del grupo parlamentario CDU/CSU, el Tribunal

Constitucional impidió mediante un recurso de urgencia que se aplicara la parte jurídico-penal de la ley. El 28 de mayo de 1993 se anunció la decisión tomada en el litigio, y el 16 de junio de 1993 entró en vigor una normativa transitoria que allanaba el camino a una legislación definitiva. El 29 de junio de 1995, más de dos años después, el Bundestag aprobó de nuevo una ley que reformulaba los artículos 218 y siguientes. A diferencia de la ley aprobada en 1993, el objetivo del asesoramiento médico —sin el requisito de documentación— estaba formulado con más claridad. Voté a favor. La ley entró en vigor el 1 de octubre de 1995. Hoy en día sigue vigente.

Aquel procedimiento legislativo formaba parte de una amplia Ley de Ayuda a la Embarazada y la Familia, que también incluía el derecho legal a una plaza de guardería para los niños a partir de los tres años. También en este caso entré en conflicto con mi propio partido. Para mí y para muchos otros que veníamos de la RDA, se daba por supuesto que todo el país debía disponer de una oferta de plazas de guardería. Queríamos que esta oferta se mantuviera en los nuevos estados federales. Para cubrir el déficit hasta el 30 de junio de 1991, a principios de 1991, Theo Waigel, ministro federal de Hacienda, puso a disposición mil millones de marcos alemanes. Pasado ese tiempo, los nuevos estados federales garantizaron la financiación.

Por el contrario, en los antiguos estados federales, muchos políticos locales protestaron contra ese derecho legal que se iba a introducir el 1 de enero de 1996. Me advirtieron que era ilusorio el objetivo fijado por el gobierno federal de crear 600.000 nuevas plazas de guardería hasta esa fecha. Podía entender que eso suponía un enorme esfuerzo para los estados federales, las ciudades y los municipios, y que eran necesarios unos plazos de transición.

No obstante, lo que no podía entender era por qué más allá de su viabilidad, la CDU y la CSU

eran tan poco comprensivas respecto a la urgencia de este derecho legal. Intuía además que para muchos la verdadera razón para rechazar el proyecto era la desconfianza hacia mí. Como si yo quisiera trasladar la propaganda socialista de la RDA a la Alemania reunificada, como si quisiera negar que el SED también había utilizado las guarderías para el adoctrinamiento ideológico. Por supuesto que lo hizo, y ninguna persona razonable podría negarlo. Por lo tanto, me parecía aún más importante establecer un programa integral de atención a la infancia bajo unas condiciones democráticas, también colaborando con entidades independientes. En mi opinión, una oferta de plazas de guardería basada en las necesidades redundaba en interés de todos: de los niños, para quienes tenía un valor educativo, así como de sus progenitores, madres y padres, para que pudieran conciliar la familia y la carrera profesional. Finalmente, el 1 de enero de 1996 se aprobó el derecho legal a una plaza en la guardería. Algunos estados federales aplicaron disposiciones transitorias hasta 1999, fecha en que el derecho legal entró en vigencia en toda Alemania.

Catorce años después se introdujo el derecho legal a una plaza en la guardería para los menores de tres años, que está en vigor desde agosto de 2013. El derecho legal a una plaza en la escuela primaria se implantará en agosto de 2029.

En resumen: aunque avance a paso de caracol, el progreso existe.

SOSTENIBILIDAD

SIN CONSENSO ENERGÉTICO

El 16 de octubre de 1994, la CDU/CSU y el FDP ganaron las elecciones al Bundestag, aunque con una diferencia de solo diez escaños con respecto a la oposición formada por el SPD, los Verdes y el PDS. Al igual que en mis primeras elecciones al Bundestag, volví a ganar mi circunscripción con el 48,6 % de los primeros votos. * El 15 de noviembre de 1994, Helmut Kohl fue reelegido canciller.

Dos días después, me nombraron ministra de Medio Ambiente, Conservación de la Naturaleza y Seguridad Nuclear. Me alegré mucho y, como científica de formación, profesionalmente me sentí capacitada. Sin embargo, la opinión pública pensaba de manera muy distinta. Estaba horrorizada por el hecho de que mi predecesor, Klaus Töpfer, hubiera sido transferido del Ministerio de Medio Ambiente al de Obras Públicas. Töpfer había colaborado en la preparación de la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro en 1992, en la que 178 países se comprometieron con un modelo de desarrollo sostenible. También introdujo en Alemania el Punto Verde, un sistema de reciclaje de residuos que sigue vigente hoy en día. Se lanzó al Rin para nadar y demostrar a la opinión pública lo limpio que había quedado el río gracias a las medidas aplicadas por su ministerio. En pocas palabras: Klaus Töpfer fue un luchador en defensa de la política medioambiental. Que lo sustituyeran en el cargo fue interpretado como una señal de que su proceder resultaba demasiado independiente e incómodo para el canciller. Que me convirtiera en su sucesora fue visto como una minusvaloración del ministerio. A ojos de mis críticos, era una mujer fiel a la línea del partido que reemplazaba a un pionero de la protección del medio ambiente y la conservación de la naturaleza.

Como ministra era responsable de la seguridad nuclear. También lo fui del traslado de los contenedores Castor con residuos altamente radiactivos desde las centrales nucleares alemanas y la planta de reprocesamiento nuclear francesa de La Hague (Normandía) hasta el almacén provisional de Gorleben, en la Baja Sajonia. El primer transporte Castor tuvo lugar pocos meses después de asumir el cargo, los días 24 y 25 de abril de 1995, desde la central nuclear de Philippsburg, en Baden-Wurtemberg, hasta Gorleben. En la estación de Danneberg, en la Baja Sajonia, hubo que cargar los contenedores en camiones de plataforma baja para conducirlos desde allí hasta el almacén provisional de Gorleben, a dieciocho kilómetros. El traslado de los contenedores fue acompañado de manifestaciones de miles de opositores a la energía nuclear.

Los manifestantes hicieron todo lo posible para impedir que el tren avanzara y para que al Estado le resultara lo más caro posible. Algunos de los manifestantes no escatimaron el uso de la violencia. Diariamente se movilizaban unos 7.600 agentes de la Guardia Federal de Fronteras (BGS) y de la policía federal. La resistencia fue especialmente feroz en los últimos kilómetros.

En los alrededores de Gorleben reinaban condiciones similares a las de una guerra civil. Los manifestantes intentaron impedir la llegada de los contenedores con sentadas y tractores. Estaba muy preocupada: esperaba que nadie resultara herido, ni entre los manifestantes ni entre los policías.

Políticamente estaba convencida de que había que proceder al traslado de los contenedores

Castor. En virtud del derecho internacional, ya en tiempos del gobierno del canciller Helmut Schmidt (SPD), Alemania se había comprometido con Francia a recuperar los residuos radiactivos. En 1983 se habilitó para ese fin un almacén de contenedores en Gorleben. Al mismo tiempo se investigó si el domo de sal de Gorleben era adecuado para albergar un depósito definitivo para los contenedores. Buena parte de la población local se rebeló contra el proyecto.

La cuestión del almacenamiento definitivo de sus residuos incendió el conflicto fundamental sobre las ventajas y desventajas de la utilización pacífica de la energía nuclear. Con el fin de superarlo, a principios de 1993 y por iniciativa de mi predecesor, Klaus Töpfer, se iniciaron conversaciones entre representantes del gobierno federal, el estado de la Baja Sajonia y las eléctricas. El objetivo de la llamada ronda de conversaciones sobre el consenso energético era alcanzar un acuerdo sobre política energética entre todos los partidos. Klaus Töpfer había sabido reconocer cuán profundas eran las desavenencias en la sociedad respecto al uso pacífico de la energía

nuclear, y había comprendido que la fundación del Partido Verde en 1980 también era consecuencia de ello.

Tras las elecciones generales de 1994, el 16 de marzo de 1995 se celebró la primera ronda de conversaciones sobre el consenso energético de la nueva legislatura. En el Ministerio de Economía se reunió un nutrido grupo de participantes del gobierno federal, los estados federales y las eléctricas. Günter Rexrodt, el ministro federal de Economía del FDP, y yo misma negociamos en nombre del gobierno federal. Los participantes nos sentamos a una gran mesa en una enorme sala de reuniones y leímos en voz alta nuestras contribuciones con posiciones en su mayoría conocidas y esperadas. Todos parecían limitarse a observar a los demás, sin apenas hacer referencia a sus argumentos. No puede decirse que fuera un diálogo digno de tal nombre.

El número de participantes era demasiado grande para garantizar la discreción. Me decepcionó mucho cómo se desarrolló el encuentro.

Durante la rueda de prensa posterior, en la que participamos Günter Rexrodt y yo, tuve una experiencia especial. La rueda de prensa tuvo lugar fuera del edificio del Ministerio de Economía. Al principio, Rexrodt y yo estábamos uno junto al otro frente a una multitud de periodistas con micrófonos en la mano. Los dirigían siempre hacia la persona que hablaba. Sin embargo, de repente me di cuenta de que Günter Rexrodt, que en altura me pasaba más de una cabeza y tenía voz grave, ya no se encontraba a mi lado, sino en diagonal a mis espaldas. De esa forma podía hablar por encima de mí directamente a los micrófonos. Por lo tanto, mis intentos de expresarme con tranquilidad estaban condenados al fracaso. Ya solo tomar la palabra me suponía un gran esfuerzo. La experiencia me sirvió para enterarme de dos ventajas que muchos hombres disfrutaban en la política frente a las mujeres: la altura y el tono de voz. A partir de entonces, en colaboración con mis colegas de la oficina de prensa, durante las ruedas de prensa me aseguré siempre de colocarme a una mayor distancia de los otros participantes y de que los

micrófonos estuvieran colocados a una distancia adecuada. No era la solución a los problemas de voz, pero por lo menos me permitió hablar con calma y en un tono de voz apacible.

La segunda ronda de conversaciones sobre el consenso energético se programó en la delegación del gobierno federal en la Baja Sajonia para el 24 de abril de 1995, el día que se iniciaba el traslado de los contenedores Castor. Antes del encuentro quise reunirme en Lüchow, no lejos del almacén provisional de Gorleben, con los opositores a la energía nuclear. Aunque como ministra de Medio Ambiente contaba con protección federal, el viaje se organizó también con los agentes de seguridad de mi escolta personal. Alegando que no se podían descartar acciones violentas, la Oficina Federal de Investigación Criminal (BKA) desaconsejó el viaje, pues el ambiente en la

región estaba muy caldeado, y como ministra responsable de la seguridad nuclear era la bestia negra de los detractores de la energía nuclear. A pesar de todo, quería viajar hasta allí, quería afrontar el conflicto. Ya como ministra para Asuntos de la Juventud había sufrido el hecho de que en la CDU estaba poco extendida la costumbre de debatir con personas que pensaban de forma diferente. Si durante un encuentro de militantes de la CDU, un joven formulaba una pregunta crítica sobre la energía nuclear, lo más normal es que fuera abucheado. Me parecía un signo de debilidad. Cualquiera que tuviera buenos argumentos debía poder exponerlos y nosotros debíamos ser capaces de rebatirlos. La BKA respetó mi decisión y el viaje se preparó minuciosamente.

El momento llegó el 23 de marzo de 1995. Poco después de ponerme en camino hacia Gorleben —ya estaba en el coche de camino a la sección militar del aeropuerto de Colonia-Wahn, primero para volar a Hamburgo en un avión del Ejército y desde allí desplazarme en helicóptero hasta Lüchow—, me llamó Fritz Bohl, el ministro de la Cancillería. Me enviaba saludos del canciller:

—Al canciller le parece bien que viajes hasta allí. Si surgen problemas, no dudes en ponerte en contacto conmigo, estoy de servicio y siempre dispuesto a ayudar —me dijo.

—Todo irá bien —le contesté.

Partí con una pequeña delegación. Me acompañaban Gerald Hennenhöfer, al mando del Consejo de Seguridad Nuclear del Ministerio de Medio Ambiente, Beate Baumann y el escolta de la BKA. En el helipuerto de Lüchow nos recibió un representante de la iglesia protestante.

Había conseguido que los activistas antinucleares nos acompañaran hasta la Casa Gremial de Lüchow, donde iba a celebrarse el encuentro, y que se nos permitiera el acceso al edificio.

Finalmente acabé sentada frente a un grupo de unas treinta personas. Creo recordar que nos ofrecieron algo de beber y de comer. Solo bebí agua. El ambiente era tenso. Nadie me escupió, pero me dio la impresión de que para mis oyentes cada frase que pronunciaba estaba fuera de lugar. Dejé claro que había que respetar la ley y el orden, aunque solo fuera porque se trataba de antiguos acuerdos de cuyo cumplimiento era responsable y debía ocuparme de los residuos nucleares que ya se habían generado, pues no podía limitarme a ignorarlos.

Wolfgang Ehmke, organizador de la reunión y miembro de la dirección de la iniciativa ciudadana para la Protección del Medio Ambiente de Lüchow-Dannenberg, mostró cierto respeto por que yo hubiera asistido a la reunión y me hubiera atrevido a entrar en la boca del lobo. La mayor parte de los participantes en el encuentro se esforzaron por exponer sus opiniones sin agresividad. Solo una mujer se puso en pie y me dijo que estaba muy alterada y que ya no soportaba estar reunida conmigo. Abandonó la sala. Su reacción demostró de manera incontestable que allí no se trataba únicamente de exponer argumentos, sino que las emociones también jugaban su

papel. Me resultaba difícil comprender sus sentimientos. Yo estaba a favor del uso pacífico de la energía nuclear. Como física consideraba que era justificable el riesgo asociado. Y era sabido que atribuía la catástrofe de Chernóbil de 1986 única y exclusivamente a la negligencia de las autoridades de la Unión Soviética, no a la tecnología en sí misma.

En febrero de 1996, apenas un año después de mi visita a Lüchow, pude hacerme una idea de las consecuencias de aquel accidente. Viajé con una delegación a la ciudad de Gomel, en Bielorrusia, a unos 120 kilómetros de Chernóbil. En una clínica visitamos a niños enfermos de cáncer debido a la exposición a la radiación y hablamos con sus médicos y cuidadores. Nos desplazamos en autobús, con los perros callejeros detrás, hasta la localidad ucraniana de Prípiat, construida expresamente para los empleados de la central nuclear, en la actualidad una ciudad fantasma. Pude ver la central de Chernóbil cubierta por un caparazón de hormigón, el llamado

sarcófago. Adolf Birkhofer, físico y entonces director de la Sociedad para Seguridad Nuclear (GRS), que formaba parte de la delegación, llevaba un contador Geiger, que encendió para medir el nivel de radiactividad cuando estuvimos frente al sarcófago. El aparato se disparó de inmediato. Incluso diez años después de la catástrofe de Chernóbil seguía oyéndose su continuo traqueteo. Resultaba espeluznante. Sin embargo, aquella visita no disminuyó en absoluto mi confianza en el uso pacífico de la energía nuclear en un país como Alemania, en el que la alta tecnología estaba extendida y que disponía de unas normas de seguridad completamente diferentes a las de la Unión Soviética. No obstante, me ayudó a comprender las reacciones emocionales como las que había presenciado el año anterior en Lüchow.

El encuentro en la Casa Gremial finalizó al cabo de unos noventa minutos. No prometí nada que no pudiera cumplir y mis interlocutores hicieron lo mismo.

Poco después, en la misma Casa Gremial, aunque en otra sala, se celebró un encuentro muy diferente. Tras el debate con los opositores a la energía nuclear, Kurt-Dieter Grill, el diputado de la CDU de esa circunscripción electoral, que a pesar de las protestas contra la energía nuclear en su región obtuvo su escaño en el Bundestag en otoño de 1994 con los primeros votos, me invitó a participar en el congreso de la CDU local. Allí me encontraba entre personas con ideas afines a las mías. A la pregunta de qué pasaría si se produjera una pequeña fuga de radiación radiactiva de los contenedores Castor que debían llegar en breve a Gorleben, contesté a micrófono abierto sin pensármelo dos veces que afortunadamente era como cocinar un pastel. Si al preparar la masa se pierde un poco de levadura, eso no quiere decir que el pastel no vaya a salir bien. No sé qué me llevó a decir esas palabras en una situación como aquella. Cuando en política uno quiere explicar algo debe ser muy cuidadoso, tanto con los símiles como con las comparaciones. Se mirara como se mirase, esa imagen de hacer un pastel estaba totalmente fuera de lugar. Es probable que tras el encuentro con los opositores a la energía nuclear y rodeada de mis correligionarios de la CDU me hubiera sentido excesivamente confiada. En aquel congreso local, nadie se enfadó por eso, pero mis palabras salieron a la luz y no tardaron en provocar indignación. Y con razón. Por supuesto que fue un error comparar la levadura en polvo con la radiación radiactiva. Mis palabras habían carecido de toda empatía. Durante años, las organizaciones ecologistas me criticaron duramente. Por mi parte, supuso un descuido importante no admitir de inmediato el error. En aquella época seguía convencida de que suponía un signo de debilidad que un político admitiera sus errores. No deberíamos encontrarnos en esa situación demasiado a menudo, pero admitir con un buen razonamiento que mi comparación había sido muy desafortunada siempre habría sido mejor que esconder la cabeza bajo tierra tal como hice en aquel momento.

Una vez finalizado el congreso local, regresamos a Bonn. No tuve que recurrir a la ayuda de Fritz Bohl. Durante mi encuentro con los

opositores a la energía nuclear, aprendí que no solo les preocupaba la cuestión de la eliminación de los residuos radiactivos, sino sobre todo el fin del uso pacífico de la energía nuclear. En realidad, su encarnizada lucha contra el traslado de los contenedores Castor venía a ser una protesta contra el funcionamiento indefinido de las centrales nucleares. Por esa razón, un consenso sobre la eliminación de los residuos era posible solo en relación con unos plazos de cierre progresivo de las centrales. Antes de la siguiente ronda de conversaciones sobre el consenso energético del 24 de abril, le di vueltas a la posibilidad de informar a mis colegas del gobierno y a mi grupo parlamentario, pero no lo hice. En primer lugar, no era de la opinión de que hubiera que limitar en el tiempo el funcionamiento de las centrales nucleares. Consideraba justificado e imprescindible el uso de la energía nuclear. En segundo lugar, sospechaba que el SPD no estaría dispuesto a llegar a un acuerdo para la

eliminación progresiva de la energía nuclear al cabo de décadas. Más bien, la opinión mayoritaria en el partido era la de abandonarla con la mayor rapidez posible. Supuse que en el mejor de los casos, Gerhard Schröder, entonces ministro presidente de la Baja Sajonia, podría ser receptivo a un acuerdo. Lo conocía de un debate que mantuvimos en febrero de 1995 para el semanario *Focus*. Era el ministro presidente de un *Land*, y adoptaba un enfoque pragmático de las cosas y veía la necesidad de llegar a un acuerdo con nosotros.

El 20 de abril de 1995, cuatro días antes de la siguiente ronda de conversaciones para el consenso energético y del primero de los transportes de los contenedores Castor, me reuní con él en la sede del Ministerio de Medio Ambiente en Berlín, en la Schiffbauerdamm. Fue Schröder quien solicitó la reunión. Tras sus primeras palabras, tuve claro que la conversación versaría principalmente sobre la cancelación de los transportes de los contenedores Castor y de las posibles razones en las que fundamentarla. Me había preparado para aquella eventualidad.

Desdoblé una hoja DIN A1 que tenía preparada sobre la mesa y la coloqué frente a nosotros. En el papel había dibujado una especie de árbol genealógico con los procedimientos judiciales que habían tenido lugar en relación con los permisos concedidos por el gobierno federal y que fueron recurridos por el estado de la Baja Sajonia en distintas instancias judiciales. Encargué a mis colaboradores que elaboraran un esquema como aquel y procedí a explicárselo. Su rostro se apagó ligeramente. La hoja mostraba que aunque el estado de la Baja Sajonia había ganado en primera instancia los procedimientos en un juzgado de lo Contencioso-Administrativo, el gobierno federal había recurrido los procedimientos y ganado en segunda instancia en el Tribunal Superior de Justicia de Luneburgo. Schröder objetó que yo no debía estar tan convencida, que la situación podía volver a cambiar. Sin embargo, se había dado cuenta de que conmigo no conseguiría nada, así que se puso en pie y me dijo:

—La conversación con su predecesor habría finalizado de otra manera.

—Ahora la ministra de Medio Ambiente soy yo, y tendrá que conformarse conmigo —le contesté.

Celebrada cuatro días después en la sede del gobierno de la Baja Sajonia, la segunda ronda de conversaciones sobre el consenso energético transcurrió en un ambiente gélido. Se vio ensombrecida por el tenso ambiente que rodeó al primer transporte de los contenedores Castor, que tuvo lugar ese mismo día, y finalizó sin alcanzar resultados tangibles. El 21 de junio de 1995

se celebró una tercera y última ronda de conversaciones sobre el consenso energético. Como en 1993, la ronda de conversaciones para alcanzar un acuerdo en el consenso energético también había fracasado. Las posiciones eran irreconciliables. La CDU/CSU y el FDP querían alcanzar un acuerdo sobre la prolongación del uso de todas las fuentes de energía, incluida la nuclear.

Para el SPD no era aceptable seguir con las centrales nucleares existentes sin una fecha concreta para su cierre y mantener congelados los proyectos para nuevas aperturas. Me decepcionó que no fuera posible alcanzar un acuerdo, me hubiera gustado disponer de más tiempo para seguir buscando opciones viables.

El 25 de abril de 1995, el primer transporte con los contenedores Castor llegó al depósito de Gorleben. Nadie sufrió daños importantes, pero experimenté lo difícil que es aplicar la ley.

Creció en mí el convencimiento de que merece la pena realizar cualquier esfuerzo encaminado a alcanzar un amplio consenso social. Un año después, el 8 de mayo de 1996, un segundo transporte con contenedores Castor llegó al almacén provisional de Gorleben, esta vez con

material altamente radiactivo procedente de la planta de reprocesamiento francesa de La Hague.

Para garantizar la seguridad de este segundo transporte se desplegaron unos 15.000 policías por toda Alemania. Durante mi mandato como ministra de Medio Ambiente, el tercer y último transporte de los contenedores Castor tuvo lugar el 5 de marzo de 1997. Entonces se necesitaron 30.000 policías para garantizar la seguridad. Durante esa misma primavera, aunque de manera infructuosa, en repetidas ocasiones se intentó alcanzar un consenso energético. En las filas de la CDU/CSU nadie quería dar el paso de limitar la vida útil de las centrales nucleares. Yo tampoco estaba a favor. Tres años después, en junio de 2000, le correspondió al gobierno rojiverde del canciller Gerhard Schröder negociar con las empresas suministradoras un plan global para el abandono de la energía nuclear. Según este plan, a cada central nuclear se le concedía una vida útil total de treinta y dos años. Por lo tanto, a finales de 2021 se desconectaría de la red la última central, la Neckarwestheim II. Además, hasta el 2005, las empresas de suministro energético se comprometían a poner fin al

reprocesamiento en el extranjero de elementos combustibles y a almacenarlos directamente en las centrales nucleares para evitar su transporte. Aquello podría haber puesto punto y final a una gran controversia social. Sin embargo, no fue definitivo.

Tendremos que volver sobre ello más adelante.

Una vez realizados los tres transportes con contenedores Castor, pensé que había superado la prueba más dura de mi cargo. No obstante, no podía imaginar entonces que en mayo de 1998

otro acontecimiento casi me obligaría a dimitir como ministra federal de Medio Ambiente. Fue cuando se hizo público que durante años, en la superficie externa de los contenedores de transporte, diferentes a los contenedores Castor, se habían superado los límites permitidos de radiactividad. Las eléctricas estaban al tanto del problema, al igual que la Sociedad Alemana de Protección Radiológica y la Autoridad Federal de Ferrocarriles, como autoridades subordinadas del Ministerio de Medio Ambiente y del Ministerio de Transportes. Era algo que se podría haber subsanado con relativa facilidad aplicando medidas adicionales de limpieza de los contenedores.

Las autoridades federales no informaron al Ministerio de Medio Ambiente. Sin embargo, asumí la responsabilidad política, incluso cuatro meses antes de las siguientes elecciones federales.

Los Verdes, en particular Joschka Fischer, diputado del Parlamento de Hesse, vieron la oportunidad de demostrar de una vez por todas que yo, una partidaria de la energía nuclear, había cometido una equivocación. En realidad, se trataba de saber si en el ministerio estábamos o no al corriente de que se habían superado esos límites de radiactividad. Había que examinar minuciosamente la correspondencia entre el ministerio y la Sociedad Alemana de Protección Radiológica, por una parte, y la Autoridad Federal de Ferrocarriles, por la otra. En la Sociedad Alemana de Protección

Radiológica teníamos influencia y podíamos pedirles que nos entregaran la correspondencia, pues se trataba de una autoridad subordinada al Ministerio Federal de Medio Ambiente. La situación era diferente con la Autoridad Federal de Ferrocarriles, que estaba subordinada al Ministerio Federal de Transportes. Aquí tuve que confiar, y después se demostró que hice bien, en mi colega Matthias Wissmann, entonces ministro federal de Transportes, para que me facilitara la documentación. Andábamos todo el día preocupados por que apareciera algún documento del que no tuviéramos constancia, pero nunca apareció.

Estaba furiosa porque durante años había hecho campaña a favor del transporte de los contenedores Castor, aunque opinaba que cuando se trataba de la radiación radiactiva las eléctricas carecían de la sensibilidad necesaria. Sin embargo, no podía quejarme de ello en público, porque me habrían acusado de inmediato de favorecer a la industria. Y es probable que yo pecara de ingenua con mi ideal de una economía social de mercado y la idea de que la

economía y la política debían repartirse la responsabilidad, incluso en las cuestiones más complicadas. Eso resultó una ilusión. Aprendí que al final la política siempre tiene prioridad.

Hoy estoy convencida de que así es como debería ser. Al fin y al cabo, no es la empresa, por grande e influyente que sea, sino el Estado el responsable del bienestar común.

Mis experiencias con los funcionarios del ministerio también demostraron qué significaba todo eso. No escatimaron esfuerzos en aclarar lo que se podía aclarar, trabajaron hasta altas horas de la noche, incluidos fines de semana, y prepararon con minuciosidad las reuniones de las comisiones y las respuestas para las sesiones de control en el Bundestag. Beate Baumann y yo estábamos en estrecho contacto con ellos. Habíamos dejado claro que una situación como aquella requería de una absoluta franqueza entre nosotros. Por muy incómoda que resultara, no sería la verdad lo que

nos mataría políticamente, sino la ocultación de los hechos. Nuestro lema era no mentir nunca ni tratar de esconder nada bajo la alfombra. Así que nos pusimos manos a la obra.

Mis colegas del grupo parlamentario en el Bundestag y los presidentes de los estados federales de la CDU y la CSU me apoyaron. Guido Westerwelle, secretario general del FDP, el partido con el que formábamos coalición en el gobierno, empezó a distanciarse públicamente de mí. Sin embargo, cuando no se pudo demostrar que mi ministerio y yo estuviésemos al corriente de que se hubieran superado los valores límite de radiactividad, con la misma rapidez con la que antes se había encendido, la opinión pública se calmó. Me sentí más que aliviada por no haberme convertido en un escollo para la campaña de las próximas las elecciones generales.

POLÍTICA DE EXTERIORES

En mayo de 1992, las Naciones Unidas aprobaron en Nueva York la Convención Marco sobre el Cambio Climático, que un mes después 154 países ratificaron con su firma en la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, para entrar en vigor en marzo de 1994. Del 28 de marzo al 7

de abril de 1995 se celebró en Berlín la primera Conferencia de las Partes de la Convención Marco sobre el Cambio Climático (COP 1), que contó con la asistencia de representantes de 170

Estados, de los cuales 117 ya habían ratificado su adhesión a la Convención y 53 estaban en vías de hacerlo, por lo que solo pudieron participar como observadores. También asistieron representantes de 165 organizaciones no gubernamentales (ONG), de doce organizaciones intergubernamentales y de agencias, oficinas y programas de las Naciones Unidas.

Que el ser humano es responsable de la existencia del cambio climático ya lo había demostrado en 1990 el Grupo

Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) en su primer informe de evaluación. Basándose en los modelos utilizados entonces, sus proyecciones apuntaban a un aumento de la temperatura media de 0,3 °C por década, con una variación de entre 0,2 y 0,5 °C para un «escenario sin cambios» (escenario A), lo que en comparación podía conducir a un aumento probable de la temperatura de 1 °C para 2025 y de 3

°C para finales de siglo. El IPCC forma parte del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, y es tanto una institución intergubernamental como un organismo científico.

Periódicamente, miles de científicos del mundo resumen los avances en la investigación sobre el cambio climático en informes de situación e informes especiales, por lo que en este campo sigue siendo la institución más reconocida.

En la Convención Marco sobre el Cambio Climático, los Estados firmantes se comprometieron a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero en el año 2000 a los niveles de 1990. No se alcanzaron compromisos para un período posterior, por lo que había que diseñar nuevos acuerdos. En sus consideraciones, todos los Estados firmantes asumieron que, en

mayor o menor medida, compartían un grado de responsabilidad. En primer lugar, los países industrializados debían acordar para el período posterior al año 2000 objetivos vinculantes para la reducción de los gases contaminantes como el CO₂, ya que debido a su temprana industrialización, en aquel momento eran responsables de aproximadamente dos tercios de las emisiones mundiales anteriores y del 75 % de las actuales. El objetivo de la Conferencia de Berlín era aprobar un mandato para negociar los objetivos de reducción de gases de efecto invernadero. Dos años más tarde, en la tercera Conferencia de las Partes de Kioto (Japón), estos objetivos se plasmaron en un protocolo vinculante.

Como ministra de Medio Ambiente del país anfitrión, ejercí como presidenta de la conferencia, que se celebró en el Centro Internacional de Congresos de Berlín, en el barrio de Westend. No tenía experiencia en negociaciones internacionales, así que no solo mi predecesor en el cargo sembró dudas sobre mi capacidad para presidir una conferencia como esa, sino que además se extendió el rumor de que ni siquiera sabía hablar inglés correctamente, lo que no era cierto, pues como científica en la RDA solía hablar y publicar en inglés. Sin embargo, era verdad que mi conocimiento de la lengua se limitaba al lenguaje científico y no abarcaba las cuestiones políticas. A pesar de todo, mis críticos subestimaron mi valentía a la hora de hablar otro idioma.

Siendo niña, ya había demostrado con los soldados soviéticos estacionados en Templin que no le tenía miedo a poner en práctica mis conocimientos de lenguas extranjeras.

Con Cornelia Quennet-Thielen, directora de la Oficina de Cambio Climático del Ministerio de Medio Ambiente, contaba con una experimentada y destacada negociadora. Ella y su equipo me proporcionaron una preparación excelente. Gertrud Sahler, mi portavoz de prensa, cultivó a conciencia los contactos con un gran número de periodistas. Cornelia y yo nos conocíamos del Ministerio para Asuntos de la Mujer y de la Juventud, por lo que podía confiar en ella con los ojos cerrados. En muchos de sus tramos, las negociaciones solían ser muy técnicas, por lo que en primer lugar tuve que familiarizarme con el lenguaje especializado de las conferencias de la ONU. Los documentos de la conferencia habían sido elaborados por un comité de negociación intergubernamental y los textos contenían cientos de corchetes, cada uno de ellos indicaba un desacuerdo. Para alcanzar un resultado, había que llegar a un consenso sobre el documento final, lo que significaba que ningún participante podía discrepar. La Secretaría de la Convención Marco sobre el Cambio Climático, entonces aún provisional, era responsable de las cuestiones organizativas y estaba dirigida por Michael Zammit

Cutajar, diplomático de las Naciones Unidas originario de Malta. Mis funcionarios y yo colaboramos estrechamente con él.

Estaba decidida a que la conferencia fuera un éxito. Pero ¿cómo podía conseguirlo con la maraña de intereses estatales y no estatales que existía entre los participantes? Era como un hormiguero, del que se sabe que en su interior oculta una estructura, pese a que no es reconocible para quien lo observa desde el exterior. Para hacerme una idea clara del funcionamiento interno de la conferencia que iba a presidir, tuve que familiarizarme con las posiciones de las distintas partes participantes. Para ello conté con la ayuda de la oficina de la conferencia, formada por otros diez representantes además de mí como presidenta, siete vicepresidentes y tres presidentes de órganos subordinados, que representaban a las distintas regiones del mundo. La mayoría de ellos tenía muchos años de experiencia negociadora.

Al grupo de los países industrializados, veinticinco de los cuales eran miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), se sumaron los países en transición económica, como los Estados de la Europa Central y Oriental. Los países industrializados defendían posiciones muy diferentes, así que fueron los entonces quince Estados miembro de la Unión Europea los que impulsaron el proceso de negociación. Yo ocupaba una

buena posición, porque Alemania estaba dispuesta a reducir las emisiones de CO₂ hasta el año 2005 entre un 25 y un 30 %, tomando como referencia los niveles registrados en 1987, por lo que como anfitriones que éramos enviábamos una señal a los demás. Estábamos convencidos de que era posible desvincular el crecimiento económico de las emisiones de gases de efecto invernadero. Sin embargo, también contábamos con una ventaja inicial respecto a otros países: a lo largo de la primera mitad de la década de 1990, el hundimiento de la economía de la RDA trajo consigo que las emisiones de CO₂ en los nuevos estados federales se redujeran casi a la mitad.

La postura de Estados Unidos, en aquel momento el mayor emisor mundial de gases de efecto invernadero con una cuota del 23 %, desempeñó un papel decisivo. Bajo la presidencia de George Bush padre, Estados Unidos ya había ratificado la Convención Marco sobre el Cambio Climático en 1992. Su sucesor, el presidente Bill Clinton, y en particular su vicepresidente, Al Gore, se mostraron muy receptivos a la cuestión de la prevención del cambio climático. Sin embargo, una mayoría del Congreso de Estados Unidos criticó que solo los países industrializados tuvieran que comprometerse con unos objetivos de reducción vinculantes, lo que temían conllevaría desventajas para la economía americana. Timothy Wirth, subsecretario de Estado para Democracia y Asuntos Mundiales del Departamento de Estado, encabezaba la delegación de su país en Berlín. El 1 de marzo de 1995 volé a Washington para conocerlo personalmente antes de la conferencia. Ya contaba con un amplio bagaje en política medioambiental internacional y enseguida congeniamos. El 10 de marzo, incluso antes de que diera inicio la conferencia, me devolvió la visita en Bonn. Ambos éramos conscientes de lo que cada uno de nosotros quería conseguir y de lo que podíamos aportar a las negociaciones, y él deseaba tanto como yo que la conferencia fuera un éxito.

Los países en desarrollo se presentaron como el grupo de los 77 más China, mientras que los pequeños países insulares formaron de hecho su propio grupo, ya que con diferencia eran los más afectados por el cambio climático y en la actualidad lo siguen siendo. Los países en desarrollo también representaban posturas muy diferentes, pero estaban unidos en sus críticas, a menudo muy agresivas, a los países industrializados: según ellos, los países industrializados eran los responsables históricos del cambio climático. Los países en desarrollo les acusaban de querer restringir sus oportunidades de crecimiento económico después de que ellos mismos hubieran podido desarrollarse a toda máquina. Aquel era el motivo de que les exigieran a los países industrializados objetivos ambiciosos en la reducción de los gases de efecto invernadero, pues desconfiaban en especial de las negociaciones sobre la llamada «aplicación

conjunta», un mecanismo que permitiría a los países industrializados aplicar medidas de reducción de emisiones no solo en sus propios países, sino también en los países en desarrollo, contabilizando esas reducciones para sus propios compromisos de reducción, con el objetivo de reducir la cantidad total de gases de efecto invernadero en todo el mundo. Los países en desarrollo vieron en eso una maniobra evasiva de los países industrializados y los acusaron de no estar preparados para un cambio real en su propia casa. Comprendía muy bien sus preocupaciones, a pesar de que las conversaciones que había mantenido previamente me habían llevado a pensar que sin un mecanismo como la aplicación conjunta no conseguiría que los americanos dieran el sí a un acuerdo fruto de la conferencia.

Por último, había un grupo de países que constantemente amenazaba con vetar las iniciativas, aprovechando la coyuntura de que solo podían aprobarse los diferentes documentos que contaran con la aprobación de todos los países. Se trataba principalmente de los países productores de petróleo.

Por lo demás, cada grupo de países contaba con un gran número de organizaciones no gubernamentales de su lado, lo que reforzaba aún más los intereses divergentes.

La conferencia se inauguró el 28 de marzo de 1995 con el establecimiento de los procedimientos organizativos y mi elección como presidenta. Hasta el 4 de abril, las negociaciones estuvieron en manos de altos cargos de las diferentes administraciones. En aquel período viajé a Berlín en varias ocasiones para informarme del estado de las negociaciones y para familiarizarme con las convenciones de una conferencia como aquella. El 4 de abril, una vez finalizada esa primera parte, invité a cenar a los miembros de la oficina de la conferencia a un local del Tiergarten berlinés para discutir cómo organizar la segunda parte que debía celebrarse del 5 al 7 de abril de 1995 y a la que asistirían los ministros de los diferentes países. Durante aquellos tres días que restaban de conferencia, los ministros tenían mucho trabajo por delante, pues

hasta entonces apenas se habían alcanzado compromisos. Comentamos a qué ministros debía conocer sin falta y cuáles eran los límites de negociación de cada una de las delegaciones. Los más veteranos de la oficina me recomendaron que seleccionara a una veintena de ministros como «amigos de la presidencia» e intercambiara regularmente información con ellos sobre el estado de las negociaciones. Por su parte, los miembros de aquel grupo debían velar por alcanzar compromisos con los respectivos grupos regionales o grupos de interés. Reunir un grupo así resultaba complicado y requería diplomacia, pues debía ser aceptado por el mayor número posible de las 170 delegaciones.

Con el fin de solicitarles ayuda, aproveché la mañana siguiente para llamar personalmente a cada uno de mis futuros amigos. Todos aceptaron la oferta y tampoco recibí queja alguna por parte de las delegaciones que no habían sido incluidas. Con un discurso de apertura, en el que deseó con pasión el éxito de la conferencia, Helmut Kohl inauguró el segmento ministerial, tal como se denominaba la parte final de la reunión. Mi equipo y yo nos alegramos, porque sus palabras eran la demostración de que las propuestas de texto que habíamos enviado al personal responsable de la Cancillería para confeccionar el borrador de su discurso habían sido aprobadas en su mayor parte, incluido el objetivo alemán para el 2005 de la reducción de los gases de efecto invernadero. En la recepción posterior, las delegaciones de África en particular alabaron que Helmut Kohl también hubiera dado en su discurso con el tono adecuado, pues habló de nuestra Madre Tierra y ellos sintieron que se les comprendía.

Por la noche, Klaus Kinkel, ministro federal de Asuntos Exteriores del FDP, y yo ofrecimos una recepción a los ministros, en la que intenté hablar personalmente con el mayor número posible de ellos. A continuación me reuní por primera vez con los amigos de la presidencia. Los dos días siguientes repetimos el encuentro para designar a los ponentes del pleno y elaborar propuestas de compromiso antes de las sesiones plenarias. A pesar de que en el

grupo había representados intereses muy diversos, conseguí que cada uno de sus miembros depositara su confianza en mí. Enseguida congenié con Kamal Nath, el ministro indio de Medio Ambiente, e India desempeñó un papel muy constructivo en la conferencia.

El tiempo apremiaba, y las negociaciones se prolongaron desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Cornelia Quennet-Thielen y todos los demás colaboradores trabajaron hasta prácticamente la extenuación. Los representantes de los países en desarrollo y de los países industrializados chocaban constantemente y las ONG caldearon aún más un ambiente ya de por sí agitado. Los participantes más veteranos, sobre todo mis colaboradores, me explicaron las motivaciones de algunos de los argumentos con los que aún no estaba familiarizada: el juego de las mayorías políticas en los países participantes, el hecho de verse

afectados directamente por el cambio climático, las influencias culturales y, una y otra vez, el apoyo financiero. A medida que avanzaba la conferencia, fui comprendiendo mejor los intereses y argumentos diferenciados de cada uno de los países participantes, y llegué a atisbar lo que tenía lugar en aquel hormiguero.

Cuando en la mañana del 7 de abril seguíamos sin haber alcanzado un acuerdo y el tiempo se me escurría entre las manos, llegué a temer que todos mis esfuerzos hubiesen sido en vano. Era el último día y no tenía ni idea de cómo podía acabar. Me informaron de que la conferencia se podía prolongar deteniendo simbólicamente el reloj a medianoche y poniéndolo en marcha de nuevo poco antes de que se tomara una decisión, aunque estábamos lejos de ver la luz al final del túnel.

Compartí con Kamal Nath mis temores, pero me comentó que tenía que volar esa misma tarde y no pude convencerle de que cambiara de opinión, pues le reclamaban otros compromisos en su propio país. Estaba consternada, pero fue entonces cuando me dio un consejo: debía dividir a los amigos de la presidencia en dos grupos;

por un lado, los representantes de los países industrializados y, por otro, los representantes de los países en desarrollo. Durante las negociaciones, cada grupo debía ocupar una sala separada, y yo debía mediar imparcialmente entre ellos alternando entre una sala y otra.

—Diría que ambos grupos confían en ti —añadió.

El consejo de Kamal Nath era convincente: se trataba de hallar un término medio que contentara a todos los implicados. De repente, mi frustración se desvaneció y me puse manos a la obra. Kamal Nath me había abierto los ojos.

Sin embargo, aún era demasiado pronto para dar ese paso, así que momentáneamente dejé que las cosas siguieran su curso como desde hacía días. Cornelia Quennet-Thielen me facilitó una visión general de las cuestiones que debían resolverse a nivel ministerial, los apartados más técnicos se resolverían por sí solos más adelante. Ella era capaz de recitar con los ojos cerrados el redactado de las diferentes negociaciones. En lo que a mí se refería, memoricé los puntos que había que resolver y repasé las posibles líneas de compromiso con mis colaboradores, acordando con la oficina de la conferencia que detendríamos el reloj. A Michael Zammit Cutajar le puse al corriente del plan para dividir en dos grupos a los amigos de la presidencia. Hacia las ocho de la noche los reuní a todos y les expliqué cómo quería proceder. En un principio, estuvieron todos de acuerdo, si bien recomendaron añadir algunos ministros más a cada uno de los dos grupos. A última hora tuvo lugar una breve sesión plenaria en la que se decidió parar el reloj, pues todos los participantes se habían dado cuenta de que necesitábamos más tiempo, a pesar de que no les informé exactamente de lo que tenía preparado. Al final solicité a todas las delegaciones que estuvieran disponibles en todo momento, inclusive a lo largo de la noche.

Poco antes de la medianoche inicié mi labor de mediación diplomática, los negociadores más difíciles fueron los países

industrializados. La mayoría de ellos tenían que telefonar a sus respectivos gobiernos, ya que trabajaban con márgenes de negociación muy estrechos, y como en el continente europeo ya era de noche, no les resultaba sencillo contactar con alguien. Japón iba seis horas por delante, así que por suerte se levantaban antes; a medida que pasaban las horas y en Canadá y en Estados Unidos anochecía, también resultaba difícil contactar con los responsables. Por suerte, los australianos habían organizado bien su accesibilidad, ya que estaban acostumbrados a asistir a conferencias en un huso horario muy diferente al suyo. Por si fuera poco, el día siguiente, 8 de abril de 1995, caía en sábado, lo que dificultaba aún más la comunicación con las diferentes administraciones. Las horas iban pasando, así que ayudó el hecho de que Timothy Wirth, el subsecretario de Estado de Estados Unidos, también estuviera

interesado en alcanzar un acuerdo. A pesar de que también tenía que lidiar con las duras directrices de negociación que le imponían desde su gobierno, sobre todo en lo relativo al mecanismo de la aplicación conjunta, logré que me apoyara.

A medida que dedicaba más tiempo a la negociación con los países industrializados, el ánimo de los países en desarrollo mejoraba, pues se habían dado cuenta de hasta qué punto me presionaban. Por su parte se habían coordinado bien entre sí y yo me desplazé al menos diez veces entre un grupo y el otro. Mis colaboradores estaban reunidos en una tercera sala y me ayudaban a formular los compromisos alcanzados. Una vez que amaneció, tuvimos la impresión de que teníamos un acuerdo al alcance de la mano. A las seis de la mañana, los países industrializados se habían puesto de acuerdo en todos los puntos. Los países en desarrollo también dieron su conformidad al resultado que les presenté. El representante chino me miró con ojos despiertos y me dijo sonriendo:

— *We never reached the bottom line.*

Sus palabras me dieron a entender que durante la negociación nunca llegó a sobrepasar los límites. Salvar las apariencias como un recurso para alcanzar el éxito diplomático: a partir de aquel momento, y para el resto de mi vida política, respeté la forma de negociar de los países en desarrollo en general y de China en particular.

Con la salida del sol ya teníamos ultimado el grueso esencial del mandato para la negociación de un protocolo durante la Convención Marco sobre el Cambio Climático, que incluía tanto el compromiso de objetivos vinculantes para la reducción de los gases de efecto invernadero como la posibilidad de implementar un mecanismo de aplicación conjunta. Para contrarrestar la propagación de rumores sobre el resultado de las negociaciones, solicité a los participantes de ambos grupos que informaran de inmediato y extraoficialmente a sus respectivos aliados sobre el acuerdo alcanzado. Mis colaboradores informaron de los resultados a la secretaría y a la oficina de la conferencia y yo hice lo mismo con Michael Zammit Cutajar. La oficina de la conferencia redactó el texto final del mandato y convocó la reunión plenaria a última hora de la mañana, por lo que me dio tiempo de ir a casa a ducharme, cambiarme de ropa y tomar una taza de té. A continuación regresé a toda prisa al Centro Internacional de Congresos y me reuní con mis colaboradores y con los miembros de la oficina. Por lo que sabían, la gran mayoría de los Estados participantes parecían estar a favor del acuerdo alcanzado. La única duda era si alguno de los países productores de petróleo podía oponerse.

Haciendo uso de toda su experiencia como diplomático de la ONU, Michael Zammit Cutajar me insistió en que una vez reanudada la reunión plenaria, debía dar lectura al documento lo antes posible y preguntar si existía alguna objeción, para inmediatamente después agarrar el pequeño martillo de madera que tenía a mi lado, golpearlo contra la mesa y declarar aprobado su contenido. En la medida de lo posible, nadie debía disponer del tiempo suficiente para plantear objeciones.

A continuación iniciamos el pleno, volvió a ponerse en marcha el reloj y abrí la sesión.

Cuando anuncié que procedíamos a aprobar el documento final, a la vista de todos Timothy Wirth pidió la palabra. Me sobresalté y me pregunté qué estaba ocurriendo. Sin embargo, en cuanto le concedí la palabra, se limitó a darme las gracias por mi trabajo y sugirió que el acuerdo obtenido debía llamarse Mandato de Berlín. Pregunté con rapidez si alguien tenía alguna objeción y se desató una ovación, oportunidad que aproveché para golpear con el mazo.

Exclamé: «I declare the document adopted». Y el documento fue aprobado y nadie protestó. Me había quitado un enorme peso de encima, ya disponíamos de un mandato de negociación para alcanzar un acuerdo de objetivos vinculantes de reducción de los gases de efecto invernadero

para el período posterior al año 2000. A partir del Mandato de Berlín se creó un grupo de trabajo con el fin de preparar la Conferencia de las Partes en Kioto. Además, se decidió crear una Secretaría permanente de las Naciones Unidas para el Cambio Climático, que tendría su sede en Bonn. La inauguré el 20 de junio de 1996 y Michael Zammit Cutajar la dirigió de 1996 a 2002.

La mañana de aquel sábado aún no era consciente del trabajo que teníamos por delante hasta la celebración, dos años después, de la Convención Marco sobre el Cambio Climático en Kioto, y junto con todo mi equipo, solo me sentía feliz por haber alcanzado aquel resultado. Había disfrutado negociando con tantos participantes diferentes de todo el mundo, y para mí resultó enriquecedor aprender tantas cosas nuevas. Descubrí a la experta en política exterior que atesoraba mi interior y en un curso acelerado me convertí en una negociadora climática experimentada, por lo que sentí una gran responsabilidad por el éxito de la Convención de Kioto.

Durante los dos años y medio siguientes, la cuestión del clima siempre estuvo en el orden del día de todos mis viajes importantes al extranjero: en Indonesia, Malasia y Singapur en noviembre de 1995, en México y Brasil en noviembre de 1996, en Washington en abril de 1997, en Japón y China en agosto de 1997 y de nuevo en Japón en noviembre de 1997.

La segunda Conferencia de las Partes (COP 2), celebrada del 16 al 18 de julio de 1996 en Ginebra, fue una decepción. Aunque del 6 al 11 de diciembre de 1997 pude participar en Kioto en la tercera Conferencia de las Partes (COP 3). En particular, los países industrializados fueron fieles a la palabra dada y Al Gore, el vicepresidente de Estados Unidos, se desplazó hasta allí con el fin de alcanzar un acuerdo a pesar de que ese mismo año el Senado de su país había votado mayoritariamente (95: 0) a favor de rechazar cualquier acuerdo sobre el clima, a no ser que incluyera objetivos de reducción para los países en desarrollo, en especial China. Tras unas negociaciones muy complicadas, los países industrializados se comprometieron a reducir entre 2008 y 2012 las emisiones de gases de efecto invernadero en una media de al menos un 5 %

respecto a los niveles de 1990. Con el fin de facilitar el cumplimiento de los objetivos, se incluyeron varias opciones para que su cumplimiento pudiera alcanzarse también en cooperación con otros países, incluso mediante el mecanismo de la aplicación conjunta. En todo caso, los objetivos de reducción de gases de efecto invernadero de cada país eran diferentes. La Unión Europea, con sus quince Estados miembros, se comprometió a reducir sus emisiones en un 8 %.

Como parte de un acuerdo de reparto de cargas dentro de la Unión, Alemania se comprometió a reducir sus emisiones en un 21 %. Estados Unidos se comprometió a una reducción del 7 %

durante el mismo período. Sin embargo, nunca llegaron a ratificar el Protocolo de Kioto y, en marzo de 2001, el sucesor de Bill Clinton, el

presidente George W. Bush, anunció su retirada del acuerdo. Desde 2006, China es el mayor emisor mundial de gases de efecto invernadero. El Protocolo de Kioto entró en vigor el 16 de febrero de 2005.

EL PRECIO DE LA SUPERVIVENCIA

El 7 de febrero de 1992, los por aquel entonces doce Estados miembros de la Comunidad Europea firmaron en Maastricht (Países Bajos) el Tratado de la Unión Europea (Tratado de la UE), que entró en vigor el 1 de noviembre de 1993. El Tratado de la UE convirtió a la Comunidad Europea en una unión política, con su propia ciudadanía, que, además, contaba con una política de exteriores y de seguridad compartida y cooperaba en política de interior y en justicia. Además, los Estados miembros de la Comunidad Europea sentaron las bases de una moneda europea común, el euro. La promesa de Helmut Kohl de seguir desarrollando la

Comunidad Europea de forma paralela a la reunificación alemana se hizo realidad dos años después. Al mismo tiempo, el 1 de enero de 1993 se introdujo el Mercado Único Europeo con sus cuatro libertades fundamentales: la libre circulación de mercancías, de personas, de servicios y de capitales y pagos. Las bases contractuales para esto ya se habían dispuesto antes de la reunificación alemana, en el verano de 1987, con la entrada en vigor del Acta Única Europea, en la que por primera vez en la historia se consagraba la política medioambiental como un ámbito político propio de la Comunidad Europea, con el objetivo de «preservar, proteger y mejorar la calidad del medio ambiente». Hasta finales de 1992 se aprobaron hasta casi 280 actos jurídicos con el objetivo de abrir los mercados nacionales, hasta entonces aislados, y que tuvo como resultado que la Unión Europea desarrollara una nueva dinámica económica.

Con la introducción en 1993 del mercado interior, alrededor del 80 % de las legislaciones nacionales de ámbito medioambiental pasó a

depender de la legislación europea, por lo que muy a menudo la música empezó a interpretarse en escenario europeo. Entre los Estados miembros de la Unión Europea, Alemania solía marcar el ritmo en la lucha contra los pecados medioambientales, y a mí me resultaba apasionante participar en la búsqueda de soluciones.

Además de las reuniones oficiales del consejo de ministros de Medio Ambiente de la Unión Europea en Bruselas, que se desarrollaban de manera muy formal y en las que también participaban representantes del Ministerio de Economía alemán, también se producían encuentros informales. Estos se celebraban siempre en el país que ostentaba la presidencia rotatoria semestral de la UE. En estos encuentros podíamos debatir de forma más despreocupada nuestros objetivos políticos y conocernos mejor.

Como a aquellos encuentros de ministros también estaban invitadas las parejas, en alguna ocasión me acompañó Joachim. Fue el caso de la reunión informal que el consejo celebró en Francia, donde pudimos disfrutar de la belleza de la Camarga, una maravillosa zona de marismas en la Provenza, y comer la mejor tarta de manzana de nuestras vidas.

En otra ocasión, Josep Borrell, entonces mi homólogo español, futuro presidente del Parlamento Europeo y más adelante alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores, organizó la reunión en Sevilla. Fue allí donde experimenté por primera vez el arte de venenciar el vino de Jerez y descubrí lo tarde que se cena en España. Pasada la medianoche, fascinadas por la bulliciosa vida en las calles de esta venerable ciudad, Beate Baumann y yo salimos a pasear por el casco antiguo de Sevilla y visitar la catedral.

También tuve ocasión de conocer las bellezas de Ámsterdam, donde paseé junto a los canales del centro de la ciudad y soñé con recorrerlos en barco. Tampoco olvidaré nunca el viaje en tren por la costa irlandesa, de Arklow a Dublín, con música folk en directo; ni tampoco, durante la reunión del Consejo de Medio Ambiente en

Chester (Inglaterra), la visita que realizamos a Shrewsbury, el lugar de nacimiento de Charles Darwin. Ilse y Martin Bartenstein, los anfitriones del consejo celebrado en Graz (Austria), siguen siendo amigos míos y de Joachim aún en la actualidad.

En junio de 1997 participé en Nueva York en la asamblea general especial «Cinco años después de Río». En 1992, en Río de Janeiro, además de la firma de varias convenciones, entre ellas la Convención Marco sobre el Cambio Climático, se formuló el concepto de conservación y gestión de recursos para el desarrollo sostenible y se aprobó el Programa 21. Aplicar un desarrollo sostenible significa satisfacer las necesidades del presente de tal forma que no se limiten las oportunidades de las generaciones futuras. Aquel encuentro brindó la oportunidad de hacer balance por primera vez. Por desgracia, los participantes solo pudieron constatar que la Tierra

estaba peor que nunca y al documento final suscrito por los representantes de más de 165 países solo se le añadieron unos pocos compromisos concretos. Los países industrializados y en desarrollo discutieron sobre todo acerca de la financiación de aquellas medidas.

Sin embargo, la vida en el planeta que compartimos exige de cada uno de nosotros actuar de la misma manera en casa que fuera, así como respetar las ideas de los demás. La política y las organizaciones no gubernamentales tuvieron que elaborar vías de desarrollo conjuntas para cumplir con el modelo de desarrollo sostenible. Se trataba de resolver de forma inteligente las contradicciones existentes entre las preocupaciones sociales, el deseo de crecimiento económico y los objetivos medioambientales. Estos temas me fascinaban de tal manera que decidí escribir un libro, publicado en 1997 con el título *Der Preis des Überlebens: Gedanken und Gespräche über zukünftige Aufgaben der Umweltpolitik* ('El precio de la supervivencia: pensamientos y conversaciones sobre las futuras tareas de la política medioambiental'), para el que entrevisté a diversas personalidades de Alemania y

del extranjero acerca de sus ideas sobre los objetivos, las vías y los medios de la política medioambiental. Quería dar voz a un abanico de opiniones lo más amplio posible y, además, me preocupaba la cuestión de cómo a partir del concepto general de desarrollo sostenible se podían derivar objetivos verificables que se convirtieran en el punto de referencia de la acción política. El Programa 21 estipula que «es preciso elaborar indicadores del desarrollo sostenible que sirvan de base sólida para adoptar decisiones en todos los niveles». En *Der Preis des Überlebens*, para Alemania propuse indicadores en cuatro ámbitos: el ecosistema, el uso de la energía, la economía circular y el cuidado de la salud humana, formando así un punto de referencia para el medio ambiente comparable al de la cesta de la compra para la economía nacional. Echando la vista atrás, pienso que en ocasiones abordé las cosas con poca ambición.

Por ejemplo, cuando pedí que se duplicara el porcentaje de energías renovables en la generación de electricidad, pasando del 5 % en aquel momento al 10 % en 2010. En realidad, la cifra era del 17 %, pues los incentivos de la Ley de Energías Renovables habían funcionado mejor de lo previsto. No obstante, otros objetivos siguen sin cumplirse y el número de especies animales y vegetales en peligro de extinción sigue aumentando con rapidez, lo cual, junto al cambio climático, se ha convertido en la segunda gran catástrofe causada por el ser humano. El Convenio sobre la Diversidad Biológica, suscrito también en Río de Janeiro para proteger la biodiversidad, no ha logrado hasta ahora los éxitos previstos.

Me ocupé especialmente del efecto de los precios en la utilización de los recursos escasos.

Los consideraba un instrumento importante para alcanzar objetivos medioambientales sin establecer legalmente una forma tecnológica concreta de conseguirlos. Sin embargo, en el gobierno fue imposible impulsar una reforma fiscal ecológica que tuviera en cuenta estas consideraciones. Esto se debió principalmente a la oposición del FDP,

pero en última instancia también a la de mi propio partido, la CDU/CSU. Todas las ideas de este tipo que desarrollé con mis colaboradores en el ministerio fracasaron, pues no eran viables. Corrí la misma suerte con la idea de un código medioambiental estandarizado en lugar de las innumerables normativas legales individuales actuales, desde la protección de la naturaleza hasta la limitación de las emisiones.

Lo que se ha asumido en el derecho social, aún no se ha conseguido para el derecho medioambiental. También propuse crear un consejo para el desarrollo sostenible, propuesta que ya no pude poner en práctica, aunque lo hiciera el gobierno sucesor en el año 2001.

Mi cargo de ministra de Medio Ambiente me supuso un reto y me llenó de satisfacción, mucho más allá del espacio que podría ocupar en este libro. Me hubiera gustado seguir siendo ministra de Medio Ambiente tras las elecciones generales de 1998, pero no fue posible porque la CDU/CSU y el FDP perdieron las elecciones.

¿POR QUÉ LA CDU?

PRESIDENTA DEL PARTIDO

Por primera vez en mi carrera política me sentí sola, abandonada y única responsable.

Helmut Kohl, el canciller de la reunificación alemana y la unificación europea, presidente honorífico de la CDU alemana, estaba a punto de arruinar la obra de toda su carrera política. El 16 de diciembre de 1999 estaba en mi despacho de la oficina federal de la CDU en Bonn sentada frente al televisor y escuchaba las palabras de Helmut Kohl en el programa *Was nun... ?* (‘¿Y

ahora qué...?’), de la ZDF:

—Entre 1993 y 1998 acepté donativos por un valor de entre un millón y medio y dos millones de marcos, es decir, unos 300.000

marcos al año, que no se declararon porque así lo pidieron expresamente los donantes.

Hablando sin rodeos: al aceptar esos donativos y no declararlos, Kohl se había situado por encima de la ley. El artículo 21 de nuestra Constitución estipula que los partidos deben hacer público el origen de sus fondos y de su patrimonio. Cuando en el mismo programa se lo recordaron, Kohl afirmó:

—Sí, ya lo sé. [...] Yo mismo lo digo, realmente no necesito clases de repaso para saberlo.

Así asumía su responsabilidad política por las donaciones ilegales de las que había informado en una declaración del 30 de noviembre de 1999. No me lo podía creer, pero no podíamos esperar nada más de él, eso quedaba claro con la entrevista. Poco más de un año antes, había sido elegida secretaria general de la CDU alemana a propuesta de Wolfgang Schäuble, el nuevo presidente de la CDU, mientras Helmut Kohl se había convertido en presidente honorario.

Nuestros días en la oposición se habían iniciado con grandes éxitos: en las elecciones europeas y en las locales en los estados de Hesse, Brandeburgo y Sarre. Derrotada claramente por el SPD de Gerhard Schröder en las elecciones generales del 27 de septiembre de 1998, la CDU había renacido con más rapidez de la que nadie hubiera podido imaginar. Sin embargo, ahora surgía esto: tocábamos fondo.

Todo comenzó con una breve noticia en el telediario de la noche del jueves 4 de noviembre de 1999: Walther Leisler Kiep, durante muchos años tesorero de la CDU, estaba en búsqueda y captura como sospechoso de evasión fiscal tras haber aceptado en 1991 un millón de marcos alemanes del traficante de armas Karlheinz Schreiber y no abonar los impuestos correspondientes.

A la mañana siguiente, Beate Baumann me preguntó:

—¿Vio anoche en el *Tagesthemen* ('Tema del día') lo de Kiep?

—Sí, pero ¿qué significa eso para nosotros?

—Definitivamente, nada bueno —me respondió.

El mismo 5 de noviembre, Kiep se entregó a las autoridades. Para nosotros, eso supuso que prácticamente no quedara piedra sobre piedra.

Para el domingo 7 de noviembre de 1999 organizamos un evento especial que denominamos Conversación de Berlín, una serie de actos que había puesto en marcha como secretaria general.

Era una de las muchas iniciativas de Wolfgang Schäuble y mías para renovar la CDU en

Alemania tras pasar a la oposición después de dieciséis años en el gobierno. El debate del 7 de noviembre, el cuarto de la serie, decidimos realizarlo en la Villa Kampffmeyer de Potsdam, una casa en las inmediaciones del puente Glienicke, ese puente entre Berlín y Potsdam, Oeste y Este, en el que durante la Guerra Fría se intercambiaron agentes y prisioneros. Nuestra intención era conmemorar los diez años de la caída del Muro, por lo que ese lugar era idóneo para la celebración. Wolfgang Schäuble tenía intención de pronunciar un discurso que rendía homenaje al acontecimiento y al mismo tiempo apuntaba al futuro. Tal como ya se había demostrado en el gobierno de Helmut Kohl, su gran baza era combinar lo estratégico y lo concreto. Por entonces, en 1998, no pocos de nosotros, incluida yo misma, pensábamos que la derrota que amenazaba al partido era inevitable. Tras dieciséis años en el gobierno, la CDU estaba agotada y madura para pasar a la oposición, y es que la democracia se mantiene viva con la alternancia. Wolfgang Schäuble se había convertido en el nuevo líder del partido, ¿quién si no? El título y el tema de su discurso en Potsdam era «¿*Quo vadis*, Alemania?». Lo pronunció, pero de inmediato nos dimos cuenta de que en realidad no le interesaba a nadie. En lugar de versar sobre Alemania, debería haberse titulado

«¿ *Quo vadis*, CDU?»: solo se ocupaba de Kiep y de las donaciones ilegales en lugar de presentar una alternativa al gobierno federal rojiverde.

El lunes 8 de noviembre de 1999, en la rueda de prensa posterior a la reunión del Comité Ejecutivo de la CDU, un periodista pidió mi opinión respecto al millón recibido por Schreiber, noticia que se había dado a conocer cuatro días antes, respondí: «Más allá de mi imaginación».

En realidad se trataba de una rueda de prensa rutinaria, como secretaria general era responsable de atender a la prensa después de las reuniones de la presidencia y del Comité Ejecutivo Federal de la CDU. No obstante, en esa rueda de prensa nada fue rutinario. Todo se desarrolló más allá de lo que hubiera podido imaginar, en parte porque hasta entonces solo conocía de oídas, de cuando vivía en la RDA, los escándalos de las donaciones que ya habían sacudido a la CDU en los años ochenta e hicieron historia en la antigua República Federal de Alemania bajo el nombre de «caso Flick». Sin embargo, ahora me encontraba en el ojo del huracán, y no era capaz de ponerle orden al asunto ni mucho menos controlarlo. Los hechos nos arrollaron tanto al partido como a mí, y día y noche me devanaba los sesos pensando: ¿Cómo podemos detener esto?

¿Cómo podemos evitar un hundimiento como el que sufrió, por ejemplo, la Democracia Cristiana italiana? ¿Cómo podemos superar la bancarrota política y moral que supone para la CDU este nuevo escándalo de las donaciones? Y al hacerlo me sentí abandonada y, cada vez más, la única responsable.

Helmut Kohl y Wolfgang Schäuble, los dos hombres a los que durante los últimos diez años tanto debía, difícilmente podrían haber sido más diferentes. Cada uno a su manera había dejado su impronta en el país. Kohl, que utilizaba la historia para emitir sus juicios, afirmó en una de sus legendarias frases: «La historia es la historia», lo que venía a decir que siempre consideraba y decidía las

cuestiones actuales con el trasfondo del contexto histórico. También intentó siempre captar el carácter de una persona para construir lealtades sobre esa base.

Schäuble estaba convencido de que la política no debía sobreproteger a las personas, sino que siempre podía esperar algo de ellas. Yo sentía el mayor de los respetos por sus logros intelectuales y su capacidad para dirigir nuestro grupo parlamentario en el Bundestag, pero también le temía por la dureza y causticidad que en ocasiones podía mostrar.

Sin duda, al elegirme secretaria general había asumido cierto riesgo: ¿qué había aportado yo para merecer ese cargo tan importante del partido, sobre todo estando en la oposición? Me había afiliado a la CDU en 1990, después de la disolución de Despertar Democrático. Desde 1991

hasta 1998 había ocupado una de las vicepresidencias de la CDU, durante unos meses de 1992-

1993 había ejercido como presidenta del EAK, el Grupo de Trabajo Evangélico de la CDU/CSU, y de 1993 a 1998 había sido presidenta de la CDU en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, una pequeña delegación de la gran CDU de Alemania, que cuenta con poco más de una docena de los mil delegados del partido en todas sus delegaciones federales. Como ministra federal para Asuntos de la Mujer y de la Juventud y luego ministra federal de Medio Ambiente había lidiado con temas que a la CDU le habían resultado muy difíciles de asimilar. Aunque quizá eso era exactamente lo que buscaba Wolfgang Schäuble: que, en la práctica, la reunificación alemana por la que habíamos pasado le importaba y que, conmigo en sus filas, una mujer de la Alemania Oriental, quería que la CDU fuera más accesible a mujeres, jóvenes y segmentos de la sociedad que, sobre todo en materia de energía, estaban muy alejados de las posiciones de la CDU.

Yo sentía un enorme respeto por el cargo de secretaria general. Según los estatutos de la CDU

alemana, el secretario general apoya al presidente del partido en el cumplimiento de sus funciones y gestiona los asuntos del partido en estrecha colaboración con él. Wolfgang Schäuble me había concedido mucha libertad, a pesar de que hubiéramos discrepado en algunos asuntos, como en la campaña de firmas contra la doble nacionalidad organizada por la CDU de Hesse para las elecciones locales de 1999. Nuestro lema para las elecciones europeas de 1999, con una foto de nosotros espalda contra espalda, fue: «No siempre de la misma opinión, pero siempre compartiendo camino».

En junio de 1999, la CDU celebró la inauguración de su nueva sede federal en Berlín, en la Klingelhöferstrasse, si bien el traslado desde Bonn estaba previsto para el año siguiente. El gobierno federal y el Bundestag ya se habían trasladado en septiembre de 1999. Mientras tanto, yo había estado trabajando con algunos colaboradores en una pequeña oficina, una especie de cabeza de puente de la anterior oficina federal de la CDU en Bonn. Estaba situada en la Mauerstrasse de Berlín-Mitte, no lejos del antiguo paso fronterizo de la RDA en el Checkpoint Charlie. Habíamos empezado a trabajar en un nuevo programa de formación, y organizamos una pequeña conferencia del partido, un así denominado comité federal, en el Salón del Oso del antiguo ayuntamiento de Berlín, el 13 de diciembre de 1999 —el escándalo de los donativos nos había mantenido en vilo durante unas cuatro semanas—. Las negociaciones del Tratado de Unificación habían tenido lugar en esta sala, y fue en el antiguo ayuntamiento donde yo había trabajado del 17 de abril al 2 de octubre de 1990 como portavoz adjunta del gobierno del primer y último gobierno libremente elegido de la RDA. Por lo tanto, el lugar resultaba idóneo para adoptar un nuevo programa para la familia, bastante revolucionario para la CDU de entonces, que pretendía alejarse de la fórmula del matrimonio tradicional. Ahora se decía: «La familia es donde los progenitores se responsabilizan permanentemente de los hijos y los hijos de los progenitores». Por

primera vez reflejaba que los derechos fundamentales de nuestra sociedad también serían válidos para las parejas del mismo sexo. A principios de septiembre de 1999 me reuní con el grupo de trabajo de lesbianas y gays de la CDU/ CSU. Recuerdo perfectamente que Martin Herdieckerhoff, su presidente, dijo que era una novedad y algo bueno que yo hablara con ellos. «Pero ¿por qué no nos permitís hacer lo más importante; es decir, casarnos?». Ya no recuerdo mi respuesta, seguramente evité dársela, pero esa pregunta me acompañaría durante muchos años.

Y es que, aunque de otra forma, el tema del matrimonio también me afectó personalmente: desde 1990, en los círculos más conservadores de mi partido se criticaba repetidas veces que como mujer divorciada viviera en una pareja de hecho. Como a toda costa quería evitar cualquier impresión de que me casaba para favorecer mi carrera política, antes de dar el paso, Joachim y yo decidimos esperar a que la CDU pasara a la oposición, lo que ocurrió tras las elecciones

generales de 1998. Nos casamos el 30 de diciembre de 1998, y lo hicimos público el 2 de enero de 1999 con un pequeño anuncio en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

La CDU aceptó el nuevo programa para la familia, pese a que tras las columnas del Salón del Oso tuvieron lugar debates completamente distintos, pues de lo único que se hablaba era del asunto de las donaciones. A nadie le interesaba renovar el programa de la CDU, y cuando por unos instantes en la sala se fue la luz, de forma simbólica y práctica la CDU también se quedó sin luz. El desastre fue total, y apenas pude soportarlo, pues también sentí que Wolfgang Schäuble me había abandonado. No es que a la hora de aclarar el asunto con la ayuda de los auditores y de Willi Hausmann, coordinador general del partido desde enero de 1999, me pusiera obstáculos, ni mucho menos. Sin embargo, yo quería ir más allá y dar ejemplo político. Estaba convencida de que no podríamos salir a flote solo con medidas técnico-financieras, sobre todo después de la

entrevista de Kohl del 16 de diciembre de 1999 en el programa de la ZDF.

En las horas y días que siguieron me convencí de que si me tomaba en serio el cargo, mi deber como secretaria general de la CDU era proceder a una valoración política implacable, pública y dirigida al futuro. Pedí consejo a Willi Hausmann, Beate Baumann y Eva Christiansen, que se había unido a nosotros como portavoz de prensa después de que perdiéramos las elecciones generales de 1998. Tras ocho años trabajando juntas, mi anterior responsable de prensa, Gertrud Sahler, no pudo aceptar mi oferta de trasladarse conmigo a la nueva sede federal de la CDU. Eva Christiansen, economista nacida en Hennef en 1969, había trabajado como portavoz adjunta de prensa de la CDU para el entonces secretario general Peter Hintze, y él me la había recomendado. Congeniamos enseguida y al compartir mi opinión, me sugirió lo siguiente:

—¿Quizá deberíamos preguntar al *FAZ* si aceptarían un artículo tuyo en la sección «Fremde Feder»? [*](#)

—Buena idea, adelante con ello. Es mejor que una entrevista, en la que solo me preguntarán por las cuentas. Pensaré en algo —le contesté aceptando su propuesta.

En los días siguientes fui pergeñando el texto en mi mente, lo que me condujo a los tiempos de mi afiliación al partido. ¿Por qué la CDU? ¿Por qué y para qué era necesaria la CDU? ¿Por qué ahora para mí era tan importante tomar medidas y publicar ese artículo en la prensa? El artículo debía hablar de todo aquello y no debía ahorrarse algunas verdades, también sobre la figura de Helmut Kohl. Aunque de ningún modo el artículo iba dirigido contra él, no le hablé a Wolfgang Schäuble de mis intenciones, pues de alguna manera tenía la impresión de que si hubiera estado al tanto no hubiera permitido su publicación y yo tendría que haberme resignado, pues él era el presidente del partido. Para evitar esa situación, decidí arriesgarme.

Redacté un texto y se lo entregué a Beate Baumann para que lo editara, y el 21 de diciembre de 1999, Eva Christiansen lo ofreció al *FAZ* para su publicación. Al día siguiente, el *FAZ* publicó una avanzadilla del artículo en primera plana, remitiendo a las páginas 2 y 4 para ampliar la información: «Merkel: la época de Kohl ha pasado irremediablemente». El artículo no se publicó bajo la sección «Fremde Feder», sino en la página 2 bajo el título «Los hechos admitidos por Helmut Kohl han dañado al partido». Este es un extracto de sus pasajes más importantes: Las prácticas admitidas por Kohl han acabado lastrando al partido. [...] Se trata de la credibilidad de Kohl, de la credibilidad de la CDU, de la credibilidad de los partidos políticos en su conjunto. [...] Por lo tanto, el partido debe echar a andar por sí solo y en el futuro confiar en sí mismo para enfrentarse a sus adversarios políticos, incluso sin su viejo caballo de batalla, como a menudo le gustaba llamarse a sí mismo a Helmut Kohl. Como alguien que durante su pubertad debe aprender a irse de casa y seguir su propio camino, sabiendo, sin embargo, que siempre será fiel a aquello que lo ha marcado de forma duradera, en el futuro quizás incluso más que hoy.

Un proceso como este no avanza sin que se produzcan heridas ni daños. No obstante, la manera en que lo afrontemos en el partido, si demonizamos algo en apariencia inimaginable como una falta de lealtad o si, en cambio, lo afrontamos como un desarrollo necesario y fluido [...], determinará nuestras posibilidades en las próximas elecciones locales y en las

generales de 2002. [...] Si somos capaces de aceptar este proceso, nuestro partido se habrá transformado tras la era del presidente Helmut Kohl, aunque en esencia el partido seguirá siendo el mismo —con grandes valores fundamentales, militantes seguros de sí mismos, una orgullosa tradición y una mezcla de lo que merece la pena conservar y nuevas experiencias— y tendrá un proyecto de futuro.

Aquella misma mañana, a las once en punto, se celebró una reunión del Comité Ejecutivo de la CDU. Todos habían leído el artículo o al menos habían sabido de él por las noticias mientras se dirigían a la reunión. Las opiniones estaban divididas: algunos lo vieron como un alivio y me apoyaron, como Friedrich Merz, vicepresidente del grupo parlamentario; Kurt Biedenkopf, ministro presidente de Sajonia; los dos vicepresidentes de la CDU, Annette Schavan, ministra de Educación de Baden-Württemberg, y Christian Wulff, ahora líder de la oposición en la Baja Sajonia; y Christa Thoben, consejera de Ciencias en el estado de Berlín. Otros lo desaprobaban con un gesto de la cabeza. Volker Rühe, también vicepresidente de la CDU, me preguntó por qué siempre tenía que argumentar de forma tan emotiva. Aún le oigo decir: «Eso de la pubertad y de echar a andar por sí solo son tonterías». Otros, entre ellos Norbert Blüm, vicepresidente de la CDU, y Roland Koch, ministro presidente de Hesse, estaban francamente horrorizados.

Sin embargo, la situación empeoró de manera considerable y me esperaban los siete días más difíciles de mi vida política hasta la fecha. En comparación, los acontecimientos de mayo de 1998 en torno a los límites superados de radiactividad apenas tenían importancia. Resultó que al decir que Kohl había perjudicado a la CDU, yo, que no era jurista, le había facilitado argumentos tanto a él como a alguno de sus partidarios, incluidos los de los medios de comunicación. Ahora intentaban darle la vuelta a la tortilla, de tal forma que no era la mala conducta de Kohl, sino mi propio artículo lo que llevaría a que la Fiscalía abriera posibles diligencias contra Kohl por sospecha de malversación. Si realmente hubiera pasado eso, yo habría tenido que dimitir: si debido a mi artículo Kohl hubiera caído bajo el punto de mira de la Fiscalía, el partido nunca me lo habría perdonado, y lo hubiera entendido. Y es que mi intención no era escribir un mensaje jurídico, sino político, y este fue un matiz que durante una semana se olvidó por completo. Solo volvió a convertirse en una evidencia el 29 de diciembre de 1999, cuando en una declaración sobre la apertura de diligencias preliminares contra Helmut Kohl, la Fiscalía de Bonn no mencionó en absoluto mi artículo

del *FAZ*. Este incidente me sirvió de lección para tener siempre en cuenta los posibles significados jurídicos de las palabras y formulaciones en los discursos, entrevistas, artículos periodísticos y otras declaraciones públicas, y no pensar únicamente en la intención política.

El 14 de enero de 2000, el asunto de las donaciones tocó moralmente fondo. Ese día salió a la luz que la CDU de Hesse había transferido millones a cuentas extranjeras, y que para ocultarlo los había declarado como supuestos «legados judíos».

El 18 de enero de 2000, Helmut Kohl dimitió de la presidencia de honor de la CDU.

En el escándalo de las donaciones también se vio implicado Wolfgang Schäuble por una donación a la CDU del traficante de armas Karlheinz Schreiber y por una disputa relacionada con Brigitte Baumeister, la tesorera del partido. Anunció su dimisión como líder del partido y del grupo parlamentario el 16 de febrero de 2000. En la Bundespressekonferenz (BPK, Conferencia de Prensa Federal),* Schäuble justificó este crucial paso afirmando que quería iniciar y facilitar un nuevo comienzo en el partido y en el grupo parlamentario.

La decisión de Schäuble supuso un punto de inflexión; poco más de dieciséis meses después de perder las elecciones generales, las cartas se barajaban de nuevo. Rápidamente se decidió quién sería el nuevo líder del grupo parlamentario: el 29 de febrero de 2000 fue elegido en el

cargo Friedrich Merz. Designar nuevo presidente del partido llevó más tiempo. Los cargos del partido estaban divididos por mi artículo en el *FAZ*, aunque buena parte de las bases estaban aliviadas. Hubo llamamientos para que me convirtiera en presidenta del partido.

Pensé en ello. Estaba convencida de que en términos de poder político no tendría una segunda oportunidad de convertirme en líder

del partido más importante de Alemania junto al socialdemócrata. También era consciente de que un presidente o presidenta de la CDU tiene que estar siempre preparado para convertirse en canciller de la República Federal de Alemania. Es evidente que en las horas, días y semanas de principios de 2000, cuando los acontecimientos se desarrollaban a una velocidad tan vertiginosa, se trataba únicamente de una posibilidad teórica, pues aún faltaban más de dos años para las siguientes elecciones generales. Sin embargo, pude responder afirmativamente a las preguntas de si me creía capaz de convertirme en líder de la CDU y, por lo tanto, potencialmente también en canciller, si bien no me atreví a mostrar mis cartas con tanta rapidez. No estaba convencida de que la CDU y yo fuéramos realmente capaces ni estuviéramos dispuestos a recorrer juntos ese camino.

—¡Tienes que hacerlo! —me dijo entonces Georg Brunnhuber. Era un colega del Bundestag de Baden-Württemberg y todo el mundo le llamaba Schorsch.

—Schorsch, vosotros sois mucho más conservadores que yo. Yo no lo soy en absoluto —le respondí.

—No, no —me contestó Brunnhuber—, conservadores lo somos ya de por sí. Tienes que procurar que nuestras hijas vuelvan a votar a la CDU. Con nosotros al frente no lo harán.

Las palabras de Brunnhuber me animaron, así que me lancé al ruedo. En una serie de conferencias regionales organizadas por las asociaciones locales de la CDU sentí el apoyo de buena parte de las bases del partido.

Aquellos días, la prensa reveló que en la noche del 25 de febrero de 2000, un pequeño grupo de destacados políticos de la CDU/CSU, entre ellos Friedrich Merz, Volker Rühe y Edmund Stoiber, se reunieron en el restaurante Ratskeller de Lübeck y supuestamente decidieron elegir presidente interino de la CDU a Kurt Biedenkopf, ministro presidente de Sajonia. En estas deliberaciones, yo estaba

destinada a seguir ocupando el cargo de secretaria general. Una vez que esta reunión salió a la luz pública, las bases del partido me animaron aún más —o así lo sentí yo

— a presentarme al cargo de presidenta de la CDU. Por supuesto, a las bases les daba cien patadas que las decisiones de gran alcance se tomaran, por así decirlo, a escondidas. Declaré oficialmente mi candidatura el 20 de marzo de 2000, tres semanas antes del congreso del partido que debía celebrarse entre el 9 y el 11 de abril de 2000 en Essen (Renania del Norte-Westfalia).

Tres semanas durante las que tuve que preparar mi discurso de candidatura, que estaba claro que sería el discurso más importante de mi vida política hasta la fecha, y que lo pronunciaría en un momento en que la CDU se encontraba en estado crítico. Era consciente de que no podía escribir el discurso en Berlín o en Bonn: necesitaba un cambio de aires. Convoqué un encuentro con los miembros más cercanos del personal de la Casa Konrad Adenauer a orillas del mar Báltico, en la zona del Darß, en la región de Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Nos alojamos en un hotel de la playa de Dierhagen, la localidad donde durante mi infancia y juventud había pasado las vacaciones de verano con mi familia. El hotel, un edificio completamente renovado tras la reunificación alemana, era la antigua casa de huéspedes del Consejo de Ministros de la RDA, a la que los niños solo podíamos acceder a escondidas desde la playa.

Hacía diez años que los dirigentes del SED habían pasado a la historia, y ahora la gente como yo también se podía alojar aquí.

Willi Hausmann, Klaus Schüler, su jefe de oficina, Beate Baumann, Eva Christiansen,

algunos otros empleados de la Casa Adenauer y yo hablamos sobre el congreso del partido. Su lema iba a ser: «¡Al grano!». Así que empezamos a trabajar en mi discurso. Una vez más, me centré en cómo me imaginaba la CDU del futuro. ¿Por qué la CDU, tanto para mí como para nuestro país? Tres semanas después describí mis objetivos en mi discurso de Essen: En las condiciones de globalización en que nos encontramos, quiero una CDU que siga desarrollando una ética dentro de la economía social de mercado. Quiero una CDU que, incluso bajo estas nuevas condiciones, consiga reconciliar el mercado y la humanidad.

Quiero una CDU que haga de la dignidad humana su criterio a la hora de evaluar los riesgos tecnológicos sobre la base de una visión cristiana de la humanidad.

Quiero una CDU que contribuya a que la justicia intergeneracional consiga avanzar en el desarrollo de los sistemas de seguridad social.

Quiero una CDU que defienda la Europa de los ciudadanos.

Quiero una CDU que conceda libertad individual a los ciudadanos y que les procure un Estado fuerte allí donde lo necesiten.

Quiero una CDU que apoye a las pequeñas entidades. El compromiso con la nación, con la patria, el compromiso con la propia identidad: este es el requisito previo para encontrar el propio camino en el mundo.

Quiero una CDU que defienda una Alemania que, entre todos los demás, sea un país tolerante, que no se dé aires de grandeza, pero

tampoco se quite méritos.

Quiero una CDU cuyos militantes participen a la hora de crear opinión, que tengan confianza en sí mismos y participen en el debate.

Pero también quiero una CDU que tras los debates y discusiones tome decisiones claras, que acepte las decisiones de la mayoría y que avance por el mismo camino.

La reacción de los delegados a mi discurso fue abrumadora, saltaron de sus asientos y el acta del congreso del partido recogió un prolongado y entusiasta aplauso. Es difícil que mis palabras puedan reflejar lo que ocurrió en realidad: en el congreso se generó una atmósfera de confianza que unos días antes era impensable. Yo, una mujer originaria de la RDA, que procedía de Despertar Democrático y que solo llevaba nueve años y medio afiliada a la CDU, había sido elegida con 897 de los 935 votos emitidos para presidir el partido. Un partido que durante treinta y seis de los últimos cincuenta y un años había proporcionado el canciller para gobernar Alemania, un partido que había tocado fondo, que casi se había hundido en una maraña de donaciones y que ahora me concedía un extraordinario voto de confianza del 95,9 %. Todo para empezar de nuevo, así que apenas supe qué hacer con mi alegría, y entre los vítores de los delegados, empecé a agitar de un lado a otro los dos ramos de flores que me habían regalado. Me sentía unida a cada uno con los delegados, había sido un congreso perfecto y nunca más, ni siquiera como canciller, llegaría a experimentar en un congreso ese sentimiento de unidad recíproco entre la CDU y yo misma.

UNA ARDUA LABOR O LA BATALLA POR LA AUTORIDAD

Descendí los escalones de la tribuna al fondo del pabellón en que se había celebrado el congreso del partido. Acababa de conceder varias entrevistas a los periodistas de las cadenas de televisión que al final del acto me esperaban allí abajo. Ya habían empezado a limpiar el

pabellón, hacía tiempo que los delegados se habían ido a casa, los voluntarios trabajaban duro para retirar los documentos del congreso y ya se estaban desmontando las sillas y las mesas. Mientras avanzaba hacia el escenario para despedirme del personal de la Casa Konrad Adenauer, oí una melodía. Al principio, muy baja, más bien de forma inconsciente, como si se tratara de la música ambiente de un ascensor o de unos grandes almacenes. Luego, cada vez con más claridad y pensé: conozco esa canción. Era inconfundible, era *Angie*, la famosa canción de los Rolling Stones. Ulf Leisner, jefe del departamento de organización de la Casa Konrad Adenauer, que, como yo, procedía de la RDA, había pedido que la reprodujeran para darme una alegría con la sorpresa. Sin duda,

cuando en el pabellón se oyó a Mick Jagger cantando *Angie* fue un momento maravilloso, todos estábamos cansados, agotados, pero también felices. Reímos, tarareamos la melodía y nos deseamos un buen viaje de vuelta a casa. De repente, el tono melancólico de la canción tocó una fibra sensible en mí y exclamé:

—Este habrá sido el último buen día en mucho tiempo.

Los demás hicieron un gesto de rechazo con la mano y rieron. Pero tuvieron que darme la razón. Al día siguiente, los problemas se amontonaban de nuevo encima de la mesa. Después de que Wolfgang Thierse, del SPD, presidente del Bundestag, nos impusiera una multa de nada menos que 41 millones de marcos alemanes por los estados de cuentas falseados, pasábamos por enormes problemas financieros. Ya habíamos perdido las elecciones en el estado de Schleswig-Holstein con Volker Rühle como principal candidato, y en mayo también sufrimos una amarga derrota con Jürgen Rüttgers en Renania del Norte-Westfalia.

Por si fuera poco, unas semanas más tarde, el 14 de julio de 2000, Schröder logró que se aprobara una reforma fiscal que había propuesto en el Bundesrat, a pesar de que los rojiverdes no tenían la mayoría en la Cámara Alta, y lo consiguió haciendo concesiones

financieras a los estados federales de Berlín, Brandeburgo y Renania-Palatinado, gobernados por grandes coaliciones, así como al SPD y al FDP. Los representantes de la CDU de los gobiernos de estos últimos estados abandonaron entonces la línea de partido acordada conjuntamente para rechazar la reforma fiscal de Schröder y votaron a favor. Más adelante, Wolfgang Böhmer, ministro presidente de Sajonia-Anhalt, lo resumió a su inimitable manera: «Huelo dinero y ya soy susceptible de ser seducido». Y al final así fue: como por arte de magia, se convirtieron en humo los juramentos de lealtad del Comité Ejecutivo y de la Junta Ejecutiva federal de ser intransigentes con Schröder costara lo que costara para que la coalición rojiverde fracasara públicamente. En el Bundesrat, Schröder obtuvo los votos necesarios con promesas financieras para Berlín, Brandeburgo, Bremen y Renania-Palatinado. El 14 de julio de 2000 consiguió la mayoría necesaria, la reforma fiscal fue aprobada... y yo quedé en ridículo.

En ridículo porque creí ingenuamente en los juramentos de lealtad. En ridículo porque tuve que aprender que la opinión pública ansía decidir quién es el perdedor y quién es el ganador. En ridículo porque solo yo como líder del partido, la número uno según el protocolo, y no Friedrich Merz como líder del grupo parlamentario, era la responsable de aquella derrota. No importaba en absoluto que ambos consideráramos desleales las acciones de nuestros estados federales. Yo era la presidenta, no él, y había fracasado en el ámbito en que era responsable, porque no había sabido mantener a raya a los presidentes de los estados federales. Así que aprendí lo que significa ser presidenta: en última instancia, cargar siempre con la responsabilidad política, tanto de los éxitos como de los fracasos.

Lo peor del caso es que ni siquiera intenté resolver el problema con mi propia idea de lo que debe ser el trabajo en la oposición. Una idea que habría encajado mucho mejor con mi naturaleza y mi carácter que intentar bloquear las iniciativas de Schröder. De todos modos, en general, mi papel en la oposición me resultaba más fácil que en el gobierno, ya que había temas sobre los cuales podía

pronunciarme claramente a favor de la postura de la CDU, por ejemplo, cuando se trataba del uso de la energía nuclear. Era una fiesta debatir con Joschka Fischer, ministro de Asuntos Exteriores, o con Jürgen Trittin, ministro de Medio Ambiente, ambos de los Verdes. Sin embargo, enzarzarse en una discusión sin más, adoptar de entrada la actitud de atacar a los socialdemócratas y a los Verdes desde la mañana hasta la noche, de que incluso como personas había que considerarlos unos extraños, esa actitud me era y me es completamente ajena.

Ya en 1989 había dado mis primeros pasos en la política con la feliz sensación de que por fin

había diversidad de partidos. Nunca se me habría pasado por la cabeza considerar enemigo a Klaus Ulbricht, mi antiguo jefe en la Academia de Ciencias, con quien decidí ir a la búsqueda del partido más adecuado para nosotros, simplemente porque él se había afiliado al SDP y yo al DA.

Siempre que fuera posible, mi intención era enfocar los asuntos de forma objetiva, y cuando las ventajas superaban a los inconvenientes en una proporción de 51 a 49, tendía a alcanzar un acuerdo. Rara vez el mundo se nos presenta en blanco o negro, y una victoria de 100 a 0 me resulta sospechosa. Pensándolo bien, incluso sentí simpatía por los ministros presidentes que habían intentado sacarle a Schröder algunos cientos de millones de marcos alemanes adicionales a cambio de aceptar su reforma fiscal. En primer lugar, estaban comprometidos con su estado federal y solo después con la línea del partido.

Tuve que aprender por las malas, y tuve que luchar por mi autoridad. En aquel tiempo, seguían formando parte del Comité Ejecutivo de la CDU políticos como Bernhard Vogel, Eberhard Diepgen, Kurt Biedenkopf, Erwin Teufel y Volker Rühe. Todos ellos estaban al frente de un estado federal o eran políticos de ámbito nacional con una larga experiencia, y que ya habían ejercido una

influencia significativa en la CDU en una época en la que yo aún trabajaba en la Academia de Ciencias de la RDA y la reunificación alemana era impensable. En cierto modo, ejercían un efecto intimidatorio sobre mí, así que tuve que aprender a hablar con firmeza en las reuniones y a no sonreír tímidamente cuando me atacaban, porque eso solo habría mostrado mi inseguridad. También tuve que aprender en qué consistía el siniestro Pacto Andino, sobre el que no paraba de leer, una hermandad que reunía a hombres como Roland Koch, Peter Müller y Christian Wulff. En 1979, sobrevolando la cordillera andina en un viaje de las juventudes de la CDU, se comprometieron a que en el futuro ellos mismos decidirían la sucesión a la presidencia de la CDU y al cargo de canciller y a que, por lo tanto, nunca tomarían partido públicamente los unos contra los otros, con independencia de que estuviera justificado o no. A sus ojos, era evidente que como mucho yo debía ser una solución provisional o, más bien, un accidente laboral.

Aprendí en la medida de lo posible a no tropezar dos veces con la misma piedra, como me sucedió al calibrar erróneamente el equilibrio de poder en el asunto de la reforma fiscal. En agosto de 2001, cuando como parte de un mandato de la OTAN, el Bundestag tuvo que votar el posible despliegue de las Fuerzas Armadas alemanas en Macedonia, en el horizonte se vislumbró una confrontación similar a la que tuvo lugar a raíz de la reforma fiscal del año anterior. En esta ocasión, las consecuencias podían ser más graves que entonces, porque no se trataba de una cuestión de política interior, sino de política exterior y de seguridad. Sin el apoyo de la oposición, el gobierno rojiverde no contaba con una mayoría absoluta para aprobar la medida, y así lo admitió con toda claridad Gerhard Schröder en una conversación que mantuvimos.

Entonces, amplios sectores del grupo parlamentario de la CDU/CSU vieron la oportunidad de derrotar a Schröder en el Bundestag, aunque en esta ocasión el problema no era la CDU como partido ni tampoco la CSU, sino nuestro grupo parlamentario en el Bundestag, que se había atrincherado y estaba obsesionado con Schröder.

¿Había que llegar a una batalla campal por una misión de la OTAN? ¿Y debía iniciarla precisamente el grupo parlamentario que históricamente había defendido a la OTAN como ningún otro en Alemania? ¿Y ello a pesar de que Javier Solana, por aquel entonces alto representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea, me había llamado y me había pedido que apoyara la misión? ¿Un motivo supuestamente de táctica partidista debía pesar más que la responsabilidad política nacional y la identidad política del partido? Temía que un voto negativo del grupo parlamentario de la CDU/CSU en el Bundestag no solo colocaría a Alemania en una posición imposible en términos

de política de Estado, sino que también desgarraría a la CDU/CSU, por lo que decidí impedir que se llegara a esa situación. Gracias a numerosas conversaciones conseguí persuadir a Volker Rühle y Friedrich Merz para que dieran marcha atrás en su intención de voto.

Nuestro grupo parlamentario tenía que tomar una decisión el 28 de agosto de 2001, y entre nosotros era todo un ir y venir, con una reunión detrás de la otra: de los comités de los estados federales, de la presidencia del grupo parlamentario, de la junta directiva del grupo parlamentario y del propio grupo parlamentario. Me quedó claro que en política hay cosas que son impredecibles, pero una vez que se encamina a un gran grupo de personas en una dirección determinada, resulta increíblemente difícil dar marcha atrás y refutar los argumentos anteriores.

También aprendí a no darme nunca por vencida y a pensar que las cosas no tienen remedio, pues muy pocas veces es demasiado tarde, siempre se puede hacer algo, solo hay que proponérselo. El cambio de rumbo fue un éxito: al día siguiente, en la votación en el Bundestag, el grupo parlamentario CDU/CSU votó 162 a 61 a favor del despliegue de la Bundeswehr en Macedonia, con cinco abstenciones; un despliegue del que hoy casi nadie se acuerda porque, contrariamente a los argumentos de Volker Rühle, fue una de las operaciones en el extranjero más cortas y menos peligrosas

de la Bundeswehr. Tanto en términos de política interior como de política exterior, no me quiero imaginar las consecuencias que podríamos haber sufrido si no nos hubiéramos atrevido a dar ese paso.

Dos semanas después, a primera hora de la tarde, Willi Hausmann, coordinador general de la CDU, se abalanzó en mi despacho de la Casa Konrad Adenauer y me gritó muy alterado:

—¡Encienda el televisor, no se va a creer lo que están retransmitiendo!

Yo estaba sentada a la mesa de conferencias, me levanté de inmediato, cogí el mando a distancia y encendí el televisor.

—¡La CNN, ponga la CNN! —volvió a gritar.

Lo que vi a continuación me dejó boquiabierto: una de las Torres Gemelas del World Trade Center estaba cubierta de humo. Pocos segundos después, vi en directo cómo un avión se estrellaba contra la segunda torre. Me di cuenta de que se trataba del segundo avión, un gran avión de pasajeros que se había estrellado contra el edificio. Salí del despacho, crucé la antesala y me dirigí al despacho de Beate Baumann, le grité:

—¡Venga! ¡Un avión se ha estrellado contra el World Trade Centre!
¡Y ahora un segundo!

—¡¿QUÉ?! —exclamó y me siguió hasta mi despacho.

Allí estábamos Willi Hausmann, Beate Baumann y yo observando atentamente las imágenes de la televisión. En Nueva York eran poco más de las nueve de la mañana. Mis secretarias se habían levantado de sus mesas en la antesala y permanecían en el umbral de la puerta observando las imágenes que retransmitía la televisión, unos minutos después se nos unió también Eva Christiansen. Fui

asimilando lo que estaba ocurriendo, aunque no podía entender su significado.

La razón me decía que debía de haber miles de personas en el edificio y vi cómo se derrumbaban las torres —primero una, a continuación la otra—, pero seguía sin poder conectar emocionalmente con lo que estaba ocurriendo. Podría haberse tratado tranquilamente de una película, pero no lo era. Y cuando un tercer avión se estrelló contra el Pentágono, sede del Ministerio de Defensa estadounidense, quedó claro que tampoco se trataba de un accidente.

—Esto ha sido un atentado terrorista —me oí decir.

Era el 11 de septiembre de 2001, un martes, uno de esos días del que nunca olvidarás dónde estabas y qué estabas haciendo, uno de esos días en que de un momento a otro el mundo dejó ser el mismo. Enseguida quedó claro que durante un tiempo, todo lo que antes parecía ser importante

pasaría a un segundo plano: nosotros, como oposición, tuvimos que reconocer que era la hora del gobierno, y el gobierno tuvo que entender que debía unir fuerzas con la oposición. Y así se hizo.

El canciller, el ministro de Asuntos Exteriores y el ministro de Defensa nos mantuvieron constantemente al tanto de la información de que disponían sobre la investigación del atentado y de cómo pensaban proceder.

El ataque contra Estados Unidos fue obra de terroristas islamistas de la organización al-Qaeda de Osama bin Laden, que operaba desde el Emirato Islámico de Afganistán creado por los talibanes, un grupo de combatientes islamistas. Al-Qaeda había atacado a un estado miembro de la OTAN y en el atentado habían perdido la vida más de tres mil personas. Por primera vez en la historia de la Organización del Atlántico Norte, fundada en 1949, se invocaba el artículo 5 de su tratado, en el que se estipula que un ataque armado contra una o

varias partes de la alianza, ya fuese en Europa o en Estados Unidos, se consideraría un ataque dirigido contra todas ellas. El 16

de noviembre de 2001, el Bundestag votó el despliegue de la Bundeswehr como parte de la Operación Libertad Duradera, una misión dirigida por Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo internacional. Con el fin de evitar que su gobierno perdiera la votación, el canciller Gerhard Schröder la combinó con un voto de confianza. Como oposición, nosotros votamos a favor de la misión, que se iba a prolongar durante casi veinte años —con varios mandatos—

antes de finalizar en el verano de 2021 en unas terribles condiciones. Pero de eso hablaremos más adelante.

LÍDER DEL GRUPO PARLAMENTARIO

Las cuestiones específicamente políticas son casi siempre también cuestiones de poder; en ese sentido, quien consigue acuñar términos triunfa, tanto en términos de contenido como de poder político. En 2001 convencí a mi partido para que creara una comisión con el fin de revisar y renovar los principios de la economía social de mercado bajo las condiciones de la globalización.

Sin embargo, cuando asumí personalmente la presidencia de este grupo de trabajo y pedí a Jürgen Kluge, entonces director de McKinsey Alemania, su asesoría científica y titulé el proyecto como «nueva economía social de mercado», para muchos en el partido —defensores tanto de una política social como de una política económica— empezaron a sonar las alarmas.

Algunos estaban realmente preocupados por la posibilidad de que quisiera lanzar por la borda el concepto tradicional de economía social de mercado, sobre todo porque les parecía sospechoso que hubiera concedido gran importancia a la palabra «nueva». Los demás —más bien mezquinamente— no querían que triunfara, ya que como he afirmado, las cuestiones específicamente políticas son

casi siempre también cuestiones de poder, y triunfa quien consigue acuñar términos. ¿Tal vez también a la hora de decidirse a ser candidato a canciller en las elecciones generales de otoño de 2002? Era una cuestión que planeaba sobre todo lo demás. El trabajo realizado en la comisión desembocó en una propuesta programática presentada durante el congreso de la CDU celebrado en Dresde en diciembre de 2001. Se titulaba simplemente

«Personas libres. Un país fuerte. Un contrato para un futuro seguro», pero en la propuesta seguía apareciendo el concepto «nueva economía social de mercado».

Al mismo tiempo, a lo largo de 2001 había cobrado impulso el debate sobre quién se postularía como candidato a canciller. En la sede del gobierno local en Múnich había otro candidato potencial: Edmund Stoiber, desde 1993 ministro presidente de Baviera y desde 1999

presidente de la CSU. Como secretario general de la CSU, en las elecciones generales de 1980

había dirigido la campaña electoral del candidato a canciller, Franz Josef Strauß. En la arena

política, Stoiber se manejaba muy bien en la polarización, era un enamorado de los detalles y, provisto de una montaña de documentación, siempre estaba muy bien preparado. Era capaz de percibir los estados de ánimo políticos y las debilidades de sus adversarios. Intuí que dados los tiempos difíciles por los que había atravesado la CDU y mi todavía limitada experiencia como presidenta de la CDU, él vio una oportunidad única de reclamar para sí mismo y para la CSU la candidatura a canciller.

Me llevaría demasiado tiempo enumerar una a una todas las conversaciones a solas y llamadas telefónicas que mantuve acerca de esta decisión. De forma que solo mencionaré que desde el verano de 2001, delegaciones enteras de políticos de la CDU, muchos de

ellos con muchos años de servicio y llegados principalmente del suroeste de Alemania, acudieron a mí en incontables ocasiones con la intención de persuadirme para que renunciara. A veces con sensibilidad y cariño, a veces con el bastón de mando: unos intentaron explicarme con elocuencia que yo era la más indicada como líder del partido, pero quizá no tanto como para ser candidata a canciller; otros pasaron directamente al insulto, advirtiéndome que si no permitía que Edmund Stoiber se presentara a canciller, el destino de la CDU pesaría sobre mi conciencia. Debía retirar mi candidatura de forma inmediata y, por supuesto, sin presentar batalla.

Me pareció algo increíble. Gracias a mi ayuda, la CDU había conseguido librarse del atolladero que había supuesto el escándalo de las donaciones y regresar al ruedo político. Sin embargo, eso no era suficiente para presentar mi candidatura a canciller, pues según sus argumentos, yo era una presidenta sin importancia de Alemania Oriental incapaz para ese cargo.

De entrada, para mí esos argumentos no eran válidos, pues si así fuera, debería haber dimitido directamente como presidenta del partido. La líder del mayor de los dos partidos en coalición, que ni siquiera había intentado presentar su candidatura a canciller y luchar por recabar apoyos, habría quedado descartada, y con razón, desde el mismo principio. No podía conciliar eso con la imagen que tenía de mí misma, ni personalmente ni ante mi partido.

Durante las vacaciones de Navidad del año 2001, la cuestión ya me ocupaba las veinticuatro horas del día. El pensamiento no me abandonaba tanto si cocinaba un ganso en Hohenwalde como si preparaba el desayuno, tanto si daba un paseo por el bosque como si iba de compras al pueblo vecino. Desde que me levantaba hasta que me acostaba, e incluso por la noche, cuando permanecía despierta durante largo rato, no dejaba de pensar en eso. Analicé la situación en dos pasos. En primer lugar, tuve que responder a la pregunta de si quería ser canciller. Mi respuesta fue afirmativa, tal

como lo fue a principios de 2000, antes de decidirme a presentar mi candidatura a la presidencia de la CDU. En ese sentido nada había cambiado. En segundo lugar, tuve que responder a la pregunta de si tenía que ser precisamente *ahora*. A esa pregunta también respondí afirmativamente, aunque me di cuenta de que ya no lo hacía con la misma vehemencia que unos meses antes, ni con la misma claridad con la que había respondido a la primera pregunta. De esa forma encontré un fundamento para tomar la decisión y pude pasar a la siguiente pregunta: ¿Contaba con suficientes partidarios en el partido? No se trataba únicamente de mis adversarios, sino que también debía tener en cuenta a los que siempre habían estado de mi parte y confiaban que presentara mi candidatura. Y estaban además los que aún guardaban malos recuerdos de la campaña electoral de 1980, en la que se presentó a canciller Franz Josef Strauß, hasta la fecha el único candidato de la CSU, y eran muy escépticos con las posibilidades de Edmund Stoiber como segundo candidato a canciller de la CSU.

Finalmente decidí que no renunciaría a mi candidatura sin presentar batalla, pero tampoco aspiraría a lo imposible, pues según mi experiencia, en esos casos no se consigue nada. El 6 de enero de 2002, en una entrevista concedida al *Welt am Sonntag*, hice pública mi voluntad de

presentar mi candidatura. Con esa maniobra obligaba a Edmund Stoiber a mostrar sus cartas: ese mismo día, él también declaró su voluntad de convertirse en el candidato a canciller de la CDU y la CSU. Al día siguiente, el lunes 7 de enero de 2002, en el programa *Beckmann* de la ARD volví a afirmar que estaba dispuesta a presentarme como candidata a canciller, con lo cual las cartas ya estaban sobre la mesa y había llegado el momento de tomar una decisión.

Habíamos programado para los días 11 y 12 de enero, viernes y sábado, la reunión plenaria anual del Comité Ejecutivo de la CDU, esta vez en Magdeburgo, en un hotel con el nombre más bien

simbólico de Herrenkrug, *y yo había decidido que para entonces se tenía que cerrar el tema.

El miércoles 9 de enero quedé con Beate Baumann para cenar en un restaurante, no uno de los frecuentados por los muchos periodistas de la capital, sino uno en el que pudiera hablar sin ser molestada ni observada. Es cierto que podríamos habernos quedado en la oficina, pero un cambio de aires también nos iba bien, y no hacía falta que fuera en el mar Báltico, sino a diez minutos en coche de la Casa Konrad Adenauer de Berlín-Mitte. Teníamos sobre la mesa la lista de los miembros del Comité Ejecutivo y de la Junta Ejecutiva Federal, y mientras repasábamos los nombres, yo contaba los que eran partidarios y los que se oponían a mi candidatura.

Consideramos la opción de someter mi candidatura al voto de las diferentes facciones del partido en el encuentro de Magdeburgo, aunque nos invadió cierta tristeza porque en el aire se oía a derrota. Al fin y al cabo, ¿qué impresión podía causar que la presidenta de la CDU forzara, incluso llegando casi al chantaje, a su partido para que la presentara como candidata a canciller, y que en caso de no obtenerla, abandonara el cargo como presidenta del partido o, una vez derrotada, participara a disgusto en la campaña electoral? ¿Era esa la mejor forma de luchar codo con codo por la victoria final? En una ocasión, Wolfgang Schäuble me enseñó que rara vez los conflictos se producían entre la CDU y la CSU, sino que casi siempre afectaban a toda la CDU.

¿No estaba condenada al fracaso desde el principio una campaña electoral que no solo condujera a un conflicto abierto con la CSU, sino que también dividiera en dos bandos a la CDU? Los últimos meses me habían desgastado considerablemente, pues no resultaba divertido mantener innumerables conversaciones, tanto telefónicas como en persona, para negar estoicamente una y otra vez: no, no, no, no voy a renunciar sin más a mi candidatura a canciller.

Tras darle muchas vueltas, Beate Baumann y yo nos separamos con la intención de dejar aparcada la cuestión y consultarla con la almohada esa misma noche.

A la mañana siguiente, jueves 10 de enero, nos encontramos por casualidad esperando al ascensor del parquin subterráneo de la Casa Konrad Adenauer para subir a nuestros despachos de la sexta planta. Las puertas del ascensor se abrieron, entramos y volvieron a cerrarse a nuestras espaldas. Pulsé el botón, y el ascensor se puso en marcha.

—Voy a darla por terminada —dije.

—¿Qué va a dar por terminada? —preguntó Beate Baumann.

—Mi candidatura a canciller —respondí.

—Bueno, entonces hasta aquí hemos llegado —contestó.

Había madurado la decisión durante la noche anterior, y Beate Baumann y yo nos conocíamos lo suficiente como para saber que era definitiva. Había sido acertado darle vueltas tanto tiempo a la posibilidad, había sido acertado conseguir que Edmund Stoiber declarara públicamente su voluntad de presentarse a canciller, había sido acertado que como líder del mayor de los dos partidos en coalición hubiera declarado también públicamente mi voluntad y mi ambición de presentar mi candidatura: ahora todos entendían que mi intención era presentarme a canciller y que confiaba en poder hacerlo. Sin embargo, lo pertinente no era hacer pasar al partido por un

calvario, sino actuar de otra manera y cumplir con mi responsabilidad como presidenta: no insistir en seguir siendo candidata, sino cerrar filas y despejar el camino para una campaña electoral unida.

Pedí a Laurenz Meyer, secretario general de la CDU, a Willi Hausmann y a Eva Christiansen que se acercaran a mi despacho para comunicarme mi decisión y hablamos de los siguientes pasos. Todo se desarrolló con rapidez. Llamé a Edmund Stoiber y sin entrar en detalles sobre todo el asunto, le propuse reunirme con él para mantener una conversación cara a cara. En ese preciso momento no podía extenderse, y finalizamos la llamada. Volvió a llamar unos minutos después y acordamos que a la mañana siguiente iría a desayunar a su casa de Wolfratshausen para conversar.

Tal como estaba previsto hacía tiempo, por la tarde volé a Düsseldorf para asistir como ponente principal al encuentro que la Cámara de Industria y Comercio de Renania del Norte-Westfalia celebraba la noche del día de Reyes, intervención que, por supuesto, no quise cancelar.

Tras la celebración, volé a Múnich en un avión privado fletado por la CDU y pasé la noche en un hotel muy cercano al aeropuerto. A primera hora de la mañana del viernes 11 de enero de 2002 le pedí a un chófer que me habían enviado a Múnich que me condujera al domicilio de Edmund Stoiber en Wolfratshausen, al que llegué con puntualidad a las ocho.

Edmund Stoiber y yo apenas probamos bocado, aunque Karin Stoiber había preparado la mesa del desayuno con mucho cariño. Fui directamente al grano: le dije que sin duda había sido importante que ambos, tanto él como yo, hubiéramos declarado públicamente nuestra voluntad de liderar a la CDU/CSU en las elecciones generales del 2002 como candidatos a canciller. Al mismo tiempo, era evidente que a diferencia de mí, él podía contar con el apoyo tanto de la CDU

como de la CSU, y en una campaña electoral la unidad resulta esencial. Por todo ello, quería que él fuera nuestro candidato consensuado a canciller y así se lo recomendaría al partido por la tarde en Magdeburgo. Únicamente le rogué que antes de que se hiciera público, me permitiera ser la primera en explicar al Comité

Ejecutivo y a la Junta Ejecutiva federal en Magdeburgo la decisión tomada y los motivos en que se fundamentaba. Edmund Stoiber estuvo de acuerdo con mi propuesta, y también tuvo claro que no se trataba solo de una decisión de calado para mí, sino para la coalición en su conjunto.

Me despedí de él tras poco menos de una hora. De camino al aeropuerto de Múnich, llamé a Beate Baumann para informarle del resultado de la reunión con Edmund Stoiber. Ahora sí, y es que habíamos esperado hasta ese momento, podía cancelar una visita a la fábrica de azúcar de Klein Wanzleben, en Sajonia-Anhalt, prevista para las once de la mañana. Viajé en avión privado de Múnich a Berlín y de allí en coche a Magdeburgo.

Edmund Stoiber mantuvo su palabra y todo se mantuvo en secreto. Solo cuando se hizo público que había cancelado mi visita a Klein Wanzleben, los medios de comunicación empezaron a especular de forma descabellada sobre si tenía entre manos un plan especial. Sin embargo, para entonces ya llevaba tiempo en el automóvil que me conducía directamente al

«Herrenkrug».

El resto es conocido: Edmund Stoiber se convirtió en el segundo candidato a canciller de la CSU de la historia de la coalición CDU/CSU. Al día siguiente, sábado 12 de enero, viajó a Magdeburgo con el fin de asistir a nuestra reunión plenaria, y ambos atendimos conjuntamente a la prensa.

En los meses que siguieron hicimos una campaña electoral muy diferente a la que la CDU y la CSU habían hecho con Strauß en 1980, sin los enfrentamientos ni enconos de entonces, coordinada además conjuntamente y cerrando filas. Además de ser mi jefa de oficina, Beate

Baumann asumió la dirección de la campaña electoral y del programa político de la Casa Konrad Adenauer y, en esta doble

función, se convirtió en una importante interlocutora para Michael Höhenberger, el secretario de Estado de la CSU y estrecho colaborador de Edmund Stoiber.

Tanto la CDU como la CSU, tanto Edmund Stoiber como yo, sobrevivimos a la más dura de las pruebas, ya que el canciller Schröder puso toda la carne en el asador para desafiar a la CDU/CSU: anunció su voto negativo a una posible guerra en Irak; presentó una primera propuesta de Peter Hartz, miembro del consejo de administración de Volkswagen AG, con reformas del mercado laboral que la CDU/CSU difícilmente podría haber formulado de otro modo; mostró una gran empatía por las personas afectadas por las terribles inundaciones provocadas por el río Elba; mantuvo un espíritu indómito en los dos duelos televisivos con Edmund Stoiber, los primeros de este tipo en una campaña electoral para las elecciones generales.

Las elecciones generales se celebraron el 22 de septiembre y la víspera, en un ambiente alegre, asistí por primera vez a la tradicional apertura del barril de cerveza en la Oktoberfest de Múnich.

Cada uno a su manera, Edmund Stoiber y yo lo habíamos dado todo. Estábamos sentados en la primera fila del balcón de la carpa de cerveza mientras observábamos a la gente. Aclamaban a Edmund Stoiber, nos aclamaban a los dos.

Seguidamente nos desplazamos a la sede del gobierno de Baviera, la residencia oficial de Stoiber, para mantener una tranquila reunión a solas. Se lo había pedido porque quería hablar con él sobre los distintos resultados posibles de las elecciones. En el caso de que ganara, le dije, no entraría en su gobierno, sino que como presidenta del partido también quería asumir el liderazgo del grupo parlamentario de la CDU y la CSU en el Bundestag. Para la estabilidad de la coalición y de un posible gobierno federal dirigido por la CSU, era esencial que la presidenta de la CDU

no estuviera sometida ni a la disciplina del gobierno ni a la competencia política del canciller, ya que la CDU requería de un centro de poder bien claro. Por lo tanto, era necesario que las presidencias del partido y de los grupos parlamentarios estuvieran concentradas en una sola persona, lo que también sería aplicable en el caso de que, en contra de lo previsto, al día siguiente no ganáramos las elecciones. Stoiber se mostró muy comprensivo con este argumento, además percibí su sincero agradecimiento por el hecho de que yo personalmente, así como todo el personal de la sede federal de la CDU, hubiéramos hecho campaña por él de forma leal. Podía contar con su apoyo, lo que para mí fue esencial, ya que era práctica habitual que los presidentes de los dos partidos que formábamos el grupo parlamentario hicieran una propuesta conjunta para la elección del presidente del grupo.

Una vez finalizada la entrevista, volé de vuelta a casa y pasé el resto del sábado en Hohenwalde.

Al día siguiente, voté a la una del mediodía en el colegio electoral instalado en la cantina de la Universidad Humboldt de Berlín, y hacia las cinco de la tarde me dirigí a la Casa Konrad Adenauer, donde me encontré con Edmund Stoiber. Había volado a Berlín tras un paseo en carruaje por Múnich, de obligado cumplimiento para un ministro presidente de Baviera durante la Oktoberfest.

La noche electoral transcurrió de forma diferente a lo esperado. Si bien al principio pareció que la CDU y la CSU podían ganar las elecciones, a medida que avanzaba el escrutinio las expectativas se fueron enfriando. Al final, la coalición rojiverde se impuso por el más estrecho de

los márgenes: para la CDU y la CSU, un 38,5 % de los votos, lo que equivalía a 248 escaños en el Bundestag; y el mismo porcentaje para el SPD, pero con una ventaja de 6.027 votos, lo que le supuso tres escaños más que nosotros, y se convirtió así en el partido más

votado. Los Verdes consiguieron el 8,6 % de los votos, lo que equivalía a 55 escaños; el FDP, el 7,4 %, es decir, 47

escaños; y el PDS, el 4,0 %, lo que le supuso 2 escaños al obtener más primeros votos.

Cuando le comuniqué a Friedrich Merz que quería ocupar su puesto como líder del grupo parlamentario y que Edmund Stoiber y yo, como presidentes de la CDU y la CSU, respectivamente, en nuestro grupo parlamentario, haríamos la propuesta durante la primera sesión, se sintió profundamente afectado. Resultó lógico que tras el escándalo de los donativos, Friedrich Merz asumiera la presidencia del grupo parlamentario, pues era y es un brillante orador y en el caso de las donaciones me apoyó. También me gustó que fuera consciente de lo que supone el poder. Además, tenemos casi la misma edad, él nació en 1955 y yo en 1954, y pese a que nuestro entorno social era completamente diferente, más que un obstáculo eso nos brindó una oportunidad. Sin embargo, desde el principio nos topamos con un problema: los dos queríamos asumir el liderazgo. Cuando en los partidos políticos se enfrentan dos constelaciones y debido a las fricciones se genera un desgaste demasiado grande, como era nuestro caso, hay que ponerles remedio. Tras las elecciones generales del 2002, había llegado el momento de una aclaración, y Friedrich Merz se sintió muy decepcionado al saber que los presidentes de la CDU

y la CSU no le propondrían para la reelección como líder del grupo parlamentario.

Dos días después de las elecciones generales, el martes 24 de septiembre de 2002, el grupo parlamentario de la CDU/CSU me eligió nueva presidenta. Y en el congreso nacional del partido, celebrado en Hannover el 11 de noviembre de 2002, fui reelegida presidenta de la CDU por otros dos años con 746 de los 796 votos emitidos; es decir, el 93,7 %.

ELECCIONES ANTICIPADAS

Edmund Stoiber había regresado a Múnich y ahora yo ejercía un doble papel como líder del partido y del grupo parlamentario. Seguí trabajando en la nueva economía social de mercado, y aunque no conseguí que se aceptara el término, seguimos desarrollando el tema. Eso me condujo a proponer a Horst Köhler, entonces director del Fondo Monetario Internacional, como candidato de la CDU/CSU y del FDP a la elección presidencial del 2004. Una vez proclamado presidente de Alemania, pronunció una frase que considero maravillosa: «A mi modo de ver, en nuestro mundo, la humanidad se decide en el destino de África». Era capaz de ver más allá de sus propias narices, y cuando en el 2010 dejó su cargo como presidente, siguió trabajando para el continente.

En cuanto a nuestro programa político, había llegado la hora de elaborar propuestas concretas para el futuro de los tres ámbitos de la Seguridad Social: las pensiones, la asistencia social y la sanidad. Conseguí convencer a Roman Herzog, antiguo presidente del Tribunal Constitucional y expresidente de Alemania, para que encabezara una comisión sobre estos temas. Herzog, una persona irreprochable, se hizo un nombre como reformista al declarar en 1997: «Alemania necesita cambios de calado». Los conceptos desarrollados por la comisión, que más adelante llevaría su nombre, debían formar parte de un programa gubernamental para las próximas elecciones generales de 2006. El 30 de septiembre de 2003, Roman Herzog me presentó el informe de la comisión y el 1 de octubre del mismo año pronuncié un discurso programático en el Museo de Historia Alemana de Berlín, en el antiguo arsenal situado en Unter den Linden. Mi discurso tuvo una muy buena acogida, y fue bien recibido por quienes opinaban que hacía tiempo

que Alemania necesitaba reformas sociales y de su mercado laboral. Las recomendaciones del informe de la comisión Herzog fueron aprobadas por el congreso nacional del partido celebrado en Leipzig en diciembre de 2003. Este congreso entraría en la historia de la

CDU como el de las reformas. Fueron aceptadas con un amplio consenso tanto las propuestas diseñadas por Friedrich Merz para la reforma fiscal —que pasó a llamarse la reforma fiscal del posavastos, porque era tan sencilla y clara que todos sus tipos impositivos cabían en un posavastos— como las de un futuro seguro de pensiones y de dependencia. Sin embargo, generaron controversia las propuestas para el futuro del seguro de enfermedad, pues la llamada prima sanitaria propuesta por la comisión Herzog fue vilipendiada por sus detractores, también entre las filas de la CDU y la CSU, como una tarifa plana al alza incompatible con los valores de la coalición. Sus críticos alegaban que socialmente no sería justo para quienes no pudieran satisfacer una cuota única del seguro de enfermedad independientemente de sus ingresos. Aquello era absurdo, ya que el nuevo concepto preveía que en lugar de la cuota porcentual abonada hasta la fecha según los ingresos, la cuota única preveía una equiparación social en función de los ingresos financiada con los presupuestos del Estado. El congreso del partido votó a favor de la prima sanitaria.

No obstante, nuestra coalición ya llegaba tarde. Seis meses antes, el 14 de marzo de 2003, Gerhard Schröder presentó mediante una declaración gubernamental en el Bundestag lo que se denominó la «Agenda 2010», en la que se incluían medidas basadas en el informe de la comisión Hartz presentado en agosto de 2002 durante la campaña electoral, así como en las propuestas de los socialdemócratas europeos, en concreto de nuestro canciller y de Tony Blair, el primer ministro británico, plasmadas en el Manifiesto Schröder-Blair de 1999. Estas medidas pretendían impulsar el crecimiento económico y el empleo y, entre otras cosas, la Agenda 2010 incluía medidas de formación profesional y educación, la ampliación del horario lectivo en las escuelas y la mejora de la atención a los niños menores de tres años. Sin embargo, incluía además conceptos de atención pública que un canciller democristiano habría planteado también sin ningún problema, pero que a oídos socialdemócratas sonaban a herejía. No solo había que flexibilizar el despido y suprimir algunas prestaciones del seguro de

enfermedad, sino que tras un año de prestación contributiva por desempleo, también había que introducir un subsidio de desempleo de nivel asistencial y endurecer las normas sobre la aceptación por parte de los parados de las ofertas de trabajo. Gerhard Schröder también quería reformar el sistema de pensiones según el llamado factor de sostenibilidad, con lo que se pretendía ralentizar el aumento de las cuotas del seguro de pensiones. Schröder corregía así un error cometido durante su primer mandato, cuando anuló el llamado factor demográfico que la CDU, la CSU y el FDP habían introducido durante su gobierno. Con este factor, el aumento de las pensiones ya no se basaba únicamente en el aumento de los salarios de los trabajadores sujetos a la cotización de la Seguridad Social, sino que también tenía en cuenta la estructura por edades; es decir, la proporción entre los que cotizaban al seguro de pensiones y los que cobraban una pensión.

Schröder y sus promesas electorales de 1998 habían topado con la realidad, pues los problemas del mercado laboral, la sanidad y las pensiones se habían vuelto abrumadores. Recuerda: nunca reviertas sin necesidad las duras e impopulares, pero al fin y al cabo inevitables, reformas de tus predecesores.

En los dos años siguientes, Schröder hizo todo lo que estuvo en sus manos para que en el Bundestag y el Bundesrat se aprobaran las reformas de la Agenda 2010. Para ello pudo y tuvo que contar con el apoyo de la CDU/CSU, sobre todo porque en la Cámara Alta dependía de la aprobación de los estados federales gobernados por la CDU/CSU. Todo eso hizo que la situación en su propio partido resultara cada vez más complicada. El SPD, del que se había convertido en

presidente después de que Oskar Lafontaine, su predecesor, abandonara el gobierno en abril de 1999, sufrió tanto con las medidas aplicadas que en febrero de 2004 Schröder se vio obligado a renunciar a la presidencia del partido. Su sucesor en el cargo fue

Franz Müntefering, líder del grupo parlamentario del SPD, que más adelante sería vicedecano de mi primer gobierno.

Tal como dije públicamente en su momento, para mí, la decisión de Schröder fue el principio del fin de su carrera como canciller. Sin embargo, no podía imaginar que ese final llegaría poco más de un año después, pues yo partía de la base de que las elecciones generales se celebrarían en el 2006. De todos modos, ya tenía suficiente trabajo con la situación del mundo en general, con mi relación con la CSU, nuestro partido hermano, y con mi grupo parlamentario: a raíz de un discurso que pronunció el 3 de octubre de 2003, Martin Hohmann, diputado del Bundestag por el estado federal de Hesse, fue expulsado del grupo debido a que sus palabras solo podían entenderse como antisemitas y pisoteaban los valores del partido; tras el congreso del partido en Leipzig, proseguía la disputa con la CSU sobre política sanitaria, a consecuencia de lo cual Horst Seehofer, exministro de Sanidad, dimitió de su cargo de vicepresidente del grupo parlamentario; con las convulsiones europeas e internacionales provocadas por George W. Bush, entonces presidente de Estados Unidos, y la llamada Coalición de la Voluntad, que en la noche del 19 al 20 de marzo de 2003 y sin un mandato explícito de la ONU iniciaron la segunda guerra de Irak.

En febrero de 2003, me colocaron en el papel de una belicista, y en muy poco tiempo mis índices de popularidad cayeron en picado. El canciller Schröder ya había convertido la amenaza de una posible segunda guerra en Irak en tema de la campaña electoral para las elecciones generales de 2002 y tras las elecciones continuó haciéndolo, sacando punta a sus argumentos.

También, y a diferencia de Joschka Fischer, su ministro de Asuntos Exteriores, rechazó categóricamente una misión legitimada por un mandato de la ONU, por lo que era obvio que quería utilizar la cuestión de forma partidista con fines políticos. Esto enfrentó al grupo parlamentario y a nuestros partidos de la CDU y la CSU a un dilema: Schröder intuía hacia dónde se inclinaba la opinión pública

de los alemanes, ¿pues quién podía y quería estar en contra de la paz y a favor de la guerra? Nadie. La mañana del 20 de marzo de 2003, el día en que estalló la guerra, afirmé en el Bundestag: «La guerra supone siempre una derrota para la diplomacia y la política. [...] Con la vista puesta en el futuro hacemos todo lo posible para que la fuerza y la capacidad de acción de la Unión Europea, de la Alianza Atlántica y de las Naciones Unidas se puedan desplegar de nuevo mediante la unidad y la concordia. Y sin olvidar que en el seno de estas instituciones y asociaciones hay unos valores comunes que nos unen a Estados Unidos, y es por eso que permanecemos a su lado».

Se mirara como se mirara, Schröder había tocado una fibra sensible. A diferencia de él, yo me había negado desde un principio a criticar públicamente las acciones de Bush y a aceptar, o incluso forzar, una división de Europa entre, por una parte, Alemania y Francia, junto con Rusia, entonces ya dirigida por el presidente Putin, y, por la otra, Reino Unido, España, Países Bajos y otros países. Yo estaba completamente en contra de esta situación, ya que podría dar la impresión de que Alemania mantenía una especie de equidistancia entre Estados Unidos y nuestros aliados de la OTAN y Rusia, pues era todo lo contrario a lo que la CDU, y yo personalmente, asociábamos con nuestra concepción de la unificación europea y la asociación transatlántica.

No obstante, esto era potencialmente muy conflictivo; de hecho, la política es competitiva y, como ya he dicho, las cuestiones específicamente políticas son casi siempre también cuestiones de poder, incluida la política exterior. Durante mi discurso del 13 de febrero de 2003 en el Bundestag en contestación a la declaración gubernamental del canciller antes del estallido de la

guerra, tuve que soportar que interrumpieran mis palabras gritándome «vasallaje» y sin concederme la ocasión de exponer mis argumentos. Schröder lo tuvo más fácil y afirmó:

«Ninguna *Realpolitik* ni ninguna doctrina de seguridad deben hacer que nos acostumbremos poco a poco a considerar la guerra como un medio normal de la política o, como se afirmó en una ocasión, como la continuación de la política por otros medios». De alguna manera, esas palabras marcaron la pauta y, además, cometí un error: una semana más tarde firmé en *The Washington Post* un artículo con el titular «Schröder doesn't speak for all Germans» ('Schröder no habla por todos los alemanes'). Mi intención era exponer que también en los conflictos, Alemania debía ejercer su fuerza e influencia en la Unión Europea y en las relaciones transatlánticas con un espíritu de asociación y no de confrontación. Sin embargo, no era correcto que una política alemana y líder de la oposición atacara frontalmente a su propio jefe de gobierno en un medio extranjero. Las diferencias entre un gobierno y la oposición debían y deben tratarse internamente y no, por así decirlo, de forma indirecta en el extranjero.

¿Qué quedó de todo ello? En efecto, la guerra de Irak fue un error, pues se emprendió sobre la base de una falsa suposición: no se trataba de armas de destrucción masiva, tal como reiteró el gobierno estadounidense respaldado por unas supuestas pruebas que luego resultaron ser falsas, sino de un cambio de régimen en Irak. Esto último se consiguió y el presidente Sadam Husein fue derrocado, pero el país se hundió en el caos. Gerhard Schröder había acertado en su análisis, aunque, a pesar de todo, sigo considerando erróneo su planteamiento de confrontación, tanto en el seno de la Unión Europea como frente a Estados Unidos, con el que, junto a Chirac, el presidente francés, intentó frenar la guerra. Para finalizar: podría haber prescindido del artículo en *The Washington Post*. Sin embargo, en las encuestas pronto recuperé la valoración pública y, de todos modos, la estimación de voto del partido apenas se vio afectada. En retrospectiva, no es sorprendente, ya que la disputa no alcanzó el núcleo de la política democristiana, que siempre consistió en una apuesta firme por la unión de Europa, sobre cuya base se pueda mantener una relación de confianza con Estados Unidos. Con su postura contra la guerra, Schröder no consiguió un rédito político

para el SPD y su valoración pública siguió siendo baja. Además, la elevada cifra de desempleo y la difícil situación de los sistemas de seguridad social suponían un lastre para el país, mientras las reformas de su Agenda 2010, que pretendían superar estos problemas, pesaban sobre su partido al poner en cuestión importantes convicciones del programa socialdemócrata. La situación no cambió cuando Franz Müntefering sustituyó a Schröder en la presidencia del partido. Así fue como en la primavera se produjo un acontecimiento que solo Gerhard Schröder podría haber desencadenado en Alemania.

Tras las elecciones locales de Schleswig-Holstein en febrero de 2005, tras cuatro votaciones secretas, la ministra presidenta Heide Simonis (SPD) no consiguió ser reelegida. El 22 de mayo, el SPD también perdió las elecciones en el estado tradicionalmente socialdemócrata de Renania del Norte-Westfalia. A última hora de la tarde de aquel día electoral, Schröder intentó detener la hemorragia. Franz Müntefering, presidente del SPD, pronunció las palabras que iban a cambiarlo todo: elecciones generales lo antes posible, elecciones generales adelantadas. Por supuesto, Schröder vio la oportunidad de dar un golpe sobre la mesa.

Una semana después, en una reunión conjunta de las juntas directivas de la CDU y la CSU, fui designada candidata a canciller de la CDU/CSU para las elecciones generales de principios de 2005. Si hubiera habido algún intento de impedirlo, ya no contaba con ninguna posibilidad de salir adelante. Tanto respecto a su programa como personalmente, la CDU/CSU tenía que ponerse las pilas lo antes posible para empezar a trabajar en la campaña electoral. En la rueda de

prensa que Edmund Stoiber y yo ofrecimos en el vestíbulo de la Casa Konrad Adenauer no cabía ni un alfiler, había grupos de periodistas sentados y de pie, muchos empleados apoyados en las balaustradas de las distintas plantas del edificio que observaban la

escena desde arriba y que aplaudieron cuando anuncié mi candidatura.

Era un lunes, 30 de mayo de 2005, a la una del mediodía. Habían transcurrido cinco años desde que decidí presentarme a la presidencia de la CDU y, de paso, convertirme en candidata a canciller federal. Ahora, con ese objetivo al alcance de la mano, en lugar de alegría sentía una presión increíble. En mi cabeza tenía las ideas claras, había trabajado durante mucho tiempo para llegar a ese día, pero cuando me escuché hablar no me sentí satisfecha. Y no se trataba de mi aspecto, muy al contrario, una esteticista me había maquillado y peinado. Desde agosto de 2005, Petra Keller, maquilladora empleada en la televisión de la RDA y que desde la reunificación alemana trabajaba como autónoma, colaborando sobre todo en la radio de Berlín-Brandeburgo, se había hecho cargo de esa tarea. Hasta el día de hoy ha permanecido a mi lado durante incontables horas. Entre sus mayores logros se encuentra haber conseguido hacer un peinado con mi pelo. Por lo tanto, el día en que anuncié mi candidatura a canciller tenía motivos más que suficientes para sentirme bien. Sin embargo, me asaltó el pensamiento de que allí no estaba hablando una canciller.

Había sopesado cuidadosamente las palabras. Una vez más, cada una de mis frases había sido una respuesta a la pregunta que me rondaba por la cabeza desde que me había hecho miembro de la CDU: ¿Por qué la CDU? ¿Por qué es necesaria y qué variante de la CDU me gustaría representar? En mis palabras introductorias afirmé: «Queremos que a Alemania le vaya mejor. Y

aquí no se trata de partidos, no se trata de carreras políticas, no se trata de él o de mí o de él o de ella [...], se trata de algo más: queremos servir a Alemania, yo quiero servir a Alemania.

Alemania puede hacerlo y juntos lo haremos, esta es nuestra convicción». Aunque las palabras expresaban lo que era importante para mí y su contenido no era problemático, sentía que no tenían el

peso suficiente. Estaba demasiado pendiente del papel y no hablaba de forma relajada.

Intelectualmente, debería haber sido capaz de recitar esas pocas frases sin tener que mirar el papel, por lo que me sentía como si tuviera puesto el freno de mano y fuera incapaz de soltarlo.

En ese momento, estaba demasiado concentrada en mi papel y no contaba con ningún elemento de distracción, como si allí mismo estuviera experimentando frente a todo el mundo la diferencia entre creer durante años que podía convertirme en candidata a canciller de la CDU/CSU y en serlo realmente.

CON LOS PIES EN EL SUELO

Michael Glos, presidente del grupo parlamentario de la CSU en el Bundestag, celebraba sus sesenta años. Nacido un 14 de diciembre, seis meses después, el 21 de julio de 2005, organizó una fiesta estival de cumpleaños, que tuvo lugar en su circunscripción electoral, en el castillo propiedad de su familia, los empresarios Castell-Castell, en la localidad de Castell. Me invitaron para pronunciar el discurso de cumpleaños, precisamente el día en el que Horst Köhler, presidente de Alemania, disolvió el Bundestag y convocó nuevas elecciones para el 18 de septiembre, así que quise aprovechar la convocatoria para hacer una declaración pública.

Mientras pronunciaba mi discurso de cumpleaños para Michael Glos, en Castell se hacían los preparativos necesarios para el evento. Hacia las cuatro y media de la tarde, me dirigí a toda prisa al lugar previsto para la declaración, y tuve que subir dos tramos de escaleras. En aquel entonces aún no era lo bastante avispada como para asegurarme de que no me estaban grabando mientras

subía corriendo las escaleras, por lo que una vez alcanzada la meta hubiera podido reponerme por un momento y respirar hondo. Sin embargo, no me quedó otra que situarme directamente frente a los micrófonos y leer mi declaración. El texto estaba bien pensado,

aunque lo recité completamente sin aliento, pues tenía que recuperar el aire cada tres palabras. Mi respiración entrecortada no causó una buena impresión y fue un símbolo de lo que me esperaba las siguientes semanas.

Cuando se trataba de la cuestión de si había llegado el momento de que una mujer fuera canciller, parecía haber una diferencia entre la teoría y la práctica, ya que incluso entre las mujeres había dudas al respecto. Gerhard Schröder llevaba solo siete años como canciller y todo el mundo intuía que quería seguir siéndolo, pues era enérgico e ingenioso. Pero yo estaba sometida a examen, algo que le hubiera sucedido a cualquier hombre que hubiera retado al canciller presentando su candidatura. Si bien fui consciente de que ser mujer no me ayudaba en nada, a medida que se acercaba el día de las elecciones se hacía más evidente. Por si fuera poco, cometí el error de no tomarme más días de vacaciones para cambiar de aires antes de la última etapa de la campaña electoral, y así en una entrevista confundí bruto con neto.

¿Y la CDU y la CSU? De repente éramos nosotros quienes queríamos imponer que la ciudadanía se apretara el cinturón. El plan de aumentar el IVA en un 2 % fue la prueba más evidente: había nacido el impuesto de Merkel, un auténtico festín para la campaña electoral de Schröder. El propio Schröder ya no hablaba de reformas, ni mucho menos de la Agenda 2010.

Los sondeos electorales, al principio extraordinarios para nuestros intereses, pues preveían una amplia mayoría a favor de un nuevo gobierno de la CDU/CSU y el FDP, fueron al mismo tiempo una bendición y una maldición. Una bendición, porque nos motivaron, y una maldición, porque daba la impresión de que ya ocupábamos un gobierno que había perdido todo el crédito, y al que Schröder se podía oponer a placer.

El domingo 4 de septiembre, antes del debate televisivo con Schröder, había pensado largo y tendido cómo debía vestirme esa

noche: una americana de color, que me habría hecho destacar como mujer y con la que sin duda me habría sentido cómoda, o más bien una americana oscura, de aspecto más oficial. Apostando sobre seguro, por así decirlo, opté por un traje pantalón azul oscuro, pensando que así no distraería demasiado a la gente que miraba y escuchaba. La noche anterior al debate no dormí bien, y me alegré cuando sobre las siete de la tarde del domingo por fin me puse en camino hacia los estudios de televisión de Berlín-Adlershof, a pocos metros de mi antiguo lugar de trabajo en el ZIPC. Cuando llegué a los estudios me esforcé para olvidar que unos veinte millones de telespectadores iban a escudriñarme y que tenía que concentrarme en mí misma y en Schröder.

En esos debates, eran especialmente peliagudas las preguntas referidas a lo que la política social podía ofrecer. En gran medida, eso era aplicable a este debate, por lo que me había preparado para ello. Una y otra vez se debatía sobre la subida del IVA, la prima sanitaria y la supuesta cuota única del seguro de enfermedad, ese modelo de impuesto plano que había ideado Paul Kirchhof, antiguo juez del Tribunal Constitucional Federal y experto financiero de mi equipo. Para caricaturizar el distanciamiento de Kirchhof y, sobre todo, el mío con respecto a las preocupaciones de la gente de a pie, Schröder lo mencionaba como el «profesor de Heidelberg»: era el mundo al revés, como si nuestra coalición ya estuviera ocupando el poder. El debate fue bastante bien hasta que en un momento dado le pidieron a Schröder que comentara las declaraciones de su esposa de entonces, Doris Schröder-Köpf. En una entrevista, ella había afirmado que con mi biografía, yo no encarnaba las experiencias de la mayoría de las mujeres, para quienes era importante cómo conciliar la familia y el trabajo, si, por ejemplo, querían

tomarse algunos años de baja tras el nacimiento de sus hijos o no. Preguntado al respecto en el debate televisivo, Schröder afirmó que su mujer vivía lo que decía, y añadió: «Y este es uno de los muchos motivos por el que la quiero». No me quedó otra que pensar: bingo para mi oponente, ha conseguido llegar al corazón de todas las

esposas y maridos y de muchos más, así que ahora no entres en pánico y continúa tranquilamente con el debate. Y lo logré: Schröder no había conseguido darme el golpe de gracia, ya que yo no había tenido ningún lapsus ni había cometido ningún error de bulto, pese a que según las encuestas el ganador del debate fue Schröder. A medida que se acercaban las elecciones, la ventaja de la CDU/CSU y el FDP sobre la coalición rojiverde era cada vez menor. Al final, parecía que la mujer y Alemania Oriental eran temas de mucho más calado de lo que se admitía públicamente.

A las seis de la tarde del domingo 18 de septiembre de 2005, Joachim y yo nos desplazamos hasta la Casa Konrad Adenauer. Estábamos en la quinta planta, en la sala en que se reunía la Junta Directiva Nacional, junto con muchos de sus miembros, viendo los sondeos electorales de la ARD y la ZDF. Los sondeos pronosticaban entre un 35,5 y un 37 % de los votos para la CDU

y la CSU; entre un 33 y un 34 % para el SPD; un 10,5 % para el FDP; y entre un 8 y un 8,5 %

para los Verdes. En comparación con los sondeos electorales del principio de la campaña, que nos situaban en torno al 45 %, suponían una amarga decepción. Aunque en realidad la CDU/CSU aún tenía posibilidades reales de ganar, me sentía la perdedora, por lo que pensé que quizá todo acabara de forma muy diferente a la noche electoral de 2002, cuando al principio creímos que habíamos ganado y finalmente acabamos perdiendo.

Con este estado de ánimo, sobre las siete de la tarde me dirigí al estudio de televisión junto con Eva Christiansen y Beate Baumann para asistir al debate de las cadenas públicas ARD y ZDF entre los líderes de los partidos y sus principales candidatos. En primer lugar me preguntaron por qué la CDU había estado tan por debajo de las expectativas. Con valentía contesté que la coalición rojiverde había perdido las elecciones y que la CDU y la CSU eran los partidos con

más fuerza y que, por lo tanto, habían obtenido el mandato para formar gobierno.

Solo entonces admití que, por supuesto, esperábamos un resultado mejor.

Cuando le preguntaron a Schröder por su valoración del resultado electoral empezó a vociferar: «Estoy orgulloso [...] de los votantes [...] que nos han concedido un resultado que es inequívoco, en todo caso inequívoco porque nadie más que yo está en condiciones de formar un gobierno estable, nadie más que yo». Y un poco más tarde añadió: «¿Creen ustedes realmente que en esta situación mi partido estaría dispuesto a entrar en conversaciones con la señora Merkel si se propone convertirse en canciller federal? Creo que debemos tener los pies en el suelo. Los alemanes han votado claramente por un candidato. Seamos serios, nadie puede rebatirlo». Y más adelante, dirigiéndose directamente a mí, añadió: «Bajo su mandato no podrá formar una coalición con mi partido socialdemócrata, eso está claro, no se engañe».

¡Qué locura! ¿Qué era lo que estaba pasando? Yo no podía predecir qué sucedería en un futuro próximo, pero me habría sorprendido mucho que la intervención de Schröder le favoreciera. En ningún caso Schröder estaba en la senda de la victoria: aún podría haberlo entendido si su partido se hubiera situado en un 38 % de las extrapolaciones y la CDU/ CSU en un 31 %. Sin embargo, lo cierto era que claramente Schröder tenía menos posibilidades que yo de salir vencedor. Así que le contesté: «Simple y llanamente, esta noche usted no ha ganado y la coalición rojiverde ha perdido las elecciones. Esta es la realidad». También dejé claro que de lo que se trataba era de conseguir una mayoría y que, en caso de una gran coalición, la fuerza más votada proporcionaría el canciller federal, que según los sondeos saldría de las filas de la

CDU/CSU. Por lo demás, me dije: espera a ver qué pasa, no te alteres, habla solo cuando se dirijan a ti, a ver cómo acaba la noche.

Guido Westerwelle, presidente del FDP, fue el primero en saltar a la palestra por mí, seguido de Edmund Stoiber. Estaba sentada allí como si no formara parte de aquello, como si estuviera viendo la escena en casa frente al televisor. No dejaba de decirme a mí misma: no te enzarces en una discusión con los demás, si no empezarás a desentonar. Era plenamente consciente de que estaba viviendo algo especial, pero todo sucedía de forma instintiva. Dudaba mucho de que Gerhard Schröder se hubiera comportado del mismo modo con un hombre, y tenía la impresión de que quería sorprenderme creando una nueva realidad, presentando a la opinión pública unos resultados electorales mejores aún de lo que le pronosticaban los sondeos y convirtiendo los míos, que según los sondeos serían malos, en aún peores. Sin embargo, pareció pasar por alto que una vez finalizada su demostración de fuerza, el público volvería a solidarizarse con el que iba por detrás, con el que había sido atacado. Aquello era en especial cierto en el caso de mi partido.

Al finalizar el programa, el personal de la cadena de televisión me acompañó fuera del estudio y me informó de que, según el último recuento, la CDU/CSU había obtenido tres escaños más que el SPD, acercándose cada vez más al resultado final de un 35,2 % para la CDU/CSU, un 34,3

% para el SPD, un 9,8 % para el FDP, un 8,1 % para los Verdes y un 8,7 % para Die Linke/PDS.

En el pasillo volví a encontrarme con Eva Christiansen y Beate Baumann, que habían estado viendo el debate por televisión en una sala contigua. Nos miramos a los ojos, no dijimos nada e intentamos llegar al coche lo antes posible. Una vez allí, exclamamos: «¡Increíble! Sencillamente increíble!».

Regresamos a la Casa Konrad Adenauer. Muchos miembros de la Junta Directiva habían visto el debate desde allí. Estaban horrorizados y me animaron. Mientras tanto, Joachim había regresado a casa. Un pequeño grupo de colaboradores, entre ellos

Jürgen Rüttgers, me acompañó a mi despacho. Rüttgers, ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia, el mayor feudo de la CDU, me dijo con calma y firmeza que debía procurar que el martes, el nuevo grupo parlamentario me reeligiera presidenta de inmediato y convencer a Edmund Stoiber de que me apoyara. Eso era muy importante, porque no tardarían mucho en criticarme por lo que había hecho mal durante la campaña electoral. Y no le faltaba razón, no se podía producir un vacío de poder. Aquella misma noche convencí a Edmund Stoiber para que apoyara mi reelección como líder del grupo parlamentario. Dos días después, el 20 de septiembre, fui confirmada en el cargo.

Posteriormente tuvieron lugar los primeros contactos con el SPD, el FDP y los Verdes para formar un nuevo gobierno. Políticamente, había tres opciones: una coalición Jamaica formada por la CDU/CSU, el FDP y los Verdes liderada por mí, una gran coalición del CDU/CSU y el SPD también liderada por mí o una coalición semáforo formada por el SPD, el FDP y los Verdes liderada por Gerhard Schröder. La coalición Jamaica no tenía ninguna posibilidad, porque los Verdes la rechazaron de entrada. La coalición semáforo tampoco tenía opciones de prosperar porque Guido Westerwelle la descartó para el FDP. Nuestra intención de compartir algún día el gobierno era un secreto a voces desde que en 2001 llamó la atención del público el paseo que dimos en un descapotable de lujo y durante el cual le cedí con gusto el volante. Confiábamos el uno en el otro. En 2004, Guido Westerwelle acudió por primera vez en público junto con su compañero Michael Mronz a la recepción de mi cincuenta cumpleaños en la Casa Konrad Adenauer. Poco antes me había llamado para preguntarme si tenía algo en contra: no, al contrario, estaba encantada. Guido Westerwelle era una persona vulnerable que, al mismo tiempo, no rehuía el conflicto cuando quería conseguir lo que se había propuesto políticamente.

Así que, definitivamente, en 2005 una coalición semáforo no figuraba en sus planes, lo que hizo imposible la reelección de Gerhard Schröder como canciller.

El SPD tardó algunas semanas en renunciar al cargo en la Cancillería. A principios del mes de octubre, Franz Müntefering, entonces presidente del partido y del grupo parlamentario del SPD, empezó a hacer tímidas insinuaciones. Los despachos de nuestros presidentes de grupo parlamentario en la Casa Jakob Kaiser, un edificio parlamentario no lejos del Reichstag, estaban uno encima del otro, el mío en el quinto piso, el suyo en el cuarto. Para reunirnos, no necesitábamos tomar el ascensor, accesible a todo el mundo, sino que podíamos utilizar la escalera menos frecuentada que da al río Spree. Teníamos línea directa, así que Müntefering podía llamarme sin tener que pasar por la centralita. Nadie se dio cuenta de nuestras idas y venidas por la escalera ni de nuestras conversaciones.

El 10 de octubre de 2005 se logró avanzar considerablemente en los primeros contactos, y se iniciaron las negociaciones propiamente dichas para formar una coalición de gobierno entre la CDU/CSU y el SPD bajo mi liderazgo.

Tenía la impresión de que Edmund Stoiber, líder de la CSU, se debatía entre mudarse a Berlín y asumir un superministerio o permanecer en Múnich y seguir siendo ministro presidente de Baviera. Cuando el 31 de octubre de 2005, en el transcurso de las negociaciones para formar la coalición, Franz Müntefering dimitió de repente como presidente de su partido, al no haber sido capaz de sacar adelante su apuesta personal para el cargo de secretario general del SPD, el presidente de la CSU simplemente no se presentó en la Casa Konrad Adenauer para la reunión preliminar prevista de la CDU/CSU. Por las agencias de noticias nos enteramos de que Edmund Stoiber había abandonado Berlín, y dio la impresión de que hasta aquel día se había limitado a encontrar el momento adecuado para hacerlo. Matthias Platzeck, ministro presidente de Brandeburgo, sucedió a Müntefering en el cargo.

El viernes 18 de noviembre de 2005, Matthias Platzeck por el SPD, Edmund Stoiber por la CSU y yo misma por la CDU firmamos el

acuerdo de coalición. El lunes 21 de noviembre de 2005 renuncié a mi cargo como líder del grupo parlamentario. Fue elegido como mi sucesor Volker Kauder, del estado de Baden-Württemberg, de octubre de 2002 a enero de 2005 primer líder del grupo parlamentario de la CDU/CSU y de enero a noviembre de 2005 secretario general de la CDU. Antes de mi elección como canciller federal, prevista para el día siguiente, a las cinco de la tarde visité el grupo parlamentario del SPD para presentarme personalmente.

Supimos mantener los pies en el suelo, pues la Cancillería solo podían ocuparla quienes contaban con una mayoría para formar gobierno. Ahora me tocaba a mí. Tenía cincuenta y un años.

CUARTA PARTE

AL SERVICIO DE ALEMANIA I

del 22 de noviembre de 2005

al 4 de septiembre de 2015

LA PRIMERA

MARTES, 22 DE NOVIEMBRE DE 2005

Los aplausos no cesaban. Estaban a punto de dar las once de la mañana y en su función de presidente, Norbert Lammert acababa de tomar la palabra en el Bundestag para anunciar el resultado de la votación para mi elección como canciller.

—Queridos colegas, les anuncio los resultados de la votación: votos emitidos, 612; votos válidos, 611; votos a favor, 397.

Se desataron los aplausos y no pudo seguir. Estaba sentada en la primera fila del grupo parlamentario CDU/CSU, y a izquierda y derecha los diputados de la CDU/CSU y del SPD se pusieron en pie y

aplaudieron. Norbert Lammert tuvo que hacerse oír para terminar de informar del resultado:

—Han votado en contra 202 diputados, 12 se han abstenido y ha habido un voto nulo. Por lo tanto, tras Konrad Adenauer, Ludwig Erhard, Kurt Georg Kiesinger, Willy Brandt, Helmut Schmidt, Helmut Kohl y Gerhard Schröder, la doctora Angela Merkel ha sido elegida por los miembros del Bundestag con la mayoría de votos requerida como la primera mujer canciller de la RFA.

De nuevo se desataron los aplausos y algunos diputados se acercaron para felicitarme, Gerhard Schröder el primero de todos. Me puse en pie y estrechamos nuestras manos. En medio de todo el ajetreo, Norbert Lammert me preguntó si aceptaba la elección, así que alcé el micrófono frente a mi escaño y le contesté:

—Señor presidente, acepto la elección.

—Querida doctora Merkel, se ha convertido en la primera mujer elegida democráticamente al frente del gobierno de Alemania. Se trata de una clara señal para muchas mujeres y, sin duda alguna, también para algunos hombres.

En mi opinión, había resumido de maravilla el carácter histórico de aquel día.

La primera. Esa era yo.

Norbert Lammert me felicitó y aplazó la sesión hasta las dos de la tarde. Abandoné el hemiciclo y por el pasillo de la izquierda me dirigí a las dependencias del Reichstag donde se encuentra el despacho del canciller, casi en frente del hemiciclo, en su lado este. El despacho, en el que nunca había estado, consta de una antesala y una sala de juntas con un escritorio y un tresillo. Abrí la puerta, en la que poco antes alguien había sustituido el cartel de «el canciller»

por el de «la canciller», y me encontré con mi familia y mis allegados, que tras seguir la votación desde la tribuna de honor del hemiciclo, pudieron felicitar me en persona. Joachim no se encontraba entre ellos, pues para él era importante dejar claro desde el principio que también en el futuro seguiría con su propio camino como científico, lo que yo entendía perfectamente.

Habíamos acordado que le llamaría en cuanto dispusiera de un minuto de tranquilidad para poder hablar sin ser molestados ni observados, lo que al final hice: estábamos felices y orgullosos.

La Cancillería nos había organizado una cariñosa recepción: en la antesala nos esperaba una secretaria de mi futuro equipo, habían servido bebidas y sopa de patatas. No disponía de mucho tiempo, ya que a las doce en punto me esperaba Horst Köhler, el presidente de Alemania, para mi nombramiento. Debido a las obras de renovación del Palacio de Bellevue, su residencia oficial, el acto se celebró en el Palacio de Charlottenburg. Todo transcurrió en un frenesí imparable,

incluidos los trayectos entre el edificio del Reichstag y el Palacio de Charlottenburg, así que no recuerdo el momento en que Horst Köhler me entregó las credenciales. A las dos del mediodía ya estaba de regreso en el hemiciclo.

Aún no tenía permitido sentarme en la bancada del gobierno, y me situé en la primera fila del grupo parlamentario de la CDU/CSU, tal como había hecho por la mañana. Norbert Lammert abordó el segundo punto del orden del día: la jura del cargo de canciller federal. Recuerdo todo lo que siguió como si hubiera ocurrido ayer: Lammert me pidió que me acercara, me puse en pie, pasé por la izquierda junto a la bancada del gobierno y me dirigí al fondo del hemiciclo, donde me esperaba frente a una bandera alemana. A diferencia de la primera vez, cuando juré el cargo de ministra para Asuntos de la Mujer y de la Juventud, no vestía ropa que me resultara extraña, sino que me sentía cómoda en mi segunda piel, pues vestía un traje de chaqueta y pantalón negro con botones de

terciopelo negro, y lucía una cadena de oro con un colgante de ámbar mate. A la hora de vestir, había encontrado en Bettina Schoenbach a una modista con la que podía desarrollar mi propio estilo.

Norbert Lammert sostuvo frente a mí el ejemplar original de la Constitución, alcé la mano derecha y leí el juramento, que finalicé con las palabras: «Que Dios me ayude». De nuevo se desataron los aplausos. Norbert Lammert me estrechó la mano y me felicitó, me di la vuelta y descendí hasta mi escaño en la bancada del gobierno para sentarme en el banco del canciller —

ahora de la canciller—, que era y es reconocible porque el respaldo es ligeramente más alto que el de los demás. Estaba sola al frente de la bancada del gobierno, junto a mí y a mis espaldas, cuatro bancos vacíos: ese era mi sitio. En un instante me quité todo el peso de encima y desaparecieron las dudas sobre si estaría a la altura de las circunstancias que me habían asaltado apenas cuatro días antes, al firmar el acuerdo del gobierno de coalición. Franz Müntefering me había dicho: «Todo irá bien». Sentada sola en la bancada del gobierno, sentí que como mujer y como alemana oriental había conseguido algo muy especial. Esa sensación se alargó unos segundos, tal vez un minuto, a continuación miré alrededor y observé los rostros de los diputados aplaudiéndome. También en la jura de mi cargo de canciller en los años 2009, 2013 y 2017, tras permanecer sentada sola durante esos segundos en la bancada del gobierno, me invadió una serena lucidez, pero nunca he dejado de recordar aquel primer momento, poco después de las dos de la tarde del 22 de noviembre de 2005. Lammert volvió a aplazar la sesión: me desperté como de una breve ensoñación y recibí muchas felicitaciones más, ahora ya en el lugar asignado para mí en la bancada del gobierno.

A las tres ya estaba de regreso junto al presidente en el Palacio de Charlottenburg para el nombramiento de los ministros del nuevo

gabinete. Antes de entregarles sus credenciales, Horst Köhler pronunció unas breves palabras:

—Recibirán críticas de todas partes, eso debería espolearles en su compromiso para una regeneración.

A continuación regresamos al edificio del Reichstag, y a las cuatro se reanudó la sesión interrumpida en el Bundestag. Uno tras otro, los ministros federales prestaron su juramento, con lo que la bancada del gobierno se llenó. El banco junto a mí lo ocupó el vicepresidente, Franz Müntefering (SPD), nuevo ministro de Trabajo y Asuntos Sociales. Después de la sesión plenaria, el grupo parlamentario de la CDU/CSU se reunió de nuevo para felicitar a los miembros del gabinete y celebrar la ocasión. Tras solo siete años en la oposición, volvíamos a tener una canciller de la Alemania Oriental.

A continuación me dirigí a la Cancillería, donde a las cinco de la tarde estaba previsto que Gerhard Schröder me pasara el relevo del cargo que yo había asumido. Me acompañaban Beate

Baumann y Eva Christiansen. Cuando llegamos a la entrada nos hicieron pasar al vestíbulo, donde habían instalado una mesa con un micrófono. Gerhard Schröder ya estaba allí, por lo que habló en primer lugar, agradeció el trabajo de los empleados de la Cancillería reunidos en la escalera sur, que lo despidieron con un largo y cerrado aplauso. A continuación me llegó el turno, aproveché la ocasión para afirmar que afrontaba con ilusión nuestra futura colaboración.

Por último, hizo uso de la palabra Olaf Lüdtke, el jefe de Personal, que nos obsequió tanto a Gerhard Schröder como a mí con un ramo de flores, tras lo cual este último me estrechó la mano y abandonó la sala. Una vez más, al igual que en el congreso nacional de mi partido en Essen en el 2000, cuando fui elegida presidenta de la CDU, había acabado con dos ramos de flores en las manos, que enseguida me retiraron. Tenía el convencimiento íntimo de que los

funcionarios del edificio también se implicarían en nuestro trabajo en común.

Tras el encuentro con el personal, Beate Baumann, Eva Christiansen y yo subimos acompañadas en ascensor hasta la séptima planta, donde se encuentra el despacho de la Cancillería. En el umbral de la secretaría nos recibió con una sonrisa alentadora Thomas Steg, director adjunto del gabinete del canciller Schröder entre 1998 y el 2002 y más adelante portavoz adjunto del gobierno, y que ocuparía la misma función en mi gobierno. Dentro nos esperaba Marianne Duden, al frente de la secretaría de Schröder, que ya había trabajado para el canciller Schmidt y debía guiarnos en los primeros momentos, lo que era una muestra del talante democrático que reinaba entre los partidos. Como regalo de bienvenida, en su mesa reposaba un pastel marmolado que había horneado para nosotros Ulrich Kerz, jefe de cocina de la Cancillería.

Marianne Duden abandonaría pronto el cargo para encargarse de la secretaría del nuevo despacho de Gerhard Schröder como excanciller. Ocupó su lugar Dagmar Scheefeld, que durante una larga etapa había estado al frente de mi secretaría, y en la primavera de 2006 le sucedió Marlies Hansen, que sigue a mi lado hoy en día, al igual que Kirsten Rüssmeier, su colega y adjunta durante muchos años. Por si surgía alguna pregunta, Thomas Steg permaneció unos momentos junto a nosotras.

Crucé la antesala hacia la izquierda y entré en mi nuevo despacho, que ya conocía por haber mantenido allí alguna conversación con Schröder. Había pensado de antemano cómo reorganizar el mobiliario: como quería estar cerca del pasillo de la antesala para comunicarme de forma más directa con mis secretarías, hice trasladar la gran mesa de conferencias, situada junto a la ventana que da al edificio del Reichstag, a la parte delantera de la sala, mientras que el tresillo de la parte delantera debía ser trasladado junto a la ventana. Solo hizo falta una llamada telefónica a las personas encargadas, y esa misma noche procedieron al cambio. A

la mañana siguiente, los muebles ya estaban donde yo quería. El personal de limpieza y los operarios de la Cancillería fueron siempre extremadamente serviciales y trabajaban con gran rapidez, y no solo durante mi primer día en el cargo.

Para que pudieran participar en la primera reunión del gabinete a las nueve de la noche, hacia las seis menos cuarto de la tarde tomé juramento en mi despacho a los nuevos ministros sin cartera de la Cancillería: Hildegard Müller, ministra de la Presidencia* y de Relaciones con las Cortes; Bernd Neumann, ministro y comisionado del gobierno federal para la Cultura y los Medios de Comunicación; y Maria Böhmer, ministra y comisionada del gobierno Federal para Migración, Refugiados e Integración. A continuación bajé rápidamente las escaleras desde el *sky lobby* hasta la sala de actos de la quinta planta, en la que me esperaban para entrevistarme las cadenas de televisión ARD, ZDF, RTL y SAT.1. Por primera vez, millones de ciudadanos alemanes me verían esa noche en sus pantallas de televisión como su nueva canciller. Para mí era importante

que ese primer encuentro no terminara en un fiasco, algo que según recuerdo conseguí hasta cierto punto. Una vez concedidas las entrevistas, me apresuré a subir las escaleras para pasar por mi despacho y recoger la gran cartera marrón que contenía el orden del día y la documentación de la primera reunión de mi gabinete. Conocía esas carteras, que en 2018 fueron sustituidas por tabletas, de mi época de ministra en el gobierno de Helmut Kohl.

Unos minutos más tarde, ya con la cartera en la mano, bajé las escaleras hasta la sexta planta, donde se encuentra la sala en la que se celebran los Consejos de Ministros. Cuando entré, la sala estaba muy iluminada y las cámaras empezaron a disparar, los fotógrafos no dejaban de seguir mis movimientos desde la zona de la sala acotada para ellos. Al cabo de unos minutos, como por arte de magia, la estridente iluminación dio paso a una más atenuada, la normal en la sala, y los focos desaparecieron de la pared forrada de madera: era

la señal para que los fotógrafos abandonaran la sala. A lo largo de dieciséis años, los Consejos de Ministros se sucederían uno tras otro.

Tomé asiento, a mi izquierda lo hizo Thomas de Maizière, jefe de Gabinete de la Cancillería, y a mi derecha Franz Müntefering, el vicescanciller. Además de una campanilla y un pulsador de timbre, tenía frente a mí en el centro de la mesa un reloj, tres objetos que desde la época de Adenauer forman parte de la sala en que se reúne el Consejo de Ministros. El reloj tiene cuatro caras con manillas para que cada uno de los ponentes pueda controlar la duración de su discurso.

Utilicé la campanilla en contadas ocasiones para recordar a los miembros del ejecutivo que debían guardar silencio; y el timbre servía en caso de tener que avisar a alguien fuera de la sala, pero que yo recuerde nunca llegué a utilizarlo, porque había en la misma sala una mesa ocupada por funcionarios de la Cancillería que se encargaban de eso.

Mientras el personal de la cocina de la Cancillería nos obsequiaba con una copa de champán para brindar por una fructífera colaboración, tanto Franz Müntefering como yo dimos a todos la bienvenida. Frank-Walter Steinmeier, el anterior jefe de Gabinete, y Thomas de Maizière, su sucesor en el cargo, prepararon juntos el orden del día del primer Consejo de Ministros, en el que, entre otros, se aprobó el reglamento interno del nuevo gobierno federal. La sesión finalizó al cabo de unos quince minutos.

Beate Baumann y yo regresamos a la séptima planta y examinamos con más detenimiento los despachos. A la derecha de la antesala había otros tres, todos interconectados entre sí y a los que también se accedía desde el exterior. Al final del pasillo descubrimos una sala más grande que parecía haber sido utilizada con fines representativos, pues sus muebles eran blancos y la mesa de cristal. Decidimos de inmediato que esa sala sería el despacho de Beate Baumann. Queríamos trabajar cerca la una de la otra, a diferencia

de Gerhard Schröder y Sigrid Krampitz, durante muchos años su jefa de gabinete y cuyo despacho no se encontraba en la misma planta. En los días siguientes, el personal de limpieza y los operarios se llevaron los muebles blancos y la mesa de cristal, equiparon el nuevo despacho de Beate Baumann con el mobiliario de madera de cerezo habitual en la Cancillería y, además de colocar un tresillo, conectaron el ordenador y el teléfono y dejaron preparada la conexión a internet. La disposición de nuestros despachos era ideal, cada una de nosotras disponía de paz y tranquilidad si no quería ser molestada, pero al mismo tiempo la distancia entre nosotras era tan corta que podíamos reunirnos de manera rápida y sencilla sin necesidad de salir del recinto. En los despachos que había entre nuestras dos salas trabajaban otras dos secretarias y los subdirectores de gabinete, al principio, Thomas Romes y, más adelante, Bernhard Kotsch y Petra Rülke. Siempre que era posible, las puertas entre estos despachos permanecían abiertas, de forma que la comunicación entre nosotros era fluida.

La agenda oficial del día ya había finalizado, y yo estaba completamente agotada. Sin embargo, para las ocho de la noche había convocado en la octava planta a amigos y colegas para brindar por mi elección. Nunca había estado en esas dependencias, a las que desde mi despacho se podía acceder directamente por una escalera trasera. Una vez allí, a la izquierda vi una pequeña habitación con baño, pensada para las posibles pernoctaciones del canciller. Como había conservado mi piso en Kupfergraben, a pocos minutos en coche, adonde Joachim y yo nos mudamos en 1997, nunca la necesité. A partir de entonces, Petra Keller pudo utilizar esa habitación del octavo piso como sala de maquillaje.

A la derecha, amueblado con una larga mesa de comedor y una esquina bien iluminada con un tresillo y un televisor, había un gran salón representativo con una pequeña cocina de servicio, ya que la cocina principal de la Cancillería estaba en el cuarto piso. En la pared frente a la mesa del comedor colgaba un Picasso, el *Buste de Femme (Jacqueline)* de 1959, cedido por la Nationalgalerie, que me

cautivó de inmediato. En los siguientes dieciséis años allí tendrían lugar todo tipo de conversaciones con nuestros socios de coalición, almuerzos y cenas en *petit comité* con jefes de gobierno nacionales y extranjeros, gente de confianza de la política y otros invitados. Sus paredes escucharon todos los temas importantes que se debatieron bajo mis mandatos, así que de alguna manera, esas dependencias fueron como la sala de estar de mis gobiernos. Un lateral de la sala está ocupado por un ventanal con puerta corredera eléctrica que da acceso a una terraza con vistas a la plaza de Potsdam. Durante mis mandatos, muchos de mis invitados accedieron a esa terraza: si uno se dirige a su izquierda, puede disfrutar de la vista del edificio del Reichstag y la Puerta de Brandeburgo, y si lo hace hacia su derecha, ver cómo hacia el final la terraza se ensancha. En verano me sentaba allí con las vistas al río Spree. Disfruté por primera vez de aquellas vistas la noche del 22 de noviembre de 2005.

Habíamos encargado a la cocina de la Cancillería salchichas, ensalada de patatas y de col, hamburguesas y bebidas. Joachim se apuntó, y además de Beate Baumann, Eva Christiansen y Thomas de Maizière, también lo hicieron Volker Kauder, Ronald Pofalla, Peter Hintze, Norbert Röttgen, Peter Altmaier, Willi Hausmann y algunos amigos ajenos a los círculos de la política.

Nos sentamos a la gran mesa del comedor y conformamos un alegre grupo de unas veinte personas. Me sentí a gusto, todos estaban relajados y llenos de expectación por lo que nos esperaba.

PARÍS-BRUSELAS-LONDRES-BERLÍN-DÜSSELDORF-HAMBURGO

Salida desde Berlín: 10:30 h. Llegada a París: 12:05 h. Salida desde París: 15:05 h. Llegada a Bruselas: 15:40 h. Salida desde Bruselas: 20:30 h. Llegada a Berlín: 21:45 h. Una visita en el Palacio del Elíseo a Jacques Chirac, presidente francés; un encuentro en la sede de la OTAN en Bruselas con Jaap de Hoop Scheffer, secretario general de la OTAN; conversaciones en el edificio del Parlamento Europeo con Josep Borrell, presidente del Parlamento; y en el edificio de la

Comisión Europea con José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión; y cena con los miembros de la Comisión. Despertarme por la mañana en mi casa y acostarme allí de nuevo por la noche: ese era el plan para mi primer día completo en el cargo. Simone Lehmann-Zwiener, responsable en la Cancillería de las cuestiones protocolarias relacionadas con los viajes al extranjero, lo había preparado todo en colaboración con mi oficina, las secciones de Política Exterior y de Política Europea de la Cancillería, la Oficina de Prensa del gobierno, el Ministerio de Asuntos Exteriores y, sobre todo, con Christoph Heusgen, mi asesor en política exterior.

Heusgen había aprendido desde cero el arte de la diplomacia como funcionario del Ministerio de

Asuntos Exteriores: durante los seis años anteriores había adquirido experiencia internacional como jefe de gabinete y del equipo político de Javier Solana, Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea.

Quien preparó meticulosamente mis comparecencias ante los medios y mis contactos con los periodistas fue Ulrich Wilhelm, secretario de Estado, portavoz del gobierno y director de la Oficina de Prensa, que como portavoz de prensa de Edmund Stoiber, ministro presidente de Baviera, durante muchos años contaba con una excelente experiencia en las relaciones con los medios de comunicación. Una agenda como la que completé aquel día solo fue posible gracias a la ayuda de las Fuerzas Armadas alemanas y a la buena organización de las respectivas embajadas y anfitriones, ya que debo decir que en todas partes me atendieron de la mejor manera posible. Para demostrar que estábamos dispuestos a colaborar estrechamente en la gran coalición, y a pesar de que en el pasado en muchas ocasiones nuestras posiciones estuvieran enfrentadas, Frank-Walter Steinmeier, ministro de Asuntos Exteriores del SPD, y yo viajábamos juntos.

Jacques Chirac, el presidente francés, me recibió a la una menos cuarto en el patio del Palacio del Elíseo junto a mi coche oficial con un besamanos. Era presidente de la República Francesa desde 1995, el canciller Schröder y él habían colaborado estrechamente, y no era ningún secreto que a ambos les hubiera gustado seguir colaborando tras nuestras elecciones generales. Al ser prácticamente veintidós años mayor que yo y contar con décadas de experiencia política, Chirac y yo formábamos una pareja desigual, así que me acerqué a él de forma abierta y con gran respeto por los logros políticos de su vida. El 23 de noviembre mantuvimos una breve conversación en privado, en la que participaron dos intérpretes, pues yo no hablaba francés y en sus encuentros oficiales Chirac nunca hablaba inglés. El Ministerio de Asuntos Exteriores disponía de excelentes intérpretes que en muchas ocasiones me transmitieron una gran sensación de seguridad, pues durante las conversaciones más delicadas no hay nada peor que tener que preocuparse de si lo que se está diciendo se ha traducido íntegramente y con exactitud, sobre todo los matices. En aquella visita, mi intérprete fue el legendario Werner Zimmermann, a quien ya conocía de la época de Helmut Kohl.

A nuestra conversación le siguió un almuerzo con los ministros de Asuntos Exteriores y una conferencia de prensa, durante la cual todo transcurrió en armonía, aunque no compartiera con Chirac su mención al «eje franco-alemán», ya que de alguna manera me recordaba demasiado a la oscura época alemana y la imagen me resultaba demasiado acartonada. Si bien se trataba de la imagen correcta, pues de alguna forma habíamos puesto los cimientos para iniciar nuestra colaboración, y la cooperación franco-alemana ha sido y es crucial para Europa y poco o nada funciona sin ella. Chirac y yo acordamos volver a encontrarnos el 8 de diciembre en Berlín, antes de la cumbre del Consejo de Europa, que reúne a los jefes de Estado y de gobierno, del 15 y 16

de diciembre en la que nos ocuparíamos de los presupuestos comunitarios, el llamado sistema de perspectivas financieras para el período 2007-2013.

El viaje prosiguió hasta Bruselas. Tras la disputa durante la anterior legislatura con el gobierno de Schröder por la guerra de Irak, aquel día la visita a la sede de la OTAN cobró una importancia simbólica. Frank-Walter Steinmeier y yo quisimos declararnos conjuntamente en favor de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

Mi posterior visita al Parlamento Europeo fue de cortesía, y en la Comisión Europea me encontré con José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión, un viejo conocido que estaba en el cargo desde julio de 2004. Antes, entre 2002 y 2004, había sido primer ministro portugués y nos conocíamos de las reuniones del Partido Popular Europeo (PPE), el grupo europeo de partidos democristianos y conservadores que también incluía a la CDU y la CSU.

Barroso y yo aspirábamos a una Unión Europea eficaz, y por eso necesitábamos que las finanzas europeas fueran un éxito. Para mi gran satisfacción, tras nuestra reunión nos pusimos de inmediato manos a la obra en una cena con toda la Comisión. Dalia Grybauskaitė, comisaria de Programación Financiera y Presupuestos, me sorprendió por su brillante conocimiento de todos los detalles. En 2009 fue elegida presidenta de Lituania, y hasta que en 2019 abandonó el cargo, colaboramos de forma amistosa, ayudándonos mutuamente a la hora de resolver muchos problemas delicados. La cena con la Comisión me proporcionó la mejor preparación posible para mi visita a Londres del día siguiente. En realidad, tras París y Bruselas mi intención era viajar primero a Varsovia, pero no fue posible porque ese día Kazimierz Marcinkiewicz, primer ministro polaco, no pudo recibirme. Así que después de cenar con la Comisión, volé de regreso a casa.

Al día siguiente, presidí en Berlín mi segundo Consejo de Ministros, concedí dos entrevistas y al mediodía partí hacia Londres. En aquel momento, Reino Unido ocupaba la presidencia de la Unión Europea, por lo que era importante visitar a Tony Blair antes de la reunión del Consejo Europeo. Me recibió a las dos y cuarto de la tarde en su residencia oficial del número 10 de Downing Street. Blair llevaba

ocho años como primer ministro y nos conocíamos desde 2004, cuando él como socialdemócrata y yo como democristiana apoyamos la candidatura a la presidencia de la Comisión de José Manuel Durão Barroso frente a la del por aquel entonces primer ministro belga, Guy Verhofstadt. El apoyo a uno de los dos candidatos se repartió entre todos los partidos, consecuencia última de la división que se había producido en la Unión Europea a raíz de la guerra de Irak. Blair y yo sabíamos que compartíamos un pensamiento estratégico y táctico similar y que podíamos confiar en alcanzar acuerdos. Durante la cumbre del Consejo Europeo de diciembre quiso cerrar con éxito la presidencia británica y confió en mí, aunque yo sabía que nuestra buena relación por sí sola no sería suficiente. Al final, Reino Unido tuvo que hacer concesiones a Francia, España y Alemania, sobre todo en lo tocante a los presupuestos de política agrícola, así como a las partidas destinadas a los países de Europa Central y Oriental, que querían mejorar con rapidez su músculo económico. El éxito de todo eso tenía un precio, así que lo discutimos y acordamos pensar en posibles acuerdos hasta que se reuniera el Consejo. Después volé de regreso a Berlín.

El viernes, mi tercer día completo en el cargo, fue el primero que dediqué íntegramente a la política interior. Por la mañana, asistí al desayuno de los ministros presidentes de los estados federales gobernados por la CDU/CSU. Más adelante, estas reuniones, en las que coordinábamos el voto en el Bundesrat (el Consejo Federal de los distintos estados federales), solían celebrarse los jueves por la tarde, en vísperas del pleno de los viernes del Consejo Federal. Ahora que la CDU/CSU había regresado a la Cancillería, este voto cobraba aún más importancia que cuando el partido estaba en la oposición.

Por la tarde viajé a Düsseldorf. Petra Anders, responsable en la Cancillería de las cuestiones protocolarias relacionadas con los viajes nacionales, era la responsable, entre otros, de organizar los vuelos internos junto con la Oficina de Planificación de vuelos de las Fuerzas Armadas o, en el caso de los vuelos en helicóptero, también

con la Policía Federal. Me habían invitado como ponente a la asamblea general de la Zentralverbands des Deutschen Handwerks (ZDH, Confederación Alemana de Artesanos) en el recinto ferial de Düsseldorf. A última hora, Otto Kentzler, presidente de la ZDH, me había rogado que presentara allí el programa de la gran coalición antes de mi primer discurso de gobierno en el Parlamento. Los artesanos estaban muy descontentos con la pretensión del nuevo gobierno de aumentar los impuestos, ya que no por

nada en Alemania había novecientas mil empresas artesanales que daban trabajo a unos cinco millones de empleados. La asamblea me acogió con respeto y curiosidad, pero al final, el público, compuesto mayoritariamente por hombres, me brindó una gran ovación. Otto Kentzler me despidió con una cita ligeramente adaptada de la ópera *Los maestros cantores de Núremberg*:

«El pájaro que aquí ha cantado posee un pico maravilloso». Si se hubiera tenido que referir a un hombre, ¿hubiera hecho la misma observación? Estoy segura de que tenía buenas intenciones, pero aun así me sentí menospreciada.

Desde Düsseldorf proseguí viaje a Hamburgo para participar a las siete de la tarde en el congreso anual de la Asociación de Municipios gobernados por la CDU y la CSU que se celebraba en el centro de convenciones. Me había comprometido a ello hacía tiempo, y cumplí con mi palabra, pues no quería que nadie se llevara la impresión de que como canciller, el partido ya no me importaba. Inmediatamente después del acto volé de regreso a casa, a la que llegué sobre las diez de la noche.

ATREVÁMONOS A APLICAR MÁS DEMOCRACIA

A la mañana del día siguiente, el sábado 26 de noviembre de 2005, después del desayuno me desplazé desde mi piso en el Kupfergraben hasta la Cancillería. Era mi primer día como canciller

sin agenda oficial, por eso pedí a Petra Keller que se acercara a la Cancillería para maquillarme.

Quería trabajar sola en mi discurso de investidura, que iba a pronunciar en el Bundestag a las once de la mañana del miércoles siguiente, el 30 de noviembre. El domingo tenía que volar a Barcelona para asistir a una reunión de los Estados de la Unión Europea con los países del norte de África y el lunes almorzar con mi primer invitado extranjero, Hifikepunye Pohamba, el presidente de Namibia, y posteriormente pronunciar un discurso en la asamblea general de la Bundesverbands der Deutschen Industrie (BDI, Federación de Industrias Alemanas) en la Casa de la Economía Alemana. La agenda del martes incluía el Consejo de Ministros, que no podía celebrarse el miércoles como era habitual debido a la sesión del Bundestag, la reunión de nuestro grupo parlamentario y la recepción de otoño del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Así que durante aquel sábado solo podía contar con unas pocas horas sin interrupciones.

En la entrada de la Cancillería me llamó la atención un hermoso ramo de flores. Aparte de los agentes de la seguridad interna de la planta baja y el personal que atendía el Centro de Situación las veinticuatro horas del día, el edificio estaba desierto. Crucé el vestíbulo en dirección al ascensor y miré hacia mi izquierda, hacia el Patio de Honor, donde el lunes recibiría al presidente namibio y donde también habían colocado un pedestal con un exuberante arreglo floral.

Acompañada de un agente de seguridad subí en ascensor hasta el séptimo piso, donde estaba mi despacho, en cuya antesala no había nadie por ser sábado. Antes de irse a casa, alguien del personal de la cocina de la Cancillería había dejado una pequeña cafetera de plata y una taza de porcelana blanca sobre mi mesa, además siempre había a disposición vasos y botellines de agua.

El agente de seguridad que me acompañaba se sentó en un sillón del *sky lobby* de la séptima planta y se aseguró de que nadie entrara en mi habitación sin antes ser identificado, lo que a partir de entonces se repetiría siempre que yo estaba allí.

Por primera vez desde mi elección como canciller tuve la oportunidad de observarlo todo con calma y detenimiento. El despacho era precioso, de dimensiones generosas, luminoso gracias a los dos grandes ventanales; elegante por su estantería de madera de cerezo; funcional gracias a la larga mesa de reuniones negra y al enorme escritorio negro; y acogedor gracias al amplio y bien iluminado tresillo, a las flores en la mesa de reuniones y en mi escritorio. Los numerosos

arreglos florales en el edificio, que los jardineros de la Cancillería preparaban con mucha creatividad, siempre me brindaron una gran alegría. Pasados unos minutos ya estaba convencida de que a lo largo de mi vida nunca dispondría de un espacio tan bonito como ese para trabajar.

Me senté en la esquina delantera izquierda de la larga mesa negra y, en primer lugar, miré por el ventanal hacia la derecha, en dirección al Tiergarten. Un delicado manto de nieve envolvía los árboles e intensificaba el silencio. Luego miré justo frente a mí por el otro gran ventanal del despacho directamente hacia el edificio del Reichstag. Me habían dicho que los arquitectos de la Cancillería, Axel Schultes y Charlotte Frank, lo habían diseñado de tal manera que el suelo de mi despacho quedara a la altura del hemiciclo del Bundestag, lo que me hizo pensar en cómo sería mi futura relación con el Parlamento. Me dio la impresión de que los arquitectos habían reflejado muy bien la relación entre el Ejecutivo, el poder ejercido por el gobierno federal, y el Legislativo, ese poder ejercido mediante las leyes desde el Bundestag y el Bundesrat. Con la Cancillería y el Reichstag, el gobierno federal y el Parlamento estaban en igualdad de condiciones; sin embargo, ¿estaban realmente en igualdad de condiciones? ¿Cuál era nuestro papel en relación con el Estado? Era

la primera vez que me hacía esta reflexión siendo canciller, y al respecto no hay ninguna duda: el gobierno federal está al servicio del Parlamento. Los diputados del Bundestag alemán son elegidos por el pueblo, y tanto el Bundestag como el Bundesrat someten a votación los proyectos de ley que el gobierno federal elabora y envía a ambas cámaras para su aprobación. Rara vez estos proyectos se convierten en ley sin haber sido modificados. Aunque los diputados del Bundestag no solo aprueban leyes, sino que también eligen al canciller federal. Así, cuatro días antes fui elegida la primera mujer canciller por la mayoría de los miembros del Bundestag, y era consciente de que tanto en el presente como en el futuro estaba en manos de los diputados. No obstante, yo también era diputada, miembro del Bundestag elegida en primera votación. Además, siguiendo el hilo de la reflexión, las madres y los padres de la Constitución también le confieren al canciller una posición de poder. Una vez asumido el cargo, él —ahora ella— no puede ser cesado simplemente con una mayoría parlamentaria, ya que el artículo 67 de la Constitución contempla el llamado voto de censura constructivo, según el cual otro candidato puede ser elegido canciller federal por la mayoría de los miembros del Bundestag en lugar del canciller en activo. En aquel momento me sentía segura en mi nuevo cargo y me parecía improbable que se produjera una moción de censura en mi contra; pero era consciente del papel crucial que desempeñarían en mi labor los partidos que conformaban nuestra coalición.

Me serví una taza de café de la pequeña cafetera de plata que tenía sobre la mesa y me sentí contenta al momento, pensé que había tenido mucha suerte en la vida: suerte con la caída del Muro de Berlín en 1989; con mis padres, que me ayudaron a desarrollar mis capacidades y habilidades; con toda mi familia, amigos y colegas, que incluso cuando no se los había puesto nada fácil, siempre me animaron y estuvieron a mi lado.

Entonces abrí el portafolios que tenía delante y me enfrenté a una pila de papeles, el primer borrador de mi discurso de investidura. Los

departamentos especializados de la Cancillería y Robert Maier —el director de la Sección de Discursos y Textos de la Cancillería que también había trabajado para mí cuando estaba en la oposición y que desempeñó esta tarea hasta que dejé el cargo— habían presentado su propuesta; además, como otras veces en el pasado, algunos conocidos ajenos a la política nos habían enviado sus sugerencias, y Beate Baumann se había encargado de redactarlo para mí. El armazón que sostenía el discurso eran los proyectos clave adoptados en el acuerdo de coalición y recopilados por los correspondientes departamentos especializados de la Cancillería. Debido a que para nosotros resultaba indispensable, a esta parte

del discurso la llamábamos el pan negro; aunque como jefa de gobierno, para mí el primer discurso de investidura en el Bundestag tenía que ser algo más que eso. Las preguntas que quería responder en mi discurso de investidura eran: ¿qué objetivos tenía el gobierno, cuál sería nuestro espíritu de trabajo, qué me llevaba a ello?

Mi gobierno conformaba la segunda gran coalición en la historia de la RFA, la primera se produjo casi cuarenta años antes, en 1966. Iniciamos nuestra colaboración tras siete años de feroz hostilidad y una campaña electoral caracterizada por las difamaciones. Durante las negociaciones para conformar la coalición, la CDU, la CSU y el SPD aparcaron sus respectivos estereotipos del oponente y al darse cuenta de cuántas convicciones compartían, lo que nos sorprendió a nosotros mismos, en ocasiones tuvieron que frotarse los ojos. Este era un aspecto que quería mencionar en mi discurso. No obstante, la mayoría de los diputados y miembros del partido tendían aún al tono irreconciliable de los años anteriores. ¿Puede gustarle a alguien la política sin considerar al oponente un enemigo? Estaba profundamente convencida de que sí. Sin embargo, a muchos otros la nueva situación les resultaba dolorosa. La CDU y la CSU se sentían aliviados por contar de nuevo con un, o mejor dicho, una canciller. Por su parte, el SPD tuvo que asimilar primero que había perdido el cargo. Tuve la impresión de que solo entonces, los socialdemócratas parecieron darse cuenta de las consecuencias que habían tenido sus

disputas internas durante las reformas introducidas a la Agenda 2010, pues en el Bundesrat la CDU/CSU las había apoyado sin ambages. Quería preservar tanto sus reformas como las que nosotros habíamos presentado durante nuestra campaña electoral, a pesar de que casi nos habían conducido al borde del abismo.

Al mismo tiempo, como los ciudadanos debían percibir que su nuevo gobierno estaba dispuesto y era capaz de reducir el desempleo, que en Alemania ya ascendía a 4,5 millones de parados, quería motivar a todos los implicados para que afrontaran la tarea con el mismo entusiasmo.

Para mí era importante establecer un nexo tanto con el cambio principal que se produjo en mi vida en 1989 como con los inicios de la RFA en 1949. El resultado fue el siguiente: «La mayor sorpresa que me ha proporcionado la vida fue la libertad. Esperaba muchas cosas de ella, pero no el regalo que ha supuesto la libertad antes de mi jubilación. [...] ¿Por qué no podemos repetir ahora [...] aquello que logramos durante los años fundacionales de la República Federal de Alemania? Dejémosnos sorprender por todo lo que somos capaces de hacer en este país. [...] El vicecanciller de una antigua gran coalición y posteriormente canciller de la República Federal de Alemania, afirmó en una ocasión: “Atrevámonos a aplicar más democracia”. Sé que esta frase ha desencadenado muchas discusiones, algunas muy acaloradas, pero es evidente que dio con el tono de aquellos tiempos. Lo digo por experiencia personal: a todos los que estábamos al otro lado del Muro nos sonaba a música celestial. Permítanme que hoy me sirva de esta frase para hacer un llamamiento: atrevámonos a aplicar más libertad». Al margen tracé un gran signo de exclamación.

No cabe duda de que tanto para los míos como para mis socios de coalición la referencia a Willy Brandt fue osada, pero quería demostrar que no solo confiaba en mí misma, sino también en el gobierno en su conjunto y en los ciudadanos. Y es que realmente debíamos confiar en nosotros mismos y no revocar las reformas de

la Agenda 2010, que habían eliminado las trabas al mercado laboral, las políticas social y fiscal para aplicar más libertad, requisito indispensable para reducir un desempleo demasiado elevado. Seguí leyendo: «Quiero dar las gracias personalmente al canciller Schröder por haber abierto de forma valiente y resuelta una puerta con su Agenda 2010, una puerta a las reformas, y por impulsarla a pesar de la resistencia que ha generado. De esta manera se ha hecho merecedor de nuestro país». El martes anterior ya le había expresado mi agradecimiento cuando en la Cancillería se procedió al traspaso de poderes, aunque

también era importante comunicárselo al Bundestag. También aquí escribí un signo de exclamación al margen. El tono del discurso era el correcto.

Naturalmente, la parte del borrador en que se explicaban los planes concretos del gobierno no resultaba tan inspiradora; por lo tanto, era como pan negro. Sin embargo, demostraba que nos habíamos fijado un objetivo, así que no dejaba de ser importante. Queríamos crear las condiciones para que en términos de competitividad y en un plazo de diez años, Alemania volviera a situarse entre los tres primeros países de Europa. Hice algunas anotaciones junto al texto, y volví a guardar las hojas en el portafolios, me acerqué al despacho de Beate Baumann y dejé el borrador del discurso sobre su mesa. Sorprendámonos al atrevernos a aplicar más libertad.

Conduje de vuelta a casa con estos pensamientos en mente.

El lunes y el martes, en colaboración con las secciones correspondientes, Beate Baumann introdujo los últimos cambios en el texto del discurso de investidura, y comprobó una vez más las cifras, los datos y los hechos. El martes por la noche envié el discurso a Franz Müntefering para que comprobara que el SPD se veía reflejado en mis palabras. A las ocho de la mañana siguiente, el día en que debía pronunciar mi discurso de investidura, entró un fax suyo con el encabezamiento «Muy confidencial». Tal como se decía

en el margen, él mismo había mecanografiado hacia las once de la noche en su máquina de escribir Erika algunos comentarios al texto. No tuve en cuenta todas sus sugerencias, aunque hice hincapié en la idea de la solidaridad, que él había pasado por alto.

EN LA DIRECCIÓN CORRECTA

Cuando durante la redacción de este libro volví a leer mi primer discurso de investidura, me llamaron la atención dos cosas: en primer lugar, en el discurso la proporción dedicada a la política interior ascendía en torno al 80 %, y la de política exterior a solo un 20 %. En cambio, durante muchas semanas del año, mi atención se centraba en estos dos temas exactamente en la proporción inversa. En segundo lugar, todos los proyectos que he mencionado eran ciertamente importantes, pero algunos de ellos estaban destinados a cambiar a largo plazo el país. En aquel entonces, podía como mucho confiar en que se hicieran realidad, pero ahora estoy en condiciones de enumerarlos.

Saneamiento de las finanzas públicas. Para disgusto de la CDU/ CSU, el SPD había reclamado para sí la cartera clave de Finanzas, y el ministro era Peer Steinbrück, socialdemócrata y antiguo ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia. En 2005, los presupuestos generales federales se encontraban en una situación catastrófica: el déficit superaba en tres décimas el 3,0

%, muy por encima de los criterios de convergencia del Tratado de Maastricht de 1992, que Alemania luchó por cumplir con vehemencia cuando se introdujo el euro. Lo mismo sucedía con la deuda total, que en lugar del 60 % se situaba en un 67,7 % del Producto Interior Bruto (PIB).

El endeudamiento neto era superior al gasto en inversiones, la carga de intereses ascendía a cerca del 15 % del gasto y los ingresos estimados de la privatización resultaron ser maquillaje contable. En consecuencia, Alemania había perdido mucha credibilidad en Europa.

En las negociaciones de la coalición tuvimos que aumentar el IVA en tres puntos porcentuales, hasta alcanzar el 19 %. Dos puntos porcentuales, junto con la introducción de un impuesto a los ricos, el aumento del impuesto a las primas de seguro, la reducción a la mitad de la paga extra de Navidad de los funcionarios federales, los recortes en los gastos deducibles y los pluses por domingos, festivos y nocturnos, por citar solo algunos de ellos, resultaron suficientes para sanear

los presupuestos federales. El 19 de mayo de 2006, el Bundestag aprobó la mayor subida de impuestos desde 1949. Estas medidas eran el requisito previo para que el 29 de mayo de 2009 se incluyera el freno a la deuda en la Constitución. Desde 2016, el endeudamiento del gobierno federal se ha limitado al 0,35 % del PIB, y desde el 2020, los estados federales no pueden contraer nuevas deudas.

Reducción de los costes laborales no salariales. El tercer punto porcentual del aumento del IVA lo utilizamos para reducir en un punto porcentual las cotizaciones al seguro de desempleo, de modo que los estados federales renunciaron a su parte. Franz Müntefering, el ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, tuvo que reducir otro punto porcentual recortando las medidas de política del mercado laboral. Los costes laborales no salariales cayeron por debajo del 40 %, lo que contribuyó a mejorar la competitividad de las empresas.

Aumento de la edad de jubilación hasta los 67 años. En mi discurso de investidura anuncié que tal como habíamos pactado en el acuerdo de coalición, queríamos darle curso legislativo a este proyecto en 2007. Sin embargo, el 1 de febrero de 2006 el Consejo de Ministros aprobó ese mismo proyecto de ley modificado. Para mi sorpresa, en una entrevista a la prensa de finales de enero de 2006, Franz Müntefering ya había adelantado lo que pensaba y aprovechó para endurecer los objetivos, pues en lugar de en 2035, tal como estipulaba el acuerdo de coalición, quería alcanzar la edad de jubilación a los 67 años en el 2029 o incluso antes. Tenía que

presentar un informe sobre el seguro de pensiones en el mes de marzo, pero al parecer quería marcar el rumbo del futuro de las pensiones. Diría que en este asunto, Franz Müntefering quería liarse la manta a la cabeza y, al igual que yo, opinaba que a la vista de las tendencias demográficas, la jubilación a los 67 años era necesaria, y no quería que intentaran convencerle de lo contrario. Aunque conocía a su gente, es probable que hubiera infravalorado el rechazo que podía generar su decisión. Los socialdemócratas en especial estaban escandalizados. No obstante, la dirección del partido en torno a Matthias Platzeck, su presidente, se sumó, mientras que Horst Seehofer y Volker Kauder, presidente del grupo parlamentario de la CDU/CSU, se mostraron bastante críticos. Esto enfureció aún más a los socialdemócratas, en particular a Franz Müntefering. Sospeché que tampoco se sentía lo suficientemente apoyado por mí, pues yo no podía impedir que en nuestra coalición se produjeran votos discrepantes. En cualquier caso, con él aprendí a estar siempre preparada para las sorpresas.

Al final, decidimos introducir de manera gradual hasta el 2029 la edad de jubilación a los 67

años. Para quienes hubieran cotizado al fondo de pensiones durante 45 años o más, la edad de jubilación se fijaba en 65 años. Por desgracia, fue la última vez en todo mi mandato que conseguí aprobar una resolución sobre las pensiones que con tanta claridad contemplaba el futuro de las jubilaciones exclusivamente desde la perspectiva de las generaciones más jóvenes.

Aumento del gasto en investigación y desarrollo. En marzo de 2000, en una cumbre extraordinaria celebrada en Lisboa, los jefes de Estado y de gobierno europeos adoptaron la llamada Estrategia de Lisboa, con la que la Unión Europea se fijaba el objetivo de convertirse en

«la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo».

Posteriormente, entre otros objetivos, se propuso aumentar el gasto en I+D hasta un 3 % del PIB

en 2010 (en el 2005, con un 2,44 %, Alemania estaba muy por debajo del objetivo acordado).

Tanto Annette Schavan, exministra de Educación y Cultura de Baden-Württemberg y nueva

ministra federal de Educación e Investigación, como yo estábamos convencidas de que el objetivo del 3 % era clave para mejorar la competitividad global de Europa; por lo tanto, queríamos que Alemania se marcara ese objetivo. Un tercio de ese 3 % estaría a cargo del gasto público de los gobiernos federal y estatales, lo que requería un aumento considerable del gasto federal y del apoyo a los estados federales. Annette Schavan consiguió aumentar continuamente la financiación de su ministerio, y a pesar de las adversidades entonces imprevisibles de una crisis financiera mundial y del euro, pudimos alcanzar el objetivo del 3 % no en 2010, sino en 2017. Como queríamos estar a la altura de países como Estados Unidos, Israel y Corea del Sur, aquel mismo año decidimos aumentar el gasto en I+D hasta el 3,5 % del PIB en 2025. Aparte de Alemania, solo Bélgica, Suecia, Austria y Dinamarca cumplieron con el objetivo del 3 % en 2020, pero el gasto medio de los Estados miembros europeos ascendió al 2,2 % del PIB. Esto resulta vergonzoso, y la Unión Europea aún no ha conseguido convertirse en «la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo» como se había propuesto en la cumbre extraordinaria de Lisboa de 2000.

En agosto de 2006, como señal de una nueva política de innovación en Alemania, el Consejo de Ministros aprobó la Estrategia de Alta Tecnología; en octubre de 2006 se aprobaron los proyectos de la primera fase de la Iniciativa de Excelencia, un programa de financiación de la ciencia y la investigación en las universidades alemanas, que ya había sido aprobado por el gobierno anterior.

Además se ha ido aplicando y ha sido actualizado en repetidas ocasiones el Pacto por la Investigación y la Innovación, un acuerdo entre el gobierno federal y los gobiernos de los estados federales aprobado también por el gobierno de Schröder. Este pacto concede seguridad de planificación mediante aumentos anuales fiables de la financiación a las instituciones de investigación no universitarias. Como resultado, muchos científicos alemanes que estaban trabajando en el extranjero regresaron a Alemania y se instalaron en nuestro país los mejores investigadores extranjeros. En agosto de 2007, este acuerdo se completó con un pacto de educación superior entre los gobiernos federal y estatales que mejoró la situación financiera de las universidades ante el aumento del número de estudiantes.

En 2008, la Conferencia Científica Conjunta del gobierno federal alemán y los estados federales decidió proceder a cambiar el nombre de la Academia Alemana de Ciencias Naturales Leopoldina por el de Academia Nacional de las Ciencias. Por fin, Alemania disponía de una institución que pudiera colaborar con organizaciones como la Royal Society de Gran Bretaña o la Académie de Francia. En 2007, durante nuestra presidencia del Consejo de la Unión Europea, conseguimos crear el Consejo Europeo de Investigación, una institución creada para financiar los centros de investigación básica y de excelencia. Tras años insistiendo, los incentivos fiscales a la investigación, si bien a una escala modesta, entraron al fin en vigor en enero de 2020.

Introducción de la prestación parental. En enero de 2006, la CDU/CSU superaba al SPD en los sondeos de opinión sobre política familiar. En la historia de la RFA esto se había dado muy pocas veces y era mérito de Ursula von der Leyen, ministra de Asuntos Sociales, Mujer, Familia y Salud de la Baja Sajonia y en mi primer gobierno ministra de Asuntos Familiares, Tercera Edad, Mujer y Juventud. En el pasado, aunque sin éxito, la CDU/CSU y el SPD habían hecho campaña a favor de la introducción de una prestación parental, y en el acuerdo de coalición se contemplaba su introducción. El Consejo de Ministros la aprobó en junio de 2006 y el Bundestag en

septiembre del mismo año. Venía a compensar la falta de ingresos si los padres cuidaban de su hijo tras el parto; es decir, por lo general se abonaba en función de los ingresos. Para incentivar que durante los primeros meses de vida ambos progenitores se ocuparan del bebé,

acordamos los llamados meses del padre. Esto significaba que en los casos en que ambos progenitores se turnaran en el cuidado de la criatura, el período de derecho al subsidio parental se ampliaba de doce a catorce meses. Peter Ramsauer, líder regional de la CSU, denigró los meses del padre calificándolos de «voluntariado para el cambio de pañales». A pesar de esas pataletas, salieron adelante.

Derecho legal a una plaza de guardería. El acuerdo de coalición estipulaba la creación de 230.000 plazas adicionales de guardería para los niños menores de tres años. Si bien el gobierno federal estaba dispuesto a apoyar económicamente a los estados federales y municipios, Ursula von der Leyen quería más: no solo crear plazas adicionales, sino también introducir el derecho legal a una plaza de guardería para los niños menores de tres años. Para ello convenció a Peer Steinbrück, ministro de Hacienda, para vincular cualquier compromiso financiero con los estados federales a la exigencia de un derecho legal a una plaza de guardería. Con aguda precisión, se percató de que a partir de 2006, la reducción gradual del desempleo mejoraría la situación de los presupuestos federales y quería sacar ventaja de eso. Estaba claro que contaba con el apoyo del SPD, y el ministro de Hacienda era consciente de que resistirse era inútil, incluso cuando la cantidad de dinero necesaria fuera superior a la prevista inicialmente. En agosto de 2007, el gobierno federal y los estados federales acordaron que el primero los apoyaría con 4.000

millones de euros para ampliar las plazas de guardería hasta el 2013. A cambio, y más o menos a regañadientes, aceptaron introducir a partir del 1 de agosto de 2013 el derecho legal a una plaza de guardería para todos los niños de entre uno y tres años. Por supuesto, sabían que el dinero del gobierno federal nunca sería

suficiente, pero no querían prescindir de los 4.000 millones de euros. A una parte de la coalición CDU/CSU, sobre todo a la CSU, todo esto la pilló desprevenida, ya que su idea era destinar el dinero a la consolidación presupuestaria. No obstante, para algunos resultó aún más grave que ya no se aplicara el principio de la libertad de elección, que tenían en muy alta estima, y actuaron como si hubiéramos acordado que esa asistencia fuera obligatoria. Tonterías. Sin embargo, en los últimos quince años, desde que como ministra de Juventud insistí en el derecho legal a una plaza de guardería, los tiempos han cambiado. La CSU ya no presentó más oposición, pero exigió una ayuda de 150 euros al mes para las familias que renunciaran al derecho legal a una plaza de guardería por cuidar de sus hijos en casa. Esto apaciguó a los detractores de ese derecho legal, pero enfureció a sus partidarios debido a que temían que en especial las familias con ingresos menores vieran la prestación por el cuidado de los hijos como una opción atractiva, y que así se presionara a las madres para que abandonaran sus actividades profesionales.

Yo consideraba que el derecho legal a una plaza de guardería era un bien valioso que no debía ponerse en peligro a causa de la prestación por cuidado de los hijos. Por eso acordé con Edmund Stoiber legislar la introducción de dicha prestación, aunque regulando los detalles más adelante en una ley federal especial. El SPD lo aceptó por el bien de la coalición, pero al mismo tiempo criticó duramente el resultado. Tanto el Bundestag, el 26 de septiembre de 2008, como el Bundesrat, el 7 de noviembre de 2008, aprobaron la Ley de Ayuda a la Infancia, que a partir del 1 de agosto de 2013 establece el derecho legal a una plaza en la guardería. El 20 de febrero de 2013, el Boletín Oficial Federal publicó la ley para la introducción de una prestación por cuidado de hijos. Ese mismo día, Olaf Scholz, primer alcalde de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo, interpuso ante el Tribunal Constitucional Federal una demanda contra la ley. Dos años después, el 21 de julio de 2015, el Tribunal dictaminó que el reglamento era nulo por falta de

competencia legislativa federal. Baviera y Sajonia mantuvieron en sus estados federales la prestación por cuidado de hijos.

Según la Oficina Federal de Estadística, el empleo femenino aumentó de un 59,5 % en 2005, a un 65,1 % en 2009 y a un 72,0 % en 2021.

Integración y participación. Durante el gobierno de Gerhard Schröder, tras las elecciones generales de 2002 la Oficina del Comisionado del Gobierno Federal para las Migraciones, los Refugiados y la Integración pasó a depender del Ministerio para Asuntos de la Familia. Cuando en 2005 quedó claro que en el nuevo gobierno el Ministerio para Asuntos de la Familia estaría presidido por la CDU, Franz Müntefering reclamó para el SPD el cargo de comisario de Integración. Yo me opuse, ya que al igual que él consideraba muy evidente la importancia sociopolítica del asunto. Sabía de su relevancia por lo menos desde que fui ministra para Asuntos de la Juventud. Por eso se me ocurrió concentrar las tareas de integración en la Cancillería y hacer comisionada a su responsable. Esto supuso una mejora gracias a que los secretarios de Estado de la Cancillería y del Ministerio de Asuntos Exteriores eran ministros sin cartera que podían asistir a los Consejos de Ministros. Así que la integración podía estar en manos de una jefa. Difícilmente Franz Müntefering podía oponerse a esta revalorización, y a cambio el SPD

sumó en otro cargo un secretario de Estado parlamentario adicional. Maria Böhmer, diputada de Frankenthal (Renania-Palatinado) y presidenta de la Unión de Mujeres, se convirtió en comisionada de Integración. Acordamos que no solo queríamos hacer política para las personas con una historia de migración, sino junto con ellas.

El 14 de julio de 2006 presidí en la Cancillería la primera Cumbre de Integración, a la que siguieron doce más. En esta primera cumbre participaron 86 representantes de todos los ámbitos de la sociedad, sobre todo organizaciones de migrantes. Nos propusimos elaborar

conjuntamente en un año un Plan Nacional de Integración centrado en la formación, la lengua y el fomento de la integración en el mercado laboral. El plan se adoptó en la segunda Cumbre de Integración, el 12

de julio de 2007, y se aplicó en el transcurso de los años siguientes. Gracias a nuestro trabajo en la Cancillería hemos transformado y abierto el debate sobre la convivencia en Alemania. Por mi parte, llegué a entender que ya no servía de mucho hablar largo y tendido de los pros y los contras del «multiculturalismo», un término que se había utilizado con frecuencia. Tampoco era sensato rechazar sin más los cambios en la sociedad como consecuencia de la inmigración, ni ayudaba pretender que los problemas no existen o que no es necesario esforzarse por organizar una coexistencia respetuosa entre las culturas y las religiones. Tanto para los que llegan como para los que llevan mucho tiempo viviendo aquí, la integración es una cuestión de esfuerzo. Mi convicción era, y sigue siendo, que sin una apertura y una voluntad de cambio por parte de la sociedad de acogida no es posible la integración, y la condición previa para ello es que exista un nivel mínimo de conocimiento de las otras culturas o, al menos, un interés por ellas. Sin embargo, para que la integración, es decir, la participación igualitaria de todos los ciudadanos de nuestro país en todos los ámbitos de la vida, sea exitosa, es fundamental mirar siempre a la persona individual y tener cuidado con los prejuicios en general.

VARSOVIA

A mi discurso de investidura le siguieron hasta el viernes 2 de diciembre de 2005 los de los diferentes ministerios de nuestro gobierno. Mientras en el Parlamento Franz Müntefering presentaba su cartera de Trabajo y Asuntos Sociales y Franz Josef Jung la de Defensa, yo viajaba a Varsovia, pues el ambiente entre Alemania y Polonia era tenso. El partido Prawo i Sprawiedliwość (PiS, Ley y Justicia), que ganó las elecciones generales y presidenciales de

octubre de 2005, miraba con recelo las relaciones germano-estadounidenses, ya que el SPD

seguía formando parte del gobierno. A diferencia del gobierno de Gerhard Schröder (SPD), en 2003 el gobierno polaco de entonces apoyó al presidente Bush en la guerra de Irak. A Varsovia también le molestó que el 8 de septiembre de 2005, poco antes de las elecciones generales alemanas, Gazprom, Wintershall y E.ON Ruhrgas firmaran en presencia del canciller Schröder y del presidente Putin un acuerdo de principio sobre la construcción del gasoducto Nord Stream 1.

Polonia rechazaba el proyecto, y apostaba en su lugar por gasoductos que cruzaran Polonia o Ucrania. Por último, pero no menos importante, en Berlín había surgido una «señal manifiesta»

que enfrentaba a Alemania y Polonia. En su acuerdo de coalición, el nuevo gobierno alemán había propuesto conmemorar el destino de los aproximadamente doce millones de alemanes que una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial se vieron obligados a abandonar sus hogares en los antiguos territorios alemanes del Este de Europa, y que en la actualidad forman parte de Polonia, Rusia y la República Checa. Varsovia estaba preocupada por esa «señal manifiesta». Ni siquiera ayudó la declaración conjunta de octubre de 2003 del presidente alemán Rau y del presidente polaco Kwaśniewski en la que expusieron con cautela los antecedentes del proyecto, cuyo diseño y puesta en marcha aún no se habían definido con precisión, situándolo en el contexto de la huida y la expulsión durante el siglo XX de la población de Europa en su conjunto.

Alimentada sobre todo por la experiencia histórica, en el PiS y en particular por parte de su presidente, Jarosław Kaczyński, existía una desconfianza general hacia Alemania. Durante el nacionalsocialismo, Alemania había infligido grandes sufrimientos a Polonia. Por lo tanto, yo quería atender las preocupaciones de Varsovia y cumplir también con el deseo de los partidarios de la «señal manifiesta». Tuvieron

que pasar otros quince años para que en junio de 2021 se inaugurara en Berlín el Centro de Documentación de la Huida, la Expulsión y la Reconciliación.

Con este centro dedicado a la memoria se puso fin de forma digna a un debate largo y, en ocasiones, polémico.

Durante mi visita oficial a Varsovia coincidí por primera vez con Kazimierz Marcinkiewicz, mi homólogo, y discutimos sobre temas candentes. En cuanto a la construcción del Nord Stream 1, me ofrecí a hacer campaña a favor de un gasoducto de conexión, con trazado desde Alemania hasta Polonia, para contrarrestar la preocupación polaca por los cuellos de botella en el suministro. En cuanto a la «señal manifiesta», dejé claro que la injusticia de la expulsión debía ser recordada sin relativizar en modo alguno los crímenes alemanes durante el nacionalsocialismo, ni tergiversar sus causas ni sus consecuencias. Pero fueron las negociaciones de los presupuestos europeos lo que protagonizó nuestra conversación.

Polonia formaba parte de la Unión Europea desde el 1 de mayo de 2004. Como para todos los demás países de Europa Central y Oriental, las negociaciones presupuestarias eran de suma importancia para el país, ya que el futuro desarrollo económico dependía del importe de la financiación procedente de los Fondos Estructurales y de Cohesión y el monto de las subvenciones procedentes del presupuesto agrícola de la Unión Europea. Le prometí a Kazimierz Marcinkiewicz que apoyaría los intereses polacos en la medida de lo razonablemente posible. Al mismo tiempo le dejé claro que después de que en junio de 2005, durante una reunión del Consejo bajo presidencia luxemburguesa, no se alcanzara un acuerdo, un nuevo fracaso de las negociaciones con Bruselas acarrearía una gran incertidumbre para el futuro de la economía polaca.

A continuación me reuní para una visita de cortesía con Lech Kaczyński, el presidente electo.

Previamente, Jarosław Kaczyński, su hermano, me había cancelado una reunión con poca antelación, algo que lamenté mucho ya que era el hombre que llevaba las riendas del PiS. Es

posible que esta cancelación se debiera a que también me había reunido con Donald Tusk, el entonces líder de la oposición. En el 2001 fundó la Plataforma Cívica (PO), nos conocíamos por colaborar en el Partido Popular Europeo (PPE) y la verdad es que nos llevábamos muy bien.

Admiraba su franqueza y su amor por la libertad, y aprendí mucho de la historia de Polonia de ese historiador nacido en Gdansk. Muchos años después, en otoño de 2023, me alegré de que consiguiera conectar sobre todo con los jóvenes votantes polacos en una campaña electoral decididamente proeuropea y de que tras un primer mandato entre 2007 y 2014 fuera de nuevo primer ministro.

CONSEJO DE EUROPA

En mi segundo viaje a Bruselas, del 15 al 16 de diciembre de 2005 para asistir al Consejo de Europa, me acompañaron funcionarios experimentados del departamento Europa de la Cancillería y del Ministerio de Asuntos Exteriores. Mientras tanto, había nombrado asesor de política europea a Uwe Corsepius, un economista que trabajaba desde 1994 en la Cancillería y un gran experto en Europa, que se convertiría para mí en un excelente compañero y consejero no solo durante aquella reunión del Consejo.

Las expectativas de que se pudiera alcanzar un acuerdo sobre las perspectivas financieras eran escasas, y las negociaciones se alargaron desde el jueves por la tarde hasta la madrugada del sábado. Tras mi visita a Varsovia, me di cuenta de que independientemente del resultado que acordara el Consejo, una vez más Polonia quería demostrar que había luchado con especial determinación por sus intereses. Por lo tanto, supuse que en caso de un posible acuerdo inicial, el gobierno polaco sería el único que se

opondría. Los presupuestos, que debían ser aprobados por todos los Estados miembros, conformaban una estructura muy compleja ya que cada cambio introducido para un Estado miembro repercutía en todos los demás, y nadie quería renunciar a algo que ya tenía. Por eso siempre había que tener cierto margen de maniobra en las negociaciones para utilizarlo en caso necesario.

Cuando el Consejo alcanzó un acuerdo provisional para los presupuestos, Polonia se negó a aprobarlo. La situación solo podría resolverse si Polonia conseguía algo en las negociaciones, por eso me alegré de estar en condiciones de ofrecerle a Kazimierz Marcinkiewicz cien millones de euros adicionales de mi presupuesto de negociación para el desarrollo de las regiones más pobres del Este de su país. Estaba claro que se trataba de una oferta final; en caso de no aceptarla, en esa cumbre ya no sería posible alcanzar un acuerdo sobre los presupuestos de la Unión Europea. El primer ministro polaco abandonó la sala para consultarlo internamente, y tras una pausa que se nos hizo interminable, regresó y comunicó el apoyo de Polonia. La cumbre pudo concluirse con éxito y las relaciones germano-polacas tampoco se resintieron. Lidié con las críticas de los medios de comunicación alemanes por haber utilizado dinero alemán para Polonia, porque lo consideraba un desembolso necesario para dar la estocada final y conseguir que la reunión del Consejo finalizara con un resultado consensuado por todos. Eso era lo importante.

La mañana del sábado 17 de diciembre regresé a casa. El lunes viajé a Roma para un encuentro protocolario con mi colega Silvio Berlusconi y con el presidente Carlo Azeglio Ciampi, el martes recibí en la Cancillería a los Cantores de la Estrella* y el miércoles 21 de diciembre me fui de vacaciones a Suiza, de donde regresé ocho días después. El 30 de diciembre, hacia las cuatro y media de la tarde, durante la hora azul, grabé mi primer discurso de Año Nuevo.

Llevaba 38 días en el cargo, a los que seguirían otros 5.800.

«¿ADÓNDE, ADÓNDE OS HABÉIS IDO?»

En junio de 2023 nos retiramos con Beate Baumann en Dierhagen, una localidad en la península de Darß, a orillas del mar Báltico, para escribir algunos de los capítulos de este libro. Nos pasamos semanas revisando las actas de mi agenda oficial, separando lo importante de lo que no lo era, ordenándolas por temas, pensando de qué queríamos hablar en profundidad, qué mencionar de pasada y qué no mencionar en absoluto. Tuvimos que comprobar muchos datos, porque las actas no incluían todas las reuniones que tuvieron lugar, y no todas las reuniones que se anotaron tuvieron lugar realmente. Resultó un auténtico trabajo de Sísifo, así que para organizar los hechos y nuestros pensamientos, antes de seguir escribiendo decidimos hacer una pausa y dar un paseo. Estábamos a principios de verano, hacía calor y el sol brillaba en el cielo.

Salimos del hotel hacia la playa, que estaba a nuestras espaldas, y desde allí giramos a la izquierda en dirección a Graal-Müritz.

Por el camino le dije a Beate Baumann:

—Menos mal que antes de las elecciones generales de 2005 nadie me dijo cómo serían los días que seguirían; mi agenda era realmente una locura. Estoy a punto de hacerme un homenaje por haberlo conseguido.

—Es cierto, aunque a nadie se le obliga a convertirse en canciller, está en manos de uno mismo dar el paso o no —respondió secamente, algo que ya me había dicho en el pasado cuando me quejaba por una agenda demasiado apretada.

—Por supuesto, sin duda, pero también se trata de una vida, de un tiempo que ha transcurrido

—le contesté—, y a veces pienso en la primera línea del aria de Lensky de la ópera *Eugenio Oneguín*: «¿Adónde, adónde os habéis ido?».

Beate Baumann se echó a reír:

—Sí, lo entiendo, pero siempre ha disfrutado con su trabajo, sobre todo porque en política por la mañana nunca se sabe cómo acabará el día.

—Tiene toda la razón, y a menudo este factor sorpresa me ha dado alas —asentí—. Además, revisando mi agenda hemos visto que muchos encuentros se repetían varias veces a la semana, al mes, cada dos o tres años, como si se tratara del armazón de la Cancillería —añadí.

Seguimos reflexionando sobre ello mientras caminábamos. Se trataba de unas rutinas que sin acontecimientos externos especiales ni crisis, por su gran número podrían haberme mantenido ocupada por completo. Las rutinas decían mucho sobre la interacción de las instituciones políticas de nuestro Estado federal y también facilitaban unos procesos de trabajo fiables.

También eran importantes para mí, porque siempre quise conocer y entender a las personas implicadas en la política en sus distintas responsabilidades y con sus diferentes intereses, ya fuera en el gobierno municipal, federal o estatal. Estaba convencida de que eso me confería la capacidad de resolver problemas y forjar compromisos. Las rutinas estaban para demostrar que más allá de la política, en nuestro país la responsabilidad por el bienestar social, por nuestro bien común, recae sobre muchos hombros: sindicatos y asociaciones empresariales, iglesias y comunidades religiosas, medios de comunicación, asociaciones sociales y deportivas, y muchos más. En nuestro país, unos veintinueve millones de personas ejercen un cargo honorífico. En una ocasión, Ernst-Wolfgang Böckenförde, exjefe del Tribunal Constitucional Federal, lo expresó así: «El Estado liberal y secular vive de unas condiciones previas que no puede garantizar por sí mismo. Ese es el gran riesgo que asume por el bien de la libertad». Este pensamiento me pareció y me sigue pareciendo convincente. La sentencia de Böckenförde, tal

como se la denominó más adelante, supuso para mí un requerimiento para cultivar en nuestro país estas condiciones, que se hacían evidentes en las innumerables conversaciones, encuentros, reuniones y otras obligaciones

que tuve que cumplir en mi cargo de canciller federal.

—Creo que merece la pena intentar ilustrar todo esto —le dije a Beate Baumann.

—Exacto, y no resultará demasiado complicado —accedió ella.

Así que decidimos presentar aquellas rutinas, la interacción entre las instituciones y los diferentes estamentos del país, no a lo largo de mis diversos cargos y funciones de canciller federal, presidenta de un partido y diputada, ni tampoco en un orden de prioridad, sino de la forma más sencilla posible: siguiendo un orden alfabético.

Pasados unos tres cuartos de hora, dimos media vuelta y regresamos por el mismo camino a lo largo de la playa. En el hotel pusimos por escrito las rutinas de mis dieciséis años como canciller.

A menos que indiquemos explícitamente lo contrario, se trata de encuentros que por término medio tenían lugar una vez al año o cada dos años.

A

Asociación Alemana de Mujeres Rurales (dlv): Participación en el congreso anual o en las conversaciones con la junta directiva de la asociación de, y para, las mujeres del medio rural.

Asociaciones de entidades independientes de beneficencia:
Conversaciones con los representantes de la asociación federal de las organizaciones independientes de beneficencia (AWO: Organización de Beneficencia Obrera, Caritas Alemania, Asociación por la Paridad, Cruz Roja de Alemania, Diaconía de Alemania: Obra

Evangélica para la Diaconía y el Desarrollo, Beneficencia de la Comunidad Judía en Alemania).

Asociaciones empresariales: Encuentros y participación en conferencias anuales, asambleas generales, reuniones en la Feria Internacional del Oficio de Múnich con la Federación Nacional de Asociaciones Patronales Alemanas (BDA), la Federación de Industrias Alemanas (BDI), la Organización de los Artesanos de Alemania (ZDH), la Cámara de Industria y Comercio Alemana (DIHK), la Federación Alemana de Comercio Mayorista, Comercio Exterior y de Servicios (BGA); acompañamiento de delegaciones empresariales en sus viajes al extranjero.

Asociación Federal de Organizaciones de Personas Mayores (BAGSO): Reunión con la junta directiva de la asociación que reúne a unas 120 entidades.

Atención a los ciudadanos: Reuniones en mi oficina electoral de Stralsund cada seis u ocho semanas y, desde que soy canciller, con cita previa.

C

Carnaval: Recepción de la junta directiva de la Asociación Alemana del Carnaval, que incluye a un príncipe, una pareja de príncipes o un triunvirato (constituido por un príncipe, un campesino y una virgen) de cada uno de los estados federales y un grupo de baile galardonado.

Contrariamente a lo que dicen las actas, siempre he disfrutado mucho de la cita.

CDU (Unión Demócrata Cristiana): Reuniones del Comité Ejecutivo de la CDU cada quince días, los lunes, y del Comité Ejecutivo Federal de la CDU en la Casa Konrad Adenauer (KAH) una vez al mes, también los lunes. A principios de cada año, reuniones a puerta cerrada de dos días de duración del Comité Ejecutivo Federal;

Congreso Nacional anual del partido; congresos regionales antes del Congreso Nacional; una o dos veces al mes, encuentros en la Casa Konrad Adenauer de los presidentes del partido («informes de situación de los PP») con el secretario general, el coordinador general y los directores de los diferentes departamentos de la Casa Konrad Adenauer. Cada cuatro años, participación en las campañas electorales de las elecciones generales al Bundestag, incluyendo unas cincuenta o sesenta comparecencias en actos a escala federal, un debate televisado con los diferentes candidatos a canciller del SPD y otras entrevistas y programas de televisión dedicados a las elecciones.

CDU/CSU y su grupo parlamentario en el Bundestag: Participación en la reunión del grupo parlamentario en las cerca de veinte semanas anuales de sesiones parlamentarias del Bundestag, siempre los martes a las tres de la tarde, y en el encuentro de la dirección del grupo parlamentario una vez finalizado el curso parlamentario antes del receso de las vacaciones de verano. Charlas con diferentes agrupaciones, grupos regionales y asociaciones sociales del partido (de mujeres, de empleados, PKM [Parlamentskreis Mittelstand], *de expulsados, *repatriados y de las minorías alemanas y las juventudes), así como la llamada «mesa de los vendedores de alfombras» (encuentros informales de los presidentes de los partidos de cada estado federal y los líderes de los grupos sociales).

CDU y sus grupos parlamentarios en cada estado federal: Encuentro cada cuatro o seis semanas, los domingos por la tarde, con los presidentes de los grupos parlamentarios de cada estado federal, incluido el grupo parlamentario federal de la CSU, así como con el presidente y el coordinador general del grupo parlamentario de la CDU/CSU en el Bundestag.

CeBIT: Inauguración de la Feria de Tecnologías de la Información de Hannover y visita a los expositores; hasta 2018, bienvenida al jefe de gobierno del país invitado.

Comisiones: Encuentro con la Comisión de Relaciones Exteriores y, al menos una vez al año, con la Comisión para Asuntos de la Unión Europea del Bundestag.

Comparecencia del gobierno en el Bundestag: Con un debate final al principio de cada legislatura, antes o después de las reuniones del Consejo Europeo, antes o después de las reuniones del G8 y del G20, antes o después de las cumbres de la OTAN y por necesidades de actualidad.

Confederación Alemana de Sindicatos (DGB): Encuentro con la junta directiva o con el presidente de la DGB y los líderes de los diferentes sindicatos.

Conferencia de prensa federal (BPK): Rueda de prensa anual estival y otras ruedas de prensa en ocasiones especiales.

Conferencia de ministros presidentes de los Estados Federales (MPK): En junio y diciembre de cada año, o con mayor frecuencia si es necesario, conversaciones en la Cancillería con los ministros presidentes. A causa de la pandemia de la COVID-19, en dos años tuvieron lugar casi treinta.

Conferencia de Seguridad de Múnich (MSC): Intervención y participación en los debates de la Conferencia Internacional sobre Política Exterior y de Seguridad, que desde 1963 se celebra todos los años en febrero.

Conferencia Marítima Nacional (NMK): Participación e intervención en la conferencia anual de las empresas de la industria marítima (construcción naval, industria proveedora de la construcción naval, industria portuaria y de logística).

Congreso de la Iglesia Protestante Alemana (DEKT): Estudio de la Biblia o debates durante la reunión de los cristianos evangélicos de Alemania.

Consejo Alemán de la Discapacidad (DBR): Reunión con los representantes del consejo de portavoces de la DBR, organización que representa los intereses de los casi ocho millones de personas con discapacidades graves en Alemania.

Consejo Alemán para el Desarrollo Sostenible: Participación en las conferencias anuales, en las que también se presenta el informe de actividades del consejo.

Consejo de Ministros: Todos los miércoles a las nueve y media de la mañana; excepciones: las semanas dedicadas a los presupuestos, el miércoles de ceniza, el miércoles después de Pascua, dos semanas en verano (una reunión del gabinete en verano presidida tradicionalmente por el vicescanciller) y el miércoles entre Navidad y Año Nuevo; previamente, desayunos de

gabinete separados con los partidos en coalición, los de la CDU/CSU siempre los miércoles a las ocho y cuarto de la mañana; y reunión con el vicescanciller, siempre los miércoles a las nueve y cuarto en el despacho del canciller.

Consejo Europeo: Reunión de los jefes de Estado y de gobierno de los Estados miembros de la Unión Europea y del presidente de la Comisión en marzo, junio, octubre y diciembre de cada año, así como reuniones adicionales a lo largo del año y encuentros informales.

Consejo Nacional Regulador de la Normativa (NKR): Recepción del informe anual del consejo asesor, compuesto por diez miembros, que desde 2006 analiza los costes administrativos en que incurren las empresas por tener que facilitar a las administraciones información sobre sus actividades. Desde 2011 también calcula los costes de seguimiento de las leyes que se deben aprobar.

Consultas gubernamentales: Reunión del Consejo de Ministros con los gabinetes de, entre otros, Francia, Israel, Italia, Países Bajos, Polonia, España, China, India y Turquía; las consultas

gubernamentales con Rusia se cancelaron en 2014 en respuesta a la anexión rusa de Crimea.

Conversaciones de Meseberg: Reunión con los sindicatos y las organizaciones empresariales en el castillo de Meseberg.

Conversaciones sobre temas de actualidad: Con los periodistas de medios impresos y electrónicos en los viajes en avión y en la Cancillería, en fiestas organizadas por los periódicos, editoriales y cadenas de televisión; también en este libro son tratadas confidencialmente.

CSU (Unión Social Cristiana): Conferencia telemática los lunes por la mañana con los líderes del partido y del grupo parlamentario más próximos de la CDU y la CSU; ponencia como invitada en el congreso de la CSU; reuniones conjuntas de los comités ejecutivos de la CDU y la CSU, en particular para designar al candidato a canciller y aprobar el programa de gobierno antes de las elecciones generales.

Cuerpo diplomático: Recepción de embajadores y jefes de misión de organizaciones internacionales en la Cancillería o en el castillo de Meseberg.

Cumbre Digital (hasta el 2016, Cumbre Nacional de Tecnología de la Información): Desde 2006, participación en el congreso organizado por el Ministerio de Economía y Tecnología con representantes de la empresa, la ciencia y la sociedad, así como de diversos ministerios.

D

Día de los católicos: Estudio de la Biblia o debate durante el encuentro de los cristianos católico-romanos en Alemania.

Día del Agricultor Alemán: Participación en el encuentro de la agroindustria y discurso ante la asamblea general de la Asociación Alemana de Agricultores (DBV).

Diálogo sobre Innovación, desde 2010; de 2006 a 2008, Consejo para la Innovación y el Crecimiento: Coordinado por la Academia Alemana de Ciencia e Ingeniería (acatech), participación en este intercambio de opiniones entre el gobierno federal, la industria y la ciencia.

Discurso de Año Nuevo: A última hora de la tarde del 30 de diciembre, grabación del discurso de Año Nuevo en la Cancillería, alternativamente con ARD y ZDF, la primera y la segunda cadenas públicas.

E

Entrevistas: Por razones de equidad de trato con varias cadenas de televisión sucesivamente a lo largo de un mismo día, así como en emisiones especiales; entrevistas de verano; tertulias

políticas; entrevistas periodísticas a intervalos irregulares con medios de comunicación nacionales alemanes, así como con periódicos regionales o agencias editoras de noticias que prestan servicio a varios periódicos. Conversaciones ocasionales que pueden ser reveladas y citadas con los miembros de la Asociación de la Prensa Extranjera en Alemania.

Estados federales: Los jueves, la víspera de las reuniones del Bundesrat, cena con los ministros presidentes de los estados federales gobernados por la CDU. Presencia en las fiestas de verano de los estados federales celebradas por sus representaciones en Berlín.

Estrellas del deporte: Participación en años alternos con el presidente federal en el premio Estrellas del Deporte, organizado por el Comité Olímpico Alemán (DOSB) y la entidad bancaria Volksbank Raiffeisenbank para los clubes deportivos comprometidos socialmente más allá de sus actividades deportivas.

European Round Table of Industrialists (ERT): Junto con el presidente de Francia y el presidente de la Comisión Europea, celebración de un foro con unos sesenta destacados directores ejecutivos europeos para debatir cómo reforzar la competitividad global de Europa y las condiciones marco necesarias para ello.

F

Federación de Asociaciones de Familias de Alemania (AGF): Reunión con los presidentes de las cinco principales asociaciones de familias de Alemania (Asociación de Familias de Alemania

[DFV], Federación Evangélica de Familias [eaf], Unión de Familias Católicas [FDK], Unión de Madres y Padres Solteros [VAMV] y Asociación de Familias y Convivientes Binacionales [iaf]).

Feria de Hannover: Discurso inaugural y visita a la Feria Internacional de la Industria junto con el jefe de gobierno del país invitado.

Foro Económico Mundial (FEM) en Davos: Ponencias, participación en las mesas redondas y charlas en la reunión anual internacional del FEM, una plataforma para el intercambio de ideas entre políticos, representantes empresariales, científicos y organizaciones no gubernamentales.

Fundación Humboldt: Fotografía de grupo en las dependencias de la Cancillería con los becarios de Brasil, China, India, Rusia, Sudáfrica y Estados Unidos beneficiados con la beca concedida por la Cancillería.

Fundación Konrad Adenauer (KAS): Como miembro del consejo de administración a cargo, asistencia cuatro veces al año a las reuniones del consejo de la KAS, así como a su asamblea general anual.

G

G7 (G8): Encuentro de los jefes de Estado y de gobierno de Alemania, Francia, Reino Unido, Italia, Japón, Canadá, Estados Unidos y, entre 1998 y 2013, Rusia.

G20: Desde 2008, participación en las cumbres del G20, foro de jefes de Estado y de gobierno y ministros de Economía de las diecinueve principales potencias económicas y de la Unión Europea, así como de representantes de organizaciones internacionales.

Girls' Day: Creado para alentar a las chicas a elegir profesiones técnicas y científicas, participación en el día de acción del proyecto de orientación profesional del mismo nombre.

Grupo de ciudadanos de la circunscripción electoral: Recepción en la Cancillería o alternativamente en las dependencias del Bundestag.

I

Informe: Recepción del informe de los Cinco sabios de la Economía; es decir, del Consejo de Expertos para el Seguimiento del Desarrollo Económico. Desde 2008, también recepción del informe de los seis expertos de la Comisión de Expertos en Investigación e Innovación.

J

Jornada de proyectos de la Unión Europea en los centros escolares con motivo del día de Europa: Poco antes de la celebración del día de Europa, el 9 de mayo, visita a un centro escolar y encuentro con los alumnos.

Jornada de puertas abiertas del gobierno federal: Encuentros y conversaciones con visitantes de la Cancillería en el Patio de Honor, conversaciones en el escenario construido en el jardín de la Cancillería con deportistas destacados, autógrafos, selfis.

Juventud que investiga: Recepción en la Cancillería de los galardonados en el concurso escolar y juvenil organizado desde

1965 por la fundación Jugend Forscht y entrega del Premio Especial de la Canciller al trabajo más original.

M

Mascarilla: Por la mañana, Petra Keller u ocasionalmente una sustituta, me maquilla y me peina, pues la Canciller Federal representa al país tanto interna como externamente.

N

Navidad: Recepción de tres árboles de Navidad para la Cancillería y una pieza de ajedrez tallada en madera para mi despacho, obsequio del Grupo de Trabajo de las Asociaciones Alemanas de Propietarios de Bosques (AGDW). Celebraciones de la Navidad organizadas por la Cancillería, la sede nacional de la CDU y el grupo local de Mecklemburgo-Pomerania Occidental.

Videoconferencia con las operaciones y misiones de la Bundeswehr en el extranjero; mensajes a los soldados mediante Radio Andernach, la emisora de apoyo a las tropas de la Bundeswehr; recepción de familiares de soldados y policías que prestan servicio en el extranjero.

O

Organizaciones de derechos humanos: En especial antes de las conferencias internacionales, conversaciones con Amnistía Internacional y Human Rights Watch, entre otras.

Organizaciones ecologistas: Conversaciones con la Federación Alemana para la Conservación de la Naturaleza y el Medio Ambiente (BUND), la Red Alemana de Protección de la Naturaleza (DNR), la Asociación Alemana de Protección de la Naturaleza (NABU) y la delegación alemana del World Wide Fund For Nature (WWF).

Organizaciones internacionales: Desde 2010, conversaciones en la Cancillería con los responsables de las cinco principales organizaciones internacionales del sector financiero y económico: la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Organizaciones municipales principales: Encuentros con los presidentes y directores generales de la Asociación Alemana de Distritos Rurales (DLT), la Asociación Alemana de Ciudades (DST) y la Asociación Alemana de Ciudades y Municipios (DStGB).

P

Partido Popular Europeo (PPE): Participación en las reuniones de la Junta Ejecutiva del PPE

previas a cada reunión del Consejo Europeo y en los congresos anuales del PPE.

Premio Alemán de los Colegios: En alternancia con el presidente federal, participación en la ceremonia anual de la entrega de premios.

Presidente federal: Encuentro una vez al trimestre; cena con los representantes de todos los órganos constitucionales, así como con los miembros del Gabinete Federal del presidente.

R

Recepción de Año Nuevo del presidente federal: Asistencia al Palacio de Bellevue.

Recepción de Año Nuevo en la circunscripción electoral: Acto de agradecimiento a los diputados de los parlamentos de cada estado

federal, políticos municipales, representantes empresariales y simpatizantes.

Recepción de San Juan del Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania (EKD): Poco antes del día de San Juan, el 24 de junio, en el que se conmemora el nacimiento de Juan el Bautista, participación en la recepción anual del representante autorizado del EKD.

Recepción de San Miguel: Poco antes de la festividad de San Miguel Arcángel, el patrón de Alemania, participación en la recepción anual de la Conferencia Episcopal Alemana.

S

Salón Internacional del Automóvil (IAA): Visita y reunión con la junta directiva de la Asociación Alemana de la Industria del Automóvil.

San Valentín: Sesión fotográfica con el presidente de la Asociación Central de Horticultura (ZVG) y recepción de un ramo de flores en la Cancillería.

Semana de los presupuestos: A principios del mes de julio de cada año, presentación en el Consejo de Ministros del Proyecto de los Presupuestos federales y de la ley presupuestaria que debe acompañarlos con la planificación financiera a medio plazo. En la primera semana de septiembre, cuando se inicia el curso parlamentario tras el receso de verano, participación en el debate de los presupuestos en el Bundestag, seguido en noviembre de un segundo debate de los presupuestos, que incluye un debate general el miércoles por la mañana sobre los presupuestos de la Cancillería. A lo largo del mes de noviembre, cena en la Cancillería con los miembros de la Comisión de Presupuestos y sus colaboradores.

Sesión de control de la canciller en el Bundestag: Desde 2018, tres veces al año, los miércoles a la una del mediodía, durante aproximadamente una hora.

Situación matinal: Reuniones de unos treinta minutos con los colaboradores más cercanos sobre todos los temas y para preparar las conferencias de prensa de los portavoces del gobierno, siempre que fuera posible cada semana, los martes, jueves y viernes a las ocho y media de la mañana, los miércoles a las ocho menos cuarto horas debido al Consejo de Ministros.

Startsocial: Certamen organizado por la Asociación Startsocial, en el que los representantes de las empresas apoyan proyectos sociales sin ánimo de lucro, asumen patrocinios y promueven la transferencia de conocimientos de las empresas al voluntariado; participación en la ceremonia de entrega de premios con el patrocinio de la Canciller.

T

Tribunal Constitucional Federal: Cena de los jueces constitucionales con los miembros del Gabinete Federal en el Tribunal Constitucional Federal de Karlsruhe o en la Cancillería.

V

Vacaciones: Establecimiento de una oficina técnicamente funcional en mi destino de vacaciones con un colaborador que me acompaña: el Canciller está siempre de servicio.

VENRO: Sobre todo antes de las grandes conferencias internacionales, como las del G8 y el G20, intercambio con la Asociación Alemana de Organizaciones de Desarrollo No Gubernamentales, la organización paraguas de todas estas organizaciones.

Vídeo podcast: Excepto durante el período de vacaciones, grabación semanal en la Cancillería de un vídeo podcast sobre un tema de actualidad, que suele publicarse los sábados por la mañana.

Con Beate Baumann apartamos las hojas con las rutinas de gobierno y seguimos reflexionando.

No queríamos limitarlo todo a esta lista, sino que queríamos dejar claro qué me servía de apoyo y orientación, qué me había impulsado y, sobre todo, también quién. Decidimos volver al principio, al 22 de noviembre de 2005, cuando a las dos de la tarde, Norbert Lammert me tendió el original de la Constitución en el Bundestag alemán y presté juramento. Dieciocho años después y con dieciséis años de experiencia en el cargo, volví a recordar aquellas palabras.

«Juro consagrar mis fuerzas al bien del pueblo alemán», empecé diciendo. Sí, era la canciller de todos los alemanes: de los que me habían votado y de los que no. Tenía que darlo todo por ellos, estar disponible y accesible en todo momento, y también apagar el foco del incendio antes de que se propagara y se convirtiera en una tormenta de fuego. Cada día me brindaba más de una oportunidad para dedicar mis fuerzas al bien del pueblo, pero gracias a Dios cada día también me brindaba suficientes momentos y lugares para recargar las pilas. A veces me bastaba con un simple almuerzo de mi elección que la cocina de la Cancillería preparaba para mí y mis interlocutores, lo que supuso un privilegio. Los días después de viajar al extranjero en los que sufría desfase horario o tras las reuniones que se alargaban hasta bien entrada la noche, era maravilloso disfrutar de una sopa de pollo, de patatas o de lentejas, sin olvidar las ensaladas mixtas: no quiero imaginar cuánto tiempo habría tardado en cortar las verduras en casa. Aquí simplemente me lo servían. A menudo, Beate Baumann y yo comíamos juntas y hablábamos de la situación política general y de las próximas decisiones que había que tomar.

Para sobrevivir al día a día, para mí fue esencial disponer de momentos para hacer una pausa y echar un vistazo a lo que ocurría fuera de mi propio mundo. Para Joachim y para mí, la casa de Uckermark constituyó siempre nuestro refugio. Si bien con frecuencia llegaba a última hora del viernes, partía temprano el mismo sábado y no regresaba hasta la noche, me encantaba dormir allí, dar un pequeño paseo por el jardín, disfrutar de la luz, del canto de los pájaros, echar un vistazo a mis parterres de flores y

sumergirme en el silencio. Olvidaba de inmediato la presión y se me despejaba la cabeza. Siempre que era posible, me gustaba estar en casa los sábados por la tarde, aunque para ello debía rechazar muchas invitaciones a eventos sociales muy interesantes.

Sin embargo, para mí eran más importantes una tarde de paz y tranquilidad y una charla con Joachim. Para no perder la práctica, cocinaba para los dos. Los domingos por la mañana disponía de la tranquilidad necesaria para tomar las decisiones que me había propuesto para ese fin de semana. Los domingos por la tarde me llevaban de vuelta a Berlín, y la mayoría de las veces aprovechaba para realizar llamadas telefónicas para preparar la semana.

Pese a ser demasiado limitadas en el tiempo, las conversaciones con mis padres y con mis hermanos, Marcus e Irene, siguieron siendo importantes. Estaban orgullosos de mí, pero también criticaban mis decisiones, sobre todo Marcus. Irene fue mi paciente confidente. Cuando mis

padres empezaron a debilitarse —mi padre murió en 2011 a los ochenta y cinco años, y mi madre en 2019 a los noventa—, fue muy doloroso no haber tenido tiempo suficiente para visitarlos. La política es implacable e incluso en el caso de un fallecimiento me dejaba poco tiempo para el duelo. También resultaba insoportable la falta de privacidad en los funerales, y en aquellos momentos llegué al límite de mis fuerzas. A pesar de todo, estoy infinitamente agradecida a todos aquellos que nos ayudaron activamente a mi familia y a mí a conseguir al menos un pequeño espacio de intimidad.

«Acrecentar su bienestar, evitarle daños, salvaguardar y defender la Constitución y las leyes de la Federación», continué recitando el juramento. El artículo 65 de nuestra Constitución establece:

«El canciller federal fija las directrices de la política y asume la responsabilidad de ellas». Por supuesto, estaba condicionada por los

respectivos acuerdos de coalición, los programas de trabajo que los partidos habíamos acordado en las negociaciones de coalición antes de formar gobierno. No obstante, no podía esconderme en un acuerdo de coalición, sino que tuve que marcar el ritmo del trabajo, influir de alguna manera en el ambiente de mi gabinete a la hora de buscar compromisos, desarrollar mis propias iniciativas, establecer prioridades personales conformando mi propia agenda y encontrar respuestas conjuntas del gobierno a los imprevistos.

Algo que no podía llevar a cabo sin contar con personas en las que confiar plenamente: los colaboradores de mi oficina, los portavoces del gobierno y sus adjuntos, los ministros de la Cancillería, que acarreaban la carga política de la canciller y dirigían la oficina con todo su personal, los ministros de Estado de la Cancillería, el personal de los departamentos especializados, que con su trabajo procuraban que yo siempre estuviera lo mejor preparada y nos ayudaban a alcanzar nuestros objetivos políticos, lo que acrecentaba el bienestar del pueblo alemán y le evitaba daños.

«Cumplir mis deberes escrupulosamente y ser justa con todos», así finalizaba el juramento. Me estremecí. ¿Qué acababa de prometer? Estaba claro que al menos según mi leal saber y entender, quería cumplir a conciencia con mis obligaciones, pues hasta la fecha lo había hecho en todas las etapas de mi vida. Sin embargo, tantos años después me daba la impresión de que ser justa con

«todos» resultaba una tarea casi imposible. Más de ochenta millones de personas en Alemania —

tanto ciudadanos alemanes como aquellos que no siempre han vivido en nuestro país, pero lo han hecho durante mucho tiempo— debían poder vivir su vida según sus propias ideas, cumplir sus deseos, realizar sus sueños y confiar en estar protegidos frente a los principales riesgos de la vida. El fin de la política es facilitarle al individuo una vida satisfactoria, hasta aquí la teoría; pero en la práctica tuve que asegurarme de no perder todo contacto con la

realidad. Me llevaban de un lado a otro en un vehículo blindado, estaba continuamente custodiada por guardaespaldas, encorsetada por una apretadísima agenda y colmada de peticiones y halagos, por lo que tuve que tomar precauciones para tener los pies en el suelo, no perderme acontecimientos, no limitarme siempre a hablar, sino también escuchar y de paso aprender algo, no convertirme en un hámster en la rueda, sino mantenerme alegre de corazón y curiosa. Por todo eso siempre insistí en decidir por mí misma a qué citas acudiría en persona y a cuáles no, y tuve que aprender a no tomar estas decisiones de improviso, porque en muchas ocasiones cancelar citas a última hora causa más decepción que no aceptarlas desde el principio.

Aun así, ¿cuántas veces había maldecido cuando se acercaba la fecha de una cita pactada con mucha antelación? En ocasiones, ni siquiera lograba entender qué me había llevado a aceptarla, y si no fuera porque yo misma había tomado la decisión, habría reprendido a quien lo hubiera hecho. Un criterio importante era el principio de igualdad de trato; es decir, ser justa con todos.

Una canciller podía considerar los eventos de la Federación, pero por lo general no los que tenían lugar en cada uno de los estados federales. Era una forma de evitar que se me criticara por tomar decisiones según el lugar al que me invitaran. Por supuesto, aquí también las excepciones confirman la regla, aunque debía tratarse realmente de excepciones: solo en mi circunscripción electoral el principio de igualdad de trato pasó a un segundo plano. Aquí, ya fuera visitando empresas medianas, granjas, escuelas, guarderías, oficinas de empleo o reservas naturales, y me comentaran sus problemas en hoteles, residencias de ancianos, hospitales y clínicas materno-infantiles, pude conocer cómo se desarrollaba el día a día. Por lo tanto, en mi circunscripción electoral siempre tuve la sensación de sentirme políticamente a gusto.

De entre todas, dos tipos de reuniones destacaban por su alto grado de sinceridad: por un lado, las sesiones matinales en la Cancillería.

En ocasiones, el ambiente llegaba a ser alegre, pese a que también podía ser deprimente cuando recibíamos demasiadas malas noticias al mismo tiempo. No nos engañábamos, y para nosotros lo único importante era que cada uno de nosotros evaluara la situación con honestidad. Definíamos conjuntamente los pasos que había que seguir para alcanzar una solución o admitíamos que aún no habíamos dado con ella, lo que también tenía un efecto liberador. Así podía afrontar la jornada con la sensación de tener una visión realista de las cosas.

El segundo encuentro especial era la cena que un domingo de cada mes se celebraba en la octava planta de la Cancillería con mis colegas de mayor confianza de la CDU en el gobierno, del grupo parlamentario y del partido. Además de analizar la situación política y coordinar nuestros movimientos para las semanas siguientes, informaba de mis experiencias y retos europeos e internacionales. Poco a poco se iban poniendo sobre la mesa los problemas de los que no se hablaba en el ajetreo del día a día, y pude reconocer de dónde surgían las tensiones, quién necesitaba ayuda y apoyo, y mis interlocutores llegaron a percibir qué me impulsaba y qué me hacía sufrir. Aún hoy agradezco que casi todos participaran y que nunca se filtrara nada de estas reuniones.

Aunque el juramento se podía prestar sin la invocación religiosa, le añadí las palabras «Que Dios me ayude», ya que eran importantes para mí. Pese a que a menudo no pueda asirlo ni sentirlo directamente, creo en la existencia de Dios. Como sé muy bien que no soy perfecta y que cometo errores, la fe me ha facilitado la vida y también la misión que se me concedió temporalmente de responsabilizarme de mis semejantes, sin por ello crearme demasiado mi papel ni, por el contrario, ceder demasiado rápido destacando mi falta de posibilidades. Siempre me han interpelado y me siguen interpellando las palabras del profeta Jeremías: «Y buscad el bienestar de la ciudad [...] porque en su bienestar tendréis bienestar». Decir en público «Que Dios me ayude»

me sirvió para sentirme protegida, incluso al tener que tomar decisiones difíciles.

Antes de pasar a los siguientes capítulos de este libro, le dije a Beate Baumann durante nuestro retiro para su redacción en el mar Báltico:

—Mirando hacia atrás mientras escribimos este libro, me alegra que durante mi época como canciller existiera algo más allá de la confusión de los acontecimientos diarios, algo que me confiriera estabilidad durante dieciséis años, 5.860 días, si no contamos el primero y el último día en el cargo.

UN CUENTO DE HADAS ESTIVAL

NUEVOS HÁBITOS

En mi primer discurso de Año Nuevo también animé a los alemanes para la Copa Mundial de Fútbol que se iba a celebrar en nuestro país en el verano de 2006. La selección femenina había mostrado el camino al proclamarse campeona de la Copa Mundial de Fútbol de 2003 celebrada en Estados Unidos. No veo por qué ahora los hombres no pueden hacer lo mismo, afirmé. Dos meses y medio más tarde, el miércoles 15 de marzo de 2006, los dirigentes de la Federación Alemana de Fútbol (DFB) me visitaron en la Cancillería. Franz Beckenbauer, campeón del mundo como jugador y como entrenador, que había conseguido la organización de la Copa Mundial de Fútbol para su propio país; Theo Zwanziger, presidente de la Federación; Oliver Bierhoff, mánager de la selección alemana de fútbol; Jürgen Klinsmann, seleccionador nacional, y yo nos sentamos a cenar en el octavo piso de la Cancillería e intercambiamos impresiones sobre el estado de los preparativos. Durante la velada, Klinsmann derrochó optimismo e ilusión, lo que resultaba cualquier cosa menos comprensible: dos semanas antes, en el primer partido amistoso de ese año mundialista, su selección había caído en Florencia frente a Italia por 4-1 (3-0

al descanso). Además, durante la segunda mitad de 2005, los anteriores partidos internacionales se habían saldado con dos victorias, dos empates y dos derrotas. No era un balance muy estimulante, sobre todo porque las dos victorias, contra Sudáfrica, en septiembre de 2005, y contra China, en octubre de 2005, no se habían logrado contra dos grandes potencias del fútbol.

En consecuencia, el juego de la selección fue cuestionado.

En realidad, la verdadera razón de la discordia era el estilo de vida de Jürgen Klinsmann. Para decirlo de manera menos dramática, se cuestionaba que quisiera pasar con su familia en California, su hogar adoptivo, su tiempo libre entre partido y partido de la selección nacional, aunque ello supusiera doce horas de vuelo y nueve horas de diferencia horaria. Era seleccionador nacional desde 2004 y, hasta la fecha, no había ninguna duda de que él y su equipo lo darían todo para que Alemania alcanzara el éxito en la Copa Mundial de Fútbol organizada en su propio país.

Sin embargo, tras la clara derrota contra Italia —al fin y al cabo, ante los a la postre campeones del Mundo, si bien hay que admitir que en marzo de 2006 nadie podía preverlo— voló directamente a California para reunirse con su familia. Pese a que llevaba poco tiempo en el banquillo, su cargo de seleccionador nacional fue cuestionado como nunca antes: aquel vuelo de regreso a casa era la gota que colmaba el vaso. Franz Beckenbauer, Theo Zwanziger, la gran mayoría de los medios de comunicación, millones de aficionados al fútbol, todos parecían estar convencidos de que eso era inadmisibile! Siempre que se tome en serio su trabajo y sepa qué toca en cada momento, un seleccionador nacional de fútbol alemán debería residir en Alemania. Es cierto que en el 2006, el *smartphone* no había copado el mercado, pero sí existían los teléfonos móviles y el correo electrónico y, sin duda, Jürgen Klinsmann también los utilizaba. También es verdad que nada puede superar la comunicación personal, el cara a cara, y eso vale tanto para el fútbol como para la vida. Pero también es cierto que cada uno repone

fuerzas a su manera, y Jürgen Klinsmann parecía necesitar precisamente la distancia geográfica con Alemania y estar con su familia en California, a unos nueve mil kilómetros de distancia, lo que entonces se le reprochaba. Aunque aún no nos conocíamos personalmente, podía entenderle muy bien; además, lo que él y su equipo habían conseguido para el fútbol alemán desde 2004 despertó mis

simpatías. Para mí era un error que se cuestionara lo conseguido hasta la fecha.

También lo había dicho públicamente frente a la pared azul de la zona de prensa en la primera planta de la Cancillería, antes de nuestra cena, en una declaración en presencia de Jürgen Klinsmann, Franz Beckenbauer, Theo Zwanziger, Oliver Bierhoff y otros.

—¡Querido señor Klinsmann! Usted y su equipo han introducido nuevos métodos y eliminado viejos hábitos. Mientras se consigan éxitos, eso siempre merecerá la aprobación de todos —

expliqué y añadí—: Las derrotas son recibidas con críticas y no puede permitir que eso le desanime. Si uno está convencido del rumbo que ha tomado, y lo digo por experiencia propia, debe mantenerlo, puesto que la inconstancia genera desconfianza. Cambiar constantemente nuestras decisiones no conduce al éxito.

En realidad, solo había prevista una sesión de fotos, pero poco antes decidí decir unas palabras para la ocasión. No me gustó que la cuestión de los viajes del seleccionador se hubiera convertido en una especie de conflicto cultural. Por lo tanto, quería mostrarle mi apoyo a Jürgen Klinsmann, ayudarle, y lo conseguí.

Durante la cena en el octavo piso, Klinsmann describió sus planes para la Copa Mundial de Fútbol y afirmó en más de una ocasión:

—Uno puede perder un partido amistoso, pero, y eso no ha cambiado, queremos ser campeones del mundo.

El ánimo de los demás invitados se relajó notablemente. Cuando dieron cerca de las diez de la noche, tuve la sensación de que Franz Beckenbauer también empezaba a sentirse a gusto. Tal vez antes de esa cita conmigo, él y los demás se habían mostrado un poco aprensivos, porque aún no me conocían, nunca antes habíamos coincidido.

Entonces, Beckenbauer tomó la palabra:

—No sé si aquí sigue siendo como antes.

—¿Cómo antes? —le pregunté.

—Antes, el canciller se habría puesto en pie, se habría ido por un cenicero y nos habríamos fumado un puro o un cigarrillo —respondió Beckenbauer.

—Bueno, veré qué puedo hacer —le contesté, me puse en pie y entré en la pequeña cocina de al lado. Al regresar con un cenicero, Beckenbauer sonrió y encendió un puro, en aquel entonces no había alarmas de humo en el techo que pudieran saltar en cualquier momento, y se rompió el hielo.

Klinsmann mantuvo el cargo de seleccionador nacional, y lo que siguió pasaría a la historia como un cuento de hadas estival, y no solo del fútbol.

LA TERCERA PLAZA

En el margen de un borrador de un comunicado de prensa, Thomas Steg, portavoz adjunto del gobierno y gran aficionado al fútbol, anotó una cita que yo desconocía. Pertenecía a Bill Shankly, que durante su carrera como entrenador, en los años sesenta y setenta, había llevado al Liverpool a conseguir grandes éxitos: «Algunos creen que el fútbol es una cuestión de vida o muerte, pero están equivocados, es mucho más que eso». Al leer la cita, me eché a reír. Siempre me ha gustado el fútbol, y Steg supo tocarme la fibra

sensible. Me fascina la mezcla de capacidad física e inteligencia que exige este juego de equipo, y creo que así como las cuestiones técnicas de los sistemas de juego son importantes, también lo es la capacidad de hacer converger en un solo objetivo el comportamiento de once personas que interactúan en el terreno de juego, de centrar su concentración y actitud únicamente en esa tarea durante 90 o, en el caso de una

prórroga y penaltis, 120 minutos que puede durar un partido. Cuando iba a ver partidos a los estadios, en ocasiones, desde el mismo instante en que un equipo accedía al terreno de juego podía saber por su lenguaje corporal si iba a tener un buen día o no. Era algo que conocía por mi trabajo, cuando entraba en una sala como ponente, ya en los primeros instantes podía percibir si podía conectar con el público o, por el contrario, si entre nosotros se interponía un muro.

En el verano de 2006, las estrellas se alinearon: cuatro semanas de buen tiempo sin interrupciones, una *fan zone* en la Strasse des 17 Juni de Berlín, grandes pantallas en todo el país para ver los partidos en directo, el negro-rojo-dorado, no pesado como el águila de la Federación alemana, sino ligero y alegre, por todas partes: la bandera se podía ver en los retrovisores y ventanillas de los coches, en sombreros y gorras y pintada en la cara de los aficionados y entre ellos, como nunca antes, muchas mujeres y niñas. El mundo entre amigos, tal como rezaba el lema oficial del Mundial. Acabó siendo un verano de fútbol como nunca se había vivido en Alemania, aunque fue algo más que eso: dio la impresión de que aquel equipo de jugadores jóvenes y despreocupados, con y sin origen inmigrante, dirigido por un joven seleccionador nacido en Suabia, que vivía con su familia en California y como jugador había sido campeón del mundo en 1990 y campeón de Europa en 1996, hubiera hechizado virtualmente al país. Al final, este equipo consiguió la tercera plaza en el Mundial que había organizado en casa. El 9 de julio de 2006, medio millón de personas lo celebraron en la Puerta de Brandeburgo

como si se hubiera hecho realidad el sueño de Jürgen Klinsmann de un cuarto título mundial para Alemania.

Alemania podía estar orgullosa de haber quedado tercera, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* escribió: «Love Parade para Klinsmann y su equipo», y describió el recibimiento de la selección como una «celebración que ponía la piel de gallina». Tras esa Copa Mundial de Fútbol, Jürgen Klinsmann renunció a su cargo de seleccionador. Ocho años más tarde, su segundo de a bordo, Joachim *Jogi* Löw, consiguió la obra maestra del deporte al entrenar a la selección alemana de fútbol que en el vertiginoso torneo de 2014 no solo derrotó a Brasil, la anfitriona y pentacampeona del mundo, por 7-1 en una semifinal legendaria, sino que también fue la primera selección europea de la historia en ganar el título mundial en Sudamérica.

Recuerdo los minutos decisivos de la final como si fuera ayer. Había volado a Río de Janeiro junto con Joachim Gauck, presidente de Alemania. En el estadio estaba sentada junto a Dilma Rousseff, entonces presidenta de Brasil, y en la fila de delante tenía a Viktor Orbán, primer ministro de Hungría, que me contó que ya llevaba diez días en Brasil y había asistido a muchos partidos, incluidos los de la selección argentina, rival de Alemania en la final. Antes de que empezara la final, al verme tan emocionada se volvió hacia mí y, medio en serio medio en broma, me dijo:

—Una cosa está clara. No puedes estar segura de que vayáis a ganar este partido.

Entre nosotros hablábamos inglés, y a esas alturas solo me faltaba un comentario como ese.

Así que le respondí:

—Ya lo sé, ahora date la vuelta y déjame ver el partido.

Tras los noventa minutos reglamentarios, el marcador seguía 0-0. Tocaba prórroga. Mario Götze entró desde el banquillo y en el minuto 113 marcó el 1-0 para Alemania. Estaba fuera de mí por la emoción, Orbán se volvió y me gritó:

—Ahora ya puedes relajarte.

—¡Pero si aún quedan siete minutos! —le grité.

—No, el marcador ya no se va a mover, créeme.

Y tenía razón.

No recuerdo especialmente la ceremonia de entrega de la copa, pero sí el posterior encuentro con el equipo en los vestuarios. Joachim Gauck pronunció un breve discurso, Jogi Löw se limitó a permanecer de pie con una botella de cerveza en la mano, completamente relajado y feliz, Miroslav Klose, el máximo goleador de la selección nacional, tenía a sus dos hijos pequeños al lado, muchos jugadores transmitían la sensación de ser conscientes de la trascendencia del éxito alcanzado. Y pensé: al final de un largo periplo de ocho años, se han impuesto tanto una filosofía de juego con unos jugadores sobresalientes como una actitud. El camino se inició en el 2006 y Jogi Löw, Oliver Bierhoff y Andreas Köpke lo hicieron posible.

ANFITRIONA EN UNA SILLA DE PLAYA

ALMUERZO CON GEORGE W. BUSH

Los días 6 y 7 de junio de 2007 esperaba a los jefes de Estado y de gobierno de Francia, Italia, Japón, Canadá, Estados Unidos, Reino Unido y Rusia, así como al presidente de la Comisión Europea, para la cumbre del G8 que celebrábamos en Heiligendamm, un balneario a orillas del Báltico, en el estado federal de Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Desde 1998, el G7, una asociación informal fundada en 1975, que en sus inicios incluía a las seis y, a partir de 1976, a las siete principales economías del mundo, que compartían

valores e intereses comunes, se convirtió en el G8. En junio de 1991, tras el final de la Guerra Fría, la antigua Unión Soviética, representada por Mijaíl Gorbachov, su último presidente, fue invitada a la cumbre del G7

celebrada en Londres. Hacía ya ocho meses que la reunificación pacífica y en libertad de Alemania era una realidad, yo era una joven ministra para Asuntos de la Mujer y de la Juventud y había sido recién elegida diputada del Bundestag. Tras la reunificación alemana seguí la política mundial como una simple espectadora. En diciembre de 1991 se produjo el colapso de la Unión Soviética y Gorbachov, el hombre de la glásnost y la perestroika, pasó a la historia. El 8

de diciembre de 1991, Borís Yeltsin, que en junio de 1991 fue elegido presidente de la por aquel entonces aún república soviética de Rusia, fundó junto con sus homólogos de Bielorrusia y Ucrania la Comunidad de Estados Independientes (CEI); el 21 de diciembre de 1991 se les unieron Azerbaiyán, Armenia, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Tras la disolución de la Unión Soviética, Borís Yeltsin se convirtió en el primer presidente de la Rusia independiente. A partir de 1994, el presidente ruso participó en las conversaciones oficiales de la cumbre del G7, mientras anteriormente se habían producido encuentros con sus Estados miembros al margen de esta.

En 1998 se dio el siguiente paso y en la cumbre de Birmingham, Rusia fue aceptada como octavo miembro de esta asociación. El grupo de las siete mayores economías del mundo se convirtió en el Grupo de los Ocho, lo que expresaba la esperanza de que el G8 también compartiera valores comunes y, en particular, intereses comunes, ya que en términos de poder económico, Rusia no estaba capacitada para competir con los otros siete miembros. En la primera mitad de la década de los noventa, el país sufrió una inflación muy alta, y en 1998 se vio sumido en una grave crisis de la hacienda pública y del sector bancario.

Hasta su dimisión en la Nochevieja de 1999, Borís Yeltsin participó en las cumbres anuales del G8 en representación de Rusia. En agosto de 1999, Yeltsin nombró al que sería su sucesor en el cargo, Vladímir Putin, primer ministro de la Federación Rusa. Tras la dimisión de Yeltsin, de acuerdo con la Constitución de la Federación Rusa, Putin asumió el cargo hasta la elección de un nuevo presidente. Finalmente, fue elegido segundo presidente de la Federación Rusa en marzo de 2000.

Seis años después, del 15 al 17 de julio de 2006, Putin organizó por primera vez una cumbre del G8 en Rusia. La cumbre del G8 se celebraba en San Petersburgo, su ciudad natal, y para mí también

fue la primera como canciller. Mi recuerdo de esta cumbre no radica tanto en la belleza del lugar de la reunión, el Palacio Constantino de San Petersburgo, ni en las deliberaciones políticas que se produjeron, sino en una escena secundaria. Antes del comienzo de la sesión vespertina, me senté en mi sitio de la mesa redonda de conferencias de espaldas a la puerta.

Hojeé mis documentos, las deliberaciones estaban a punto de proseguir. Por el raballo del ojo vi cómo el presidente de Estados Unidos regresaba a la sala. De repente, como de la nada, sentí que me agarraban por los hombros. Me hubiera esperado cualquier cosa menos eso, así que muy sobresaltada alcé los brazos. Al volverme, vi que George W. Bush caminaba hacia su asiento con una sonrisa pícaro en los labios. Tuve que echarme a reír y ya no le di más importancia al asunto, aunque sí se la dio la opinión pública. La escena había tenido lugar ante las cámaras de los periodistas, que antes de las deliberaciones de la tarde habían acudido a la sala de reuniones para tomar nuevas instantáneas para sus reportajes. Poco después, Ulrich Wilhelm, portavoz de nuestro gobierno, me explicó el efecto que había provocado el apretón de hombros de Bush y mi reacción posterior. En todo el mundo se debatió si se había tratado o no de una agresión sexual, algo que en ningún momento se me vino a la cabeza. En cuanto vi que era George W. Bush quien me saludaba de forma tan graciosa, tuve claro que se trataba de una broma, que no pretendía intimidarme ni menospreciarme, sino gastarme una broma en medio de unas deliberaciones tan áridas y serias. Bush y yo nos caíamos bien y nos apreciábamos.

Habíamos coincidido en Maguncia en 2005, cuando siendo líder de la oposición me reuní con él durante su visita a Alemania. En mi primera visita oficial como canciller viajé a Washington en enero de 2006. Me di cuenta de que Bush era una persona capaz de mirar a los demás directamente a los ojos, y tuve la impresión de que se interesaba por la historia de mi vida, lo sentí en especial cuando en julio de 2006, él y su esposa Laura visitaron mi circunscripción electoral. Tras conversar en Stralsund, para que se llevaran una

impresión de lo que había sido mi antigua vida en la RDA, por la noche los invité a visitar Trinwillershagen, un antiguo pueblo modelo socialista. El propietario del restaurante Zu den Linden, situado en la Casa de Cultura local, había cazado él mismo un jabalí, que asó a la parrilla. Hizo buen tiempo y nos sentamos junto con unos sesenta invitados de la región a las largas mesas del jardín. Bush se unió a nosotros para darle vueltas a la pieza de caza, nos reímos juntos y superamos las barreras lingüísticas con todo tipo de gestos. Los invitados lo consideraron un hombre alegre, muy accesible y capaz de reírse de sí mismo. Me encantó que George y Laura Bush nos invitaran a Joachim y a mí a visitar su rancho en Tejas.

Casi un año después, a última hora de la tarde del 9 de noviembre de 2007, Joachim y yo llegamos al rancho de Prairie Chapel, cercano a la localidad de Crawford, doscientos kilómetros al sur de Dallas. George y Laura Bush nos recogieron en el helipuerto del rancho en una camioneta blanca que conducía él mismo, y nos instalaron de inmediato en la casa de huéspedes.

A continuación recorrimos la finca, de 641 hectáreas, repleta de colinas y pequeños desfiladeros, cuyas laderas estaban cubiertas de árboles de gran altura, y cruzamos puentes que atravesaban arroyos. George nos dijo:

—Lo único que me entristece cuando recorro el rancho es que nunca acierto a ver animales.

—¿Y por qué? —le pregunté.

—Porque antes de que yo salga, los servicios secretos peinan el lugar y, por supuesto, ahuyentan a todos los animales —nos explicó.

Después cenamos en la acogedora casa principal, en la que también nos acompañaba Condoleezza Rice, la secretaria de Estado, y nos sirvieron filete ahumado de ternera tejana. Más tarde, George telefoneó a su padre para felicitarlo por su exitoso salto en paracaídas de ese mismo día. Después de todo, George H. W. Bush

contaba con ochenta y dos años, no pude más que admirar su hazaña. Hablamos de política y de asuntos personales. En Trinwillershagen, Joachim y yo le contamos a George W. Bush nuestra vida en la RDA, y él nos habló de su vida antes de asumir la presidencia. También le describí mi primer viaje a Estados Unidos, a San

Diego, en el verano de 1991, en el que visité a Joachim, que entonces trabajaba en la empresa BIOSYM Technologies. Por fin tenía la oportunidad de viajar al país de mis sueños de libertad.

El Pacífico me causó una gran impresión y observé emocionada las ballenas. Más tarde, Joachim y yo viajamos al desierto por primera vez en nuestras vidas. Durante el trayecto en coche, me cautivaron los carteles a los lados de la carretera en los que se podía leer «TAKE ENOUGH WATER

FOR YOU AND YOUR CAR» ('Lleve suficiente agua para usted y su coche').

El tiempo en el rancho pasó volando, allí todo era muy relajado. A la mañana siguiente salimos a pasear y me llamaron la atención unos saquitos blancos que había esparcidos por el camino. Laura me resolvió el misterio:

—Dentro hay semillas de las flores silvestres de nuestros prados. Las cosechamos y de esta forma conseguimos que se reproduzcan.

De vuelta a la casa, hablamos de temas políticos. Se unieron mis colaboradores, que habían pasado la noche en la cercana ciudad de Crawford. A la hora de comer, los agentes de seguridad de Bush nos prepararon una barbacoa. Tras una breve rueda de prensa en los terrenos del rancho, Joachim y yo tomamos el helicóptero de vuelta al aeródromo militar de Robert Gray, a ochenta kilómetros, donde nos esperaba nuestro avión.

En el helicóptero, pensé en cómo George W. Bush había alabado los siete arroyos y los nueve puentes de su rancho, aunque quizá fueran nueve arroyos y siete puentes, es posible que no hubiera memorizado bien los números. En realidad eso no tenía importancia, porque me quedaban los recuerdos: arroyos, puentes, naturaleza hasta donde alcanzaba la vista. Un lugar rústico, relajado y simplemente maravilloso.

El año anterior, George W. Bush no viajó a Alemania únicamente para visitarme en Trinwillershagen, sino que aprovechó la ocasión para hacer una escala en su camino a la cumbre del G8 en San Petersburgo, donde Bush y yo nos reencontramos. La escena del apretón de hombros que dio la vuelta al mundo es un muy buen ejemplo de que en momentos como esos, el contexto siempre es importante; es decir, quién hace qué, cuándo y por qué, y si existe una confianza mutua entre los implicados. Si no es así, la misma escena puede interpretarse de forma completamente distinta. Sin embargo, como mi relación con Bush era de plena confianza, gracias a aquella anécdota entendí lo engañosas que pueden ser unas imágenes si se desvinculan del lugar y de las personas implicadas.

En la cumbre del G8 en Heiligendamm fui yo quien les dio la bienvenida a Bush, Putin y los otros cinco jefes de Estado y de gobierno. El 7 de junio de 2007, antes del inicio de la cumbre, había quedado con Bush a la una del mediodía para un almuerzo en una de las salas de Burg Hohenzollern, un edificio de estilo Tudor inglés en el complejo hotelero Grand Hotel Kempinski de la localidad costera de Heiligendamm. La sede para celebrar la cumbre del G8 fue elegida durante el mandato de Gerhard Schröder. Pero al ser en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, mi distrito electoral, no podía por menos que alegrarme, aunque como implicaba un increíble esfuerzo de seguridad, la alegría podía esfumarse con rapidez. De hecho, durante días la opinión pública no había hecho más que hablar casi exclusivamente de las protestas contra la cumbre, del coste de la valla que debía acordonar la zona en que iban a tener lugar las reuniones, de los miles de manifestantes que se oponían a

la reunión y que habían viajado hasta allí, y que bloqueaban carreteras e intentaban entrar en la zona de seguridad. Muy pocos parecían interesarse por el orden del día, que era muy variado y se había preparado durante meses. Las cuestiones que queríamos tratar iban desde las condiciones marco para el crecimiento económico mundial hasta la responsabilidad del G8 en la ayuda internacional al desarrollo. También deliberamos sobre

ello, pero para la opinión pública había otro tema de interés: la protección del clima.

¿Conseguiría el Grupo de los Ocho acordar en Heiligendamm nuevas medidas contra el calentamiento global?

En 2007, Alemania no solo ocupó la presidencia rotatoria del G8, sino que el primer semestre del año también presidió el Consejo de la Unión Europea. En la reunión de marzo del Consejo Europeo, los jefes de Estado y de gobierno acordaron cómo debía proceder la Unión Europea en las negociaciones internacionales sobre el clima. Era necesaria una nueva hoja de ruta para el acuerdo internacional alcanzado en la ciudad japonesa de Kioto en 1997, el Protocolo de Kioto, que expiraba en 2012 después de entrar en vigor finalmente en 2005, una vez ratificado por Rusia el año anterior. El Consejo Europeo había adoptado el objetivo de limitar el aumento de la temperatura media mundial a un máximo de 2 °C con respecto a los niveles preindustriales.

También había decidido reducir las emisiones de gases de efecto invernadero entre un 60 y un 80

% hasta el 2050 con respecto a los niveles de 1990 siempre que los demás países industrializados cumplieran con el mismo objetivo. Por lo tanto, se esperaba de mí que el G8 reunido en Heiligendamm respaldara las resoluciones europeas. Aunque pensé que quizá se podía dar un paso en esa dirección, y fue lo que me propuse, sabía que de hecho era ilusorio. Estados Unidos constituía la clave del

éxito y también mi mayor reto. En marzo de 2001, solo dos meses después de tomar posesión de su cargo, el presidente Bush retiró su apoyo al Protocolo de Kioto. En consecuencia, en Heiligendamm, las condiciones para las conversaciones sobre el clima eran poco halagadoras. En abril de 2007, pocas semanas antes de la cumbre, volví a viajar a Washington especialmente por este motivo. En esta visita, por primera vez Bush y yo debatimos con más detalle la cuestión del cambio climático. De entrada, en el Partido Republicano muchos ponían en duda la influencia del ser humano en el calentamiento global. El propio Bush no creía que Estados Unidos debiera comprometerse con las Naciones Unidas para cumplir ciertos objetivos en su propio país. Yo le había explicado ampliamente que para Alemania y Europa, la ONU era el lugar donde se alcanzaban los acuerdos internacionales y en el que todos los Estados, ya fueran grandes o pequeños, tenían voz.

A nuestro almuerzo en Heiligendamm asistieron Christoph Heusgen, mi asesor en política exterior, y Stephen Hadley, consejero de Seguridad Nacional del presidente de Estados Unidos.

George W. Bush entró en la sala puntual y de buen humor y tomamos asiento. Durante la comida hablamos en inglés, si bien para mayor seguridad nos acompañaban intérpretes, Dorothee Kaltenbach por la parte alemana. No solo entonces, sino durante todo mi mandato como canciller, en muchas situaciones complicadas me sacó de un apuro, en alguna ocasión convirtiendo mis frases algo confusas en una brillante frase en inglés.

Abrí la conversación y como mi intención era agarrar el toro por los cuernos lo más rápido posible, empecé a hablar directamente de la complicada situación de la protección climática.

Bush parecía escucharme con atención, pero cuando empezó a hablar elogió profusamente el lugar en que nos alojábamos, preguntó por la situación de la seguridad, inquirió sobre los demás participantes, en especial sobre mi impresión de Nicolas Sarkozy,

que pocas semanas antes había sucedido a Jacques Chirac como presidente de Francia. Bush ya no dejó de hablar y el tiempo volaba, para lo que tampoco ayudaba la excelente comida, pues solo disponíamos de unos 60, máximo 75 minutos. Por lo menos desde mi anterior visita en abril, él sabía exactamente qué buscaba yo, pero parecía sentir cierto placer en evitar mi solicitud durante el mayor tiempo posible.

Solo hacia el final de la conversación hablamos del tema por el cual lo había invitado a ese almuerzo. Me dio la impresión de que él no permitiría que la cumbre del G8 fracasara por la

cuestión de la protección del clima. Pero también me quedó muy claro que aún me faltaba mucho trabajo para alcanzar un resultado que cumpliera con mis expectativas y las de los países europeos. En la rueda de prensa posterior, ninguno de los dos facilitó detalles de la reunión. Tal como me informó Ulrich Wilhelm, nuestro portavoz de gobierno, entre bambalinas los colaboradores de Bush habían informado a la prensa de que durante la cumbre no se habían puesto objetivos concretos para la reducción de los gases de efecto invernadero. Es lo que se denomina gestión de expectativas: esperar a ver cómo se desarrolla todo.

Tras mi conversación con el presidente de Estados Unidos, me reuní con los otros participantes de la cumbre y comenté con ellos el temario de los dos días que teníamos por delante. Shinzō Abe, primer ministro japonés, solo llevaba en el cargo desde septiembre de 2006.

Aunque suscribió el objetivo de reducir al menos a la mitad las emisiones de gases de efecto invernadero para 2050, al igual que hizo Stephen Harper, primer ministro de Canadá desde febrero de 2006, Japón tenía dificultades para cumplir con los compromisos adoptados en el Protocolo de Kioto. Vladímir Putin no vio dificultades para que Rusia cumpliera con sus obligaciones. Romano Prodi se convirtió en primer ministro de Italia por segunda vez en mayo de

2006, anteriormente, entre 1999 y 2004, había sido presidente de la Comisión de la Unión Europea. Le conocía desde entonces, pues lo visité en alguna ocasión tras mi elección como presidenta del partido. Apoyó mis esfuerzos por lograr un resultado sustancial, al igual que Tony Blair, primer ministro británico, y José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión Europea. Confiaba en que a la hora de convencer a George W. Bush me echara una mano sobre todo Tony Blair, al que solo le quedaban unos días más en el cargo, pues ya estaba pactado que el 27 de junio de 2007 le relevara Gordon Brown, hasta entonces ministro de Hacienda de Gran Bretaña. Blair me prometió que en el desayuno que iba a compartir con Bush a la mañana siguiente, utilizaría sus habilidades para intentar que aceptara un acuerdo que nos hiciera avanzar en materia de cambio climático y en el desarrollo posterior del Pacto de Kioto.

Poco antes de la cena, conseguí al fin hablar con Nicolas Sarkozy. Ya nos conocíamos como líderes de nuestros partidos asociados, la CDU y la Union pour un mouvement populaire (UMP, Unión por un Movimiento Popular). Inmediatamente después de asumir su cargo, el 16 de mayo me había visitado en Berlín para enviar una señal en favor de la amistad franco-alemana.

Aproveché la ocasión para comentarle mi conversación con George W. Bush y mis preocupaciones al respecto. Ayudados de intérpretes, cada uno de nosotros habló en su idioma, con unas palabras rápidas, Sarkozy no solo me aseguró que me apoyaría, sino que subrayó que él personalmente no podía permitirse ningún compromiso vago. El domingo siguiente se celebraba en Francia la primera vuelta de las elecciones legislativas, y prefería abandonar la cumbre antes de tiempo que volver a París con un resultado insatisfactorio.

Oficialmente, la cumbre del G8 comenzó ese mismo día con una cena para los jefes de Estado y de gobierno y sus acompañantes en la casa solariega de Hohen Luckow, a unos veinticinco kilómetros de Heiligendamm. Habida cuenta del número de manifestantes, desde

el punto de vista logístico para las fuerzas de seguridad fue realmente una faena. Sabiendo lo que sé hoy sobre la presión a la que se ve sometida la policía en tales ocasiones, no habría planeado una cena así fuera de la zona de seguridad. No obstante, estaba y estoy convencida de que este tipo de cumbres son necesarias para que la cooperación multilateral sea exitosa y la globalización se configure de forma políticamente inteligente.

LAS DELIBERACIONES DE LOS OCHO

Las deliberaciones oficiales comenzaron a las diez de la mañana del día siguiente. Los ocho jefes de Estado y de gobierno se sentaron a una mesa redonda, mientras sus asesores económicos, los llamados *sherpas*, ocuparon sus asientos a sus espaldas o en una sala aparte, la llamada sala de escucha, en la que se retransmitían las conversaciones. Cada uno de los participantes contaba con traducción simultánea, lo que permitió un intenso intercambio de opiniones. En nuestra primera reunión debatimos la situación de la economía mundial. Al no generarse ninguna polémica, el debate no se alargó tanto como se había previsto inicialmente, por lo que esa misma mañana empezamos a hablar del delicado tema del cambio climático que, en realidad, estaba programado para las cuatro de la tarde.

Sentado a mi derecha dos asientos más allá, Nicolas Sarkozy no tardó en tomar la palabra, y repitió lo que me había dicho la noche anterior. También aquí concluyó: «En caso contrario, tendré que abandonar la sala y regresar a casa». A continuación, en la sala de reuniones se produjo un incómodo silencio. Como anfitriona, intenté decir algo conciliador, aunque tuve la impresión de que George W. Bush en particular barruntaba si Sarkozy y yo estábamos de alguna manera compinchados. Se puso en pie lentamente, caminó hacia Sarkozy, se colocó detrás de él para poder mirarme directamente desde allí. No había podido hacerlo desde su asiento ya que se había sentado a mi izquierda y no había podido mirarme a los ojos. Además, no me había vuelto hacia él ni le había indicado de ninguna

otra manera qué pensaba de las declaraciones de Sarkozy. Yo no había animado a Sarkozy ni le había obligado a nada, pero era obvio que Bush quería averiguar qué estaba pasando. Desde su nueva posición dijo con calma:

—Como todos aquí, represento los intereses de mi nación. Estoy interesado en que alcancemos un acuerdo en el margen de maniobra al que estoy sujeto. Aunque a la vista de las posiciones con las que me enfrentan los países europeos, también puedo optar por regresar a casa. No es mi intención, pero por supuesto que todo el mundo es libre de levantarse de la mesa y abandonar la sala.

Como no las pronunció junto al micrófono que había frente a su sillón, los intérpretes no llegaron a escuchar las palabras de Bush. Sin embargo, todos tenían los suficientes conocimientos de inglés como para entenderle. El mensaje del presidente de Estados Unidos surtió efecto. Sarkozy no se puso en pie, sino que permaneció en la sala, y Bush volvió a su asiento y proseguimos con nuestro trabajo.

Acordamos que durante la pausa para el almuerzo, nuestros *sherpas* elaboraran posibles fórmulas de compromiso. Después de su desayuno con George W. Bush, Tony Blair me transmitió en los pasillos su confianza en alcanzar un acuerdo, y abrigué cierta esperanza de que así fuera. Hacia las dos y media de la tarde me presentaron un borrador de declaración. El G8

expresaba que la lucha contra el cambio climático era uno de los mayores retos a los que se enfrentaba la humanidad, que había tomado nota con preocupación del último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), que las negociaciones sobre la futura acción mundial en materia de cambio climático deberían tener lugar en el marco de las Naciones Unidas y que el G8 quería considerar seriamente las decisiones de la Unión Europea, Canadá y Japón de reducir a la mitad las emisiones mundiales de aquí a 2050. La declaración no incluía cifras al respecto, pero el mero hecho de considerar seriamente una

reducción a la mitad suponía un paso importante hacia la consecución del objetivo de alcanzar una rebaja de al menos el 50 % para 2050.

Llamé a Beate Baumann, que se había quedado en Berlín y desde allí informaba de la cumbre.

En todos nuestros años de colaboración solo viajó a encuentros externos en contadas ocasiones.

Desde su despacho, a la vez que controlaba lo que ocurría fuera de nuestra burbuja, era la mejor

situada para garantizar un diálogo constante entre los departamentos especializados de la Cancillería y yo misma. Así entendía ella su papel como directora de la oficina de la Cancillería y, en ese sentido, me ayudaba muchísimo. Le pedí que valorara el borrador de declaración, pues sabía juzgar muy bien lo que era adecuado y nunca temió darme su opinión, en un sentido u otro.

Cuando le leí el texto en inglés se quedó prendada de inmediato.

—Será mejor que lo haga público con rapidez, está muy bien —me animó.

En efecto, el resultado fue considerado un éxito, y por fin se habló del contenido de las reuniones y no solo de los manifestantes que se oponían a la cumbre.

Tras la sesión de trabajo de la mañana y un encuentro con jóvenes de los países del G8, el programa incluía la fotografía de grupo, la «foto de familia», obligada en este tipo de cumbres, una actividad obligatoria que generalmente resultaba bastante pesada. Sin embargo, esta vez todos la disfrutaron. El más antiguo fabricante de sillas de playa de mimbre de Heringsdorf, en la isla de Usedom, fabricó para nosotros una silla de playa de mimbre de gran tamaño, por lo que los participantes nos sentamos el uno al lado del otro.

Ocho años después, en julio de 2015, cuando me tocó organizar otra cumbre de las principales naciones industrializadas en Elmau (Baviera), para la foto de familia se hizo construir un banco de madera extralargo recordando Heiligendamm. El presidente Barack Obama, sucesor de George W. Bush y en el cargo desde enero de 2009, y yo llegamos al banco unos minutos antes que los demás. Se sentó y se puso cómodo, apoyando ambos brazos en el respaldo. Esa escena se inmortalizó y dio la vuelta al mundo. Me encontraba frente a él e intenté explicarle lo que me recordaba ese banco, pero por desgracia entonces no conocía la traducción inglesa de la palabra *Strandkorb*, silla de playa de mimbre, y Dorothee Kaltenbach no andaba por allí. A falta del término adecuado, gesticulé con los brazos, abriéndolos cada vez más para indicar el tamaño del objeto que quería describirle. Barack Obama se rio, pero desde luego no entendió ni una palabra de lo que intentaba explicarle. Más tarde le enseñé una foto de aquella época en Heiligendamm y aprendí un nuevo término: *wicker beach chair*.

ESPERANDO A VLADÍMIR PUTIN

Antes de la cena quise reunirme con los otros siete jefes de Estado y de gobierno para tomarnos un aperitivo. Hacía buen tiempo, por lo que podíamos sentarnos en el exterior. Los periodistas estaban ansiosos por conseguir imágenes para transmitir la atmósfera que se había generado entre los participantes. Para que no pudieran oír nuestras conversaciones, permitimos que un equipo de cámaras de cada país participante nos filmara a distancia. Las cámaras estaban encantados de grabarnos durante nuestra animada conversación, aunque faltaba uno de nosotros: Vladimir Putin. La impuntualidad es algo que no soporto, pero esperamos y esperamos. ¿Por qué se retrasaba? ¿Intentaba demostrarle algo a alguien? ¿O es que realmente le había surgido un problema? Aparentemente yo charlaba de forma relajada con los demás, pero por dentro me hervía la sangre. Tras la cena de trabajo queríamos celebrar una reunión informal entre los asistentes, por lo que resultaba lamentable que todo tuviera que posponerse.

Cuando al fin Putin apareció, cuarenta y cinco minutos más tarde de lo previsto, yo estaba a punto de proponer ir a cenar sin él y prestarnos antes a otra sesión fotográfica en el muelle.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Es tu culpa o, mejor dicho, de la Radeberger.

Antes de la cumbre había pedido que le dejaran en su habitación una caja de Radeberger, su

cerveza favorita, que conocía de su época como agente del KGB en Dresde en la década de los ochenta. Cumplimos con su deseo, así que, me dijo sonriendo, no le quedó más remedio que bebérsela. Eso fue lo que conseguí siendo amable con él. Daba la impresión de que disfrutaba siendo el centro de atención. Seguramente la mayor de sus alegrías consistió en que también el presidente de Estados Unidos tuvo que esperarlo.

Conocí a Vladímir Putin durante una visita que realizó a Berlín en junio de 2000, cuando yo era presidenta de la CDU en la oposición. Nos reunimos por primera vez en el Kremlin en febrero de 2002. No guardo recuerdos de ninguno de los dos encuentros, pero sí de las octavas consultas germano-rusas, que tuvieron lugar pocos meses después de que asumí el cargo de canciller. El 26

de abril de 2006 volé a Tomsk, en Siberia, junto con una buena parte de mi gobierno y representantes del mundo empresarial. Era la primera vez que viajaba a Siberia y, aparte de las escalas ocasionales que hice allí en mis viajes a Japón o a China, seguiría siendo la única. La ciudad, de unos 500.000 habitantes, entre ellos unos 5.000 de la minoría alemana, está situada a orillas del río Tom, un afluente del río Obi, de 3.650 kilómetros de longitud, que desemboca en el mar de Kara, que forma parte del océano Ártico. A su paso por Tomsk, el río Tom tiene varios cientos de metros de ancho y en el mes de abril se produce el deshielo. De camino entre dos citas, pedí al conductor que se detuviera brevemente y toda la

delegación descendió de los vehículos. Durante unos minutos contemplamos el espectáculo de la naturaleza. El hielo estaba a punto de resquebrajarse en muchos pedazos, lo que provocaba un ruido considerable. A lo largo del río, el hielo entrechocaba y crujía, había muchos ciudadanos de Tomsk sentados en los bancos observando el paisaje, y sentí el deseo de sentarme con ellos. Me hubiera gustado recorrer en barco hasta su desembocadura uno de los grandes ríos siberianos como el Obi, el Yeniséi o el Lena; hasta entonces solo había soñado con viajar en el transiberiano de Moscú a Vladivostok, pero lo cierto es que aún no he podido cumplir ninguno de los dos deseos. Tuvimos que despedirnos del río Tom al cabo de unos minutos, subimos a los vehículos y nos dirigimos a la siguiente cita.

Por la noche, Vladímir Putin nos invitó a cenar en un parque natural a las afueras de la ciudad.

A la mesa solo estábamos sentados nosotros dos y nuestros asesores de política exterior; por seguridad, los intérpretes se sentaron en la mesa de al lado. Sin embargo, Putin hablaba alemán, que era mejor que mi ruso, cuyos conocimientos tenía anclados en la época de la RDA, así que desconocía las palabras del lenguaje político democrático. Aquella noche hablamos de nuestras respectivas visiones de nuestros países. Estaba claro que antes habíamos estado en bandos diferentes, pero también teníamos puntos de vista distintos sobre la evolución actual de Rusia.

Expresé mi preocupación por el hecho de que en Rusia las libertades democráticas estuvieran cada vez más restringidas, pues acababa de entrar en vigor una ley que dificultaba el trabajo de las organizaciones no gubernamentales. Putin negó mi afirmación.

En la cena pude elegir entre un filete clásico y uno de oso pardo, y decidí arriesgarme. Si la memoria no me falla, la carne de oso sabía muy bien, fuerte como toda la carne de caza. Sin duda se trataba de algo especial.

Al día siguiente se celebró un foro con representantes del sector empresarial alemán y ruso.

Entre los temas tratados figuraban la construcción del gasoducto Nord Stream 1, la cooperación en los sectores de la industria del automóvil y la maquinaria agrícola y las negociaciones de Rusia para ingresar en la OMC. La cooperación energética germano-rusa desempeñó un papel importante. En 2005, Rusia cubría el 41 % de las necesidades alemanas de gas natural y el 32 %

de las de crudo. Durante más de cuarenta años, incluso durante la Guerra Fría, la colaboración

entre la Unión Soviética y la antigua RFA había sido fiable. El suministro, hasta la fecha unilateral, de materias primas rusas debía asegurarse a largo plazo mediante una asociación con dependencias mutuas. Por lo tanto, BASF y Gazprom firmaron un principio de acuerdo para una participación minoritaria en Yuzhno-Russkoye, el yacimiento siberiano de condensado de gas.

En las consultas gubernamentales celebradas posteriormente, los ministros alemán y ruso informaron de sus conversaciones bilaterales y de los avances en proyectos conjuntos, como, por ejemplo, la iniciativa educacional germano-rusa, firmada por Putin y Schröder en abril de 2005, como parte de la asociación estratégica.

Tras finalizar las consultas gubernamentales, Putin me ofreció llevarme en su coche hasta el aeropuerto. Por el camino me mostró unos asentamientos con típicas casas rusas de madera. Me explicó que allí vivían personas con pocos medios y que, por lo tanto, era muy fácil engañarlas.

Según él, ese sector de la población de Ucrania fue animado a participar en la Revolución Naranja de otoño de 2004 con dinero del gobierno de Estados Unidos.

Creo recordar que Putin afirmó:

—Nunca permitiré que algo así suceda en Rusia.

—En tiempos de la RDA, los americanos no nos sedujeron con dinero para que hiciéramos una revolución pacífica —le repliqué—, nosotros la quisimos y cambió nuestras vidas a mejor.

Eso fue exactamente lo que quería el pueblo de Ucrania.

Putin cambió de tema.

—¿Conoces la importante diferencia entre las constituciones estadounidense y rusa? —me preguntó.

No tenía ni idea adónde quería llegar.

—En ambas constituciones, la presidencia está limitada a dos mandatos —prosiguió—. Pero tras interrumpir un mandato en la presidencia, la de Estados Unidos excluye la reelección. Si antes se ha tomado un descanso, el presidente ruso sí puede ser reelegido tras dos mandatos consecutivos.

Ese era el escueto mensaje que aquel día de primavera de 2006 en Siberia me enviaba Putin de camino al aeropuerto: sigue contando conmigo, incluso si en conformidad con la Constitución dentro de dos años cedo mi cargo tras dos mandatos, regresaré, solo se tratará de un descanso.

Aunque supe a qué atenerme, no hice ningún comentario. Cuando llegamos al aeropuerto, hizo detener el vehículo frente a mi avión. Nos despedimos y volé de regreso a Berlín.

Nueve meses después, el 21 de enero de 2007, visité a Vladímir Putin en su residencia de la ciudad de Sochi, a orillas del Mar Negro. Durante nuestra conversación, lanzó que consideraba el colapso de la Unión Soviética como la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX. No era nuevo, ya lo había dicho públicamente en 2005 en su discurso sobre el estado de la nación. Sin embargo, ahora los

reproches se sucedieron uno tras otro. Durante minutos, Putin no dejó de despotricar contra la guerra de Irak de 2003 y la Defensa Nacional de Misiles planeada por Estados Unidos, incluido el despliegue previsto en Polonia y la República Checa, y para demostrar lo absurdo de esa estrategia, calculó airado el alcance de los misiles iraníes. Se refería al plan que George W.

Bush presentó ya en mayo de 2001, pocos meses después de asumir su cargo, para implantar un escudo antimisiles. De ese modo, Bush daba continuidad a la Iniciativa de Defensa Estratégica de 1983 del presidente Ronald Reagan y a la Ley de Defensa Nacional contra Misiles de 1999, dirigidas contra los *rough states*, los «Estados canallas», como Irán y Corea del Norte. Para Bush, la construcción de este escudo antimisiles cobró aún más importancia tras los atentados islamistas del 11 de septiembre de 2001. No obstante, Putin insistió en que este sistema iba

dirigido también contra Rusia. En Sochi dejé que se explayara e intenté mantener la calma. A continuación le respondí que debería hablar con George W. Bush sobre el sistema de misiles, y recalqué que la mayor catástrofe del siglo XX había sido el nacionalsocialismo en Alemania y que el final de la Guerra Fría había cambiado mi vida para mejor de una forma totalmente inesperada.

En Sochi, a otro nivel y en público, Putin demostró cómo le gustaba dejar su impronta, si era necesario, con ayuda de Koni, su labrador negro. A menudo lo llevaba consigo cuando le visitaban invitados extranjeros. Desde mi primera visita como canciller en enero de 2006, Putin sabía del miedo que yo les tenía a los perros, pues a principios de 1995 me mordió uno en Uckermark. Christoph Heusgen había informado de ello a Sergei Prichodko, su colega ruso, y le había pedido que Putin no me recibiera acompañado de su perro. En 2006, en Moscú, cumplió con mi ruego, aunque no sin cierta maldad, pues me regaló un gran perro de peluche con la observación de que no mordía. Puse buena cara a su maldad y le entregué el animal a Christoph Heusgen, que tuvo que cargar con él durante lo que debió

parecerle una eternidad hasta que dio con un funcionario del protocolo alemán que se lo llevó.

En el 2007, en Sochi, el labrador Koni salió a escena en carne y hueso. Cuando antes de iniciarse nuestra reunión, Putin y yo posábamos sentados para los fotógrafos y las cámaras, intenté ignorar al perro, que no paraba de moverse junto a mí. Por la expresión de Putin interpreté que estaba disfrutando la situación, así que me pregunté: ¿Solo quiere ver cómo reacciona una persona en apuros? ¿Se trata de una pequeña demostración de poder? Sin embargo, a la espera de que todo pasara, me limité a mantener la calma y concentrarme en los fotógrafos. Cuando todo terminó, no le comenté nada a Putin, sino que como he hecho con frecuencia en mi vida, seguí la regla de la nobleza inglesa: « *Never complain, never explain*»

(‘Nunca quejarse, nunca dar explicaciones’).

Cinco meses después, en Heiligendamm, cuando Vladímir Putin nos hizo esperar, volví a actuar de la misma manera y dejé que la cerveza Radeberger fuera la cerveza Radeberger. Reprimí mi enfado y pedí a todos una segunda fotografía de familia en el muelle. Tras las sesiones vespertinas, acogí con gran satisfacción que Bush y Putin aprovecharan la cumbre para discutir el controvertido programa del escudo antimisiles. Putin propuso que los estadounidenses no siguieran adelante con sus planes de defensa antimisiles en Polonia y la República Checa y que en su lugar cooperaran con Rusia, compartieran un radar en Azerbaiyán y desplegaran sus misiles de defensa en Turquía, Irak o en el mar. De esta forma podría estar seguro de que el sistema estaba realmente dirigido solo contra los Estados canallas y no también contra Rusia, y Estados Unidos podía prescindir de sus emplazamientos en la República Checa y Polonia.

George W. Bush declaró que haría examinar estas propuestas. Dos años después, en 2009, el año de su toma de posesión, Barack

Obama, que sucedió a Bush en la presidencia, cambió todo el programa. Entre otras cosas, los misiles antibalísticos situados en el mar debían sustituir los sistemas que iban a desplegarse en Polonia, mientras que se cancelaron por completo los planes de instalar un radar en la República Checa.

CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL

ARMIDA Y EL IKB

El sábado 28 de julio de 2007, seis semanas después, sobre las siete y media de la tarde, junto con nuestros amigos Ilse y Martin Bartenstein, Joachim y yo esperábamos con impaciencia en la Felsenreitschule de Salzburgo el estreno de la ópera *Armida*, de Joseph Haydn, en el marco del Festival de Salzburgo. Ya habíamos tomado asiento en la sala. Justo antes de que las luces se apagaran, saqué el móvil del bolso para ver si tenía algún mensaje. Mi asombro fue mayúsculo, ya que aunque era sábado y casi de noche, Jens Weidmann, mi asesor económico, me había enviado un breve mensaje de texto: «Dificultades con el IKB. ¿Podemos hablar por teléfono?».

Desde principios de 2006, Weidmann era responsable de Política Económica y Financiera en la Cancillería. Con solo treinta y nueve años, ya se había labrado una carrera impresionante, pues en su faceta de economista había trabajado anteriormente en el FMI, como secretario general del Consejo Alemán de Expertos Económicos y como jefe de departamento en el Bundesbank. Si Weidmann me enviaba un mensaje de texto un sábado por la noche, debía tratarse de algo importante. Busqué en el programa para cuándo estaba previsto el primer descanso, alrededor de las 20:50 horas, y rápidamente le envié un mensaje: «Estoy en la ópera. Me pondré en contacto poco antes de las 21:00 horas». La ópera empezó. Mientras tanto, una pregunta me rondaba la cabeza: ¿Qué es el IKB? Esas siglas no me decían nada.

Durante el descanso, busqué de inmediato un lugar tranquilo en el que poder hablar y llamé a Jens Weidmann.

—¿Qué ha pasado? Y, antes que nada, ¿qué es el IKB? —le pregunté.

Me lo aclaró todo. El IKB Deutsche Industriebank AG era un banco con sede en Düsseldorf, cuyo origen se remontaba a la década de los veinte. El banco estaba especializado en conceder préstamos de inversión a largo plazo a las pequeñas y medianas empresas y transfería a sus clientes los fondos de programas públicos de desarrollo. Era lo que se denominaba un banco intermediario para el Kreditanstalt für Wiederaufbau (KfW, Banco de Crédito para la Reconstrucción) del gobierno federal y, por aquel entonces, también su mayor accionista. El KfW era y es una corporación de derecho público que trabaja para el gobierno federal y los estados federales; por ejemplo, respaldando a las pequeñas y medianas empresas, las profesiones liberales y las empresas de nueva creación, además de apoyar mediante préstamos los proyectos de infraestructuras, construcción de viviendas y protección del medio ambiente. Ya lo conocía de cuando fui ministra de Medio Ambiente.

—¿Y qué ha pasado ahora con el IKB? —le pregunté a Weidmann.

—En el 2002, el IKB fundó una sociedad instrumental en Estados Unidos, la Rhineland Funding, que opera en el mercado estadounidense con productos de préstamo inmobiliario *subprime*; es decir, préstamos con baja calificación crediticia. El IKB ha concedido a esta empresa garantías de liquidez por un total de 8.100 millones de euros —respondió Weidmann, antes de pasar al problema real—, y durante la primavera, en Estados Unidos el mercado de estos préstamos entró en crisis a causa de la subida de los tipos de interés y la caída de los precios inmobiliarios. Como resultado, el valor de las inversiones de la entidad con fines especiales ha caído en picado. Existe el riesgo de que debido a sus

propias pérdidas, la entidad con fines especiales tenga que utilizar las garantías del IKB. Sin embargo, el IKB no ha hecho las

provisiones adecuadas para tal eventualidad. Por eso ayer el Deutsche Bank decidió no ampliar su línea de crédito con el IKB e informó de ello a la Bundesanstalt für Finanzdienstleistungsaufsicht (BaFin, Autoridad Federal de Supervisión Financiera). Ahora el IKB está amenazado de insolvencia.

—De acuerdo, ¿y qué significa eso para nosotros? —le pregunté.

—Steinbrück celebrará mañana una conferencia telefónica con todos los implicados para debatir cómo evitar que la insolvencia se haga realidad. De lo contrario, en el mercado bancario alemán se podría producir una reacción en cadena de insolvencias. Pensé que debía saberlo y no enterarse por otra fuente —concluyó Weidmann.

Tenía el gran don de saber explicar las cuestiones más complicadas de forma rápida, precisa y comprensible, sin perder nunca la calma y la capacidad de disponer con un gran sentido de la política general los problemas de política económica y financiera. Había recibido la información de Jörg Asmussen, jefe del Departamento de Política Financiera y Monetaria Nacional e Internacional del Ministerio de Hacienda, que a su vez había recibido indicaciones de Steinbrück, ministro de Hacienda, para que me informara al respecto. Weidmann y yo estábamos de acuerdo en que había que evitar a toda costa una reacción en cadena.

Mientras le hacía una pregunta a Weidmann, sonó el timbre que avisaba del fin de la pausa:

—¿Y ahora cómo se puede resolver este problema?

—Bueno —me contestó—, alguien que esté mejor posicionado tiene que hacerse cargo de las garantías del IKB. Es probable que esto no sea posible sin la participación del KfW; es decir, indirectamente

también del gobierno federal. Aunque además queremos que se impliquen los bancos privados.

Para mí, sus palabras tenían sentido. Tanto el Estado como los bancos privados tenían un interés común en un sistema financiero estable.

—Por favor, manténgame informado y deséele a Steinbrück mucho éxito en las conversaciones de mañana —le pedí.

—Así lo haré —me respondió.

Pese a que durante el segundo acto de la ópera no pude quitarme de la cabeza su llamada, era consciente de que la solución del problema estaba en buenas manos. Sin embargo, en aquel momento no podía imaginar que lo que me acababa de explicar Weidmann no era más que la primera ficha del dominó que conduciría al mundo literalmente al borde del abismo.

El problema del IKB se resolvió antes de la apertura de las bolsas el lunes, el KfW y los bancos públicos y privados asumieron sus valores en riesgo. Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que aquel fin de semana en el que se produjo el rescate del IKB dio comienzo a la crisis financiera internacional.

En el tiempo que siguió, atendí una agenda que tenía programada desde hacía tiempo. Una vez finalizada la presidencia alemana del G8, visité Groenlandia junto con Sigmar Gabriel, el ministro de Medio Ambiente, viajé a China y Japón y, por primera vez, a África: en Addis Abeba, la capital de Etiopía, me reuní con mi homólogo, el primer ministro Meles Zenawi, y pronuncié un discurso en la sede de la Unión Africana. En Sudáfrica me recibió su antiguo presidente, Nelson Mandela, y en Liberia conocí a la única presidenta africana, Ellen Johnson Sirleaf. Volé a India y al rancho de George W. Bush, recibí en Berlín al dalái lama y al rey saudí Abdalá. También tuve que digerir una conmoción política interna cuando el 13 de noviembre de 2007, Franz Müntefering presentó su dimisión como vicescanciller

segundo y ministro de Trabajo y Asuntos Sociales para cuidar de su esposa enferma. Sentí un gran respeto y comprensión por su decisión, pero para el gobierno fue una gran pérdida. Se hizo cargo de la cartera de Trabajo Olaf

Scholz, entonces secretario general del grupo parlamentario del SPD, y Frank-Walter Steinmeier, el ministro de Asuntos Exteriores, se convirtió en vicescanciller segundo. En aquel entonces, el gobierno alcanzó el meridiano de su mandato y logramos presentar un balance decente, se consolidó el presupuesto y descendió la cifra de parados. Sin embargo, sobre nosotros se cernían oscuros nubarrones.

Tres meses después, en febrero de 2008, el IKB volvió a pasar por dificultades y de nuevo surgieron brechas de financiación, a lo que se le añadió que el IKB no era un caso aislado. A lo largo de las semanas anteriores, los tipos de interés de los préstamos que los bancos se conceden entre sí no habían dejado de subir, señal de que las entidades financieras ya no tenían confianza.

En una declaración gubernamental del 15 de febrero de 2008, Peer Steinbrück, ministro de Hacienda, subrayó que para el gobierno alemán era necesario, en primer lugar, no permitir que el IKB quebrara y, en segundo, que se debía ampliar la perspectiva: «Todas las entidades de crédito que han operado con valores *subprime* se ven afectadas por esta crisis. Lo malo es que nadie sabe exactamente cuál se ha visto afectada y en qué medida. [...] Hasta la fecha hemos podido controlar los efectos de las turbulencias del mercado financiero mundial sobre la economía alemana y, por lo tanto, sobre el actual presupuesto federal. ¡Hasta la fecha! Y hay razones para creer que seguirá siendo así».

Steinbrück había hecho una advertencia, pero aún no había tenido que dar la voz de alarma.

Para mí tampoco se había declarado el estado de emergencia, así que acepté la invitación del Parlamento israelí para convertirme en el primer jefe de gobierno extranjero en pronunciar un discurso en la Knesset; participé en la cumbre de la OTAN en Bucarest; recibí el Premio Internacional Carlomagno en Aquisgrán por los servicios prestados en beneficio de la unificación europea; viajé a Brasil, Perú, Colombia y México; asistí a la cumbre de París por el Mediterráneo (Unión por el Mediterráneo); visité Argelia; y el 24 de julio de 2008 me reuní por primera vez con un joven senador estadounidense: Barack Obama. Como candidato del Partido Demócrata a las elecciones presidenciales del 4 de noviembre de 2008, no solo había pedido reunirse conmigo, sino que también tenía previsto pronunciar un discurso frente a la Puerta de Brandeburgo en Berlín. En Estados Unidos, la campaña electoral ya se había iniciado, y tras dos mandatos en el cargo, George W. Bush no pudo volver a presentarse. El candidato presidencial republicano era el senador John McCain. Thomas de Maizière, jefe de la Cancillería, me dijo que el estado de Berlín, formalmente responsable de autorizar los actos en la capital, nos había preguntado si estábamos de acuerdo con el lugar elegido para el discurso. No se trataba de un lugar cualquiera y Obama aún no era presidente, sino un simple candidato, ni más ni menos.

—No —me negué—, no estoy de acuerdo. ¿Dónde pondremos el límite en el futuro?

¿Imparten los candidatos presidenciales de otros países discursos de campaña en Washington frente al Lincoln Memorial? Si se me permite opinar sobre esta cuestión, en Berlín con mucho gusto, pero no en este lugar único.

No lo dije porque fuera Barack Obama, muy al contrario, me parecía una persona interesante y, por todo lo que había oído y leído de él, lo consideraba un candidato presidencial excepcional.

Cautivaba con sus discursos a sus oyentes, sobre todo a los más jóvenes, y me parecía una gran idea que por primera vez Estados Unidos pudiera ser gobernado por un presidente afroamericano. Su elección podía abrir una ventana a una nueva convivencia en aquel país. Sin embargo, ahora la cuestión sobre la que debía decidir era diferente. En el futuro, ¿todo candidato medianamente respetable a la presidencia de otro país debía tener la oportunidad de pronunciar un discurso de campaña electoral en la Puerta de Brandeburgo? ¿Habría candidatos más

convenientes que otros? No, pensaba que eso no era lo correcto y no quería convertir la Puerta de Brandeburgo en un escenario para actos de campaña electoral, ni siquiera para un candidato presidencial de Estados Unidos. La opinión pública me criticó duramente por mi negativa, pero podía vivir con ello. Al final, Obama habló frente a la Columna de la Victoria, donde reunió a 200.000 personas.

Con estos antecedentes me hizo mucha más ilusión conocerlo en persona. Un hombre alto y delgado cruzó el umbral de entrada de mi despacho, se acercó con pasos dinámicos y una sonrisa franca en el rostro. Nos saludamos y tomamos asiento en el bien iluminado tresillo. Barack Obama habló con calma y destacó la importancia de las relaciones germano-estadounidenses.

Entre nosotros hablábamos en inglés, así que le pregunté cómo valoraba sus posibilidades en la batalla electoral, a lo que me contestó que sus posibilidades no eran desdeñables.

Al salir, me preguntó:

—¿Tiene hijos?

—No —respondí—, pero mi marido tiene dos hijos.

—Mi esposa Michelle y yo tenemos dos hijas, Sasha y Malia. Sin ellas no podría hacer lo que estoy haciendo —afirmó.

Le hablé de Joachim.

—Mi marido sigue trabajando como científico, aunque desde el primer día ha constituido un gran apoyo para mi carrera política.

Ya desde esa primera reunión estuve convencida de que si Barack Obama ganaba las elecciones presidenciales, nuestra colaboración sería provechosa.

TURBULENCIAS MUNDIALES

Unas semanas más tarde, a principios de septiembre de 2008, en el fragor de la campaña electoral estadounidense, la crisis bancaria de Estados Unidos alcanzó su punto álgido. El 7 de septiembre de 2007, la administración Bush había nacionalizado Fannie Mae y Freddie Mac, dos bancos hipotecarios que en conjunto habían concedido alrededor de 5,2 billones de dólares en préstamos en el mercado inmobiliario estadounidense, sobrepasando completamente sus capacidades, y que ahora se encontraban al borde del colapso. El estado intervino y los contribuyentes tuvieron que pagar los platos rotos. La respuesta al fracaso de los bancos privados parecía ser «Too big to fail», demasiado grande para quebrar. Esto significaba que un Estado no podía permitirse dejar que un banco tan grande quebrara, porque los riesgos que eso podía entrañar para la economía eran demasiado grandes. La decisión no estuvo exenta de críticas en la opinión pública. En aquella situación, que además fue a peor, no se podía ver el final del túnel.

El siguiente banco en verse en dificultades fue Lehman Brothers, el cuarto banco de inversión de Estados Unidos, que había repartido sus productos financieros por todo el mundo. Una vez más, el gobierno estadounidense se enfrentó a la cuestión de si debía rescatar un banco, y con este el capital de muchos clientes dentro y fuera del país. Sin embargo, resolvió dar un ejemplo con vistas al futuro y decidió no rescatarlo. ¿Un rescate habría cambiado el curso de la crisis financiera? Contestar en retrospectiva a esta pregunta es

muy difícil. Como el propio sector financiero tampoco estaba en condiciones de apoyar a Lehman Brothers, el banco anunció la noche del domingo 14 de septiembre que el día siguiente, lunes 15 de septiembre de 2008, se declararía insolvente y presentaría concurso de acreedores. Las consecuencias fueron catastróficas: se produjeron turbulencias en todos los mercados bursátiles del mundo.

En aquel entonces, Henry M. Paulson era el secretario del Tesoro de Estados Unidos. Lo

visité en su despacho de Nueva York durante mi viaje a Estados Unidos como líder de la oposición a finales de febrero de 2003, poco antes del inicio de la guerra de Irak. Me interesaba el mundo financiero estadounidense y me habían recomendado a Paulson como un interlocutor interesante. En esa época aún no se dedicaba a la política, sino que era presidente ejecutivo del banco de inversión Goldman, Sachs & Co. Cuando le vi en el telediario hablando de la crisis financiera recordé nuestro encuentro de 2003. Tenía frente a mí un hombre alto sentado en una silla de oficina, que no dejaba de balancearse de un lado a otro y hacía una pregunta tras otra, por lo que tuve que esforzarme por hacerle alguna. Le interesaba en especial saber por qué los países de la eurozona se habían impuesto un Pacto de Estabilidad y, por lo tanto, se comprometían a limitar el nuevo endeudamiento a una ratio del 3% de su PIB respectivo y la deuda pública total a una ratio del 60 % de su PIB anual. A mi respuesta de que era importante actuar de forma sostenible por responsabilidad hacia las generaciones futuras, en particular en un continente con una población envejecida, solo reaccionó con una amplia sonrisa. Tampoco le convenció el argumento de que una moneda común entre diferentes Estados soberanos necesitaba una firme protección. Me pareció una persona arrogante. Para mí, ahora era el rostro de la crisis financiera.

Tras la conmoción mundial provocada por la insolvencia de Lehman Brothers, el gobierno de Estados Unidos decidió solo un día después, el martes 16 de septiembre de 2008, evitar un caso similar. Debido a

sus graves problemas, nacionalizó casi por completo uno de los mayores grupos aseguradores, el American International Group Inc.

Al día siguiente, el miércoles 17 de septiembre de 2008, intervine en el Bundestag en el debate presupuestario. Nada más iniciar mi discurso, abordé la crisis del mercado financiero: «El gobierno alemán sigue muy de cerca su evolución. Mantenemos un estrecho diálogo con los dirigentes del sector financiero alemán, así como con otros gobiernos. Como resultado, este mismo lunes, el Bundesbank, la Autoridad Federal de Supervisión Financiera y el Ministerio de Hacienda han podido certificar que afortunadamente la exposición de las entidades de crédito alemanas al caso Lehman Brothers se encuentra en unos límites manejables». Para describir las consecuencias que podía tener para el resto de la economía alemana, añadí lo siguiente: «Sin embargo, una economía abierta como la alemana, que por cierto se beneficia más que otras de la globalización, no puede permanecer completamente al margen». Más adelante, las palabras «no puede permanecer completamente al margen» demostraron ser una clara infravaloración de la situación, aunque todavía era demasiado pronto para ello.

Otros dos días después, el 19 de septiembre de 2008, el gobierno estadounidense anunció un programa para el rescate del sector financiero, y el 20 de septiembre se dio a conocer su alcance: 700.000 millones de dólares americanos.

Poco más de una semana después, el domingo 28 de septiembre de 2008, la CSU perdió la mayoría absoluta en las elecciones del estado federal de Baviera. En circunstancias normales, se habría producido un amplio debate sobre la contribución del gobierno de Berlín a los malos resultados de la CSU, aunque no eran tiempos normales. El fin de semana anterior, el Hypo Real Estate Holding GmbH (HRE), del índice bursátil alemán (DAX), se sumó a los bancos alemanes en dificultades y tuvo que ser rescatado: sus necesidades financieras ascendían a 35.000 millones de euros. A lo largo de todo el domingo, la Autoridad Federal de Supervisión Financiera y el

Ministerio de Hacienda mantuvieron conversaciones con el HRE y los bancos privados relativas al reparto de los costes del rescate. A última hora de la tarde, Steinbrück me llamó y me pidió que llamara a Josef Ackermann, director ejecutivo del Deutsche Bank, ya que no estaba satisfecho con la contribución de los bancos privados al rescate del HRE y no era capaz de

avanzar en la cuestión. Si bien Ackermann no era el presidente de la Asociación de Bancos Alemanes, debido al peso del que disfrutaba el Deutsche Bank parecía ser quien podía coordinar las decisiones que había que tomar. Así que hablamos por teléfono. Tras algunas idas y venidas, incluidas las consultas con Steinbrück, acordé con Ackermann que los bancos privados participarían en el rescate con una garantía total de 8.500 millones de euros, mientras que el gobierno asumiría los 26.500 millones de euros restantes de la suma total de 35.000 millones de euros necesaria para rescatar al HRE. Esas conversaciones me enfurecieron. El ministro de Hacienda y yo teníamos que ir de un lado a otro suplicando con el fin de arreglar el desaguisado que habían dejado los bancos a nuestros pies. No solo aquella noche, sino también durante las semanas y meses siguientes, tuve que convencerme a mí misma de ello: como gobierno no actuábamos para que a los banqueros les fuera bien, sino porque rescatar a los bancos servía para el funcionamiento de una economía y porque, como resultado de ello, ayudábamos a asegurar los activos de los ahorradores y los puestos de trabajo de millones de personas.

No obstante, se equivocaba quien pensara que los mercados financieros ya se daban por satisfechos. En los mercados financieros las turbulencias no cesaron a pesar de que los bancos centrales de los países del G8 acordaron poner dinero a disposición de los demás y bajar los tipos de interés oficiales, aunque el gobierno de Estados Unidos anunció un paquete de rescate y aunque los principales países industrializados rescataron a los bancos que habían entrado en dificultades. Estaba claro que querían imponer una especie de garantía general según la cual todos los Estados serían responsables

de los riesgos de todas sus instituciones financieras. Tal como se podía apreciar por las turbulencias en los mercados bursátiles, antes los bancos ya no se prestarían dinero entre sí, lo que equivaldría al colapso de las economías de todo el mundo. No les interesaba saber si las expectativas de las instituciones sobre los propios gobiernos o sus bancos centrales les causarían nuevas dificultades a corto o largo plazo. Los directivos de la banca incluso le dieron la vuelta a la tortilla, y con su comportamiento nos acusaron a nosotros, los políticos, de ser responsables del cariz que habían tomado las cosas debido a la laxa reglamentación de los productos del mercado financiero. Por desgracia, no estaban del todo equivocados. En 2007, aún durante la presidencia alemana del G8, intentamos en vano acordar normas para una mayor transparencia en los mercados financieros, iniciativa que fracasó debido a la resistencia de Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero en aquella situación, en la que realmente solo los Estados y sus gobiernos tenían la capacidad de salvar al mundo del colapso de sus economías, quejarse de ello no servía de nada. Y en el caso de los mercados financieros, la esperanza de que sus actores demostraran un comportamiento éticamente adecuado resultó ser una mera ilusión. Cuando en 1990 publiqué mi primer artículo sobre la economía social de mercado, no podía ni imaginar semejante fracaso del mercado. En mi fuero interno, era contraria a utilizar el dinero de los contribuyentes para pagar los errores de la banca; sin embargo, no sirvió de nada. Había que hacer todo lo posible para restablecer la confianza en los mercados financieros.

UNA GARANTÍA PARA LOS AHORRADORES

Ya el domingo siguiente, el 5 de octubre de 2008, se dio la ocasión de restablecer esa confianza.

Estaba prevista a las tres de la tarde una reunión de la coalición con los líderes de los partidos y de sus respectivos grupos parlamentarios. Para prepararme para nuestro análisis de la situación matinal, dos horas antes me reuní con Thomas de Maizière

y Ulrich Wilhelm. Sobre la una y media me llamó Jens Weidmann y me comunicó que estaba reunido en el Ministerio de

Hacienda con Peer Steinbrück, ministro de Hacienda, con Jörg Asmussen, mientras tanto secretario de Estado en el mismo ministerio, y con Axel Weber, presidente del Bundesbank.

—¿Puedo pasar a verla con Steinbrück antes de que empiece la reunión de la coalición? —me preguntó.

—Por supuesto —le contesté—, nos vemos.

Weidmann no necesitó decirme nada más, por el tono de su voz supe que su petición no se podía demorar.

Llegó media hora después acompañado de Steinbrück, que me dijo que Weber, el presidente del Bundesbank, estaba muy preocupado porque durante el fin de semana un número de usuarios muy superior al habitual había retirado dinero en efectivo de los cajeros automáticos.

—Weber aconseja que el gobierno demuestre a los ahorradores alemanes que garantiza la seguridad de sus ahorros. Creo que debemos enviar una señal de este tipo antes de que sea demasiado tarde. Y eso quiere decir hoy mismo, por eso estoy aquí.

Me quedé consternada y le pregunté:

—¿Y con un comunicado como este no provocaremos en la población justamente la reacción contraria? La gente que no teme una situación como esta, ¿no empezará a temerla?

—No podemos descartarlo al cien por cien —respondió Steinbrück—. No obstante, creo que Weber tiene razón —prosiguió, y me recordó que el mes de septiembre del año anterior el banco británico Northern Rock tuvo que ampliar su horario de apertura para que los asustados clientes pudieran retirar sus ahorros. La situación no se

calmó hasta que Alistair Darling, ministro de Economía británico, emitió una garantía para proteger los depósitos de los clientes. Y añadió:

—Precisamente por ello nosotros debemos dar explicaciones.

Me sentí un tanto indispuesta.

—¿A quién se refiere con nosotros? ¿Quiere dar explicaciones como ministro de Hacienda?

—le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No creo que sea suficiente. Todo el mundo se preguntará qué tiene que decir al respecto la canciller. Y en todo caso le preguntarán sobre el tema. Antes de que repita mis palabras, la noticia ya se habrá comentado lo suficientemente, y ello sin que la población haya llegado a conocer su contenido íntegro. Así no conseguiremos tranquilizar a la gente.

Sus palabras me dieron una idea.

—Entonces haremos la declaración juntos y procuraremos que entre nuestras intervenciones no quede ningún cabo suelto —le respondí.

Ulrich Wilhelm convocó a las dos y media de la tarde en el *sky lobby* de la Cancillería a diferentes medios de prensa. Mientras tanto, Steinbrück y yo trabajamos en nuestras declaraciones y las armonizamos. Era necesario no generar pánico ni expresarnos de forma tan enrevesada que nuestro mensaje resultara incomprensible. Una vez que lo tuvimos todo preparado, Steinbrück y yo asentimos con la cabeza y nos acercamos a la ventana del vestíbulo del séptimo piso que da al Reichstag. Habíamos interiorizado lo que teníamos previsto decir, así que hablamos con libertad. Fui la primera en intervenir. Empecé mencionando la

reunión celebrada el día anterior en París, en la que habían participado los jefes de gobierno de Italia, Reino Unido, Francia y Alemania, en la que el foco se puso en la aplicación de unas normas más estrictas para los mercados financieros. Asimismo informé de que estábamos trabajando a toda máquina en la supervivencia del HRE, y me comprometí a exigir responsabilidades a quienes en el pasado hubieran realizado transacciones irresponsables. Entonces pronuncié la frase decisiva:

«Les decimos a los ahorradores que sus depósitos están seguros y que el gobierno alemán se

compromete a ello». Steinbrück intervino después y amplió la información con más detalle: «Me gustaría subrayar que como parte de la responsabilidad compartida que sentimos en el gobierno, queremos garantizar que los ahorradores en Alemania no teman perder ni un solo euro de sus depósitos». Juntos habíamos formulado claramente el mensaje y no dejamos ninguna pregunta abierta.

Steinbrück y yo nos despedimos. Mientras yo presidía la reunión del comité de nuestra coalición, en la que aprobamos resoluciones de política interior, Steinbrück regresó al Ministerio de Hacienda para seguir trabajando en la supervivencia del HRE, objetivo que se alcanzó antes de que el lunes por la mañana abriera la Bolsa de Tokio. El lunes a las seis y media de la tarde informamos a todos los presidentes de partido y de los grupos parlamentarios del Bundestag sobre la situación del HRE y sobre la garantía para los ahorradores. Durante los días siguientes, Ulrich Wilhelm, portavoz del gobierno, y Torsten Albig, portavoz de prensa de Steinbrück, fueron bombardeados a preguntas sobre los detalles de esa garantía. Les preguntaran lo que les preguntaran, ellos siempre dejaron claro que la promesa seguía en pie y que lo seguiría en el futuro. Sus palabras tuvieron efecto, y los usuarios no retiraron masivamente sus depósitos de los bancos. Eso quería decir que los ciudadanos habían

confiado en nuestra palabra. Lo consideré un gran tesoro que debía cuidar y proteger con dedicación.

EL FONDO DE RESCATE

A la semana siguiente, Steinbrück voló a Washington para asistir a las reuniones de otoño del FMI y del Banco Mundial. Hablamos varias veces por teléfono, porque las anteriores regulaciones que se habían aplicado caso por caso, como en el rescate del HRE, obviamente no sirvieron para calmar los mercados. Los actores de los mercados financieros querían forzar fondos de rescate para garantizar en todas partes el rescate de los bancos en dificultades. Muy pocas veces he sentido con tal intensidad como entonces que no podía tomar una decisión verdaderamente libre, sino que solo podía elegir entre dos males y que debía evitar el mayor de ellos: la quiebra de los bancos, con unas consecuencias imprevisibles para las economías nacionales y, por ende, para los ciudadanos. En tan solo unos días conseguimos poner en marcha una Ley de Estabilización del Mercado Financiero, que debía ser aprobada por el Bundestag y el Bundesrat con la mayor rapidez posible. La norma preveía la creación de un Fondo Especial para la Estabilización de los Mercados Financieros (SoFFin) fuera del presupuesto federal, con un capital de 100.000 millones de euros de capital y garantías de hasta 400.000 millones de euros, unas sumas increíblemente altas.

El sábado 11 de octubre de 2008, Nicolas Sarkozy me invitó a Colombey-les-Deux-Églises para inaugurar un nuevo monumento en memoria de Charles de Gaulle, que había sido presidente de Francia. Cincuenta años atrás, De Gaulle, entonces primer ministro, se reunió por primera vez con Konrad Adenauer en su residencia de campo de esa localidad y le estrechó la mano en señal de amistad. Sarkozy, que en aquel momento también presidía el Consejo de la Unión Europea, y yo teníamos ideas muy distintas de la crisis financiera, por eso el viaje tenía para mí una importancia simbólica. Sarkozy era partidario de un fondo de rescate conjunto para los países miembros de la Unión Europea; me opuse y me pronuncié a favor de un

procedimiento pactado, pero con independencia para cada país de la eurozona de aplicar sus propias medidas. Me parecía que las circunstancias de cada país eran demasiado diferentes, y dada la premura a la que estábamos sometidos, la necesidad de coordinación era demasiado exigente. Sarkozy también

quería coordinar más estrechamente la política económica en la eurozona, planteamiento que compartía, aunque rechazaba el concepto «gobierno económico» que utilizaba para designarlo.

Temía que Sarkozy quisiera ejercer una tutela estatal demasiado acentuada sobre las empresas industriales y persuadirnos para que procediéramos de la misma forma. Desde una perspectiva actual, en realidad no era importante rechazar el concepto «gobierno económico», podría haberlo aceptado sin más. En todo caso, lo importante fue que durante el almuerzo conseguimos armonizar nuestras posturas al respecto, porque como presidente del Consejo, para preparar la siguiente reunión del Consejo durante los días 15 y 16 de octubre de 2008, Sarkozy ya había invitado al día siguiente a París a los jefes de gobierno y ministros de Hacienda de la eurozona, así como a Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo.

En el fragor de la batalla me había olvidado de informar a Norbert Lammert, presidente del Bundestag, de que incluso acortando los plazos, el gobierno tenía la intención de que la Ley de Estabilización del Mercado Financiero fuera aprobada lo antes posible en el Bundestag y en el Bundesrat. Me di cuenta de repente el sábado por la tarde, tras volar de regreso a Berlín desde Francia y luego cubrir el trayecto hasta Hohenwalde. Apenas llegué a casa, Norbert Lammert me llamó. Se había enterado por la prensa de nuestras intenciones, y con suficiencia me preguntó cuándo pensaba que se podía proceder a la votación de la ley. En primer lugar, me referí a Volker Kauder (CDU), Peter Struck (SPD) y Peter Ramsauer (CSU), los respectivos presidentes de los partidos de la coalición, que en breve se lo explicarían todo. Sin embargo, no tardé en darme cuenta

de que como canciller debería haber asumido que era necesario comentar con el presidente del Parlamento la hazaña que teníamos planeada. Le conté nuestro plan: queríamos aprobar la ley en el Consejo de Ministros del lunes, que la ratificaran los grupos parlamentarios de la coalición el martes, que se realizara la primera lectura en el Parlamento el miércoles y, tras las reuniones de las comisiones, la segunda y tercera lectura el viernes para su aprobación final.

Para una ley con semejante volumen financiero se trataba realmente de un plan muy exigente.

Cuando Lammert me prometió que presionaría a los partidos de la oposición para que aprobaran un calendario tan ambicioso, me sentí muy aliviada. De hecho, consiguió que todos los grupos parlamentarios se pusiesen de acuerdo.

El miércoles, antes de las deliberaciones de las comisiones, hice una declaración gubernamental: «Se ha demostrado algo que rara vez se da: el Estado ha sido y es la única instancia que puede reestablecer la confianza en los bancos, y ello para proteger a los ciudadanos y no para proteger los intereses de la banca. Cumplimos así con nuestra obligación de evitarle daños al pueblo alemán y acrecentar su bienestar». Hablé a continuación del fondo de rescate y de la necesidad de reorganizar el marco regulador internacional de los mercados financieros.

Sugerí que junto con el ministro de Finanzas se creara un grupo de expertos para preparar las próximas conferencias internacionales. Mi idea era que debía encabezarla Hans Tietmeyer, expresidente del Bundesbank, nombramiento que decidí sin acordarlo antes con Steinbrück y que durante mi discurso provocó indignación. Poco después me informaron de que Tietmeyer formaba parte del consejo de administración del HRE y para algunos socialdemócratas era persona *non grata* desde que en 1982 desempeñó como secretario de Estado en el Ministerio de Hacienda un papel clave en la ruptura

de la coalición social-liberal. No estaba al tanto de ello, así que ese mismo día retiré mi propuesta y el mismo Hans Tietmeyer declinó asumir el cargo. Me sirvió de lección para no volver a presentar por mi cuenta propuestas no consensuadas y ni contrastadas, por mucho que un cargo como el de expresidente del Bundesbank estuviera a primera vista fuera de toda duda. Al final, asumí la presidencia del grupo de expertos Otmar

Issing, exjefe de Economía del Banco Central Europeo.

A pesar del apretado calendario y de las enormes cantidades de dinero que suponía el fondo de rescate, el viernes 17 de octubre dio comienzo en el Bundestag la votación de la ley. A las 10:08 horas, Lammert, el presidente del Bundestag, comunicó el resultado de la votación nominal: «Votos emitidos, 576. Votos a favor, 476; votos en contra, 99; una abstención». El Bundesrat votó a favor inmediatamente después. El día anterior, Steinbrück y yo habíamos negociado con los ministros presidentes de los estados federales el reparto de costes entre el gobierno federal y los diferentes estados federales. Acordamos que estos últimos correrían con el 35 % de los costes, con una aportación máxima de 7.700 millones. El viernes por la tarde, el presidente Köhler firmó la ley. Los órganos constitucionales —es decir, el gobierno federal, el Bundestag, el Bundesrat y el presidente— habían demostrado que en caso de necesidad eran capaces de actuar conjuntamente con rapidez. Estaba orgullosa de mi país.

Se esperaba que hasta finales de 2017, los costes del rescate bancario supondrían para el contribuyente unos 59.000 millones de euros.

PUESTOS DE TRABAJO

Apenas los mercados financieros dieron síntomas de estabilizarse un poco, cada día que pasaba se hacían más evidentes en todo el mundo los efectos devastadores de la crisis bancaria en la economía

real y los puestos de trabajo. Desde mediados de octubre de 2008 llegaban desde todas partes, tanto desde los partidos políticos como desde las asociaciones y los medios de comunicación, llamamientos para que se aplicaran programas de estímulo de la economía.

Básicamente proponían que si el Estado había apoyado al sector financiero con tanto dinero, ahora debía hacer lo mismo con los demás sectores de la economía y los puestos de trabajo asociados; en todo caso, se pasaba por alto que el dinero destinado a los bancos también era dinero destinado al funcionamiento de los mercados de crédito, que beneficiaban a las pequeñas, medianas y grandes empresas, y además ni siquiera se mencionaban los riesgos inherentes al elevado endeudamiento del Estado. Me resistía a gastar mucho dinero solo para demostrar mi capacidad de gestión, porque sobre todo no quería obligar al Estado a sostener permanentemente la economía mediante subvenciones. Si estaba obligada a hacer algo, entonces las medidas para aplicar tenían que ser rápidas y limitadas en el tiempo. La presión pública para intervenir fue aumentando, así que tuve que pensar una solución.

Una mañana di con un planteamiento, y como su reacción espontánea siempre resultó importante para mí, lo comenté con Beate Baumann. Le dije:

—El verdadero tesoro de nuestra economía son nuestros trabajadores cualificados y bien formados. Si ahora todos se van al paro, después de la crisis se dispersarán por todo el mundo.

Por eso tenemos que vincularlos a sus empresas. En este caso, siempre que amplíemos el período durante el que se puede optar a él, ya que aún no sabemos cuánto durará la recesión económica, el subsidio de desempleo parcial podría ser el instrumento adecuado. ¿Qué le parece este razonamiento?

—Creo que sería importante. Demostraría sobre todo que podemos actuar rápida y decididamente no solo en favor de la banca, sino

también a la hora de salvar puestos de trabajo.

—Muy bien, también esa es mi sensación —respondí.

Animada, decidí hablar lo antes posible con Olaf Scholz, el ministro de Trabajo. Al finalizar el siguiente Consejo de Ministros le expuse el proyecto en mi despacho. Convencerle no me supuso ningún esfuerzo, sonrió y se alegró de que alguien de la CDU no le propusiera, como

solía sucederle, recortes fiscales, sino una medida de política laboral que afectaba directamente a los ciudadanos y podía disipar sus temores. Al cabo de unos minutos, acordamos incluir la ampliación del subsidio de desempleo parcial como medida clave de nuestro paquete de estímulo económico, lo que significaba que el Estado reembolsaba parte del salario de los empleados cuyas horas de trabajo y, por lo tanto, sueldo se habían reducido debido a la mala situación económica. El 5 de noviembre de 2008, la dirección de la coalición fue consecuente y decidió que a partir del 1 de enero de 2009, el subsidio de desempleo parcial se ampliaría de doce a dieciocho meses.

Un día antes, Barack Obama había ganado las elecciones presidenciales de Estados Unidos y ya había anunciado que al inicio de su mandato, el 20 de enero de 2009, pondría en marcha un importante programa de crecimiento. Estaba claro que solo por esta razón, la medida que habíamos aprobado no podía ser la última. En cuanto Obama consiguiera aprobar su megaprograma, independientemente de lo que estuviéramos haciendo, en nuestro país se volverían a exigir nuevas medidas. Para mí resultaba importante no malgastar toda la munición, también porque las previsiones económicas de enero podían ser mucho peores de lo que eran en aquel momento. Por eso decidí vivir un tiempo con el reproche de que nuestras medidas aún no hacían plena justicia a la magnitud del trabajo que teníamos por delante. Nicolas Sarkozy me lo echó en cara de una manera especial, el 24 de noviembre de

2008, en un encuentro con la prensa tras un almuerzo conmigo y su esposa Carla Bruni en su domicilio particular, cuando afirmó:

«Mientras Francia trabaja en ello, Alemania se lo piensa». En aquel ambiente privado intentó persuadirme de que a la hora de invertir en esa coyuntura fuera más valiente, obviamente como él lo veía. Sin embargo, no se trataba de valentía, sino del momento oportuno, y yo estaba convencida de que aún no había llegado, por lo que fingí que no había recibido su indirecta.

A pesar de todo, una semana después, cometí un error durante el congreso de la CDU los días 1 y 2 de diciembre de 2008. Sabía que en mis propias filas la mayoría se mostraba escéptica o incluso contraria a los programas de estímulo económico, y en mi discurso traté de abordar la cuestión de forma retórica utilizando la imagen del «ama de casa suaba»: «De repente, incluso quienes antes habían recomendado inversiones que ni ellos mismos entendían, todo el mundo se pone a explicar la razón de que los mercados financieros se encuentren al borde del colapso. Sin embargo, en realidad resulta bastante más sencillo. Aquí, en Stuttgart, en Baden-Württemberg, basta con preguntarle a un ama de casa suaba. Nos podría dar una lección tan breve como cierta: no puedes vivir a largo plazo por encima de tus posibilidades. Aquí radica el meollo de la crisis».

Considerándolas desde la distancia, estas frases fueron tan provincianas como gratuitas, mientras cientos de miles de personas estaban preocupadas por perder su empleo, a mí no se me ocurría nada mejor que impresionar a los míos con esta sentencia en un congreso del partido. Y debo añadir que sacar partido de una situación difícil, por así decirlo, hacer de tripas corazón, prácticamente nunca funciona, o al menos esa ha sido mi experiencia en mi carrera política.

Siempre me aconsejaron muy bien que, sobre todo en los litigios, justificara mis decisiones basándome únicamente en los hechos, o

que abandonara por completo una cuestión si no era capaz de resultar convincente.

Era evidente que se acercaba el año electoral de 2009. En septiembre de 2008, la dirección del SPD propuso a Frank-Walter Steinmeier como candidato a canciller. El 3 de enero de 2009 me escribió una carta en la que proponía nuevas medidas de estímulo económico. Por supuesto, esta misiva sirvió para demostrar cuál de los socios de la coalición tomaba la iniciativa, por lo que al día siguiente se hizo pública. Estaba claro que se acercaba el momento de adoptar nuevas decisiones. En mi discurso de Año Nuevo ya había aportado pistas de por dónde irían los tiros al

afirmar que no decidiría en función de quién gritara más alto, sino que tomaríamos las medidas que aseguraran y crearan nuevos puestos de trabajo.

Aunque primero tuve que librar la batalla en mi propio partido, así que aproveché la reunión del Comité Ejecutivo Federal de la CDU celebrada los días 9 y 10 de enero de 2009 en Erfurt. Al igual que la Asociación Alemana de la Industria del Automóvil, el SPD había propuesto subvenciones para un plan Renove de los vehículos más antiguos. Con ello se pretendía impulsar la producción de coches nuevos más respetuosos con el medio ambiente y, por consiguiente, asegurar puestos de trabajo en la industria automovilística, lo que me pareció una idea sensata.

Sin embargo, la mayoría del grupo parlamentario CDU/CSU estaba en contra. Planteé la cuestión el segundo día del encuentro, en el desayuno con los miembros del Comité Ejecutivo de la CDU.

Les comuniqué que apoyaba la iniciativa y confié en que los ministros presidentes donde tenían su sede las empresas automovilísticas o sus proveedores compartieran mi opinión, pues debían tener mucho interés en que estas empresas siguieran activas allí mismo. Mi cálculo funcionó, y Christian Wulff de la Baja Sajonia,

Jürgen Rüttgers de Renania del Norte-Westfalia, Roland Koch de Hesse, Peter Müller del Sarre, Günther Oettinger de Baden-Wurtemberg, Dieter Althaus de Turingia y Stanislaw Tillich de Sajonia apoyaron la iniciativa. Les pedí que promovieran el plan Renove entre los diputados del Bundestag que pertenecían a su estado federal y así lo hicieron. Como resultado, el Comité Ejecutivo de la coalición pudo aprobar pocos días después, el 12 de enero de 2009, un segundo gran paquete de medidas de estímulo económico. Además de un programa de préstamos a empresas por valor de cien mil millones de euros, una reducción de las cotizaciones al seguro de enfermedad y al seguro de desempleo y un aumento de la asignación básica no sometida al impuesto sobre la renta, se sumaban dos medidas extraordinarias: en primer lugar, mejoramos las condiciones de la jornada reducida, ya que a los empresarios se les reembolsaba el 50 % de las cotizaciones a la Seguridad Social, e incluso el cien por cien si combinaban el trabajo a jornada reducida con medidas de formación. En segundo lugar, los propietarios de un coche matriculado en el 2000 o antes podían optar a una subvención de 2.500 euros para la compra de un coche nuevo o con solo un año de fabricación. Ambas medidas fueron todo un éxito y contribuyeron a superar la crisis. Mientras en abril y mayo de 2009 la cifra de los empleados a jornada reducida era de más de 1,5 millones, a finales de año se redujo a algo menos de 900.000. Y debido al gran número de solicitudes, un mes después de su entrada en vigor, el 7 de marzo de 2009, tuvimos que aumentar la partida de la subvención del plan Renove, conocida oficialmente como bonificación medioambiental, de 1.500 a 5.000

millones de euros. Cinco meses después, el 2 de septiembre de 2009, esta partida ya se había asignado, lo que significaba que en seis meses habíamos subvencionado la renovación del parque automovilístico con prácticamente dos millones de vehículos. Además de la entrada en vigor del primer paquete de estímulo económico, apoyamos la economía alemana con recursos financieros que ascendieron a alrededor del 3 % del PIB. La intervención del Estado fue muy necesaria, ya que en 2009 nuestra economía se

había desplomado un 5,7 %, algo insólito en la historia de la RFA. Mi gobierno estaba convencido de haber hecho todo lo posible para que Alemania saliera de la crisis más fuerte y preparada para el futuro que cuando entró en ella. Esa era mi meta y la alcanzamos.

A lo largo de la crisis estuvimos en contacto constante con las asociaciones empresariales y los sindicatos. En innumerables reuniones en la Cancillería, que a veces se alargaban hasta la noche, discutimos abiertamente los problemas a los que nos enfrentábamos y juntos buscamos soluciones. Yo lo consideraba la aplicación práctica de una economía social de mercado.

Cuando en una de aquellas rondas de conversaciones el personal de servicio de la cocina de la

Cancillería sirvió la comida, anuncié:

—Para comer he pedido asado de cerdo ahumado con col.

Uno de los participantes de la parte sindical dijo:

—Pues es la tercera vez seguida.

Nos echamos a reír. Es probable que haya pensado que había elegido ese plato para dar la impresión frente a los sindicalistas de que era una persona sencilla, pero la razón era más trivial.

La cocina de la Cancillería me hacía sugerencias, y el asado de cerdo ahumado con col me gustaba tanto que inconscientemente siempre acababa imponiendo ese plato a los demás.

G20

Aparte de la dura gestión de la crisis que afectó a la banca y al empleo, también era necesario evitar que se repitiera una sacudida semejante en la economía mundial. El 8 de octubre de 2008

mantuve una conversación telefónica con George W. Bush, nuestro primer contacto desde la quiebra de Lehman Brothers. Pese a que el 29 de septiembre de 2008 la Cámara de Representantes votó en contra, al final el Congreso estadounidense aprobó el fondo de rescate el 3 de octubre de 2008. En nuestra charla hablamos de coordinar las acciones de todos los países industrializados. Le sugerí que además de gestionar su propia crisis, el gobierno de Estados Unidos debía enviar una doble señal al mundo: por un lado, que los países del mundo solo podían superar la crisis mediante una acción conjunta y coordinada y, por otro, que debíamos tomar precauciones en todo el mundo para que una situación así no volviera a repetirse. Estados Unidos constituía el epicentro de la crisis y había conseguido convulsionar al mundo, por lo que le correspondía marcar el camino.

George W. Bush dudó. Las elecciones presidenciales iban a celebrarse en apenas un mes y su sucesor tomaría posesión del cargo el 20 de enero; es decir, él estaría en la presidencia solo algo más de tres meses. Sin embargo, cada día que pasaba contaba, y antes de que el nuevo gobierno reanudara su trabajo, parecía que tenía que transcurrir una eternidad, así que insistí. Habíamos tenido que hacer frente a años de excesos en los mercados financieros, y no podíamos permitir que se pusiera en duda la libertad del orden económico en su conjunto. Los gobiernos, y no solo de los países del G8, sino también de las economías emergentes, debían asimilar cuanto antes las enseñanzas políticas de ese fracaso, y debíamos hacerlo juntos. Era necesario un encuentro de los jefes de Estado y de gobierno de todos esos países. Bush prometió reflexionar sobre lo que le había dicho. Recuerdo que en nuestra siguiente conversación telefónica, el 14 de octubre de 2008, se mostró más receptivo. También otros mandatarios europeos, en particular Nicolas Sarkozy, se manifestaron en el mismo sentido. Poco antes de que el sábado 18 de octubre Sarkozy y el presidente de la Comisión Europea se reunieran con el presidente estadounidense en Camp David, George W. Bush anunció finalmente que Estados Unidos acogería una cumbre financiera mundial de países industrializados y algunas economías emergentes.

La cumbre se celebró en Washington los días 14 y 15 de noviembre de 2008. El gobierno anfitrión invitó a un grupo de países cuyos ministros de Hacienda ya habían mantenido un encuentro: el Grupo de los Veinte, el G20, foro internacional fundado en 1999 como reacción a la crisis financiera asiática de los años noventa.

Excepcionalmente, esta era la primera vez que se reunían los jefes de Estado y de gobierno y sus ministros de Hacienda del G20.

Durante la cumbre aprobamos un plan de acción de casi cincuenta puntos sobre los mercados financieros y la economía mundial. El debate sobre los paraísos fiscales fue en especial polémico, lo que hizo que la decisión principal adoptada en la cumbre cobrara aún más importancia: todos los

mercados financieros, todos los productos de los mercados financieros y todos los participantes en los mercados financieros debían estar sujetos a una regulación o a una supervisión adecuada.

Fue el punto de partida para una reforma del sistema financiero mundial.

La siguiente cumbre se celebró en Londres los días 1 y 2 de abril de 2009 por invitación de Gordon Brown, el primer ministro británico y, en otoño de 2009, Barack Obama, el sucesor de Bush, organizó en Estados Unidos una tercera cumbre, que tuvo lugar los días 24 y 25 de septiembre de 2009 en Pittsburgh. Los europeos conseguimos allí que en el futuro las primas a los banqueros solo pudieran pagarse en función de los resultados; nuestra intención era evitar que tras una gestión desastrosa, los banqueros se fueran de rositas mientras los compradores de sus productos se veían abocados a luchar por una indemnización o millones de personas se arriesgaban a perder su empleo. Acordamos mantener activos los programas nacionales de recuperación hasta que nuestras economías volvieran a crecer, ya que durante la primavera el mundo había experimentado la peor recesión económica desde los años treinta.

El G20 se convirtió en el foro decisivo para la cooperación económica internacional. A partir de entonces, el grupo se reunió una vez al año. La influencia de las economías emergentes se vio reforzada por las resoluciones a favor de una reforma del FMI y una mayor presencia de voto en el Banco Mundial. El G20 resolvió luchar contra el proteccionismo y hacer campaña para que durante la Conferencia del Clima de Copenhague de diciembre de 2009 se alcanzara un acuerdo.

Había nacido un nuevo formato.

Cuando el viernes 25 de septiembre de 2009, una vez finalizada la cumbre de Pittsburgh, Peer Steinbrück y yo descendíamos juntos las escaleras mecánicas del David L. Lawrence Convention Centre camino de nuestros vehículos para que nos llevaran al aeropuerto, me comentó:

—Creo que esta es nuestra última conferencia juntos. Ha sido un placer.

—Sí —le contesté—, yo también la he disfrutado, en el último año hemos vivido juntos más cosas de las que jamás hubiéramos podido imaginar.

Recordé nuestra comparecencia conjunta cuando anunciamos que garantizábamos los fondos de los ahorradores. No comenté nada sobre si podía ser nuestra última conferencia juntos. Las elecciones generales se iban a celebrar el domingo siguiente. Según los sondeos, la CDU y la CSU estaban muy por delante del SPD, el partido de Steinbrück. Por su parte, el FDP superaba el 10 % en la estimación de voto. Daba la impresión de que sería suficiente una coalición entre la CDU/CSU y el FDP. Cinco años después, el 17 de julio de 2014, con motivo de mi sexagésimo cumpleaños, Peer Steinbrück me regaló la placa con mi nombre que se había llevado de la mesa de conferencias de Pittsburgh. Su gesto realmente me conmovió y todavía conservo el regalo.

LA CRISIS DEL EURO

LA COALICIÓN DESEADA

El 27 de septiembre de 2009 ocurrió lo que Peer Steinbrück se temía. En las elecciones generales, el SPD obtuvo solo el 23 % de los votos emitidos; mientras que el FDP, con un 14,6

%, obtuvo un éxito sensacional. La CDU/CSU obtuvo el 33,8 % de los votos, un 1,4 % menos que en las elecciones anteriores. Habíamos conseguido menos puntos porcentuales que en 2005, y aunque ahora la CDU/CSU no solo podía formar coalición con el SPD, sino también con el FDP, el ambiente en mi equipo no era el mejor. En Berlín, aparte de a mí, a nadie interesó que en mi circunscripción electoral hubiera vencido con el 49,3 % de los primeros votos, un 8 % más que en 2005. En la CDU/CSU, muchos opinaban que los buenos resultados electorales del FDP

reflejaban el deseo de los ciudadanos de unas reformas sociales más radicales y de que el gobierno se centrara más en la política económica. Sin embargo, no entraba en sus pensamientos que algunos votantes del FDP hubieran votado para poner fin a la gran coalición, pero manteniéndome a mí como canciller. En lugar de los 61 diputados anteriores, ahora el FDP

contaba con 93 diputados en el Bundestag con la voluntad de poner en marcha su programa electoral: «Alemania necesita cambiar políticas: el FDP quiere ese cambio». Habían pasado once años desde que el partido estuvo en el gobierno, por lo que pasó la crisis financiera mundial en la bancada de la oposición, desde la cual criticó, en ocasiones duramente, la labor de mi gobierno.

No obstante, con la intención de concluir con rapidez las negociaciones para la formación de una coalición, Guido Westerwelle, presidente del FDP, Horst Seehofer, líder de la CSU, y yo mantuvimos con buen ánimo nuestras primeras conversaciones sobre la formación de un nuevo gobierno. El gobierno debía tomar

posesión el 28 de octubre de 2009, un día después de que se constituyera el decimoséptimo Parlamento de la RFA. Queríamos demostrar que Alemania también podía actuar con rapidez, ya que los días 29 y 30 de octubre de 2009 debía celebrarse en Bruselas la reunión de otoño del Consejo Europeo, a la que Westerwelle y yo queríamos viajar juntos. Siguiendo la tradición de Hans-Dietrich Genscher, su intención era convertirse como ministro de Asuntos Exteriores en el nuevo vicecanciller. Además, el 9 de noviembre se conmemoraba el vigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín, y en la capital alemana se programaron actos conmemorativos en la iglesia de Getsemaní, en el Bösebrücke, en el antiguo paso fronterizo de Bornholmer Strasse y en la Puerta de Brandeburgo. Con motivo de ese aniversario, recibí una invitación muy especial que me hizo mucha ilusión y al mismo tiempo me inspiró un gran respeto: el 3 de noviembre de 2009 debía dirigirme a las dos Cámaras del Congreso de Estados Unidos en Washington, un honor que nunca antes se había concedido a un canciller alemán. Ni siquiera Konrad Adenauer pudo dirigirse en 1957 a las dos Cámaras al mismo tiempo, sino que lo hizo una tras otra. Pero antes había que negociar un acuerdo de coalición.

En Alemania, a pesar de los paquetes de estímulo económico que ya se habían aprobado, las consecuencias de la crisis financiera mundial fueron evidentes. La producción económica se contrajo y en gran medida los paquetes coyunturales se financiaron mediante créditos. Por eso en junio de 2009, la gran coalición aprobó un proyecto gubernamental para el presupuesto federal

de 2010 que suponía un nuevo endeudamiento neto de 86.000 millones de euros, 80.000 millones de euros más de lo previsto inicialmente. Casi al mismo tiempo, con el apoyo del FDP, que entonces aún estaba en la oposición, pusimos techo a la deuda a través de la Constitución, una medida que entró en vigor a principios de 2016.

El FDP inició las conversaciones de coalición con un programa electoral que preveía una amplia reducción de la carga fiscal, con un tipo impositivo progresivo del impuesto sobre la renta, lo que habría supuesto una reducción de los ingresos de al menos 35.000 millones de euros. Al desarrollar su programa, aparentemente no tuvieron muy en cuenta la crisis financiera.

En el programa de gobierno de la CDU y la CSU, también se habían pronunciado a favor de aprovechar el margen financiero para disminuir la carga fiscal, pero dejando abiertos el alcance y el calendario. Westerwelle no quería faltar a su palabra bajo ninguna circunstancia, quería sacar adelante su programa, a mí me pareció que casi a cualquier precio. Tras las elecciones, en su partido estaban exultantes, y había sectores de la CDU y de la CSU que apoyaban al FDP. Le comenté a Westerwelle que en el pasado ya habíamos encontrado puntos en común en otras cuestiones difíciles, como cuando en 2004 pactamos el nombramiento de Horst Köhler como presidente federal, que fue la primera vez en la historia de la RFA que no ocupaba el cargo un político de corte clásico. Nuestra elección recayó en el exdirector del FMI porque en tiempos de la globalización defendía la apertura al mundo. Sin embargo, Guido Westerwelle no quería ceder; para él, la disminución de la carga fiscal parecía ser la cuestión más importante durante los siguientes cuatro años. Tras haber experimentado en propia piel cómo la crisis financiera iniciada en septiembre de 2008 había tirado por la borda todas las planificaciones presupuestarias y teniendo en cuenta el incierto desarrollo de la economía, a mí me parecía aventurado asumir compromisos de tan largo alcance. Aun así, después de muchas discusiones infructuosas, pensé que algún día el poder de los hechos se impondría y decidí no batallar hasta el final. La CDU/CSU y el FDP acordaron un tipo impositivo progresivo y una bajada de impuestos por un importe total de 24.000 millones de euros.

Las cuatro semanas de conversaciones para formar lo que siempre habíamos denominado la coalición deseada resultaron tan duras que

me parecieron interminables. Sentí que en los últimos cuatro años, Guido Westerwelle y yo nos habíamos distanciado políticamente más de lo que yo creía. No obstante, concluimos las negociaciones según lo previsto: el 28 de octubre de 2009, el Bundestag alemán me eligió por segunda vez canciller federal, el nuevo gobierno juró su cargo por la tarde y nos pusimos manos a la obra. Wolfgang Schäuble se convirtió en el nuevo ministro de Hacienda, Ronald Pofalla en el nuevo jefe de Gabinete de la Cancillería y su predecesor, Thomas de Maizière, en ministro del Interior.

El mes siguiente se inició para mí con momentos estelares de la historia transatlántica y europea.

El 3 de noviembre de 2009, los miembros del Congreso de Estados Unidos me brindaron en Washington una entusiasta bienvenida. En mi discurso agradecí a los americanos su apoyo tras la Segunda Guerra Mundial y recordé a los dieciséis millones de estadounidenses que habían sido destinados a Alemania como soldados, diplomáticos y voluntarios y que habían actuado como embajadores de Estados Unidos, conformando así un sólido vínculo entre nuestros pueblos. A continuación esboqué los muros que debíamos derribar y superar en el siglo XXI. Mencioné la lucha contra el terrorismo según la experiencia de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el orden global de los mercados financieros tras la crisis financiera del año anterior, inclusive el recién fundado formato del G20, y a continuación pedí que la lucha contra el cambio climático provocado por la humanidad se considerara una tarea de alcance mundial. Al final de mi

intervención me referí en inglés a la Campana de la Libertad de Berlín que, al igual que la de Filadelfia, es un símbolo de que hay que defender día a día la lucha por la libertad.

Las celebraciones en Berlín abarcaron el período comprendido entre la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, hasta el presente: la misa conmemorativa en la iglesia de Getsemaní, el

paseo cruzando el Bösebrücke con Mijaíl Gorbachov, Lech Wałęsa y figuras de la oposición de la RDA, como Wolf Biermann, Marianne Birthler, Rainer Eppelmann, Joachim Gauck y Markus Meckel, y una ceremonia nocturna en la Puerta de Brandeburgo. Barack Obama envió un mensaje de vídeo, y atravesamos la Puerta de Oeste a Este con Hillary Clinton, Secretaria de Estado norteamericana, Dmitri Medvédev, presidente ruso, Nicolas Sarkozy y Gordon Brown, además de Horst Köhler y yo misma. Fueron invitados todos los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea; bajo la batuta de Daniel Barenboim, la Orquesta Estatal y la Ópera Estatal de Berlín tocaron y cantaron obras de Wagner, Beethoven y Schönberg, y Plácido Domingo cantó la marcha «Aire de Berlín», de Paul Lincke. Fue agradable dejarse acunar por el pasado, aunque al mismo tiempo no dejaba de frotarme los ojos al caer en la cuenta de que los nacidos el 9 de noviembre de 1989 cumplían ahora veinte años, y nos enfrentábamos a más que suficientes problemas por resolver. Tal como le había oído decir a Henry Kissinger la noche anterior en una conferencia en el Hotel Adlon: «Toda solución a un problema viene con una entrada para nuevas dificultades bajo el brazo».

LA BIBLIOTHÈQUE SOLVAY

Tres meses después, el jueves 11 de febrero de 2010, Herman Van Rompuy convocó al Consejo Europeo de jefes de Estado y de gobierno a una reunión extraordinaria en Bruselas. Tras la entrada en vigor del Tratado de Lisboa el 1 de diciembre de 2009, el ex primer ministro belga fue el primer presidente a tiempo completo del Consejo. En el primer semestre de 2007, durante la presidencia alemana del Consejo, sentamos las bases de este nuevo Tratado, que se firmó en Lisboa en diciembre de 2007, ya durante la presidencia portuguesa. Sustituía al Tratado Constitucional firmado en 2004, que no se pudo ratificar en la primavera de 2005 debido a los referéndums celebrados en Francia y Países Bajos, respectivamente. En el Tratado de Lisboa se vieron reflejadas partes esenciales del Tratado Constitucional, lo que para el Consejo Europeo implicó una nueva forma de trabajar. A partir de entonces,

eran miembros del Consejo solo los jefes de Estado y de gobierno y el presidente de la Comisión, con una presidencia a tiempo completo en lugar de una rotatoria, cada seis meses, de uno de los jefes de Estado o de gobierno.

El alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, que también era vicepresidente de la Comisión, participaba asimismo en las reuniones, pero ya no los ministros de Asuntos Exteriores y los colaboradores de los jefes de Estado y de gobierno. El presidente del Consejo, Herman Van Rompuy, nos había invitado a una reunión extraordinaria para conocernos mejor y mantener un debate a fondo sobre nuestros objetivos. Queríamos debatir en particular cómo darle continuidad a la Estrategia de Lisboa para reforzar nuestra competitividad tras la crisis financiera mundial. Para subrayar el carácter informal de la reunión, no se celebró como de costumbre en la fría sede del Consejo, sino en la Bibliothèque Solvay, un edificio señorial de Bruselas que lleva el nombre de Ernest Solvay, un industrial belga que lo mandó construir a principios del siglo XX.

Sin embargo, todo salió diferente a lo planeado. El día anterior, Nicolas Sarkozy me llamó sobre las doce y media del mediodía. Estaba preocupado por la situación financiera de Grecia y era de

la opinión de que a la mañana siguiente, antes de nuestro encuentro oficial en la Bibliothèque Solvay, deberíamos reunirnos en el edificio del Consejo en pequeño grupo con Herman Van Rompuy. También debería estar presente Jean-Claude Trichet, el presidente del Banco Central Europeo (BCE). Sabía por Uwe Corsepius, mi asesor de política europea, que la Comisión Europea estaba en conversaciones con el gobierno griego por sus cuentas públicas. Poco después de su toma de posesión en octubre de 2009, el nuevo gobierno del primer ministro Georgios Papandreu hizo balance de sus finanzas e informó a la opinión pública de que el déficit presupuestario no suponía el 3,7 % del PIB, tal como se había informado en primavera, sino el 12,7 %, lo que provocó un aumento de los tipos de interés de la

deuda pública griega. A finales de 2009, Papandreu solicitó ayuda a Dominique Strauss-Kahn, director del FMI, que le informó que el asunto no era de su competencia, ya que Grecia formaba parte de una unión monetaria, y lo remitió a la Comisión de la UE. La Comisión le exigió a Grecia que durante 2010 redujera su déficit presupuestario en cuatro puntos porcentuales. En un principio, Papandreu aceptó la exigencia, pero no presentó un plan de cómo alcanzar ese objetivo. En nuestra conversación telefónica, le comuniqué a Sarkozy que no veía qué podíamos hacer por Grecia al día siguiente.

Yo era de la opinión de que una reunión sin un objetivo claro resultaba contraproducente, pues podía generar aún más incertidumbre. Sin embargo, Sarkozy insistió y dio a entender que Barroso, el presidente de la Comisión, y Van Rompuy compartían su opinión, aunque no llegué a entender exactamente qué tenía en mente. Mantuve mi participación abierta y le dije que me pondría en contacto con ambos.

Por la tarde, telefoneé primero a Papandreu. Si bien describió la situación de su país como tensa, no me dio la impresión de que hubiera una necesidad imperiosa de actuar. Sin embargo, tal como me comunicaron por teléfono a primera hora de la tarde, Barroso y Van Rompuy compartían la opinión de Sarkozy. Finalmente acepté participar en la reunión, aunque aún no tuviera nada claro qué me esperaba y, por lo tanto, también a Alemania.

A la mañana siguiente volé a Bruselas, aterricé poco antes de las diez y me dirigí directamente al edificio de la Comisión. La reunión tuvo lugar en la sala de reuniones de Van Rompuy.

Cuando llegué, Van Rompuy, Barroso, Papandreu, Sarkozy y Trichet ya estaban allí. Cada uno de nosotros tenía permitido asistir a la reunión con un colaborador y un intérprete. Me acompañaban Uwe Corsepius y Dorothee Kaltenbach, nuestra intérprete; Jens Weidmann y Ulrich Wilhelm, que habían viajado con nosotros,

permanecieron en una habitación contigua. En la medida de lo posible nos comunicamos en inglés. Nos sentamos en nuestros sillones y nos sirvieron un buen expreso belga y un vaso de agua a cada uno. Si no recuerdo mal, Herman Van Rompuy le pidió a Trichet que tomara la palabra en primer lugar. El presidente del BCE explicó que los tipos de interés de la deuda pública griega no dejaban de subir, lo que significaba que el estado griego pronto dejaría de poder financiarse en el mercado. Los denominados *spreads* o diferenciales, es decir, la diferencia de los tipos de interés para la compra de un bono del Estado griego y uno alemán con el mismo vencimiento, ya se situaban en torno al 4 %. Trichet finalizó su intervención con estas palabras:

—Hay que ayudar a Grecia ahora, porque de lo contrario no existen garantías de que en la próxima primavera el país pueda conseguir dinero en el mercado de capitales.

Igual que el día anterior, no tenía claro en qué debía consistir esa ayuda, pero seguí escuchando. Barroso declaró que compartía la opinión de Trichet, al igual que Sarkozy. El presidente francés también se refirió a las medidas de austeridad que la Comisión le había impuesto a Grecia y exclamó airado:

—¡Una reducción de cuatro puntos porcentuales del déficit presupuestario con respecto al PIB

es la forma más segura de provocar revueltas en las calles! ¡En la actual crisis económica debemos aumentar el gasto público, no reducirlo! ¡Hay que ayudar a Grecia!

Pregunté:

—¿En qué consistiría esa ayuda?

Trichet me respondió:

—Grecia necesita dinero.

Habíamos llegado al meollo de la cuestión: Grecia necesitaba dinero. Todos asintieron, excepto Papandreu y yo. Sin embargo, una de las condiciones más importantes para la adhesión de Alemania a la Unión Monetaria Europea era la « *no bailout clause*»; es decir, la cláusula de no rescate, la obligación de que cada estado de la Unión Europea fuera responsable de afrontar sus propias deudas, tal como quedó consagrado en sus tratados. Todos los presentes conocían la situación jurídica, pero parecía no interesarle a nadie.

Al principio hablé de forma conciliadora:

—Por supuesto que también quiero ayudar, constituimos una eurozona común —pero inmediatamente añadí—, pese a eso, no puedo dar dinero bajo ninguna circunstancia.

Me di cuenta de que Papandreu aún no había dicho nada, así que me dirigí directamente a él:

—¿Y tú, qué querías?

Me respondió que no quería nada, pero que Grecia pasaba por una muy mala situación.

Trichet hablaba cada vez con más vehemencia e insistía en que había que ayudar a Grecia. De lo contrario, otros países de la eurozona con altos niveles de deuda también estarían en peligro.

Barroso estuvo de acuerdo, ya que conocía demasiado bien la situación por Portugal, su país natal. Para hablar con más precisión, cambié al alemán y Dorothee Kaltenbach tradujo mis palabras al inglés.

—No puedo dar dinero porque no puedo estar a favor de incumplir un contrato. Nuestro Tribunal Constitucional se ha pronunciado claramente al respecto y se debe aplicar la cláusula de no rescate del Tratado de Lisboa. No apoyaré impunemente una infracción de la ley —afirmé de forma inequívocamente clara, mientras pensaba:

«Aquí todo el mundo quiere algo de ti. ¿Por qué nadie presiona a Grecia para que ahorre?».

—¿Cuándo vas a presentar a la Comisión tus planes de ahorro para reducir el déficit presupuestario en cuatro puntos porcentuales del PIB? —le pregunté a Papandreu—. Ahora, eso es lo más importante, emitir a los mercados financieros una señal de que pueden volver a confiar en ti.

Papandreu respondió que necesitaba tiempo, reacción que me pareció increíble. Por un lado, existía mucha presión para que se tomaran medidas y, por otro, parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Hablamos acaloradamente, todos a la vez, en inglés, francés y alemán. Los intérpretes apenas alcanzaban a traducir y susurrarnos al oído lo que se decía. Volví la vista hacia Corsepis, que estaba sentado detrás de mí, y deduje por su mirada que había hecho bien en no añadir nada más. La situación se alargó durante unas dos horas, hasta que Herman Van Rompuy tomó la iniciativa. Obviamente, había llegado a la conclusión de que cada uno de los argumentos se había expuesto detalladamente al menos una vez y que no hacíamos más que marear la perdiz.

Así que nos explicó con calma:

—Llegados a esta situación, no podemos abandonar la sala sin emitir por escrito un comunicado público con nuestras conclusiones. Ahora debemos trabajar en eso —y también nos recordó que nuestros colegas nos esperaban en la Bibliothèque de Solvay.

Herman Van Rompuy tenía toda la razón. Fue en esa situación cuando experimenté y aprecié por primera vez su gran capacidad de concluir un debate controvertido de forma consensuada,

virtud que se convertiría en su seña de identidad durante sus cinco años en la presidencia del Consejo.

Llegamos a la conclusión de que en lo que se refería a la estabilidad económica y financiera de la zona, todos los miembros de la eurozona tenían una responsabilidad común y coincidimos en resumirla en cinco puntos. Requerimos que Grecia cumpliera con sus obligaciones de reducir su deuda. Solicitamos al Consejo que los ministros de Finanzas y Hacienda de la Unión Europea aprobaran en su reunión del 16 de febrero de 2010 —es decir, al cabo de cinco días— las medidas de reducción del déficit propuestas por Grecia. La Comisión y el BCE debían seguir de cerca la aplicación de las medidas en Grecia, aprovechando en todo caso la experiencia del FMI.

Para mí era importante implicar al FMI, pues su personal tenía experiencia y evaluaría las propuestas griegas con más imparcialidad que las instituciones europeas, ya que me preocupaba que estas últimas fueran demasiado indulgentes con Grecia. En el redactado también hicimos constar que si se veía comprometida la estabilidad de la eurozona en su conjunto, entonces los miembros de la eurozona adoptarían medidas específicas y coordinadas. Concluimos constatando que Grecia aún no había solicitado ayuda financiera. Era un comunicado que yo podía suscribir, así que en nuestra disputa, Herman Van Rompuy había tenido el instinto y el acierto de extraer de nosotros todo lo que nos unía.

Tal como se vio con el paso del tiempo, aquella mañana de febrero en Bruselas pusimos por escrito toda la filosofía que sirvió para salvar el euro. Los Estados que conformaban la Unión Europea debían adoptar las medidas necesarias en su propio territorio, medidas que fueron evaluadas por la Comisión, el BCE y el FMI. Más adelante, denominarían a estas tres instituciones la troika. Nadie asumiría la deuda de otro estado miembro de la eurozona, aunque todos contribuirían a garantizar la estabilidad en su conjunto, la acción conjunta como último recurso, como *ultima ratio*. Sobre esta base yo podía colaborar, porque el Tribunal Constitucional Federal también había vinculado a su estabilidad la pertenencia de Alemania a la unión monetaria, a la vez que Alemania debía hacer todo lo

posible para garantizar la estabilidad sin asumir las deudas de los demás. El redactado marcaba el camino que todos podíamos recorrer juntos y, al mismo tiempo, era lo suficientemente general como para dejar el margen de maniobra necesario para futuros acontecimientos. Se trataba de diplomacia en su mejor sentido, y yo estaba encantada.

Con un considerable retraso nos reunimos con los demás en la venerable gran sala de la Bibliothèque Solvay. Entre los que nos esperaban, el ambiente no era el mejor. Herman Van Rompuy informó a todo el grupo sobre lo que habíamos debatido entre nosotros. Todos aprobaron el comunicado y solo llegamos a hablar brevemente del desarrollo de la Estrategia de Lisboa; es decir, de la mejora de la competitividad económica de la Unión Europea, que en realidad era el tema de aquella reunión extraordinaria. Tras la crisis financiera mundial, originada en Estados Unidos, ahora el euro se encontraba en apuros. En parte, los amplios programas de estímulo económico que adoptamos acertadamente habían sido responsables de ello, y en algunos países de la eurozona nos enfrentábamos a una crisis de deuda soberana. Al finalizar la reunión del Consejo, Nicolas Sarkozy y yo decidimos comparecer juntos ante la prensa. Por mucho que hubiéramos discutido entre nosotros, habíamos conseguido aunar fuerzas, aunque fuera con la ayuda de Herman Van Rompuy, y nos pareció un mensaje importante que debíamos comunicar a la opinión pública.

EL CAMINO A ÍTACA

Cuando regresé a Berlín, tuve que familiarizar a mi gobierno y a los partidos de la coalición con que menos de cuatro meses después del inicio de la legislatura, en el orden del día había aparecido una cuestión que no desempeñó ningún papel en las negociaciones para la formación del gobierno. Cuando informé de las dificultades por las que estaba pasando la economía griega, el escepticismo fue palpable, en especial entre los diputados, y volvió a aparecer el miedo ancestral de la época en que Helmut Kohl introdujo el euro.

Entonces muchos no creían que el euro pudiera alcanzar la estabilidad del marco alemán. Por lo tanto, la voluntad de ayudar a Grecia era mínima. Tanto Wolfgang Schäuble, ministro de Hacienda, como yo, así como también toda la coalición, en el mejor de los casos podíamos considerar unos préstamos bilaterales para Grecia ligados a los préstamos del FMI, créditos que algún día habría que devolver con intereses. Debíamos asegurarnos de que cualquier país de la UE no volviera a informar incorrectamente sobre su propio déficit presupuestario y había que mejorar la competitividad de algunos miembros de la eurozona. Nuestra filosofía se basaba en lo siguiente: sí a las ayudas, pero solo ligadas a medidas que a largo plazo mejoraran la fortaleza económica del país. En ningún caso había que maquillar los problemas, sino que había que atacarlos de raíz y resolverlos hasta su mismo fundamento.

Hasta la reunión del Consejo Europeo de los días 25 y 26 de marzo de 2010, Grecia aún no había presentado ninguna propuesta satisfactoria de ahorro y de reformas estructurales. Por eso en una declaración gubernamental del 25 de marzo de 2010 afirmé: «Un buen europeo no es necesariamente el que se presta a ayudar con rapidez. Un buen europeo es el que respeta los tratados europeos y las respectivas legislaciones nacionales y de esta forma contribuye a que no se ponga en peligro la estabilidad de la eurozona». La víspera mantuve una conversación telefónica con StraussKahn, director del FMI, en la que expuso su proyecto de que el FMI participara en un posible programa para Grecia. A continuación llamé a Sarkozy y acordamos para Grecia la modalidad de los préstamos bilaterales de todos los miembros de la eurozona con la participación del FMI. Así lo decidió el Consejo Europeo durante su reunión de los días 25 y 26 de marzo de 2010.

Poco más de dos semanas después, el 11 de abril de 2010, el grupo de ministros de Finanzas de la eurozona (el Eurogrupo) —es decir, los países que utilizaban el euro como moneda—

aprobó un programa detallado para Grecia: treinta mil millones de euros en préstamos bilaterales de los países de la eurozona y otros quince mil millones de euros aportados por el FMI. El único inconveniente era que Grecia aún no había solicitado la ayuda financiera.

El cambio se produjo el 23 de abril de 2010. Ese día se dio a conocer que el déficit griego sería superior al 15 %. Como consecuencia, los diferenciales se ampliaron aún más y Grecia corrió el riesgo de perder el acceso al mercado financiero. Por entonces, el primer ministro Papandreu no se encontraba en Atenas, sino en la pequeña isla de Kastelórizo, cerca de la costa turca, y se vio obligado a hacer una declaración pública sobre la situación de su país. Bajo un sol radiante y con el pintoresco puerto de fondo anunció que solicitaría ayuda al Eurogrupo y al FMI e informó a sus conciudadanos de que les esperaban momentos difíciles, mencionando una nueva odisea y finalizando sus palabras con una nota dramática: «Conocemos el camino a Ítaca, ya hemos trazado la ruta». Obviamente hacía referencia a Ulises, que tras la guerra de Troya estuvo navegando a la deriva durante diez años, perdió a todos sus compañeros y regresó a su isla natal de Ítaca como un mendigo.

Hubo que esperar hasta principios de mayo de 2010 para que la troika acordara los términos del primer programa de ayuda a Grecia. El miércoles 5 de mayo de 2010 hice una declaración

gubernamental en el Bundestag sobre el programa y afirmé: «No existe alternativa a la ayuda que se decida destinar a Grecia para garantizar la estabilidad financiera en la eurozona. De esta forma protegemos nuestra moneda a la hora de comerciar». Y poco después añadí: «El BCE y la Comisión Europea lo han dejado muy claro: la ayuda inmediata constituye el último recurso para garantizar la estabilidad financiera en el conjunto de la eurozona».

No existe alternativa, es el último recurso: algo más de un año antes, el 18 de febrero de 2009, hablé en términos similares al dar

explicaciones sobre la decisión del gabinete de nacionalizar el banco HRE. Como resultado de ello se había previsto la expropiación de los accionistas como *ultima ratio*. También entonces lo formulé de la misma forma: «Lo hemos sopesado cuidadosamente. Creo que no existe alternativa a este planteamiento». En ambos casos, estaba decidida a demostrar que nuestras decisiones no se limitaban a evitar el colapso de un banco o un país de la eurozona, sino que servían a un objetivo primordial: la protección de nuestra moneda en su conjunto, la protección de los ahorros de nuestros ciudadanos, la preservación del sistema crediticio como requisito previo para la protección de la economía real, lo que a su vez era un prerequisite para la preservación de millones de puestos de trabajo. Solo teniendo en cuenta esto se podían comprender nuestras decisiones, y solo con estos antecedentes resultaban inevitables, no existían alternativas a ellas, eran el último recurso. Por supuesto, tanto económica como sociopolítica y jurídicamente, en nuestra economía social de mercado eran un acto de equilibrismo en la cuerda floja. Y debíamos demostrar que éramos plenamente conscientes de ello no solo ante el Tribunal Constitucional Federal, sino también y precisamente con una declaración gubernamental de la canciller federal.

Sin embargo, ¿tenía razón? ¿Realmente no existían alternativas por las que nos podríamos haber decidido? Está claro que en la vida siempre existen alternativas. En último extremo, incluso saltar del tejado puede convertirse en una alternativa, una alternativa para salvar la vida.

En último extremo, dejar caer el IKB y el banco HRE y, por lo tanto, presenciar el fin del euro también constituía una alternativa a mis decisiones, pero estaba convencida de que no se trataba de una alternativa seria para un país como Alemania, la mayor economía de Europa en el corazón del continente con una población de más de ochenta millones de habitantes. Tanto en 2009 como en 2010 fui muy criticada por utilizar las palabras «no existe alternativa». Los analistas me acusaron de tener un comportamiento autoritario. En

lugar de explicarlo todo en detalle, me cerré a todos los contraargumentos e impartí órdenes del estilo «o lo toma o lo deja»; sin embargo, mi intención era la contraria. Precisamente porque era consciente del extraordinario alcance de mis decisiones, también tuve que expresarme de esa forma, aunque con el fin de asegurarme de que se me entendía; a partir de entonces empecé a decir que no existía una alternativa «razonable» a las decisiones del gobierno federal, lo que en realidad era una obviedad.

El viernes 7 de mayo de 2010, el Bundestag celebró la segunda y tercera lecturas del proyecto de ley para el rescate de Grecia. El país heleno recibió en tres años hasta 80.000 millones en préstamos bilaterales y 30.000 millones en préstamos del FMI, de los que Alemania aportó 22.400 millones de euros. A cambio, Grecia se vio forzada a hacer duros recortes presupuestarios e introducir reformas estructurales. Por mi parte tuve que esforzarme mucho para convencer a la mayoría de los integrantes de la coalición de que votaran a favor y, en mis esfuerzos por convencer a mi propio grupo parlamentario de que debían aprobar el programa, prometí que la ayuda a Grecia seguiría siendo una excepción. Pero tal como se vio poco después, se trataba de una afirmación insostenible. En el Parlamento los ánimos se encendieron aún más por el hecho de que dos días después, el 9 de mayo de 2010, en Renania del Norte-Westfalia se celebraban elecciones al parlamento local. La oposición sostuvo que por miedo a la opinión pública, yo

había hecho todo lo posible para evitar que el rescate griego se aprobara antes de las elecciones.

Eso no tenía ningún sentido. La situación en Europa era demasiado grave como para haber tramado algo así. De hecho, no estaba dispuesta a ayudar a Grecia hasta que el país presentara un programa de reformas coherente.

Pero eso no fue todo. En pleno debate de aquel viernes, cuando discutíamos en el Bundestag la ley para el rescate de Grecia, recibí

un mensaje de mi despacho avisándome de que Nicolas Sarkozy necesitaba hablar conmigo con urgencia. No había servido con darle largas. Abandoné la sala de plenos y me dirigí a mi despacho en el Reichstag para que me comunicaran con él.

Sarkozy parecía muy agitado y me informó del aumento de los diferenciales portugueses y españoles y del riesgo de contagio a toda la eurozona, así como de las turbulencias en los mercados bursátiles, pues algunos agentes de los mercados financieros estaban especulando contra el euro. Sarkozy también atribuyó el desarrollo de la situación a las dudas de Alemania, y solicitó que en la reunión de los miembros de la eurozona, que estaba prevista para última hora de la tarde en Bruselas, no solo se aprobara el programa de rescate para Grecia, sino que se reafirmara nuestra determinación de hacer todo lo posible para garantizar la estabilidad del euro en su conjunto; es decir, también del conjunto de la eurozona. Le respondí que esa mañana mi prioridad absoluta era la aprobación en el Bundestag del programa de rescate griego para no incrementar todavía más las turbulencias en los mercados financieros. Tras hablar con él, regresé a la sala de plenos y seguí el debate. Sin embargo, no dejaba de pensar en que estaba claro que esa misma noche habría una continuación en Bruselas, pues el rescate del euro aún no se había completado, lo que no estaba claro era qué se podía hacer. No disponía de ninguna información que hubiera podido, y mucho menos debido, compartir con los diputados antes de proceder a la votación. Posteriormente hubo diputados de la oposición que me acusaron de haber ocultado aquel viernes en el Bundestag información relevante. Y no fue el caso.

El ritmo con el que se desarrollaban los acontecimientos quedó de manifiesto en el hecho de que por la mañana el Bundestag aprobó un programa de rescate que por la tarde en Bruselas se convirtió casi en una nota al margen.

SI FRACASA EL EURO, FRACASARÁ EUROPA

Precedida de conversaciones en pequeños círculos, la reunión de los jefes de Estado y de gobierno de la eurozona en Bruselas se inició hacia las seis y cuarto de la tarde. Estaba claro que los préstamos bilaterales para otros países no frenarían las maniobras especulativas poco claras.

Al igual que con la crisis financiera, necesitábamos algún tipo de mecanismo general que contribuyera a controlar el problema. Ese mecanismo debía permitir acceder a la ayuda a cualquier país que pasara por dificultades. Sin embargo, nadie sabía decir cómo podía conformarse ese mecanismo, y simplemente acordamos que debíamos actuar con rapidez.

Cuando el lunes por la mañana abrieran los mercados bursátiles tenía que estar todo claro, así que decidimos que para concretar los detalles, nuestros ministros de Finanzas se reunirían en Bruselas a primera hora de la tarde del domingo 9 de mayo de 2010. No obstante, también era consciente de la situación de mi coalición y sabía cuán difícil resultaría aprobar medidas adicionales de rescate. No podía dejarlo sin más en manos de Wolfgang Schäuble, así que tuve que ocuparme yo misma. Antes del domingo por la tarde debía quedar claro hasta dónde se podía negociar, no quedaba mucho tiempo por delante, y yo me preguntaba cómo lo conseguiría. No regresaría de Bruselas hasta pasada la medianoche, a la mañana siguiente tenía que hablar en Paderborn en el acto final de campaña electoral de la CDU de las elecciones de Renania del

Norte-Westfalia y para almorzar tenía como invitado a Stephen Harper, primer ministro canadiense, ya que Canadá ocupaba la presidencia del G8. Por la tarde, y por invitación del presidente Medvédev, debía volar a Moscú para participar en el desfile militar del domingo por la mañana con motivo del sexagésimo quinto aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. Cuando el domingo regresara a Berlín, los ministros de Finanzas ya estarían reunidos en Bruselas. Con esa agenda no podía reflexionar tranquilamente, ni informar con el plazo suficiente a Schäuble si

daba con una solución al problema. Necesitaba tiempo para hablar con Weidmann y Corsepilus y desarrollar una idea para los próximos pasos que debíamos seguir. Era imposible anular el viaje a Moscú, así que solo nos quedaba una solución: que además de Ulrich Wilhelm y Christoph Heusgen, que de todos modos viajaban conmigo, Weidmann y Corsepilus me acompañaran a Moscú. Así tendríamos ocasión de hablar durante el vuelo y por la noche en Moscú. En el vuelo de regreso de Bruselas a Berlín lo acordé todo con ellos dos —no pusieron ninguna objeción— y con Simone Lehmann-Zwiener, que durante la noche adaptó los preparativos del viaje a Moscú.

Partimos desde Berlín el sábado 8 de mayo de 2010 a las cuatro y media de la tarde, y llegamos a las nueve y media de la noche al Hotel Baltschug Kempinski de Moscú, donde pernoctamos.

Inaugurado en 1992, el hotel era el primero de nueva construcción de cinco estrellas tras el colapso de la Unión Soviética. Simone Lehmann-Zwiener nos reservó una mesa para cenar en el restaurante. Desde la ventana pudimos contemplar el río Moscova y la catedral de San Basilio y el Kremlin iluminados de noche. Pedimos boeuf Stroganoff y proseguimos la conversación iniciada en el avión. Examinamos el tema desde distintos ángulos: ¿qué países estaban en peligro, cuánto tiempo se alargaría la crisis, podíamos aprender algo de nuestras acciones durante el rescate bancario? Nos devanamos los sesos, y en algún momento nos retiramos a nuestras habitaciones sin vislumbrar aún una solución.

Al día siguiente nos reunimos a las siete y media para desayunar. Llegué a la mesa un poco abatida, porque realmente no sabía cómo proceder. Weidmann nos saludó y dijo:

—Le he estado dando vueltas al asunto.

Nos explicó que durante la noche había estado calculando el valor total de los bonos del Estado que tendrían que refinanciar en los

siguientes dos años los países en peligro por la especulación, como Grecia, Portugal, España e Italia. En su opinión, debíamos establecer un fondo de rescate para proteger concretamente aquel importe, cuya cifra ascendía a unos 750.000

millones de euros. Los países afectados tendrían acceso al fondo solo si se comprometían a aplicar reformas. No pude dejar de sonreír. Esa podría ser la solución. Uwe Corsepius dijo:

—Jens, eso tiene sentido y resulta convincente.

Acordamos debatir de inmediato la propuesta de Weidmann con los principales actores europeos y, sobre todo, con el ministro de Finanzas, Schäuble. Pedí a Weidmann que llamara primero a Trichet para saber si estaría de acuerdo con la propuesta. Me llegaron sus primeros comentarios positivos incluso antes de desplazarme al Kremlin, así que aún tuve tiempo de hablar por teléfono con Schäuble. Aparte del breve suspiro que emitió por el asombro que debió producirle la gigantesca suma de 750.000 millones de euros, le encontré sentido a nuestras consideraciones.

Mientras yo participaba en el Kremlin en el desfile militar, Weidmann y Corsepius hablaban por teléfono con sus colegas franceses y con los colaboradores de Jean-Claude Juncker, entonces presidente del Eurogrupo, así como con Barroso y Van Rompuy. Me comunicaron en el vuelo de regreso de Moscú a Berlín que nuestro plan había sido bien recibido por todos. Tras aterrizar por

la tarde en Berlín, antes de que empezara la reunión de los ministros de Finanzas, llamé a Nicolas Sarkozy y le comenté personalmente nuestra propuesta. Se llevó una grata sorpresa. Debió pensar que Alemania no escatimaba, sino que derrochaba, y prometió que el ministro francés de Finanzas apoyaría a Schäuble en las deliberaciones.

Poco después, Weidmann me llamó y me dijo que Jörg Asmussen le había informado de que Schäuble había sido hospitalizado en

Bruselas a causa de un desvanecimiento. Aunque no se trataba de nada que pusiera en peligro su vida, Schäuble tenía que pasar la tarde y la noche en el hospital. Era un imprevisto catastrófico. ¿Quién negociaría ahora en nombre Alemania?

Asmussen no podía sustituirle, y yo necesitaba alguien ducho en la arena política que ocupara el lugar de Schäuble. Solo había una persona que podía considerar: Thomas de Maizière, ministro del Interior, que durante la crisis financiera mundial me brindó un gran apoyo como jefe de Gabinete de la Cancillería y podía confiar plenamente en él. Comenté con Guido Westerwelle y también con Rainer Brüderle, el ministro de Economía del FDP, nuestras intenciones y lo que se estaba negociando en Bruselas. De acuerdo con las normas de representación del gobierno alemán, Brüderle era en realidad el sustituto de Schäuble, y al no pedirle que negociara en Bruselas en lugar de Schäuble se sintió muy decepcionado. Sin embargo, si bien comprendía su enfado, estaba segura de haber tomado la decisión correcta. Las situaciones extraordinarias requieren de medidas extraordinarias, y la situación en que nos encontrábamos era una de ellas.

En cuanto al contenido de la propuesta, ambos aceptaron nuestra línea de negociación.

Alrededor de las seis de la tarde de ese domingo ya se sabía que Jürgen Rüttgers, de la CDU, ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia, iba a perder las elecciones, lo que suponía un duro golpe no solo para la CDU, sino también para el FDP, pues en ese estado federal gobernaban juntos. Como consecuencia de esa derrota electoral, como coalición también perdimos la mayoría en el Bundesrat, lo que dejaba claro que la controvertida gran reforma fiscal acordada en las negociaciones de la coalición en octubre de 2009 ya no podía seguir adelante.

Como en toda jornada electoral, me reuní en la octava planta de la Cancillería con mis asesores más cercanos, aunque me pasó la

mayor parte del tiempo al teléfono hablando con de Maizière, ya fuera en la pequeña sala de maquillaje que había al lado o en mi despacho de la séptima planta, por lo que subí y bajé las escaleras traseras una y otra vez. Negociamos rápidamente el alcance del fondo de rescate y, como siempre, la negociación se complicó cuando llegamos a la cuestión de la llamada condicionalidad. Algunos países, como Alemania, Países Bajos y Finlandia, queríamos determinar específicamente qué tenían que hacer los países beneficiados para acceder a los fondos, mientras que otros no lo consideraban tan importante.

Como en el caso del programa de rescate para Grecia, también se trataba de medidas de austeridad y reformas estructurales; por ejemplo, en el mercado laboral.

Pasada la medianoche, Silvio Berlusconi, primer ministro italiano, me llamó al móvil para que aceptara suavizar las condiciones de acceso al fondo de rescate. El ministro de Finanzas italiano no lo había conseguido con de Maizière y yo también me mantuve firme.

Poco después de la apertura de la Bolsa de Tokio, a las dos de la tarde en Alemania, se pactó el fondo de rescate por un importe de 750.000 millones de euros. De los cuales, 440.000

procedían de préstamos bilaterales y garantías de los miembros de la eurozona, y la parte correspondiente a Alemania ascendía a 123.000. Con este fin se creó una sociedad, el Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF), que tenía la potestad de conceder préstamos de emergencia a los países de la eurozona bajo determinadas condiciones. La Comisión pondría a disposición 60.000 millones de euros y el FMI quería hacerse cargo de hasta 250.000.

Como cada lunes tras unas elecciones, a la mañana siguiente se celebró en la Casa Konrad Adenauer la reunión del Comité Ejecutivo de la CDU. Incluso antes de que empezara la reunión ofrecí una rueda de prensa en la Cancillería para dar explicaciones sobre la

decisión adoptada la noche anterior en Bruselas. A las tres de la tarde informé al respecto a los líderes de los partidos y de los grupos parlamentarios representados en el Bundestag.

Nueve días después, el 19 de mayo de 2010, en el Bundestag se procedió a debatir en primera lectura el FEEF. Hice una declaración gubernamental en la que empecé por calificar la situación de histórica: «La actual crisis del euro es la mayor prueba a la que Europa ha tenido que enfrentarse en décadas, seguramente desde la firma del Tratado de Roma en 1957». A continuación describí el alcance de nuestra decisión: «La unión monetaria conforma una comunidad de destinos, así que se trata ni más ni menos que de preservar y poner a prueba la idea europea. Esta es nuestra tarea histórica, pues si fracasa el euro, fracasará Europa». Luego pasé a hablar de lo que tanto jurídica como políticamente habíamos acertado a impedir:

«Concretamente, estábamos abocados a una unión de las transferencias, mediante la cual se habría introducido una responsabilidad directa y vinculante por las decisiones tomadas por cada Estado miembro bajo su propia responsabilidad». Y argumenté mis palabras: «El precio de nuestra postura fue que nos criticaran por vacilar o actuar con demasiada lentitud; sin embargo, mis señorías, si al final se toman las decisiones correctas, el gobierno federal está dispuesto a pagar este precio». Finalmente expliqué y justifiqué los principios en que se basaban nuestras decisiones y señalé las reformas que era necesario introducir en la eurozona: la consolidación presupuestaria en los distintos Estados miembros, la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, la previsión de las posibilidades de una insolvencia ordenada de los Estados, la supervisión financiera europea, la posibilidad de la liquidación y reestructuración de los bancos, así como la fiscalidad de los mercados financieros.

El 21 de mayo de 2010, el Bundestag aprobó el paquete legislativo en segunda y tercera lecturas, y Alemania firmó el acuerdo marco

del FEEF el 7 de junio de 2010 con un plazo de validez hasta finales de 2013.

Los fondos de emergencia del FEEF se aprovecharon, pues Irlanda y Portugal hicieron uso de ellos, mientras que en el verano de 2012, España presentó una solicitud para financiar sus bancos. En otoño de 2011 se aumentó la capacidad de préstamo del FEEF para poder conceder los fondos previstos de 440.000 millones de euros con la máxima calificación crediticia. Grecia también se benefició del FEEF, y en diciembre de 2012 recibió un segundo programa de ayuda.

El camino hasta allí había sido accidentado, pues Alemania exigía que los inversores privados griegos se implicaran en la quita de la deuda. Sarkozy y Trichet temían que una medida como esa acabara definitivamente con la confianza de los inversores en la eurozona. Finalmente acordamos un recorte voluntario por parte de los acreedores, que se concretó en la primavera de 2012.

Mientras tanto, a la hora de aplicar las reformas prometidas en su país, el primer ministro griego, Georgios Papandreu, había pasado por grandes dificultades. Urgido por la necesidad, en octubre de 2011 decidió convocar un referéndum para que se aprobaran las medidas de austeridad, aunque abandonó rápidamente el proyecto cuando los días 3 y 4 de noviembre de 2011, Barroso, Van Rompuy, Sarkozy y yo le dejamos inequívocamente claro durante la Cumbre del G20 en Cannes (Francia) que las reformas en su país eran inevitables. Poco después dimitió, tomó posesión un gobierno de transición, y tras las elecciones generales, en junio de 2012, Antonis Samaras fue elegido nuevo jefe de gobierno de Grecia.

A LA BÚSQUEDA DE UNA BAZUCA

En plena crisis del euro, en agosto de 2010, Steffen Seibert se convirtió en el sucesor de Ulrich Wilhelm. Al principio me costó creer que él, periodista de renombre y presentador de la ZDF, el segundo canal de la televisión pública alemana, estuviera dispuesto a

cambiarse de bando, por decirlo de alguna manera, y entrar en política a pesar de todas las turbulencias por las que esta pasaba. Sin embargo, pronto quedó claro lo mucho que le atraía su nueva ocupación y fue un gran placer trabajar con él durante más de diez años. Con el tiempo, Steffen Seibert se convirtió en el portavoz gubernamental más longevo de la historia de la RFA.

Ya en el otoño de 2010, el gobierno alemán tuvo que hacer una previsión para cuando el FEEF expirara a finales del 2013. En la reunión del Consejo de la UE de diciembre de 2010, decidimos introducir un mecanismo permanente de crisis. Alemania dio su consentimiento a condición de que se modificara el Tratado de Lisboa para añadir un nuevo párrafo al artículo 136

del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea (TFUE), en el que se dejaba claro que bajo condiciones estrictas, se podía establecer y activar un mecanismo de estabilidad con el fin de salvaguardar la estabilidad financiera de la eurozona en su conjunto. Así fue como se creó y desarrolló el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), un organismo intergubernamental permanente dotado de capital propio aportado por sus miembros y que está capacitado para conceder créditos y garantías sujetos a condiciones. A finales de junio de 2012, el Bundestag aprobó el tratado constitutivo del MEDE, que entró en vigor en septiembre de 2012. De nuevo habíamos superado otro obstáculo, aunque cada paso que dábamos era denunciado al Tribunal Constitucional Federal. Pese a que el gobierno federal ganó estos casos, el Tribunal reforzó el papel de nuestro Parlamento para la toma de futuras decisiones.

En junio de 2011, Uwe Corsepius, mi asesor en política europea, se trasladó a Bruselas para trabajar como secretario general del Consejo de Europa hasta junio de 2015, tras lo cual regresó a su puesto en Berlín. Durante su ausencia, su adjunto en la Cancillería, Nikolaus Meyer-Landrut, se encargó del Departamento Europeo y se convirtió en mi asesor en política europea. También él contaba con una amplia experiencia en política europea: de 2002 a 2003 fue

portavoz de la Convención Europea presidida por Valéry Giscard d'Estaing, el expresidente de Francia. En 2015, Meyer-Landrut fue nombrado embajador de Alemania en Francia. En 2011 también se produjo un cambio en el departamento de Política Económica y Financiera de la Cancillería: después de que en mayo Jens Weidmann se convirtiera en presidente del Deutsche Bundesbank, Lars-Hendrik Röller, hasta entonces director de la Escuela Europea de Administración y Tecnología (ESMT) de Berlín, se encargó del departamento a partir de julio. De formación científica, pronto mostró interés por el trabajo político en la Cancillería y también en él pude confiar siempre y en cualquier situación.

El 1 de septiembre de 2011, durante una rueda de prensa conjunta en Berlín con Pedro Passos Coelho, primer ministro de Portugal, me preguntaron si temía por la eficacia de los fondos de rescate si el Bundestag y todos los demás parlamentos nacionales de Europa tenían que aprobarlos antes cada vez que había que tomar una decisión tan importante. Mi respuesta fue la siguiente: «Vivimos en democracia y estamos felices por ello. Esta es una democracia parlamentaria, por lo que el derecho presupuestario constituye un derecho fundamental en el seno del Parlamento. A este respecto, encontraremos la forma de alcanzar una decisión parlamentaria compartida de modo que, no obstante, sea conforme al mercado; es decir, para enviar a los mercados las señales adecuadas».

Como iba a darme cuenta, aunque describí en primer lugar, ni más ni menos, que la preponderancia de la política y señalé, en segundo lugar, que nuestra política debía surtir efecto, con aquella frase me metí de lleno en un berenjenal. ¿Qué otra cosa habíamos estado haciendo

durante los últimos cuatro años, primero durante la crisis financiera y después durante la crisis del euro? ¿La política por la política? ¿O es que no habíamos actuado para alcanzar algo en los mercados bursátiles, en la economía, en beneficio de los ciudadanos, de sus ahorros, de sus puestos de trabajo? Sin embargo, en particular el

SPD, que desde hacía dos años no formaba parte del gobierno y obviamente se había asentado del todo en la oposición, se apoderó con avidez de la expresión «sea conforme al mercado», y uniendo la palabra «democracia» la transformó en «democracia conforme al mercado», con la que me atacó para generar polémica.

En realidad, era partidaria de poner el mercado por encima de la política y, por fin, había mostrado mi verdadero rostro y revelado mi sumisión a los mercados, de forma que algo que nunca había salido de mi boca estuvo a punto de ganar la votación de «expresión más fea del año 2011». Consideré mezquino proceder de manera tan injusta, y descubrí que eso ya no tenía nada que ver con la disputa política, que para mí tenía todo el sentido del mundo.

En el transcurso de los últimos cuatro años, en los mercados todos nos habíamos visto sometidos a una gran presión de los especuladores y habíamos conseguido contrarrestarla.

Prácticamente a diario experimenté lo difícil que era actuar políticamente de forma racional frente a los agentes de los mercados financieros, que simplemente dejaban de invertir su dinero si no estaban convencidos de que merecía la pena. Por supuesto, siempre quedará la duda de si no debería haber cedido simplemente y haber renunciado a todas las exigencias para que se adoptaran duras medidas de austeridad y se introdujeran reformas económicas en Grecia, Portugal, España e Italia. Mi reputación en estos países quedó completamente arruinada, sobre todo en Grecia, donde los ciudadanos con rentas bajas se vieron muy afectados por las reformas, de ello no cabe ninguna duda. Pero si hubiera renunciado a exigir mejorar la disciplina presupuestaria y la competitividad de los países necesitados de un rescate, aparte de que nunca habría obtenido la aprobación de mi propio partido y de la coalición, no hubiera procedido de acuerdo con mis convicciones. Si queríamos tener una moneda común —y yo lo quería— y al mismo tiempo que cada país de la eurozona aplicara su propia política fiscal, económica y social, tal como estipulaba el Tratado de Lisboa, entonces

debíamos estar completamente seguros de que cada país miembro cumpliera con las normas establecidas conjuntamente. Me había comprometido a ello y había llevado su tiempo. La alternativa eran garantías sin condiciones, que gradualmente habrían conducido a que todos tuviéramos que hacernos responsables de la deuda de la eurozona, y estaba profundamente convencida de que tarde o temprano, e independientemente de las cuestiones jurídicas, eso habría socavado la confianza en la moneda.

En otras palabras, habría puesto aún más en peligro al euro que si seguíamos mi propio planteamiento. Por decirlo de otro modo, y retomando esa vieja disputa por la terminología utilizada, para mí, como canciller de la RFA, no era una alternativa razonable de la que pudiera haberme hecho responsable. Además, no era compatible con mi forma de entender el juramento que presté para asumir mi cargo tanto el 22 de noviembre de 2005 como el 28 de octubre de 2009.

En junio de 2010, el Consejo Europeo acordó introducir el denominado Semestre Europeo, y en otoño de 2010, el Consejo de Asuntos Económicos y Financieros (ECOFIN, siglas inglesas del Economic and Financial Affairs Council) también estableció formalmente las condiciones para que se desarrollara. El Semestre Europeo le permitió a la Comisión Europea revisar los proyectos de los presupuestos nacionales y los planes de reforma incluso antes de que fueran aprobados por los respectivos parlamentos nacionales. El primer Semestre Europeo se organizó a partir de 2011, y en febrero de 2011, Alemania y Francia también presentaron un Pacto para la

Competitividad que incorporaba nuestras ideas conjuntas sobre una coordinación más sólida de las políticas económicas, tal como las denominaba Alemania, o de la gobernanza económica, tal como la describía Francia. En el mes de marzo, este pacto fue adoptado por el Consejo Europeo como Pacto Euro Plus. Sin embargo, los diferenciales de los países especialmente afectados por la crisis del euro siguieron aumentando, y los actores de los mercados financieros exigieron más de lo que habíamos acordado con nuestros

fondos de rescate. Aspiraban a un instrumento con un poder ilimitado y querían obligarnos a que en caso de emergencia, se exigiera políticamente la intervención del BCE.

Desde hacía ya mucho, pese a que funcionaba con independencia de las directrices políticas, el BCE era responsable de la política monetaria. Cada estado era responsable de su propia política fiscal, y el eje central de la unión monetaria era la separación de las políticas monetaria y fiscal. Por lo tanto, bajo ninguna circunstancia debía permitir que se pusiera en peligro la independencia del BCE.

Esa independencia era precisamente lo que estaba en juego. Aprovechando la celebración de la Cumbre del G20 en Cannes los días 3 y 4 de noviembre de 2011, Sarkozy, Berlusconi, Barroso, Obama, de hecho todos, me colocaron bajo presión. Siempre exclamaban lo mismo:

«¡Necesitamos una bazuca, un puño de hierro!». Yo me defendía con uñas y dientes, incluso hasta las lágrimas. Jens Weidmann, presidente del Bundesbank y representante de Alemania en el Consejo de Gobierno del BCE, llegó a advertirme en una carta que recibí en Cannes que no debía ceder.

Unos seis meses más tarde, en junio de 2012, durante la Cumbre del G20 en Los Cabos (México), la presión no cejó. Mantenía amistad con el anfitrión de la cumbre, el presidente Felipe Calderón, que no entendía por qué yo insistía tanto en la independencia del BCE, para él un banco central tenía una función diferente. Por la noche, en una conversación entre los jefes de gobierno intentó convencerme una vez más con la ayuda de un símil.

—Angela —me dijo—, imagina que eres una niña y en el patio del colegio te atacan unos chicos mayores que tú. Como tienes un hermano mayor, lo más natural es que le pidas ayuda.

La niña era un país y el hermano mayor el BCE. Me dirigió una mirada cariñosa y triunfante, completamente seguro de haberme

convencido con un ejemplo tan cercano a la vida.

Muy seria le devolví la mirada cariñosamente y le dije:

—No me dejan hacerlo, no me permiten que recurra a mi hermano mayor para defenderme.

Tengo que arreglármelas sola.

Intuía que casi todos los que estaban sentados a mi alrededor dudaban de mi cordura o, por lo menos, pensaban que los alemanes somos simplemente raros. Sin embargo, también sabía que si solicitaba ayuda política al BCE, enseguida me denunciarían al Tribunal Constitucional Federal.

Y también sabía que no le habría hecho ningún favor al euro y, por consiguiente, tampoco a la Unión Europea.

A finales de 2011, Mario Draghi sucedió a Jean-Claude Trichet como presidente del BCE. El 26

de julio de 2012, en el marco de la Global Investment Conference celebrada en Londres, declaró lo siguiente: «Siguiendo nuestro mandato, el BCE está dispuesto a hacer todo lo necesario para preservar el euro. Y créanme, será más que suficiente, *whatever it takes*, cueste lo que cueste».

En septiembre, el BCE decidió introducir el programa Outright Monetary Transactions (OMT, siglas inglesas de Operaciones Monetarias de Compraventa). Con este instrumento, el BCE

estaba autorizado a realizar bajo ciertas condiciones compras ilimitadas de bonos emitidos por los Estados miembros de la eurozona. En Alemania se presentó un recurso de

inconstitucionalidad ante el Tribunal Constitucional Federal, que este elevó al Tribunal de Justicia de la Unión Europea. La sentencia fue

que el programa era compatible con los tratados de la UE. En lo que se refería a algunas especificaciones, el Tribunal Constitucional Federal coincidió con el punto de vista del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

No dejó de rumorearse repetidamente que antes de hacer su declaración, Draghi había hablado conmigo. No lo hizo y procedió como presidente de un BCE independiente. Durante el verano del 2012 vio que nosotros, los políticos, hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para estabilizar la moneda. Ahora sumaba la contribución del BCE. Obviamente, habían dado con la bazuca, y a partir de entonces los diferenciales no dejaron de bajar.

EN EL FILO DE LA NAVAJA

A principios del 2013 se fundó un nuevo partido llamado Alternative für Deutschland (AfD, Alternativa para Alemania). Obviamente, en la elección del nombre influyó el hecho de que durante la crisis financiera y del euro, yo hubiera utilizado las palabras «no existe alternativa».

Los fundadores del partido rechazaban la política de mi gobierno de estabilizar el euro. En cambio, yo estaba orgullosa de haber conseguido salvar el euro; no por nada había afirmado: «Si fracasa el euro, fracasará Europa». El nuevo partido se presentó a las elecciones generales del 22

de septiembre de 2013, y con un 4,7 % de los votos se quedó a las puertas de entrar en el Bundestag. Por el contrario, a pesar de los duros desencuentros a raíz de las medidas de rescate del euro, la CDU y la CSU alcanzaron un fantástico 41,5 % de los votos. Por su parte, por primera vez en la historia de la RFA, mi socio de coalición, el FDP, con un 4,8 % de los votos, no logró representación en el Bundestag. Lo lamenté mucho, aunque al mismo tiempo no me sorprendió del todo, ya que en la legislatura anterior había experimentado a los demócratas liberales como socios de coalición,

y no dejaron de manifestar su malestar con nuestra política de rescate del euro. Sin embargo, rara vez funciona bien querer ser al mismo tiempo el partido gobernante y la oposición en el gobierno. Por supuesto, esto no solo se aplica al FDP, sino que es una práctica política fundamental. El 17 de diciembre de 2013 fui elegida por tercera vez canciller federal, y volví a encabezar el gobierno con una gran coalición. El líder del SPD, Sigmar Gabriel, se convirtió en el nuevo vicecanciller y ministro de Economía, mientras que Wolfgang Schäuble siguió siendo el ministro de Finanzas.

Un año y medio después, tras las elecciones anticipadas celebradas en Grecia el 26 de enero de 2015, Alexis Tsipras sustituyó a Antonis Samarás como primer ministro. Tsipras era líder del partido Synaspismos Rizospastikis Aristeras (Coalición de la Izquierda Radical), más conocido como Syriza, un partido asociado con Die Linke (La Izquierda) en Alemania, y formó una insólita coalición con el partido nacionalista de derechas Anéxartiti Éllines (ANEL, Griegos Independientes). Su victoria se debió al descontento que los programas de rescate del euro generaron en muchos ciudadanos griegos. Durante la campaña electoral, Tsipras prometió liberar a Grecia de lo que llamó el yugo de la vigilancia de la troika. Su predecesor, Antonis Samarás, no había llegado a introducir del todo las reformas acordadas en el segundo programa de rescate.

Tras la toma de posesión de Tsipras, el Eurogrupo prorrogó el programa cuatro meses más, hasta finales de junio de 2015.

El lunes 23 de marzo de 2015, sobre las cinco de la tarde, recibí a Tsipras en su primera visita oficial a Alemania. Sentía curiosidad y estaba intrigada por descubrir qué personalidad iba a tener la oportunidad de conocer más de cerca. Era veinte años más joven que yo, y hasta la fecha

solo habíamos hablado dos veces por teléfono con la ayuda de intérpretes y nos habíamos visto brevemente en dos reuniones del Consejo Europeo en Bruselas. En aquel entonces me causó una

buena impresión, pero no puedo decir mucho más. Desde mis primeros encuentros supe que hablaba bien inglés y ahora le estaba esperando a la entrada del Patio de Honor de la Cancillería para recibirle con honores militares. Llegaba con retraso, porque Tsipras aprovechó la oportunidad para bajarse del coche oficial frente a la Cancillería y saludar personalmente a los manifestantes de Die Linke. Desde la distancia podía oír el lema «¡Viva la solidaridad internacional!». Yo solo abrigaba la esperanza de que no alargara demasiado el encuentro para que el ambiente de la visita no se echara a perder incluso antes de comenzar. No tardó en llegar, bajó del vehículo con una sonrisa amable y seductora. Le saludé y le hice un pequeño comentario sobre su encuentro con los manifestantes, respondió con seguridad y conciliador que nunca hay que olvidar a los que te apoyan, no pude más que recibir su respuesta con una sonrisa.

Innumerables fotógrafos nos apuntaban con sus objetivos y nos mantenían bajo su estrecha vigilancia. Tras los honores militares, nos dirigimos a mi despacho con nuestros respectivos intérpretes para mantener una entrevista personal. Ya acomodados en el tresillo, le di de nuevo la bienvenida y le comenté el gran interés que la prensa mostraba por nosotros dos, comentario que pareció agradaarle. Tuve la sensación de que con nuestro entendimiento ambos estábamos dispuestos a sorprender positivamente a la opinión pública.

Si no recuerdo mal, en la conversación con Tsipras insistí en mi firme determinación de que Grecia siguiera formando parte de la eurozona, aunque ambos debíamos trabajar en ello. Ya en el verano de 2012 había dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre los argumentos de quienes querían convencer a Grecia para que abandonara el euro. Sin embargo, no pudieron convencerme, y desde entonces mi actitud era clara, Grecia debía seguir formando parte de la eurozona. Expulsar a un país de la unión monetaria podía tener consecuencias imprevisibles, y una vez que un país la hubiera abandonado, la presión sobre el siguiente aumentaría. Además, el

euro era algo más que una moneda, y Grecia era la cuna de la democracia. No obstante, le advertí a Tsipras que para que su país permaneciera en la eurozona había que cumplir con unas condiciones. Y le dejé claro que mi intención era proseguir con los proyectos bilaterales que Alemania y Grecia habían iniciado en años anteriores. Entre ellos, el hermanamiento de nuestras ciudades gracias a la Asamblea Germano-Griega, una organización que trabaja en afianzar las relaciones germano-griegas en el ámbito municipal, en los programas de formación para los jóvenes griegos en Alemania, en las ayudas a la inversión y refuerzo de la labor de la Cámara de Comercio Germano-Griega. Sabía que Tsipras era escéptico sobre gran parte de la labor de nuestros gobiernos anteriores, pese a eso, prometió formarse una opinión de los diferentes proyectos.

Cuando al cabo de unos treinta minutos abandonamos mi despacho para reunirnos con nuestros jefes de gabinete, asesores de política europea y económica y portavoces de gobierno, aprovechamos para hablar de nuestras respectivas trayectorias políticas. Me habló de su familia y yo de Joachim y de sus hijos. Me dio la impresión de que Alexis Tsipras estaba bastante abierto a la cooperación y que quería abrirse camino poco a poco en un terreno desconocido. Este enfoque vital me resultaba muy familiar y atractivo.

En las conversaciones con nuestros colaboradores y durante la cena posterior, intentamos encontrar la manera de que el nuevo gobierno griego cumpliera con los requisitos de la troika sin tener que romper sus promesas electorales, lo que equivalía a la cuadratura del círculo. Antes de la cena celebramos una rueda de prensa, en la que Tsipras y yo logramos una pequeña obra de arte de la comunicación: con un tono amable y cercano, ninguno cedió en sus pretensiones. Las

diferencias eran grandes, aunque también la voluntad de encontrar una solución a ese cuello de botella.

Las semanas iban pasando y en las conversaciones de Grecia con la troika no se avanzaba realmente. Nuestros contactos directos tampoco ayudaron mucho. François Hollande, que desde las elecciones presidenciales de mayo de 2012 se había convertido en presidente de Francia, y yo trabajamos estrechamente. Ya estábamos en junio, y el Eurogrupo y la troika seguían sin encontrar una solución. El 22 de junio de 2015, ocho días antes de la expiración del segundo programa de rescate, se reunió un consejo especial de los jefes de Estado y de gobierno de la eurozona. Mientras tanto, Donald Tusk, primer ministro polaco entre 2007 y 2014, había sucedido a Herman Van Rompuy como presidente del Consejo Europeo, pero tampoco con él pudimos alcanzar una solución. Solicitamos a los ministros de Finanzas del Eurogrupo que siguieran trabajando, y tampoco tuvieron éxito. Los días 25 y 26 de junio de 2015, en una reunión ordinaria del Consejo Europeo, llegó de nuevo el turno de los jefes de Estado y de gobierno. Al margen de la agenda oficial, Tusk, Barroso, Hollande y yo negociamos con Tsipras.

Ponernos de acuerdo sobre los puntos clave del siguiente programa de rescate nos llevó hasta altas horas de la madrugada.

Cuando la mañana de la segunda jornada volvimos a reunirnos en el Consejo Europeo, Tusk presentó los resultados de las deliberaciones realizadas la noche anterior.

Tsipras guardó silencio, lo que me resultó extraño.

Me puse en pie, me acerqué a él y le dije en voz baja:

—Alexis, aún no has dicho nada. ¿No vas a intervenir?

Me contestó:

—No, Donald ya ha dicho todo lo que se tenía que decir.

Le pregunté asombrada:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Con toda la calma me respondió:

—Ahora mismo regreso a casa para consultar con mi gabinete los pasos que vamos a seguir.

Me quedé estupefacta, rodeé la mesa para dirigirme rápidamente hacia Hollande. Él también estaba asombrado. Ambos habíamos pensado, al igual que los demás, que Tsipras había aceptado el resultado de las negociaciones de la noche anterior. Tusk también se había pronunciado en este sentido.

Regresé con Tsipras y le pregunté:

—¿Cuál será el resultado de esa consulta?

—No lo sé —me respondió.

—¿Y cuándo lo sabrás? —le insistí.

—Esta tarde a última hora podré decírtelo.

Hollande y yo quedamos en hablar con él por teléfono a tres bandas.

Tras finalizar la reunión del Consejo Europeo, regresé a Berlín y desde allí viajé a Hohenwalde, desde donde hice la llamada. Tsipras nos informó a Hollande y a mí que su gabinete había decidido celebrar un referéndum sobre el programa de rescate acordado, pues era el pueblo el que debía decidir sobre una cuestión tan importante. Esa misma noche iba a anunciarlo a sus ciudadanos en un discurso televisado. Hasta aquí, todo bien. Entonces le pregunté cuál era el sentido del voto que su gobierno recomendaba al pueblo.

—Por supuesto, no al programa de rescate —me contestó escuetamente.

Aquel fue quizá el momento más sorprendente de todas las llamadas telefónicas que he

realizado a lo largo de mi carrera política. Por un momento, Hollande y yo nos quedamos mudos.

Finalizamos la conversación rápidamente. Las cosas seguirían su curso, por el momento no podía hacer nada más.

Al día siguiente, el Parlamento griego decidió celebrar el referéndum el 5 de julio de 2015.

Mientras no existieran perspectivas de un acuerdo para su prolongación, el Eurogrupo se negó a prorrogar el programa de rescate griego. Con el fin de evitar un corralito financiero, se introdujeron controles de capital. Los ciudadanos griegos con cuentas bancarias podían retirar solo sesenta euros al día. No podía ni imaginar una situación como esa en Alemania.

El 5 de julio de 2015, once millones de griegos votaron «no», con una participación de alrededor del 60 %, eso supuso el 61,3 % de los votos emitidos. Un día después, volé a París para discutir con Hollande qué hacer. Estábamos de acuerdo en que no solo en Grecia se había tomado democráticamente una decisión en contra del programa de rescate, sino que Alemania y Francia también eran democracias y sus parlamentos habían votado a favor de dicho programa.

Al mismo tiempo, queríamos seguir haciendo todo lo posible para mantener a Grecia en la eurozona.

Dos días después, el 7 de julio de 2015, se celebró en Bruselas una cumbre de la eurozona, que tampoco alcanzó resultados concretos. Wolfgang Schäuble me explicó que la mejor solución para todos sería que Grecia abandonara temporalmente la eurozona. En cambio, continué trabajando a favor de que Grecia siguiera siendo miembro de la eurozona. El euro era algo más que una moneda, simbolizaba

la irreversibilidad del proceso de unificación europea, y Grecia formaba parte de todo ello.

El 12 de julio de 2015 se celebró otra cumbre de la eurozona, tras la cual estaba previsto que se reuniera el Consejo Europeo. Quisimos hacer un último intento de encontrar una solución para Grecia en colaboración con ella, por lo que le pedí a Schäuble que me acompañara a Bruselas.

Durante las deliberaciones quería coordinar con él cada paso. Tusk, Barroso, Hollande y yo negociamos con Tsipras acompañados de nuestros colaboradores más estrechos. Por la mañana se nos unió Christine Lagarde, ex ministra francesa de Finanzas y directora gerente del FMI desde julio de 2011. En esta ocasión, llegado el momento crucial, los representantes griegos negociaron con gran implicación, pues Tsipras había incluido a excelentes expertos financieros en su delegación. El referéndum ya era historia. A lo largo de la mañana acordamos los puntos clave de un tercer programa de rescate financiado por el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). Con el fin de poder negociar los detalles del programa de rescate durante los días siguientes, la Comisión Europea concedió a Grecia un crédito puente. El 19 de agosto de 2015, el Bundestag aprobó el nuevo programa de rescate para Grecia. Previamente, en una declaración del gobierno, Schäuble, nuestro ministro de Finanzas, había solicitado la aprobación de hasta 86.000 millones de euros de ayuda del MEDE y había exigido como condición el apoyo del FMI, cuyo respaldo al segundo programa del FEEF se prolongó hasta 2016. Durante las negociaciones, el FMI aún no había decidido si participaría también en el tercer programa de rescate, y hasta julio de 2017 no tomó una decisión positiva al respecto. Sin embargo, no aportó más dinero. El programa del MEDE para Grecia finalizó en agosto de 2018. Los plazos de los préstamos del FEEF se ampliaron de nuevo de 32,5 a 42,5 años. En lugar de en 2023, su amortización debía iniciarse en 2033. Habíamos conseguido rescatar a Grecia.

El 10 de enero de 2019 cené con Alexis Tsipras en un restaurante de pescado en el Pireo.

Hablamos de nuevo sobre julio de 2015. Le dije que la continuidad de Grecia en la eurozona había estado en el filo de la navaja. Tsipras me explicó que había sido importante demostrarle a la población de forma convincente que el nuevo gobierno había hecho realmente todo lo posible para deshacerse de la odiada troika. Cuando los demás Estados miembros no accedieron a ello, quedó claro que se trataba de la postura básica de los griegos frente al euro, pues aunque la mayoría de los griegos rechazaba el programa de rescate, quería mantener el euro como moneda.

Así lo demostró la reelección de Tsipras en septiembre de 2015 en unas nuevas elecciones generales anticipadas. El euro demostró su fortaleza.

UCRANIA Y GEORGIA, ¿MIEMBROS DE LA OTAN?

AGRESIÓN A UCRANIA

El jueves 24 de febrero de 2022 marca un punto de inflexión en la historia europea tras el final de la Guerra Fría: ese día se hizo realidad lo que durante los meses, las semanas y los días anteriores se fue convirtiendo en una posibilidad cada vez más plausible. Putin, presidente de Rusia, había dado la orden a sus tropas de atacar Ucrania por tierra, mar y aire, lo que denominó una operación especial. Era una agresión a un país cuya población había votado a favor de la independencia en un referéndum celebrado el 1 de diciembre de 1991 con el 90 % de los votos emitidos. El ataque de Putin estaba dirigido contra un país que el 5 de diciembre de 1994, durante la Cumbre de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), firmó el Memorándum de Budapest sobre Garantías de Seguridad, en el que se comprometió a renunciar a las armas nucleares estacionadas en su territorio desde la época soviética. A cambio, Ucrania confió en las garantías otorgadas por

Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia para proteger su integridad territorial. La agresión de Putin a Ucrania estaba dirigida contra un país cuyo primer presidente, Leonid Kuchma, firmó el 31 de mayo de 1997 en Kiev un tratado de amistad con el primer presidente de Rusia, Borís Yeltsin, que de nuevo contenía un compromiso para la integridad territorial de Ucrania. Además, se acordó que la flota rusa del mar Negro permanecería estacionada otros veinte años en Sebastopol, en la península ucraniana de Crimea.

Cuatro días antes se había firmado en París el Acta Fundacional de la OTAN-Rusia sobre Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad, que pretendía cimentar sobre una nueva base las relaciones entre ambas partes. La guerra de Putin contra Ucrania estaba dirigida contra un país cuya oposición había luchado para que se anularan por fraude los resultados de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de noviembre de 2004, manifestaciones y protestas que se denominaron Revolución Naranja por el color electoral del partido de Víktor Yúshchenko, el candidato de la oposición. El 26 de diciembre de 2004, en la repetición de la segunda vuelta electoral, se impuso a su rival, Víktor Yanukóvich, el antiguo primer ministro. La agresión de Putin estaba dirigida contra un país que incluso antes de la Revolución Naranja había expresado cada vez más su deseo de convertirse en miembro de la OTAN, tal como antes habían hecho Polonia, la República Checa y Hungría en marzo de 1999 y Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Bulgaria, Eslovenia y Eslovaquia en marzo de 2004. Estaba dirigida contra un país que durante la cumbre de la OTAN de 2008 en Bucarest esperaba entrar en el Plan de Acción para la Adhesión (MAP, siglas inglesas de Membership Plan Action), la fase preliminar para ingresar en la OTAN. Francia y Alemania, Nicolas Sarkozy y yo, rechazamos la inclusión de Ucrania en este plan. Tras la agresión en 2014 de Rusia a Crimea, la supuesta operación especial de Putin del 24

de febrero de 2022 no era otra cosa que un ataque que esta vez incluyó a toda Ucrania, y en el que Rusia violó la integridad territorial

y la soberanía de un Estado independiente, una flagrante violación del derecho internacional.

A principios de abril de 2022, ni seis semanas después del inicio de la guerra, en Bucha las tropas ucranianas consiguieron hacer retroceder a los agresores rusos lo suficiente como para liberar el suburbio de Kiev, la capital ucraniana, y se encontraron con la imagen del horror. En

las primeras semanas de la guerra, las tropas rusas habían llevado a cabo una masacre, y se descubrieron cientos de cadáveres, la mayoría de ellos civiles. Al parecer, muchas personas fueron primero torturadas y luego asesinadas. En un mensaje grabado emitido en la noche del domingo 3 de abril de 2022, el presidente ucraniano, Volodímir Zelenski, se dirigió a su pueblo y, entre otras cosas, dijo que en 2008, los Estados que integraban la OTAN habían rechazado la admisión de Ucrania en la Alianza debido al «absurdo miedo de algunos políticos» a Rusia. Y

añadió: «Invito a la señora Merkel y al señor Sarkozy a que visiten Bucha y vean a qué ha conducido la política de concesiones durante catorce años a Rusia».

En aquel momento, yo ya no era canciller, estaba en Italia con unos amigos, visitando museos e iglesias en Florencia y Roma. Era un viaje que teníamos planeado desde hacía meses, cuando aún estaba en el cargo. Tras un período de descanso en el mar Báltico y en mi casa del Uckermark, era mi primer viaje de vacaciones desde que abandoné el cargo. Fuera de las vacaciones de verano, de Semana Santa o de Navidad, durante mi carrera política en activo nunca pude permitirme una semana de vacaciones dedicada a la cultura. Las fotos de los paparazis en las que aparecía por las calles de Florencia se recortaban contra las imágenes de Bucha y de la invitación de Zelenski. Pedí a mi oficina que emitiera una declaración en la que expresaba mi «total apoyo» a todos los esfuerzos del gobierno alemán y de la comunidad internacional por apoyar a

Ucrania y poner fin a la barbarie y la guerra de Rusia contra Ucrania, aunque la primera frase dejaba claro que: «Con relación a la cumbre de la OTAN de 2008 en Bucarest, la ex canciller federal, la doctora Angela Merkel, mantiene la postura que asumió entonces». Y hoy en día sigue siendo así. ¿Por qué?

CUMBRE DE LA OTAN EN BUCAREST

En Bucarest no se decidió sobre el ingreso de Ucrania y Georgia en la OTAN, sino que las deliberaciones se centraron más bien en si la Alianza debía pedir a ambos países que elaboraran un Plan de Acción para la Adhesión (MAP) con el fin de alcanzar el estatus MAP, el paso previo en el proceso de adhesión a la OTAN. Ucrania y Georgia ya habían solicitado este estatuto. Que en Bucarest se tomara una decisión al respecto no significaba que la Alianza decidiera definitivamente sobre el ingreso, si bien políticamente para ambos países sí suponía un compromiso de la OTAN que difícilmente podía revertirse. Tras 1999 y 2004, tal decisión habría sido el preludio de una tercera gran ampliación de la OTAN.

Tras el final de la Guerra Fría, yo comprendía el deseo de los países de Europa Central y Oriental de convertirse lo antes posible en miembros de la OTAN para formar parte de la comunidad occidental. No cabía duda de que Rusia no podía ofrecer lo que ansiaban estos países: libertad, derecho a la autodeterminación y prosperidad. De ninguna manera necesitaban que Estados Unidos los sedujera con dinero, como Putin me había comentado en Tomsk en nuestro viaje en coche hasta el aeropuerto, a no ser que entiendas la prosperidad como seductora. Y, por supuesto, lo era, también para nosotros en la RDA en 1989 e incluso en 1953, cuando se produjo un levantamiento popular contra el régimen del SED, porque para nosotros, los humanos, se trata siempre de «la búsqueda de la felicidad», tal como reza el preámbulo de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América de 1776, que difícilmente podría haberse formulado de forma más maravillosa.

Sin embargo, la OTAN y sus Estados miembros tenían que calibrar las posibles repercusiones de cada ampliación en su seguridad, estabilidad y capacidad de funcionamiento. La admisión de un nuevo miembro no solo debía aportar más seguridad al candidato, sino también a la OTAN.

Por eso existen criterios para la admisión de un país, que además de sus capacidades militares tienen en cuenta su estructura interna. Esto también se aplicaba a Ucrania y Georgia.

La Flota del Mar Negro de la Armada rusa estaba estacionada en la península de Crimea, que formaba parte del territorio de Ucrania, y el correspondiente tratado entre Ucrania y Rusia estuvo vigente hasta 2017. Ninguno de los candidatos a la adhesión a la OTAN había tenido nunca semejante implicación con las estructuras militares rusas. Además, en aquel momento solo una minoría de la población ucraniana apoyaba el ingreso del país en la OTAN. Una profunda grieta recorría el país. En Georgia, en las regiones de Osetia del Sur y Abjasia existían conflictos territoriales sin resolver que según las normas generales de la OTAN constituían un motivo para no atender la solicitud de adhesión del país. Así pues, la situación de estos dos países difería significativamente de la de los países de Europa Central y Oriental que ya se habían incorporado a la OTAN.

Por supuesto, no existía el derecho de veto para un país que no fuera miembro de la OTAN, ni siquiera para Rusia, eso habría contradicho el principio de libertad de elección de la Alianza acordado en la Carta de París por 32 países europeos, Estados Unidos y Canadá durante la reunión de la CSCE de noviembre de 1990. Al igual que, a la inversa, si un país solicitaba la adhesión, no existía un automatismo de aceptación.

Me pareció una imprudencia temeraria debatir el estatus MAP para Ucrania y Georgia sin analizar también la visión de Putin sobre el asunto. Desde que Putin accedió a la presidencia de su país en

2000, había hecho todo lo posible por que Rusia volviera a ser un actor en la escena internacional al que nadie pudiera ignorar, en especial Estados Unidos. A Putin no le interesaba construir estructuras democráticas ni fomentar la prosperidad para la población mediante una economía que funcionara bien, ni en su país ni en ningún otro, sino que más bien, y en la medida de lo posible, quería contrarrestar el hecho de que Estados Unidos hubiera salido victorioso de la Guerra Fría. Quería que tras el final de la Guerra Fría, Rusia siguiera siendo un polo indispensable en un mundo multipolar, y para lograrlo recurrió principalmente a su experiencia en el ámbito de los servicios de seguridad.

En la Conferencia de Seguridad de Múnich, celebrada el 10 de febrero de 2007, un año antes de la cumbre de la OTAN en Bucarest, pronuncié el discurso inaugural. En consonancia con las palabras «Paz a través del diálogo» que se destacaban a mis espaldas, hablé de la cooperación ante los desafíos globales; y a pesar de las diferencias de opinión, pedí un diálogo constante con Rusia. A continuación tomó la palabra Putin, que habló de un mundo de un solo polo y preguntó:

«Pero ¿qué es un mundo de un solo polo? No importa cómo se adorne el término, al fin y al cabo significa solo una cosa: existe un centro de poder, un centro de fuerza, un centro de toma de decisiones. Es el mundo de un solo propietario, de un soberano». Más adelante aportó nombres:

«Asistimos a un desprecio cada vez mayor de los principios fundamentales del derecho internacional, es más, algunas regulaciones, de hecho, casi todo el sistema jurídico de un Estado, sobre todo, por supuesto, el de Estados Unidos, ha sobrepasado sus límites en todos los ámbitos: se está imponiendo a otros países en las esferas económica, política y humanitaria». Putin apuntaba únicamente a Estados Unidos como punto de referencia, por no decir que soñaba con regresar a los papeles que la antigua Unión Soviética y Estados Unidos habían desempeñado durante los viejos

tiempos de la Guerra Fría, cuando se enfrentaron como las dos superpotencias que eran. Entre otros temas, en Múnich se refirió a la guerra de Irak y habló de un «uso casi ilimitado e hipertrofiado de la fuerza», cuestionó el sistema de defensa antimisiles previsto por Estados Unidos en Europa, y afirmó que la ONU no debía ser sustituida por la UE y la OTAN —

en alusión a la misión de la OTAN en Serbia sin mandato de la ONU — y que la expansión de la

OTAN había constituido un factor de provocación. Finalizó su discurso con las siguientes palabras: «Rusia es un país con una historia milenaria y casi siempre tuvo el privilegio de poder llevar a cabo una política exterior independiente. En la actualidad tampoco cambiaremos esta tradición, pues vemos muy claramente cómo ha cambiado el mundo y evaluamos con realismo nuestras propias posibilidades y potencial. Y, por supuesto, nos gustaría trabajar con socios responsables e igualmente independientes para construir un mundo justo y democrático, en el que la seguridad y la prosperidad estén garantizadas no solo para unos pocos elegidos, sino para todos».

Yo estaba sentada en primera fila. El asiento de mi izquierda estaba libre, reservado para Putin, mientras que Víktor Yúshchenko, presidente de Ucrania, se sentaba a mi derecha. A la izquierda, junto al pasillo, estaban sentados Robert Gates, secretario de Defensa de Estados Unidos, y los congresistas y senadores americanos. Durante su discurso, pude observar bien a Putin, hablaba deprisa, a veces improvisando, probablemente había escrito él mismo la mayoría de las palabras, si no todas. En concreto me exasperó su egolatría: ni una palabra sobre los conflictos sin resolver a las puertas de su casa en Nagorno-Karabaj, Moldavia y Georgia, críticas a la misión de la OTAN en Serbia, pero ni una palabra sobre las atrocidades cometidas por los serbios durante la desintegración de la antigua Yugoslavia, y ni una palabra sobre el desarrollo de los acontecimientos en la propia Rusia. También había puntos que no me parecieron del todo

fuera de lugar. Las críticas a la guerra de Irak habían demostrado estar justificadas, pues, como es bien sabido, nunca se aportaron pruebas de la existencia de armas químicas en Irak. Tampoco estaba de acuerdo con que no se hubiera conseguido adaptar el Tratado de las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE), mediante el cual la OTAN y el Pacto de Varsovia establecieron en 1990 un límite a los sistemas de armamento pesado en Europa, lo que se hizo necesario tras la disolución del Pacto de Varsovia, la desaparición de la Unión Soviética y la adhesión de los países de Europa del Este a la OTAN. Las disputas entre Rusia y, en particular, Estados Unidos, en torno a la ratificación del Acuerdo de Adaptación del Tratado FACE, subieron de tono por la presencia de observadores militares rusos en Georgia, y lamenté que por eso no se alcanzara un acuerdo. Sin embargo, no pude introducir cambios, pues las bases se establecieron antes de que yo asumiera el cargo.

En el discurso de Múnich, Putin se presentó tal como yo lo conocía, como alguien que siempre permanecía en guardia para evitar que le trataran mal y dispuesto a marcar el terreno, incluidos los juegos de poder con el perro o hacer esperar a los demás. Este comportamiento podía parecerme infantil, reprobable, podía sacudir la cabeza en señal de desaprobación. No obstante, eso no significaba que Rusia desapareciera del mapa.

¿Qué consecuencias podía haber tenido que una vez alcanzado el estatus MAP, Ucrania y Georgia se encontraran durante un tiempo a las puertas de la OTAN pero sin poder beneficiarse de las garantías de seguridad del artículo 5 del Tratado de la OTAN?

Me pareció ilusorio suponer que el estatus MAP hubiese protegido a Ucrania y Georgia de la agresión de Putin, que aquel estatus hubiera surtido tal efecto disuasorio que Putin habría aceptado los acontecimientos sin intervenir. ¿Realmente alguien se podía imaginar, que en un caso de emergencia los Estados miembros de la OTAN hubieran respondido militarmente —

tanto con armamento como con tropas— e intervenido? ¿Hubiera sido concebible que como canciller federal hubiera solicitado al Bundestag un mandato de ese tipo para que nuestro ejército interviniera y conseguir una mayoría a favor? ¿En el año 2008? Si hubiera conseguido esa mayoría, ¿qué consecuencias hubiera tenido? Y si no la hubiera conseguido, ¿qué consecuencias hubiera tenido, no solo para Ucrania y Georgia, sino también para la OTAN? En las últimas

ampliaciones orientales, una vez concedido el estatus MAP, a cada uno de los países les llevó al menos cinco años convertirse en miembros de pleno derecho de la Alianza. Consideré que era una ilusión, una política basada en el principio de la esperanza, suponer que Putin simplemente dejaría pasar el tiempo entre que se les otorgaba el estatus MAP y el inicio de la adhesión de Ucrania y Georgia.

Por todas estas razones, estaba convencida de que no podía aceptar el estatus MAP para Ucrania y Georgia. Con este convencimiento, el 2 de abril de 2008 embarqué en un avión A310

puesto a disposición por el Ejército en la sección militar del aeropuerto de Berlín-Tegel para volar a Bucarest para asistir a la cumbre de la OTAN acompañada de Frank-Walter Steinmeier, ministro de Asuntos Exteriores, y nuestros colaboradores.

Ya a bordo, comentamos sobre todo lo que nos esperaba en Bucarest. Estaba fuera de duda que los otros dos países, Croacia y Albania, debían recibir una invitación de los por aquel entonces veintiséis Estados miembros para ingresar en la OTAN. Grecia se opuso a que se invitara al tercer país candidato, la antigua república yugoslava de Macedonia, debido a que no estaba de acuerdo en que siguiera utilizando ese topónimo para su país. Antes de la cumbre y al igual que muchos otros, en las conversaciones con esos dos países me había esforzado en repetidas ocasiones por presentar propuestas creativas, pero Grecia se mostró inflexible, pues alegaba

que el topónimo de Macedonia únicamente podía utilizarse para su región geográfica homónima. Fue necesaria la valiente y decisiva actuación del primer ministro griego, Alexis Tsipras, y de su homólogo macedonio, Zoran Zaev, para resolver el problema diez años después.

En 2018 acordaron utilizar el topónimo Macedonia del Norte.

En lo que se refería al estatus MAP para Georgia y Ucrania, Steinmeier compartía mi opinión.

En los meses previos había coordinado de cerca esta cuestión no solo en el gobierno alemán, sino también con Nicolas Sarkozy, el presidente francés. Otros países de Europa Occidental compartían nuestra opinión; por el contrario, la mayoría de los países de Europa Central y Oriental apoyaban la línea de Estados Unidos de aprobar durante la cumbre de Bucarest el estatus MAP de Ucrania y Georgia.

George W. Bush estaba al tanto de mi negativa, en repetidas ocasiones desde el 2007

habíamos hablado de la cuestión, incluso durante mi visita a su rancho y en muchas conversaciones telefónicas. Durante una visita a Kiev la víspera de la cumbre, Bush reafirmó al presidente ucraniano, Víktor Yúshchenko, y a la primera ministra, Yulia Timoshenko, su voluntad de acordar en Bucarest un estatuto MAP para Ucrania y Georgia. Sin embargo, en el seno de la Alianza tal resolución solo podía ser aprobada por unanimidad, así que eran dos trenes lanzados el uno contra el otro. Ahora había llegado el momento de cumplir con esa promesa, y enfrentarse en público al presidente de Estados Unidos no era ninguna tontería. ¿Quizá se pensaba que yo cedería bajo la presión de la opinión pública? Todavía recordaba con aprensión la división que se produjo en 2003 en la OTAN con motivo de la intervención militar en Irak y los efectos que tuvo en la cooperación en la Unión Europea y del tiempo que requerimos para poder volver a colaborar de una manera constructiva. No obstante,

con el argumento de que ello le concedía a Rusia un derecho al veto, Estados Unidos y muchos de los países de Europa Central y Oriental hicieron oídos sordos a nuestras objeciones a que Ucrania y Georgia ingresaran en la OTAN. Con ese argumento resultaba casi imposible sopesar con detenimiento los pros y los contras de cada una de las propuestas.

Steinmeier y yo sabíamos que nos esperaban horas difíciles. Aterrizamos en Bucarest poco antes de las cinco de la tarde. Me dirigí junto con Christoph Heusgen directamente a la cena de trabajo de los jefes de Estado y de gobierno de los países miembros de la OTAN en el Palacio

Cotroceni, antigua residencia real y actual residencia oficial del presidente de la República, mientras que Steinmeier asistía a una cena de los ministros de Asuntos Exteriores en el Palacio del Parlamento rumano. Hacia las seis fui recibida por Traian Băsescu, presidente de Rumanía, y Jaap de Hoop Scheffer, secretario general de la OTAN. A medida que iban llegando los veintiséis participantes, nos reunimos en una habitación próxima al salón Unirii, donde iba a celebrarse la cena. Me dediqué a charlar con los presentes, en el aire se respiraba cierta tensión debida al desacuerdo. Cuando llegó Nicolas Sarkozy, mantuvimos una conversación a solas.

—¿Qué opinas de la visita de George a Kiev ayer? ¿Cómo se supone que va a acabar todo esto? —le pregunté.

—Él sabrá —respondió—. ¿Seguimos de acuerdo en que no apoyamos su propuesta?

—Sí —dije—, no me gusta tener que enfrentarme, pero esta vez creo que es necesario, aunque no sepa cómo va a acabar todo.

Acordamos que con motivo de la celebración del sexagésimo aniversario de la Alianza el año siguiente, en mi discurso vespertino invitaría a los jefes de Estado y de gobierno a Kehl, en Alemania, y a Estrasburgo, en Francia. Con la organización conjunta de la cumbre

queríamos conmemorar el acierto de un orden de paz europeo alcanzado gracias a la contribución decisiva de la OTAN desde su fundación en 1949. El paseo conjunto de todos los jefes de Estado y de gobierno por el Puente de Europa, que unía las dos ciudades a orillas del Rin, debía convertirse en la expresión visible de nuestra cooperación pacífica.

La cena comenzó en un salón de cuyo techo colgaban enormes arañas de cristal. A los discursos de bienvenida del anfitrión y del secretario general de la OTAN les siguió un *tour de table*, es decir, una mesa redonda en la que cada participante debía tomar la palabra. Como muchos otros pedí la palabra bastante pronto, pese a que transcurrió un tiempo hasta que me la concedieron. Desde las primeras intervenciones quedó claro que la mayoría de los asistentes no tenía ganas de iniciar un debate polémico y muchos esperaban que las cuestiones conflictivas se resolvieran entre bastidores. Cuando de Hoop Scheffer me concedió la palabra, hablé en primer lugar de la misión de la OTAN en Afganistán, pues al día siguiente estaba prevista una reunión con Hamid Karzai, el presidente afgano. A continuación hice hincapié en mi oposición al estatuto MAP de Ucrania y Georgia. En su intervención, Nicolas Sarkozy apoyó mi argumentación.

Aquella noche en Bucarest no tuvo lugar ninguna disputa acalorada; sin embargo, tampoco se abrió una vía para dar con una solución. Más bien aumentó la tensión por saber si el problema se resolvería al día siguiente y cómo.

La sesión de trabajo decisiva del Consejo del Atlántico Norte, el principal órgano de decisión política de la OTAN, se inició a las 8:55 de la mañana siguiente tras una ceremonia de apertura.

A esta reunión asistieron los jefes de Estado y de gobierno, los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa y otras cinco personas por delegación. Los jefes de gobierno volvimos a esperar en una sala

aparte hasta que llegaron todos. Yo había llegado temprano, y George W. Bush se me acercó y me dijo:

—Buenos días, Angela. Aún tenemos un problema pendiente de resolver. ¿Crees que podrías hablar de ello con Condy?

Se refería a Condoleezza Rice, la secretaria de Estado, a la que conocía bien. Aunque no es habitual que un jefe de gobierno negocie con la ministra de Asuntos Exteriores de otro país, se trataba del presidente de Estados Unidos e hice una excepción, pero en otra situación me habría negado. Pensé que George W. Bush había comprendido que me oponía seriamente a conceder el

estatus MAP a Georgia y Ucrania y que se acercaba la hora de alcanzar un acuerdo. Obviamente, Bush quería evitar un enfrentamiento directo conmigo. Así que le contesté que estaba dispuesta, pues a mí tampoco me interesaba que hiciéramos un espectáculo de nuestro enfrentamiento.

Pareció aliviado y se alejó de mí.

La siguiente sesión de trabajo se celebró en un enorme salón del Palacio del Parlamento que el presidente Nicolae Ceaușescu mandó construir en la década de los ochenta según sus ideas. El 25

de diciembre de 1989, el dictador fue condenado a muerte por un tribunal militar y ejecutado ese mismo día. Ahora los jefes de Estado y de gobierno de los países miembros de la OTAN se reunían en este palacio, otro signo de la victoria de la libertad y la democracia sobre la falta de libertad y la dictadura. Nos sentamos alrededor de una enorme mesa en la que cada delegación contaba con dos asientos, con Frank-Walter Steinmeier a mi izquierda y los demás miembros de la delegación sentados a nuestras espaldas. Nicolas Sarkozy se sentó a mi derecha, los asientos estaban dispuestos según el orden alfabético de los países representados y la traducción de los nombres de nuestros países al inglés dio lugar a esta disposición de los asientos. George W. Bush se sentó frente a mí.

Cuando me llegó el turno de palabra —él aún no había hablado—, me escuchó con atención.

Durante mi discurso también aproveché para lanzarle alguna mirada, y con el fin de contradecir la impresión de que no quería que Ucrania y Georgia se convirtieran nunca en miembros de la OTAN, afirmé: «Algún día estos dos países también se convertirán en miembros de la OTAN».

En ese momento vi cómo tomaba nota. Al finalizar mi intervención, envió a uno de sus colaboradores con una nota para Christoph Heusgen, que estaba sentado detrás de mí. En la nota estaba apuntada la frase que yo había pronunciado en inglés: «One day they will become members of NATO».

Una vez finalizado mi discurso, Heusgen se me acercó y me trasladó la pregunta del presidente de Estados Unidos de si pensaba que esa frase se podría incluir en la resolución de la cumbre. Lo consulté brevemente con Steinmeier y Sarkozy y accedí a ello, siempre con la condición de que se renunciara a conceder el estatus MAP a Ucrania y Georgia. Heusgen informó de mi respuesta a un colaborador de la delegación estadounidense, que a su vez se la transmitió a su presidente. Bush habló brevemente con su secretaria de Estado. A continuación pidió a Christoph Heusgen que se reuniera con ella para hablar un momento sin ser molestados detrás de una pesada cortina que dividía el salón como un tabique.

Cuando al cabo de un rato Heusgen regresó, nos informó a Steinmeier y a mí de la conversación: Condoleezza Rice insistía en el estatus MAP para Ucrania y Georgia. Algo molesta le pedí a Heusgen que les comunicara a los estadounidenses que no iba a cambiar de postura sobre el MAP, y a continuación pude observar que un miembro de la delegación estadounidense hablaba con un miembro de la delegación polaca. Lech Kaczyński, el presidente polaco, actuaba como una especie de portavoz de los Estados miembros de Europa del Este. Por los rostros de los representantes polacos deduje que estaban de todo menos satisfechos. No obstante, le pedí a Heusgen que por precaución trabajara en la formulación de un acuerdo sobre la base de lo que yo había afirmado. Al cabo de una media hora me entregó un papel con algunas propuestas que había desarrollado junto con su colega francés. El núcleo del texto constituía mi frase sobre el futuro ingreso en la OTAN de Georgia y Ucrania. Nicolas Sarkozy también se mostró de acuerdo con el texto. El tiempo apremiaba, ya que la siguiente reunión con los países

candidatos, Albania y Croacia, debía comenzar a las 11:35 horas y la rueda de prensa del secretario general estaba anunciada para las 12:35 horas.

Una vez que hubieron intervenido todos, se interrumpió la reunión. De Hoop Scheffer pidió

que solo permanecieran en la sala los jefes de Estado y de gobierno, además de un colaborador por país, por lo que pedí a Christoph Heusgen que permaneciera conmigo. Mientras la mayoría de la gente abandonaba la sala, vi que un grupo de personas se había reunido lejos de la mesa de negociación. Al observar más de cerca me di cuenta de que eran los presidentes de los países de Europa del Este. Lech Kaczyński estaba sentado en una silla en el centro del grupo y a su alrededor se habían colocado Valdas Adamkus, Valdis Zatlers y Toomas Hendrik Ilves, presidentes respectivos de Lituania, Letonia y Estonia, así como el presidente anfitrión, Traian Băsescu, y algunos otros. Nicolas Sarkozy había abandonado el salón por unos instantes. Como no quería que las desavenencias se profundizaran aún más, decidí acercarme al grupo. En la mesa de negociaciones solo permaneció una persona, George W. Bush, que observaba todo lo que sucedía.

Cuando Lech Kaczyński me vio llegar se puso en pie de inmediato y me ofreció su silla.

Incluso en los enfrentamientos más acalorados nunca olvidaba la vieja etiqueta de la cortesía polaca, que yo conocía de mis muchos encuentros con los amigos polacos. Su gesto me conmovió, así que acepté su oferta y de repente me encontré en el centro de la discusión. Entre nosotros hablábamos en inglés, aunque los intérpretes estaban cerca. Expuse mis argumentos una vez más y añadí:

—Si no alcanzamos un acuerdo les haremos un gran regalo a todos los que se oponen a la OTAN, en especial al presidente ruso Putin —

pensando en que Putin debía asistir al Consejo OTAN-Rusia (NRC) del día siguiente—. Podemos permanecer sentados aquí durante días, pero mi declaración de principio sobre la pertenencia a la OTAN será mi última palabra: no estoy de acuerdo con el MAP para Ucrania y Georgia —repetí lo que ya había dicho en la mesa redonda.

Discutimos durante media hora. En un momento dado, Condoleezza Rice se unió a nosotros y todo volvió a empezar, no hacíamos más que dar vueltas al mismo asunto. En última instancia, Lech Kaczyński sugirió suprimir las palabras «algún día» de mi frase, cosa que yo podía aceptar.

A partir de entonces, todo se desarrolló con mucha rapidez. Los europeos habíamos alcanzado un acuerdo, Condoleezza Rice se reunió con su presidente, que seguía sentado a la mesa de negociaciones, habló con él, regresó al cabo de poco tiempo y nos dijo que también estaban de acuerdo. Se informó al secretario general y se pudo reanudar y finalizar la sesión.

No hubo estatus MAP para Ucrania y Georgia, y tal como ocurrió durante la guerra de Irak, no se produjeron desavenencias en la Alianza. Era algo que yo había querido evitar a toda costa, aunque no pude evitar tener que hacer una declaración en Bucarest sobre las perspectivas de Ucrania y Georgia de entrar en la OTAN. El compromiso era necesario, pese a que como todo compromiso tuvo un precio: que Georgia y Ucrania no hubieran obtenido el estatus MAP había supuesto una negativa a sus esperanzas, pero para Putin, que la OTAN se hubiera comprometido en cierta manera con el futuro ingreso de ambos países en la Alianza venía a ser una declaración de guerra. Más adelante y en otro contexto que ya no recuerdo con detalle, él me dijo: «Tú no serás canciller federal para siempre. Y entonces ellos se convertirán en miembros de la OTAN.

Eso es lo que quiero evitar». Y pensé: tampoco tú serás presidente para siempre. Sin embargo, en Bucarest mi preocupación por las futuras tensiones con Rusia no disminuyó. Hacia las dos de la tarde,

un poco después de lo previsto, el presidente francés y yo presentamos conjuntamente a la prensa el acuerdo alcanzado. En una situación tan compleja pudimos confiar los unos en los otros, y lo mismo se puede aplicar a mi colaboración con Frank-Walter Steinmeier.

A las 8:40 de la mañana del día siguiente, el último de la cumbre, tuvo lugar la reunión de una comisión OTAN-Ucrania con el presidente Yúshchenko. Aunque debió de haberse sentido

decepcionado, en su discurso no dejó entrever su insatisfacción con el acuerdo alcanzado. Su deseo era que Ucrania se integrara en una alianza de seguridad colectiva para hacer irreversible la independencia del país. Lo más probable era que experimentara en propia piel el poder de influencia de Rusia cuando durante la campaña de las elecciones presidenciales en septiembre de 2004 fue envenenado con una dioxina tóxica.

La reunión del Consejo OTAN-Rusia estaba prevista para las once de la mañana, y una vez más Putin se hizo esperar. Era su primera visita a una cumbre de la OTAN desde la reunión celebrada en Roma en 2002. En ese tiempo, en marzo de 2003 estalló la guerra de Irak; a finales de 2007, tras la negativa de los Estados miembros de la OTAN a ratificarlo, se produjo la salida rusa del Tratado FACE; y a principios de 2008, Kosovo declaró su independencia, que con arreglo al derecho internacional, Rusia no reconoció, a diferencia de la mayoría de los miembros de la OTAN. También era la última conferencia internacional a la que Putin asistía como presidente. Su sucesor, Dmitri Medvédev, ya había sido elegido y debía tomar posesión del cargo el 7 de mayo de 2008, mientras que el propio Putin asumía el cargo de primer ministro de Rusia durante los cuatro años siguientes. En agosto de 1999 ya había ocupado ese puesto durante diez meses por encargo del entonces presidente Yeltsin, al que finalmente sucedió en el año 2000. Al día siguiente, Putin esperaba la visita de George W. Bush. A pesar de las diferencias de

fondo, Estados Unidos y Rusia estaban dispuestos a proseguir con el diálogo.

El discurso de Putin fue menos vehemente de lo que me tenía acostumbrada en las muchas conversaciones que mantuve con él, y dejando de lado alguna transigencia previa, fue claro en su intención. Después repitió ante la prensa lo que él consideraba puntos críticos: «La ampliación constante de la OTAN, la introducción de infraestructuras militares en los territorios de los nuevos miembros de la Alianza, la crisis en torno al Tratado sobre Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (Tratado FACE), Kosovo, los planes de Estados Unidos de desplegar en Europa elementos estratégicos para implementar su escudo antimisiles». A pesar de su tono relativamente amable, resultaba imposible ignorar que el contenido de sus declaraciones era sorprendentemente similar al de las que había realizado más de un año antes durante la Conferencia de Seguridad celebrada en Múnich. Como entonces, estaba muy claro que no hablaba por capricho.

Cuatro meses después, en julio de 2008, estallaron los combates entre las milicias de Osetia del Sur y el ejército georgiano. La noche del 8 de agosto de 2008, Georgia intentó hacerse con el control militar de Osetia del Sur. Durante el enfrentamiento fallecieron miembros de las supuestas fuerzas de paz enviadas por la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Las tropas rusas aprovecharon la oportunidad para atacar al ejército georgiano y avanzar hacia el corazón de Georgia. Rusia justificó su intervención alegando la necesidad de proteger a la minoría rusa. Georgia solicitó apoyo militar a Estados Unidos, que decidió no entrar en una confrontación militar directa con Rusia y rechazó la petición de ayuda. Durante el segundo semestre de 2008, Francia ocupó la presidencia del Consejo de la UE, por lo que en conversaciones con Medvédev y Putin, Nicolas Sarkozy negoció un plan de paz. Georgia lo firmó el 15 de agosto, y de acuerdo con Nicolas Sarkozy, ese mismo día volé a Sochi para encontrarme con el presidente Medvédev y apoyar la firma del acuerdo de paz, que Rusia firmó el

16 de agosto. Un día después, visité en Tiflis al presidente Míjeil Saakashvili para conocer su versión de la historia. A principios de 2004, tras la Revolución de las Rosas, Saakashvili fue elegido presidente de Georgia y sucedió a Eduard Shevardnadze. Por un lado, admiraba su impulso reformista, pero, por otro, me daba la impresión de que quería aparentar más fortaleza

frente a Rusia de la que en realidad tenía. Rusia había provocado el conflicto con Georgia y demostrado con claridad cuán vulnerable era ese país del Cáucaso situado justo en el cruce entre Europa y Asia. Una vez que finalizaron los combates, el ejército ruso permaneció en Osetia del Sur, desafiando el acuerdo de paz alcanzado y negando además el acceso a la zona a los observadores de la misión de paz de la Unión Europea. El conflicto se había estancado. Diez años después, en agosto de 2018, en una visita a la alambrada que divide Georgia de Osetia del Sur pude comprobar por mí misma la desoladora situación en que se encontraba el conflicto.

Regresé a casa desde Bucarest con sentimientos encontrados. Habíamos evitado una gran disputa, pero al mismo tiempo había quedado claro que en la OTAN no teníamos una estrategia común para hacer frente a Rusia. A la hora de invertir en las relaciones con Rusia, muchos europeos del centro y el este contaban con pocos incentivos y parecían desear que simplemente el país desapareciera, que no existiera. No podía culparles por ello, habían sufrido el dominio soviético durante mucho tiempo, y a diferencia de nosotros en la RDA, después de 1990 no habían tenido la suerte de contar con una reunificación pacífica y en libertad con una RFA profundamente arraigada en la Alianza europea y transatlántica.

Sin embargo, Rusia y su armamento nuclear existían. Era y sigue siendo geopolíticamente imprescindible, aunque solo sea porque junto a Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y China es uno de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU con poder de veto.

¿Esta referencia a la importancia de Rusia en la escena mundial es una expresión del «miedo absurdo» a este país que mencionó Volodímir Zelenski el 3 de abril de 2022 en su mensaje de vídeo a su ciudadanía tras conocerse la masacre de Bucha? No, es la expresión de valorar de forma diferente las consecuencias tanto para Ucrania y Georgia como para la OTAN que durante los años previos al ingreso en la Alianza podría haber tenido la aprobación del estatus MAP

como efecto disuasorio frente a Rusia.

PAZ Y AUTODETERMINACIÓN

EN UCRANIA

ASOCIACIÓN ORIENTAL

A pesar de mi postura negativa sobre el estatus MAP para Ucrania y Georgia, estaba a favor de intentar acercar a la Unión Europea a ambos países, así como a otras antiguas repúblicas soviéticas si estaban interesadas. Ya en 1994, la Comunidad Europea firmó con Rusia un Acuerdo de Colaboración y Cooperación que entró en vigor en 1997. Regulaba la colaboración en política comercial, preveía la creación de una zona de libre comercio y contemplaba la cooperación en ámbitos como la política social, la formación profesional, la ciencia, la tecnología y el transporte, así como la profundización en el diálogo político. La Comunidad Europea también firmó acuerdos similares con otras antiguas repúblicas soviéticas.

Paralelamente a la ampliación de la Unión Europea en 2004 con la incorporación de diez nuevos Estados —Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia, Eslovenia, República Checa, Hungría, Malta y Chipre—, al presentar una estrategia para la denominada Política Europea de Vecindad, la Comisión Europea llevó la cooperación con los vecinos orientales y meridionales a una nueva dimensión. Con esta nueva estrategia, cuyo enfoque me pareció muy acertado, les ofrecía la oportunidad de profundizar en la cooperación sin la perspectiva de una futura adhesión a la Unión.

Sobre esta base, el 13 de julio de 2008, en la Cumbre de París, se creó la llamada Unión por el Mediterráneo, que incluía a los por aquel entonces veintisiete Estados miembros de la Unión Europea, así como a dieciséis países ribereños del Mediterráneo.

De los Estados vecinos del este, Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania querían participar en la Política Europea de Vecindad, pero no Rusia, pese a que estuvieran a favor muchos Estados miembros de la UE, incluida Alemania. El presidente ruso Putin no quería que su país fuera tratado como otras antiguas repúblicas soviéticas; es más, después de que los países bálticos se convirtieran en miembros de la UE, hizo todo lo que estuvo en sus manos para dificultar el acercamiento de otras antiguas repúblicas soviéticas. Lo consideraba un obstáculo para sus propias aspiraciones de crear un centro de poder euroasiático dominado por Rusia después de que en el año 2001 ya hubiera empezado a reforzar la Unión Económica Euroasiática —una alianza político-económica de los Estados europeos y asiáticos sucesores de la Unión Soviética que se formó en 2000 y entró en vigor en 2001— para convertirla posteriormente en una unión aduanera. Cada vez tenía menos interés en una zona de libre comercio entre la Unión Europea y Rusia, tal como se había acordado en 1994, y en su lugar desarrolló la opinión de que las antiguas repúblicas soviéticas pertenecían a Rusia o a Occidente. No aceptó que estos países simplemente encontraran atractivo estrechar lazos con una alianza próspera y libre como la Unión Europea.

Tras la guerra de Rusia contra Georgia en agosto de 2008, entre los miembros de la Unión Europea, incluida Alemania, creció la voluntad de actuar sin o contra Rusia. Producto de ello, el 7 de mayo de 2009, durante la presidencia checa del Consejo de la UE, se celebró en Praga la cumbre fundacional de la denominada Asociación Oriental, con Azerbaiyán, Armenia, Georgia,

Moldavia, Bielorrusia y Ucrania, que tras la Unión por el Mediterráneo de diez meses antes, constituía la segunda etapa de la

Política Europea de Vecindad. La Asociación Oriental centró su atención en fomentar las estructuras democráticas y los contactos sociales, facilitar los visados, la seguridad fronteriza y la seguridad energética. Además, los Estados participantes eran libres de negociar con la Unión Europea acuerdos de asociación, incluidos acuerdos de libre comercio.

Lo que en teoría parecía sencillo, en la práctica resultó complicado. Como Putin tenía un interés estratégico en impedir tales acuerdos entre las antiguas repúblicas soviéticas y la UE, las amenazó con un drástico deterioro de sus tradicionalmente estrechas relaciones comerciales, cuestionó las concesiones comerciales existentes entre sus países y anunció la imposición de aranceles. De esta forma obligó a los Estados a elegir entre una cooperación más estrecha con Rusia o con la Unión Europea, un dilema casi imposible de resolver. Desde el principio, Azerbaiyán, que tenía sus propias reservas de petróleo y gas, no mostró ningún interés en un acuerdo de asociación con la UE, como tampoco lo hizo Bielorrusia, miembro de una unión aduanera con Rusia y Kazajistán. En un principio, el presidente de Armenia, Serzh Sargsián, expresó su interés, aunque tras una visita a Vladímir Putin en septiembre de 2013 se echó atrás, y quiso adherirse a la Unión Aduanera. La situación geográfica de su país y los conflictos con Azerbaiyán y Turquía no parecían dejarle otra opción, pues su país dependía económicamente casi por completo de Rusia. Aún más sorprendente resultó que Iurie Leancă, primer ministro de Moldavia, decidiera negociar un acuerdo de asociación con la Unión Europea a pesar de la evidente oposición de Rusia.

En 2011, Ucrania fue el primer país de la Asociación Oriental en concluir las negociaciones para un acuerdo de asociación con la UE. Antes se había producido un cambio de poder en el país, ya que en el 2010, Víktor Yúshchenko fue eliminado de la carrera presidencial en la primera vuelta al alcanzar solo el 5,5 % de los votos. En la segunda vuelta, celebrada en febrero de 2010, Víktor Yanukóvich se impuso a Yulia Timoshenko, destituida en 2005 de su cargo de

primera ministra por el mismo Yúshchenko. Estas dos figuras de la Revolución Naranja se habían peleado sin remedio. Conocía a Yulia Timoshenko por nuestro trabajo conjunto en el Partido Popular Europeo (PPE), en el que desde 2008, su partido, Unión Panucraniana «Patria», tiene estatus de observador, y la conocía como una persona experimentada, enérgica, dotada para la retórica y la argumentación. Entre el público era en especial conocida por su llamativa trenza.

Timoshenko estaba comprometida con el camino europeo de Ucrania, y era experta en navegar por el sistema político nacional, inclusive sus zonas grises. Tras ser acusada de haber cerrado durante 2009 contratos con Rusia para el suministro de gas natural en perjuicio de Ucrania, fue detenida en agosto de 2011. Como en la detención no podía descartarse un trasfondo político, la UE suspendió indefinidamente la rúbrica del Acuerdo de Asociación con Ucrania, lo que afectó a Ucrania en tiempos de grandes dificultades económicas. Ucrania requería préstamos del FMI, que a cambio exigía dolorosas reformas. Por su parte, Putin jugó con el palo y la zanahoria. Tras llevar ya más de un año siendo el nuevo presidente de Rusia, amenazó a Yanukóvich con elevados aranceles, y tal como se comentaba, le atrajo con bajos precios del gas y amplios compromisos financieros. Yanukóvich maniobró de un lado a otro.

Desde agosto de 2013, Ucrania tenía estatuto de observador en la Comunidad Económica Euroasiática. Además, Yanukóvich le exigió a la UE una suma de 160.000 millones de euros de ayuda para el año 2017, una cantidad ridículamente alta, al mismo tiempo que proponía un encuentro tripartito entre Rusia, Ucrania y la UE. Barroso, presidente de la Comisión Europea, rechazó la propuesta alegando la soberanía de cada Estado con poder de actuación individual fuera de la UE. A mí me pareció una equivocación, pues habría valido la pena intentarlo. Más

adelante, la Comisión Europea hizo las cosas de otro modo y ayudó más a menudo a Ucrania a negociar contratos de tránsito de gas con

Rusia.

Yanukóvich tuvo que decidirse y lo hizo. Pocos días antes de la cumbre de la Asociación Oriental, celebrada en Vilna, capital de Lituania, los días 28 y 29 de noviembre de 2013, el Parlamento ucraniano rechazó las mociones para liberar a Yulia Timoshenko y también suspendió los preparativos para la firma del Acuerdo de Asociación con la UE. En su lugar, el presidente Yanukóvich dio instrucciones a los ministerios competentes para que entablaran un diálogo con Rusia, los países de la Unión Aduanera y los Estados de la CEI. Al hacerlo, detuvo el acercamiento de Ucrania a la UE, lo que para muchos fuera del país supuso una sorpresa, pues obviamente se habían basado en el principio de la esperanza. Lo sentí sobre todo por la anfitriona de la cumbre, Dalia Grybauskaitė, presidenta de Lituania, que lo había preparado todo a la perfección para que Ucrania procediera a la firma del Acuerdo. La antigua comisaria de Presupuesto y Administración de la UE se había ganado con creces disfrutar del éxito en su propio país.

El jueves 28 de noviembre de 2013, sobre las siete de la tarde, llegué al Palacio de los Grandes Duques de Lituania. Aunque los ánimos estaban por los suelos, estaba prevista una reunión informal previa a la cena de los jefes de Estado y de gobierno de la UE. También fuera de la sede oficial del encuentro se celebraron animados debates y numerosos políticos de la oposición ucraniana se habían desplazado hasta allí, entre ellos Vitali Klichkó, ex campeón mundial de boxeo y presidente del partido Ukrainski Demokratichni Alians sa Reformi (UDAR, Alianza Democrática Ucraniana para la Reforma). Sentí pena por los moldavos y los georgianos, pues querían rubricar sus acuerdos, pero nadie reconocía sus esfuerzos. Se demostró una vez más que los titulares negativos casi siempre eclipsan a los positivos.

A la mañana siguiente, a las ocho y cuarto, me reuní durante unos cuarenta minutos con Víktor Yanukóvich en el Grand Hotel Kempinski, donde estaba alojada. Tras saludarle le pregunté:

—Viktor, no puedo explicarme el giro que has dado, no lo entiendo. Tú mismo has afirmado que quieres firmar el Acuerdo. Ahora que ha llegado el momento, te echas atrás.

Sentado frente a mí había un hombre alto y fuerte, que transmitía la sensación de inquietud.

En nuestra conversación nos acompañaban intérpretes.

—Concédeme un poco más de tiempo —respondió Yanukóvich—, ahora mismo no puedo hacerlo. No es necesario que os apresuréis, algún día lo firmaré.

Qué podía decirle. El miedo le surgía de cada poro de su piel, es probable que él mismo supiera que estaba entre la espada y la pared. Consideraba pura retórica su petición de que se le concediera más tiempo, así que no tenía sentido intentar convencerle de que firmara. Por el momento, Putin había conseguido comprar su arrojo y colocar a Ucrania de su lado.

Nos despedimos y nos dirigimos en vehículos separados a LITEXPO, el centro de exposiciones y congresos en que se celebraba la cumbre oficial y se firmaron los Acuerdos de Asociación de la UE con Georgia y Moldavia.

LAS PROTESTAS EN EL MAIDÁN

Las manifestaciones en el Maidán de Kiev, la plaza central de la capital, y en otras ciudades del país comenzaron el mismo día de noviembre de 2013 en que Yanukóvich detuvo el acercamiento de Ucrania a la UE. Un día tras otro la gente acudía a manifestarse para solicitar un cambio político. Cuando el gobierno utilizó la fuerza, los que se manifestaban ya eran cientos de miles

de personas. Seguí los acontecimientos con simpatía, pero también con preocupación.

Tres meses después, el sábado 22 de febrero de 2014, cuando me encontraba en mi casa de Hohenwalde viendo como cada mañana las noticias de política, se me cortó la respiración. La noche anterior, Yanukóvich había abandonado Kiev, las llamadas fuerzas de autodefensa de los manifestantes controlaban el Parlamento, la sede del gobierno y la Cancillería presidencial y ofrecían a los agentes de policía la oportunidad de desertar y sumarse al movimiento Maidán. Me costaba entender qué había sucedido en las dieciocho horas anteriores. El viernes por la tarde, Yanukóvich, en representación del gobierno, firmó en el Parlamento un acuerdo de seis puntos sobre el futuro desarrollo político de Ucrania con Vitali Klichkó, Oleh Tiahnibok, presidente del partido Unión Panucraniana «Libertad», y Arseni Yatseniuk, presidente en el Parlamento del partido Unión de todos los Ucranianos «Patria», todos ellos en representación de la oposición.

Entre otros puntos, la oposición exigía recuperar la Constitución de 2004 y modificarla antes de septiembre de 2014, formar un gobierno de unidad nacional en un plazo de diez días y aprobar, además, una nueva ley electoral y celebrar elecciones presidenciales anticipadas antes de diciembre de 2014 según las normas de la OSCE, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa. En la firma también estuvieron presentes Frank-Walter Steinmeier y Radosław Sikorski, ministros de Asuntos Exteriores de Alemania y Polonia, respectivamente, que de acuerdo con la Unión Europea habían viajado el jueves a Kiev junto con su homólogo francés, Laurent Fabius, para mantener conversaciones con Yanukóvich y poner fin a la violencia en el Maidán. Según la oposición, en el transcurso de los días anteriores un centenar de personas habían muerto tiroteadas. Las conversaciones entre Yanukóvich y los representantes de la oposición se alargaron durante toda la noche hasta el viernes por la mañana. Estuve en contacto permanente con Steinmeier y telefoneé varias veces a Putin para presionarle para que las negociaciones llegaran a buen puerto, para lo que envió a un representante de su país. No eligió a Lavrov, el ministro de Asuntos Exteriores, como yo le había sugerido, sino precisamente a Vladímir

Lukin, el defensor del pueblo de Rusia. Cuando Lukin se unió a las negociaciones, Yanukóvich tuvo claro que Rusia también quería alcanzar un acuerdo, por lo que el presidente ucraniano tuvo que mover ficha y así lo hizo. Sin embargo, cuando el viernes por la mañana, antes de proceder a la firma del acuerdo de seis puntos, Steinmeier y Sikorski —Fabius había tenido que abandonar la reunión antes de tiempo— y los tres representantes de la oposición presentaron los resultados de las negociaciones a una treintena de representantes de los manifestantes, el Consejo del Maidán, fueron duramente criticados.

Algunos miembros del Consejo rechazaron cualquier acuerdo con el gobierno. No obstante, al final solo dos personas votaron en contra del acuerdo. A continuación tuvo lugar la ceremonia de la firma en la residencia oficial del presidente. También Barack Obama, presidente de Estados Unidos, se pronunció a favor de la rápida implementación del acuerdo en una llamada telefónica a Putin. Aun así, en el Maidán se alzaron muy pronto las voces de quienes no reconocían el acuerdo y pedían la destitución de Yanukóvich. Por la noche, los tres firmantes de la oposición fueron abucheados en el Maidán. La multitud apoyó el ultimátum lanzado por un activista para que Yanukóvich abandonara el poder antes de las diez de la mañana del día siguiente, el 22 de febrero de 2014. Abandonó la ciudad esa misma noche.

En Kiev, los acontecimientos se precipitaron. Pedí a Christoph Heusgen que me mantuviera informada a todas horas. Hacia el mediodía, el Parlamento decidió excarcelar a Yulia Timoshenko, que finalmente fue absuelta en junio por el Tribunal Supremo. Oleksandr Turchínov, hombre de confianza de Yulia Timoshenko, fue elegido nuevo presidente del Parlamento. Por la tarde, el Parlamento votó a favor de la destitución del presidente Yanukóvich,

que huyó a Rusia, acusó a la oposición de dar un golpe de Estado y seguía considerándose el presidente legítimo del país. Al día siguiente, el domingo 23 de febrero de 2014, Oleksandr Turchínov

fue elegido también presidente interino. Las elecciones presidenciales debían celebrarse el 25 de mayo. Por la noche, Turchínov advirtió en un discurso a la nación que el país podía encontrarse en bancarrota.

El acuerdo de seis puntos del 21 de febrero de 2014 pasó a la historia. No tenía ninguna duda de que Putin reaccionaría ante el desarrollo de los acontecimientos. Estaba convencida de que a él no le interesaba que Ucrania tomara sus propias decisiones. Sin embargo, aún no podía saber exactamente cuál sería su reacción.

ANEXIÓN DE CRIMEA

El domingo 23 de febrero de 2014, Dmitri Medvédev, primer ministro ruso, mandó retirar de Kiev al embajador ruso en Ucrania. Tras su breve interludio como presidente de Rusia entre 2008 y 2012, Medvédev había vuelto oficialmente a un segundo plano, donde en realidad siempre había estado. El motivo de la decisión de retirar al embajador y el pretexto evidente para una intervención rusa era que la vida de los ciudadanos rusos estaba amenazada. Sonaron todas las alarmas, y Estados Unidos advirtió a Rusia de una intervención militar en Ucrania.

Cinco días después, el 28 de febrero, mantuve una conversación telefónica con Arseni Yatseniuk, elegido el día anterior por el Parlamento ucraniano como primer ministro del gobierno provisional, y le ofrecí mi apoyo en su difícil tarea. En un comunicado de prensa sobre esta llamada telefónica hice hincapié en la protección de la integridad territorial de Ucrania, ya que ese mismo día hombres armados con uniformes verdes y sin identificación oficial comenzaron a ocupar Crimea. Recordé la Flota del Mar Negro estacionada en Sebastopol y que casi cuatro años antes, en abril de 2010, Medvédev, entonces presidente ruso, y Yanukóvich, presidente ucraniano, habían alcanzado un acuerdo para prorrogar el contrato naval ruso-ucraniano por otros veinticinco años; es decir, una vez que en 2017 expirara el acuerdo, se prolongaría hasta 2042. La

oposición ucraniana de entonces no estaba de acuerdo en absoluto, y durante la votación en el Parlamento ucraniano para aprobar el acuerdo se produjeron enfrentamientos y se lanzaron botes de humo.

Al día siguiente, el sábado 1 de marzo de 2014, en una conversación telefónica me enfrenté a Putin, y cuando le dije que sospechaba que los soldados enmascarados en uniforme verde, pero sin distintivos, que habían invadido Crimea eran en realidad soldados rusos, él lo negó. No tardé en darme cuenta de que era evidente que me había mentado, algo que en nuestras conversaciones hasta la fecha nunca se había producido. No llegué a cortar la comunicación con él, en realidad para mí no era una opción, pero a partir de entonces nos encontramos en un nuevo estado de cosas. A partir de entonces ya no tuvieron lugar ni las consultas entre los gobiernos ruso y alemán, ni las visitas a otras ciudades que no fueran a las respectivas capitales para encuentros ya pactados, ni los encuentros entre Putin y yo durante el Diálogo de San Petersburgo.

En una reunión extraordinaria celebrada el 6 de marzo de 2014 del Consejo de jefes de Estado y de gobierno europeos a la que se había invitado a Yatseniuk, la UE condenó la violación de la integridad territorial de Ucrania por parte de Rusia. Al mismo tiempo, para encontrar una solución negociada que pusiera fin a la violencia, la Unión Europea se ofreció a utilizar sus relaciones con Rusia y Ucrania, tanto bilateralmente como en el marco de iniciativas multilaterales más amplias.

Sin embargo, Putin siguió presentando hechos consumados. El 16 de marzo de 2014, en un así

denominado referéndum, que no era otra cosa que una burla, una mayoría supuestamente abrumadora de la población de Crimea votó a favor de la «Reunificación con Rusia con los derechos de un súbdito de la Federación Rusa», tal como rezaba la papeleta electoral. Rusia se había anexionado Crimea. Había quedado claro

que el Memorándum de Budapest de 1994, que le aseguraba a Ucrania la integridad territorial a cambio de la entrega de las armas nucleares de la era soviética en su territorio, no tenía ni el valor del papel en que estaba escrito. Putin había violado todas las normas internacionales y vivía en su propia realidad.

Cinco días después del pseudorreferéndum de Crimea, en la segunda jornada de la reunión ordinaria de primavera del Consejo Europeo, los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea y el primer ministro ucraniano, Yatseniuk, firmaron la parte política del Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la Unión Europea, que no llegó a firmarse en la Cumbre de la Asociación Oriental de Vilna. Además, los Estados miembros de la UE le impusieron a Rusia las primeras sanciones, cancelaron la siguiente reunión con el país y solicitaron a la Comisión que en el caso de que Rusia siguiera desestabilizando Ucrania, preparara nuevas sanciones. El 21 de marzo de 2014, el Consejo Permanente de los cincuenta y siete Estados miembros de la OSCE, incluidos Rusia y Ucrania, adoptó en Viena un mandato para una Misión Especial de Observación (SMM, siglas inglesas de Special Monitoring Mission) en Ucrania, compuesta por cien observadores civiles destacados en diez lugares a lo largo del país. En el caso de incidentes concretos debían analizar los hechos con imparcialidad e informar sobre ellos. Didier Burkhalter, presidente de la OSCE, nombró a la diplomática suiza Heidi Tagliavini como enviada especial para la resolución pacífica del conflicto. Como enviada de la UE, ya había presidido la Comisión Internacional Independiente de Investigación que en agosto de 2008 se ocupó del conflicto de Georgia. Cuando en el Donbás, la región de las minas de carbón del este de Ucrania, escaló la tensión y más adelante la situación de inseguridad se convirtió en un conflicto abierto y violento, la misión se amplió a quinientos observadores.

El Grupo de los Ocho también extrajo sus conclusiones. Se descartó la asistencia de Estados Unidos, Canadá, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y Alemania, así como la Unión Europea, a la siguiente reunión del G8 en Sochi. En consecuencia, los días 24 y 25 de

marzo, aprovechando la celebración en La Haya de la tercera Cumbre de Seguridad Nuclear, los Siete nos reunimos sin Rusia y ofrecimos un comunicado conjunto: «Nuestro grupo se formó por unas convicciones y responsabilidades compartidas. Las acciones de Rusia de las últimas semanas no son compatibles con esta idea, y debido a estas circunstancias no asistiremos a la cumbre prevista en Sochi.

Suspenderemos nuestra participación en el G8 hasta que Rusia cambie de rumbo y se reestablezca un ambiente propicio para que el G8 pueda mantener un diálogo constructivo». Por primera vez desde 1998, los días 4 y 5 de junio de 2014 volvimos a reunirnos en Bruselas como Grupo de los Siete (G7).

El 2 de mayo de 2014 viajé a Washington para reunirme con Barack Obama y conversar sobre la situación en Ucrania. Una vez más aprecié sus precisos análisis y acordamos que debíamos ayudar a Ucrania. Por eso decidimos imponer nuevas sanciones a Rusia. Desde el principio, la administración de Obama y la Unión Europea coordinaron estrechamente la imposición de sanciones, con la voluntad, al mismo tiempo, de proseguir con nuestros esfuerzos diplomáticos.

También me reuní con algunos congresistas, y algunos senadores sospecharon que debido a las estrechas relaciones económicas germano-rusas, yo suponía un freno a la imposición de nuevas sanciones económicas a Rusia. Sin embargo, ocurrió lo contrario, y más de una vez he tenido que animar a otros países europeos a que no se anden con remilgos a la hora de imponerlas.

Paso a paso, los separatistas prorrusos, con apoyo ruso en el Donbás, se anexionaron partes de las provincias de Lugansk y Donetsk. En abril ya habían proclamado las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, también allí la población tuvo que participar en lo que se denominó un referéndum. El 11 de mayo de 2014, una

amplia mayoría votó supuestamente a favor de la independencia de las autoproclamadas Repúblicas Populares.

Estaba deprimida. Para Putin, la población de etnia rusa en Ucrania constituía un factor de poder, y se sentía estafado por la existencia de una Ucrania independiente. Si no podía tener a Ucrania bajo su control, obviamente quería hacerle la vida tan difícil en el plano económico y político que dejara de disfrutar de su independencia. Aquel que había roto las reglas del juego marcaba el ritmo y había que ponerle freno.

EL FORMATO NORMANDÍA

El 7 de mayo de 2014 recibí en la Cancillería a Petró Poroshenko, el candidato con más posibilidades de ganar las elecciones presidenciales ucranianas que debían celebrarse dos semanas y media después. Nacido en 1965 en Bolgrad, al sur de Ucrania, hablaba ruso con fluidez y había estudiado durante la era soviética relaciones internacionales y derecho internacional en Kiev. A principios de la década de los noventa empezó a construir un imperio empresarial que incluía la empresa de confitería Roshen y un grupo mediático, con emisoras de radio y un canal de televisión. Roshen también tenía plantas de producción en Rusia. Poroshenko era un hombre rico que también tenía una considerable experiencia política. Desde finales de la década de los noventa fue diputado en el Parlamento ucraniano durante un tiempo, y en la presidencia de Yúshchenko y Yanukóvich ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores y, más adelante, el de ministro de Economía. Desde finales de 2013, participó en las manifestaciones en el Maidán. El 29 de marzo de 2014, durante un Congreso del partido Unión de toda Ucrania «Patria», Vitali Klichkó lo propuso como candidato presidencial.

En mi despacho entró un hombre alto y fornido, de mirada despierta y viva, acompañado de Pavló Klimkin, el embajador de Ucrania en Alemania. Los recibí acompañada de Christoph Heusgen y de un

intérprete. Nos sentamos a mi mesa de reuniones y hablamos de la situación en su país. Poroshenko explicó que Ucrania tenía que orientarse hacia Europa y me agradeció el apoyo que le había brindado hasta la fecha. También habló de las próximas celebraciones para conmemorar el septuagésimo aniversario del desembarco aliado en Normandía, a las que François Hollande, el presidente francés, había invitado el 6 de junio de 2014 a más de veinte jefes de Estado y de gobierno, entre ellos el presidente Putin. Poroshenko propuso lo siguiente:

—Si me invitaran a la celebración, quizá podría establecer contacto directo con Putin.

Su propuesta me pareció audaz. La primera vuelta de las elecciones presidenciales no tendría lugar hasta el 25 de mayo, día de las elecciones europeas, y también cabía la posibilidad de una segunda vuelta, aunque Poroshenko confiaba en la victoria. Uno de sus argumentos no dejaba de tener efecto en mí: «Los soldados ucranianos lucharon y sufrieron en la Segunda Guerra Mundial de igual manera que los soldados rusos». Le di la razón y prometí hablar de ello con el presidente francés.

La ocasión se presentó dos días después, cuando los días 9 y 10 de mayo, Hollande me visitó en mi circunscripción electoral en la isla de Rügen y en Stralsund. Inmediatamente se mostró abierto a invitar a Poroshenko a Normandía y facilitar una reunión con Putin. En los días siguientes, tanto Hollande como yo hablamos por teléfono con Putin sobre el proyecto. Después de que Poroshenko ganara efectivamente en la primera vuelta las elecciones presidenciales del 25

de mayo de 2014 con más del 54 % de los votos, ya no había nada que se opusiera a un encuentro entre los cuatro al margen de las celebraciones del 6 de junio de 2014 en Normandía.

Aterricé en el aeropuerto de la localidad balneario de Deauville, en Normandía, sobre las once menos cuarto de la mañana, y me dirigí a una breve reunión en un hotel cercano con Putin y dos colaboradores de cada uno de nuestros equipos. Fue nuestra primera conversación cara a cara desde la cumbre del G20 en San Petersburgo los días 5 y 6 de septiembre de 2013. Aunque allí también surgieron grandes tensiones entre los participantes debido al programa sirio de armas químicas, en mi recuerdo la cumbre del G20 me parecía un acontecimiento de otra época. Putin y yo nos saludamos fríamente. Allí no se reunían dos personas que mantuvieran un conflicto, pero que podían reconciliarse por vivir en el mismo sistema de coordenadas. Éramos adversarios. No tenía ninguna intención de volver a hablar con él de la situación en general. Más bien perseguía dos objetivos concretos: en primer lugar, quería que Putin reconociera a Poroshenko como el futuro presidente legítimo de Ucrania. No obtuve una respuesta clara a eso. Sin embargo, ya constituía una señal que el embajador ruso en Kiev quisiera asistir a la toma de posesión del día siguiente. En segundo lugar, quería intentar crear un formato para futuras conversaciones sobre un alto el fuego en Ucrania, y la reunión a cuatro bandas de Normandía debía constituir el primer paso. Putin no se negó a considerar esta propuesta. Al cabo de una hora, nos separamos y partimos en nuestros vehículos hacia el castillo de Benouville, a cuarenta kilómetros de distancia, donde a la una del mediodía se celebró el almuerzo para los jefes de Estado y de gobierno organizado por el presidente de la República de Francia.

Hollande logró la magistral proeza protocolaria de dar la bienvenida a todos los participantes con perfecta formalidad y aun así encontrar diez minutos para que los cuatro pudiéramos hablar antes del almuerzo. Para ello nos retiramos a una pequeña sala, donde ya se podía percibir la tensión. Hollande y yo teníamos las esperanzas puestas en que Putin y Poroshenko llevaran la batuta de la conversación, pues considerábamos que nuestro papel debía limitarse a reconducir el diálogo cuando entre ellos el ambiente se caldeara demasiado. La estrategia funcionó bastante bien.

Poroshenko habló más que Putin. No se acordaron futuros encuentros, pero queríamos mantener el diálogo entre nosotros. Acababa de nacer el formato Normandía, que debía convertirse en la base de todos los esfuerzos futuros para lograr un alto el fuego en Ucrania a nivel de los jefes de Estado y de gobierno y de sus asesores de política exterior, así como de los ministros de Asuntos Exteriores y sus secretarios de Estado.

En el almuerzo conmemorativo que siguió, el presidente francés y sus invitados nos sentamos juntos en una mesa en forma de herradura. Estaba situada junto a la ventana del salón y podía ver a los invitados de los extremos de la mesa: a la izquierda del anfitrión, François Hollande, estaban sentados la reina británica Isabel II y Barack Obama, a su derecha la reina danesa Margarita II y Vladímir Putin. La escena me conmovió y preocupó al mismo tiempo, ya que pese a que estaban sentados juntos, de nuevo una trinchera dividía Europa.

Por la tarde, en la playa de la localidad de Ouistreham tuvo lugar la ceremonia conmemorativa propiamente dicha. Durante la ceremonia me impresionaron en especial los veteranos de guerra, hombres que habían experimentado cosas terribles y que, sin embargo, estaban dispuestos a mirar junto a nosotros, los alemanes, hacia un futuro común. Muchos años antes, en agosto de 1992, ya había visitado la región con Joachim. Henri Ménudier, germanista y politólogo francés, nos había invitado a Normandía para un viaje de fin de semana para visitar los lugares en que tuvo lugar la invasión aliada de 1944. Ménudier y yo nos habíamos conocido por mi trabajo como ministra de Asuntos para la Juventud, mientras que él estaba muy implicado en la Oficina

Franco-Alemana para la Juventud. Recorrimos juntos los cementerios militares con un número aparentemente interminable de cruces blancas, cada una de ellas representa una vida demasiado corta. Nunca olvidé esa imagen, y pensé de nuevo en ella cuando me

encontré con esos viejos soldados que a diferencia de muchos de sus camaradas, eran unos supervivientes.

Una vez finalizada la ceremonia conmemorativa, acompañada de Laurent Fabius, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, me dirigí a Ranville, a pocos kilómetros, para depositar dos coronas de flores en el Cementerio de Guerra de la Commonwealth, una en la Cruz del Sacrificio y la otra en la Tumba del Soldado Alemán Desconocido. Regresé a casa con los pensamientos en el pasado y las conversaciones en el presente.

EL PLAN DE PAZ DE PETRÓ POROSHENKO

El 20 de junio de 2014, dos semanas después de su investidura, Petró Poroshenko presentó un plan de paz, sobre el cual informó a Putin la noche anterior. Los quince puntos del plan incluían, entre otras propuestas, la retirada de los mercenarios rusos y ucranianos, el desarme de los separatistas y qué criterios seguir para su posible impunidad legal, la creación de una zona colchón en la frontera ucraniano-rusa, la descentralización del poder mediante la modificación de la Constitución y la celebración anticipada de elecciones locales y parlamentarias. El 20 de junio, y aunque previamente el autoproclamado líder de la República de Donetsk, Denís Pushilin, lo había rechazado, Poroshenko ordenó un alto el fuego unilateral de una semana. Los combates prosiguieron. Acto seguido, Poroshenko le pidió a Heidi Tagliavini, la representante especial de la OSCE, que sobre la base de su plan de paz negociara el procedimiento detallado con los separatistas. Eso condujo a la creación el 8 de junio de 2014 del Grupo de Contacto Trilateral, formado por Tagliavini, un representante de Ucrania y otro de Rusia. El formato Normandía constituyó la superestructura política del Grupo de Contacto Trilateral. Al mismo tiempo, Poroshenko siguió trabajando para reforzar los lazos de unión de Ucrania con la UE. El 27 de junio de 2014, siete meses después de celebrarse en Vilna la cumbre de la Asociación Oriental, Ucrania firmó en Bruselas, tras la

primera parte política, la segunda parte económica del Acuerdo de Asociación.

Tres semanas después, el 17 de julio de 2014, lo que por la tarde era una sospecha, por la noche se convirtió en una certeza. Todos los indicios apuntaban a que el Boeing 777200ER que entre las cuatro y veinte y las cuatro y veinticinco de la tarde, hora local, de ese mismo día se había estrellado en el este de Ucrania, no había sufrido un accidente. De hecho, el aparato de Malaysia Airlines con el vuelo número MH17, que cubría el trayecto entre Ámsterdam y Kuala Lumpur, fue presuntamente derribado por los separatistas prorrusos. Fallecieron los 298 ocupantes, entre ellos cuatro alemanes. Leí los primeros informes sobre el accidente por la tarde, cuando me preparaba para una charla con el historiador Jürgen Osterhammel en la Casa Konrad Adenauer de Berlín en el marco de una serie de actos organizados por la CDU. Había invitado a Osterhammel para que hablara de su libro *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Se trataba de un deseo para mi sexagésimo cumpleaños. Después tuvo lugar una pequeña recepción, y una vez en casa, apenas pude creerme las noticias que leía sobre el accidente. Fue algo terrible.

A la mañana siguiente hablé por teléfono con Mark Rutte, primer ministro holandés, al que hice llegar nuestra solidaridad. Se afianzó la sospecha de que el avión había sido derribado por los separatistas prorrusos.

Durante el verano, las tropas ucranianas lograron hacer retroceder lentamente a las milicias separatistas. A partir de entonces, Putin ordenó la entrada de tropas rusas que se implicaron activamente en los combates en las zonas ocupadas por los separatistas. Esto volvió a poner en apuros a los ucranianos, y los esfuerzos por alcanzar un alto el fuego se hicieron aún más urgentes. Yo consideraba que una solución militar al conflicto, es decir, una victoria militar de Ucrania sobre las tropas rusas, no era más que una ilusión. Esa fue la razón por la que el 23 de agosto, la víspera del día de la Independencia de

Ucrania, tras mantener conversaciones con Poroshenko y Yatseniuk, afirmara públicamente en Kiev, y no por primera vez, que no habría solución al conflicto sin diálogo y diplomacia. Eso no implicaba, continué, «que Ucrania no esté en su derecho de defenderse cuando alguien invade su territorio, aunque al final —y, por cierto, no es este el único lugar en el mundo en el que esto es así— hay que encontrar soluciones diplomáticas. [...] Incluso me atrevo a afirmar que no habrá una solución militar». Oleksandr Turchínov, el por poco tiempo presidente interino, que se había convertido de nuevo en presidente del Parlamento ucraniano, comentó poco después: La diplomacia está muy bien, «pero solo el ejército ucraniano está en condiciones de poner fin a esta guerra».

Era obvio que con su plan de paz, Poroshenko estaba sometido a una considerable presión política en su propio país. No obstante, siguió insistiendo en su aplicación, incluso en una reunión de la Unión Económica Euroasiática celebrada en Minsk el 26 de agosto de 2014, a la que también asistió una delegación de la UE encabezada por Catherine Ashton, entonces alta representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad. De hecho, el 5 de septiembre de 2014, el Grupo de Contacto Trilateral, así como los dos representantes de las regiones separatistas de Donetsk y Lugansk, suscribieron en la capital bielorrusa el Protocolo de Minsk, que plasmaba por escrito los acuerdos alcanzados, y el 19 de septiembre de 2014 un memorándum adicional para implementar ese mismo protocolo, con lo que se reflejaron todos los puntos esenciales del plan de paz de Poroshenko y se precisó la secuencia de los pasos acordados en las negociaciones. Los primeros de estos pasos incluían un alto el fuego y la retirada de armas pesadas y tropas de la llamada primera línea, el frente real. Aunque no contribuyera a mejorar la situación, al acuerdo se llegó sobre todo gracias a la habilidad de Heidi Tagliavini. El alto el fuego no se respetó, se acordó una y otra vez solo para ser roto de nuevo.

Incluso los observadores de la OSCE fueron tiroteados.

La situación económica de Ucrania también era extremadamente tensa. El FMI exigía reformas drásticas que provocaron el aumento de los precios, lo que minó la popularidad del gobierno entre la población. Durante su visita protocolaria del 8 de enero de 2015 a Berlín tras su reelección como primer ministro en las elecciones generales de octubre de 2014, concedí a Arseni Yatseniuk un crédito de 500 millones de euros para Ucrania. Sin duda se trataba de una contribución importante, pero en vista de lo que requería Ucrania, no era más que una gota en el océano.

DIECISIETE HORAS DE NEGOCIACIONES EN MINSK

El nuevo año se inició con una pesadilla para Francia. El miércoles 7 de enero de 2015, terroristas islamistas perpetraron un atentado contra la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo*. Doce personas fueron asesinadas y muchas más resultaron heridas. Ese día estaba reunida en Londres con David Cameron, primer ministro británico. Aún hoy recuerdo el horror que nos produjo la noticia del atentado. Decidimos llamar de inmediato a François Hollande para expresarle nuestro pésame, pues nos conmovió la brutalidad de aquel atentado contra la

libertad de prensa y de opinión, uno de los más altos valores democráticos.

En los dos días siguientes, mientras los terroristas se daban a la fuga se cometieron otros asesinatos. Hasta que el viernes la policía francesa pudo detener y abatir a los tres atacantes, un total de diecisiete personas perdieron la vida. Me sentí aliviada cuando la pesadilla llegó a su fin.

Al enterarme de que el domingo iba a celebrarse en París una marcha en memoria de las víctimas del atentado, volví a llamar a François Hollande para participar en ella. Nunca me había invitado a mí misma a ningún sitio, pero en aquella ocasión lo hice, simplemente sentía la necesidad de estar cerca de Francia. Hollande

me agradeció el gesto, pero me dijo que no era necesario que viajara. No me dejé convencer y al final conseguí que aceptara. Lo que sucedió a continuación todavía me pone la carne de gallina: después de que se hiciera público de que yo me disponía a viajar a París, cada vez más jefes de gobierno de Europa imitaron mi gesto. Uno tras otro fueron anunciando su asistencia, también altos dirigentes de la UE, como Martin Schulz, Jean-Claude Juncker y Donald Tusk. De esta forma, a la una del mediodía del 11 de enero de 2015, nos reunimos en el centro de París casi cincuenta jefes de Estado y de gobierno de todo el mundo, entre ellos Benjamin Netanyahu, primer ministro israelí, el rey Abdalá II de Jordania, Ibrahim Boubacar Keïta, presidente de Mali, el primer ministro turco, Ahmet Davutoğlu, y el presidente palestino, Mahmud Abás. Nuestra marcha se inició en una calle estrecha, y por el camino nos unimos a millón y medio de franceses y recorrimos juntos parte del trayecto de la manifestación.

El mensaje de aquel día era que no íbamos a permitir que nos arrebataran nuestra forma de vida en libertad. La gente se asomaba a muchas de las ventanas y nos saludaba, por un breve momento todos estuvimos muy unidos.

Por lo demás, gran parte del panorama era desolador. Con el paso de los días, la situación en el Donbás, en el este de Ucrania, también se deterioraba. Los separatistas atacaron junto con tropas rusas objetivos al otro lado de la línea del frente. La situación en torno a la ciudad de Debáltseve, nudo de comunicaciones entre las dos provincias de Donetsk y Lugansk, era en especial precaria, ya que miles de soldados ucranianos corrían el peligro de quedar atrapados. Los Acuerdos de Minsk eran papel mojado. En Estados Unidos empezaron a oírse cada vez más las voces que exigían el envío de armas a Ucrania. La situación humanitaria en el Donbás empeoraba día a día y ya no podíamos permitir que se conquistaran cada vez más partes de su territorio.

El 28 de enero de 2015, Hollande y yo conversamos por teléfono tanto con Poroshenko como con Putin. Aparte de los reproches mutuos, no hubo novedades. Después de las dos llamadas, Hollande y yo volvimos a hablar entre nosotros y llegamos a la conclusión de que la única esperanza era organizar una nueva reunión cara a cara entre los cuatro dentro del formato Normandía, lo que conllevaba un riesgo considerable, pues si no avanzábamos en un acuerdo, el formato Normandía se convertiría definitivamente en un tigre de papel. Lo consulté con Christoph Heusgen, y a pesar de todos los riesgos, decidimos que había que intentarlo, ya que había más razones a favor que en contra. No quería que me echaran en cara no haber hecho todo lo humanamente posible por alcanzar el fin de la violencia mediante la negociación.

El tiempo apremiaba. El 7 de febrero tenía previsto asistir a la Conferencia de Seguridad anual de Múnich, a la que también asistirían Joe Biden, vicepresidente estadounidense, y el presidente ucraniano, Poroshenko. El 9 de febrero quería visitar en Washington a Barack Obama y después en Ottawa a Stephen Harper, primer ministro de Canadá, para discutir con ambos nuestra agenda del G7, que ese año presidía Alemania. Por supuesto, la situación en Ucrania también estaría en la agenda. Se había programado una reunión informal del Consejo de Europa para el jueves 12

de febrero de 2015, así que según mi agenda, para esa fecha todo hablaba en favor de que debía

intentar alcanzar avances sustanciales en el tema de Ucrania. El 30 de enero volví a hablar de todo ello con Hollande en una cena organizada por Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, en el restaurante Zuem Ysehuet de Estrasburgo. Finalmente, Hollande y yo decidimos volar a Kiev el 5 de febrero de 2015 y a Moscú al día siguiente. Siempre que se celebrara antes del Consejo de Europa, el 11 de febrero aún estábamos a tiempo de organizar una reunión cuatripartita. Acordamos coordinar la cita con Putin. Como no tenía nada que perder, Poroshenko aceptó inmediatamente

una reunión a cuatro bandas. Pero Putin dudó, lo que desde su punto de vista era comprensible, ya que quería alcanzar tantos hechos consumados en el plano militar como fuera posible. Por supuesto, debía ser consciente de que en el momento en que aceptara una negociación cuatripartita se vería condenado a alcanzar un resultado, por lo que sin llegar a detener los preparativos, quiso retrasar todo lo posible el encuentro. El lugar de la reunión volvería a ser Minsk, donde en septiembre de 2014, Poroshenko negoció el Protocolo de Minsk sobre la base de su plan de paz y cuya aplicación ahora estaba en juego. Además, en cierto modo Minsk era un terreno neutral. Si realmente queríamos alcanzar un acuerdo teníamos que negociar en el marco del formato de Normandía, y el documento debían firmarlo el Grupo de Contacto Trilateral y los líderes separatistas. Como era comprensible, Poroshenko se negó a hablar directamente con Aleksandr Zajárchenko e Ígor Plotnitski, líderes respectivos de las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, pues ello habría equivalido a reconocer a los separatistas prorrusos. Además, ambos también tenían prohibido entrar en la UE.

Por su parte, formalmente Rusia no quería tener nada que ver con los separatistas, así que Minsk era el lugar adecuado para todos los actores implicados.

El 5 de febrero de 2015, Hollande y yo volamos a Kiev, donde a las seis de la tarde nos reunimos con Poroshenko en el edificio de la sede de gobierno para discutir el documento que nuestros colaboradores habían redactado el día anterior. Para Hollande y para mí era importante no negociar nada con Putin que no se hubiera acordado previamente con la parte ucraniana.

Tras la obligada sesión de fotos dieron comienzo las conversaciones. Además de nosotros tres, en el encuentro participaron Christoph Heusgen, mi asesor en política exterior, Jacques Audibert, asesor de política exterior de Hollande, y Pavló Klimkin, ministro de Asuntos Exteriores de Ucrania. En un principio, el debate se centró en los

pros y los contras de las próximas negociaciones, aunque también quisimos saber si en Debáltseve los soldados ucranianos ya estaban rodeados, extremo que Poroshenko negó. Para él se trataba de una situación terrible, constantemente durante la reunión iban informándole de las bajas en las tropas ucranianas, malas noticias que nos leía con voz temblorosa.

Pasado un tiempo nos trasladamos a una sala contigua, en la que ya estaban reunidos todos los demás colaboradores que habían redactado el texto del acuerdo, que repasamos juntos, ya que los rusos o los separatistas prorrusos podían interpretar erróneamente cada una de las frases. Durante los meses anteriores, los ucranianos ya habían acumulado suficiente experiencia con la interpretación del Protocolo de Minsk. También hablamos de sus líneas rojas y de los compromisos que podían alcanzar, lo que fue importante a la hora de dialogar con Putin. A cada compromiso que conseguíamos de los ucranianos, le seguía una pequeña sarta de improperios, lo que comprendíamos perfectamente. Sin embargo, repartiéndonos bien la tarea, Hollande y yo siempre intentamos volver a lo esencial de la negociación. A las nueve de la noche ya teníamos un documento sobre cuya base podíamos negociar con la parte rusa y, al mismo tiempo, conocíamos nuestro margen de maniobra en las negociaciones. Hasta allí estaba satisfecha.

Tras una breve cena juntos, a la que también asistió el primer ministro Yatseniuk, nos despedimos a las once de la noche, hora local, y volé de regreso a Berlín, mientras que Hollande

lo hacía a París. Nuestros colaboradores pernoctaron en Kiev, y a la mañana siguiente viajaron directamente a Moscú, no sin antes informar a Heidi Tagliavini. En el vuelo de regreso repasé mentalmente las conversaciones que habíamos mantenido. Para los ucranianos, los puntos esenciales eran dos: el alto el fuego y el acceso a su propia frontera. El camino que nos quedaba por delante no sería sencillo, eso estaba claro. Aterricé en Berlín-Tegel a las doce

y media de la madrugada y me fui a casa. Ya estábamos a 6 de febrero de 2015.

A la una y media de la tarde del día siguiente volé a Moscú, y aterricé en el aeropuerto de Vnukovo diez minutos antes de las seis. Allí coincidí con Hollande, que aterrizó poco después.

Heusgen y Audibert fueron a recibirnos al aeropuerto para informarnos sobre el estado de las negociaciones con los colaboradores de Putin. Heusgen ya me había llamado antes de mi partida y me confirmó que los rusos se negaban a aceptar el documento que habíamos redactado con los ucranianos como base para las negociaciones, presentando su propio redactado. Ponían el palo en la rueda siempre que podían. Le sugerí a Heusgen que combinara ambos documentos, lo que suponía perder tiempo de nuevo. La parte rusa también exigió que esa misma noche anunciáramos un alto el fuego junto con Putin, sin la participación de Ucrania, lo que, por supuesto, Heusgen y Audibert rechazaron. Vladislav Surkov, negociador jefe y estrecho asesor de Putin, los acusó de aceptar sin más el sufrimiento humano, comentario cínico al que Heusgen y Audibert hicieron oídos sordos. Hollande y yo decidimos que al igual que en Kiev, solo habría una sesión de fotos antes del encuentro y no daríamos una conferencia de prensa. En el aeropuerto, los encargados rusos del protocolo nos instaron a ponernos en marcha.

En el Kremlin, Putin hizo una de sus ya conocidas declaraciones sobre las numerosas humillaciones a las que, en su opinión, se había sometido a Rusia desde 1991. Hollande y yo nos abstuvimos de replicar, aunque sí apuntamos que el hecho de que no hiciéramos comentarios no quería decir en modo alguno que estuviéramos de acuerdo. Teníamos una misión concreta, no queríamos que nos distrajeran y una vez más dejamos claro que no habría rueda de prensa con nosotros tres ni anunciaríamos un alto el fuego.

A continuación iniciamos la rueda de conversaciones. Al final, Putin aceptó trabajar sobre nuestro texto y expuso sus comentarios al respecto. Tras un largo ir y venir acordamos verbalmente un redactado con algunos paréntesis; es decir, puntos sobre los que no se había alcanzado un consenso y que, por supuesto, eran claramente claves, sobre todo los relativos a las elecciones, el estatus especial de los territorios y el acceso a la frontera ucraniano-rusa. Putin sugirió a Surkov que mientras cenábamos pusiera por escrito los puntos acordados y rechazó nuestra petición de que Heusgen y Audibert participaran. Su decisión dejaba claro que nunca podríamos aceptar el documento, otra acción dilatoria más.

Antes de la cena, Putin nos hizo entrega de tres regalos: un antiguo diccionario militar ruso-alemán, otro ruso-francés y otro ruso-inglés, todos ellos editados a finales del siglo XIX. Putin me pidió que durante mi visita a Washington del lunes siguiente, le entregara a Barack Obama el diccionario ruso-inglés en su nombre, una referencia discreta y sarcástica al mismo tiempo a que pese a hablar con nosotros, en realidad consideraba a Estados Unidos solo como un socio negociador al mismo nivel. Para concederle credibilidad al presente, le pedí que escribiera una dedicatoria en el libro. Al hacerlo, me di cuenta una vez más de que no dejaba piedra sin remover para que se considerara a Rusia al mismo nivel que a Estados Unidos y no como una «potencia regional». Así había calificado al país Obama casi un año antes, el 25 de marzo de 2014, en una rueda de prensa con el primer ministro holandés, Mark Rutte, al término de la Cumbre de Seguridad Nuclear de La Haya, al responder a la pregunta de si Rusia era el mayor enemigo geopolítico de Estados Unidos. Aisladas, las palabras «potencia regional» me parecieron

desafortunadas, pero en su contexto compartía la valoración de Obama cuando explicó que aunque Rusia era una amenaza para sus vecinos inmediatos en la región y sus acciones eran un problema, no suponía la mayor amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, algo que geográficamente era obvio.

Una vez que Hollande y yo recibimos nuestros regalos, Putin nos invitó a cenar, la comida se sirvió con rapidez, pues al terminar tenía intención de volar a Sochi. Hacia el final nos presentaron el documento revisado por Surkov, que tal como temíamos era inaceptable. Hollande y yo insistimos en que nuestros colaboradores permanecieran el día siguiente en Moscú para ultimar con Surkov una base de trabajo conjunta para la reunión planeada en Minsk para el miércoles siguiente y, tras algunas dudas iniciales, Putin aceptó. Mientras otros colaboradores alemanes de la Cancillería y Audibert permanecían en Moscú, Heusgen regresó conmigo a Múnich. Putin nos invitó a Hollande y a mí a viajar con él al aeropuerto, ya que teníamos que cubrir el mismo trayecto, aceptamos su invitación. En el coche nos habló del estado de la economía rusa, algo que dada la situación política, nos pareció grotesco. Sin embargo, a la hora calibrar lo que quería conseguir en las negociaciones con Rusia y Ucrania, no lo tuve en cuenta.

Nos despedimos en el aeropuerto, y volé a Múnich para asistir a la Conferencia de Seguridad.

Mientras esperaba a que descongelaran el avión llamé brevemente a Poroshenko y le puse al tanto de cómo había transcurrido el encuentro. Llegué a Múnich en algún momento de la noche.

A la mañana siguiente informé a Steinmeier de las conversaciones que había mantenido en Moscú, ya que su secretario de Estado, Markus Ederer, nos había acompañado a Moscú.

Pronuncié mi discurso en la Conferencia de Seguridad y, a continuación, Steinmeier y yo nos reunimos con Poroshenko, con el ministro ucraniano de Asuntos Exteriores, Klimkin, con el vicepresidente de Estados Unidos, Joe Biden, y con el secretario de Estado estadounidense, John Kerry, y les informamos sobre los avances de las conversaciones y nuestro análisis de la situación.

El sábado, nuestros empleados consiguieron negociar con la parte rusa un documento conjunto que incluía muchos paréntesis. Tal como estaba previsto, el lunes viajé a Washington y Ottawa. En Washington le entregué a Barack Obama el regalo de Putin y le relaté cómo habíamos procedido Hollande y yo, y todos coincidimos en que merecía la pena intentar calmar la situación mediante la negociación. Le pedí que antes del encuentro del miércoles en Minsk llamara tanto a Poroshenko como a Putin, a lo que accedió, pues la llamada telefónica de un presidente estadounidense tenía su peso. Además, consideré que también era importante demostrar la unidad transatlántica, según mi parecer, clave para alcanzar el éxito, sobre todo después del regalo de Putin. No obstante, Obama también dejó claro que en caso de que las negociaciones de Minsk no llegaran a buen puerto, Estados Unidos estaba dispuesto, como mínimo, a entregar armas defensivas a Ucrania. Expresé mi preocupación por el hecho de que cualquier entrega de armas envalentonaría a las fuerzas del gobierno ucraniano que únicamente confiaban en una solución militar al conflicto, aunque dicha solución no tuviera perspectivas de éxito. Por otro lado, también entendía que no podíamos dejar a los ucranianos indefensos frente a la violencia rusa. Se trataba de un dilema.

El martes, ya estábamos a 10 de febrero, los colaboradores que formaban parte del formato Normandía viajaron a Minsk, al igual que los miembros del Grupo de Contacto Trilateral y los líderes separatistas prorrusos, y ocurrió lo que tenía que ocurrir. El protocolo bielorruso —es difícil imaginar que no se aplicara sin presiones por parte de Moscú— alojó a todos los participantes en la misma planta del mismo hotel. Obviamente, querían forzar que la delegación ucraniana entrara en contacto directo con los separatistas prorrusos. Solo tras las insistentes

protestas por parte de las delegaciones francesa, alemana y ucraniana, el Grupo de Contacto Trilateral y los separatistas prorrusos fueron reubicados en otro hotel, con lo que pudo empezar a prepararse la reunión a cuatro bandas. Finalmente, en la mañana

del 11 de febrero, Putin también confirmó su asistencia, decisión que había pospuesto durante días, pero que ya no pudo evitar tomar.

Por la mañana participé en Berlín en la ceremonia de Estado en honor de Richard von Weizsäcker, ex presidente federal, fallecido el 31 de enero, y luego volé a Minsk junto con el ministro de Asuntos Exteriores Steinmeier. Las conversaciones se iniciaron en el Palacio de la Independencia a las seis y media de la tarde, después de que rechazáramos el ofrecimiento de Aleksandr Lukashenko, el presidente bielorruso, para asistir a una cena para celebrar el encuentro. Teníamos otras cosas que hacer. En una primera reunión en una sala de conferencias con traducción simultánea, nos cercioramos de nuevo de que íbamos a trabajar sobre la base consensuada y aclaramos los puntos más sencillos del acuerdo, como la retirada de los diferentes tipos de armas pesadas. El siguiente paso consistió en tomar una decisión sobre las cuestiones pendientes. Poroshenko, Putin, Hollande y yo, nuestros ministros de Asuntos Exteriores y los colaboradores más estrechos, así como los intérpretes, nos reunimos en un gran salón, que si no recuerdo mal era octogonal, con puertas en cada uno de sus lados. En el centro del salón había dispuesta una gran mesa redonda y a lo largo de las diferentes paredes pequeñas mesas con sillas.

Una de las puertas conducía a una pequeña sala de reuniones, a la que Poroshenko, Putin, Hollande y yo nos retirábamos de vez en cuando. Las otras puertas se abrían cada treinta minutos y mujeres altas, en todo caso de la misma estatura, con paso erguido y sincronizado y vestidas con uniformes de servicio nos llevaban bandejas con vasos de té recién hecho. La mesa del centro estaba repleta de comida y bebidas, tanto sin alcohol como alcohólicas. En total, estuvimos negociando allí durante casi diecisiete horas, doce de las cuales las pasamos en aquel salón. Allí experimentamos todos los cambios de humor imaginables, desde las disputas más agrias hasta el silencio más resignado. Hollande y yo nos aseguramos de mostrar siempre un frente común con Poroshenko, pues Putin hacía todo lo posible por complicarle la vida a Ucrania con exigencias fuera

de lugar. Solo la convicción de que las cosas empeorarían aún más si no se alcanzaba un acuerdo hizo que Hollande y yo siguiéramos negociando. A final, a lo largo de la mañana conseguimos aclarar en la medida de lo posible todos los puntos.

A continuación había que acordar cuándo entraría en vigor el alto el fuego. Durante la noche, Putin le había pedido repetidas veces a Poroshenko que ordenara a sus tropas retirarse de Debáltseve, pero a pesar de que la situación de sus soldados era crítica, Poroshenko se negó. Yo lo comprendía perfectamente. Putin quería que el alto el fuego se decretara en un plazo de diez días, lo que era absurdo. Estaba claro que su supuesta superioridad militar no era tan evidente como él afirmaba. Finalmente pactamos un alto el fuego cuarenta y ocho horas después del final previsto para las negociaciones; es decir, a las ocho de la mañana, hora de Kiev, del siguiente sábado. Surkov llevó el texto al Grupo de Contacto Trilateral y a los separatistas prorrusos para que firmaran el documento que habíamos redactado, se suponía que no debía llevar mucho tiempo. Sin embargo, los separatistas prorrusos consiguieron aplazar dieciséis horas el alto el fuego, hasta la medianoche del sábado. Estaba claro que Putin estaba decidido a conquistar Debáltseve, que fue exactamente lo que ocurrió después.

Finalizamos las negociaciones hacia las doce del 12 de febrero. El tiempo apremiaba, pues Hollande y yo teníamos que viajar a Bruselas para una reunión informal del Consejo de Europa, en la que informaríamos del acuerdo alcanzado. A sugerencia de Hollande y mía, Putin aceptó presentar como un proyecto de resolución al Consejo de Seguridad de la ONU el paquete de

medidas acordadas, que en el futuro se llamaría Minsk II, junto con el Protocolo de Minsk y el Memorando de Minsk de septiembre de 2014, más adelante denominados Minsk I. Nuestra intención era lograr la mayor implicación posible. Decidimos no celebrar una rueda de prensa conjunta, y mientras Putin y Poroshenko presentaron por separado el acuerdo a la prensa, Hollande y yo lo hicimos juntos.

Habíamos conseguido cubrir una etapa, aunque el problema fundamental estaba lejos de resolverse. Poroshenko había accedido a todo, sobre todo porque militarmente estaba a la defensiva y no quería perder más territorio. No obstante, Hollande y yo no pudimos convencerle para que volara directamente a Kiev y explicara el acuerdo alcanzado, que se basaba en su plan de paz de septiembre de 2015, a su gobierno y al Parlamento, por lo que permitió que la oposición de su país interpretara los hechos a su manera, algo que no pude entender. En lugar de ello, voló como nosotros a Bruselas para exponer sus puntos de vista en la reunión informal del Consejo de la UE y conocer su dictamen para luego regresar a casa. El Consejo de Europa acogió con satisfacción el acuerdo, y adoptó al mismo tiempo las sanciones adicionales ya previstas.

Queríamos presionar a Rusia para que aplicara lo acordado.

Según lo acordado, el 13 de febrero Rusia presentó el proyecto de resolución con los diversos acuerdos de Minsk al Consejo de Seguridad de la ONU, que el 17 de febrero de 2015 lo adoptó por unanimidad como Resolución 2202 (2015).

Estaba decidida a hacer todo lo posible para que se hicieran realidad los acuerdos alcanzados durante las negociaciones de Minsk. Dadas las circunstancias, constituían el único modo razonablemente fiable de detener el avance de las tropas rusas y ayudar a Ucrania a restaurar de manera gradual su integridad territorial en las regiones de Donetsk y Lugansk. Sin embargo, la cuestión iba a ocuparme de forma intensa hasta el final de mi mandato.

UN AIRE DE GUERRA FRÍA

La anexión de Crimea cambió drásticamente el inquietante panorama no solo en Ucrania, sino en toda Europa al hacerse realidad lo que a principios de los noventa se quiso evitar: el continente europeo estaba dividido de nuevo, y ya no se podía descartar a Rusia como una amenaza para los miembros de la OTAN.

Además de intentar resolver diplomáticamente el conflicto entre Ucrania y Rusia, la Alianza también tenía que responder militarmente a la nueva situación, y lo hizo en la cumbre de la OTAN celebrada los días 4 y 5 de septiembre de 2014 en Newport (Gales). Tras años centrada en misiones en el extranjero, como las de la antigua Yugoslavia, Afganistán y Libia, ante la amenaza que representaba Rusia se convirtió en primordial el compromiso asumido en el artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte de asistir a sus miembros en el territorio de la Alianza. Una vez finalizada la Guerra Fría, en gran medida los planes de defensa habían quedado relegados a un segundo plano, pero ahora la situación había cambiado. La cumbre adoptó medidas para una respuesta militar más rápida en Europa con el Readiness Action Plan (RAP), en concreto, un plan de acción para los países del flanco oriental de la OTAN, como Polonia, Estonia, Letonia y Lituania. Además, se creó como punta de lanza de la OTAN la Very High Readiness Joint Task Force (VJTF, siglas inglesas de la Fuerza Conjunta de Muy Alta Disponibilidad). Los Estados miembros se comprometieron a avanzar en un plazo de diez años hacia el objetivo de destinar un 2 % del PIB al gasto en defensa. En 2014, el gasto alemán en defensa ascendió al 1,15 % del PIB. Aún nos quedaba mucho camino por recorrer. No obstante, nos dimos cuenta de que teníamos que reaccionar ante el cambio de situación y, por lo tanto,

acordamos que nuestro gobierno aprobara la resolución en vísperas de la cumbre.

Sin embargo, hasta que abandoné mi cargo, la cuestión del gasto en defensa continuó siendo una manzana de la discordia política, ya que únicamente la CDU y la CSU se comprometieron de forma clara con el objetivo del 2 %. Los demás partidos se mostraron cautelosos ante el objetivo o incluso lo consideraron una imposición política. Aun así, a partir de 2015 conseguimos alcanzar el compromiso de incrementar gradualmente los gastos en defensa: acordamos en la gran coalición que aumentaríamos de igual forma el presupuesto del Ministerio de Desarrollo.

Por una parte, se trataba de una buena acción, porque aún estábamos muy lejos de la promesa muchas veces repetida de invertir el 0,7 % del PIB en ayuda al desarrollo: en 2014, la cifra alcanzaba el 0,4 %, pero gracias a nuestro proceder, en 2021 ya alcanzó el 0,8 %. Por otra parte, debido a la inclusión de la ayuda al desarrollo, se ralentizó el aumento de la inversión en defensa.

En los presupuestos de 2021, el gasto en defensa ascendió al 1,33 %. En la CDU/CSU

confiábamos en alcanzar el objetivo del 2 % a finales de la década.

En la cumbre de la OTAN celebrada en Varsovia los días 8 y 9 de julio de 2016, se decidió estacionar grupos de combate multinacionales en Polonia y los países bálticos. En 2017, Alemania se hizo cargo de ellos en Lituania. Como los despliegues permanentes en los nuevos Estados miembros estaban prohibidos por el Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas OTAN-Rusia, las tropas eran reemplazadas cada seis meses; a pesar de las tensiones con Rusia, para mí era importante seguir cumpliendo con el Acta.

Volvía a envolvernos un aire de Guerra Fría. Tal como hicimos antes, tras la anexión de Crimea nos decidimos por un enfoque doble, insistiendo tanto en la diplomacia como en la disuasión.

«LO LOGRAREMOS»

A LAS PUERTAS DE EUROPA

En la noche del sábado 18 al domingo 19 de abril de 2015, una embarcación de refugiados abarrotada zozobró en el Mediterráneo en su trayecto de Libia a Italia. Cientos de personas perdieron la vida. Aquel domingo, en el que Joachim cumplía sesenta y seis años, estábamos en Hohenwalde. Esa misma tarde, Matteo Renzi, primer ministro italiano, me llamó al móvil y me pidió apoyo para convocar cuanto antes a los jefes de Estado y de gobierno europeos a un

Consejo Extraordinario de la UE. La fiesta de cumpleaños había terminado.

—Te entiendo, se trata de una gran tragedia, pero si nos reunimos tenemos que tomar decisiones concretas —le comenté para que reflexionara al respecto.

—No te falta razón, pero tenemos que reunirnos —prosiguió—, ya se lo he hecho saber a Donald Tusk, debe quedar claro que no se trata de un problema estrictamente italiano, sino que afecta a toda Europa. No podéis dejarme solo frente a esto.

Sabía que Matteo Renzi tenía razón, sobre todo porque no era la primera catástrofe de este tipo que ocurría frente a las costas de su país. Un año y medio antes, en octubre de 2013, después de que dos embarcaciones naufragaran en el Mediterráneo y se ahogaran varios centenares de refugiados, Italia puso en marcha la operación Mare Nostrum para que la Marina y los guardacostas italianos rescataran a refugiados en peligro de naufragar y detuvieran a los guías de esas pateras. En octubre de 2014 se puso fin a la operación después de que los ministros del Interior europeos pusieran en marcha la Operación Tritón, bajo la dirección de la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas (Frontex), creada en 2004 para proteger las fronteras exteriores de Europa. Sin embargo, ni siquiera Tritón pudo evitar la tragedia acaecida la noche del 18 al 19 de abril de 2015.

Con su llamamiento a no dejar sola a Italia de nuestra conversación telefónica, Renzi tocó la herida abierta del Sistema Europeo Común de Asilo (SECA), que se remonta al Convenio de Dublín adoptado por los doce Estados miembros de la Comunidad Europea en la capital irlandesa el 15 de junio de 1990 y que lleva el nombre de esta cumbre. Trece años después, en marzo de 2003, entró en vigor un primer reglamento sucesor denominado Reglamento Dublín II, seguido unos meses más tarde por el Reglamento Dublín III, que se aplicó en los Estados miembros de la Unión Europea, así como en

Noruega, Islandia, Suiza y Liechtenstein, y determinaba cuál de estos países debía hacerse cargo del procedimiento de asilo del ciudadano de un tercer país o de un apátrida. Estipulaba en esencia que salvo algunas excepciones, el examen y aprobación de una solicitud de asilo debía realizarse en el país al que el solicitante de asilo había llegado en primer lugar; es decir, en la mayoría de los casos, en las fronteras exteriores de la Unión Europea. Tal como estaban las cosas, en vista de las rutas de huida de los refugiados a través del Mediterráneo, casi siempre se trataba de los Estados mediterráneos de Grecia, Italia y España. Durante mucho tiempo, Dublín III alejó el problema de todos los demás Estados, incluida Alemania. Nosotros, que geográficamente estábamos situados en el centro de la Unión Europea, podíamos beneficiarnos del espacio Schengen, un mercado único sin controles en las fronteras interiores, y no teníamos que preocuparnos de lo que ocurría en las fronteras exteriores de la Unión Europea, lo que resultaba cómodo, pues nos habíamos adaptado bien a la situación.

Interviniera o no Tritón, los países mediterráneos tuvieron que hacerse cargo de las

consecuencias de dramas como el ocurrido frente a las costas de Italia la noche del 18 al 19 de abril de 2015, en ese caso la misma Italia. En términos jurídicos formales, este procedimiento era correcto, pero desde el punto de vista político y humanitario no era defendible de ninguna manera.

El deseo de Renzi se cumplió. Cuatro días después de la catástrofe en el Mediterráneo y de nuestra conversación telefónica, el 23 de abril de 2015, los jefes de Estado y de gobierno se reunieron en Bruselas para celebrar una reunión extraordinaria del Consejo de Europa. Más que nada, esta reunión tenía una importancia simbólica para demostrar que no se dejaba sola a Italia y que tras las muertes a las puertas de Europa, no nos limitábamos a seguir el orden del día. El Consejo acordó mejorar las condiciones de salvamento en el mar de las personas en peligro, luchar de forma más eficaz contra

los crímenes de los traficantes, intensificar la cooperación con los países de origen y tránsito de las personas que huían a Europa y organizar de forma más justa la acogida.

Sin embargo, los resultados del Consejo no sirvieron para llegar al fondo de la cuestión y controlar el problema. Como la frontera italiana estaba desbordada, cada vez más gente se dirigía al norte. Quedó claro que toda Europa, y también Alemania, tenía un problema importante que duraría mucho más allá de ese día. En los últimos años, en nuestro país, el número de solicitudes de asilo no dejó de aumentar. En 2012 se registraron 64.539 solicitudes de asilo; en 2013, 109.580; y en 2014, 173.072. Por un lado, después de que en diciembre de 2009 se suprimiera la obligación de visado para la antigua república yugoslava de Macedonia, Montenegro y Serbia, y un año después para Albania y Bosnia y Herzegovina, llegaron cada vez más solicitantes de asilo de los países de los Balcanes occidentales, el reconocimiento de estas solicitudes de asilo se situó muy por debajo del 1 %. Cuando posteriormente estos países fueron clasificados como países seguros de origen y se introdujeron oportunidades de trabajo legal para sus ciudadanos, el número de solicitudes de asilo disminuyó con rapidez.

Por otro lado, a las puertas de Europa se produjeron acontecimientos cuyas consecuencias empujaron a cada vez más personas a huir de sus hogares: a finales de 2010, en Túnez se inició la Primavera Árabe, llamada así por las grandes esperanzas a las que se asociaba, con levantamientos contra Zine el Abidine Ben Alí, su autocrático presidente. Las protestas se extendieron a Libia y Siria, entre otros países. En el verano de 2011, tras la caída del líder revolucionario libio Muamar el Gadafi, el Estado libio se derrumbó. A las mafias de traficantes les resultó sencillo que cada vez más refugiados procedentes sobre todo de países africanos como Eritrea y Somalia cruzaran a Europa desde la costa libia. También en el año 2011 estalló la guerra civil en Siria, que tuvo un impacto aún más grave cuando la población de ese país también intentó rebelarse contra su autocrático presidente, Bashar al-Asad. millones de sirios

abandonaron el país y huyeron al Líbano, Jordania y, más de tres millones, a Turquía. Al principio, su esperanza radicaba en poder regresar pronto a su país de origen, pero a partir de 2014 esa expectativa se desvaneció y cada vez más personas intentaron llegar al norte de Europa desde Turquía a través del Egeo y de Grecia. Recuerdo perfectamente que en la primavera de 2015, al margen de una reunión del Consejo de Europa, el primer ministro de Grecia, Alexis Tsipras, me dijo que el número de refugiados que llegaban a las islas griegas procedentes de Turquía prácticamente se duplicaba cada mes, en especial con refugiados sirios, pero también afganos e iraquíes. En aquel momento recibí la información con preocupación y sospeché que el desarrollo de los acontecimientos no solo afectaría a Grecia.

El 6 de mayo de 2015, Thomas de Maizière, ministro del Interior, anunció que para finales del

año en curso se esperaban en Alemania 400.000 solicitudes de asilo, más del doble que el año anterior. Hizo pública una nueva previsión para el verano sobre la base de las crecientes cifras mensuales.

El 18 de junio de 2015 participé en el congreso ordinario de los ministros y ministras presidentes (MPK), que siempre tiene lugar en verano. Nos esperaba un extenso orden del día con temas muy variados, aunque uno de los puntos centrales era la situación de la política de asilo y para los refugiados. Entre otras iniciativas, acordamos agilizar la decisión sobre las solicitudes de asilo, devolver a sus países de origen a los solicitantes de asilo rechazados de forma más coherente e integrar mejor a los solicitantes aceptados. Al comienzo de la rueda de prensa, que celebré una vez finalizado el MPK junto con Dietmar Woidke (SPD), ministro presidente de Brandeburgo y que entonces presidía el congreso, y Reiner Haseloff (CDU), ministro presidente de Sajonia-Anhalt, agradecí la labor de todos los que se dedicaban al trabajo con los refugiados y estaban comprometidos con la ayuda a las personas que habían huido de la guerra y del terror. Sin embargo, hice hincapié al mismo tiempo en

que el gobierno federal y los gobiernos de los diferentes estados federales diferenciaban entre quienes tenían derecho a la protección y quienes no y, por lo tanto, no podían permanecer en Alemania.

Una semana más tarde, en la reunión ordinaria del Consejo de Europa, después de la reunión extraordinaria del mes de abril, el tema de los refugiados y la migración volvió a ocupar gran parte de nuestro tiempo. En mi rueda de prensa nocturna del 26 de junio de 2015 informé, entre otros asuntos, de que 60.000 refugiados iban a ser distribuidos de forma voluntaria en los Estados miembros de la Unión Europea: 40.000 de ellos eran personas llegadas a Italia o Grecia a través del Mediterráneo y las otras 20.000 procedían de zonas en guerra civil y serían acogidas por la Unión Europea directamente y en consulta con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Al final de la rueda de prensa, un periodista preguntó si había diferencias de opinión entre el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, y el presidente del Consejo de la UE, Donald Tusk. En mi respuesta no abordé esa cuestión, pero la pregunta me dio pie para arrojar luz sobre la magnitud de la tarea que teníamos por delante y de eso era de lo que me quería ocupar. Mi respuesta fue: «En general, el debate ha sido muy intenso, y creo que la cuestión es propicia para ello, porque me parece que en la Unión Europea, en la cuestión de los refugiados nos enfrentamos a lo que es el mayor reto del que he sido testigo durante mi mandato. Ya hemos superado toda una serie de retos —desde la crisis financiera a la crisis económica, pasando por la crisis del euro—, pero pienso que tenemos una enorme tarea por delante y ahora es cuando se va a ver si Europa está a la altura de las circunstancias. No hay duda de que existe la posibilidad de que resolvamos esto muy bien y de que salgamos realmente reforzados, pero para ello seguirán siendo necesarios debates muy intensos». Tenía la certeza de que incluso más que en las crisis financiera y económica anteriores, ahora era importante demostrar al mundo si estábamos dispuestos y éramos capaces de revivir juntos nuestros valores europeos.

Ni tres semanas después, el miércoles 15 de julio de 2015, me pusieron a prueba a mí misma.

Participaba en un diálogo ciudadano con veintinueve jóvenes en el pabellón deportivo del centro escolar Paul Friedrich Scheel, un centro de apoyo para discapacitados físicos y escuela primaria en el barrio de Südstadt, en Rostock. En un formato que apreciaba mucho, el encuentro me ofrecía la oportunidad de hablar directamente con los ciudadanos. Eva Christiansen, desde 2009

jefa de Planificación Política de la Cancillería, desarrolló el programa y lo llevó a cabo por primera vez en 2011 y 2012. Tras las elecciones federales de 2013, en el pacto de coalición entre

la CDU, la CSU y el SPD se acordó profundizar en el contenido del concepto y, sobre la base de nuevos diálogos ciudadanos en torno al tema de vivir bien en Alemania, desarrollar un nuevo sistema de indicadores. El objetivo era complementar el Producto Interior Bruto, considerado un indicador de prosperidad, con indicadores de bienestar que incluyeran ámbitos como la salud, la seguridad y el medio ambiente, lo que en inglés se denomina *well-being*.

El diálogo en Rostock se inició sobre la una y cuarto del mediodía. En el meridiano de los noventa minutos que duró el acto, Reem Sahwil, que entonces tenía catorce años, tomó la palabra. Habló de su familia, que había llegado a Alemania desde el Líbano y no tenía permiso de residencia permanente. Por las palabras de Reem deduje que ella confiaba en que yo podría cambiar su situación. No obstante, el sentido común me decía que no debía dar la impresión de que estaba dando esperanzas a Reem con una declaración solo porque había tenido la oportunidad de dirigirse a mí, una declaración que en todo caso no habría tenido base jurídica.

Sin embargo, mientras hablaba, vi que la niña se había echado a llorar. Me acerqué a ella para calmarla, me agaché, la acaricié un poco y le dije:

—Oh, vamos, si lo has hecho muy bien.

En ese momento intuí que había ocurrido algo que me pasaría factura, porque no había podido evitar que una de las ponentes, muy joven además, rompiera a llorar. Podría haber simplificado las cosas y al cabo de unos minutos decirle: lo has explicado muy bien, aunque sería estupendo que también lo pusieras por escrito en una carta, de esta forma podré estudiar de nuevo tu petición y te escribiré. Por un lado, me habría mantenido fiel a mí misma al no suscitarle falsas esperanzas sin conocer bien el caso y, por otro, la chica no habría tenido que escuchar por mi boca en repetidas ocasiones que Alemania no podía acoger a todas las personas del mundo, sino que debía dar prioridad a quienes huían de un país en guerra civil o eran perseguidos políticos. A diferencia de Siria, el Líbano, el país de donde procedía la familia de Reem, no se consideraba una zona en guerra civil.

Al finalizar el encuentro, mi reacción desató una tormenta de indignación contra mi persona; tanto a escala nacional como internacional mi comportamiento fue considerado torpe, frío, poco empático, y se publicó el hashtag #merkelstreichelt ('merkelacaricia'). Incluso un mes y medio después, en mi rueda de prensa anual de verano del 31 de agosto me preguntaron sobre este tema y cómo me sentía «ante aquel escándalo».

—Sí, que acaben increpándome también forma parte de mi trabajo
—respondí reiterando mi postura al respecto.

Pero esa rueda de prensa no se recordó por este comentario, sino por otra frase.

LA RUEDA DE PRENSA DE VERANO

Mis ruedas de prensa de verano solían celebrarse a mediados o finales de julio, pero debido a la votación del tercer programa de rescate para Grecia en el Bundestag, que tuvo lugar el 17 de julio, en 2015 tuve que posponerla hasta el 31 de agosto.

El 19 de agosto, Thomas de Maizière anunció que la Oficina Federal de Migración y Refugiados (BAMF) había duplicado su previsión del mes de mayo, calculando que en 2015

Alemania recibiría unas 800.000 solicitudes de asilo.

Los días 21 y 22 de agosto, en la ciudad sajona de Heidenau se produjeron graves disturbios de corte racista contra un centro de primera acogida de refugiados ubicado en un antiguo almacén de materiales para la construcción. Los refugiados solo podían ser transportados hasta allí bajo protección policial.

El 24 de agosto, Sigmar Gabriel, presidente del SPD y vicecanciller, viajó a la ciudad y calificó a los manifestantes como «gentuza» y «chusma».

El 25 de agosto, el BAMF publicó en Twitter el siguiente mensaje: «En la actualidad, de hecho, en lo que se refiere a los ciudadanos de nacionalidad siria mayoritariamente no aplicamos los procedimientos de Dublín». Entendí esta frase como una expresión de que la Oficina estaba sobrepasada y ya no podía hacer frente al gran número de solicitudes de asilo, por lo que en lugar de ello se limitaba básicamente a verificar la autenticidad de los documentos de identidad de los refugiados sirios y ponerlo por escrito.

Hacía tiempo que tenía planeada para el 26 de agosto una visita a la localidad sajona de Glashütte para inaugurar una nueva planta de ensamblaje de la empresa de relojería local, que tras la reunificación alemana era un ejemplo de éxito alcanzado en la Alemania Oriental. Como Glashütte estaba a solo veinte kilómetros de Heidenau, decidí sin pensármelo dos veces viajar hasta allí ese mismo día y visitar el centro de primera acogida. Allí me recibieron Stanislaw Tillich (CDU), ministro presidente de Sajonia, Jürgen Opitz (CDU), alcalde de Heidenau, y Rudolf Seiters, presidente de la Cruz Roja Alemana y antiguo ministro federal. Nos dirigimos directamente al centro de refugiados e insistí en que no nos acompañaran ni periodistas ni

fotógrafos. Me acerqué y dirigí a algunos de ellos, pero me dio la impresión de que muchos de los refugiados no sabían quién era yo. Cuando se dieron cuenta de que había venido con buenas intenciones, se sinceraron y me contaron de dónde venían y qué ruta de huida habían tomado: la mayoría de ellos por Grecia y la llamada ruta de los Balcanes. Aunque parecían confiar en la protección que les proporcionaba el edificio en que estaban alojados, parecían agotados, inquietos.

Una vez transcurridos tres cuartos de hora, salí del centro de refugiados e hice una declaración para la prensa. Informé: «Aquí hay alojadas casi seiscientas personas y he tenido ocasión de hablar con muchas de ellas. Aquí podemos ver cómo lo que contemplan nuestras leyes —es decir, que toda persona perseguida políticamente o que tenga que huir de una guerra civil tiene derecho a un trato justo, a un procedimiento de asilo o a ser reconocida como refugiada a causa de una guerra civil— adquiere de forma natural un rostro humano». Estaba tan concentrada en mí misma y en las palabras que quería decir que apenas me di cuenta del ensordecedor estruendo que causaban los manifestantes al borde de la carretera, y del que me enteré más tarde en las noticias cuando se informó de mi visita.

Un día después, el 27 de agosto, participé en Viena en la segunda cumbre sobre los Balcanes occidentales, que nuestro país organizó por primera vez un año antes. Durante el encuentro, que se inició a las once de la mañana, me senté junto a Werner Faymann, canciller de Austria.

Estábamos comentando que los países de tránsito de los Balcanes occidentales se veían en especial afectados por el gran número de refugiados, cuando Faymann me acercó su teléfono móvil para mostrarme una noticia que acababa de recibir. Leí que en un camión frigorífico abandonado junto al aparcamiento de una autopista de Burgenland (Austria) se habían encontrado decenas de refugiados muertos por asfixia. Según se supo más adelante, eran 71

personas procedentes de Afganistán, Irak, Irán y Siria que se habían puesto en manos de traficantes de personas para llegar a Austria y Alemania. Faymann y yo nos miramos. «Terrible», le susurré. Aquella noticia dejaba claro que no estábamos hablando de cifras, sino de personas y destinos.

Cuatro días después, la mañana del lunes 31 de agosto, estaba sentada en mi despacho, pensando con qué palabras iniciar la rueda de prensa veraniega prevista para la una y media del mediodía. Repasé los puntos clave que Steffen Seibert, portavoz del gobierno, y Eva

Christiansen habían redactado para mí. Acordamos de antemano que empezaría hablando de la política de refugiados. Durante los noventa minutos que duraba la ronda posterior de preguntas y respuestas, celebrada en una sala de prensa siempre abarrotada, los periodistas podían plantearme sus preguntas sobre todos los temas imaginables de política interior y exterior, así que decidí darles un toque personal a mis frases introductorias. Estaba frustrada y pensé que de nuevo debía enfrentarme a un problema achacable a la gestión de gobiernos anteriores. En primer lugar, el euro se introdujo sin que los criterios asociados a la unión monetaria fueran realmente vinculantes para los Estados miembros, y hoy tenemos que hacer frente a las debilidades de esta decisión. Y, por supuesto, al principio todo el mundo estaba encantado con el Acuerdo de Schengen, que de hecho suprimía los controles en las fronteras interiores de los Estados miembros que formaban parte de este acuerdo, salvo excepciones muy justificadas. Sin embargo, en aquel momento el espacio Schengen estaba más presionado que nunca por el elevado número de refugiados.

Con la nota para la rueda de prensa en la mano, me dirigí al despacho de Beate Baumann con la idea de repasar con ella cada uno de los puntos. Me senté a su mesa de reuniones redonda.

Estaba trabajando en su escritorio en unos expedientes y se sentó a mi lado. Descargando toda mi frustración, le dije:

—Acabamos de dejar atrás el problema con Grecia y ya tenemos el siguiente gran problema a las puertas de casa. ¡Sin embargo, no tiene importancia! De una manera u otra lo lograremos.

También antes lo hemos logrado.

Beate Baumann me escuchó atentamente. Entonces me dijo:

—Así es. Y tal como me lo ha dicho aquí, eso es exactamente lo que puede decir en la rueda de prensa.

La miré y pensé que, en ocasiones, todo es más sencillo de lo que parece. Tenía razón. Si transmito este mensaje puedo animar a la gente y, al mismo tiempo, demostrar que soy consciente de la magnitud de la tarea. De lo contrario, ni me haría falta hablar así. En mi texto añadí a mano las formulaciones más importantes.

—Gracias y hasta ahora —me despedí, y regresé a mi despacho.

En la rueda de prensa expuse mis ideas. Con la mente puesta en los sucesos de Heidenau, empecé subrayando la importancia del artículo 1 de nuestra Constitución, que establece que la dignidad humana es intangible: «Independientemente de si es ciudadano de nuestro país o no lo es, independientemente de dónde viene y por qué viene a nuestro país y qué perspectivas tiene de ser reconocido como solicitante de asilo al final del proceso, nosotros respetamos la dignidad humana de cada individuo y utilizamos toda la fuerza de nuestro Estado constitucional contra aquellos que acosan a otras personas, que atacan a otras personas, que prenden fuego a sus alojamientos o que quieren utilizar la violencia. Nos oponemos a quienes convocan manifestaciones con sus cánticos de odio. No hay tolerancia con quienes cuestionan la dignidad de otras personas». A continuación expliqué las numerosas medidas acordadas en el mes de julio con los ministros presidentes de los diferentes estados

federales y que el gobierno había aplicado según lo planificado. A escala nacional, las cuestiones más importantes fueron la agilización de la tramitación de las solicitudes de asilo, la devolución más rápida de los solicitantes de asilo cuya petición había sido rechazada, el apoyo a las autoridades locales, un reparto justo de los costes entre las autoridades federales de cada estado y locales, y perspectivas a largo plazo para una vivienda y una mejor oferta de integración en el mercado laboral. Hice hincapié en el reparto equitativo de los refugiados en Europa y en la lucha a escala europea e internacional contra las

causas de su huida. Como subrayé antes: «Lo digo de la manera más sencilla: Alemania es un país fuerte. Por lo tanto, el lema con el que debemos afrontar esta cuestión debe ser: antes hemos logrado tantas cosas, ¡y también ahora lo lograremos! Lo lograremos, y allí donde algo se interponga en nuestro camino, lo superaremos, trabajaremos en ello. El gobierno federal —junto con los estados federales y los municipios— hará todo lo que esté en sus manos por lograrlo».

Si en aquel momento alguien me hubiera dicho que durante semanas, meses, años, algunos incluso hasta el día de hoy me echarían en cara esas dos palabras banales, «lo lograremos», le habría mirado con incredulidad y reaccionado con la pregunta: ¿Perdón? ¿No debo decir que lo lograremos porque estas dos palabras pueden malinterpretarse y que la gente piense que mi intención es traer a todos los refugiados del mundo a Alemania? Aquella no era mi manera de pensar. No sé cuántas veces en mi vida lo he afirmado, de una forma u otra, que podemos hacer esto o aquello. Por supuesto, aquel 31 de agosto de 2015 era consciente de que esas dos palabras por sí solas no podían solucionar el problema al que nos enfrentábamos, que necesitaba apoyos.

Sin embargo, esas dos palabras representaban mi profunda confianza en que en el país había suficientes personas que pensaban

y sentían como yo y a las que podía animar a afrontar el problema. Mi confianza no se vería defraudada.

LA DECISIÓN

Cuando me desperté por la mañana, no tenía ni idea de que el viernes 4 de septiembre de 2015

sería un día que pasaría a la historia de Europa. Aunque ese día en que se iba a poner a prueba la reacción de Europa frente a los miles de refugiados que llegaban a diario a Europa occidental a través de los Balcanes occidentales, también podría haber sido el 3, el 6 o el 7 de septiembre. Sin embargo, a mí no me cabía duda de que eso ocurriría, y además muy pronto. El primer ministro húngaro, Viktor Orbán, nunca había ocultado que para él era inviable cualquier tipo de sistema de cuotas para el reparto equitativo de los refugiados que llegaban a Europa. En junio de 2015, Hungría empezó a construir una valla fronteriza de unos 170 kilómetros de longitud en la frontera exterior de la Unión Europea con Serbia, como las que existían en las fronteras greco-turca y búlgaro-turca. Los refugiados reaccionaron con rapidez y ya no continuaron las rutas de huida desde Turquía por tierra, sino por mar, a través de las islas griegas del Egeo y, desde allí, por los países de la UE, Croacia y Eslovenia, en dirección a Austria y Alemania. Durante los días anteriores vi en repetidas ocasiones en las noticias de la televisión las imágenes de los refugiados hacinados en los trenes húngaros o atrapados en las estaciones de tren de Budapest. Unas veces, Hungría permitía que la gente comprara billetes de tren para viajar a Austria y Alemania; otras, pese a que sus billetes fueran válidos, las autoridades detenían los trenes y hacían bajar a los refugiados para alojarlos en centros de emergencia, y estos se resistían con uñas y dientes, por lo que la policía decidía retirarse.

Algunas cosas me recordaron las imágenes de los refugiados de Praga en 1989, y me preguntaba: ¿debo anunciar que voy a permitir la entrada en Alemania de los refugiados que llegan desde

Budapest? Y al momento: ¿y después qué? Si bien el Reglamento Dublín III contenía el llamado derecho de autoentrada, según el cual un Estado miembro podía decidir hacerse cargo del procedimiento de asilo de un refugiado, incluso si llegó primero a otro Estado miembro de la UE, aún no se vislumbraba una solución viable. Por otra parte, en mi carrera política había pronunciado muchos discursos defendiendo que la dignidad humana es intangible y que este artículo de nuestra Constitución no es solo válido para nosotros los alemanes, sino que se aplica a todo el mundo. Para mí, esto venía a decir que toda persona, independientemente de si

tenía o no posibilidades de quedarse en Europa, tenía derecho a un trato humano, tanto en Alemania como en el resto de Europa. Quería seguir trabajando en este sentido, y tenía claro que sin Alemania no sería posible controlar la situación.

El viernes 4 de septiembre de 2015 mi agenda me llevó fuera de Berlín: visité el taller de trabajo MINT del colegio de primaria y secundaria de la localidad bávara de Buch am Erlbach, donde se fomenta el interés de los alumnos por las matemáticas, la informática, las ciencias naturales y la tecnología (CTIM). A continuación me desplazé a la Universidad Técnica de Múnich para ocuparme también de temas CTIM en su Centro de Innovación y Start-ups. Desde allí volé a Renania del Norte-Westfalia, en principio, para apoyar al candidato de la CDU a la alcaldía, Thomas Kufen, en un acto público en Essen como parte de la campaña electoral local, elecciones que finalmente consiguió ganar. En aquel acto me presentaron a un pequeño grupo de refugiados sirios que me agradecieron haberlos llevado a Alemania. Volé en helicóptero de Essen a Colonia para pronunciar sobre las siete y media de la tarde un discurso en el Flora con motivo del septuagésimo aniversario de la CDU en Renania del Norte-Westfalia. Allí conocí a Henriette Reker, la candidata independiente a la alcaldía por la CDU y los Verdes, y más tarde alcaldesa de la ciudad. Durante todo el día me acompañó Bernhard Kotsch, subdirector de mi Oficina, decisión que tomé por la mañana, antes de salir, para que una persona de contacto de la

Cancillería me acompañara durante las reuniones del partido. En el pasado este planteamiento ya había dado buenos resultados.

Después de mi discurso, Bernhard Kotsch me dijo que el canciller austríaco, Werner Faymann, quería hablar conmigo, y había intentado ponerse en contacto a través del Centro de Situación de la Cancillería. Con razón, Bernhard Kotsch se abstuvo de avisarme en medio de mi discurso para que no tuviera que abandonar el escenario, sino que se comprometió a que yo directamente devolvería la llamada a las ocho. De esta manera pude hablar con Faymann sin causar ningún revuelo. Antes de llamarle, pude ver en mi iPad las imágenes de innumerables refugiados que desde Budapest se dirigían por su propia cuenta a pie por la autopista hacia la frontera entre Hungría y Austria. Sentí que había llegado la hora de tomar una decisión. Si Europa no quería permitir que se produjeran muertes en la autopista, había que hacer algo.

En nuestra conversación telefónica, Faymann relató que los refugiados utilizaban la autopista para desplazarse y me preguntó si nosotros, Alemania y Austria, podríamos compartir la tarea de acogerlos a partes iguales. Faymann no quería tomar solo la decisión e hizo recaer la responsabilidad en mí, en todo caso, una responsabilidad que estaba decidida a asumir, se trataba de una emergencia humanitaria. Para tomar la decisión tuve que involucrar a tres personas: la primera y la más importante fue Frank-Walter Steinmeier, ministro de Asuntos Exteriores, que estaba reunido con los ministros de Exteriores de la UE en Luxemburgo. Le pedí una rápida revisión jurídica de su oficina para saber si realmente estaba autorizada a decidir en nombre de Alemania la entrada de los refugiados en nuestro país por una situación de emergencia humanitaria. También quise hablar con los dos líderes de los partidos de mi coalición, el presidente del SPD y vicescanciller, Sigmar Gabriel, y el presidente de la CSU y ministro presidente de Baviera, Horst Seehofer. Gabriel no planteó ninguna objeción, con Seehofer no pude hablar. Por más que lo intenté —también con la ayuda del jefe de la Cancillería, Peter Altmaier, y de la jefa de la Cancillería del

estado federal de Baviera, Karolina Gernbauer, del Centro de Situación de la Cancillería, de las unidades de protección personal, y de un sms que le envié a las 22:33 horas para que me llamara—, no conseguí que se pusiera al teléfono.

Tras mi regreso a Berlín alrededor de las diez menos cuarto de la noche, me hice conducir directamente a Hohenwalde, y desde allí realicé todas las demás llamadas telefónicas. Tras el

examen jurídico, Steinmeier me informó de que sus expertos habían dado el visto bueno a mi decisión. Mientras tanto, el primer ministro húngaro, Viktor Orbán, había fletado autobuses para transportar a los refugiados a la frontera entre Hungría y Austria. Sin embargo, incluso allí quiso poner en evidencia que las fronteras nacionales eran lo único que realmente contaba para él.

Exigió que ningún autobús húngaro cruzara la frontera, al otro lado de la frontera los refugiados debían subirse a autobuses austríacos. Esa noche, todo contacto con Orbán se produjo a través de Faymann. Orbán y yo nos dimos cuenta de que sobre esta cuestión teníamos puntos de vista completamente opuestos.

Decidí hacia las once menos cuarto de la noche no esperar más para hablar por teléfono con Horst Seehofer, ya que no podía hacer que mis acciones futuras dependieran de esa conversación. Una vez resueltas las cuestiones jurídicas y organizativas que debían aclararse esa noche, poco después de medianoche Alemania y Austria anunciaron en un posteo de Facebook que los refugiados podrían entrar libremente en Austria y Alemania. Elegimos esta vía porque suponíamos que los refugiados obtendrían información a través de Facebook. Cuando eso también terminó, me di cuenta de la tensión que había sufrido durante las últimas horas. De un momento a otro estaba muerta de cansancio y caí rendida en la cama.

QUINTA PARTE

AL SERVICIO DE ALEMANIA II

del 5 de septiembre de 2015

al 8 de diciembre de 2021

UNA CARA AMABLE

«ENTONCES ESTE NO ES MI PAÍS»

Fue un fin de semana impresionante: cientos de personas acudieron a la estación central de Múnich, así como a otras estaciones de Alemania, para dar la bienvenida a los refugiados procedentes de Hungría y que venían atravesando Austria. Ayudantes espontáneos recibieron con aplausos, a veces con alborozo, a estas personas en busca de amparo, repartieron dulces, ofrecieron comida. Los voluntarios no vacilaron, pues se les necesitaba, y «al dar la bienvenida a los refugiados, mostraron una imagen de Alemania [...] que, en cierta manera, nos hace sentirnos orgullosos de nuestro país». Así lo manifesté el lunes en la Cancillería, al inicio de un comunicado de prensa conjunto con Sigmar Gabriel, el ministro de Economía. Era mi primera comparecencia oficial tras la decisión del 4-5 de septiembre de 2015. En realidad, el motivo de la comparecencia era una reunión celebrada la noche anterior, y planificada desde hacía mucho tiempo, del comité de coalición de la CDU, la CSU y el SPD, y cuyos resultados presentamos Gabriel y yo; no estuvo presente Horst Seehofer porque tuvo que asistir a un entierro. Sin embargo, el sábado por la mañana había hablado por teléfono con él. Me había dejado muy claro que consideraba mi decisión un error irrevocable. Le respondí que yo lo veía de otra manera. La llamada fue tan deprimente como había imaginado; a pesar de eso, las deliberaciones del comité de coalición del domingo fueron constructivas.

Sin duda, las decisiones que habíamos tomado eran importantes, pero en aquel momento, después de aquel fin de semana, encontrándome junto a Sigmar Gabriel ante la pared azul de la sala

de prensa en la Cancillería, por encima de todo me sobrecogió un sentimiento que quise compartir con el público: agradecimiento. Agradecimiento a todos los voluntarios y voluntarias, muchos de los cuales no se involucraron en la ayuda a los refugiados la noche de la decisión, sino que llevaban activos desde hacía semanas, incluso meses; agradecimiento también a los incontables colaboradores y colaboradoras en las ciudades y municipios, en los organismos federales, en los ferrocarriles y en el ejército. Trabajaron codo con codo, más allá de la noche de la decisión. De este modo dieron vida al fundamento del que había hablado la semana anterior en la conferencia federal de prensa: «Lo lograremos. Alemania es un país fuerte».

Está claro que sin este apoyo no habría salido adelante los días, semanas y meses que siguieron. Teniendo en cuenta la enormidad de la misión —nacional, europea e internacional—, solo se podía llevar a cabo en común. Lo sabía, confiaba en que así fuera, y no me decepcionaron.

Dos días después, el miércoles 9 de septiembre de 2015, también lo dejé claro en el Bundestag. En mi intervención sobre los presupuestos hice un esbozo de los puntos más importantes que guiaban mi política de asilo. Aún tengo presente la imagen de Sigmar Gabriel, el vicescanciller, durante el debate, sentado en el banco azul del gobierno con un pin en la solapa en el que se leía: «*Refugees welcome*». Era evidente que a él también le sobrecogía un sentimiento que tiene expresión en la palabra *Willkommenskultur*. *
Pese a las diferencias entre el gobierno y la oposición, aquel día ese sentimiento condicionó el debate en el Bundestag.

Aun así, no quise engañarme: teníamos por delante un período de desafíos extraordinarios.

Para clasificar lo ocurrido el fin de semana, en mi discurso presupuestario hice hincapié en aquello que ha sido para mí motivo de preocupación no solo desde el 4-5 de septiembre de 2015:

—Ya sea la guerra civil en Siria, el terrorismo islámico en el norte de Irak o los regímenes políticos de Eritrea o Somalia, la situación geopolítica no se solucionará de la noche a la mañana.

Pocas veces hemos experimentado en esta cámara la estrecha relación entre la política interior, la de desarrollo y la exterior. [...] La globalización nos conduce a una situación en que de repente nos damos cuenta de que si no hacemos algo respecto a la política exterior y de desarrollo, incluso más allá de las fronteras europeas, las consecuencias en la política interior pueden ser graves.

Volker Kauder, presidente del grupo parlamentario CDU/ CSU, y Gerda Hasselfeldt, presidenta del grupo regional de la CSU, compartían este punto de vista de manera manifiesta.

Pese a la resistencia de su propio grupo y hasta que en otoño de 2018 cesó en su cargo, Volker Kauder demostraría ser uno de los defensores más enérgicos de la política de asilo. Como protestante consideraba que la C de la CDU implicaba obligación y preocupación sincera por tratar dignamente a las personas que llegaban a nosotros. A día de hoy sigo estándole agradecida.

La tarde del día siguiente, el jueves 10 de septiembre de 2015, visité la Außenstelle des Bundesamts für Migration und Flüchtlinge (Oficina Federal de Migración y Refugiados), así como un dispositivo de acogida de la obra social de los trabajadores situado en Berlín-Spandau.

Tras un breve comunicado de prensa posterior a ambas visitas, para no irme sin saludar me dirigí a varias personas que se encontraban allí. Uno de ellos, que resultó ser un refugiado de Siria, se me acercó móvil en mano y dijo:

—Selfi.

En aquel momento no imaginé el impacto que causaría esa imagen y otras selfis que me hice ese día, sino que pensé: «¿Por qué no?».

Las selfis dieron la vuelta al mundo. También se hizo famosa porque la escena fue captada por los fotógrafos de prensa que se encontraban allí cubriendo mi visita. Sigo sin entender que en aquel momento se pudiera suponer que una cara amable en una fotografía pudiera impulsar a las personas a huir en masa de su patria; o, por el contrario, que una cara sombría las disuadiera. Alemania y Europa no podían haber parecido tan intimidantes como para dejar de ser lugares de esperanza y anhelo para muchos. Entonces estaba convencida, y lo sigo estando ahora, de que nadie abandona su hogar a la ligera, tampoco quienes lo hacen por carecer de perspectivas económicas y sociales, y que no tienen posibilidad de ser reconocidos como solicitantes de asilo político en Alemania.

Tras las selfis subí al coche y me dirigí a mi siguiente cita en Berlín Friedrichshain-Kreuzberg para visitar una clase de acogida en la escuela Ferdinand-Freiligrath.

Cinco días más tarde, el martes 15 de septiembre, un periodista me preguntó en una rueda de prensa con Werner Faymann, el canciller austríaco, después de nuestra conversación en la Cancillería:

—Señora canciller, de nuevo acaba de calificar de acertada la decisión de la noche del 5 de septiembre. Sin embargo, tanto desde sus propias filas como desde los medios de comunicación a menudo se le recrimina que haya dado numerosas señales políticas que sugieren una capacidad de acogida exagerada y que, por lo tanto, al animar a otros a venir a Alemania, habría ampliado el flujo de refugiados. ¿Qué puede decir al respecto?

Faymann y yo nos habíamos reunido por primera vez desde la noche de la decisión. Mientras el periodista hablaba, pensé que me estaba formulando una pregunta fácil de responder, así que

espeté:

—Sobre todo tras los recientes sucesos de Heidenau, estoy convencida de que se trata de mostrar una determinada faceta

alemana representativa de muchas ciudadanas y ciudadanos.

Quiero recordarles que las imágenes que han dado la vuelta al mundo no son las de mi visita al centro de acogida de Heidenau, allí no había fotógrafos, sino que las fotos que dieron la vuelta al mundo fueron las de ciudadanas y ciudadanos que a la mañana siguiente de la decisión fueron a recibir a los refugiados en Múnich o en las estaciones de tren, y que, como es natural, ayudaron a miles de personas. Entonces el mundo dijo: «Qué gesto más bonito». Eso brotó del corazón de las personas. Sinceramente, he de decir que si tenemos que disculparnos por mostrar una cara amable en situaciones de necesidad, entonces este no es mi país.

Añadí un par de frases para reconducir mi respuesta al plano político porque había notado que había dicho algo muy personal y durante el resto de la rueda de prensa me pregunté qué efecto tendrían mis palabras. Al contrario que la idea de «Lo lograremos», que había pensado y anotado previamente para la rueda de prensa de verano del 31 de agosto de 2015, las frases pronunciadas en presencia de Faymann me salieron de manera espontánea. Con esa pregunta, el periodista me había tocado una fibra sensible. Me había desagradado que se refiriese a «un creciente flujo de refugiados». Para mí no se trataba de un «flujo», sino de personas. Daba igual que tuvieran oportunidad o no de quedarse en Alemania. En 1990 me metí en política porque me interesaban las personas. Personas, y no flujos ni masas anónimas. Y mi país era y es uno que ve a las personas individuales, aun cuando sus deseos no puedan cumplirse.

Antes de concluir la rueda de prensa, siguieron un par de preguntas más. Faymann y yo abandonamos nuestros atriles, posamos para una foto conjunta y nos dirigimos al ascensor para ir a la planta baja de la Cancillería. De camino al patio de honor me dijo:

—Estás en forma.

Pensé que tenía razón y no pude evitar sonreír para mis adentros.

Tras despedirme de Faymann, subí a la séptima planta con Steffen Seibert, que nos había acompañado. No fuimos directamente a mi despacho, sino que pasamos por el de Beate Baumann.

—¿Ha seguido la rueda de prensa? —le pregunté. Estaba sentada tras su escritorio, se volvió hacia nosotros y dijo:

—Sí, y ha sido formidable.

Con frecuencia la frase «Entonces este no es mi país» fue mal citada. Se añadió una palabra que yo jamás pronuncié, y quedó así: «Entonces este *ya* no es mi país». Se dijo a menudo que habría querido expresar de ese modo que me podía imaginar abandonando Alemania si dejaba de cumplir mis expectativas. Era algo descabellado, pero cinco años más tarde volvería a toparme con este tema de manera distinta cuando en un artículo aparecido a finales de diciembre de 2020

en *Welt am Sonntag*, un periodista recuperó mi frase de la rueda de prensa con Werner Faymann y escribió: «E hizo algo que ninguno de sus predecesores hizo jamás: se distanció por un instante de la República de la que, por cierto, era su segunda servidora. [...] En un segundo se hizo patente que no era una alemana y europea de nacimiento, sino de formación».

Diez meses después, el 3 de octubre de 2021, en un acto del día de la Unidad Alemana celebrado en Halle, en mi último discurso como canciller cité el artículo y pregunté:

—¿Existen dos tipos de alemanes y europeos, los originales y los formados, que deben demostrar a diario su pertenencia y que con una frase como la de la rueda de prensa pueden suspender el examen? [...] ¿Realmente me distancio de mi país con mi respuesta?

Al contrario. Quería ofrecer un alegato de lo que hace fuerte a nuestro país: que en especial en

situaciones de emergencia, nunca hemos de olvidar ser justos con el individuo. En cualquier caso, así es como deseaba que fuera «mi país», y como deseo que sea, no solo en las ruedas de prensa del 31 de agosto y del 15 de septiembre de 2015, sino a lo largo de toda mi trayectoria política.

Sin embargo, experimenté repetidas veces que en disputas mayores se utilizara en mi contra mi pasado en la RDA, ciertamente no solo en relación con mi política de asilo, sino ya desde el principio en debates sobre el tema de la propiedad o, a principios de los años noventa, en la discusión sobre la revisión del párrafo 218. De repente mis argumentos dejaban de ser válidos.

En lugar de ello, en tono de censura, la pregunta era: ¿Cómo se le puede ocurrir esto de nuevo?

La única explicación es que con su pasado en la RDA no puede entender realmente nuestros valores.

En el extranjero la experiencia era totalmente diferente, en particular en Estados Unidos. Allí experimenté un marcado e imparcial interés por mi vida en la RDA y en la libertad de la Alemania reunificada. Tuve la impresión de que a muchos les parecía casi como la proverbial realización del sueño americano, pero sin pasar de lavaplatos a millonaria, sino de vivir en una dictadura a una democracia y convertirme en la primera mujer en alcanzar la cima política del país. Experimenté algo similar el 7 de junio de 2011, cuando recibí la Medalla Presidencial de la Libertad de manos del 44.º presidente de Estados Unidos, Barack Obama. Con la frase «*Yes, we can*», Obama se había convertido en el primer afroamericano en ser presidente inquilino en la Casa Blanca. Aún hoy recuerdo el banquete celebrado en la rosaleda de la residencia, donde, entre otras personas, me acompañaba Freya Klier, que había sido activista por los derechos civiles en la RDA. En mi discurso de agradecimiento dediqué la medalla a ella y a todos los que en 1989 derribaron el Muro.

HALLAR SOLUCIONES

No representaba a una organización no gubernamental, no era voluntaria sin sueldo comprometida en la ayuda a los refugiados; me dedicaba a la política, era la canciller de la República Federal de Alemania. En una situación humanitaria de emergencia como la del 4-5 de septiembre de 2015, de mí no solo debía esperarse una decisión; de mí y del gobierno federal debían esperarse soluciones de gran magnitud a uno de los mayores desafíos de la historia de la UE. Una situación humanitaria de excepción como la del 4-5 de septiembre no debía repetirse, y no porque posteriormente considerara incorrecta mi decisión. Al contrario, que tal decisión hubiera sido necesaria evidenciaba el fracaso de Europa, debíamos encontrar soluciones en interés de todos: los europeos y los refugiados, para que no confiaran más sus vidas a traficantes sin escrúpulos.

En una rueda de prensa convocada con urgencia a las cinco y media de la tarde del domingo 13 de septiembre, el ministro del Interior Thomas de Maizière informó a la opinión pública de que unos minutos antes, Alemania había reinstaurado los controles en nuestras fronteras interiores, sobre todo las que lindan con Austria. De Maizière había preparado esta decisión con sus técnicos del Ministerio del Interior a lo largo de todo el día, y la había coordinado conmigo y el gobierno federal, así como con los ministros del interior de los estados federales, y también había consultado con Austria. Yo había aceptado con la condición de que no se devolviera a los solicitantes de asilo y que todos los que vinieran pudieran seguir, tal como contempla el Reglamento de Dublín, con los procedimientos de solicitud de asilo que establece la Constitución.

La no devolución de refugiados en las fronteras alemanas provocó la polémica con quienes me reprocharon que en la noche del 4 al 5 de septiembre «abriera», así lo formularon, la frontera con Austria. De entrada, la declaración era falsa porque en aquel momento en el espacio Schengen no había controles fronterizos; por lo tanto, la

frontera ya estaba abierta. Mediante la mentira de que se tenía que «cerrar» de nuevo la frontera se pretendía dar la impresión de que había una solución fácil para impedir la entrada de refugiados a Alemania. Por eso fue importante que en la rueda de prensa Thomas de Maizière explicara correctamente nuestra decisión:

—Sabemos que la introducción de controles fronterizos temporales no resolverá los problemas. [...] Pero sencillamente necesitamos más tiempo y orden en nuestras fronteras.

Habida cuenta de la falta de protección de las fronteras externas europeas, se trataba de la necesaria protección durante un tiempo de las fronteras internas alemanas.

Entre las experiencias de aquella época podría destacar que a principios de octubre de 2015, tras aparecer en el programa de debate *Anne Will*, en el que había explicado que una frontera de 3.000 kilómetros no puede sencillamente cerrarse, volvieron a citarme incorrectamente y se afirmó que había dicho que la frontera no se podía proteger. En su rueda de prensa, Thomas de Maizière agregó:

—Por supuesto, en las regiones en crisis es crucial la ayuda *in situ* para que más personas no emprendan el camino desde los campos de refugiados, o incluso desde Siria o Irak.

De este modo lograba ampliar la óptica más allá de las fronteras de Alemania y Europa para demostrar la inmensidad del desafío, ya que emprendiendo única o primordialmente soluciones nacionales no lograríamos cumplir con nuestras obligaciones humanitarias, ni tampoco ordenar ni gestionar de manera duradera y sostenible la llegada de refugiados a Europa y Alemania y, por ende, reducir su número. Es más: aplicar solo soluciones nacionales conduciría al desbaratamiento de la libre circulación en el espacio Schengen, una de las columnas de la cooperación europea. Esa era la premisa de mis acciones. Y, hasta que dejé el cargo, guio mi política de asilo en

consultas con la CDU y la CSU, el comité de coalición de CDU, CSU y SPD, y el gabinete federal; en reuniones con jefes y jefas de gobierno de los estados federales, federaciones centrales, iglesias, organizaciones benéficas y económicas; en encuentros informales y formales con el consejo europeo de jefes de Estado y de gobierno; en cumbres bilaterales y europeas con Turquía y también con jefes de Estado y de gobierno africanos y con la Unión Africana; en conversaciones con representantes de la agencia de la ONU para los refugiados, la ACNUR y la Organización Internacional para las Migraciones; también en eventos internacionales como la conferencia sobre Siria organizada en Londres en febrero de 2016 por Alemania, Gran Bretaña, Noruega y Kuwait, o la Cumbre de Líderes sobre Refugiados organizada por el presidente Obama en septiembre de 2016. La premisa tras mis acciones me llevó a adoptar un enfoque basado en tres planos estrechamente conectados: mi propio país, Europa y más allá.

En Alemania implicó crear varios miles de plazas adicionales en la Oficina Federal de Migración y Refugiados para acelerar los procedimientos de asilo, y traspasar temporalmente la dirección de la oficina al presidente del Consejo Ejecutivo de la Agencia Federal de Empleo, Frank-Jürgen Weise. También comprendió proporcionar apoyo, tanto financiero como ayuda activa del ejército, a los *Länder*, ciudades y municipios para registrar, repartir y alojar a los solicitantes de asilo. Kosovo, Albania, Montenegro, al igual que Marruecos, Argelia y Túnez fueron catalogados como Estados de origen seguros. En el futuro, las prestaciones en especie sustituirían a las hechas en metálico. Decidimos suspender temporalmente las opciones de

reagrupación familiar de individuos no reconocidos como refugiados de pleno derecho, sino que como contempla la ley de asilo, únicamente recibían una protección subsidiaria, y reforzar las medidas tanto de fomento del retorno voluntario como de la repatriación a los países de origen de los solicitantes de asilo rechazados. Además, debía acordarse una ley de integración con

normas para cursos de integración y lengua, así como un control de prioridad para el acceso a empleo de solicitantes de asilo reconocidos.

Hice campaña en Europa por un reparto solidario de los refugiados, pero sin suerte. Eso sí, los ministros del Interior europeos aprobaban una y otra vez decisiones análogas con mayoría cualificada. Así, en junio de 2015, se convino repartir a 60.000 refugiados. En septiembre la cifra se duplicó a 120.000. Los términos utilizados fueron reubicación y reasentamiento. Aunque estas resoluciones apenas valían el papel en que estaban impresas. En realidad, según datos de la Comisión Europea, fueron reubicados solo 21.999 refugiados procedentes de Grecia, y 5.391

fueron acogidos por Alemania; así como 12.708 refugiados que llegaron a suelo europeo a través de Italia, de los cuales Alemania acogió a 5.446. Por lo general, los países que estaban dispuestos a acogerlos se vieron anegados por la llegada diaria de refugiados, lo que dificultó su atención, mientras que otros quisieron acoger a pocos e hicieron todo lo posible por aplazar el cumplimiento de sus promesas. Además, todos los esfuerzos por cambiar el Reglamento de Dublín III quedaron casi a la fuerza sin efecto. La acogida y reparto de refugiados en Europa demostró de manera amarga que en la UE no existía el entendimiento común que en su día había simbolizado la comunidad europea: solidaridad y valores compartidos. Constatar esta realidad fue abrumador, pero no motivo para renunciar a mis esfuerzos.

Cuando se trató de combatir las causas de la huida y el tráfico ilegal de inmigrantes, la actitud fue otra. Se reforzó la protección de las fronteras exteriores de la UE mediante centros de inscripción, los llamados *hotspots*. Un grupo marítimo operativo permanente de la OTAN mejoró el intercambio de información entre la guardia costera griega y la turca, así como la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas (Frontex) en el Egeo. En gran medida, cabe agradecer esto a la ministra de Defensa Ursula von der Leyen, que

me respaldó en la política de asilo. La misión de la OTAN proporcionó fotografías con las que combatimos con mayor eficacia las bandas de traficantes del Egeo. La Marina alemana tomó parte en esta operación, que también fue notable por la contribución conjunta de Turquía y Grecia, a pesar de que desde hacía tiempo entre ambos países existían contenciosos en torno a la posesión de diversas islas en el Egeo.

Además, a partir del verano de 2015, yo misma me centré en dar en materia de política de asilo una nueva dimensión a la cooperación entre la UE y Turquía. Desde el inicio en 2011 de la guerra en Siria, el país había acogido casi dos millones de refugiados en la frontera turco-siria, así como en el interior del país. Por lo tanto, cargaba con un peso del cual Europa durante mucho tiempo no tomó nota, ni mucho menos reconoció. Esto debía cambiar, por ejemplo, mediante el apoyo financiero de la UE a los proyectos de refugiados *in situ*, ayudando a mejorar la atención sanitaria de los refugiados, convenciendo a Turquía de otorgarles permisos de trabajo, o bien abriendo las oportunidades de formación y así facilitar perspectivas de futuro en el país. Así abordamos el punto más importante de nuestra política de asilo: combatir al otro lado de las fronteras de la UE las causas de la huida. Esto redundaba en interés nuestro y de los refugiados, para que estos dejaran de morir ahogados en el mar de manera miserable tras haber confiado su suerte, a cambio de mucho dinero, a personas sin escrúpulos.

Con este punto de vista en mente y con la idea de proceder conjuntamente, mantuve conversaciones en Europa y con Turquía. La razón de por qué esto me importaba tanto ya la

había justificado públicamente en una rueda de prensa en el verano al responder a la pregunta de un periodista turco acerca de qué esperaba de Turquía:

—[...] la situación actual, en la que, por así decirlo, unos dejan pasar a los refugiados, otros los dejan entrar en Grecia, los Balcanes

occidentales son lugar de paso, unos construyen una valla y luego, quizá, las personas superan este obstáculo, ni responde a la legalidad ni es satisfactoria. Por ello hablaremos con confianza, camaradería y cordialidad con Turquía acerca de cómo podemos resolver esta situación.

La materialización de este enfoque no hubiera sido posible sin la ayuda de Peter Altmaier, entonces jefe de la Cancillería y, desde el 7 de octubre de 2015, coordinador de los refugiados del gobierno federal. En esta función asumió la dirección política de un equipo que habíamos instituido el mismo día y que estaba a cargo de la política de asilo. En los medios de comunicación, en numerosas ocasiones esto fue interpretado como la destitución de Thomas de Maizière y, en consecuencia, se me reprochó. Esta apreciación era errónea. Más bien, la envergadura de la misión exigía que fuera la prioridad máxima de la Cancillería. De este modo, Peter Altmaier y yo pudimos concentrar —más allá de las medidas policiales y otras medidas de seguridad— la política europea e internacional en materia de refugiados. Junto con Thomas de Maizière, ministro del Interior, hicimos que fuera más eficiente el proceso de toma de decisiones de la política de asilo. Transferimos a Jan Hecker la dirección operativa del equipo, que trabajaba con un llamado comité de dirección en el Ministerio del Interior. A Jan Hecker —nacido en 1967, doctor en derecho, que había trabajado en el Ministerio del Interior entre 1999 y 2011 y al mismo tiempo había estado preparando oposiciones— me lo había recomendado Peter Altmaier.

En 2011, Jan Hecker se convirtió en juez del Tribunal Administrativo Federal; el 8 de octubre de 2015 se unió a nosotros en la Cancillería, y tras las elecciones legislativas de 2017, sucedió a Christoph Heusgen, que pasó a ser embajador ante las Naciones Unidas, como mi asesor en materia de política exterior y de seguridad. A finales de 2021, poco antes de dejar yo la Cancillería, Jan Hecker asumió el puesto de embajador alemán en China. Poco después falleció allí de manera inesperada con tan solo cincuenta y cuatro años. Cómo me hubiera gustado volver a hablar con él ahora que escribo este libro.

El 23 de septiembre de 2015, los jefes de Estado y de gobierno europeos decidieron en un encuentro informal del Consejo Europeo intensificar el diálogo con Turquía, así como con el Líbano y Jordania. Estos dos países también acogían un gran número de refugiados, en especial de Siria. Dos días después volé a Nueva York para asistir a la Cumbre de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible. Me reuní al margen con el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan para crear un grupo de trabajo turco-alemán y preparar la cumbre de la UE y África que tendría lugar en noviembre en la capital maltesa de La Valeta. No podíamos olvidar el constante trasiego de muchísimas personas procedentes de África que buscaban el camino a Europa a través del Mediterráneo.

El 5 de octubre de 2015, el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, y el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, se reunieron en Bruselas con el presidente turco y acordaron elaborar un plan de acción turco-europeo para proceder conjuntamente en la política de asilo. El 15 de octubre de 2015, el Consejo Europeo de jefes de Estado y de gobierno aprobó el borrador presentado por la Comisión Europea. Tres días después volé a Estambul para mantener conversaciones con Erdoğan y el primer ministro turco Ahmet Davutoğlu. Acordamos poner en práctica de inmediato el plan de acción y además entablar un diálogo bilateral entre Alemania y Turquía para flexibilizar el régimen de visados de los ciudadanos turcos, un tema importante para Erdoğan en compensación por su cooperación en la política de asilo.

Mi visita a Estambul fue criticada con dureza. Las responsables fueron dos sillas, para ser exactos, dos tronos dorados. En uno tomó asiento Erdoğan, en el otro yo. Nos sentamos en ellos no solo durante la sesión de fotos, sino también durante nuestra charla. Pensé que se trataba solo de objetos magníficos, no me centré en lo externo, sino en lo que quería conseguir en cuanto a contenido. No obstante, y como dice el lema «una imagen vale más que mil palabras», se me criticó que me presentara obediente ante Erdoğan, como ante un señor en su castillo, y que si hiciera falta seguro que

me postraría ante él con el único objetivo de cerrar un acuerdo con Turquía que nos libraría de más refugiados. Para colmo de males, la visita tuvo lugar dos semanas antes de las elecciones parlamentarias turcas, así que también se me recriminó que contribuyese a la campaña electoral del Adalet ve Kalkınma Partisi (AKP, Partido de la Justicia y el Desarrollo) de Erdoğan.

La crítica me pareció ímproba, deshonesta. Por un lado, de izquierda a derecha, justificadamente se decía que debía hacer todo lo posible para organizar y controlar el flujo de refugiados a través del Egeo, Grecia, las rutas de los Balcanes, Austria y hasta el norte de Europa y, en consecuencia, reducir su número. Por el otro, el mensaje era: «Pero, por favor, no con el autócrata de Ankara y, si ha de ser así, entonces únicamente a mayor distancia de las elecciones».

Una cosa es predicar y otra dar trigo. Solo hacía falta mirar un mapa para entender la realidad del Egeo: organizar y controlar esta coyuntura solo era posible con la ayuda de Turquía y no admitía retraso alguno. Todo lo demás era una ilusión, y yo no me entregaba a las ilusiones. De no haber habido acuerdos entre la UE y Turquía para acabar con las espantosas muertes en el Egeo, ninguna acción consecuente contra los traficantes de migrantes en el mar, ningún control ni registro intensivo en nuestras fronteras interiores, ninguna valla alta ni larga habría podido, como algunos querían hacernos creer, reducir de manera permanente y sostenible el número de personas que cruzaban Turquía de camino a Europa. Mientras todos los días miles de personas llegaran desde allí vía Grecia, cualquier intento de Eslovenia, Croacia, Serbia y la antigua república yugoslava de Macedonia por cerrar sus fronteras a lo largo de la ruta de los Balcanes a los refugiados y migrantes, tal como reivindicaban algunos jefes de Estado y de gobierno, era más bien expresión de un pensamiento cortoplacista que una vía a la solución. Como el país de tránsito más importante para muchos de los refugiados que tomaban la ruta de los Balcanes, Turquía tenía un papel clave si Europa quería verdaderamente enfrentarse a este desafío. Por eso traté con el presidente de aquel país y aprecié a Erdoğan como político que no

solo era capaz de tocar las teclas de la política de asilo, sino el teclado político entero. Cuando entre nosotros había acuerdo, se comportaba de manera muy amable y me llamaba «amiga valiosa». Si teníamos diferencias de opinión, utilizaba toda contradicción posible para contraargumentar durante interminables intervenciones. Entonces las cosas se alargaban considerablemente. Dicho sea de paso, según mis observaciones, una característica típica de los políticos con tendencias autocráticas es que si les conviene tienen tiempo infinito. En lugar de simultánea, la traducción pasa sencillamente a ser consecutiva.

Las negociaciones posteriores para la aplicación del plan de acción de la UE y Turquía no fueron con Erdoğan, sino con el primer ministro Ahmet Davutoğlu. Principalmente, tuvieron lugar en llamadas telefónicas previas a la Cumbre de la UE y Turquía del 29 de noviembre de 2015 y en las deliberaciones de dicha reunión, en la que finalmente se adoptó el plan de acción conjunto. A cambio de los 3.000 millones de euros de ayuda financiera de la UE, también para la construcción de escuelas para los niños refugiados, Turquía se comprometió, entre otras cosas, a conceder permisos de trabajo a los sirios, a implantar una obligatoriedad de visado para algunos de los Estados vecinos y a reforzar la protección de sus fronteras.

Estas medidas empezaron a surtir efecto con rapidez. Si en noviembre de 2015 el promedio de refugiados que llegaban a Alemania era de unos 7.000, en enero de 2016 la cifra descendió a unos 3.000. Yo quería reforzar esta tendencia, pues las cifras eran demasiado elevadas como para hablar de un desarrollo realmente sostenible, por eso en enero de 2016 inicié nuevos contactos con Davutoğlu. Ejercía el cargo desde 2014, había sido ministro de Exteriores y era un hombre de mundo, cultivado, con conocimientos históricos, inglés perfecto y nada de alemán. En las consultas de gobierno turco-alemanas celebradas el 22 de enero de 2016 reforzamos los objetivos del plan de acción.

Fijamos para el 7 de marzo de 2016 un encuentro adicional entre la UE y Turquía. En aquel momento, Países Bajos ocupaban la presidencia del Consejo de la UE. La víspera del encuentro, a petición del primer ministro turco me reuní a las nueve de la noche con Mark Rutte, primer ministro de Países Bajos, en la Representación Permanente de Turquía en Bruselas. En esta reunión, Davutoğlu propuso un mecanismo 1:1 sobre la base de un acuerdo de readmisión entre Turquía y Grecia, cada emigrante ilegal que llegara a las islas griegas debía ser devuelto a Turquía. En contrapartida, por cada sirio ilegal llegado a las islas griegas y derivado a Turquía, la UE debía acoger legalmente a un refugiado sirio en Turquía. Se trataba de una propuesta valiente y pionera, pero no se dirigía únicamente a desviar la emigración ilegal con medidas de protección de las fronteras, sino también a permitir cuotas de emigración legal. Rutte y yo apoyamos de inmediato la propuesta, y al día siguiente la impulsamos con éxito en el encuentro entre la UE y Turquía. En la siguiente reunión del Consejo Europeo del 18 de marzo de 2016, y en combinación con los proyectos de asistencia sanitaria, alimentación, educación e infraestructura que daban esperanzas a los refugiados que vivían en Turquía y permitían abordar las causas de su emigración, se trabajó y adoptó la propuesta como Declaración UE-Turquía. El inicio de su aplicación se estableció para el 4 de abril de 2016. Con el Acuerdo UE-Turquía, como a menudo se denomina, la UE también convino poner a disposición de Turquía hasta finales de 2018 3.000 millones de euros más y, siempre que el país satisficiera los requisitos, agilizar la liberalización de visados, así como estudiar la posibilidad de abrir otros capítulos en el proceso de ingreso en la UE. En consecuencia, la cifra de refugiados que llegaron al norte de Europa y a Alemania a través de la ruta de los Balcanes descendió ostensiblemente: un 95 %

respecto a octubre de 2015.

No recuerdo el 18 de marzo de 2016 únicamente como un día importante para la política de asilo.

Ese mismo día me enteré de que por la mañana había fallecido en Colonia Guido Westerwelle a consecuencia de una leucemia. Atrás quedaban dos años de altibajos, esperanzas y reveses.

Naturalmente sabía que la cosa era seria, pero una apenas puede prepararse para una noticia como esta. Fue un *shock*. Todo había terminado. De inmediato recordé el momento en que, un año y medio atrás, en septiembre de 2014, encontrándonos en Colonia comiendo juntos, Guido Westerwelle recibió una llamada de su médico, que le comunicó que habían encontrado otro donante de células madre. El primer donante, que también hubiera sido idóneo, había dejado de estar disponible. En aquel momento, cuando Guido Westerwelle recibía una noticia tan esperanzadora de su médico, lo aprecié una vez más como la persona que conocía: sensible, meditativo, al mismo tiempo decidido y lleno de confianza. Así describí a Guido Westerwelle al principio de mi rueda de prensa de clausura en Bruselas. A continuación presenté los resultados ante el Consejo Europeo.

En toda la época en torno a la política de asilo recibí un enorme apoyo —que no puedo agradecer lo suficiente— de parte del presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker.

Ya el 9 de septiembre de 2015 había dejado clara su posición en su primer «Discurso sobre el estado de la UE» al manifestar:

—Europa son aquellos que se encuentran en la estación de tren de Múnich y saludan y aplauden a los refugiados.

Juncker apoyó el Acuerdo UE-Turquía, ayudó a mejorar la situación humanitaria en los países de los Balcanes occidentales e incentivó la cooperación internacional, primero con África. Así, en la Cumbre de la UE y África del 11 y 12 de noviembre de 2015, celebrada en La Valeta (Malta), entre otras iniciativas decidimos establecer un Fondo Fiduciario de Emergencia para África de 1.800 millones de euros procedentes de la Comisión Europea y de otras aportaciones

nacionales. Con este dinero debían combatirse *in situ* las causas de la huida y financiar las posibilidades de migración legal a la UE.

Durante los seis años siguientes, y hasta que dejé la Cancillería, establecimos asociaciones para la migración de la UE con Estados africanos, los primeros fueron Etiopía, Malí, Nigeria y Senegal, que eran tanto Estados de origen como de tránsito de muchos refugiados que llegaban a Europa cruzando el Mediterráneo. Además, legislamos un acuerdo germano-egipcio sobre cooperación en materia de migración. También fortalecimos nuestra cooperación bilateral con Níger, en tanto que Estado de tránsito, y Alemania y Europa se esforzaron especialmente en consolidar la colaboración con Libia. Coincidiendo con la Cumbre de la UE y África celebrada los días 29 y 30 de noviembre de 2017 en Abiyán, sede de gobierno de Costa de Marfil, amplié la aportación de Alemania al Fondo Fiduciario de la UE a 100 millones de euros, de los cuales 30 millones fueron destinados a la Organización Internacional para las Migraciones en Libia.

Además, Alemania movilizó otros 20 millones de euros para apoyar la labor en Libia de la ACNUR, la organización de la ONU para los refugiados. Los vídeos que llegaron al público y que mostraban las catastróficas condiciones de los refugiados en centros de internamiento libios ensombrecieron la cumbre de Abiyán. En consecuencia, los jefes de Estado y de gobierno africanos participantes decidieron con rapidez llevar de vuelta a sus ciudadanos que habían huido a Libia, donde se encontraban atrapados. Un año después, el 10 de diciembre de 2018, los representantes de 164 Estados acordaron en Marrakech, antigua capital de Marruecos, un pacto global para una migración segura, ordenada y regular. La Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó el pacto el 19 de diciembre de 2018. Votaron a favor 152 países, entre ellos Alemania, cinco votaron en contra, y doce se abstuvieron.

Conclusiones:

Uno: Muchos de los que habían apoyado mi decisión del 4-5 de septiembre de 2015 y que se habían involucrado en la ayuda a los refugiados encontraron dificultades para aceptar el acuerdo entre la UE y Turquía. Con frecuencia fue considerado un mero *deal* ('trato'), y no pocas veces un trato sucio. Pero ni elegí el término *deal* ni compartí el significado asociado a él. Más bien, el acuerdo fue ni más ni menos que un resultado justificable de unas negociaciones internacionales.

Y lo mismo se puede decir de los acuerdos con los Estados africanos. Como sucede a menudo, también en este caso se debía responder a la cuestión de las alternativas razonables. Estaba convencida de que si rechazábamos acuerdos con Estados que no coincidieran, o no coincidieran del todo con nosotros en la manera de entender la democracia y el Estado de derecho, no lograríamos nada.

Dos: Europa debía y debe proteger sus fronteras. Por esta razón, durante mi mandato se adoptaron medidas que el gobierno siguiente desarrolló más a fondo. Se reforzó la capacidad operativa de la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas (Frontex), se intensificó la cooperación con las autoridades libias y se mejoró la inscripción de los refugiados que llegaban a

las fronteras exteriores. No obstante, y al mismo tiempo, aun con medidas tan drásticas Alemania y Europa nunca deberían caer en la tentación de creer que dejarán de ser destinos atractivos para personas de otras regiones del mundo. No funcionará. El bienestar y el Estado de derecho convertirán siempre a Alemania y Europa en destinos deseados. Únicamente podremos abordar este asunto con éxito cuando la lucha contra los traficantes y la migración irregular esté ligada al empeño por conseguir unas cuotas de migración legal.

Tres: Nadie abandona su hogar frívolamente, incluso quienes lo hacen debido a la falta de perspectivas económicas. Pero el derecho de asilo alemán está dirigido a otras personas: solo puede procurar protección a los que huyen de la persecución política y de la guerra.

Aquellos que no pueden permanecer en nuestro país, deben abandonarlo. Y el Estado debe ejecutar esto.

Cuatro: Alemania es un país de inmigración. Nuestro desarrollo demográfico y la falta de mano de obra cualificada coligada a dicho desarrollo hacen que la inmigración regular resulte indispensable. En 2019 esto fue tenido en cuenta por la Gran Coalición, cuando tras un largo debate aprobó una ley de inmigración para mano de obra cualificada de países no comunitarios, de manera que se pudieran agilizar los permisos de residencia.

TERROR ISLÁMICO EN ALEMANIA

Lunes, 18 de julio de 2016. En el trayecto nocturno de un tren regional a Wurzburg, un hombre atacó a cinco pasajeros con un hacha y un cuchillo. Hirió de gravedad a cuatro de ellos. Después de que el tren fuera detenido mediante el freno de emergencia, el agresor huyó. En la huida hirió a una persona más. Por casualidad se encontraba cerca del lugar un operativo especial de la policía que pudo localizar al hombre, al que dispararon cuando intentó agredir también a los policías. De la investigación se desprendió que el atacante había llegado a Alemania sin documentos atravesando Hungría y Austria. Aquí se había inscrito como refugiado menor de edad no acompañado procedente de Afganistán, y en diciembre de 2015 había presentado una solicitud de asilo. A lo largo del proceso pudo permanecer en Alemania, y según la ley de los procedimientos de asilo se le concedió un permiso de residencia. Desde el 1 de julio de 2016

vivía con una familia de acogida en la comarca de Wurzburg. Realizó prácticas en una panadería. Supuestamente había mentido a las autoridades acerca de su edad y origen reales, y las investigaciones revelaron además vínculos con la organización terrorista Estado Islámico (EI), que en aquellos momentos controlaba partes de Irak y Siria. La fiscalía confirmó la autenticidad del vídeo difundido al día siguiente de los hechos.

Domingo, 24 de julio de 2016. En la ciudad bávara de Ansbach, delante de una bodega, estalló por la noche una carga explosiva que un hombre había escondido en su mochila. Hirió a quince personas, algunas de gravedad. Él mismo falleció poco después a causa de heridas autoinfligidas.

Las investigaciones de la policía y la fiscalía sacaron a la luz que el perpetrador, originario de Siria, había emigrado en julio de 2013 a Bulgaria, pasando por Turquía. En Bulgaria había solicitado asilo. A principios de 2014 había abandonado Bulgaria y primero estuvo en Austria.

Allí volvió a pedir asilo. Poco después se puso en camino hacia Alemania. También aquí pidió asilo en agosto de 2014 tras haberle sido denegado en Bulgaria y Austria. En 2015, el hombre impidió su deportación a Bulgaria infligiéndose heridas, y a partir de entonces recibió tratamiento psiquiátrico. En el momento de los hechos residía en una vivienda para refugiados en Ansbach. Las investigaciones revelaron que este ataque también tenía un trasfondo islámico con conexiones con el EI.

Lunes, 19 de diciembre de 2016. Hacia las ocho y cuarto de la noche me encontré en el vestíbulo de la Cancillería con Aydan Özoğuz, desde 2013 ministra para Inmigración, Refugiados e Integración. Yo tenía que pronunciar un discurso en un acto que tenía lugar allí con el lema «La juventud en la sociedad de la inmigración». Aquella tarde, los jóvenes distribuidos en diferentes grupos de trabajo habían estado ocupados discutiendo sobre la importancia de la integración y los cursos de idiomas, y habían conversado con la ministra. Algunos de ellos, que habían ayudado a otros jóvenes a orientarse al llegar a Alemania, habían recibido de Aydan Özoğuz medallas a la integración. De camino a la escalera sur, me dijo:

—Acabo de recibir un SMS comunicándome que ha ocurrido algo terrible en el mercado de Navidad de Breitscheidplatz.

Debido a otras reuniones previas al evento no me había enterado. Enseguida me alarmé, pero aun así decidí pronunciar mi discurso y no consultar el teléfono móvil durante el acto para enterarme de las noticias que iban llegando, pues tenía alrededor a muchos periodistas que observaban cada uno de mis movimientos. Al cabo de media hora abandoné el acto y me dirigí a mi despacho, ubicado en la séptima planta.

El Centro de Estrategia de la Cancillería nos informó de manera continua a mí y a Peter Altmaier. Estábamos en contacto con el ministro del Interior, Thomas de Maizière, y también telefoneé a Michael Müller, alcalde de Berlín. En pocos minutos, la magnitud de la catástrofe se hizo evidente: un hombre había embestido con un camión a la muchedumbre que se encontraba en el mercado navideño cercano a la iglesia memorial del káiser Guillermo en Breitscheidplatz (Berlín), matando a doce personas e hiriendo a docenas más, algunas en peligro de muerte. En un primer momento, el atacante, que se había apropiado de un camión articulado de una empresa de transportes de Polonia tras disparar al conductor polaco, había logrado evadirse. Poco después, el atentado fue reivindicado por un grupo del EI.

Reflexioné sobre cuándo debía pronunciarme públicamente, estaba fuera de duda que debía posicionarme frente al peor atentado islámico en Alemania, y también que debía hacerlo ante la pared azul de la zona de prensa en la Cancillería. Decidí esperar al día siguiente, quería dirigirme al público en un marco digno.

Cuando aparecí ante la prensa a las once, entre otras cosas, dije:

—Sé que para todos nosotros será especialmente difícil de soportar si se confirma que la persona que ha perpetrado este acto pidió protección y asilo en Alemania. Esto sería especialmente desagradable para los numerosos alemanes involucrados a diario en la ayuda a los refugiados y para las numerosas personas que

realmente necesitan nuestra protección y que se esfuerzan por integrarse en nuestro país.

Consideré importante subrayar al final de mi declaración que nunca debía paralizarnos el miedo a la maldad:

—Aun cuando en estos momentos nos resulte difícil, hallaremos la fuerza para vivir como queremos vivir en Alemania: libres, unidos y abiertos.

Estuve en contacto constante con el presidente, el ministro del Interior y el alcalde de Berlín, y el gabinete de seguridad se reunió a las once y media de la mañana. Por la tarde fui a Breitscheidplatz para expresar mis condolencias. A las seis de la tarde acudí a una misa de funeral en la iglesia memorial del káiser Guillermo.

Entretanto se había esclarecido la identidad del autor del atentado, y se confirmaba así la sospecha de que un solicitante de asilo residente en Alemania había perpetrado el ataque. Se trataba de Anis Amri, nacido en Túnez en 1992. Había llegado a Italia con la ayuda de traficantes y había solicitado asilo. Tras una condena a prisión, desde marzo de 2015 estaba previsto

deportarlo a Túnez, pero como la medida no podía ser ejecutada de inmediato, las autoridades italianas lo tuvieron vigilado por la policía hasta que lo perdieron de vista. En el ínterin se estimó que era seguidor de grupos extremistas islamistas, pero aun así pudo entrar sin problemas en Suiza. Desde allí llegó a Alemania en julio de 2015, donde solicitó asilo. Que en Italia hubiera sido un delincuente condenado en firme, con contactos con islamistas y que debía haber sido deportado a Túnez fue información que las autoridades alemanas ignoraban, entre otras cosas, porque había dado un nombre falso. Amri se quedó en Alemania, cambió de identidad múltiples veces y de nuevo llamó la atención por sus vínculos con el ambiente islamista.

El jueves 22 de diciembre de 2016, Thomas de Maizière, el ministro federal de Justicia, Heiko Maas, y yo visitamos la agencia de la BKA en Berlín-Treptow. Nos informaron del estado de la investigación y agradecimos a Holger Münch, presidente de la BKA, la labor de todos los empleados.

Joachim y yo teníamos planeado ir a Suiza durante las vacaciones de Navidad, pero cancelamos el viaje. La mañana del 23 de diciembre, mientras conducía de camino a Hohenwalde para ir al supermercado para hacer unas compras para las fiestas, Christoph Heusgen me informó de que el primer ministro italiano, Paolo Gentiloni, necesitaba hablar con urgencia conmigo. Me sorprendió, pues habíamos hablado por teléfono poco antes. Pedí a Heusgen que le preguntara si se trataba de un error, Gentiloni dijo que no e insistió en hablar.

Pocos minutos después comprendí la razón: Anis Amri había sido aprehendido y abatido en Milán tras abrir fuego contra una patrulla de la policía. Regresé de inmediato a mi despacho.

También a este respecto quise dirigirme personalmente al público y a las tres de la tarde comparecí delante de la pared azul de la zona de prensa en la Cancillería. Sentí que era indispensable expresar en ese marco mi agradecimiento a la policía italiana por su despliegue, así como desear al policía herido en el tiroteo una rápida y total recuperación.

En marzo de 2017, el gobierno federal designó a Kurt Beck, antiguo ministro presidente de Renania-Palatinado, comisario para las cuestiones relativas a las víctimas y supervivientes. En diciembre de 2017 y octubre de 2018 me reuní con los heridos en el atentado y con los familiares de las víctimas. Las conversaciones con ellos fueron de las más difíciles que he mantenido a lo largo de mi mandato.

Las consecuencias del caso Anis Amri se alargaron durante años. La comisión parlamentaria del Bundestag encargada de controlar las agencias de noticias en Alemania, las comisiones de investigación del Bundestag, Renania del Norte-Westfalia y Berlín, así como un agente especial designado por el senado de Berlín intentaron dilucidar errores y fallos tanto previos a los hechos como en relación con las pesquisas.

Cinco años después del atentado hubo que lamentar la muerte de una decimotercera víctima: en octubre de 2021, un hombre falleció a consecuencia de las graves heridas que padeció al prestar auxilio la noche del ataque.

El peligro de atentado islamista no desapareció. El deber del Estado era mostrarse fuerte y proteger a los ciudadanos y ciudadanas. Eso fue lo que me guio, así como la convicción de que los valores de la democracia y el Estado de derecho son más fuertes que el terrorismo.

EN TORNO A LA DESCONFIANZA Y LA CONFIANZA

El 20 de noviembre de 2015 participé en un acto muy bonito celebrado en mi circunscripción, y al que invité a Alexander Gerst, astronauta de la Agencia Espacial Europea. Nos unían los girasoles: él me había regalado unas semillas de esta planta que habían viajado con él al espacio y, posteriormente, yo las había plantado y cultivado en mi jardín; de estos girasoles obtuve semillas que le regalé, y a partir de las cuales cultivó, a su vez, nuevas plantas. En el recinto deportivo Vogelsanghalle de Stralsund, y ante 1.200 estudiantes de todas las escuelas de la ciudad, Alexander Gerst explicó con tanto entusiasmo su estancia en la Estación Espacial Internacional de mayo a noviembre de 2014, mostrándoles fotos del espacio, que las criaturas permanecieron pendientes de sus palabras todo el tiempo.

Tras este acto partí de Stralsund hacia Múnich, donde me esperaban a las cinco y cuarto de la tarde para el congreso del partido de la CSU. En el camino leí los boletines de las agencias de noticias. Un comunicado de las 14:36 horas de la dpa decía: «Horst Seehofer, líder de la CSU, exige que la canciller Angela Merkel (CDU) corrija el curso de la política de asilo: “Se mire como se mire, no existe alternativa a un tope”, dijo pocas [sic] horas antes de la intervención como invitada de Merkel en el congreso del partido en Múnich. [...] Si en el congreso hubiera desacuerdo con Merkel, “lo abordaré después y le diré que debemos seguir trabajando en ello”».

Pensé: «Volvemos a empezar desde cero». El 1 de noviembre, la CDU y la CSU habían llegado a un acuerdo sobre medidas conjuntas para ordenar y controlar la inmigración y, en consecuencia, reducir el número de personas que llegaran a Alemania. Con la palabra «reducir»

incluso habíamos hallado una fórmula común para el polémico tema de «la limitación» o, mejor dicho, «el tope». *Reducir* evitaba un enfoque fijo que yo rechazaba, pero en la práctica abarcaba también una flexibilidad necesaria y, al mismo tiempo, subrayaba de manera contundente nuestra meta común. O eso creía yo. La discusión parecía zanjada; sin embargo, iba a iniciarse otra vez precisamente en el congreso del partido. Se me acababa la paciencia. Parecía que no interesaba la cumbre de la UE y Turquía, ya planificada para el 29 de noviembre, en la que estaba trabajando intensamente y de la que se hablaba mucho en público.

Yo misma había introducido el tope en el debate; sin embargo, en el sentido contrario y sin pensar que me ocuparía hasta el final de mi mandato. En una entrevista del 11 de septiembre de 2015 con el diario *Rheinischen Post*, respondí de la siguiente manera a la pregunta de cuántos refugiados podría acoger Alemania: «No se puede dar como respuesta una simple cifra. El derecho fundamental a asilo para perseguidos políticos no conoce ningún tope. Esto también es válido para refugiados que llegan a nosotros del infierno

de una guerra civil. Pero también vienen personas procedentes de Estados seguros, precisamente de los Balcanes, con el deseo, desde su punto de vista comprensible, de llevar una vida mejor. Cuando no hay justificación para conceder asilo, y es el caso de casi todas estas personas, deben regresar a sus países. Por esta razón agilizaremos los procedimientos de asilo. Al mismo tiempo queremos posibilitar la inmigración legal de una cifra menor de personas de los Balcanes, por ejemplo, si aquí tienen un trabajo».

Volé a Múnich, donde pronuncié ante el congreso del partido un discurso breve y desanimado. Al concluir me quedé en el escenario. Normalmente, el presidente anfitrión dice unas palabras de agradecimiento con las que despide al invitado. Sin embargo, en este caso, Horst Seehofer se explayó. Primero me felicitó por el aniversario en el cargo de canciller federal, el 22 de noviembre se cumplían diez años. Elogió el trabajo en común de Thomas de Maizière y su homólogo bávaro, Joachim Herrmann, y destacó la envergadura de la decisión adoptada a principios de noviembre. No obstante, a continuación dejó claro que desde su perspectiva era vital determinar un tope. Las «posiciones», como dijo, debían estar claras.

—Y por ello solo puedo decirte: nos volveremos a ver para tocar este tema.

Continuó durante unos minutos. Pensé: «Estás aquí como presidenta del partido, que esto no te preocupe, vas a lograrlo. Pero también eres canciller de la República Federal de Alemania.

¿Qué impresión dejará esta imagen de ti en Bruselas, en Turquía? ¿Qué opciones tienes? Viendo que esto no tiene fin, ¿deberías irte? Sin embargo, pensé, siempre el que se va es el que está equivocado, y finalmente me dije: «Al fin y al cabo, esto pasará».

Y, efectivamente, llegó un momento en que terminó. Recibí el preceptivo ramo de flores, que enseguida pasé a Sören Kahlitz-Kühn,

jefe de mi despacho como presidenta del partido en la oficina de la CDU, que me siguió. Lo único que yo quería era salir del recinto y volver a casa.

Con Horst Seehofer nos habíamos ido distanciando desde el «Lo lograremos» en mi conferencia de prensa de verano del 31 de agosto de 2015, o, a más tardar, desde mi decisión del 4-5 de septiembre de 2015. Ahora habíamos llegado al punto más bajo.

Sin embargo, como ya he dicho, las divisiones no solo existían en los dos partidos de la coalición, sino también, por lo general, en el núcleo de la misma CDU. En mi propio partido, mi política de asilo era objeto de controversia. A pesar de los muchos partidarios —en especial obtuve el apoyo tanto en consultas como en público del presidente de la CDU de Renania del Norte-Westfalia y posterior ministro presidente del *Land*, Armin Laschet—, en la CDU no comprendían que yo, frente a la enormidad de la misión, dijera «Lo lograremos» y que hubiera repetido estas palabras en numerosas ocasiones. Cuando menos, imperaba la inquietud de que yo estuviera subestimando la situación, y la duda de que la solución planteada tuviera éxito. Al mismo tiempo también era evidente el deseo de paz entre la CDU y la CSU; pero aun cuando en mi partido no pocos condenaron el tono de Seehofer y de la CSU en conjunto, a muchos les costaba cada vez más mantenerse al tanto de la disputa sobre limitación, reducción y tope. Así que también en la CDU tuve que luchar por mi política de asilo y la premisa y posición subyacentes. Y eso hice.

En el congreso de la CDU celebrado los días 14 y 15 de diciembre de 2015 en Karlsruhe, tres semanas después del congreso de la CSU, todo giró en torno a mi discurso y a una moción. Para esbozar el texto me reuní previamente con Peter Altmaier, Thomas de Maizière, Peter Tauber, secretario general de la CDU y Thomas Strobl, vicepresidente adjunto del grupo parlamentario CDU/CSU y experto en política interior y jurídica. La víspera del congreso, cuando la presidencia y el comité ejecutivo federal celebraron sus sesiones

preparatorias, se retocó y pulió el borrador de la moción —como sucede a menudo con textos presentados en el orden del día—

y no con poca ayuda de los dos vicepresidentes adjuntos de la CDU, Volker Bouffier y Julia Klöckner. Finalmente, el borrador fue presentado como «Declaración de Karlsruhe sobre terrorismo y seguridad, refugiados e integración». Entre otras cosas, el texto decía: «Estamos decididos a reducir de manera significativa el número de solicitantes de asilo y refugiados mediante medidas eficaces. A la larga, una inmigración persistente como la actual desbordaría el Estado y la sociedad, también en un país como Alemania».

No obstante, yo sabía que además de la moción, mi discurso tendría un peso especial.

Incorporaba formalmente la iniciativa del comité ejecutivo federal a la Declaración de Karlsruhe, pero, en realidad, después de unos meses que habían sacudido a nuestro país, a la CDU y a la CSU, no había mejor ocasión para pedir el apoyo a mi política ante los delegados del congreso de la CDU. Justifiqué una vez más la decisión tomada la noche del 4 al 5 de septiembre de 2015

de permitir la entrada a las personas procedentes de Budapest. Desde la perspectiva actual, cuesta comprender que entonces la decisión fuera tan polémica. En realidad, ahora muchos admiten que aquella noche no habría podido decidir otra cosa.

Sobre todo, me importaba no acotar al pasado mi discurso del congreso del partido. Tampoco quería citar todas las medidas relativas a la política de asilo que el gobierno federal había adoptado o en las que estaba trabajando. Más bien quería llegar a la raíz del escepticismo con el que muchos percibían mi proceder y en este aspecto no quería andarme con rodeos, sino que tomé el toro por los cuernos y dije a los delegados:

—Sin embargo, queridos amigos, seamos sinceros. Creo que tras el escepticismo [...] hay algo más. Tras el escepticismo se plantean también otras cuestiones: ¿Qué cambiará? ¿Queremos realmente que las cosas cambien? ¿Cuánto cambio es bueno para nosotros? ¿Cuándo se convierte el cambio en una carga? ¿Cómo determinarlo? ¿Podemos determinarlo? ¿Qué impacto tiene nuestra manera de vivir en las personas que proceden del mundo árabe, que llegan desde países musulmanes? ¿Qué impacto tienen en nosotros sus características culturales? Tras este movimiento de refugiados procedentes de un ámbito cultural tan diferente al nuestro,

¿seguiremos siendo la Alemania que conocemos, que es fuerte y que nos ha hecho fuertes?

Respondí estas preguntas mirando al futuro. En veinticinco años, Alemania seguiría siendo

«todavía mi Alemania, nuestra Alemania, una Alemania que conserva sus cualidades y fortalezas que transmite a la siguiente generación, un país con una tradición cultural impresionante, abierta y diversa [...]».

Mientras pronunciaba el discurso ya noté que la chispa había prendido. En los pasajes que más me importaban la sala se quedó en silencio y los delegados dejaron de hablar entre ellos y me escucharon. Tras el discurso, noté por la cadencia que el aplauso fue de corazón, y no por obligación. Fue muy gratificante contar con el apoyo de mi partido en una situación en la que era realmente importante tenerlo.

Sin embargo, en el día de Año Nuevo, y después de que la policía hubiera sacado un balance positivo de la celebración y hubiera hablado de festejos en su mayor parte pacíficos, el país se estremeció al enterarse de los testimonios de ataques sexuales generalizados durante la noche de fin de año de 2015 frente a la estación central de Colonia. En los días siguientes, cuando se

hubieron procesado numerosas denuncias, sobre todo de mujeres, por robo, daños corporales y agresiones sexuales, se puso de manifiesto en todo el ámbito nacional lo que al parecer habían causado cientos de hombres de edades comprendidas entre dieciocho y treinta y cinco años, de origen norteafricano o árabe. En el ya de por sí caldeado ambiente de la época fue en especial devastador retrasar la presentación de los informes, porque dio la impresión de que las instituciones estatales querían ocultar algo.

En aquellos días de principios de enero de 2016, Horst Seehofer precisó sus exigencias en una entrevista: un máximo de 200.000 refugiados al año era el tope que él estableció para Alemania.

A las 11:48 horas del 26 de enero llegó a mi despacho vía fax una carta del ministro presidente bávaro. Partes de su contenido se hicieron públicas el mismo día. El 29 de enero se publicó la carta íntegra en el sitio web del gobierno estatal. En negrita se podía leer: «Exigencias del gobierno bávaro respecto a la limitación del flujo de refugiados». Se notificaba el envío por correo de un anexo, un dictamen que llevaba por título «Crisis migratoria como problema constitucional federal», cuyo autor era el profesor Udo di Fabio, ex juez federal del Tribunal Constitucional Federal. El ministro presidente escribió que si el gobierno no tomaba «de inmediato» las medidas exigidas, Baviera se reservaba expresamente el derecho a iniciar

acciones legales ante el Tribunal Constitucional Federal. Esto no era lo curioso, al fin y al cabo, el gobierno federal siempre debe contar con que sus decisiones sean impugnadas ante el Tribunal Constitucional Federal. Lo notable eran más bien otros renglones, otros matices: «El gobierno tiene la responsabilidad de restablecer el Estado de derecho». No se hacía mención del plan de acción de la UE y Turquía que estaba en marcha desde noviembre, ni de las negociaciones para un acuerdo entre la UE y Turquía, que entonces entraba en la fase decisiva. Decidí que contestaría únicamente cuando el acuerdo turco-europeo hubiera sido rematado.

El presidente de la CSU forzó algo más la coyuntura al declarar en una entrevista del 10 de febrero con el periódico *Passauer Neuen Presse*: «En este momento no hay ley ni orden. Este es un Estado sin derecho». Ya en la víspera, el comentario de los medios a los primeros comunicados de agencia referidos a estas palabras fue que Seehofer me había equiparado a dictadores de Estados autocráticos. A partir de aquí fue sencillo llegar al extremo de decir que no se podía confiar el timón de la Alemania unificada a una mujer que procedía del Estado efectivamente sin derecho que fue la RDA. Lo que resultó positivo para mí fue que a través de diversas invitaciones, Theo Waigel, exministro de Finanzas y presidente honorario de la CSU, me mostrara que también era posible otra manera de coexistir.

Envié mi respuesta a Horst Seehofer en abril de 2016. Básicamente la había esbozado el director de nuestro equipo centrado en la política de asilo, Jan Hecker, y había volcado en ella toda su destreza jurídica. El 19 de abril de 2016 escribí:

Tanto la Cancillería como los ministerios federales competentes han sometido sus proposiciones y las declaraciones del perito encomendado por el gobierno bávaro a una verificación minuciosa realizada desde una perspectiva jurídica y también fáctica. Por lo tanto, el gobierno federal no ve razón para recriminar al Estado que haya incumplido, en lo que se refiere a la política de asilo, sus obligaciones legales en virtud del derecho de la UE o el nacional, ni tampoco que no haya dado los pasos necesarios para reducir el número de solicitantes de asilo que llegan a Alemania. [...] En lo que se refiere a la cuestión de qué instrumentos, y su secuencia, son los más adecuados para alcanzar los objetivos de la política de asilo, el derecho de la UE y el nacional abren los márgenes de maniobra política. El gobierno federal no se ve legalmente restringido al uso de instrumentos concretos. Desempeña su responsabilidad política tras un examen minucioso y considerando las posibles consecuencias para otros campos de actuación.

¿CANDIDATA DE NUEVO?

Experimenté la política de asilo como punto de inflexión en mi cargo de canciller, no solo por la enormidad de la misión, sino también por la polarización asociada a ella. Así y todo, desde el inicio de mi tercer mandato tras las elecciones de 2013, ya me había planteado si presentarme como candidata de nuevo en 2017. Nuestro sistema electoral no pone límites a la duración del cargo de canciller. Por eso cabía plantearse si era posible dimitir por elección propia sin pasar por las elecciones. A más tardar, tenía que decidirme en otoño de 2016, antes del siguiente congreso de la CDU. Beate Baumann y yo hablamos al respecto con frecuencia. Ella opinaba que doce años eran suficientes. Su opinión pesaba mucho. Pero quiso ayudarme a formarme mi propia opinión y propuso que en un momento de tranquilidad, en casa, mejor en Hohenwalde, pusiera por escrito según mi punto de vista qué argumentos iban a favor de una nueva candidatura y qué argumentos en contra. Fue una sugerencia excelente para aclarar mis ideas. A finales de octubre de 2016 comparé los argumentos.

A favor de retirarme tras doce años tenía que se había agotado la solvencia que me permitía tomar decisiones extraordinarias en situaciones extraordinarias —la crisis económica mundial y del euro, la llegada de refugiados, o Fukushima, de lo que aún se sigue hablando—; que si yo no me presentaba, el partido de extrema derecha AfD —que tras la crisis del euro se había hundido en las elecciones de 2013 y había resurgido fortalecido por la política de asilo con relación a la

casi desavenencia entre CDU y CSU— perdería el principal punto de ataque; que salidas de las filas de la CDU y la CSU, había demasiadas citas incalificables contra mí y mi política de asilo que podían usarse contra mí y la coalición.

A favor de continuar en el cargo tenía evitar la posible discordia entre la CDU y la CSU en la búsqueda de un nuevo candidato a

canciller; que de otro modo ganarían el AfD y algunos de la CSU a quienes se atribuía la frase «Merkel es la ruina de la coalición»; que podría llegar a los que se encontraban en el centro de la sociedad; que a mi posible reelección también iría asociada una ratificación del curso en la política de asilo; que Alemania necesitaba estabilidad y, finalmente y no por ello menos importante, que decepcionaría a muchos de los que siempre me habían apoyado, sobre todo desde la conferencia de prensa de verano del 31 de agosto de 2015, y que habían depositado su confianza en mí.

Mientras escribo estas palabras pienso también en Walter Lübcke, exdiputado del parlamento regional de Hesse por la CDU y presidente del distrito de Kassel. Siempre se había mostrado abiertamente en contra de las actividades de la extrema derecha, también en otoño de 2015. Fue objeto de reiteradas hostilidades y amenazas, también antes de 2015, hasta que al lenguaje del odio le siguió la acción: un asesino de extrema derecha lo mató a tiros el 1 de junio de 2019 en la terraza de su casa. Walter Lübcke estaba comprometido con los valores de nuestro país, la dignidad humana y la tolerancia. Por ello fue y es un gran ejemplo.

Para seguir reflexionando, Beate Baumann y yo fuimos a Dierhagen, en el Báltico, del 26 al 28 de octubre. El momento de la decisión se acercaba. Para el domingo 20 de noviembre de 2016

había preparado una reunión a puerta cerrada para preparar el inminente congreso de la CDU, que trataría sobre las elecciones. A más tardar, debía anunciar en la reunión del comité ejecutivo si me volvía a presentar al cargo de presidenta de la CDU. A mi entender, esta era la condición previa para la decisión de presentarme de nuevo al cargo de canciller en las elecciones federales de 2017. En noviembre de 2016 hablé en Berlín de este tema con Barack Obama en su visita de despedida como presidente estadounidense. Nos reunimos para cenar el miércoles 16 de noviembre en el Hotel Adlon. Barack Obama me escuchó sin decir nada, hizo alguna pregunta para ayudarme en la toma de la decisión, pero, por lo demás, se

contuvo y no dio su propia opinión; eso fue lo que me ayudó. Noté que quería, y podía, empatizar con mi carga. No solo tenía que tomar una decisión personal que afectaba a mi vida, sino que como jefa de gobierno tenía que considerar todas las repercusiones políticas. Barack Obama dijo que si bien Europa aún podía necesitarme, en última instancia debía seguir mi propio instinto.

El 18 de noviembre de 2016 decidí pedir consejo a Wolfgang Schäuble. Nos reunimos en mi despacho el sábado 19 de noviembre a mediodía. Cuando entró en su silla de ruedas, me puse en pie y me acerqué a él, dijo:

—Leo en su cara lo que quiere decirme. No lo haga.

—No tan rápido —respondí. En nuestra charla le expliqué el vaivén de mis reflexiones.

Wolfgang Schäuble me animó a volver a presentarme.

Al día siguiente, en un discurso pronunciado después de que yo anunciara mi candidatura ante la presidencia y el comité ejecutivo federal, fue él quien recalcó mi decisión y también hizo constar las dificultades a las que nos enfrentaríamos durante la campaña electoral. Tanto la presidencia como el comité ejecutivo federal habían celebrado mi renovada candidatura con una gran ovación que indicaba, así me lo pareció, cierto alivio por no haber cambiado de idea, pues las consecuencias habrían sido difíciles de valorar.

El congreso de la CDU del 5 al 7 de diciembre de 2016 transcurrió ordenadamente. Aun con las

turbulencias de los años 2015 y 2016, fui reelegida presidenta de la CDU con un amplio 89,5 %.

Como esperábamos, la campaña se desarrolló con dificultad, y el 24 de septiembre de 2017, el día de las elecciones, la CDU/CSU alcanzó un 32,9 %, el peor resultado de todas las elecciones federales desde

la reunificación. Eran 8,6 puntos porcentuales menos que cuando obtuvimos los grandes resultados de 2013, pero a diferencia de entonces era imposible formar un gobierno políticamente viable frente a la CDU y la CSU. El SPD logró un 20,5 %; la Izquierda, un 9,2 %; los Verdes, un 8,9 %; el FDP, un 10,7 %, y el AfD, un 12,6 %. Formar gobierno fue difícil.

Lamenté mucho no poder hacer realidad la mayoría matemáticamente posible de una coalición Jamaica entre CDU, CSU, FDP y los Verdes. Si en 2013 no fue posible un gobierno federal negro y verde debido a la postura desfavorable de los verdes, en esta ocasión la posibilidad de una nueva constelación de gobierno en el ámbito federal se malogró por el FDP. Su presidente, Christian Lindner, que tras la salida del FDP del Bundestag en 2013 había logrado la extraordinaria hazaña de conducirlo en el primer intento de vuelta al Parlamento, había llegado a la conclusión de que no quería entrar en un gobierno encabezado por mí. El presidente de la República Federal tuvo que intervenir para convencer de nuevo al SPD para que se uniera a una coalición, hasta entonces totalmente descartada, de la CDU, la CSU y el SPD. El 14 de marzo de 2018, tras el período de formación de gobierno más largo de la historia de la RFA, el Bundestag me eligió canciller por cuarta vez.

Respecto al tope de refugiados, CDU, CSU y SPD habían formulado lo siguiente en un acuerdo de coalición: «En lo que se refiere al promedio de inmigrantes, la experiencia de los últimos veinte años y teniendo en cuenta las medidas acordadas y la parte directamente controlable de la inmigración —el derecho de asilo y la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados (ONU)—, concluimos que los inmigrantes [...] no deben superar el intervalo anual de 180.000 a 220.000». Los socios de coalición se contentaron con esta formulación, en parte balance y en parte reivindicación política. Sin embargo, esto no impidió que durante el verano de 2018 llegaran a su apogeo las diferentes interpretaciones en torno a la cuestión de la devolución de personas en las fronteras alemanas. En este caso, no se trató de la emigración primaria de 2015-2016 —es decir, del

éxodo desde países de origen—, sino de emigración secundaria: personas que ya estaban inscritas como solicitantes de asilo en la UE, por ejemplo, en Italia, pero que querían continuar su periplo. En efecto, según el Reglamento de Dublín III, podían ser trasladados de vuelta para que realizaran los procedimientos de asilo en sus países de origen; sin embargo, los plazos eran reducidos, de modo que con frecuencia esto no era ejecutable. La CSU, en especial el nuevo ministro presidente bávaro, Markus Söder, el jefe del grupo regional de la CSU en el Bundestag, Alexander Dobrindt, y también Horst Seehofer, que tras la formación de gobierno se había convertido en ministro del Interior, exigieron que se impidiera la migración secundaria mediante devoluciones en la frontera.

A mediados de junio de 2018, esto condujo a una nueva confrontación entre CDU y CSU.

Insistí en una solución europea al problema. En la reunión en Bruselas del 28 y 29 de junio, mis colegas en el Parlamento Europeo me ayudaron al convenir que los Estados miembros de la UE

debían consensuar todas las medidas legislativas y administrativas internas necesarias contra la emigración secundaria, así como cooperar estrechamente. Alexis Tsipras, de Grecia, y Pedro Sánchez, el recién llegado presidente español, me ofrecieron apoyo práctico. Convinieron cerrar acuerdos administrativos con Alemania basados en el Reglamento de Dublín III y admitir de nuevo a los migrantes inscritos en sus países que llegaran a las fronteras alemanas. Otros países, por ejemplo Italia, también se mostraron abiertos a celebrar acuerdos con Alemania. El 1 de julio, el comité ejecutivo de la CDU dio su apoyo a los resultados del Parlamento Europeo. Al

día siguiente, la CSU cedió. No se podía devolver a personas que pidieran asilo en la frontera alemana.

A día de hoy sigo estando agradecida al SPD y a sus entonces presidentes, Martin Schulz y Andrea Nahles, por su paciencia y

apoyo justo en esta fase. Que sobrellevaran el proceso interno de clarificación de la CDU y la CSU, que para las personas ajenas debe haber resultado excesivo, y que lo hicieran sin ejercer mayor presión, no es algo que pueda darse por sentado.

UN MUNDO CONECTADO:

EL NUDO LLANO

UN GLOBO TERRÁQUEO, UN MAPA Y LA TOLERANCIA

El 1 de diciembre de 2016, Alemania asumió durante un año la presidencia del Grupo de los Veinte. Llevaba once años en la Cancillería y me complacía aportar a esta presidencia la experiencia internacional que había acumulado a lo largo de este período. En 2017, los diecinueve Estados y la UE alcanzaron cerca del 80 % de la producción económica mundial —

medida acorde al PIB ajustado al poder adquisitivo—, fueron responsables de las tres cuartas partes del comercio mundial y en ellos vivían cerca de cinco mil millones de personas, dos tercios de la población mundial.

Desde que accedí al cargo, en mi escritorio de la Cancillería tenía un globo terráqueo, con la superficie marítima en color negro y el mapa político que mostraba en vivos colores los Estados.

De esta manera, durante las llamadas telefónicas podía visualizar dónde se encontraba el lugar del que procedía mi interlocutor. A veces miraba el globo y pensaba en los miles de millones de personas que habitan la tierra. Cuando accedí a la Cancillería sumaban 6.600 millones de personas. En 2017, mil millones más. Si ya no era fácil tener en mente a los más de ochenta millones de ciudadanos en Alemania, resultaba imposible abarcar a los habitantes de todo el mundo. Tenía una concepción realista de las condiciones de vida de mis colegas en la UE, pero a menudo desconocía las de mis interlocutores de otros continentes. Por

supuesto, intentaba prepararme para las visitas y los viajes. Me ayudaban los informes de las embajadas alemanas sobre la situación en aquellos países; tras su lectura, sabía como mínimo qué peticiones hacer en mis discursos. Nada me angustiaba más que no ser capaz de formular una pregunta razonable por saber muy poco sobre una nación. Siempre aprovechaba cuando en mis viajes surgía la oportunidad de echar un vistazo a la manera de vivir de un país: un paseo por la noche, un encuentro con artistas, estudiantes o aprendices, una charla con los alemanes residentes en el lugar me ayudaban a comprender un poco el ánimo local. Preguntaba a mis colegas sobre cosas cotidianas: ¿Prepara el desayuno para su familia? ¿Compra usted mismo en el supermercado?

¿Dónde pasa las vacaciones? ¿Qué pensamientos tiene cuando va a dormir? ¿Qué preocupaciones tiene al despertar? A veces obtenía respuestas francas, en otras ocasiones la reacción se materializaba en una mirada atónita.

A lo largo de mi mandato quise descubrir una y otra vez qué impregnaba la imagen que tenía yo del mundo y cuánto se alejaba de la que tenían otros. Incluso pensaba en la diferencia entre un globo terráqueo y un mapa. En un globo no se destaca ningún lugar, cada punto está a la misma distancia del centro del orbe. En un mapa, la cosa es diferente, cada mapa tiene un centro y márgenes. La decisión de ubicar el centro en un sitio u otro es arbitraria. En 1884, los participantes en la Conferencia Internacional sobre el Meridiano decidieron en Washington que el meridiano —la semicircunferencia máxima del tramado de la tierra— de la localidad inglesa de Greenwich sería el meridiano cero internacional y estándar mundial para las correspondientes coordenadas horarias. El lugar fue elegido porque en aquel momento Reino Unido había impulsado ampliamente en el país la estandarización horaria. A partir de ahí surgieron los mapamundis aún hoy en uso, y en su centro se situó el meridiano cero, que pasa por Greenwich.

Millones de alemanes y europeos crecimos con mapas en que el segundo continente más pequeño, Europa, ocupa el centro. Fui consciente de que esto no era aceptado por todo el mundo cuando años atrás me topé con el mapa corregido de Stuart McArthur. Al australiano le contrariaba tanto que constantemente se hicieran chistes sobre la ubicación presuntamente remota de su continente que en 1979 concibió un nuevo mapamundi en el que el norte y el sur —

es decir, arriba y abajo— se habían invertido. El meridiano cero ya no pasaba por Greenwich, sino por la ciudad australiana de Camberra. De este modo, Australia pasó a la mitad superior del mapa y Europa al margen derecho, el resultado fue una perspectiva poco habitual de la Tierra, pero igual de justificada. De repente, los europeos aparecíamos lejos del frente y, cuando menos, habíamos dejado de ser el ombligo del mundo. Nosotros, los europeos, éramos y somos tan solo una pequeña parte de la población mundial. Desde el principio me pregunté si a pesar de todo, desde el punto de vista de nuestras relaciones internacionales había algo específico que pudiéramos aportar para lograr una próspera convivencia en el mundo. Precisamente, el 17 de enero de 2007, en mi discurso inaugural de la presidencia alemana de la UE, había hablado ante el Parlamento Europeo sobre lo que nos caracteriza. En aquella ocasión, y haciendo referencia a una reflexión del antiguo presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, dije que debíamos darle un alma a Europa, o, mejor dicho, debíamos encontrar el alma de Europa. Cité al escritor praguense Karel Čapek: «El creador de Europa la hizo pequeña y la dividió en trocitos pequeños para que nuestros corazones no se alegren por su tamaño, sino por su diversidad». A la pregunta acerca de qué favorecía esta diversidad europea respondí:

—La libertad propicia la diversidad. La libertad es el requisito para nuestra diversidad, en concreto, la libertad en todas sus formas. [...] A lo largo de nuestra historia, nosotros los europeos hemos aprendido a sacar partido de nuestra diversidad.

Y concluí diciendo que la tolerancia es exactamente el rasgo que nos capacita para ello:

—El alma de Europa es la tolerancia. [...] Hay un camino fácil para llegar al alma de Europa, a la tolerancia: hemos de poder ver también con los ojos del otro.

Eso exige conocer y querer entender a ese otro.

Pero mi visión del mundo tampoco era neutra. Al fin y al cabo, no había entrado en política en la RDA, sino en una Alemania liberal, democrática y reunificada. Para mí, el sentido y el objetivo de mi labor pública eran hacer posible una vida exitosa al individuo. Los valores que me guiaban emergían del artículo 1 de la Constitución: la dignidad del individuo es inviolable. Estos valores eran universales. Había jurado dedicar mis fuerzas al bienestar del pueblo alemán, eso significaba abogar por la paz y la libertad, la seguridad y el bienestar económico en mi país, en Alemania. Pero como canciller, como jefa de gobierno del miembro de la UE con mayor población y el más fuerte económicamente, así como la quinta economía del mundo, no vivía en el vacío. Los alemanes teníamos intereses propios, muchos de los cuales quería hacer realidad en la medida de lo posible. Pero nuestros intereses se distinguían de los intereses de otros miembros de la UE y la OTAN, las alianzas a las que pertenecíamos y con las que compartíamos valores comunes. Que un país priorizara una meta u otra venía marcado por su situación geográfica, su historia, su cultura, su situación económica y su respectiva dirección política. Trabajar conjuntamente con Estados en los que el orden político se diferenciaba fundamentalmente del nuestro era mucho más difícil. Dado que Alemania no era rica en materias primas, necesitábamos mantener relaciones comerciales con países ricos en ellas, así que mediante la exportación de nuestros productos y las inversiones en otros países podíamos incrementar nuestro bienestar y asegurar muchos puestos de trabajo nacionales. En Alemania esto era válido para la industria del

automóvil, la fabricación de maquinaria y la industria química; por su parte, los países socios,

incluidos los de orientación política distinta, también se beneficiaban económicamente de estas relaciones comerciales.

Para representar los intereses alemanes en el mundo no podía elegir sencillamente a mis interlocutores según quiénes coincidían y quiénes no con mis ideas sobre el Estado de derecho y los derechos humanos. Hablé con los responsables de Estados que mantenían conflictos armados internos; para salvar la vida de ciudadanos alemanes me dirigí a políticos de países cuyas violaciones de los derechos humanos yo condenaba. Siempre que pude abogué por la libertad de opinión y el Estado de derecho; intenté ayudar a los perseguidos y encarcelados. Eso significaba ponderar constantemente mis propios valores frente a mis propios intereses, era *Realpolitik* en vivo y en directo. No se trataba de negocios sucios, sino de una expresión de sabiduría. Para alcanzar resultados era necesario un compromiso, un «trato mediante concesiones recíprocas» tal como lo define el diccionario. Yo lo denominaba un trato en el que las ventajas primaban sobre las desventajas, y en el que llegar a un compromiso no era fácil, sino más bien un proceso enervante y a menudo doloroso.

Con respecto a los propios intereses alemanes no solo se trataba de las relaciones bilaterales.

Estaba convencida de que la cooperación en cuestiones económicas, sociales y ecológicas reforzaba el bienestar, la estabilidad y la paz en todo el mundo. Se trataba de trabajar por una convivencia pacífica, luchar contra la pobreza y el hambre, usar de manera sostenible los recursos naturales, detener el cambio climático y evitar la propagación de pandemias. Solo podíamos conseguirlo juntos. Esta convicción me guio como presidenta de la primera Conferencia del Clima en 1995 y también más tarde, en 2007, como anfitriona de la reunión del G8 en Heiligendamm y, en 2015, la del G7 en Elmau, y

me sostuvo, además, en 2017 durante nuestra presidencia del G20, que estructuramos bajo el lema: «Conformar un mundo interconectado». Una idea que encajaba con el lugar en que se celebró, los días 7 y 8 de julio de 2017, la reunión de jefes de Estado y de gobierno del G20, en la ciudad libre y hanseática de Hamburgo, puerto de importancia internacional, y para la que elegimos como logotipo el nudo llano marineru: cuanto mayor la carga, tanto más aguanta. Sin embargo, el tiempo demostró que no todo el mundo compartía mi convicción de lograr la fuerza mediante la unión.

BREXIT

El 23 de junio de 2016, el 52 % de los votantes británicos decidió en un referéndum que su país saliera de la UE. Consideré la votación una vergüenza que nos dejaba en ridículo a los demás miembros de la Unión, Gran Bretaña nos dejaba en la estacada. Esto cambiaba la opinión que el mundo tenía de la UE, nos había debilitado.

El 1 de enero de 1973, Gran Bretaña entró, junto con Irlanda y Dinamarca, en la entonces Comunidad Económica Europea (CEE), que con estas incorporaciones sumó nueve países. Tras entrar en vigor en 1993 el Tratado de Maastricht, la CEE se convirtió en la Comunidad Europea (CE), que a su vez pasó a ser la UE a través del Tratado de Lisboa, ratificado en 2007 y que entró en vigor en 2009. En el momento del referéndum británico, la UE estaba formada por 28 países miembros, y cinco más eran candidatos a entrar en ella. No me había pasado por la cabeza que la UE pudiera decrecer. La posibilidad de la salida de un país fue contemplada por primera vez en la Convención Constitucional de la UE 2002/2003, a pesar de que entonces la mayoría había considerado innecesario incluirla. Durante la elaboración del tratado modificativo de la UE, el Tratado de Lisboa, el presidente checo Václav Klaus había insistido para que esa opción formara parte del nuevo documento, así que en el primer párrafo del artículo 50 se puede leer: «Todo

Estado miembro podrá decidir retirarse de la Unión de conformidad con sus propios requisitos constitucionales». Yo había esperado no experimentar nunca que tal opción fuera utilizada.

Para mí, Gran Bretaña era una parte indispensable del proyecto de paz del acuerdo europeo que había surgido de las catástrofes de dos guerras mundiales. Con su discurso del 19 de septiembre de 1946, pronunciado en Zúrich, el antiguo primer ministro Winston Churchill hizo una aportación importante a la gestación de este proyecto. Su país era una de las potencias con veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. A través de la Commonwealth y como nación marítima era cosmopolita, competitiva y favorecía la cooperación multilateral. El peso económico de Gran Bretaña fortalecía el mercado interior europeo. Estaba convencida de que podíamos hacer valer nuestras convicciones democráticas mucho mejor juntos que separados, y aunque a menudo los británicos desempeñaban un papel singular, hubiera preferido no perderlos como miembros y seguir colaborando con ellos en la UE.

Por eso también siempre que pude, y en especial en febrero de 2013 durante las negociaciones de las previsiones financieras de la UE para los años 2014 a 2021, intenté ayudar a David Cameron, primer ministro de Reino Unido desde mayo de 2010. Cameron era partidario de permanecer en la UE, pero estaba sometido a presión desde las filas de su propio partido. Insistió en unos presupuestos para la UE para siete años que en comparación con los anteriores no iban a mostrar crecimiento, pero aun así preveían un desembolso mayor para investigación e innovación. Esta fue una ofensiva contra los países beneficiarios que obtenían más dinero de los presupuestos del que aportaban, y que ahora tendrían menos dinero a su disposición para su desarrollo económico. Debido a la postura de Cameron, también la política agraria en conjunto se encontró con dificultades. Apoyarlo me marginó frente a mis colegas. Incluso se distanciaron de mí el presidente francés François Hollande, el presidente español Mariano Rajoy y el presidente de la Comisión Europea José Manuel Durão Barroso, con los que, por lo demás,

colaboraba estrechamente. Aún sentía los efectos de la crisis del euro y al mismo tiempo se me tachaba de tacaña. Los miembros del Parlamento Europeo pertenecientes a la familia de los partidos socialistas intentaron hacer de la cuestión un enfrentamiento político partidista. Puesto que a continuación los presupuestos tenían que ser aprobados por la Eurocámara, Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, calentó los ánimos del lado socialista. Por un lado, estaban los socialistas presuntamente proeuropeos; por otro, los conservadores tacaños supuestamente hostiles a Europa. Sabiendo que en pocos meses se celebrarían las elecciones federales, la situación no me era precisamente propicia. No obstante, para evitar su aislamiento total en el Consejo e impeler a los demás para que cedieran, durante la cumbre permanecí firme la noche entera del lado de David Cameron. Me comporté así porque por mis muchas conversaciones con él, sabía que Cameron no tenía margen de maniobra en política interior.

Un año después me invitó a Londres. El 27 de febrero de 2014, en la Royal Gallery del palacio de Westminster, pronuncié un discurso ante los diputados de las dos cámaras, un honor extraordinario. A continuación, la reina Isabel II me recibió en su residencia privada del palacio de Buckingham. Al igual que durante mi primera visita en octubre de 2008, su conversación me fascinó. Mediante una sucesión de preguntas y breves comentarios reveló que observaba con precisión todo lo que sucedía en el mundo. Hablamos en inglés y soportó con estoicismo mis errores. A pesar de que estos puntos en el programa de mi visita a Londres fueron extraordinarios, no pude satisfacer los deseos de David Cameron de una vía alternativa para Gran Bretaña en la UE. Al contrario que Alemania, por ejemplo, tras la ampliación de la UE hacia el este, Gran Bretaña no había recurrido a períodos de transición de varios años con la introducción de la libre circulación de trabajadores de los nuevos Estados miembros, sino que debido a que

quería cubrir con rapidez su demanda de mano de obra barata, les había otorgado de inmediato los mismos derechos que los de los

trabajadores británicos. Unos diez años después, el gobierno británico protestó que los trabajadores y sus familias procedentes de países del centro y este de Europa ocasionaban altos costes sociales en formación y salud. Ahora, Gran Bretaña quería revocar parte de la libre circulación vigente en toda Europa. Este era un ataque a uno de los pilares de la UE que yo no podía aceptar.

El origen de la decisión de celebrar un referéndum sobre la membresía de Gran Bretaña a la UE descansa en acontecimientos ocurridos unos años atrás, en otoño de 2005. Entonces, David Cameron se presentaba como candidato a presidente del partido conservador y prometió abandonar el Partido Popular Europeo debido a que sus acciones eran demasiado proeuropeas.

De este modo, desde el principio se había entregado a los euroescépticos. Nunca se pudo desprender de esta dependencia. Siete años después, en enero de 2013, anunció en un discurso que si ganaba las siguientes elecciones y se convertía de nuevo en primer ministro, celebraría en la primera mitad del siguiente período legislativo un referéndum sobre la pertenencia de Gran Bretaña a la UE. Quería ganarse de esa manera a los euroescépticos de sus propias filas, a pesar de ser él mismo partidario de permanecer en la UE. Con esta promesa consiguió salir victorioso en las elecciones del 7 de mayo de 2015. Sin embargo, sus rivales de dentro del partido no fueron aplacados. Al contrario. En la campaña del referéndum de 2016, Boris Johnson, uno de sus rivales más influyentes en la lucha de poder por la dirección del partido conservador, decidió, en contra de las esperanzas de Cameron, apoyar la salida de Gran Bretaña de la UE. Esto proporcionó a la campaña de los contrarios a la Unión el empujoncito decisivo, y se impusieron.

David Cameron dimitió. Cual libro de texto, el camino que había tomado antes de sus primeras elecciones como líder del partido en el otoño de 2005 con su promesa de abandonar el Partido Popular Europeo mostraba las consecuencias de cometer un error de cálculo ya desde el principio.

Ahora era importante negociar con respeto mutuo, para que no surgieran heridas adicionales que dificultaran la cooperación en el futuro, el tratado de separación entre la UE y Gran Bretaña.

Esto se logró, y no solo se aprobó el Acuerdo de Retirada, sino también un acuerdo comercial y de cooperación entre la UE y Gran Bretaña para la colaboración futura. En eso tuvo un papel fundamental Theresa May, sucesora de Cameron.

Tras el referéndum me atormentó la cuestión de si debería haber hecho más concesiones a Gran Bretaña para que se quedara en la comunidad. Llegué a la conclusión de que dados los procesos políticos internos del país, no hubiera habido forma razonable de impedir desde afuera la salida de Gran Bretaña de la UE. Fue una experiencia amarga entender que incluso con la mejor voluntad política no se podían corregir los errores del pasado. Así que solo me quedó la esperanza de que tanto Gran Bretaña como la UE sepan lo que tienen en común y que, en todas las cuestiones importantes, hallen vías y formatos de diálogo para trabajar en estrecha colaboración.

NUEVAS ALIANZAS

A más tardar desde el cambio de milenio, la creciente interconexión global llevó a algunos países en desarrollo a un crecimiento económico acelerado. Aunque ellos mismos se consideraban todavía en vías desarrollo, los Estados industriales los denominaron países emergentes. En 2001, Jim O'Neill, economista jefe de Goldman Sachs, designó con el término genérico BRIC a Brasil, Rusia, India y China, países con índices de crecimiento desproporcionadamente alto, entre el 5 y

el 10 % del PIB, lo que los convirtió en un factor de poder económico global. El G8 ya no podía decidir el destino de la economía mundial, y por eso a partir de 2003, Brasil, India y China, así como Sudáfrica y México fueron invitados con regularidad como

G5 a las cumbres del G8. Hice lo propio el 8 de junio de 2007 en Heiligendamm, y antes de la cumbre, en mi declaración del gobierno del 24 de mayo de 2007, que pronuncié en el Bundestag, mencioné también la cooperación entre el G8 y el G5:

—No queremos ampliar el G8 a un G13. Pero sabemos que sin los países emergentes serían impensables los avances en ámbitos como la protección climática, las negociaciones comerciales multilaterales o la mejor protección de la propiedad intelectual. Queremos desarrollar un entendimiento común en torno a estas cuestiones que vaya más allá del consenso mínimo.

Por su parte, en la declaración conjunta de su postura, los países del G5 exigieron que la inclusión de países en vías de desarrollo en los órganos decisorios de las instituciones multilaterales logre que las estructuras globales de gobernanza sean más democráticas, legítimas y representativas. En Heiligendamm sentamos las bases de una colaboración continuada entre el G8 y el G5, el llamado Proceso de Heiligendamm. Podría haberse convertido en una nueva piedra angular para el orden mundial, pero no fue así.

Dos meses después de Heiligendamm empezó la crisis financiera y económica mundial. A mediados de noviembre de 2008, en el apogeo de la crisis, cuando el presidente George W. Bush invitó a Washington a los jefes de Estado y de gobierno del G20 para discutir salidas y soluciones, no solo participaron los países del G8, sino también los del G5. Es más, ya no solo se los había invitado, sino que su proceder fue parte de la solución. Así, China acordó en noviembre de 2008 un paquete de estímulos con un volumen equivalente a 460.000 millones de euros, sin duda comparable al programa lanzado tres meses después por el presidente Obama, sucesor de Bush, con un volumen de algo más de 600.000 millones de euros. De esa manera China no solo se ayudaba a sí misma, sino también a la economía mundial. Desde ese momento, el G20

reemplazó de hecho al Proceso de Heiligendamm.

El nuevo formato del G20 no podía ocultar que la crisis financiera mundial había sacudido profundamente la confianza en un orden global productivo basado en las reglas de la economía de mercado. Que los países industrializados hubieran causado esta crisis reforzó la autoconfianza de los países BRIC. El 16 de junio de 2009, en Ekaterimburgo (Rusia), sus jefes de Estado y de gobierno, Luiz Inácio Lula da Silva, Dmitri Medvédev, Manmohan Singh y Hu Jintao, decidieron reunirse anualmente a partir de aquel momento. En 2010 admitieron en el grupo a Sudáfrica y desde entonces se llamaron BRICS. Había nacido una nueva alianza que reclamó más influencia y recibió por eso el apoyo de los países en vías de desarrollo.

A Estados Unidos le costó ceder poder, y hasta finales de 2015 bloqueó la reforma acordada en 2009, durante la reunión del G20 celebrada en Pittsburgh, del reparto de votos en el FMI. Los países BRICS aprovecharon esto, y como alternativa al FMI y al Banco Mundial fundaron en 2014 su propio banco de desarrollo, el Nuevo Banco de Desarrollo. Además, en 2015, y con el liderazgo de China, nació de la mano de más de cincuenta Estados otro banco de desarrollo, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII). Mientras que Estados Unidos y Japón rechazaron participar en él, Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia sí lo hicieron, pues no queríamos cedérselo todo a China.

Desde 2013, por estar en desacuerdo con algunas decisiones del tribunal, Estados Unidos impidió nuevos nombramientos al Órgano de Apelación de la OMC. Esto debilitó la soberanía de la organización. Lo vi muy claro: o bien los países industrializados, hasta entonces los

mandamases del mundo, estaban dispuestos a compartir el poder en las organizaciones multilaterales con los países emergentes o en lugar de un orden global consensuado habría uno dividido, en el que los diversos grupos de países y organizaciones competirían entre sí, y el formado por BRICS no se achantaba ante el conflicto.

TRATADOS DE LIBRE COMERCIO

El comercio internacional basado en reglas estipuladas conjuntamente fue una fuente decisiva de la creciente prosperidad mundial. La OMC, que había iniciado su andadura el 1 de enero de 1995, fue la responsable de ello. Había sentado las bases para su creación el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercios (GATT, siglas inglesas de General Agreement on Tariffs and Trade) de 1947. La OMC creció junto al FMI y el Banco Mundial hasta convertirse en la tercera organización multilateral de mayor tamaño en los ámbitos de la economía y las finanzas. A principios de 2017 sumaba 164 miembros que representaban el 98 % del comercio mundial.

El comercio en sí mismo no es bueno, ya que también debe ser justo. Por ello, desde finales de la década 1990, además de los aranceles, desempeñaban un papel creciente los estándares sociales y ecológicos, sobre todo en agricultura, algo que ya había apoyado como ministra de Medio Ambiente. En 2001 se iniciaron negociaciones en Doha, capital de Qatar, conocidas como la Ronda de Doha, en las que se discutió cómo lograr que el comercio en el sector agrícola fuera, entre otras cosas, más respetuoso en lo social y medioambiental. Se habló también de posibilitar a los Estados menos desarrollados un acceso al mercado mundial libre de aranceles y cuotas. En 2008, en la primera cumbre del G20, en Washington, y tras el impacto por el descalabro económico consecuencia de la crisis financiera, en el documento final los participantes insistieron en una conclusión exitosa de las negociaciones. Después, aquel ímpetu se evaporó con rapidez. Seguí esperando un acuerdo, pero en algún momento, quizás ya en 2013, Barack Obama me despojó de mis ilusiones al decirme con franqueza que ya no creía en el éxito del proyecto. Tuve la impresión de que en lo que concernía al electorado estadounidense, a él le parecían difíciles los compromisos que Estados Unidos habría tenido que asumir para un acceso más fácil al mercado americano de productos agrícolas procedentes de otros países.

Evidentemente, el beneficio de un acuerdo multilateral contaba menos. Puesto que las decisiones tenían que aprobarse por unanimidad, el final de la Ronda de Doha estaba prácticamente sellado, y, en efecto, a más tardar en 2016 fue considerada fallida. Entonces recordé un dicho: «Si el caballo está muerto, desmonta». Esto venía a significar que nunca había que aferrarse a una idea si no iba a tener éxito. Con el corazón roto, desmonté. Tras el fracaso de los acuerdos multilaterales, el énfasis se desplazó aún más hacia la formalización de acuerdos comerciales bilaterales o regionales. A mi entender, solo eran la segunda mejor opción.

Puesto que los Estados miembros de la UE formaban juntos un mercado interior único, la competencia sobre las cuestiones comerciales la tenía la Comisión Europea. Esta había conducido negociaciones para acuerdos bilaterales paralelamente a las negociaciones de la Ronda de Doha. A saber, en 2010 se había aprobado un tratado de libre comercio con Corea del Sur mediante el cual se eliminaron casi el 99 % de los aranceles previos. El tratado se aplicó provisionalmente a partir de julio de 2011, y a finales de 2015 entró oficialmente en vigor. Tras la experiencia de cinco años, quedó disipada toda reserva que pudo haber, en especial por parte de la industria automovilística, ante un tratado como este. Las exportaciones europeas no solo no

disminuyeron, sino que aumentaron un 55 %. La industria automovilística alemana también sacó provecho del tratado, lo que me alegró, pues a Alemania y Corea del Sur les une la experiencia de la partición de sus países.

Solo había estado allí una vez, con motivo de la reunión del G20 en noviembre de 2010, y había experimentado la fascinación de los coreanos por la reunificación pacífica de Alemania, mientras ellos ansiaban una Corea democrática unificada. Hablé con el entonces presidente Lee Myung-bak sobre la unidad de Alemania. Puesto que yo procedía de la RDA, él esperaba que le pudiera hablar de mi experiencia particular al vivir en una dictadura, aun sabiendo que en

comparación con Corea del Norte, la RDA había sido un país incluso liberal. Hablamos sobre esto. Además, le hice notar las dificultades a que nos enfrentamos al hacer realidad la unidad alemana, la elevada tasa de desempleo en los nuevos *Länder*, pero también la falta de familiaridad de muchos alemanes occidentales con las vidas de los alemanes orientales. Deseo sinceramente que los coreanos también puedan unirse un día en paz y libertad.

Justin Trudeau, desde noviembre de 2015 presidente de Canadá y sucesor de Stephen Harper, contribuyó en especial a que pudieran ultimarse las negociaciones del Acuerdo Internacional de Economía y Comercio (CETA, siglas inglesas del Comprehensive Economic and Trade Agreement) entre la UE y Canadá. Este acuerdo incluyó también estándares medioambientales.

Pese a que las negociaciones habían concluido en agosto de 2014, antes de acceder a la presidencia, gracias a su voluntad de compromiso, Trudeau ayudó a superar obstáculos que algunos de mis colegas europeos pusieron al exigir posteriormente un mejor acceso de sus productos agrícolas al mercado canadiense. En mi opinión, las ventajas de este acuerdo comercial con un socio con el que compartíamos valores democráticos superaban de lejos las desventajas en unos pocos ámbitos, por ejemplo, la agricultura. En Alemania, Sigmar Gabriel, presidente del SPD y ministro de Economía y Energía, tuvo que luchar duro para que su partido aprobara el acuerdo. En octubre de 2016, Canadá y los Estados miembros de la UE firmaron finalmente el acuerdo, que entró en vigor provisionalmente en febrero de 2017.

A principios de julio de 2017, Japón y la UE llegaron a un pacto de principio sobre el Acuerdo de Asociación Económica UE-Japón (JEFTA, siglas inglesas del JapanEU Free Trade Agreement) cuyos estándares eran similares a los del CETA. Sin la voluntad de compromiso del presidente japonés Shinzō Abe, que desde 2012 ocupaba de nuevo el cargo tras haberse retirado en 2007 por motivos de salud, el acuerdo no habría sido posible. Entró en vigor

en febrero de 2019. Por si fuera poco, en noviembre de 2019 se celebró un acuerdo de libre comercio con Singapur y, en agosto de 2020, otro con Vietnam.

Menos éxito tuvieron las negociaciones iniciadas en 2013 para el Acuerdo de Libre Comercio entre la UE y Estados Unidos. El símbolo de la oposición al acuerdo fue el llamado «pollo tratado con cloro». En Estados Unidos era común desinfectar en un baño de dióxido de cloro los pollos sacrificados y eviscerados. En la UE se utilizaba agua helada o una combinación de aire frío. A pesar de que la Autoridad Alimentaria Europea había confirmado que del método estadounidense no se derivaban peligros para la salud, los europeos contrarios al acuerdo criticaron el uso de dióxido de cloro. Los disconformes tomaron el ejemplo del pollo tratado con cloro como confirmación de que se debilitarían los estándares para alimentos y consumidores.

Una resistencia tan cargada contra este acuerdo por parte de organizaciones no gubernamentales de Alemania me parecía incomprensible, y creía posible superar las dificultades. Poco antes de

dejar el cargo en noviembre de 2016, Barack Obama y yo habíamos dejado clara nuestra postura en un artículo conjunto en el que expusimos: «Somos más fuertes cuando trabajamos juntos.

Ahora que la economía mundial se desarrolla con más rapidez y los retos son aún mayores que en el pasado, esta cooperación es más importante que nunca. [...] Con la convicción compartida de que el comercio y las inversiones mejoran el nivel de vida, nos comprometimos con el significativo proyecto de establecer la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión

[TTIP, siglas inglesas de la Transatlantic Trade and Investment Partnership]. [...] Un acuerdo que conecte estrechamente nuestras economías y se base en reglas que se correspondan con valores

compartidos nos ayudaría a crecer y a permanecer globalmente competitivos en las próximas décadas». Y concluimos: «Alemanes y americanos hemos de aprovechar la oportunidad de estructurar la globalización según nuestros valores e ideas». Lamentablemente, el acuerdo quedó en nada. Pocas semanas después sería presidente, y sucesor de Obama, Donald Trump.

Suerte similar al del TTIP corrieron los acuerdos de libre comercio de la UE con Australia y el MERCOSUR, una alianza económica entre Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay con un total de 250 millones de habitantes. Ambos acuerdos no pudieron celebrarse durante mi mandato.

Igual que con la Ronda de Doha, las razones principales eran las cuestiones en torno a la agricultura. En ocasiones, también desempeñaron un papel las cuestiones climáticas relacionadas con la deforestación de la selva amazónica brasileña. Seguía convencida de que a la UE le interesaba cerrar tantos acuerdos de libre comercio como pudiera, pues el resto del mundo no se dormía en los laureles. Así, el 15 de noviembre de 2020, quince países, entre ellos los diez miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, siglas inglesas de la Association of Southeast Asian Nations), así como Australia, China, Japón, Nueva Zelanda y Corea del Sur, crearon la Asociación Económica Integral Regional (RCEP, siglas inglesas de la Comprehensive Economic Partnership). Con este acuerdo, en los próximos veinte años debían desaparecer el 90 % de todos los aranceles. En los quince países recaía alrededor del 30 % de la economía, el comercio y la población mundial. El acuerdo entró en vigor el 1 de enero de 2022.

Me inquietó que nosotros, los Estados de la UE, nos perjudicáramos a nosotros mismos con incesantes exigencias a nuestros socios y, en consecuencia, quedáramos atrás respecto a otras regiones del mundo.

EL ACUERDO DE PARÍS

En ningún ámbito es tan importante la colaboración mundial como en la lucha contra el calentamiento global. Hagamos memoria: el Acuerdo de Tokio se adoptó como protocolo adicional a la Convención Marco sobre el Cambio Climático del 11 de diciembre de 1997, y en un primer período preveía para los países industrializados y en un marco temporal entre 2008 y 2012 reducciones promedio jurídicamente vinculantes de las emisiones de CO₂ de un 5,2 %

respecto a 1990. La UE se había comprometido a una reducción del 8 %, y Alemania a un 21 %.

Estados Unidos había vuelto a rescindir su participación en el Protocolo de Kioto de 2001. Los acuerdos sobre compromisos para un segundo período que abarcaría de 2013 a 2020 se iniciaron en 2007, y finalizaron tras cinco años en 2012. Las partes se pusieron de acuerdo en unas reducciones promedio de un 18 % respecto a 1990. La UE convino un 20 % y Alemania un 40

%. Rusia, Japón y Nueva Zelanda salieron del protocolo, Canadá ya había dado el paso en 2011.

Los países que quedaban, los 27 miembros de la UE, Australia y otros nueve países ya solo eran

responsables del 15 % de las emisiones de CO₂ mundiales. El enfoque de limitar la emisión de CO₂ en todo el mundo mediante objetivos de reducción jurídicamente vinculantes había fracasado de manera ostensible para todo el mundo. Al mismo tiempo, los informes publicados entre 2001 y 2007 del grupo de expertos sobre el cambio climático indicaban que era apremiante una acción conjunta de todos los Estados.

En realidad, las negociaciones en torno a los compromisos del Protocolo de Kioto para el período 2013-2020 tendrían que haber concluido tres años antes en la Conferencia sobre el Cambio Climático de diciembre de 2009 que se celebró en Copenhague. Igual que muchos de mis colegas de la UE, así como Dmitri

Medvédev, Manmohan Singh y el presidente chino Wen Jiabao, participé en la conferencia los dos últimos días, el 17 y 18 de diciembre. Barack Obama se sumó a nosotros el último día. Tras mi llegada al centro de congresos, Norbert Röttgen, recién nombrado ministro de Medio Ambiente del gobierno CDU/CSU/FDP, me notificó que había habido muchas discusiones entre los participantes, así como pocas perspectivas de alcanzar un acuerdo. Todos esperaban que los jefes de Estado y de gobierno movieran pieza. Negociamos durante más de treinta horas aprovechando cada oportunidad de diálogo, incluso durante la cena ofrecida por la reina Margarita II de Dinamarca. Tan solo dormimos tres horas.

En 2006, China había superado a Estados Unidos en emisiones de CO₂. El principio del Protocolo de Kioto por el que solo los países industrializados debían asumir los objetivos de reducción jurídicamente vinculantes no tenía en cuenta el dinámico desarrollo económico de los países emergentes. Naturalmente, estos últimos rechazaron categóricamente los objetivos de reducción jurídicamente vinculantes. El primer ministro indio, Manmohan Singh, hizo referencia a una resolución del Parlamento indio en que la mayoría de los diputados había votado contra estos objetivos. La razón era que India no podía renunciar a su propio desarrollo. Al igual que yo, Barack Obama consideraba los peligros que emanaban del calentamiento global una de las mayores amenazas a que se enfrentaba la humanidad, si no la mayor. Por eso pugnamos por lograr un acuerdo en la conferencia. En el transcurso de las negociaciones entre la UE y Estados Unidos me decepcionó reconocer que incluso la administración Obama no quería asumir los objetivos jurídicamente vinculantes. Más grave fue que ninguno de nosotros, tampoco Barack Obama, logró convencer a los países emergentes de que en el futuro ellos también tendrían que asumir más compromisos. Al contrario, estos apuntaron que el 80 % de las emisiones globales hasta el momento habían sido originadas por países industrializados, y exigieron ayuda financiera para que los países en vías de desarrollo pudieran mitigar las consecuencias del cambio climático y ejecutar su transición hacia nuevas tecnologías.

Se habló de 100.000 millones de dólares al año. Lo único que nos unía a todos era saber que debía evitarse un aumento de temperatura de más de 2 °C respecto a la época preindustrial. Incluso los países emergentes sabían que para el año 2050 era necesario haber reducido un 50 % las emisiones mundiales. Pero como no querían admitir que la reducción no podría alcanzarse sin su aportación, rechazaron un compromiso con este objetivo. No lográbamos avanzar.

Obama tenía que marchar por la tarde. Los europeos teníamos que decidir antes si rechazábamos todo acuerdo de la conferencia puesto que no podíamos pactar ningún objetivo de reducción para los países industrializados y emergentes, o bien aceptar un acuerdo «pájaro en mano» verdaderamente minúsculo, ya que lograr «los ciento volando» era un objetivo inalcanzable. Con el corazón encogido, Sarkozy y yo accedimos a la propuesta de Obama de pedir al secretariado de la conferencia que desarrollara una declaración conjunta a partir de los pocos puntos en los que había habido unanimidad. Este sería el Acuerdo de Copenhague. Los demás europeos se sumaron a nosotros. El secretariado presentó un documento que contenía el

objetivo del umbral de 2 °C y que conminaba a los países industrializados a comunicar al secretariado de la convención sus metas voluntarias de reducción nacionales hasta 2020. A partir de 2020, los países en desarrollo recibirían una dotación anual de 100.000 millones de dólares para combatir las consecuencias del cambio climático. Con vistas a alcanzar el objetivo del umbral de 2 °C, los resultados de este acuerdo debían evaluarse de nuevo en 2015. Debido a la falta de tiempo, la conferencia no adoptó formalmente el documento, como en el caso del Mandato de Berlín de 1995, sino que únicamente tomó nota de él.

En una conversación con un periódico valoré los resultados mejor de lo que sentía por dentro, dije: «Copenhague es un primer paso hacia un nuevo orden climático. No más, pero tampoco menos». Pensaba

que tras el fiasco de Kioto, aún había una posibilidad de superar el punto muerto si hasta 2015 se lograba convencer a todos los países industrializados y emergentes para que propusieran contribuciones nacionales voluntarias que sirvieran para alcanzar el objetivo del umbral de 2 °C.

Seis años después, del 30 de noviembre al 12 de diciembre de 2015, tuvo lugar en París y bajo presidencia francesa la Conferencia sobre el Cambio Climático COP21. Por primera vez, 170

países —industrializados, emergentes y en vías de desarrollo— habían declarado contribuciones para alcanzar el objetivo de los 2 °C, y suponía el 95 % de las emisiones de CO₂ mundiales. En mi discurso indiqué que esto era una buena noticia, pero añadí la mala: las contribuciones no eran suficientes para lograr la meta del umbral de 2 °C. En París debíamos también enviar una señal creíble de cómo alcanzar el objetivo en los próximos años. Dejé claro que en el transcurso del siglo XXI sería necesaria una descarbonización considerable de nuestras economías. Me comprometí para Alemania a una reducción para 2020 de un 40 % de las emisiones de CO₂, y añadí que para 2050 queríamos alcanzar una reducción de entre el 80 y 95 %.

Fue un gran éxito que los países emergentes estuvieran por fin listos para fijar sus objetivos nacionales. Esto fue gracias a la meticulosa preparación de la conferencia por parte de los anfitriones franceses y a la larga y tenaz cooperación entre Estados Unidos y China, pero también al Diálogo sobre el Clima de Petersberg, un acontecimiento anual organizado por el Ministerio de Medio Ambiente. Todas las primaveras se invitaba a 35 de los países más importantes en el ámbito de las negociaciones sobre el clima para preparar las conferencias que se celebraban a final de año en torno al cambio climático. Participé como canciller en cada una de estas reuniones y de este modo subrayé ante los participantes lo importante que era este asunto para Alemania.

El 12 de diciembre de 2015, la COP21 adoptó, bajo el liderazgo del ministro de Exteriores Laurent Fabius, el Acuerdo de París. Ahora, el objetivo global era «mantener el aumento de la temperatura media de la Tierra claramente por debajo de 2 °C respecto a los niveles preindustriales y hacer todos los esfuerzos posibles por limitar el aumento de temperatura a 1,5

°C respecto a los niveles preindustriales». Las distintas partes acordaron estipular contribuciones para la reducción de emisiones y renovarlas cada cinco años. Las contribuciones serían anotadas en un registro oficial. Los países industriales se comprometieron a reducir a cero las emisiones de gases de efecto invernadero netas mundiales para finales de este siglo. El Acuerdo de París fue el primer acuerdo global sobre el clima exhaustivo y jurídicamente vinculante, y además con objetivos de reducción voluntarios para los distintos países. El Acuerdo entró en vigor el 4 de noviembre de 2016. En otoño de 2021, poco antes del fin de mi mandato, lo habían ratificado 191 de los 197 Estados firmantes. Sin embargo, con los objetivos nacionales de reducción que se presentaron no ha sido posible, hasta la fecha, alcanzar el objetivo del umbral de 2 °C, y mucho

menos el de 1,5 °C.

COLABORACIÓN CON ÁFRICA

En septiembre de 2000 tuvo lugar en Nueva York la llamada Cumbre del Milenio, un encuentro de jefes de Estado y de gobierno de los entonces 189 Estados miembros de las Naciones Unidas.

Poco después, estos países se marcaron unos objetivos de desarrollo para el nuevo milenio que debían cumplirse para el año 2015. Así, debía reducirse a la mitad la parte de la población que vivía en extrema pobreza y padecía hambre. El G8 había decidido ayudar a los países africanos a materializar estos objetivos. Desde el año 2000 se había invitado con regularidad a las reuniones del G8 a algunos jefes de gobierno africanos y, desde 2005, también al presidente de la Unión Africana, la federación de 55 Estados africanos. Se hizo igual en junio de 2007, en Heiligendamm. El G8 adoptó un plan de acción para África, concertó con los países más pobres un programa de alivio de la deuda y dio soporte a la alianza para la vacunación Gavi, así como el Fondo Mundial de lucha contra el sida, la tuberculosis y la malaria.

En 2015, ocho años después, se había reducido efectivamente a la mitad la proporción de personas que padecían hambre y pobreza extrema, pero no en los países africanos situados por debajo del Sahara. Entre 1990 y 2015, el porcentaje de los que allí vivían en extrema pobreza había caído solamente un 28 %, el de personas desnutridas pasó del 33 al 23 %, sin embargo, a consecuencia del enorme crecimiento demográfico, había 44 millones de personas desnutridas más.

No obstante, en estos países también se dieron avances, no solo en la lucha contra la pobreza, sino también en el ámbito de la educación, la igualdad de género, la disminución de la mortandad infantil, la mejora de la salud de las madres y la lucha contra el sida, la malaria y otras enfermedades. El apoyo del G8 ayudó.

El 25 de septiembre de 2015 participé en la Cumbre de las Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible, que con la adopción de la Agenda 2030 marcó la siguiente etapa tras los objetivos de desarrollo para el nuevo milenio. Los 193 Estados miembros se pusieron de acuerdo en diecisiete objetivos de sostenibilidad que debían cumplirse globalmente para 2030. Así, en quince años nadie más tendría que vivir en extrema pobreza ni pasar hambre.

Muchos de los objetivos me parecieron abstractos. El tercero, por ejemplo, que trataba el tema de la salud, decía así: «Garantizar una vida saludable para todas las personas de todas las edades, y promover su bienestar». Pero de repente, con la epidemia de ébola que asolaba África occidental desde 2014, este objetivo se volvió actual y concreto. Poco después del inicio del brote, hablé brevemente con el presidente del Banco Mundial Jim Yong Kim, médico de profesión, sobre la gripe española, que casi cien años atrás había causado la muerte de entre veinte y cincuenta millones de personas. Puesto que ahora nuestro mundo estaba más conectado que entonces, nos preocupaba que el virus del Ébola se propagara descontroladamente y evolucionara hacia una pandemia.

A principios de 2015 designé a Walter Lindner, embajador muy apreciado en los países africanos, enviado especial para las medidas del gobierno federal en la lucha contra la propagación del virus del Ébola. Él me recomendó apoyar a los Estados africanos en la mejora de la calidad de sus sistemas sanitarios. Esto también contribuiría a proteger de la enfermedad a la población alemana.

Durante la presidencia alemana del G7, en la reunión de Elmau los jefes de Estado y de gobierno de los países miembros acordaron pactar en los cinco años siguientes asociaciones de

salud con al menos sesenta países. Entre estos debían contarse los Estados de África occidental.

Junto con el presidente de Ghana, John Dramani Mahama, y la presidenta de Noruega, Erna Solberg, le pedí al secretario general Ban Ki-moon que se cambiaran las estructuras de la ONU

para que reaccionaran mejor a los brotes de epidemias y así poder evitar la aparición de pandemias. Aprovechamos la cumbre de la sostenibilidad para mostrar en una de nuestras reuniones cómo se puede hacer realidad el objetivo sanitario cuando estalla una epidemia: en todas partes del mundo es necesario establecer sistemas de salud logísticamente cualificados para recopilar información sobre los brotes de la enfermedad y comunicarla a la Organización Mundial de la Salud (OMS). Había que crear en la OMS estructuras que pudieran poner este conocimiento a disposición de todo el mundo, y tenían que establecerse competencias y procedimientos para una reacción rápida de la comunidad mundial en los países afectados por los brotes de la enfermedad. Y hablé de los cascos blancos al estilo de los cascos azules de la ONU.

Hasta el final de mi mandato, la política sanitaria internacional y la consolidación de la OMS fue uno de los focos importantes de mi trabajo con los ministros de Sanidad Hermann Gröhe y Jens Spahn. Entonces no pensábamos en lo importante que sería pocos años después.

Como siempre, todo giraba en torno a lo que significaba vivir en un mundo interconectado, y era en especial cierto cuando uno dirigía la vista a África. La lucha contra el ébola me enseñó, además, tanto como la huida a través del Mediterráneo de tantas personas, que no se trata de unos, por un lado, los europeos, y otros, al otro lado del mar, los africanos, sino que los países de ambos continentes, África y Europa, están unidos por el destino. Una vida con estabilidad y bienestar en Europa solo será posible a largo plazo si, al mismo tiempo, también África tiene estabilidad y bienestar. El aislamiento, apartar la mirada, la represión darán como resultado, en el mejor de los casos, soluciones aparentes, pero no ayudarán en nada. África y Europa deben ser prósperas juntas. Por válidos que fueran los

objetivos de desarrollo de la Agenda 2030, yo temía que con los métodos convencionales de la cooperación al desarrollo lograríamos tan poco como con los objetivos de desarrollo para el nuevo milenio. En los países africanos tenía que darse más bien un impulso económico autosostenido. En 2017, durante la presidencia alemana del G20, quise incidir en ello. Hallé a mis aliados en el ministro de Finanzas Wolfgang Schäuble y en el ministro de Desarrollo Gerd Müller. Estábamos de acuerdo en que no teníamos que hacer algo por los países africanos, sino con ellos. En 2013, los Estados miembros de la Unión Africana habían adoptado una visión común para su futuro: la «Agenda 2063: el África que queremos». El África que querían los africanos se convirtió en el punto de partida de mis reflexiones. Un impulso económico autosostenido únicamente podía suceder allí donde los inversores privados estuvieran respaldados por buenos líderes en el gobierno. Por ello quise fomentar las inversiones privadas, sobre todo en países en los que el liderazgo había mejorado. Cada uno de ellos debía establecer las reformas y su naturaleza. Sobre esta base, el FMI, el Banco Mundial y el Banco Africano de Desarrollo acordaron con los países africanos los llamados convenios, mediante los cuales las condiciones para las inversiones privadas mejorarían, por ejemplo, a través de garantías de financieros privados o intereses más bajos a los créditos privados. La iniciativa se llamó «Compact with Africa» ('Pacto con África'). La participación estaba abierta a todos los países africanos.

El 12 de junio de 2017 tuvo lugar en Berlín, organizada por el Ministerio de Finanzas, una primera conferencia de la asociación entre África y el G20. Se habían unido a nuestra iniciativa Costa de Marfil, Marruecos, Ruanda, Senegal y Túnez, mientras que Ghana y Etiopía lo hicieron durante la conferencia. En mi discurso expliqué públicamente y en presencia de los jefes de

Estado y de gobierno africanos la filosofía de la conferencia. Los Estados industrializados tenían que reflexionar si con la ayuda tradicional al desarrollo habían tomado el camino correcto.

—Opino que no siempre lo hemos hecho —dije—. Debemos centrarnos más en el desarrollo económico propio de cada país.

En la conferencia también participaron empresas alemanas. En 2016, las exportaciones alemanas a los 55 Estados africanos representaron un 2 % del total de las exportaciones. Las importaciones ascendieron a un 1,7 %. Las inversiones directas también se situaron en niveles muy bajos.

Históricamente, la cooperación con países africanos en Alemania ha estado a cargo de la Afrika-Verein der deutschen Wirtschaft (AV, Asociación Africana de la Economía Alemana), fundada en 1934 como Afrika-Verein HamburgBremen (Asociación Africana Hamburgo-Bremen). En 2014, la Bundesverband der Deutschen Industrie (Asociación Federal de la Industria Alemana) formuló por primera vez una estrategia global para África bajo el título

«Estrategia para Subsáhara-África: África, continente de las oportunidades». La cooperación económica se concentraba en Sudáfrica y países norteafricanos como Egipto, Argelia, Marruecos y Túnez, así como Nigeria por sus reservas de petróleo. No fue sencillo convencer a los directivos de grandes empresas alemanas para que me acompañaran en mis viajes a países africanos. La mayoría veía pocas oportunidades en aquellos mercados.

Por el contrario, China había invertido sumas mucho más espectaculares que nosotros. Una vez, el presidente senegalés Abdoulaye Wade me susurró:

—Cuando necesito algo urgentemente, un estadio o un nuevo puente, me dirijo a China. En uno o dos años obtengo lo que quiero. Si puedo permitirme esperar más tiempo, entonces también se lo pido a Europa. Pero entonces siempre debo contar con que las licitaciones requerirán plazos más largos y que algunos proyectos nunca llegarán a hacerse realidad.

Y añadió:

—China siempre se hace cargo de la financiación. Cuando os preguntamos a vosotros, siempre hemos de solucionarla nosotros.

En aquel momento me fui de allí preocupada.

Más tarde se demostró que en parte Abdoulaye Wade tenía razón, pero a la vez la cara oculta de la ayuda china no permaneció escondida durante mucho tiempo. Los países africanos se habían adentrado en un mundo de dependencia de China cuyas consecuencias aflorarían mucho más tarde. Tampoco aquí fueron las relaciones con los países africanos las que contribuyeron a un impulso autosostenido de la economía local, sino que los acuerdos fueron diseñados para beneficiar unilateralmente a China. Había motivos para que el G20 estableciera una asociación nueva y justa con África. Lo conseguiría en la cumbre del G20 de Hamburgo.

Cuatro años más tarde, en 2021, doce países habían firmado convenios: Egipto, Etiopía, Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Ghana, Guinea, Marruecos, Ruanda, Senegal, Togo y Túnez. También en los años posteriores a la presidencia alemana del G20, me reuní anualmente en Berlín con los países del Pacto y el FMI, el Banco Mundial y el Banco Africano de Desarrollo. Las inversiones extranjeras, también las alemanas, aumentaron, si bien no tan rápidamente como muchos países africanos y yo habíamos esperado. Yo solo había dado el primer paso. Era necesario dar más. Para conocer mejor la diversidad de los países africanos, a partir de 2016 visité anualmente algunos de ellos. Lamenté mucho que tras el brote de la pandemia de coronavirus en marzo de 2020 no pudiera viajar durante varios meses.

LAS POTENCIAS INDIA Y CHINA

De los 5.000 millones de habitantes en los diecinueve Estados miembros del G20, más de la mitad eran ciudadanos de dos países: China tenía 1.390 millones e India 1.350 millones de habitantes. En

los diez años transcurridos desde el encuentro en Heiligendamm, en 2007, el PIB

per cápita de China se había casi triplicado, y el indio casi doblado. En comparación, en el mismo período el PIB estadounidense había crecido solo un 25 %, aunque seguía superando casi siete veces al de China y más de treinta veces al de India.

Desde hacía mucho tiempo estaba convencida de que los éxitos económicos de China e India desplazarían en su dirección el equilibrio de poderes mundial. Por ello quería establecer relaciones más estrechas con ambos países. En 2010 propuse al presidente Hu y al primer ministro Singh celebrar periódicamente consultas intergubernamentales bilaterales. Ambos accedieron. Las primeras consultas intergubernamentales indoalemanas tuvieron lugar a principios de junio de 2011 en Nueva Delhi, y las primeras sinoalemanas a finales de junio de 2011 en Berlín. A estas les siguieron otras cinco con China y cuatro con India.

India es la democracia con mayor población del mundo. Las primeras consultas intergubernamentales indoalemanas de 2011 y 2013 las presidió por el lado indio el primer ministro Manmohan Singh. Conocí a Singh en abril de 2006, cuando los dos inauguramos la Feria de Hannover en la que el país invitado era India. Nació en 1932, después de estudiar economía política en Cambridge y Oxford, entre otras universidades, trabajó para la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, siglas inglesas de la United Nations Conference on Trade and Development), y en 2004 fue elegido primer ministro.

Pertenecía al Partido del Congreso y era miembro de la comunidad sij, así que por primera vez India tuvo un primer ministro no hindú. Sobre todo quería mejorar las condiciones de vida de dos tercios de los 1.200 millones de indios que vivían en las áreas rurales. Se trataba de 800 millones de personas, diez veces el número de habitantes de Alemania. En mis conversaciones con él aprendí a

entender mejor las reservas que tenían los países emergentes respecto a nosotros, las naciones ricas. Desde su punto de vista, nosotros esperábamos de ellos que mostraran mucho interés por nuestros problemas, pero no estábamos dispuestos a prestarles la misma atención a ellos. Me pareció que tenía razón y empecé a ocuparme más de los retos de los países emergentes. Singh me explicó la diversidad cultural de su país, un subcontinente con unos cinco mil años de historia. La Constitución de India reconoce 22 lenguas oficiales. La unidad del país nace de su diversidad. En este sentido, India es más comparable a la UE en su conjunto que a uno de sus Estados miembros.

En mayo de 2014, Narendra Modi sucedió a Singh. Militaba en el partido nacionalista hindú Bharatiya Janata y prefería hablar hindi que es, junto con el inglés, lengua oficial de India. Nos reunimos por primera vez en abril de 2015, también en la inauguración de la Feria de Hannover, en la que por segunda vez India era el país invitado. Bajo el lema «Make in India», 400 empresas expusieron sus productos. En el acto de inauguración, Modi promovió insistentemente India como centro de inversiones, y de manera excepcional habló en inglés e impresionó a los asistentes con un *ä* cultural que contenía elementos de realidad aumentada. Contuve la respiración cuando, en medio de grandes rugidos, un león asiático de aspecto engañosamente realista apareció tras una pared, corrió por el escenario hacia el público sentado en primera fila y se paseó por el pasillo central del Centro de Congresos de Hannover. A Modi le encantaban los efectos ópticos. Me habló de campañas electorales en las que había pronunciado sus discursos en un estudio y se había proyectado en más de cincuenta lugares distintos, desde donde le escucharon miles de personas. Le pregunté cómo habían reaccionado los oyentes ante una

aparición virtual semejante. Respondió que a pesar de saber que no se encontraba allí donde estaban ellos, muchas personas le esperaron al final de su discurso y que quisieron darle la mano.

A Modi también le interesó mejorar la situación de los indios, en especial de la población rural. Estimuló el crecimiento económico sobre todo combatiendo los innumerables obstáculos burocráticos que acechaban por doquier. Designó a un empleado de su despacho persona de contacto para las empresas cuando estas tenían problemas con sus proyectos. De este modo surgió la llamada vía rápida para las inversiones. Durante muchos años, la economía de India creció entre un 6 y un 7 %.

En octubre de 2015 tuvieron lugar en Nueva Delhi las terceras consultas intergubernamentales indoalemanas. Como Modi se había enterado de que a mí me gustaba la música clásica, organizó para todos los participantes un concierto que tuvo lugar después del almuerzo. Mandó componer una pieza musical para la ocasión. La interpretó por primera vez una orquesta que tocó instrumentos europeos e indios, muestra de nuestra conexión cultural. Estos momentos en mis visitas oficiales me encantaban, pues no solo me permitían entender mejor a mis interlocutores y sus convicciones, sino que me abrían nuevos mundos culturales. Además, surgía de ellos una atmósfera de confianza que favorecía la búsqueda de compromisos políticos.

El segundo día de mi estancia, visitamos juntos en Bangalore un foro económico indoalemán

—170 empresas alemanas se habían establecido allí— y también un centro de innovación de la empresa Bosch, donde nos reunimos con los aprendices indios. Bajo el lema «Skill India», Modi se estaba esforzando en proporcionar mejores oportunidades a jóvenes indios a través de la formación, por eso estaba interesado en cooperar con nosotros.

A lo largo de nuestras reuniones hablamos con regularidad sobre protección climática. Me echó en cara a mí y a los países industriales en su conjunto ocultar que hasta la fecha, India había contribuido

muy poco al calentamiento global y que tenía una gran necesidad de desarrollo.

Acepté ambos argumentos, pero apunté que en la actualidad la contribución de India al calentamiento global ya no se podía despreciar. Si bien en 2017 las emisiones per cápita de CO₂

de India ascendían a 1,8 toneladas, cifra claramente inferior a la de China, 7,1 toneladas, o a las de Estados Unidos, 15,8 toneladas, entretanto, con más del 7 % de las emisiones mundiales de CO₂, se ha situado en tercer lugar tras las dos potencias. Por lo tanto, el camino a la neutralidad climática de India es decisivo. Pactamos colaborar estrechamente en la expansión de las energías renovables, sobre todo la energía solar. Cuatro años más tarde, en noviembre de 2021, durante la Cumbre del Clima celebrada en Glasgow, Modi anunció que India quería ser climáticamente neutral para 2070. Para 2030, la mitad de la electricidad debía proceder de energías renovables.

La víspera de las cuartas consultas intergubernamentales indoalemanas, a finales de mayo de 2017, pocas semanas antes de la Cumbre del G20 de Hamburgo, hablé extensamente con Modi sobre el acuerdo de libre comercio entre la UE e India en la casa de invitados que el gobierno federal tiene en el palacio de Meseberg. Las negociaciones habían empezado en 2007 y en 2013

quedaron en un punto muerto. Durante mi mandato no conseguiría reanudarlas, aquí tampoco pudieron superarse las diferencias de opinión en el ámbito de la agricultura.

Seguí con preocupación las noticias de que desde la asunción de Modi al cargo, más miembros de otras religiones, sobre todo musulmanes y cristianos, eran atacados por nacionalistas hindús. Cuando le hablé del tema a Modi, lo negó vehementemente y recalcó que India era un país de tolerancia religiosa y que siempre lo sería. Por desgracia, los hechos indicaban otra cosa. En este punto

no nos pudimos poner de acuerdo. La preocupación no desapareció. Y es que la libertad de culto es parte esencial de toda democracia.

Cuando asumí el cargo en 2005, China no solo era el país más poblado del mundo, sino que desde su acceso a la OMC en 2001 su crecimiento económico se había acelerado a pasos agigantados. Continué la tradición de Gerhard Schröder, mi predecesor, e intenté viajar a China al menos una vez al año acompañada por una delegación comercial. La parte que representaba China en el volumen total del comercio exterior alemán ascendía a un 4,8 %. Al final de mi mandato sería de un 9,5 %. Y para complementar las conversaciones políticas en Pekín, visitaba cada vez una ciudad. De este modo me hice, al menos, una idea de la historia y riqueza cultural del país. Para mí fue inolvidable la estancia, en julio de 2010, en Xí'an, que fue durante más de mil años la capital de China. Visité con el presidente Wen Jiabao los guerreros del mausoleo del emperador Qin Shi Huang, cuya construcción se inició en 246 a. C. Habían excavado miles de figuras de terracota, réplicas detalladísimas de tamaño mayor al natural de soldados del ejército imperial con sus armaduras. Cada figura era distinta de las demás. Admiré la instalación, nunca antes había visto nada parecido.

En mis visitas a las ciudades pude ver con mis propios ojos lo que se lograba con una renta per cápita triplicada en el plazo de diez años. La velocidad a la que crecían estas ciudades era vertiginosa. Cuando en octubre de 2015 visité con el primer ministro Li Keqiang, que había accedido al cargo en marzo de 2013, su ciudad natal Hefei, me puse a contar los edificios en construcción de más de treinta plantas. Dejé de contar cuando pasé de los 120. También saltaban a la vista los problemas medioambientales vinculados al desarrollo económico. El esmog en Pekín era solo un ejemplo. A pesar de todo, me impresionó lo que se había logrado en China en un plazo tan corto. Que entre 1990 y 2015 el hambre y la pobreza en el mundo hubieran sido reducidas a la mitad también era mérito de China: en 1990, un 61 % de la población del país había vivido en extrema pobreza; en 2015 era solo el 4 %.

Desde marzo de 2013, Xi Jinping era presidente de la República Popular de China. Ya habíamos tenido encuentros en su etapa como vicepresidente. En julio de 2010, en la Escuela del Partido del Comité Central del Partido Comunista de China, de la cual Jinping era rector, pronuncié un discurso ante sus estudiantes y respondí a sus preguntas. Sabían que había crecido en la RDA y que consideraba la unificación una gran suerte, por eso deduje a partir de sus preguntas que entendían mis observaciones críticas sobre la situación de los derechos humanos y de la protección de la propiedad intelectual en China como que en realidad no quería conocer el país, sino únicamente considerarlo una gran RDA. No sabría decir si les convencieron mis afirmaciones de que mis apreciaciones sobre el país eran independientes de mi experiencia en la RDA. En cualquier caso, mis conocimientos marxistas-leninistas me permitieron formular preguntas precisas a Xi sobre el sistema político y el papel del Partido Comunista de China. A través de sus respuestas, Xi me ofreció una mirada a su manera de pensar. Así pude imaginar mejor su interpretación del artículo 1, capítulo 1, de la Constitución de China, que dice: «La República Popular China es un Estado socialista bajo la dictadura democrática del pueblo, dirigido por la clase obrera y basado en la alianza obrero-campesina». Después de todo, trataba de la cuestión en torno a qué derechos tiene el individuo en una sociedad y en quién puede recortarlos en nombre del bien común. Para mí, en una sociedad no había un grupo específico que conociera y decidiera el mejor camino para los demás. Esto conduce a la falta de libertad del individuo, y en esta convicción yacía la profunda diferencia entre Xi y yo. En lo que se refiere a los derechos humanos, nuestras opiniones no podían ser más divergentes. En mis visitas a la embajada alemana de Pekín me reunía con regularidad con opositores chinos que se arriesgaban a sufrir peligros considerables solo por hablar conmigo. Podía ayudar a los individuos, pero no

podía cambiar la represión sistemática de los disidentes en China.

Mi cooperación con el país fue un ejemplo de *Realpolitik* basada en admitir nuestras diferencias de opinión y no esconderlas, en respetar nuestros sistemas políticos respectivos y en derivar de nuestros intereses comunes la cooperación en algunos ámbitos. Hubo intereses alemanes palpables, la cooperación económica aseguró puestos de trabajo en Alemania, y también otros Estados miembros de la UE tuvieron interés en que hubiera unas condiciones fiables para la inversión en China. Por ello en 2014 empezaron las negociaciones para celebrar el Acuerdo Integral de Inversiones (CAI, siglas inglesas del Comprehensive Agreement on Investment). En diciembre de 2020, al final de la presidencia alemana de la UE, la Comisión Europea con apoyo del Parlamento Europeo pactó los puntos clave del acuerdo. La ratificación del acuerdo fue suspendida después de que en marzo de 2021 los ministros de Exteriores de la UE sancionaran a China por la represión de la minoría étnica de los uigures y China reaccionara con, entre otras cosas, medidas contra los miembros de los parlamentos europeos. Sigo convencida de que el acuerdo significaría un marco de condiciones para las inversiones mucho más fiable que la situación actual.

A Alemania también le interesaba trabajar junto a China en un marco regulador global común, válido en especial en el ámbito de la protección climática. El desarrollo económico de China tenía un precio: las emisiones de CO2 del país habían crecido con rapidez, y en 2017 había duplicado las de Estados Unidos. Al final de mi mandato, la cuota de China en las emisiones mundiales de CO2 ascendía casi al 31 %, por detrás, la de Estados Unidos, a un 13,5 %, y Alemania, a un 1,8 %. En 2020, Xi Jinping explicó en la Asamblea General de las Naciones Unidas que para 2060 China sería neutra en emisiones de CO2 y que antes de 2030 alcanzaría el máximo de sus emisiones. Que China alcance estos objetivos o incluso que los supere no solo le interesa a Alemania, sino al mundo entero.

Tras la toma de posesión de Xi, el poder se concentró cada vez más en su persona. Si anteriormente en lo esencial había mantenido las

conversaciones amables con su predecesor, Hu, y las cuestiones bilaterales importantes con el presidente Wen Jiabao, en el caso de Xi discutía casi todos los problemas con él. Él fue quien reposicionó a China. En nuestros encuentros habló con frecuencia de la historia de la humanidad en los últimos dos mil años, y destacaba que durante dieciocho de estos veinte siglos, China fue el centro económico y cultural del mundo.

Solo retrocedió a principios del siglo XIX. Cuando oí esto, le pedí a mi asesor económico y de política de finanzas, Lars-Hendrik Röller, que comprobara estas afirmaciones contrastándolas con los datos económicos disponibles. Confirmó la versión de Xi. Según su interpretación, China debía volver a su normalidad histórica. Llamó a este regreso el «sueño chino», préstamo evidente del «American Dream». Si refiriéndose a la política exterior del país Deng Xiaoping, fundador de la política de reforma y apertura de China a finales de la década de 1970, había pronunciado la máxima «Esconde tus puntos fuertes y espera a que llegue el momento», parecía que para Xi había llegado el momento de mostrar los puntos fuertes.

Justo después de su toma de posesión en 2013, China inauguró la iniciativa de la Nueva Ruta de la Seda, también conocida como «Iniciativa de la Franja y la Ruta», a la que entretanto se han adherido más de cien países y con la que se hacen realidad proyectos de infraestructura. La financiación se efectuó sobre todo a través de uno de los bancos de desarrollo recién fundados.

El gobierno chino interpretó la iniciativa de la Ruta de la Seda como un reconocimiento del multilateralismo. Por un lado, estos proyectos podían, en efecto, servir a un mundo interconectado. Sin embargo, por el otro, la realidad demostró que debido a los costes asociados

de las inversiones, los países involucrados, en particular los de Asia y África, se vieron a menudo financieramente dependientes de China. Esta dependencia redujo su capacidad de acción autónoma.

Con la llamada «línea de los nueve puntos», China delimitó sus reivindicaciones territoriales en el mar de la China Meridional. La línea de los nueve puntos se remite a una carta náutica en la que el entonces gobierno nacional chino dejaba claras sus reivindicaciones territoriales cuando tuvo lugar la reorganización de la región después del final de la Segunda Guerra Mundial. Todos los Estados vecinos del mar de la China Meridional rechazaron estas reivindicaciones. China se negó a la búsqueda de un compromiso con Filipinas, Malasia, Brunéi, Taiwán, Indonesia y Vietnam. En 2013, Filipinas pidió una solución al conflicto en la Corte Permanente de Arbitraje en La Haya. En julio de 2016, el tribunal dictaminó que la «línea de los nueve puntos» no justificaba las reivindicaciones territoriales chinas. China no reconoció el fallo. En este caso, el reconocimiento del multilateralismo con el que solían llenarse la boca los políticos chinos demostró ser un ejemplo concreto de sus palabras huecas.

DONALD TRUMP

El 20 de enero de 2017, Donald Trump se convirtió en presidente de los Estados Unidos de América. Seguí con interés su campaña y la de Hillary Clinton, me hubiera alegrado que ganara ella. No sucedió. Con sus lemas electorales «America First» y «Make America Great Again», Donald Trump no solo había sentado una pauta nacionalista, sino que había criticado repetidas veces a Alemania, y a mí personalmente. Afirmaba que en 2015 y 2016 había arruinado Alemania con la acogida de los muchos refugiados. También nos recriminaba que dedicáramos poco dinero a defensa, y nos acusaba de prácticas comerciales desleales debido a nuestro superávit comercial. Hacía años que sentía como una ofensa la presencia de los coches alemanes que circulaban por las calles de Nueva York. Según su opinión, que los estadounidenses los compraran solo podía deberse a ventas a pérdida y a presuntas manipulaciones de los tipos de cambio entre el euro y el dólar. Repetía una y otra vez que había que subir los aranceles de los automóviles alemanes para hacerlos poco atractivos. A mí me parecía asombroso que una canciller alemana tuviera ocupado a un candidato a la presidencia de

Estados Unidos. Según el lema «Muchos enemigos, mucha honra», debiera haberme sentido satisfecha con mi papel. Pero en este caso el humor negro no ayudó, y mi obligación era hacer todo lo posible por mantener una relación satisfactoria entre los dos países sin reaccionar a las provocaciones. En una declaración en la Cancillería, no solo felicité a Donald Trump por su victoria el 9 de noviembre de 2016, sino que además hice hincapié en que ambos países estaban unidos por valores comunes como la democracia, la libertad, el respeto a la ley y la dignidad humana, independientemente de la procedencia, color de piel, religión, sexo, orientación sexual u opinión política. Me ofrecí a colaborar estrechamente con él «sobre la base de estos valores». Cuatro meses después, el 17 de marzo de 2017, me reuní con él en Washington. Por el gran interés que despertaba en Alemania y, en parte, también en Estados Unidos, preparé la visita meticulosamente.

Cuando llegué a la Casa Blanca, Donald Trump me saludó en la puerta dándome un apretón de manos en presencia de la prensa. Antes de la reunión a puerta cerrada en el Despacho Oval, volvimos a presentarnos ante los medios. Cuando los periodistas y fotógrafos pidieron otro apretón de manos, él los ignoró. Le susurré que en lugar de soportar la escena estoicamente, deberíamos darnos la mano otra vez, ya que durante la visita del primer ministro japonés Shinzō

Abe le había sostenido la mano durante diecinueve segundos sin que Abe pudiera resistirse.

Apenas había pronunciado estas palabras, quise morderme la lengua. Cómo olvidar que Trump sabía perfectamente el efecto que quería lograr. En consecuencia, no aceptó mi discreta alusión.

Mediante su conducta quería dar que hablar, mientras que yo había actuado como si me encontrara en presencia de un interlocutor que se condujera con normalidad.

Durante la conversación en privado nos tanteamos lentamente. Le hablé principalmente en inglés. La intérprete Dorothee Kaltenbach estaba presente y tradujo algunos pasajes complicados.

Donald Trump me hizo una serie de preguntas, también sobre mis orígenes en la Alemania oriental y mi relación con Putin. Aparentemente, el presidente ruso le fascinaba. En los años siguientes tuve la impresión de que le seducían los políticos con rasgos autocráticos y dictatoriales.

En cuanto acabó la reunión y los miembros de ambas delegaciones entraron en el Despacho Oval, Trump empezó con las conocidas recriminaciones a Alemania. Refuté sus reproches con números y hechos. Nuestra conversación fluía por dos planos distintos: Trump por el emocional, yo por el fáctico. Cuando prestaba atención a mis argumentos, la mayoría de las veces lo hacía para construir a partir de ellos nuevas recriminaciones. Parecía que su objetivo no era solucionar los problemas que se plantearan, en ese caso tendría que haber pensado con rapidez nuevas razones para quejarse. Creo que se esforzaba por hacerme sentir culpable, y cuando vio que le replicaba con energía, finalizó su diatriba y cambió de tema. Pero al mismo tiempo, mi impresión fue que quería gustar a su homóloga.

Recalcó una y otra vez que Alemania le debía algo tanto a él como a América. Esta retórica funcionaba con sus votantes, pues muchos de ellos se sentían desfavorecidos y mal servidos por los políticos anteriores. Admiraban a Trump porque no dejaba pasar nada, hablaba de forma descarada y, desde su punto de vista, luchaba por los intereses de sus partidarios.

Habían viajado conmigo a Washington los directivos de BMW, Schaeffler y Siemens: Harald Krüger, Klaus Rosenfeld y Joe Kaeser. Lars Hendrik Röller y su colega estadounidense habían acordado que después de las conversaciones en el Despacho Oval, Trump y yo entablaríamos una discusión con los representantes empresariales y los aprendices de sus plantas estadounidenses sobre la formación

del personal cualificado en Estados Unidos. De este modo quise dirigir la atención a la contribución de las empresas alemanas al empleo en Estados Unidos. Cuajó en parte. Si bien Trump celebró las inversiones de las empresas alemanas en el país, criticó al mismo tiempo sus producciones en el vecino México. Parecía quererlo todo.

Disponía de buenos argumentos a mi favor para la mayoría de los puntos de discusión con Trump; sin embargo, un punto débil era el gasto en defensa. Era evidente que para 2024 no alcanzaríamos el objetivo del 2 % que se había establecido en la Cumbre de la OTAN de 2014

para todos los Estados miembros. A pesar de ello, y tal como pude anunciar en la rueda de prensa, de 2016 a 2017 nuestro presupuesto en defensa había aumentado un 8 %. En este tema también Obama había apelado a mi conciencia. Pero con Trump la cosa amenazaba volverse más peligrosa, ya que cuestionaba la OTAN como alianza de seguridad común. Yo era consciente de que como alemanes no podíamos prescindir de la OTAN para nuestra seguridad. Por eso subrayé nuestra contribución a la misión conjunta en Afganistán, algo que en la conferencia de prensa que siguió, Trump al menos supo valorar.

En el avión de vuelta a casa, las sensaciones no eran buenas. De mis conversaciones saqué la siguiente conclusión: con Trump no habría cooperación para un mundo interconectado. Él consideraba todo desde la perspectiva de un inversor inmobiliario, lo que había sido antes de meterse en política. Cada propiedad solo podía adjudicársela una vez, y si no la conseguía él, la conseguía otro. Así es como Trump veía el mundo: todos los países participaban en una carrera

en la que el logro de uno significaba el fracaso de otro, no creía que la cooperación pudiera incrementar el bienestar común. No le había convencido mi ejemplo de los beneficios mutuos que la UE y Corea podían extraer mediante su acuerdo de libre comercio. Se mostró

escéptico de todo acuerdo que no hubiera negociado él. Desconfiaba especialmente de Alemania, estaba claro que con él no habría Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión.

Pero esto no fue todo. Seis semanas antes de la cumbre del G20, el 1 de junio de 2017, solicitó una llamada telefónica conmigo. Hablamos a las diez de la noche. Me comunicó que Estados Unidos rescindiría su adhesión al Acuerdo de París sobre el clima. Me sentó como una bofetada, yo quería que en Hamburgo este tema tuviera un papel decisivo.

EL G20 EN HAMBURGO

El 17 de junio de 2017 me reuní en audiencia privada con el papa Francisco. Por mis tres encuentros anteriores sabía que le interesaba la cooperación internacional, sobre todo por el bien de los pobres, y quise hablar con él sobre mi agenda para la próxima cumbre del G20 en Hamburgo. Junto con Annette Schavan, nuestra embajadora ante la Santa Sede, mi asesor en política exterior y seguridad Christoph Heusgen, otro colaborador de su sección, así como el director adjunto de oficina Bernard Kotsch y una intérprete de italiano y alemán nos dirigimos en automóvil a la Ciudad del Vaticano pasando por delante de la plaza y la basílica de San Pedro.

Dejamos atrás, a nuestra izquierda, el Cementerio Teutónico, rodeamos la basílica, pasamos por la Capilla Sixtina, recorrimos el Patio de la Guardia, los Aposentos Borgia, la sala de los Claroscuros y finalmente nos detuvimos en el patio de San Dámaso, delante del Palacio Apostólico. Allí me recibió el prefecto de la Casa Pontificia, el obispo titular Georg Gänswein.

También me esperaban los gentilhombres de su santidad para escoltarme a la segunda planta del palacio.

El papa Francisco me recibió con una sonrisa amable en la Biblioteca Vaticana. A la derecha, junto a la puerta de entrada, había un escritorio y dos sillas. El papa y yo tomamos asiento, mi intérprete

se situó detrás de mí. Un prelado alemán tradujo para Francisco. Me pidió que le explicara qué me había propuesto para nuestra presidencia del G20. Le hablé de nuestro logotipo, el nudo llano, y le expliqué nuestro trabajo preparatorio, que entre otras cosas consistía en numerosos encuentros con la sociedad civil. Yo me había reunido con representantes económicos y sindicales de los países del G20 para hablar con ellos sobre el tema «Crecimiento y ocupación», el foco tradicional de las deliberaciones del G20, y también con representantes de grupos de mujeres y científicos, *think tanks*, jóvenes y organizaciones no gubernamentales.

Como siempre, se habían encontrado ministros de exteriores, finanzas, digitalización, trabajo y agricultura, pero esta vez también los ministros de Sanidad de los Estados del G20, que querían hablar sobre precauciones ante una pandemia. El ministro de Sanidad Hermann Gröhe y sus colegas del G20 habían aprovechado el brote de ébola en África occidental para hacer una simulación sobre cómo podría frenarse la propagación de un virus mortal de transmisión por vía respiratoria. Le informé al papa sobre la asociación y el pacto previstos con África. Me escuchó con detenimiento.

Entonces llegué al punto que realmente me preocupaba, la retirada de Estados Unidos del Acuerdo de París. Sin mencionar nombres, le pregunté cómo procedería él con un grupo de personalidades importantes con opiniones fundamentalmente diferentes. Me comprendió enseguida y me respondió con franqueza:

—Doblando, doblando, doblando, pero vigilando que no se parta.

Esta imagen me gustó. La repetí.

—Doblando, doblando, doblando, pero vigilando que no se parta.

A pesar de no saber aún qué significaba concretamente, con este ánimo intentaría en Hamburgo resolver mi problema del Acuerdo de París y Trump.

El tiempo pasó volando. El papa oprimió un botón en el escritorio y Gänswain y los miembros de mi delegación se unieron a nosotros. Nos pusimos en pie y nos hicimos una foto de grupo. Me había enterado por Annette Schavan de qué especialidades de su patria valoraba especialmente el papa Francisco, y le había traído de Buenos Aires, donde había estado unos días antes, tres frascos de dulce de leche y alfajores. Tuve la impresión de que se alegraba. Uno de sus regalos me conmovió en particular: una pequeña escultura de bronce de una rama de olivo que recordaba a la que la paloma llevó en su pico de vuelta al arca de Noé y que anunciaba así el fin del diluvio.

Después de dejar mi cargo en la Cancillería, la escultura ocupó un lugar en mi despacho de excanciller.

El 6 de julio de 2017, el día antes de la cumbre, viajé por la tarde a Hamburgo. Debido al alto número de participantes, una reunión de jefes de Estado y de gobierno del G20 no podía tener lugar en muchos lugares de Alemania, y Hamburgo era el sitio indicado. Olaf Scholz, el alcalde de la ciudad, consideraba un honor la organización de esta cumbre, y yo misma me alegraba mucho de que la ciudad en que nací se presentara al mundo.

La cumbre se desarrolló de manera muy distinta a la que había esperado. Es probable que si hoy preguntara a la gente qué recuerdan de la cumbre en Hamburgo la respuesta fuese que hubo protestas violentas del movimiento antiglobalización. Quizás solo los más interesados en política se acuerden de las diferencias con Trump en el ámbito de la protección climática.

Durante la noche del 7 de julio, fotos horribles de automóviles en llamas, tiendas saqueadas y manifestantes arrojando piedras en el barrio de Schanze dieron la vuelta al mundo. Vi las imágenes por la noche en la televisión, algunos canales informaban sin interrupción. Me fui deprimida a la cama. Las decisiones que tomáramos al día siguiente daban igual. Las fotos de aquella noche decidirían la

percepción de la cumbre. Como anfitriona, para mí esto era espantoso, pero estaba francamente convencida de que con ocasión de esta cumbre debían ser posibles los encuentros personales con los jefes de Estado y de gobierno. La policía de Hamburgo hizo balance: habían desplegado 23.000 policías y 592 acabaron con heridas. La crítica al despliegue fue muy sonora, pero decidí no tomar parte en estas discusiones, y a pesar de las preguntas que yo también me hacía en torno al despliegue, me solidaricé con Olaf Scholz.

Cuando terminó la cumbre, juntos nos reunimos con un grupo de fuerzas desplegadas desde todos los puntos de Alemania y les agradecimos la labor.

Políticamente llegamos a una decisión sobre el clima que llamamos «19 a 1». Dieciocho países y la UE manifestaron en el comunicado: «Tomamos nota de la decisión de los Estados Unidos de América de retirarse del Acuerdo de París», y a continuación seguían las posturas estadounidenses. En el párrafo siguiente se leía: «Los jefes de Estado y de gobierno de los miembros restantes del G20 declaran que el Acuerdo de París es irreversible». Se había logrado adoptar de manera consensuada una declaración que no remendaba el desacuerdo entre Donald Trump y el resto del mundo, sino que lo nombraba abiertamente. Nunca había habido un documento final semejante. Hasta entonces, la mayoría de las veces, el consenso mínimo era incluido en una resolución conjunta. Consideré que de todas las malas soluciones, esta era la mejor. Habíamos dejado de doblar antes de que todo se partiera y de que nos hubiéramos quedado sin comunicado. La inmensa mayoría era consciente de la importancia de la protección

climática.

Todas las demás resoluciones se ciñeron al resultado que había imaginado. Solo un punto aparentemente menor en torno al tema del comercio tuvo repercusiones. Se trataba de la cuestión del

dumping en la exportación de acero. Durante la presidencia china del G20, en la cumbre celebrada en 2016 en Hangzhou ya había surgido esta cuestión. En los años previos, China había empezado a exportar acero a precios muy bajos, presionando así a los productores de acero de Europa y Estados Unidos. Cuando los países industrializados mencionaron el *dumping* desleal, China lo negó rotundamente. Por ello, para investigar a fondo la cuestión del *dumping* a partir de datos precisos, en Hangzhou se creó un foro del G20, el Foro Global sobre el Exceso de Capacidad del Acero, que contó con el apoyo de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico).

En 2017, casi un año después, seguía sin haber resultados, y había quienes querían suprimir el foro e imponer de inmediato aranceles al acero de China. Otros querían dar al país otra oportunidad, que era también la posición alemana. La última noche de la cumbre del G20, los sherpas acordaron recopilar la información necesaria para el mes de agosto y pidieron al foro que presentara en noviembre un informe con propuestas de solución sobre cuya base se pudieran tomar con prontitud medidas políticas. Parecía que habíamos salido airosos, pero Lars-Hendrik Röller me advirtió que el plazo marcado era tan corto que una solución consensuada era casi imposible. Y así fue.

En junio de 2018, Donald Trump pondría un ejemplo exacto de este caso. Su administración impuso extensos aranceles a las importaciones de acero y aluminio, no solo a las de China, sino también a las de la mayoría de los países, entre ellos la UE. Justificó la medida aduciendo la protección de los intereses de la seguridad nacional de Estados Unidos. China, Noruega, Suiza y Turquía se querellaron ante la OMC. En diciembre de 2022, más de cuatro años después, el tribunal de arbitraje dictaminó que estas medidas contravenían las normas de la organización.

Para entonces, Joe Biden ya era presidente de Estados Unidos. Y aunque no suprimió los aranceles, las esperanzas de cooperación

multilateral con Estados Unidos regresaron con él y la vicepresidenta Kamala Harris.

En el momento de redactar estas líneas, el resultado de las elecciones presidenciales estadounidenses de noviembre de 2024 sigue abierto. Deseo de todo corazón que Kamala Harris

—a quien conocí en el curso de un desayuno celebrado en julio de 2021, durante mi última visita a Washington como canciller— se imponga en estas elecciones a su contendiente y se convierta en la primera presidenta de los Estados Unidos de América.

CLIMA Y ENERGÍA

UNA PESADILLA Y SUS CONSECUENCIAS

El sábado 12 de marzo de 2011 me cité a última hora de la tarde para una reunión de emergencia con Norbert Röttgen, ministro de Medio Ambiente, Hans-Peter Friedrich, ministro del Interior, Ronald Pofalla, ministro de la Cancillería, y Guido Westerwelle, ministro de Asuntos Exteriores y vicescanciller en la coalición CDU, CSU y FDP. Yo venía de Bad Kreuznach, donde junto a la cabeza de lista Julia Klöckner había inaugurado la campaña de las elecciones en el *Land* de Renania-Palatinado. En dos semanas, el 27 de marzo de 2011, se celebrarían elecciones tanto allí como en Baden-Wurtemberg. La reunión en la Cancillería era la primera oportunidad que teníamos todos de hablar de la situación tras el grave maremoto que poco antes de las siete, hora alemana, de la mañana anterior se había originado en el Pacífico, en las costas de Japón. Como consecuencia, un tsunami de olas de casi quince metros de altura había causado una devastación desoladora, y también había afectado a la central nuclear Fukushima 1.

Había pasado el viernes en una sesión extraordinaria del Consejo Europeo y, a continuación, en un encuentro con los miembros de la eurozona en Bruselas; mientras, me ponía constantemente al corriente de las noticias de Japón. El sistema de refrigeración de la

central Fukushima 1, del operador Tepco, había dejado de funcionar, el gobierno japonés había declarado la emergencia nuclear y la refrigeración de emergencia ya solo funcionaba con baterías. Debido al peligro de radiación, se evacuó a la población en un radio de tres kilómetros.

Ya de noche abandoné brevemente la reunión y me dirigí al despacho de nuestra delegación en el edificio del Consejo, donde Steffen Seibert me dio cuenta de los boletines de noticias. Me enseñó en su *tablet* los vídeos de la destrucción de ciudades enteras en la costa de Japón. De vuelta en la sala de reuniones, leí por primera vez los comunicados sobre la posibilidad de fusión nuclear.

Fuertes réplicas azotaban la región. En la sala de control de la central la radiactividad había subido mil veces su valor normal, y afuera ocho veces. El área de evacuación se amplió a diez kilómetros.

Aquella noche en Bruselas fue surrealista. Por un lado, tenía que concentrarme en las negociaciones —en la reunión con los miembros de la eurozona debatimos sobre el mecanismo de estabilización europeo, muy discutido en la coalición de gobierno— y, por otro, parecía que la situación en Fukushima se estaba descontrolando. Las deliberaciones se alargaron hasta después de la medianoche. Volé de vuelta a Berlín a las dos de la mañana.

Al despertarme leí que había habido una explosión en la central Fukushima 1. El tejado del edificio del reactor se había derrumbado, desencadenando nubes de humo blanco. La radiactividad fuera del edificio había subido veinte veces su valor normal. Aun así, me atuve a mis compromisos relacionados con el inicio de campaña en Renania-Palatinado. Regresé a Berlín la tarde del sábado. En aquel momento parecían confirmarse las noticias de la fusión nuclear.

Nos encontramos en la «Kleine Lage», la sala de reuniones situada en la sexta planta, donde también está la sala del gabinete. Norbert

Röttgen nos explicó lo que sabía de Japón, y dejó claro que los acontecimientos de allí repercutirían en la discusión en Alemania sobre el funcionamiento de las centrales nucleares. La opinión de Guido Westerwelle era diferente, recalcó la gran distancia que separaba Alemania de Japón y no esperaba en nuestra política energética ninguna influencia directa del accidente en Fukushima. En el ambiente había mucha

tensión, primero presté oídos a todos, pero consideré que Röttgen tenía razón. Nos pusimos de acuerdo en que a la luz de lo sucedido en Japón, el ministerio de Medio Ambiente hiciera revisar los estándares de seguridad de todas las centrales de Alemania.

Convoqué a la prensa a las siete de la tarde ante la pared azul para hacer unas declaraciones.

La catástrofe era de tal magnitud que me parecía necesario comparecer acompañada por el vicescanciller. Además, como ministro de Asuntos Exteriores, Westerwelle era responsable del apoyo alemán a Japón. No obstante, antes debíamos coordinarnos brevemente, de modo que subimos a mi despacho. No encendí todas las luces. Estaba agotada, me había costado un gran esfuerzo concluir la reunión electoral y la de emergencia con los ministros, aquella noche no habría soportado la luz brillante. Cuando estuvimos solos, la tensión desapareció, pero de repente estábamos abatidos. No nos sentamos, sino que miramos por la ventana en dirección al Reichstag. Comenzamos a andar de un lado al otro de la habitación, era como si quisiéramos mantener la máxima distancia de mi escritorio negro. Justo seis meses antes, el domingo 5 de septiembre de 2010, en ese escritorio habíamos decidido la prolongación de la vida útil de las centrales nucleares. Habíamos vuelto a poner sobre la mesa el abandono, acordado con las compañías eléctricas en junio de 2001 por Gerhard Schröder y su gobierno verdirrojo, de la explotación de la energía nuclear. En sus respectivos programas electorales, la CDU/CSU y el FDP habían prometido volver a extender los plazos de vida útil de las centrales, y en el acuerdo de coalición

en 2009 se había estipulado lo mismo. Norbert Röttgen no vio la empresa con buenos ojos. Yo había recomendado una extensión, también durante la campaña, y al mismo tiempo había querido evitar una reedición de las disputas con los contrarios a las centrales, a los que conocía de mi época como ministra de Medio Ambiente. Con su decisión, el gobierno de Schröder había alcanzado una paz social, así que visto en retrospectiva, la idea de posicionarme por motivos políticos a favor de la energía nuclear y, a la vez, intentar mantener la paz social, estaba condenada de antemano al fracaso. O, como mínimo, equivalía a pretender resolver la cuadratura del círculo. No habría convencido ni a los partidarios de la energía nuclear, ni a sus oponentes. Además, en las elecciones generales de 2009, los resultados de la CDU/CSU fueron mucho peores que los de 2005, con un 33,8 %, mientras que el FDP, con un 14,6 %, había despuntado espectacularmente. Los que siempre habían considerado que mi voluntad de compromiso era excesiva creyeron que por fin ya no era necesario tenerme en cuenta y que podían aplicar una política pura de la CDU, como la llamaron. Obviamente, y gracias a sus resultados, el FDP se atrevía a hacerlo todo distinto al gobierno anterior, mi primera coalición con el SPD. Todo esto me dejó en mala posición para negociar.

En la reunión del 5 de septiembre de 2010, no solo Volker Kauder, que siempre me había apoyado, y Hans-Peter Friedrich, entonces presidente de los grupos regionales de la CSU; sino también el ministro de Finanzas, Wolfgang Schäuble; el ministro del Interior, Thomas de Maizière; el ministro presidente bávaro y vicepresidente de la CSU, Horst Seehofer; así como los representantes del FDP, además de Guido Westerwelle; el ministro de Economía, Rainer Brüderle; y la presidenta del grupo parlamentario, Birgit Homburger, hicieron presión para que alargara la prórroga cuanto fuera posible. En estas circunstancias decidí evaluar de manera realista mis puntos fuertes en las negociaciones y no abocar innecesariamente a una crisis a la coalición, y accedí a prolongar ocho años la vida útil de las siete centrales más viejas y de diez a catorce años la de las otras. No convenció mi objeción de que esta decisión no se entendería

como un aplazamiento del abandono, sino como de un abandono del abandono.

Ahora, seis meses más tarde, de alguna manera aquella conversación seguía flotando en el despacho. Una pesadilla se había hecho realidad, solo que no en nuestra casa. Hablé de las

60.000 personas —20.000 más de las previstas— que para manifestarse contra la extensión de la vida útil de las centrales habían formado aquel día una cadena humana de 45 kilómetros, desde Stuttgart hasta la planta nuclear de Neckarwestheim. Al mismo tiempo, no dejaba de pensar:

¿cómo pretendes seguir con el discurso de que los riesgos relacionados con la energía nuclear son justificables cuando más allá de todas las probabilidades, en un país tan desarrollado como es Japón, podría ocurrir el accidente más grave posible?

Me quedé en pie, Guido también, y nos miramos. Aún no tenía ningún plan concreto, solo dije:

—Guido, no podemos seguir así. Tenemos que volver a reflexionar sobre la energía nuclear, pero sin tabús.

Al cabo de un breve silencio, me preguntó:

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dije.

—Creo que tienes razón —respondió, escuetamente.

Acordamos consultar aquella noche con la almohada, llamarnos el domingo a lo largo del día y reunirnos de nuevo a las nueve de la noche en el comité de coalición. Salimos de mi despacho y bajamos a la primera planta para nuestro comunicado ante la prensa.

Allí dije que entendía a todos los que estaban preocupados, pero que no había forma humana posible de que Alemania se viera afectada por la catástrofe de Japón. Al mismo tiempo, di a conocer que se comprobarían los estándares de seguridad de las centrales nucleares alemanas y expliqué nuestro proceder:

—Si un país como Japón, con unas exigencias de seguridad altísimas y elevados estándares de seguridad, al parecer no ha podido evitar las consecuencias del maremoto y el tsunami, [...]

entonces un país como Alemania, también con unas exigencias y estándares de seguridad altos, no puede volver al orden del día como si nada.

En Japón, aquella noche evacuaron a quienes vivían en un radio de veinte kilómetros de la central de Fukushima 1.

Al día siguiente, el domingo 13 de marzo de 2011, reflejando mi preocupación, Stefan Mappus, ministro presidente de Baden-Wurtemberg, y Markus Söder, entonces ministro bávaro de Medio Ambiente, se pronunciaron públicamente acerca de la catástrofe del reactor. Esto me sorprendió, hasta entonces los dos habían sido vehementes partidarios de una prolongación generosa de la vida útil de las centrales. Tal como habíamos quedado la noche anterior, Guido Westerwelle y yo nos coordinamos por teléfono y en el consejo de la coalición celebrado por la tarde acordamos una moratoria: la extensión de la vida útil se suspendió y debían pararse las siete centrales más antiguas, en principio durante tres meses. Stefan Mappus y Horst Seehofer me habían indicado que, en cualquier caso, ya tenían pensado hacerlo con las centrales de Neckarwestheim e Isar 1, situadas en sus respectivos *Länder*. También acordamos anunciar las decisiones el martes por la mañana, después de un encuentro con todos los ministros presidentes de los estados federales que gestionaban centrales nucleares.

Sin embargo, el lunes por la mañana, mientras moderaba la reunión de la presidencia de la CDU, me entregaron unos comunicados de las agencias con citas de Guido Westerwelle. Había declarado que necesitábamos un nuevo análisis de riesgos y que podía imaginar la implantación de una moratoria. Esto significaba romper nuestro acuerdo de la noche anterior de guardar silencio hasta el martes. Salí de la reunión, llamé a Westerwelle y le pedí una explicación. Me respondió que no creía que el asunto pudiera permanecer en secreto hasta el martes y por eso ahora había pasado a la ofensiva. Me enfadé, pero también lo entendí. En semejante situación,

era rey quien antes rectificaba. Quedamos en presentar juntos a la prensa los resultados del consejo de coalición del domingo por la tarde. En la presidencia de la CDU apenas hubo oposición a la moratoria, a pesar de que Volker Kauder y Volker Bouffier, ministro presidente de Hesse, encontraron precipitada la reacción. El martes 15 de marzo de 2011, acordamos con los ministros presidentes de los *Länder* con centrales nucleares —Stefan Mappus, Horst Seehofer, Volker Bouffier, David McAllister de Baja Sajonia y Peter Harry Carstensen de Schleswig-Holstein— una parada de tres meses de las siete centrales nucleares puestas en marcha hasta 1980, inclusive, ordenada por requerimiento judicial de las autoridades reguladoras de los *Länder* sobre la base de la ley de energía atómica. Una semana más tarde, el 22 de marzo de 2011, tras otra reunión con los ministros presidentes de los *Länder* con centrales nucleares, di a conocer la implantación de una Comisión Ética para un Suministro Seguro de Energía que valoraría hasta finales de mayo los riesgos de la energía nuclear, expondría las opciones de producción eléctrica viable mediante energías renovables y posibilitar de este modo un consenso social.

El 27 de marzo de 2011, los verdes ganaron las elecciones regionales. En Baden-Wurtemberg subieron 12,5 puntos porcentuales respecto a las elecciones anteriores. La CDU perdió 5,2

puntos porcentuales. El 12 de mayo de 2011, el cabeza de lista verde Winfried Kretschmann fue elegido ministro presidente de una coalición de verdes y socialdemócratas, fue la primera vez desde 1953 que una persona de la CDU no ostentaba el cargo. En Renania-Palatinado, los verdes subieron 10,8 puntos porcentuales, la CDU 2,4, y el SPD perdió 9,9 puntos, y así también la mayoría absoluta. El FPD no llegó a la barrera del 5 %. Puesto que los verdes se pronunciaron a favor de una coalición con el SPD y no con la CDU, el socialdemócrata Kurt Beck pudo seguir en el cargo de ministro presidente.

El 30 de mayo de 2011, Klaus Töpfer, mi antecesor en la oficina del ministerio federal de Medio Ambiente y director ejecutivo del Programa de Medio Ambiente de las Naciones Unidas (UNEP, siglas inglesas del United Nations Environment Programme) entre 1998 y 2006, y Matthias Kleiner, presidente de la Sociedad Alemana de Investigación, ambos presidentes de la comisión ética, así como quince integrantes de los campos de la ciencia, la economía, la política, los sindicatos y las iglesias me entregaron un informe aprobado por unanimidad con el título «El cambio de modelo energético de Alemania: una obra colectiva para el futuro». Me impresionaron en especial dos argumentos de la comisión. El primero fue la conclusión extraída del tsunami y sus consecuencias en Japón: «El problema no es lo imaginable, sino sobre todo lo inimaginable».

Así resumían exactamente aquello que me había estremecido del maremoto. El segundo fue que en el cálculo de riesgos abogaban por no limitarse a la salud y el medio ambiente: «También deben ser objeto de juicio ético las consecuencias derivadas del emponzoñamiento de la atmosfera social, y del que con fundamento se puede hablar en Alemania». De este modo abordaban lo que ya me había ocupado como ministra de Medio Ambiente en las charlas sobre el consenso energético.

El 9 de junio de 2011, noventa días después del tsunami del 11 de marzo —entretanto se sabía con seguridad que tres de los reactores de la central Fukushima 1 habían sufrido una fusión nuclear—, expliqué durante una declaración del gobierno en el Bundestag que para 2022

Alemania dejaría de utilizar energía nuclear. Sin embargo, a pesar de la reducción gradual de producción eléctrica a través de centrales nucleares que, en comparación, generan poco CO₂, seguirían siendo válidos los objetivos de política climática que habíamos definido en un concepto energético en otoño de 2010. En el concepto habíamos decidido que, siempre respecto

a 1990, para 2020 la reducción de emisiones de gases invernadero sería de un 40 %; para 2030, un 55 %; y para 2050, como mínimo, un 80 %. El 30 de junio de 2011, la CDU, la CSU, el FDP, el SPD y la Alianza 90/Los Verdes aprobaron en el Bundestag la reforma de la ley de energía atómica. Dieciséis años después del fracaso de mis primeras charlas sobre consenso energético de junio de 1995, decidimos finalmente el abandono consensuado de la energía nuclear en Alemania.

Alemania siguió siendo el único país industrializado del mundo en sacar estas conclusiones de la catástrofe de Fukushima. Se me echó en cara haber cambiado de rumbo por las elecciones regionales que tendrían lugar en Renania-Palatinado y Baden Wurtemberg. No fue así. Para mí, el factor decisivo fue que a raíz de los sucesos de Fukushima cambié mi valoración de los riesgos del uso de la energía nuclear, además de saber que existían alternativas viables para alcanzar los objetivos climáticos. Habría sido absurdo no poner en práctica esta visión solo por miedo a las inminentes elecciones regionales. Si en septiembre de 2010 nos hubiéramos moderado en lo que toca a la prolongación de la vida útil de las centrales, la CDU/CSU y el FDP se habrían evitado problemas.

Tampoco puedo recomendar a Alemania que en el futuro vuelva a utilizar energía nuclear.

Podemos alcanzar los objetivos climáticos aun sin energía nuclear, ser tecnológicamente productivos y así alentar también a otros países del mundo.

GAS NATURAL

Cuando el 24 de febrero de 2022 Rusia invadió Ucrania, los países occidentales reaccionaron implementando importantes sanciones económicas. En respuesta, el 11 de julio de 2022, la empresa Nord Stream AG, mayoritariamente de la empresa estatal rusa Gazprom, puso fuera de servicio el gasoducto Nord Stream 1 con la excusa, en mi opinión sospechosa, de que estaban realizando el mantenimiento de una turbina. En los días siguientes, los periódicos publicaron repetidas veces una foto mía de casi once años atrás. Entonces, el 8 de noviembre de 2011, en una carpa levantada en Lubmin, en el distrito de Greifswald, abría sonriente una válvula para el transporte de gas natural por el gasoducto Nord Stream 1 en compañía del efímero presidente ruso Dmitri Medvédev, el primer ministro francés François Fillon, el primer ministro holandés Mark Rutte, el comisario de energía de la Unión Europea Günther Oettinger y representantes de empresas comerciales. Tras el inicio de la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania, se me reprochó más que nunca que hubiera conducido a Alemania a una dependencia irresponsable del gas ruso. Polonia, los países bálticos y Ucrania ya habían advertido contra la celebración de acuerdos con Rusia para el suministro de gas. Resultaba incomprensible que a pesar de hablarse del tema durante años, no hubiéramos construido una terminal para gas natural licuado (GNL).

¿Acaso Estados Unidos no nos había ofrecido repetidas veces desde 2016 abastecernos con su propio GNL?

Me remonté a la época de mi toma de posesión. En presencia de mi antecesor Gerhard Schröder y de Vladímir Putin, los contratos para la constitución de la empresa operadora del Nord Stream 1 fueron firmados apenas unos días después de las elecciones generales alemanas de septiembre de 2005. Tras dejar el cargo, Schröder se convirtió en presidente del comité de accionistas, órgano supervisor de Nord Stream AG. El gasoducto Nord Stream 1 fue inaugurado seis años más tarde, cuando se tomó la foto en cuestión. A partir de entonces, a través de un gasoducto instalado en el suelo del mar Báltico podían fluir al año 27.500 millones de metros cúbicos de gas en un recorrido de 1.224 kilómetros desde Víborg (Rusia), situada en el golfo de

Finlandia, hasta Lubmin (Alemania). En 2012 se tendería un segundo gasoducto de igual tamaño.

Las propietarias de Nord Stream AG eran las empresas Gazprom, BASF/Wintershall, E.ON

Ruhrigas, Gasunie y GDF SUEZ, el mayor accionista era Gazprom con una participación del 51

%. En 2006, el proyecto fue clasificado por la Comisión Europea como «Proyecto de interés europeo». Polonia, los estados bálticos y Ucrania lo criticaron.

A excepción de una limitada producción propia, Alemania adquiría gas natural de Países Bajos, Noruega y Rusia. Junto al Nord Stream 1, para el transporte del gas ruso había disponibles los gasoductos que desde la década de 1970 pasaban por Ucrania, y por Bielorrusia y Polonia desde finales de la década de 1990. Con el abandono paulatino de la energía nuclear, el gas natural hacía las veces de tecnología puente de origen fósil para alcanzar los objetivos climáticos hasta que las energías renovables pudieran asumir totalmente el abastecimiento de energía. Entre las fuentes de energía fósiles, el gas natural era el menos dañino para el clima, y

además el transportado por gasoductos era más barato que el GNL. Debido a la subvención aplicada a la expansión de las energías renovables vía la Erneuerbare-Energien-Gesetz (EEG, Ley de Energías Renovables), la electricidad alemana ya era muy cara. Es decir, por cada kilovatio/hora de energía renovable producida, el productor recibía un importe fijado por ley. En principio, la diferencia entre ese precio y el precio del kilovatio/hora en la bolsa de electricidad se trasladaba al usuario. La base industrial de Alemania era fuerte, era necesario protegerla, pues garantizaba puestos de trabajo y, en consecuencia, estabilidad social. Para ello, la energía debía ser asequible.

Durante la Guerra Fría, y para disgusto de los americanos, la RFA también había adquirido petróleo y gas de la Unión Soviética y había experimentado a este país como socio comercial fiable. Como el Nord Stream 1 discurría por el mar Báltico, para el transporte no había que pagar tasas de tránsito, al contrario que con los gasoductos existentes que pasaban por Ucrania y Polonia. En consecuencia, los usuarios de gas natural de la Unión Europea pasaron a ser más independientes de las disputas sobre el acuerdo de tránsito entre Ucrania y Rusia, como ya había sucedido en la primera década de 2000, por ejemplo. En enero de 2009, estas disputas condujeron a que durante días no llegara gas ruso a Europa del Este. En principio, Polonia y Ucrania tampoco rechazaban el suministro de gas ruso a Europa occidental, pero querían aprovecharse del cobro de tasas de tránsito. Cuando accedí al cargo en 2005, la cuota de gas ruso en las importaciones alemanas de gas ascendía a un 40,6 %. En 2019 era de un 48,8 %.

En septiembre de 2015, Gazprom, E.ON (en la actualidad, Uniper) y Wintershall de Alemania, Royal Dutch Shell de Países Bajos, OMV de Austria y Engie (anteriormente, GDF

SUEZ) de Francia, firmaron un acuerdo entre accionistas para construir otro gasoducto con dos tuberías, el Nord Stream 2, que discurriría paralelo al Nord Stream 1 por el mar Báltico. Durante mi

visita a Moscú con motivo del setenta aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, el 10

de mayo de 2015, Putin ya me había hablado de la planificación. Las relaciones con Rusia se habían encallado y también por mi parte se redujeron al mínimo tras la anexión de Crimea en marzo de 2014 y el control (secundado por Putin) de los separatistas en partes de Dombás en Ucrania. Ya en marzo de 2014, la Unión Europea inició la imposición de sanciones a Rusia, al principio sobre todo a personas, y a partir del verano también se restringió la cooperación económica. El 12 de septiembre de 2014 entró en vigor un paquete de sanciones que además de a bancos e industria del armamento, en el ámbito empresarial afectó al productor de petróleo Rosneft, partes de la compañía de gas Gazprom y al operador de la red de oleoductos Transneft.

Sus bonos ya no podían ser negociados en los mercados financieros de la UE y se dificultó su acceso a los mercados de capital europeos. Estados Unidos aplicó medidas similares. Excepto por el hecho de que por el lado ruso las cantidades de gas se redujeron brevemente, el suministro

de gas natural y petróleo no se vio afectado por las sanciones.

En cualquier caso, comprensiblemente cobró importancia de nuevo el tema de la diversificación de los suministros de gas a escala europea. Los estados bálticos, Polonia y en especial Ucrania armaron un gran revuelo contra el Nord Stream 2. Ucrania temía, sobre todo, convertirse en un país de tránsito prescindible. El Nord Stream 2 se convirtió en un tema de debate político mucho más potente que el Nord Stream 1.

Si en 2005 no tuve objeciones respecto al Nord Stream 1, en el caso del Nord Stream 2 tuve claro que había más factores para tener en cuenta que los argumentos de las empresas participantes en la construcción y de la economía en conjunto. Debido a la reducción de

la producción había disponible cada vez menos gas transportado vía gasoducto procedente de Países Bajos, y los suministros noruegos no podían compensar la menor producción holandesa, así que en los próximos años tendríamos que importar mayores cantidades de gas ruso, más económico. Anteriormente ya se habían realizado esfuerzos para la diversificación del suministro de gas. Basado en una iniciativa de la Comisión Europea y Azerbaiyán, el volumen de transporte del «corredor del sur», previsto desde 2013, que debía transportar gas desde aquel país hasta Italia, no sería suficiente para abastecer a Alemania. Desde el punto de vista de las empresas importadoras de gas natural y los usuarios, importar GNL de países árabes no era una alternativa razonable por sus costes. Habría encarecido aún más la energía en Alemania, y tampoco quería esto. Y debido a la prohibición de la exportación que estaría en vigor hasta 2016, la importación de GNL de Estados Unidos no se tuvo ni siquiera en consideración.

Ucrania dependía del ingreso de tasas de tránsito. Por eso desde nuestra primera charla sobre el Nord Stream 2, yo le había dejado claro a Putin que solo aceptaría una puesta en marcha del gasoducto si Ucrania también podía formalizar un contrato de seguimiento con Gazprom después de agotarse en 2019 el contrato entonces vigente. Para detener el proyecto Nord Stream 2, cuya construcción se había iniciado en 2018, habría sido necesario una normativa jurídica especial a escala europea. Solo hubiera acometido esta normativa si no se hubiera formalizado un nuevo contrato de tránsito entre Ucrania y Rusia, que se celebró en 2019 entre Gazprom y la empresa ucraniana Naftogaz, con un plazo hasta finales de 2024. Para conseguirlo, la Comisión Europea contó con la ayuda del dinámico ministro de Economía Peter Altmaier.

Después de que Donald Trump iniciara su presidencia en 2017, el gobierno estadounidense creó las bases legales para las denominadas sanciones extraterritoriales a empresas que participaran en la construcción del Nord Stream 2. Estados Unidos argumentó que a causa de la construcción del gasoducto, sus

intereses de seguridad se verían afectados, pues su aliado alemán se vería abocado a una dependencia excesiva de Rusia. Tal como yo lo veía, la realidad era que Estados Unidos estaba utilizando su poder económico y financiero superior para impedir los proyectos económicos de otros, incluso de países amigos. Para Estados Unidos se trataba sobre todo de proteger sus propios intereses económicos: quería transportar a Europa GNL obtenido a través de fracturación hidráulica (*fracking*).

A pesar de que el GNL era más caro que el gas del gasoducto, en su acuerdo de coalición de 2018, la CDU, la CSU y el SPD habían llegado a un entendimiento por el que se construiría una infraestructura para GNL para contribuir a la diversificación de las importaciones de gas. Esto afectó a las de Estados Unidos y también al suministro de GNL del mundo árabe, en especial de Qatar. Entretanto se habían formado consorcios privados que querían instalar terminales en Brunsbüttel, Stade y Wilhelmshaven. En una conferencia de inversores germano-estadounidenses celebrada en febrero de 2019, el ministro de Economía Peter Altmaier anunció que los operadores de las redes de gas estarían legalmente obligados a conectar las terminales de

GNL a la red de gasoductos de larga distancia, lo que habría reducido en 134 millones de euros los costes de construcción. El gobierno federal y los *Länder* estaban dispuestos a emplear subvenciones económicas para la construcción de, al menos, dos terminales. Pero como en Alemania no había ninguna empresa que hubiera celebrado suficientes contratos a largo plazo con un importador de GNL, por lo visto y a pesar de las subvenciones estatales ofrecidas, los inversores privados consideraron demasiado elevada la inseguridad financiera para iniciar la construcción de las terminales. Por eso durante mi mandato no fue posible construir en Alemania una terminal privada de GNL.

Joe Biden sucedió a Trump y accedió al cargo en enero de 2021, y enseguida hizo lo que, desde mi punto de vista, era lo correcto entre

socios y amigos: en vez de aplicarnos nuevas sanciones —la construcción del Nord Stream 2 se había concluido a pesar de las adversidades—

acordamos el 21 de julio de 2021 «una declaración conjunta de apoyo a Ucrania, a la seguridad energética de Europa y a nuestros objetivos climáticos». Acordamos que en caso de que Rusia empleara la energía como arma, inclusive la restricción del suministro de gas, Alemania respaldaría la aplicación de más sanciones a escala nacional y europea a aquel país. Poco antes de hacer pública la declaración informé a Putin por teléfono sobre el contenido. Pareció sorprendido de que Alemania hubiera llegado a un compromiso con Estados Unidos. Me dio la sensación de que esto no le gustó, y ya solo este hecho evidenció la importancia de que Biden nos tratara de nuevo como corresponde entre aliados.

Sobre la base de esta declaración, y después de que el 21 de febrero de 2022 Putin hubiera reconocido a las autoproclamadas repúblicas de Lugansk y Donetsk, mi sucesor Olaf Scholz detuvo la puesta en marcha del Nord Stream 2. El gasoducto se convirtió en una inversión ruinosa. La dependencia alemana del gas ruso, que se me había echado en cara precisamente por el asunto Nord Stream 2, surgió sin que circulara jamás por el gasoducto. El nuevo gobierno federal logró la gran hazaña de estabilizar el suministro de energía incluso después del cierre del Nord Stream 1 efectuado con la excusa del supuesto mantenimiento de una turbina. No obstante, y debido a ello, el problema de los altos costes energéticos en Alemania se agravó, pues ahora dependíamos de la importación de GNL más caro. Habríamos tenido igualmente este problema si en 2014 hubiéramos empezado a reducir la importación de gas ruso. En aquel momento, que políticamente empresas y usuarios de gas natural tanto en Alemania como en los Estados miembros de la Unión Europea aceptaran aquello habría sido mucho más difícil que en 2022

bajo el impacto del inicio de la guerra. Ya en el Consejo Europeo prorrogar medio año más las sanciones económicas acordadas contra Rusia desde 2014 requirió mucha persuasión por parte de algunos de mis colegas europeos.

EL PRINCIPIO DE PRECAUCIÓN

El 8 de marzo de 2016 participé en el *Treffpunkt Foyer*, una mesa redonda organizada por el diario *Stuttgarter Nachrichten*. En la reunión, Christoph Reisinger, jefe de redacción del diario, me afeó que frente a la situación en los países africanos a ningún político debería sorprenderle el número de migrantes que emprendían el camino a Europa. El público aplaudió.

—Los que aplauden tienen razón —respondí, y proseguí—: No. Esto no puede haber sorprendido a nadie. En 1990 se estrenó la película *La marcha*. En ella, debido al cambio climático [...] cientos de miles de personas vienen aquí procedentes de África. Desde 1990, se puede decir: ya lo sabíais.

Hablé de la permanente rivalidad de temas políticos en mi día a día, la culminación de la

unidad alemana, los desacuerdos sociales en torno a la implementación de medidas de protección climática en Alemania y los desembolsos para ayudas al desarrollo, el envejecimiento de la sociedad, la justicia intergeneracional y el reparto de dotaciones presupuestarias en general.

Concluí mi intervención con las palabras:

—Se sabía casi todo. La cuestión es si en todo momento se puede reaccionar a todo con el mismo nervio. —Después agregué—: Lo que también quiero decir es que siempre tenemos que mantener los ojos abiertos. Pero, aun así, habrá muchas cosas de las que se podrá decir a posteriori: ¿por qué no prestasteis atención a esto?

Reisinger replicó:

—¿Estaría de acuerdo conmigo si le dijera que en lo que toca a la prevención en materia de seguridad nacional en el sentido más amplio, su evaluación no es exactamente tranquilizadora?

Respondí:

—Es cierto, hay noticias [...] que no son tranquilizadoras. Por eso todavía tenemos mucho trabajo por hacer.

Lo cierto es que se podría decir que había admitido, incluso fríamente, que no había conseguido imponer políticas en consonancia con el principio de precaución; es decir, la prevención de acontecimientos peligrosos en el futuro.

¿Habría estado en mi mano tomar más precauciones en lo que se refiere al crucial tema de la protección climática, por ejemplo? De ello hablé el 20 de agosto de 2020 en la Cancillería con la activista medioambiental sueca Greta Thunberg, así como con la alemana Luisa Neubauer y dos representantes belgas del movimiento de protección climática «Fridays for Future», inspirado en el de Thunberg «Huelga escolar por el clima». Ellas me habían solicitado el encuentro. Las cuatro apelaron a mi conciencia para que me pronunciara con mayor firmeza contra el cambio climático. Estábamos de acuerdo en que los conocimientos acumulados, sintetizados aproximadamente cada seis años desde 1990 por la comunidad científica internacional en informes del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático, indicaban que el aumento de la temperatura global había sido provocado por el ser humano y únicamente podía ser frenado mediante la acción humana. También coincidimos en que con los compromisos asumidos hasta ahora por los Estados miembros del Acuerdo de París no era posible limitar el aumento de temperatura a 2 °C, y mucho menos a 1,5 °C. Mis interlocutoras me dejaron inequívocamente claro que mi compromiso con la protección del

clima era insuficiente. Me remití a la necesidad de contar con mayorías, lo que no las convenció. Tuve la impresión de que pensaban que si me esforzara de verdad, conseguiría lo necesario. Sentí que su reproche sugería que me faltaba radicalidad. En este punto no coincidimos.

Para mí, la radicalidad no era la panacea para lograr el éxito político. Las organizaciones no gubernamentales y las activistas como ellas luchaban por los objetivos de manera radical en el marco de las libertades constitucionales garantizadas por la democracia. Por el contrario, yo debía conseguir mayorías con las que hacer prevalecer mis objetivos y, a cambio, hacer concesiones. Ante numerosas crisis y proyectos simultáneos tenía que ponderar qué solución a qué problema abordar y qué día. ¿Había dado suficiente prioridad al tema de la protección climática? En mi mandato como canciller logramos algunas cosas. En 2005, la cuota de energías renovables en el suministro de electricidad ascendía al 10 %. Y ahora ya se situaba claramente por encima del 40 %. En los veinte años que separaban 1990 y 2010, así como entre 2010 y 2020, también redujimos en un 20 % las emisiones de CO₂. En 2019 fijamos por primera vez en una ley de protección del clima el camino normativo a la neutralidad climática para el año 2050

para la reducción prevista de las emisiones de gases de efecto invernadero. Dado que tuvimos

que asumir que no alcanzaríamos la reducción del 40 % de gases de efecto invernadero acordado en el concepto energético del gobierno federal, en la ley de protección climática fijamos para el año 2030 la reducción del 55 % —acordada también en el concepto energético— respecto a 1990. En 2025 se estipularán otros objetivos intermedios para después de 2030. Nuestra decisión significaba que entre 1990 y 2030, es decir, en el plazo de cuarenta años, queríamos reducir las emisiones un 55 %. A los futuros responsables les quedarán tan solo veinte años para la reducción del 45 % restante.

Contra la ley se presentaron diferentes demandas ante el Tribunal Constitucional, que se erigió en abogado de la generación más joven. El 29 de abril de 2021 falló que «las disposiciones de la ley de protección del clima del 12 de diciembre de 2019 [...] son incompatibles con los derechos fundamentales, pues faltan medidas suficientes para una mayor reducción de las emisiones a partir del año 2031». La decisión obligó al gobierno federal a retocar la ley.

Situamos en el 65 % el objetivo de reducción para 2030, y nos unimos a la interpretación de Armin Laschet, candidato a canciller de la CDU, que sugería que la neutralidad climática ya sería alcanzable en 2045. Para 2035 se estableció un objetivo de reducción del 77 %, para 2040, del 88

%.

Era importante todo lo que ya había sucedido en el ámbito nacional e internacional referente a la protección del clima, pero —y esta es la segunda parte de la verdad— no era suficiente para proteger verdaderamente el mundo de eventos catastróficos y del calentamiento de la Tierra. El hielo de los polos se está fundiendo, el nivel del mar está subiendo, pequeñas islas están desapareciendo, millones de personas están perdiendo sus hogares, muchas especies vegetales y animales ya no sobreviven a la subida de la temperatura. Los acontecimientos futuros no sucederán de manera lineal, como hasta ahora, sino que habrá puntos de inflexión en que los cambios se acelerarán. Todo esto lo sabíamos y lo sabemos ahora, y aun así no nos ha conducido, ni a nosotros ni a muchos otros países, a tomar medidas suficientes. Por mucho que me haya esforzado, es una constatación que no se puede negar. En el pasado, solo las catástrofes impelían a políticos y ciudadanos a moverse para hacer lo necesario. En cuanto se remediaban los peores daños, le llegaba el turno al principio de la esperanza, en lugar de al principio de la precaución.

Aun después de dejar el cargo, sigo sin tener respuesta para la cuestión de si en lo que concierne al principio de precaución tenemos realmente la voluntad y estamos en condiciones de cumplir las advertencias del Panel Intergubernamental del Cambio Climático y otros expertos, y de tomar a tiempo las decisiones necesarias para nuestra supervivencia. De momento, no hay evidencias de ello ni en mi país ni en la comunidad internacional. Tal certidumbre es una onerosa carga para todos. También para mí.

MISIONES DE LAS FUERZAS ARMADAS

AFGANISTÁN

El 2 de agosto de 2023, un año y medio después de dejar el cargo, leí en un artículo de internet que en una ceremonia a puerta cerrada celebrada en Calw (Baden-Wurtemberg), Boris Pistorius, el ministro de Defensa, había concedido a dos soldados, miembros del Comando de las Fuerzas Especiales, la Cruz de Honor al valor de la Bundeswehr. Los honraba de este modo por su extraordinario esfuerzo durante la evacuación de personal de la embajada alemana y de organizaciones no gubernamentales, así como de empleados locales necesitados de protección que aún no habían partido y que estaban en el aeropuerto de Kabul, en Afganistán. Eran dos de los cerca de 500 soldados alemanes que del 16 al 26 de agosto de 2021, bajo el mando del general de brigada Jens Arlt, comandante de la Brigada Aerotransportada 1, habían participado en el puente aéreo de Kabul a Taskent, en la vecina Uzbekistán, organizado para que cerca de 5.400 personas de 45 países pudieran abandonar Afganistán.

La lectura del artículo me trajo a la memoria una conversación telefónica que dos años atrás, el 22 de agosto de 2021, mantuve con el general de brigada Arlt. Era una tarde de domingo, estaba reunida en la octava planta de la Cancillería deliberando sobre la situación en Afganistán con el vicescanciller Olaf Scholz, la ministra de Defensa Annegret Kramp-Karrenbauer, el ministro de Asuntos

Exteriores Heiko Maas, el ministro del Interior Horst Seehofer, la ministra de la Cancillería Helge Braun y el inspector general de la Bundeswehr Eberhard Zorn. El Centro de Estrategia de la Cancillería había establecido una conexión con el general en el aeropuerto de Kabul. Él nos describió con precisión y de manera estructurada los tensos y, en parte, caóticos acontecimientos, nosotros lo escuchamos muy pendientes de sus palabras. En mi nombre y en el de toda la mesa redonda le di las gracias de todo corazón a él y a sus soldados por su labor y les deseé un pronto regreso. Tan solo podíamos intuir qué estaban haciendo allí.

Nueve días antes, el viernes 13 de agosto de 2021, mi último día de vacaciones de verano, me informaron por teléfono —primero Helge Braun y a continuación Annegret Kramp-Karrenbauer

— de que la situación en Kabul se estaba agravando. En consecuencia, a la mañana siguiente, en el curso de una conferencia telefónica con los demás ministros responsables, le di luz verde a Annegret Kramp-Karrenbauer para preparar una operación de evacuación. El domingo 15 de agosto de 2021, después de que los talibanes tomaran el control de la ciudad, el presidente afgano Ashraf Ghani, en el cargo desde septiembre de 2014, huyó de Kabul. En el aeropuerto se encontraban miles de personas desesperadas esperando poder abandonar la capital afgana.

El domingo por la noche informé vía conferencia telefónica a los vicepresidentes de partido y del grupo parlamentario de los partidos representados en el Bundestag sobre los planes del gobierno federal para una operación de evacuación. Al día siguiente, el lunes 16 de agosto de 2021, en una videoconferencia a las seis de la tarde les informé acerca del inicio de la misión, y a las siete menos cuarto aparecí ante la prensa en la Cancillería. La comunidad internacional estaba huyendo de los talibanes. Hablé de un acontecimiento amargo, dramático y espantoso tanto para los millones de afganos que habían instituido la democracia, los derechos de las mujeres y la educación como para Alemania y todas las naciones aliadas que,

bajo la dirección de Estados Unidos y la OTAN, llevaban luchando contra el terrorismo y a favor de estructuras más liberales en Afganistán desde el ataque del 11 de septiembre de 2001. Durante todos aquellos años, un

total de 93.000 soldados de la Bundeswehr habían dado lo mejor de sí, 59 habían perdido la vida y muchos otros regresaron con daños físicos y mentales.

Por eso consideraba importante que la Cruz de Honor al valor de la Bundeswehr fuera la más alta distinción militar. La había instituido en 2008 el ministro de Defensa Franz Josef Jung después de que a partir de 2005 se hubieran hecho progresivamente más peligrosas las condiciones para los soldados alemanes en el marco del mandato de la International Security Assistance Force (ISAF, siglas inglesas de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad) en Afganistán, que había sido convenido en diciembre de 2001 con miras a la estabilización y reconstrucción del país. Jung y yo entregamos las primeras cuatro medallas el 6

de julio de 2009 en la Cancillería Federal.

Sabía lo duras y peligrosas que eran las condiciones de vida y servicio en Afganistán por mis conversaciones con soldados y policías durante visitas a nuestras tropas en Kabul, en Camp Marmal, ubicado en Mazar-e-Sharif, y en el campamento de Kunduz, situado en el norte del país.

El 15 de agosto de 2007 lo recordé con dolor cuando me enteré de que Jörg Ringel, guardia de mi unidad de seguridad personal, había muerto en Afganistán. Era comisario jefe de la Oficina Federal de Investigación Criminal y había sido comisionado temporalmente al Ministerio de Asuntos Exteriores para dirigir la unidad de seguridad personal del embajador alemán Hans Ulrich Seidt en Kabul. Murió junto con sus colegas Mario Keller y Alexander Stoffels cuando, de camino a las prácticas de tiro, una carga explosiva detonó bajo su

vehículo. Conocía a Jörg Ringel desde hacía muchos años y valoraba mucho su trabajo. Era un hombre tranquilo, centrado, y siempre amable. A finales de 2006 me habló con orgullo de su comisión de servicios.

Le felicité por hacer frente al nuevo y enorme desafío, y le dije que me alegraría enormemente su vuelta al cabo de un año a mi unidad de seguridad personal. Ahora, tres días después de su muerte, me encontraba en la catedral de Berlín en su funeral y el de sus dos compañeros.

Además del ministro del Interior Wolfgang Schäuble, también habló el embajador Seidt, que dijo:

—Señora canciller, sé que a él le gustaba muchísimo trabajar para usted.

Me recorrió un escalofrío por la espalda, me sentí desamparada y únicamente fui capaz de pensar en el tesoro que es para nuestro país que existan personas como Jörg Ringel dispuestas a proteger a los demás, a salvar vidas durante emergencias y a jugarse la propia en el intento.

Como canciller, yo también requería esta protección a diario. Al principio tuve que acostumbrarme a la incesante compañía y en ocasiones sentí el impulso de escapar de la protección constante. No lo hice, ya que me habría puesto en peligro a mí misma y a mis guardaespaldas, y además no habría mostrado el respeto necesario hacia su labor y, por ende, hacia el Estado para el que tanto ellos como yo trabajábamos. Todos los que sirvieron en mi unidad de seguridad personal y en el destacamento de avanzada intentaron adaptarse lo mejor que pudieron a mis singularidades. Gracias a ellos pude realizar mi labor estando protegida durante dieciséis años. Esto era en especial importante en los viajes más peligrosos, como mis cinco visitas a Afganistán.

El 20 de enero de 2009, sucediendo a George W. Bush, Barack Obama tomó posesión del cargo de presidente de Estados Unidos. Una de sus primeras decisiones de política exterior fue reevaluar el despliegue estadounidense en Irak y Afganistán. En Irak había estacionados casi 150.000 soldados estadounidenses. Tras la caída en 2003 del dictador iraquí Sadam Huseín, los estadounidenses desarticularon rápidamente las estructuras estatales de su régimen. No obstante, la reconstrucción de un Estado estable resultó más que difícil. Obama decidió que para 2011 la

retirada de las tropas estadounidenses sería total. Siempre había considerado la guerra de Irak un error, y tenía razón.

Después del inicio de la guerra de Irak en marzo de 2003, las fuerzas estadounidenses en Afganistán fueron reduciéndose intermitentemente. Como consecuencia, los talibanes, que a finales de 2001 habían sido expulsados por los estadounidenses, volvieron a ganar influencia a partir del verano de 2003. Por consiguiente, Obama aumentó el número de soldados estacionados, que pasaron de unos 30.000 en 2008 a unos 110.000 en 2011. La función central de su despliegue debía pasar gradualmente a la formación del ejército y la policía afganas. Según el plan de Obama, a partir de 2011, la responsabilidad de las regiones del país debía ser trasladada escalonadamente a las fuerzas de seguridad afganas. A finales de 2014 debía concluir el mandato de estabilización de la ISAF, y a partir de 2015 sería sustituido por la misión «Resolute Support»

de la OTAN para la formación y asesoramiento. Estados Unidos tendría estacionados en el país menos de 10.000 soldados, y Alemania pasaría de los hasta entonces 5.000 soldados a menos de 1.000. Por encima de todo, en conversaciones con los responsables pakistaníes, el gobierno estadounidense exigió que el país debía suspender su apoyo a los talibanes en Afganistán. El presidente afgano Hamid Karzai, que ocupaba el cargo desde 2001, a través de su gobierno debía fortalecer con mayor eficacia las estructuras

estatales, luchar contra la corrupción y el cultivo de estupefacientes, y conseguir así la confianza de su pueblo. Nacido en 1957, Karzai era pastún, había estudiado ciencias políticas en India y había ocupado numerosos cargos políticos. Al mismo tiempo, estaba muy arraigado a su tierra. Mis conversaciones con él siempre fueron amistosas. Ensalzó nuestro compromiso y prometió hacer todo lo posible por atajar la corrupción y el nepotismo. Parecía saber exactamente lo que queríamos oír, pero en realidad apenas hubo cambios. Su reelección en 2009 se vinculó a gran cantidad de acusaciones de fraude electoral. En mis conversaciones con él nunca conseguí entender del todo su posición y proceder, a menudo me pareció impenetrable.

Esto también preocupó a nuestros soldados en el trato con sus colegas afganos. Durante mis visitas, me informaron con frecuencia de que les resultaba imposible valorar si un soldado afgano tenía intenciones amistosas u hostiles. Esto producía en los formadores alemanes una sensación de inseguridad respecto a sus compañeros afganos. La misión exigía demasiado de nuestros soldados y sus familias.

Para ponerle rostro al comienzo de su mandato, en junio de 2009 Barack Obama nombró al general Stanley McChrystal —hasta entonces comandante en jefe de las Fuerza Especiales estadounidenses— comandante en jefe de la ISAF y del contingente del Ejército de Estados Unidos en Afganistán. McChrystal quería hacer todo lo posible para reducir las víctimas civiles de las operaciones militares de las tropas extranjeras, esperaba mejorar así la aceptación de su presencia por parte del pueblo afgano. Tanto más trágico fue que tres meses más tarde, la noche del 4 de septiembre de 2009, un viernes, murieran al menos noventa civiles como consecuencia de una misión de la ISAF en Kunduz, cuando el comandante del campamento alemán dio la orden de bombardear desde el aire dos camiones cisterna llenos de gasolina que habían robado los talibanes, y que habían quedado encallados en un banco de arena al cruzar el río Kunduz, a pocos kilómetros del

campamento. El comandante temió que utilizaran los camiones cisterna como bombas rodantes contra el campamento, así que presupuso que las personas que se encontraban cerca de los vehículos eran talibanes. El ministro de Defensa Franz Josef Jung hizo suya esta interpretación en la mayor medida posible.

Dos días después, el domingo 6 de septiembre de 2009, la CDU dio en el pabellón ISS Dome de Düsseldorf el pistoletazo de salida de la campaña a las elecciones generales, que tendrían

lugar el 27 de septiembre de 2009. Antes de que empezara el acto, me llevé a un lado a Jung y hablé con él de la posibilidad de que también hubiera habido víctimas civiles. Según los comunicados de las agencias sobre un reportaje de *The Washington Post*, era más que probable que en el bombardeo de los camiones cisterna hubieran muerto al menos dos docenas de civiles.

Era necesario enfrentar la realidad, por eso dos días después, el 8 de septiembre de 2009, durante una declaración del gobierno en el Bundestag, destacué que respecto a las víctimas civiles había notificaciones contradictorias que era necesario aclarar. Al mismo tiempo subrayé inequívocamente que cada persona inocente muerta era una persona muerta de más, y que a la vista de las acciones alemanas deploraba la situación.

El 28 de octubre de 2009, durante la formación de mi nuevo gobierno, hice un cambio en el Ministerio de Defensa. La cartera pasó de la CDU a la CSU, y siguiendo su recomendación, el hasta entonces ministro de Economía Karl-Theodor zu Guttenberg se convirtió en nuevo ministro de Defensa. Era joven, elocuente y no eludía el conflicto. Lo demostró a los pocos días de tomar posesión del cargo, cuando habló sobre el estado marcial en Afganistán y expresó comprensión hacia los soldados que describían su misión como guerra. Esto era algo nuevo. Hasta entonces, Franz Josef Jung y yo habíamos hablado de misiones de combate, pero nunca habíamos utilizado la palabra «guerra». No obstante, a la vista de

las bajas, los heridos y las numerosas escaramuzas y ataques con explosivos, Guttenberg había puesto el dedo en la llaga. Por otra parte, fue un orgullo constatar que él fuera el primero y único en llamar a las cosas por su nombre. Que yo recuerde, no acordó antes conmigo la elección de las palabras. Pero ahora, dado que Guttenberg había hecho una nueva descripción de la situación, renuncié a una discusión que difícilmente ganaría y, a mediados de noviembre de 2009, en el curso de una entrevista con el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* dije: «Desde el punto de vista de nuestros soldados, imperan en partes de Afganistán unas condiciones similares a las de una guerra, aun cuando el término

“guerra” utilizado en el derecho internacional clásico no sea aplicable a la situación actual».

El 28 de enero de 2010 tuvo lugar la Conferencia de Londres para Afganistán. En nombre del gobierno federal participó el ministro de Asuntos Exteriores Guido Westerwelle. Tal como había previsto Obama, los participantes en la conferencia acordaron transferir progresivamente a las instituciones afganas entre el verano de 2011 y finales de 2014 la responsabilidad de la reconstrucción y la seguridad de Afganistán. En la ciudad de Mazar-e-Sharif esto se efectuó ya en el verano de 2011. Dos años después, en octubre de 2013, los soldados alemanes traspasaron el campamento de Kunduz. Era un secreto a voces que en octubre de 2013 la situación de seguridad allí era todo lo contrario a satisfactoria. Aun así, el campamento cambió de manos porque así lo preveía el proceso de transferencia. Esto demostraba sus debilidades. Puesto que la comunidad internacional había decidido que concluiría su misión en el año 2014, perdió su influencia para el período posterior a dicha fecha. En cualquier caso, después de la transferencia no podía garantizar que a largo plazo los responsables afganos pudieran imponerse a los talibanes. Fue casi inevitable que, dos años después, en septiembre de 2015, los talibanes reconquistaran la primera gran ciudad, Kunduz. Si bien con ayuda aérea de los estadounidenses el ejército afgano pudo arrinconar a los talibanes,

la operación mostró con claridad lo imperiosamente necesaria que era aún la presencia del ejército estadounidense.

Esto contradecía el plan de Obama de reducir de nuevo claramente para el final de su mandato, a principios de 2017, el número de tropas de casi 8.400 soldados. Durante su visita a la inauguración de la Feria de Hannover los días 24 y 25 de abril de 2016, le expliqué mis impresiones acerca de la región de Kunduz, y teniendo en cuenta la difícil situación en

Afganistán hablé en favor de reconsiderar la decisión sobre el futuro número de efectivos. Me tranquilizó cuando un par de semanas más tarde, tras una intensa discusión en el seno de su gobierno, decidió, el 6 de julio de 2016, un día antes del inicio de la cumbre de la OTAN en Varsovia, dejar en el país a sus 8.400 soldados dada la precaria situación en Afganistán. En Varsovia decidimos alargar más allá de 2016 la misión Resolute Support.

Tampoco con Ashraf Ghani, presidente desde septiembre de 2014, hubo avances dignos de mención en la lucha contra la corrupción, ni progresos en el proceso de reconciliación entre el gobierno y los talibanes, mientras que Pakistán seguía apoyando a estos últimos. Esto dificultaba nuestra cooperación al desarrollo, si bien muchos afganos hacían todo lo posible por mejorar sus vidas y las de sus hijos, y por ello trabajaban estrechamente con los representantes alemanes. En lo concerniente a la implantación de recursos, Afganistán se convirtió en el país socio más importante para la cooperación al desarrollo alemana: aumentamos la ayuda bilateral de 77

millones de euros en el año 2007 a más de 450 millones de euros en el año 2016. Esto obedecía a nuestra convicción de que sin desarrollo no habría seguridad y de que sin seguridad no habría desarrollo. Los ministerios de Defensa, Asuntos Exteriores, Interior, así como el ministerio de Cooperación al Desarrollo lograron coordinarse cada vez mejor. Además del apoyo militar de la

Bundeswehr, que comprendía su contribución al desarrollo de infraestructura y al impulso de estructuras policiales con capacidad de acción, nuestra ayuda se centró en los ámbitos del abastecimiento de agua y electricidad, la construcción y el Estado de derecho. Si en 2011, el 20

% de los afganos disponían de agua potable y electricidad, diez años después sería entre el 70 y el 90 %. En los veinte años transcurridos, la mortalidad infantil se había reducido a la mitad, y millones de niñas podían asistir a las escuelas.

Tras su acceso a la presidencia el 20 de enero de 2017, el sucesor de Barack Obama, Donald Trump, decidió incrementar hasta 15.000 el número de soldados estadounidenses estacionados en Afganistán. A la par, en 2019 el gobierno de Trump empezó a negociar con los talibanes la retirada de las tropas internacionales. El 29 de febrero de 2020, el enviado especial estadounidense para Afganistán nombrado por Trump, Zalmay Khalilzad, y el director de la oficina política de los talibanes, Abdul Ghani Baradar, firmaron un acuerdo en Doha por el que las tropas internacionales se comprometían a abandonar Afganistán antes del 1 de mayo de 2021.

El gobierno afgano electo y otros Estados no participaron en estas conversaciones. Así se hizo evidente el equilibrio de poder: primero, en todos los aspectos, Estados Unidos era el actor decisivo en esta misión de la OTAN y los aliados dependían de sus decisiones; segundo, para Trump, claramente el gobierno electo de Afganistán había dejado de ser un factor para tener en cuenta. El destino del país estaba sellado. Ahora los talibanes tan solo tenían que esperar a la retirada. El sucesor de Trump, Joe Biden, que accedió a la presidencia el 20 de enero de 2021, logró que el Consejo de la OTAN ampliara el plazo hasta el 11 de septiembre, pero, por lo demás, no quiso cambiar de curso y dar un giro de 180 grados, sino concluir la misión tras veinte años, a pesar de que muchos expertos advirtieron de los peligros de la cesión del poder a los talibanes. La salida de los estadounidenses significó *de facto* el final de la misión de la OTAN.

El 29 de junio de 2021, los últimos soldados alemanes abandonaron Camp Marmal en Mazar-e-Sharif.

El 16 de agosto de 2021, el día que comenzaba el puente aéreo entre Kabul y Taskent, en una rueda de prensa afirmé desafiante: «En fin, está claro que debemos tomar nota de que en la misión de la OTAN en Afganistán ni Alemania ni las fuerzas europeas tienen un papel independiente. De hecho, siempre hemos dicho que dependemos de las decisiones del gobierno estadounidense». Así era, pero también era verdad que Estados Unidos era con mucha diferencia

el que cargaba con el mayor peso de la misión. Por lo tanto, era de esperar que predeterminara las decisiones.

¿Qué más? Después del 11 de septiembre de 2001, fue correcto apoyar a Estados Unidos con la primera misión de la OTAN sobre la base del artículo 5 del estatuto de la organización. Entonces existía la esperanza justificada de que tras el final de la misión no se producirían desde Afganistán más ataques terroristas como los de Nueva York. Pero constatamos que fracasamos en lo referido a los demás objetivos. Quisimos construir estructuras liberales duraderas, robustecer el Estado de derecho, la democracia y los derechos humanos —sobre todo aquellos de las mujeres y las niñas—, así como hacer posible una vida sin acosos para los periodistas, artistas y emprendedores. Nada de esto le fue posible a la comunidad internacional. ¿Por qué? ¿Por qué no se logró un acuerdo de paz afgano? ¿Nos esforzamos lo suficiente para conseguir una pacificación política y un proceso en efecto inclusivo? ¿Deberíamos habernos tomado más en serio las grandes diferencias culturales y ponderar mejor la experiencia histórica?

¿Subestimamos el alcance de la corrupción y su impacto en los responsables? ¿Fue un riesgo excesivo fijar una fecha para la retirada? Estas preguntas habían quedado sin respuesta, y el 25

de agosto de 2021, en una declaración de gobierno en el Bundestag, yo las formulé.

En el fondo, las respuestas eran evidentes. Afganistán tiene como vecinos: al norte, los estados centroasiáticos de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán; al oeste, Irán; y al este y el sur, Pakistán. Las conexiones geográficas y étnicas, las experiencias históricas y las diferencias culturales respecto a nosotros tenían más peso del que yo había imaginado. Tras la expulsión en 2001 de los talibanes, la sociedad afgana no pudo movilizar suficientes recursos propios para un desarrollo carente de corrupción, nepotismo o del cultivo de narcóticos. No fue posible forzar tal desarrollo desde fuera. Teniendo en cuenta la situación en las propias instituciones, resultaba comprensible que los afganos no confiaran en los representantes de su Estado. Además, los talibanes contaban con el apoyo del aparato estatal pakistaní. Ya solo por esto, el proceso de reconciliación afgano no tuvo posibilidades de éxito. Los talibanes sabían que, protegidos por sus poderosos aliados vecinos, ellos no tenían necesidad de asumir compromiso alguno con el gobierno electo de Kabul. La fecha fijada para la retirada de las tropas internacionales hizo el resto. La comunidad internacional había establecido unos objetivos demasiado ambiciosos. De modo que ahora solo queda apoyar al pueblo afgano mediante la ayuda humanitaria. De hecho, ello es imprescindible.

LIBIA

A primera hora de la tarde del domingo 19 de enero de 2020, me encontraba en la planta baja de la Cancillería junto al secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres, para saludar a su llegada en coche al patio de honor a invitados de once países, así como de la Unión Europea y Africana, y de la Liga Árabe, y para hacernos cada vez una foto juntos. Entre los invitados estaba el presidente francés, Emmanuel Macron; el de Rusia, Vladímir Putin; el de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan; el de Egipto, Abdelfatah al Sisi; el de Argelia, Abdelmadjid Tebboune; y el de la República del Congo,

Denis Sassou-Nguesso. También se encontraban allí mis colegas de Gran Bretaña e Italia, Boris Johnson y Giuseppe Conte; el ministro de Asuntos Exteriores estadounidense, Mike Pompeo; y el de los Emiratos Árabes Unidos —el día anterior ya me había visitado el príncipe de la corona, el jeque Mohamed bin Zayed bin Sultan Al Nahyan—; así como el director para Asuntos Exteriores en el politburó del Partido Comunista de China, Yang

Jiechi. Guterres, el ministro de Asuntos Exteriores, Heiko Maas, y yo habíamos invitado a todos a una Conferencia sobre Libia en Berlín porque habían fracasado todos los intentos de las Naciones Unidas por estabilizar el país con su misión de apoyo político de la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia (UNSMIL, siglas inglesas de la United Nations Support Mission Libya), creada en septiembre de 2011 por el Consejo de Seguridad de la ONU. Libia no tenía un Parlamento reconocido por todos los actores políticos, ni tampoco un gobierno estable; no había un monopolio estatal del uso de la fuerza, y el control de la seguridad estaba en manos de un sinnúmero de milicias. Libia se había convertido en un juguete de los intereses regionales.

Turquía apoyaba el gobierno de transición reconocido por la comunidad internacional, liderado por el primer ministro Fayed al Sarraj en Trípoli, y había enviado allí a sus propios soldados.

Egipto y los Emiratos Árabes Unidos veían el futuro de Libia en el Parlamento de Tobruk, al este del país, y suministraron armas a las tropas del general Jalifa Hafter, aliado del Parlamento; mientras que Rusia había enviado a las tropas del grupo Wagner para apoyar a los mercenarios de Hafter. Se había llegado a altercados violentos entre los diferentes representantes de Libia. La Unión Africana protestaba porque la comunidad internacional ignoraba y torpedeaba sus esfuerzos por lograr una reconciliación en Libia. Los presidentes de Estados africanos me habían recriminado una y otra vez que la OTAN era cómplice de la inestabilidad de África occidental: después de 2011, parte de las extensas existencias de armamento de Libia

habían ido a parar a manos de grupos terroristas que operaban en África occidental y desestabilizaban a países como Malí, Níger y Burkina Faso. Libia era un punto de partida para migrantes y refugiados de muchos países africanos que en condiciones inenarrables y arriesgando la vida intentaban llegar a Europa.

Desde mediados de enero de 2011, nueve años antes de la Conferencia para Libia en la Cancillería, el país había experimentado un estado de agitación y manifestaciones contra el autodesignado jefe de Estado revolucionario Muamar el Gadafi y su largo régimen de terror. En otros países árabes también hubo protestas contra los gobernantes autócratas. La Primavera Árabe había empezado en Túnez en 2010. En Libia, Gadafi atacó con las armas a los manifestantes, sin embargo, perdió rápidamente el control del país y se desarrolló una situación de guerra civil. Sobre todo Francia y Gran Bretaña, pero también Estados Unidos, reclamaron un ataque militar para proteger a la población civil. El 17 de marzo de 2011, el Consejo de Seguridad de la ONU acordó la resolución 1973 que, entre otras cosas, requería una zona de exclusión aérea. Bajo la dirección de la OTAN, el 19 de marzo de 2011 empezó una misión militar internacional para hacer valer la resolución. Con el apoyo militar de la OTAN y sus aliados, los insurrectos libios armados tomaron el 23 de agosto de 2011 la residencia de Gadafi.

El 20 de octubre de 2011, aviones de la OTAN atacaron el convoy de vehículos en el que intentaba escapar de su ciudad natal, Sirte. Los rebeldes apresaron a Gadafi y poco después lo mataron. El 31 de octubre de 2011, la OTAN finalizaba su misión.

En el acuerdo de la resolución 1973, Alemania —entonces miembro no permanente del Consejo de Seguridad— se había abstenido. El ministro de Asuntos Exteriores Guido Westerwelle y yo teníamos presente el caos en Irak después de la caída de Sadam Huseín en la primavera de 2003, y contemplamos la situación en Libia con el mismo telón de fondo. No conocíamos los objetivos políticos de los insurrectos. Desde nuestro punto de vista, la caída violenta de

Gadafi estaba coligada a muchos imponderables y riesgos *a posteriori*. Con nuestra abstención queríamos, por un lado, hacer patente nuestro escepticismo frente al camino elegido por nuestros aliados Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, y, por otro, tampoco queríamos apuñalarlos por la espalda. Fuimos severamente criticados por nuestra decisión. Se nos acusó de

debilitar a la OTAN y la relación transatlántica por miedo al uso de medios militares. Quise hacer algo para desmentirlo. Por eso, el 9 de septiembre de 2011, durante un discurso para celebrar el cincuenta aniversario del grupo de debate de Bergedorf en Berlín, cita de políticos y expertos internacionales de alto rango, presenté una propuesta: como la OTAN no puede resolver todos los conflictos del mundo, en el futuro debería dar mayores responsabilidades a países emergentes y a organizaciones regionales. Estos deberían obtener capacitación mediante asesoramiento, formación por parte de personal civil y militar, así como mediante la dotación de infraestructura y equipamiento, incluidas armas y municiones. A partir de estas reflexiones se desarrolló un nuevo instrumento de política exterior y de seguridad, la denominada «iniciativa de fortalecimiento» del gobierno alemán, para la que desde 2016 se dispusieron unos recursos financieros iniciales de 100 millones de euros, que en 2020 aumentaron hasta 195. Muchos de los proyectos financiados con este dinero se dedicaron a la mejora de las estructuras de seguridad en Malí, Níger, Ghana, Senegal y Nigeria, entre otros. Por sí sola, esta iniciativa no pudo impedir que en especial sin una estabilización de Libia, la situación de la seguridad en África occidental empeorara.

Casi nueve años después del inicio de la intervención militar en Libia, la situación me confirmó el escepticismo de entonces. Pero no podía ni quería abandonar: sin estabilidad política en Libia y en los países de tránsito como Níger, la lucha contra la migración ilegal no era posible. La distancia desde la costa de Libia hasta la isla italiana de Lampedusa, hacia la cual emprenden aún hoy el camino en barco los refugiados, es de menos de 300 kilómetros. Por eso el ministro de

Asuntos Exteriores Heiko Maas y yo decidimos apoyar a las Naciones Unidas y a su enviado especial Ghassan Salamé, y también invitarlo a la conferencia de Berlín. Habían precedido el encuentro extensas preparaciones. En la gran sala de reuniones de la Cancillería, antes de la conferencia, en la que no participaron, hablé con el primer ministro Al Sarraj y también con el general Hafter. Acordamos una tregua, un embargo de armas y un proceso político, era un primer paso para el final de las disputas armadas en el país.

A continuación, la situación en Libia se tranquilizó un tanto, sin embargo, no se produjeron avances en el desarrollo de estructuras de estado estables. Ocurrió lo mismo con las conferencias siguientes en las que participé antes de dejar el cargo, en junio de 2021, en Berlín, y en noviembre del mismo año, en París. Desde el ataque de Rusia a Ucrania, el 24 de febrero de 2022, se ha alejado aún más la posibilidad de éxito de los esfuerzos internacionales por ayudar a Libia, en parte porque no es concebible que la comunidad internacional pueda reunirse de nuevo con el presidente ruso Putin para negociaciones de esta índole.

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

En su acuerdo de coalición del 26 de octubre de 2009, la CDU, la CSU y el FDP acordaron que el ministro de Defensa establecería una comisión encargada de elaborar, para finales de 2010, una propuesta de los pilares sobre los que se sentaría una nueva estructura de organización de la Bundeswehr, incluida la racionalización de las estructuras de mando y la administración.

Además, en principio, acordamos continuar con la obligatoriedad del servicio militar, pero también reducir de nueve a seis meses hasta el 1 de enero de 2011 la duración del servicio militar básico. Por un lado, desde el final de la Guerra Fría, la política de seguridad había cambiado radicalmente, y, por otro, la CDU, la CSU y el FDP discrepaban sobre el futuro del servicio militar obligatorio; la CDU y la CSU querían mantenerlo, y, personalmente, yo también. Ya desde

Konrad Adenauer el compromiso con el servicio militar obligatorio y con el ciudadano en

uniforme formó parte de nuestro credo, y se convirtió en símbolo de un Estado capaz de defenderse. Por su parte, los liberales querían suprimirlo, y disponían de argumentos irrefutables.

A raíz de la reducción continuada de la duración del servicio militar básico y de las nuevas exigencias a los soldados, consecuencia de las misiones en el extranjero, ya solo prestaba servicio menos del 20 % de un reemplazo.

Entre finales de 2009 y principios de 2010 continuábamos luchando contra las consecuencias de la crisis financiera mundial. Además, en 2009 incluimos en la legislación básica el freno a la deuda, que entró en vigor en 2016. A partir de entonces, la nueva deuda no podía superar el 0,35

% del producto interior bruto nominal. Cuando en junio de 2010 el gobierno federal elaboró los presupuestos para 2011, Wolfgang Schäuble, ministro de Finanzas, insistió en que entre los años 2011 y 2014 debíamos ahorrar 80.000 millones de euros. Tras dieciséis horas de deliberaciones en una sesión a puerta cerrada del consejo de ministros y en rondas menores que tuvieron lugar el 6 y 7 de junio de 2010, la coalición desarrolló un catálogo de medidas en el que además de ahorros en el ámbito social, la introducción de un impuesto al combustible para las centrales nucleares, un impuesto al tráfico aéreo, así como la transferencia de dividendos de los ferrocarriles a los presupuestos federales, también se incluyó una reducción de la Bundeswehr.

Schäuble esperaba de esta manera ahorrar 2.000 millones de euros anuales en el presupuesto de defensa. Sin embargo, Guttenberg estaba fuera de sí. Entretanto había amanecido. Sabía que desde el punto de vista de política presupuestaria, el ahorro era necesario y le rogué que reflexionara con calma, hablara con sus colaboradores en

el ministerio y que dos horas después se reuniera conmigo en mi despacho.

Cuando regresó, argumentó sin ambigüedades y con claridad el caso: si había que ahorrar 2.000 millones de euros anuales en su ámbito, únicamente permanecería en el cargo si el gobierno federal decidía lo realmente necesario, incluido el debate sobre la suspensión del servicio militar obligatorio. No tenía duda de que lo decía en serio, y sus argumentos eran convincentes. Si solo una quinta parte del reemplazo prestaba el servicio básico, ya no se podía hablar de justicia militar —cuando imponía por igual el servicio militar obligatorio a todos los varones alemanes—; y mejor callar respecto a la fuerza y el poder de la Bundeswehr después de reiteradas reducciones. Reflexioné un poco al respecto y le pedí que procediera de una manera algo insólita: debía visitar todas las federaciones de los *Länder* de la CDU y en calidad de ministro promover su iniciativa y, además, convencer a su propio partido, la CSU. Si lo conseguía, daría los pasos necesarios para suspender el servicio militar obligatorio. Guttenberg accedió de inmediato, consensuó el ahorro y sin más demora puso manos a la obra. Siempre que visitaba una federación, la mayoría de las veces la ejecutiva, su poder de convicción era suficiente para obtener su aprobación. También se podía decir que era muy popular. Además, fue útil que únicamente quisiera suspender el servicio militar obligatorio mediante una simple ley, y no derogarlo. De este modo, cuando fuera necesario por cambios en el marco de la política de seguridad quedaba la posibilidad de levantar la suspensión del servicio. Y un detalle importante que a veces pasamos por alto: no hubo que cambiar el artículo 12a de la Ley Fundamental sobre el servicio militar obligatorio.

El 12 y 13 de septiembre de 2010 tuvo lugar una sesión a puerta cerrada de la presidencia de la CDU en la que se trató también el tema de la Bundeswehr. Enseguida nos pusimos de acuerdo en que para los días del congreso del partido en Karlsruhe —del 14 al 16 de noviembre de 2010

— prepararíamos una resolución sobre la suspensión del servicio militar.

El 22 de octubre de 2010, la comisión para la estructuración del ejército convenida en el acuerdo de coalición, y que se había formado en abril bajo la dirección de Frank-Jürgen Weise,

presidente de la junta directiva de la Agencia Federal de Empleo y coronel en la reserva, presentó el informe titulado «Pensar desde el punto de vista del despliegue: concentración, flexibilidad, eficacia». A partir del análisis de que los alemanes vivían en una paz y libertad fuertemente insertadas en un sistema trasatlántico de seguridad y cooperación, y teniendo en cuenta las nuevas amenazas y riesgos para la seguridad fuera de nuestra proximidad, la comisión consideró que en el futuro cercano ya no era necesario el servicio militar obligatorio y que debían suspenderse el alistamiento y el llamamiento a filas.

En el congreso del partido del 29 octubre de 2010, la CSU aprobó la suspensión del servicio militar obligatorio. En el congreso federal de la CDU, el 14 de noviembre de 2010, Guttenberg pronunció un aplaudido discurso ante los delegados, tras el cual debatimos la moción «El futuro de la Bundeswehr» y procedimos a una votación abierta. Tras echar una mirada por la sala, Peter Hintze, presidente del congreso, explicó:

—Con una cifra considerable de votos en contra y algunas abstenciones, se acepta el concepto para la Bundeswehr de la proposición E1.

A pesar de todo, la mayoría fue inequívoca. El 15 de diciembre de 2010, el gabinete decidió suspender el servicio militar obligatorio a partir del 1 de julio de 2011. El 24 de marzo hizo lo propio el Bundestag. Con los votos de la CDU/ CSU, el FDP y la Alianza 90/Los Verdes se aprobó la ley de Modificación de la Ley Militar y, en el marco de esta, un servicio militar voluntario, así como un servicio de

voluntariado en sustitución del servicio civil. Permaneció intacto el artículo 12a de la Ley Fundamental, según el cual todo ciudadano alemán varón «que haya cumplido 18 años [puede] ser llamado a servir en las Fuerzas Armadas, la Policía Federal de Fronteras o en una entidad de defensa civil». Se había suspendido el servicio militar obligatorio, pero no se había suprimido.

LOS BALCANES OCCIDENTALES

A primera hora de la tarde del 30 de enero de 2014, me reuní con el vicescanciller y ministro federal de Economía Sigmar Gabriel, el ministro federal de Asuntos Exteriores Frank-Walter Steinmeier, el ministro del Interior Thomas de Maizière, la ministra de Cultura Monika Grütters y el jefe de la Cancillería Federal Peter Altmaier. Nos habíamos citado para reflexionar sobre cómo queríamos estructurar el año 2014, rico en conmemoraciones: 25 años antes había caído el Muro, 65 años atrás se había fundado la República Federal de Alemania, 75 años antes había empezado la Segunda Guerra Mundial y 100 años antes, la Primera. Esbozamos planes para los actos. Las propuestas giraron en torno a la conmemoración histórica. En algún momento, Sigmar Gabriel nos interrumpió y dijo:

—Aquí estamos tratando únicamente del pasado, ¿no deberíamos pensar también en los problemas actuales y en qué hemos aprendido de la historia?

—Tiene razón, precisamente en lo que respecta a la Primera Guerra Mundial. Tras las guerras de la década de 1990 en Yugoslavia, tenemos que poder garantizar una coexistencia pacífica a largo plazo en los Balcanes occidentales, y nos queda mucho trabajo por delante —respondí.

Eslovenia y Croacia ya eran miembros de la Unión Europea; Serbia, Montenegro y la antigua república yugoslava de Macedonia — entonces aún era necesario aclarar la cuestión de la denominación— eran candidatos a adherirse; y Albania, Kosovo y Bosnia y

Herzegovina eran candidatos potenciales, pero en nuestra mesa de diálogo mostramos preocupación por las tensiones constantes, sobre todo entre Serbia y Kosovo, y también en los propios países, como en Bosnia y Herzegovina. En 2014, cien años después del inicio de la Primera Guerra Mundial, la

paz en la región seguía siendo frágil. Serbia no había reconocido la independencia de Kosovo. El contingente de la Kosovo Force (KFOR, Fuerza de Kosovo) estacionado allí era el símbolo de los múltiples esfuerzos de la comunidad internacional, en especial la OTAN, la UE y Estados Unidos, para finalizar el derramamiento de sangre y la violencia consecuencia del desmoronamiento de la antigua Yugoslavia y para hacer posible, junto con Albania, un desarrollo pacífico en los Balcanes occidentales. En Kosovo seguían desplegados casi 700

soldados de la Bundeswehr. La misión duraba ya casi quince años.

En marzo de 1999, por primera vez en su historia la Bundeswehr participó en una misión de combate con su fuerza aérea. Como parte de la Operación Fuerza Aliada de la OTAN, las fuerzas de combate aéreas lucharon contra las tropas serbias y yugoslavas del presidente Slobodan Milošević, que habían procedido con brutalidad contra el pueblo albanés de la provincia de Kosovo y, para impedir su independencia, lo habían empujado a huir. Tras el exitoso final de la operación, el 10 de junio de 1999 el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó la resolución 1244

por la cual, bajo la dirección de la OTAN, se desplegaría en Kosovo la KFOR para controlar la retirada de la fuerza armada serbia y la posterior desmilitarización gradual de Kosovo, en la que participaron 50.000 soldados de cuarenta naciones, entre ellos 6.000 soldados de la Bundeswehr.

De este modo hicieron posible el retorno de los que habían huido. Pero tan solo una implicación militar no podía garantizar un

desarrollo estable. Pasarían muchos años antes de que todos los Estados de la región pudieran ser miembros de la Unión Europea.

—¿Por qué no invitamos a los Estados de los Balcanes occidentales a un encuentro para fortalecer la cooperación entre los países que aún no son miembros de la UE? —pregunté a la mesa.

Gabriel asintió.

Frank-Walter Steinmeier objetó:

—¿No sería un poco presuntuoso que nosotros, los alemanes, con nuestra historia, iniciásemos una iniciativa como esta sin haberla coordinado con los demás en Europa?

Entendí a qué se refería. Pero también vi que perderíamos la oportunidad. Pues si primero teníamos que acordarlo con los 27 Estados miembros, probablemente acabaría el año antes de llegar a tomar una decisión. Se me ocurrió algo:

—Nosotros podríamos organizar la conferencia este año, y encontrar a otros que la organicen y continúen el año siguiente. Así todos tendrían interés en la oportunidad de convertirse en anfitriones. Y, por supuesto, debemos informar a la Comisión Europea y pedir su participación.

Desde allí se ponen en marcha todos los programas de cooperación con estos países.

Mi propuesta contó con la aprobación de la mesa. Acordamos que yo invitaría a la primera Cumbre de los Balcanes Occidentales que se celebraría el 28 de agosto de 2014 en la Cancillería.

Steinmeier sugirió que Austria fuera la anfitriona el año siguiente. Unos días después, cuando se lo expliqué por teléfono al canciller austríaco Werner Faymann aceptó de inmediato.

A lo largo de los años, estas cumbres, también conocidas como el Proceso de Berlín, tuvieron un gran éxito sobre todo gracias a que en ellas se acordaban y se llevaban aceleradamente a la práctica proyectos concretos entre la Comisión Europea y cada Estado individual de los Balcanes occidentales. Esto incluyó proyectos de infraestructura entre países, una obra conjunta para la juventud, así como cooperación científica. Es más, los jefes de Estado y de gobierno de los países de los Balcanes occidentales se reunieron con independencia de los actos del Proceso de Berlín y establecieron contactos intensivos a pesar de las tensiones constantes. Una y otra vez me dijeron que algo así no había sucedido antes. Estuvo bien que no esperáramos a que todos estos países fueran miembros de la Unión Europea para encontrar maneras de cooperar estrechamente.

Si bien mis colaboradores y yo pusimos mucho empeño e invertimos mucho tiempo, durante mi mandato no pudieron superarse todos los obstáculos. Estaba, y estoy, convencida de que solo se podrá asegurar una convivencia pacífica en la región si todos los estados de los Balcanes occidentales se convierten en miembros de la Unión Europea. Aunque el camino esté lleno de piedras, aún hay que andarlo.

ISRAEL

TRAS LAS HUELLAS DE ADENAUER

Mi primer viaje al extranjero como recién nombrada ministra federal para la Mujer y la Juventud me llevó, el 5 de marzo de 1991, a París; el segundo, que tuvo lugar del 7 al 9 de abril de 1991, a Israel. Llevaba menos de tres meses en el cargo y sentía curiosidad por el país de Oriente Próximo que gozaba de tanta fama en investigación y ciencia, el ámbito del que yo procedía.

Hasta la reunificación alemana, Israel fue en gran medida un país cerrado para mí, no podía ni pensar en visitarlo. Al no existir relaciones diplomáticas entre la RDA y el Estado de Israel, tampoco

era posible recibir correo. Como ya he descrito anteriormente, tuve que buscar otras vías para conseguir separatas de trabajos de investigadores israelíes cuando los necesitaba para mi tesis doctoral.

Por el contrario, en materia de investigación, la colaboración entre la antigua RFA e Israel se desarrolló de manera muy distinta. Ya seis años antes del inicio de las relaciones diplomáticas entre ambos países, en diciembre de 1959, el Weizmann Institute of Science — que lleva el nombre del primer presidente del Estado de Israel, Chaim Weizmann—, situado en Rechovot, una pequeña ciudad a veinte kilómetros al sur de Tel Aviv, invitó a Israel a los científicos de la Sociedad Max Planck. Poco después, la propia Sociedad Max Planck instituyó la Fundación Minerva, que a partir de 1964 se consagró a la cooperación germano-israelí en materia de investigación.

Mi viaje de abril de 1991 coincidió con la visita a Israel del ministro de Investigación y Ciencia, Heinz Riesenhuber. Viajamos en el mismo avión, pero una vez allí, nuestros programas de visita divergieron. La estancia de Riesenhuber llamó mucho más la atención que la mía. Al principio, esto me irritó; sin embargo, luego comprendí que se debía sobre todo a la enorme importancia que la investigación y la ciencia tenían para las relaciones entre ambos países. En las charlas con mis homólogos israelíes, el ministro de Educación, Sebulon Hammer, y el ministro de Asuntos Exteriores, David Levy, que de manera sorprendente y fuera de protocolo había solicitado un encuentro conmigo, puse énfasis en el trabajo juvenil. Hablé del «Verano del Encuentro» que había planificado mi ministerio. El objetivo era poner en contacto a jóvenes de los antiguos y nuevos *Länder*, pero ahora ampliaba la iniciativa e invité a Alemania a cien jóvenes israelíes para despertar el interés por Israel en los jóvenes de los *Länder* durante el Verano del Encuentro.

Viajé por última vez a Israel como política en activo treinta años después. A finales de agosto de 2021, me invitó en el transcurso de una conversación telefónica el recién nombrado primer ministro

Naftalí Bennett. Me dijo que tenía que volver sin falta. Expresé mis dudas sobre el sentido del viaje, ya que tendría lugar poco antes de las elecciones federales del 26 de septiembre de 2021. Bennett me respondió que, en cualquier caso, merecía la pena. Apaciguó mis reparos y poco después comenzaron los preparativos para una visita que duraría del 28 al 30 de agosto de 2021. No obstante, tuve que aplazar el viaje hasta octubre debido al desastre de la retirada de Afganistán. Así que mi visita de despedida ya no tuvo lugar poco antes de las elecciones, aunque sí conmigo como canciller federal y poco antes de dejar el cargo en diciembre.

Aterricé en el aeropuerto Ben-Gurión de Tel Aviv la noche del sábado 9 de octubre de 2021, de allí viajé a Jerusalén, donde pasé la noche en el legendario King David Hotel, como siempre.

Una porción del hotel, inaugurado en 1931, había funcionado hasta la independencia de Israel en mayo de 1948 como central de la comandancia militar del mandato británico de Palestina. El domingo comenzó el programa oficial. Por la mañana mantuve una conversación privada con el primer ministro, Naftalí Bennett. A continuación participé en una sesión de su gabinete en la que sobre todo deliberamos acerca del espectro de las relaciones germano-israelíes, desde el trabajo juvenil, la economía, la ciencia y la protección climática hasta la cooperación en cuestiones tocantes a la seguridad de Israel. A mediodía me recibió el presidente Isaac Herzog. Junto con el presidente del Instituto Weizmann, Alon Chen, Herzog me sorprendió con un obsequio extraordinario: el «Dr. Angela Merkel Postdoctoral Fellowship for Outstanding Women Scientists in Chemical Physics at the Weizmann Institute of Science», una beca de honor a mi nombre para científicas destacadas. Como en mi primera visita de 1991, por la tarde acudí al monumento conmemorativo del Holocausto Yad Vashem. Me acompañó Naftalí Bennett. Yad Vashem, literalmente, un monumento y un nombre, está dedicado a la memoria y el recuerdo de los seis millones de judíos asesinados por Alemania durante el nacionalsocialismo en el desmoronamiento de la civilización que fue la Shoá. Por la noche

participé en un acto del Israel Institute of Technology, o Technion, en el que se me concedió el doctorado *honoris causa*. El instituto fue creado en 1912, treinta y seis años antes de la fundación del Estado de Israel, por judíos alemanes, entre otros. Al principio se llamó Technikum. Durante la década de 1930 allí hallaron refugio muchos judíos perseguidos y amenazados de muerte por el nacionalsocialismo.

La mañana del lunes asistí a una reunión en Tel Aviv con representantes del Instituto de Estudios de Seguridad Nacional (INSS), un *think tank* que cubre temas de política exterior y seguridad, y al que también pertenecía el antiguo embajador de Israel en Alemania, Shimon Stein. A continuación, volé de vuelta a Berlín.

Las citas y encuentros de este último viaje de mi época en activo reflejaban el carácter especial y único que tenían y tienen las relaciones germano-israelíes. Eran, y son, polifacéticas, estrechas, con la mirada en el futuro, y si no olvidamos nunca que Alemania e Israel están ligadas de una manera especial y para siempre por el recuerdo de la Shoá, pueden ser precisamente eso. Si Alemania asume su responsabilidad permanente en la catástrofe moral de su historia y lo sigue haciendo, podremos construir un futuro justo y humano. En todos los viajes, en todos los encuentros y en todas las decisiones estuve convencida de ello, y lo estoy ahora.

Sin embargo, ninguna visita a Israel valió tanto la pena como la iniciada en el aeropuerto de Berlín-Tegel hacia las nueve y media de la mañana del 16 de marzo de 2008. Me había invitado la presidenta del parlamento israelí, Dalia Itzik, con motivo del sesenta aniversario de la fundación del Estado de Israel para ser la primera jefa de gobierno extranjera en pronunciar un discurso en el Knesset. Hasta entonces, esto había estado reservado exclusivamente a jefes de Estado, y el primer presidente alemán a quien se adjudicó este honor fue Johannes Rau.

En este viaje hubo otro momento inédito: las primeras consultas, o deliberaciones, de gobierno germano-israelíes en las que participarían no solo jefes de gobierno, sino también diversos ministros de ambos gabinetes.

Tras cuatro horas de vuelo aterricé en Tel Aviv hacia las dos y media, hora israelí. Viajaba conmigo Charlotte Knobloch, que además de vicepresidenta del Congreso Judío Europeo y del Congreso Judío Mundial, desde 2006 era la presidenta del Consejo Central Judío en Alemania.

Charlotte Knobloch nació en Múnich en 1932, como describió en numerosas ocasiones, el 9 de noviembre de 1938, en la noche de los cristales rotos, era una niña de seis años que abandonó su casa cogida de la mano de su padre, Fritz Neuland, para buscar un lugar seguro mientras las enfurecidas hordas de las SA y las SS prendían fuego a la sinagoga Ohel Jakob de la

congregación israelí. La madre, que se había convertido al judaísmo al casarse, abandonó a la familia en 1936, y la abuela Albertine Neuland se fue a vivir con su hijo y su nieta en 1939.

Charlotte Knobloch sobrevivió al Holocausto porque una antigua empleada del hogar de su tío la acogió en su granja y la hizo pasar por su hija ilegítima. También sobrevivió su padre, primero haciendo trabajos forzados en una fábrica de armamento y al final escondido por amigos. En cambio, la abuela de Charlotte fue deportada en 1942 al gueto de Theresienstadt, donde murió de inanición en 1944.

Sesenta y ocho años después de la noche de los cristales rotos se cumplió el sueño de Charlotte Knobloch, que desde 1985 era presidenta de la congregación israelí de Múnich y Alta Baviera (IKG, en alemán), y desde 2005, ciudadana de honor de su ciudad natal. El 9 de noviembre de 2006 fue consagrada en el centro de Múnich la nueva sinagoga Ohel Jakob, y fue inaugurado el centro cívico. El presidente Horst Köhler pronunció un discurso. El 28 de febrero de

2008 visité la sinagoga, el centro cívico y el «pasillo del recuerdo» para conmemorar a las víctimas de la Shoá del municipio.

Dos semanas más tarde, Charlotte Knobloch se encontraba en el aeropuerto Ben-Gurión de Tel Aviv, en la llamada *receiving line*, la fila de recepción de las delegaciones alemanas e israelíes, y observó con los demás los honores militares con los que nos saludó el primer ministro Ehud Olmert. También asistió la presidenta del parlamento, Dalia Itzik.

Tras la recepción en el aeropuerto nos despedimos por el momento, una parte de la delegación se dirigió a Jerusalén, y la otra a los helicópteros de las fuerzas aéreas israelíes que nos esperaban. Volamos a la base aérea de Ramon en el desierto del Néguev, en el sur de Israel. Allí me esperaba el presidente Shimon Peres. Juntos nos acercamos a la sepultura del primer ministro del Estado de Israel, David Ben-Gurión, y su esposa Paula Ben-Gurión. Colocamos coronas y los rememoramos en silencio. El 14 de marzo de 1960, en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, David Ben-Gurión junto con su homólogo alemán el canciller Konrad Adenauer sentaron las bases para las relaciones entre Israel y Alemania. Allí, en suelo neutral, quince años después del fin de la Segunda Guerra Mundial y la Shoá se reunieron para tener una primera conversación.

Se estableció una confianza que con el paso del tiempo creció. En 1965, cuando ambos políticos habían dejado ya sus cargos, la RFA e Israel establecieron relaciones diplomáticas. Un año después, el nonagenario Konrad Adenauer visitó a un casi octogenario David Ben-Gurión en su casa del kibutz Sde Boker, en el desierto del Néguev.

Allí nos dirigimos Shimon Peres y yo después de colocar las coronas. A los pocos minutos llegamos a un pequeño museo a las afueras del kibutz, el edificio era antes el lugar de alojamiento del personal de seguridad de Ben-Gurión. Ahora se exponían fotos y documentos de la vida y obra del primer ministro. Una foto lo mostraba con Konrad

Adenauer. Al lado del museo estaba la casa de Ben-Gurión, un bungalow sencillo y humilde. Entramos con reverencia.

Me han quedado fijos en la memoria una pequeña antesala, el salón, un despacho... y una cantidad increíble de libros. Cuando me encontré en la sala en que cuarenta y dos años antes se habían reunido Adenauer y Ben-Gurión me pareció notar su presencia y se me puso la carne de gallina. Imaginé su conversación, atentos el uno al otro. Unos minutos antes acababa de oír en el museo la voz de Ben-Gurión en una grabación que documentaba el momento en que en 1948

declaraba la independencia del Estado de Israel. La cadencia renana de Adenauer al hablar me era familiar por las emisiones de radio y televisión. Y pensé: «Estoy aquí, en esta humilde casa del desierto con Shimon Peres, tras los pasos de dos hombres de Estado que con valentía, inteligencia y sabiduría lograron cambiar las cosas para bien. Aunque a primera vista parezca poco probable, eso es posible».

A continuación, Peres y yo proseguimos hasta la plaza central del kibutz y charlamos un rato con los niños que jugaban allí. Por el camino también nos detuvimos en una pequeña viña. Nos recordó que en los kibutz la agricultura es la base de la subsistencia, y lo que en su día levantó a Israel. La palabra hebrea *kibutz* significa algo así como 'grupo' o 'asamblea', y Sde Boker, el nombre del kibutz, 'campo de pastores'.

Al final, Shimon Peres y yo nos reunimos con algunos habitantes del kibutz para una charla organizada en una sala de la colectividad. Afuera jugaban los niños, dentro reinaba una atmósfera pacífica y alegre marcada por ese estilo de vida tan conectado a la naturaleza.

—¿Va a volver? Está invitada, y durante más tiempo —dijo uno de los participantes. Los demás me miraron expectantes.

Reflexioné unos instantes y respondí:

—Puedo imaginar perfectamente volver aquí, aunque cuando ya no sea canciller. Me gusta mucho cómo viven ustedes aquí.

Todos aplaudieron. Había sido sincera, aun cuando no sé si alguna vez podré hacer realidad la visita.

Nos despedimos. Peres y yo hicimos una declaración ante la prensa y a continuación nos encaminamos a nuestros helicópteros.

Entretanto, cuando despegamos del helipuerto de la base aérea de Ramon para regresar a Tel Aviv, ya anochece. Shimon Peres y yo viajamos en el mismo helicóptero y las delegaciones nos siguieron en otros dos, conteniendo con el ruido de los rotores y mirando hacia afuera, Peres me explicó sus planes para instalar plantas desalinizadoras desde el mar Muerto hasta el mar Rojo.

En la región el agua es un bien escaso, y llevaba mucho tiempo preocupado por el suministro de agua de Israel, Egipto y Jordania. Su visión era que si se repartía, todos podrían vivir en paz.

También hablamos de este tema el tercer día de mi viaje, en nuestras conversaciones bilaterales en su residencia.

Tras aterrizar en Jerusalén nos despedimos, y después de pasar un minuto por el hotel me dirigí a la residencia del primer ministro Ehud Olmert, que me recibió para una cena. Nos habíamos conocido en enero de 2006, durante mi visita inaugural como canciller. Entonces, mientras el primer ministro Ariel Sharon yacía en coma a consecuencia de un derrame cerebral, él había sido mi interlocutor como vice primer ministro. Me gustaba Olmert. Era directo y sencillo. Por eso podía hablar con él de todos los temas sin complicaciones, aun cuando tuviéramos opiniones distintas. Tras la guerra del Líbano del verano de 2006, que había estado precedida de un ataque de la milicia terrorista Hezbolá a Israel, me persuadió de que estaría bien que la Bundeswehr participara con una formación de la Marina en la misión FPNUL (Fuerza Provisional de las Naciones Unidas para el Líbano). El objetivo de la misión era supervisar el alto el fuego y

apoyar al gobierno libanés en la protección de sus fronteras e impedir el suministro ilegal de armamento. El Bundestag aprobó el 20 de septiembre de 2006 el mandato requerido para esta misión.

Además, llegué a conocer a Ehud Olmert como alguien que se esforzaba seriamente por hallar una solución de dos Estados para el conflicto en Oriente Próximo: con Israel como un estado judío, democrático, junto a un Estado palestino viable y autónomo. En mi visita de 2006, también había hablado de las reflexiones de Olmert con el presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abás, en su residencia oficial en Ramala. En marzo de 2008, desistí de hacer una visita a Ramala porque quería que mi viaje estuviera dedicado únicamente al simbólico sesenta aniversario de la fundación del Estado de Israel. Así se lo había explicado antes por teléfono a Abás. En el foco de mi segundo día de visita, el lunes 17 de marzo de 2008, estuvieron las

primeras consultas germano-israelíes. Junto a los proyectos comunes de política de la juventud, ciencia y economía nos consagramos también al tema tan cercano al corazón de Peres: agua y suministro de agua. Desarrollamos la idea de una colaboración trilateral entre Alemania, Israel y países africanos en los que Israel podría aportar todos sus conocimientos sobre la economía de la irrigación. En cada viaje que había hecho me había fascinado la capacidad de este país para ganar tierra fértil al desierto a través del uso moderado de agua mediante el riego por goteo, por ejemplo. Pensé en cómo Israel podía poner esta capacidad a disposición de los países africanos.

Junto al beneficio del uso directo para los agricultores y sus familias, también podíamos mostrar la sobresaliente capacidad de Israel en innovación. Demasiado a menudo, la imagen que tenían los estados africanos de Israel estaba influida por el conflicto con los palestinos. Yo quería cambiar esto, y Etiopía fue el primer socio de nuestra colaboración trilateral: el riego por goteo se introdujo en doce emplazamientos.

Sin embargo, el día no comenzó con las consultas, sino con una visita al monumento conmemorativo del Holocausto de Yad Vashem, y la ceremonia de conmemoración tuvo lugar en la Sala del Recuerdo. También participaron todos los miembros de mi delegación, todos los ministros federales y también los diputados que habían viajado conmigo. Ehud Olmert me acompañó. Nos colocamos en nuestros sitios. Leí en el suelo los nombres grabados en piedra de los campos de concentración y de exterminio, a mi derecha, en diagonal, vi la llama eterna conmemorativa. Un coro de niños cantó. El maestro de ceremonias me pidió que avivara la llama, di unos pasos adelante, agarré la palanca del cáliz del fuego conmemorativo y la giré lentamente a la derecha. Después regresé a mi sitio. Un voluntario de Aktion Sühnezeichen colocó mi corona encima de la lápida y avancé para arreglar los lazos. Un cantor recitó una plegaria.

Cuando la ceremonia terminó, salimos de la Sala del Recuerdo, y seguí sola al monumento exhortatorio de los niños asesinados. Dentro, seguí por un pasillo estrecho, andando a tientas pues era casi oscuro, tan solo refulgían unas lucecitas, como estrellas en el cielo. Oí en el fondo una voz que leía los nombres de los niños asesinados, interminable, siempre en el mismo orden: nombre, edad, país de origen. Nombre, edad, país de origen. Con cada nombre se le devolvía la identidad, la dignidad como individuo, como ser humano, a cada uno de los 1,5 millones de niños asesinados. No era mi primera vez allí, ya había experimentado varias veces la ceremonia en la Sala del Recuerdo, pero en los dos espacios se me hacía cada vez un nudo en la garganta.

Qué indescriptible sufrimiento había llevado al pueblo judío de Europa y de todo el mundo la muerte en masa de seis millones de judíos perpetrada por Alemania durante el nacionalsocialismo.

Y yo, la canciller federal de Alemania, ¿debía —y se me permitía— pronunciar al día siguiente un discurso en el Knesset como primera jefa de gobierno extranjera?

RAZÓN DE ESTADO

Aquel martes, 18 de marzo de 2008, la presidenta del parlamento Dalia Itzik me recibió con honores militares. Por la mañana había tomado parte en algunas charlas políticas y ahora, después del himno nacional, pasamos revista juntas a una unidad de honor del ejército israelí en el patio interior del parlamento y colocamos coronas delante del Monumento a los Caídos de las guerras israelíes. Hacia las tres de la tarde siguió un almuerzo cortesía de la presidenta del Knesset y, a continuación, me retiré durante unos diez minutos. Mientras mi asistente Petra Keller retocaba rápidamente mi peinado y maquillaje saqué de una carpeta el texto que en pocos

minutos leería y lo repasé por última vez. Quería transmitir cinco mensajes centrales. Primero: la humanidad progresa cuando se asume la responsabilidad por el pasado. Segundo: Alemania e Israel comparten los valores de libertad, democracia y respeto por la dignidad humana. Tercero: los grandes desafíos globales —desde un reparto justo del bienestar hasta la lucha contra las amenazas de terrorismo y las armas de destrucción masiva, pasando por la protección climática

— solo pueden superarse en colaboración con otros Estados, en especial los que están unidos por sus valores e intereses comunes, como Alemania e Israel, Europa e Israel. Cuarto: Alemania defiende la visión de dos Estados con fronteras seguras y en paz, uno para el pueblo judío en Israel, otro para el palestino en Palestina. Quinto: para Alemania, la seguridad del Estado de Israel no será nunca negociable. En el texto del discurso estaban incluidos estos cinco mensajes centrales. Me sentí bien, cerré la carpeta y salí de la habitación.

A las cuatro y media subí al podio de la sala de plenos. Dalia Itzik abrió la sesión. Siguieron breves alocuciones del primer ministro Ehud Olmert y del entonces jefe de la oposición, Benjamín

Netanyahu. A continuación, me dirigí a la tribuna y empecé mi discurso con las palabras en hebreo:

—Señora presidenta, *anni moda lachem schenittan li ledabber ellechem kaan bebait mechubad se. Se kawwod gadol awurri.* (Le agradezco que me permita hablarles aquí. Es para mí un gran honor).

Había hecho que me escribieran estas palabras fonéticamente y poco antes de pronunciar el discurso había practicado con mi intérprete. Cuando cambié al alemán, algunos diputados de las últimas filas abandonaron sus sitios y como protesta salieron de la sala. Lo lamenté, pero no me sorprendió, pues había sido anunciado previamente. Me concentré en pronunciar mi discurso.

Recalqué los valores e intereses comunes de ambos países, promoví la solución de dos Estados y ofrecí apoyo para lograrlo, sin olvidar mencionar que Israel «no necesitaba consejos no solicitados de afuera y mucho menos de arriba», y que al final, una solución «solo podía lograrse a través de ustedes aquí, en Israel, y los palestinos mismos», para la cual «son necesarios compromisos que sean aceptados por ambos lados. También requiere la fortaleza de hacer concesiones dolorosas». Netanyahu había mencionado alguna vez la solución de los dos Estados, pero nunca hizo nada por llevarla a cabo, más bien la socavó en toda regla con la construcción de asentamientos.

Tales conflictos debían abordarse, pero no podían conducir —de ello estaba convencida— a poner las relaciones fundamentalmente en duda, porque a Alemania e Israel las unían más cosas de las que las separaban. Teniendo en cuenta las amenazas a las que Israel se veía sometida por los misiles arrojados por Hamás desde la franja de Gaza y por el programa nuclear de Irán, hice constar:

—Cada gobierno federal y cada canciller anteriores a mí se han comprometido con la seguridad de Israel por la especial

responsabilidad histórica de Alemania. Esta responsabilidad histórica forma parte de la razón de Estado de mi país.

Medio año antes, el 25 de septiembre de 2007, había dicho casi lo mismo, palabra por palabra, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. En aquel momento nadie lo entendió o, en cualquier caso, no recuerdo que de ahí resultara una discusión profunda sobre el tema. Esto cambió después de mi primer discurso en el Knesset, y una vez más demostró que en comunicación todo depende de quién, qué, cuándo y dónde lo dice. En aquel lugar, en aquella ocasión, las mismas palabras que había pronunciado antes tuvieron un efecto diferente, mucho más fuerte.

Finalicé mi discurso al cabo de unos veinticinco minutos, y fue bien acogido. Agradecida y

feliz dejé el Knesset hacia las cinco y media de la tarde. Pasé brevemente por el hotel, de ahí volví a Tel Aviv, al aeropuerto Ben-Gurión, y las siete y cuarto despegó el avión de vuelta a Berlín.

¿Qué quiso decir con la expresión «razón de Estado»? Esta pregunta me acompañó desde entonces y en especial cuando quince años después, la mañana del 7 de octubre de 2023, Israel fue objeto de un terrible ataque terrorista. El término «razón de Estado» pertenecía a mi vocabulario político; en cierta manera, era el lenguaje de la CDU, y en 1997 lo había utilizado negativamente con relación a la RDA durante una breve aportación como presidenta adjunta en el congreso del partido en Leipzig, había dicho:

—Creo que una de las mejores experiencias que deberíamos conservar de este momento es que en la antigua RDA, millones de padres intentaron educar a sus hijos según los principios humanos elementales y no subyugarlos por razones de Estado.

En otra ocasión, en 2004, en el congreso de la CDU en Düsseldorf calificué como «parte de la razón de Estado de nuestro país» —para

la Alemania unificada— la economía de mercado, la vinculación con Occidente, el rearme y la unidad alemana.

En abril de 2005, el embajador alemán en Israel, Rudolf Dreßler, publicó un escrito en el que decía que la «existencia de un Estado de Israel protegido [...] es parte de nuestra razón de Estado». En aquel momento, en el marco de la retirada total de la franja de Gaza, planeada por el entonces primer ministro Ariel Sharon, tuvieron lugar turbulentas disputas internas en Israel sobre las posibles consecuencias del plan. Unos meses después, en enero de 2006, Hamás ganó las últimas elecciones libres en Gaza. Su objetivo declarado es la destrucción de Israel. En este contexto, durante la celebración de los «sesenta años de la CDU» que tuvo lugar el 16 de junio de 2005 en Berlín, afirmé:

—Pese a profundas dudas y resistencia enconada, Konrad Adenauer realizó la integración de la RFA en la sociedad de valores de Occidente. Hoy podemos decir: la responsabilidad de Alemania en la unidad europea, en la alianza transatlántica, en la existencia de Israel, todo ello pertenece a la esencia de la razón de Estado de nuestro país y la razón de nuestro partido.

Yo había planificado este acto a principios de 2005 sin intuir que ese mismo año habría elecciones generales adelantadas. Así, en el ínterin, me había convertido en candidata a canciller.

Ahora pocos parecían estar interesados en un discurso-homenaje de la CDU y, por lo tanto, tampoco en mi manera de articular la razón de Estado que, en cualquier caso, no llamó demasiado la atención.

Como ya había pasado con mi discurso en la ONU de septiembre de 2007, en mi discurso de 2008 ante el Knesset agregué dos frases, y aseguré:

—Es decir, para mí, como canciller de Alemania, la seguridad de Israel nunca será negociable. Si ese fuera el caso, cuando llegue la hora de la verdad, estas no deberían ser palabras huecas.

De allí no surgió un deber de asistencia, como el contemplado en el artículo 5 del acuerdo de la OTAN entre socios de la Alianza, sino un vínculo mucho más estrecho del que tienen otros Estados del mundo. En el plano diplomático, esto significaba que Alemania apoyaba todos los esfuerzos por lograr una solución de dos Estados, que abogaba junto con Francia y Gran Bretaña por la UE, igual que Rusia, China y Estados Unidos en las llamadas negociaciones E3+3-, por el final del programa nuclear de Irán, y que se abstenía de votar a favor del reconocimiento de Palestina tanto en la UE como la ONU. En la esfera militar significaba que Alemania apoyaba a Israel desde la década de 1950 mediante el suministro de armamento —a pesar de tratarse de

suministros de armas en un área conflictiva no contemplados en el derecho del comercio exterior

— y que, a partir de 2006, la Bundeswehr tomaría parte en la misión FPNUL en el Líbano.

El único estado democrático de Oriente Próximo, sustentado por una sociedad civil particularmente fuerte, Israel está expuesto a amenazas constantes. El ataque terrorista de Hamás del 7 de octubre de 2023 dio de lleno en la diana, y en lugar de generar una solidaridad mundial, Israel y los judíos de todo el mundo experimentaron un antisemitismo desahogado no solo en internet, sino también en la esfera pública, tanto en Alemania como en otros países. Por legítimo que sea el deseo de un Estado palestino viable, y por legítima que sea la crítica a la actuación de Alemania o Israel, presente o pasada, también es cierto que quien utiliza ambas cosas como pretexto para dar rienda suelta en las manifestaciones al odio contra Israel y los judíos, instrumentaliza los derechos básicos de la libertad de opinión y reunión. Esto debe ser castigado e impedido con todos los medios de nuestro Estado de derecho. Todo el que vive en Alemania debe abrazar los valores de nuestra Constitución, por eso la lucha contra el antisemitismo, contra toda forma de

misantrópía de grupo, ya sea de derechas, izquierdas o islámico, debe seguir siendo una obligación gubernamental y cívica.

¿Y por qué utilizar el término 'razón de Estado' en vez de dejarlo simplemente en que la seguridad de Israel no es negociable, como han dicho otros antes de mí, de igual o similar manera?

—El término 'razón de Estado' expresa mejor y de manera más enérgica de lo que se puede articular en una nomenclatura o en el ordenamiento constitucional. Combina los valores fundamentales de nuestra Constitución liberal que defendemos, junto con el orden socioeconómico en el que vivimos y la seguridad que necesitamos.

Así lo expresó Helmut Kohl el 2 de mayo de 1984 en el St. Antony's College de la Universidad de Oxford en un discurso inaugural que giró en torno al tema «La política exterior alemana: La herencia de Konrad Adenauer». En aquel contexto, Kohl no mencionó a Israel, pero su interpretación del término 'razón de Estado' encaja a la perfección con lo que para mí era y sigue siendo importante.

KAIRÓS

«BAJAR DEL PODIO»

En la pared de detrás de mi escritorio del despacho había un pequeño estante bajo, desvencijado, del mismo color oscuro y estructura de madera que la mesa. Encima colgaba el retrato de Adenauer realizado por Kokoschka, y delante estaban las banderas de Alemania y Europa. El estante de la pared se alargaba hasta el rincón izquierdo del despacho, fuera de la vista de las personas que entraban. A principios de 2019 había colocado sobre él una pequeña escultura envuelta en plástico de burbuja. Excepto Beate Bauman y yo, nadie sabía qué había en el envoltorio. Me había propuesto subir algún día la figura «a cubierta» —como decíamos en broma Beate Baumann y yo— en mi despacho de excanciller, y la mostraría a los demás únicamente después de dejar mi cargo. Hasta entonces permanecería embalada en la esquina del estante.

Adquirí la figura el 9 de enero de 2019, cuando visité una exposición de Thomas Jastram, escultor nacido en Rostock en 1959 y residente en Hamburgo, en la sala del marchante de arte Wilfried Karger ubicada en el centro Stilwerk de Berlín. Dierk Evert, arquitecto paisajista de Rügen, le había mencionado la exposición a mi colaboradora de circunscripción Kathrin Meyer, y ella me había recomendado la visita. No me decepcionó. En el recorrido entre esculturas de mujeres en diversas posturas, descubrí de repente una figura algo diferente a las demás. En la espalda y los pies vi alas, el occipucio estaba desnudo, la cabellera era visible solo por delante.

Era inconfundible: Kairós. Diferente a Cronos, el dios del tiempo que transcurre uniforme, Kairós volaba por los cielos y había que esperar al momento justo para atraparlo por el copete.

Por las dudas, volví a mirar el rótulo de la figura: *Kairós*. Sí. Representaba al dios de la oportunidad. Thomas Jastram la había realizado en 2017 en bronce, y tenía una altura de 42

centímetros. Aunque supe de inmediato que quería adquirirla, continué admirando el resto de la exposición. Después regresé a *Kairós* y Jastram me siguió. Cautelosa le pregunté si todavía estaba disponible, asintió. Entonces le pregunté el precio. Nunca había comprado una escultura y no tenía idea de cuánto costaba una cosa así. Era asequible.

—¿Por qué le atrae? —me preguntó Jastram.

—Porque en mi vida he pasado incontables horas reflexionando sobre el momento oportuno.

En política, eso es increíblemente importante —respondí—, una debe atrapar el instante correcto, es lo que decide el éxito o el fracaso.

En mi caso, a veces el peligro era dejar pasar el momento idóneo para tomar una decisión. Sin embargo, en retrospectiva pienso que fui tantos años canciller porque en las situaciones decisivas intuía

cuándo había llegado el momento correcto, igual que en el salto del trampolín de la clase de natación de mi infancia.

A veces decidía tarde, pero a la hora de la verdad, nunca demasiado tarde ni, igual de importante, nunca demasiado pronto. Poco tiempo antes, exactamente dos meses y medio atrás, había vivido uno de estos momentos. El lunes 29 de octubre de 2018 había anunciado a la presidencia y al comité ejecutivo federal de la CDU que tras más de dieciocho años no me presentaría como candidata al cargo de presidenta de la CDU de Alemania en el congreso de diciembre, una convención electoral ordinaria del partido, y que dejaría la política activa tras las elecciones generales de 2021. El día anterior, la CDU se había impuesto en las elecciones

regionales de Hesse como primera fuerza, y el gobierno verdinegro del *Land* podía seguir gobernando por un voto. En cualquier caso, la CDU había tenido que digerir una clamorosa pérdida de votos. La noche electoral fue el punto más bajo de una larga lista de episodios negativos. Después de las grandes pérdidas de la CSU de dos semanas antes en las elecciones regionales de Baviera; después de las turbulencias entre CDU y CSU en verano por la política de asilo y de refugiados, y que en realidad no habían cesado desde la decisión del 4 de septiembre de 2015 de permitir la entrada al país de refugiados procedentes de Hungría; después de fracasar los sondeos de la coalición Jamaica y del largo y mortificante proceso de formación de gobierno de 2017-2018, ni pude ni quise revivir el pasado. Disponía de un as en la manga: si bien después de las elecciones generales de 2013 había tenido que tomar en cuenta que hubo una mayoría aritmética (si bien justa) de SPD, Alianza 90/Los Verdes y la izquierda contra CDU y CSU, en las elecciones de 2017 la cosa fue diferente. Políticamente, ya no quedaba ninguna mayoría contra CDU y CSU. Aunque fuese solo por eso, no abocaría a mi partido —y, por ende, también a mi país, del cual yo era responsable— a una situación prácticamente irresoluble, anunciando tres años antes del final de mi período legislativo que no iba a aspirar a la

presidencia del partido y tampoco me presentaría a las elecciones generales.

Dos años antes, el domingo 20 de noviembre de 2016, cuando tras meses de reflexión comuniqué al comité ejecutivo federal que me presentaba «una vez más» a las elecciones generales de 2017, Wolfgang Schäuble me corrigió de inmediato en su alocución: no debería decir «una vez más», sino que me incorporaba «nuevamente». Por supuesto, tenía razón. Para que una campaña electoral sea exitosa, saber articular las ideas es decisivo, pues quién iba a elegir a una candidata con fecha de caducidad. En aquel momento, mis palabras fueron un gazapo freudiano. Revelaban la determinación de que mi candidatura a las elecciones de 2017

sería definitivamente la última. Si bien me había propuesto seguir en el cargo durante los cuatro años de mandato y cumplir la promesa hecha a los ciudadanos, en 2021 tenía que poner fin a mi carrera de canciller y diputada federal. Para ello di el primer paso en octubre de 2018. En realidad, quería anunciarlo una semana más tarde, en una reunión a puerta cerrada de la CDU

que había convocado en diciembre para preparar el congreso del partido. Pero en otoño de 2018

estaba bajo presión. Si bien como canciller y presidenta del partido no tenía la culpa de todo, asumía la responsabilidad en virtud del cargo. Cuando incluso surgieron especulaciones sobre candidatos rivales en el congreso, el domingo por la noche decidí no esperar una semana a la sesión a puerta cerrada, sino dar a conocer ya el lunes mis planes. Si después de las elecciones de 2021 hubiera querido seguir, o bien estuviera indecisa, entonces me hubiera metido de lleno en el debate interno, también de posibles candidatos rivales, con la certeza de que, igual que Helmut Kohl en el congreso de Bremen de 1989, habría sido reelegida presidenta del partido con un resultado quizá modesto, pero suficiente. La CDU de Alemania no derriba cancilleres. Al igual que Helmut Kohl, estaba convencida de

que la presidencia del partido y la cancillería debían estar en manos de la misma persona. Esto era lo único que confería la autoridad máxima necesaria en la política de poder, tanto en un sentido como en otro. Si me apartaba ahora, renunciando tres años antes de las elecciones generales a la presidencia del partido, entonces debía ser únicamente para preludiar mi salida de la política. De otro modo, jamás habría considerado una separación entre presidencia del partido y cancillería.

Excepto a Beate Baumann, no informé a nadie de mi entorno político antes de la mañana del lunes sobre lo que diría ese día, primero en el ámbito interno y luego públicamente. Para quienes la noche anterior habían estado reunidos conmigo, esto no fue fácil de digerir, pero debía ir con cuidado para que mi decisión no se filtrara antes de tener la oportunidad de explicarme

públicamente en el marco adecuado. Tuve este marco el lunes, primero en la presidencia, luego en el comité ejecutivo federal y, por último, en la conferencia de prensa. Di a conocer públicamente mi decisión en el edificio Konrad Adenauer, ante la pared azul de la sede de la CDU, y resumí mis motivos personales en una frase:

—Siempre he deseado y me he propuesto ocupar mis cargos de política de Estado y de partido con dignidad y un día, también, abandonarlos con dignidad.

A continuación, respondí a las preguntas de los periodistas.

Las razones a favor de renunciar que ya me había planteado en 2016 eran igual de válidas: la democracia vive del cambio. Dieciséis años como canciller federal era mucho tiempo. Tampoco había desaparecido el potencial de conflicto que había tenido lugar durante la campaña electoral de 2017. Había vivido el desarrollo de la política de refugiados de 2015 como un punto de inflexión en mi cancillería. Tal como yo lo entendía, servir a Alemania era el concepto aglutinador de todo mi mandato como canciller. Sin embargo, había

un antes y un después: antes de la noche de la decisión del 4-5 de septiembre, y después.

La AfD ya se había fundado en 2013 como reacción a las decisiones que tomé durante la política de rescate del euro. Pero entonces no logró superar, si bien por poco, el umbral del 5 % y no llegó a entrar en el parlamento alemán. Dos años después, cobró fuerza en vista del creciente número de refugiados y la consecuente política de asilo. En mayo de 2016, pocas semanas después de entrar en vigor el Acuerdo UE-Turquía por el cual la cifra de refugiados que llegaban a Alemania había empezado a descender claramente, me preguntaron durante una entrevista con el *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung* qué significaba para mí la afirmación de Franz Josef Strauß de que no debe surgir una fuerza democráticamente legitimada a la derecha de la CDU y la CSU. Respondí que, por un lado, la afirmación era correcta, porque la CDU y la CSU siempre deben proceder de forma que se integren en el centro y ofrecer soluciones concretas a los problemas. Y agregué:

—Pero, por otro lado, si se interpreta la afirmación de Strauß como que para no perder a seguidores de la CDU y la CSU hay que relativizar o, incluso, abandonar en consecuencia los principios constitutivos tanto para nuestro país como para la CDU y la CSU y que constituyen el núcleo de nuestras convicciones, entonces la afirmación no es correcta. Jamás debemos renunciar al acuerdo europeo con una moneda común y libertad de movimiento, a la comunidad de valores que es la OTAN, ni a la preservación de la dignidad humana, en especial la de las personas necesitadas. Por lo demás, la CDU y la CSU pueden integrarse mejor cuando encontramos soluciones comunes.

Estoy convencida de que los partidos democráticos tienen mucha influencia sobre cuán fuerte puede hacerse en realidad la AfD. Si suponen que pueden debilitar a la AfD discutiendo constantemente sobre sus temas y pretenden con esto superarlos por medio de la retórica, pero sin ofrecer soluciones reales a los problemas

existentes, entonces fracasarán. Por el contrario, cuando los partidos democráticos reúnen la capacidad de desarrollar y de llevar a la práctica respuestas eficaces para los desafíos de nuestro tiempo, también más allá del límite de la política de partido y no como maniobra táctica, sino de buena fe en su objetivo y en tono mesurado, entonces los ciudadanos los recompensan. Esto también es válido para la política de asilo. La inmensa mayoría de las personas tienen un olfato infalible para saber si los políticos los manipulan por mero cálculo, si dejan que la AfD los humille, o si se ocupan de resolver problemas porque están sinceramente interesados en ello. Los partidos democráticos deben saber dar la talla, y en lugar de despreciar a quienes en sus filas no comparten su opinión, sacar provecho de las disensiones. La base y el requisito para el éxito de los partidos democráticos es

medida y centro.

Como me sucede con frecuencia tras tomar decisiones muy difíciles, también el 29 de octubre de 2018 casi me alegré cuando estuvo todo dicho. Dos meses después me encontraba en la exposición del centro Stilwerk, delante de *Kairós*. La figura parecía haber sido esculpida para mí.

Me había liberado en el momento preciso.

Meses después, de una manera muy desconcertante fui consciente de cuán preciso había sido.

El martes 18 de junio de 2019, con motivo de la primera visita del nuevo presidente ucraniano Volodímir Zelenski a Berlín, me encontraba con él rindiendo honores militares, y poco antes de terminar el protocolo, empezaron a temblarme ligeramente los muslos. Mientras sonaban los himnos nacionales, los temblores se extendieron a todo el cuerpo, vacilé, y cruzando las manos por delante del cuerpo, intenté estabilizarme con ayuda de los brazos — que podía controlar mejor que las piernas—. Nada me sirvió de

ayuda, no sabía cuánto tiempo más podría seguir en pie, y me pregunté si tras los himnos sería capaz de pasar revista. Me sorprendió y alivió sobremanera comprobar que tras dar el primer paso, mi cuerpo regresaba a su estado normal. Lo primero que hice después de la ceremonia fue beber un vaso de agua. Era un día caluroso, mediodía, y no había bebido nada excepto tres o cuatro tazas de café; quizá fuera eso, pensé, pues años antes, en el extranjero, me había encontrado en una situación similar, si bien no tan intensa como en ese momento.

Sin embargo, unos días más tarde el fenómeno se repitió, solo que esta vez con el presidente de Alemania en el palacio de Bellevue, cuando nombraba a Christine Lambrecht sucesora de Katarina Barley para ocupar el puesto de ministra de Justicia. Mientras él hablaba y estaba en pie a su lado, miré al frente, a una pared de cámaras enfocándome a mí y que no podía eludir, y de nuevo empecé a temblar. Mi cuerpo se había emancipado y ya no obedecía a mi cerebro. Cuando Steinmeier hubo terminado su discurso y pude volver a moverme, recuperé la normalidad.

Ocurrió lo mismo una tercera vez el 10 de julio de 2019, durante la primera visita del primer ministro finés Antti Rinne. Después decidí que al día siguiente, durante la visita de la primera ministra danesa Mette Frederiksen, escucharía los himnos nacionales sentada. Y desde entonces hasta dejar el cargo así lo hice, tanto en Alemania como en mis viajes al extranjero. Tras estos episodios, me hice un chequeo médico exhaustivo. Neurológica e internamente estaba todo en orden, por lo tanto, había que localizar el origen de la reacción de mi sistema nervioso vegetativo por otro lado. Una osteópata me explicó que mi cuerpo estaba liberando tensiones que había acumulado a lo largo del tiempo, no solo desde después de la muerte de mi madre en primavera, tras la cual no hallé tiempo para llorarla, sino también durante el proceso de renuncia a mis cargos. Que mi cuerpo no hubiera decidido permitir que este proceso tuviera lugar públicamente, a la vista de todos, en realidad era una buena noticia.

Mientras escribía este libro volví a encontrar un artículo del diario *Süddeutsche Zeitung* del 12 de enero de 2019, por casualidad exactamente tres días después de la visita a la exposición en que adquirí la escultura de *Kairós*. Guardé el texto porque en su momento gustó mucho. En un artículo titulado «Bajar del podio», Rainer Erlinger se planteaba por qué era un arte encontrar el momento exacto de dejar algo. También mencionaba a *Kairós* y se preguntaba: «¿Les cuesta en especial a los políticos renunciar al cargo?». Erlinger explicaba que en su importante obra aparecida en 1960 *Vita activa (La condición humana)*, Hannah Arendt había descrito el trabajo, la labor y la acción como las tres actividades básicas del ser humano. El trabajo sirve para

ganarse el pan, la labor significa producir algo, la acción comprende «las interacciones entre las personas, por eso la acción es la verdadera naturaleza de la actividad política», escribió Erlinger citando a Arendt. Erlinger deducía: «Por eso es tan importante reconocer que el mismo acto de dejar de hacer algo representa también la acción, y no solo en el ámbito político. Una acción que forma parte tanto de la tarea que va a finalizar como de la propia vida». Exactamente así es como me sentía entonces.

DESPEDIDA DE LA PRESIDENCIA DE LA CDU

El viernes 7 de diciembre de 2018 pronuncié en la Feria de Hamburgo mi último discurso como presidenta de la CDU de Alemania. Al fondo del escenario, en letras iluminadas con LED, brillaba el lema del congreso: «Unir. Y liderar juntos». Era un pequeño juego de palabras* que expresaba la posición y reivindicaciones de la CDU. Me había propuesto no dar un extenso discurso de apertura citando todos los propósitos actuales. Esto se lo cedía a mi sucesor, que saldría elegido pocas horas después. Por eso me había centrado sobre todo en cinco cuestiones, y cuatro de ellas iban dirigidas al pasado: ¿Qué nos había unido a mí y la CDU en mis primeras elecciones de 2000? El deseo de volver a convertir a la CDU en un partido triunfante tras el escándalo de las donaciones. ¿Qué

nos debíamos la CDU y yo mutuamente? Interminables horas de reflexión en común sobre las mejores respuestas a las cuestiones más difíciles. ¿Qué nos habíamos ocultado mutuamente? Con seguridad, yo algún que otro ataque incisivo a un adversario político. ¿Por qué se bifurcaba ahora el camino? Esto no sucedía porque yo no necesitara un cargo para continuar con mi vinculación con la CDU, sino que con una nueva dirección del partido, se debía fijar un nuevo rumbo hacia el futuro.

La quinta cuestión era la única dirigida al futuro. Pregunté qué le deseaba a la CDU y respondí:

—Mi deseo para todos nosotros es que nunca olvidemos en qué consiste la postura cristianodemócrata, incluso en los momentos más difíciles, ya sean misiones complejas o bien una oposición externa muy fuerte. Nosotros los democristianos nos diferenciamos, pero nunca nos excluimos.

¿Había estado siempre a la altura de esta reivindicación, y de manera contundente? A pesar de los mejores propósitos, probablemente no. Por ejemplo, cuando el 30 de junio de 2017 voté en el Bundestag contra la introducción del matrimonio para todos me afectó una oleada de protestas e incompreensión. Me adherí a la interpretación tradicional de que en la Constitución, la institución del matrimonio está reservada a hombres y mujeres. Días antes había sido yo la que había allanado el camino para una votación sobre el matrimonio para todos —y, en vista de la mayoría esperada en el Bundestag a favor de su introducción— después de abogar por suspender la disciplina de voto de los grupos parlamentarios. No había querido discriminar a nadie, pero con mi voto negativo había logrado lo contrario. Los homosexuales, que durante muchos años habían luchado por el matrimonio para todos porque lo entendían como señal contra el agravio y la marginación experimentados, sintieron que les había fallado, incluso traicionado. Por otra parte, sufrí porque era evidente que no había bastado con haber resuelto el conflicto social en torno a este tema, y que llevaba años

produciéndose. En lugar de ello, se me presionó para que me justificara, que en sí es una contradicción cuando una decisión ha sido tomada a conciencia.

Mi discurso de Hamburgo continuó así:

—Nosotros los democristianos nos peleamos, y no poco, pero nunca denigramos ni aplastamos a los demás. Nosotros los democristianos no diferenciamos en el caso de la dignidad

de las personas; no provocamos el enfrentamiento entre otros. Nosotros los democristianos no nos perdemos en la autocontemplación ni nos miramos en el espejo. Nosotros los democristianos servimos a las personas de nuestro país.

Podría haber añadido: incluso en el momento de la mayor victoria no debemos olvidar que no todos nos han votado y que a otros no les van precisamente bien las cosas. En cualquier caso, este fue el motivo por el que en la fiesta celebrada tras ganar las elecciones generales de 2013 le quité de la mano al secretario general Hermann Gröhe la bandera de Alemania y la alejé del escenario. Por este acto me gané mucha incompreensión y crítica. Me supo mal que le hubiera tocado precisamente a Hermann Gröhe, una de las personas más sensibles que conozco, pero aun así, su gesto me pareció inapropiado. El SPD estaba hundido, por primera vez el FDP no entraría en el Bundestag, la CDU había obtenido unos resultados apoteósicos, pero no había alcanzado el cien por cien. Teníamos motivos para estar contentos, pero no podíamos reivindicar la exclusividad de la bandera alemana, y menos en el momento en que celebrábamos tal victoria.

Concluí mis reflexiones con las siguientes palabras:

—Únicamente podremos forjar el futuro si trabajamos siempre con alegría en el corazón, y no descontento, envidia o pesimismo. Es lo que siempre he defendido, ya cuando vivía en la RDA y tanto más

viviendo en condiciones de libertad. Y es esta alegría en el corazón lo que le deseo para el futuro a mi partido.

Estoy convencida de que con esta actitud, la CDU puede conseguir en el futuro lo que expresaba el lema del congreso (Unir. Y liderar juntos): servir a la cohesión en nuestro país y contribuir a controlar los desafíos de nuestra época.

LA PANDEMIA

UNA IMPOSICIÓN DEMOCRÁTICA

Habían empezado los casi últimos tres años de mi mandato. Hubo quien pensó que los podría dejar pasar relajada, disfrutando la presidencia de la UE en la segunda mitad de 2019 como despedida y, por lo demás, viajando por el mundo. La Nochevieja de 2019 se emitió mi penúltimo discurso de Año Nuevo. Si aquel día alguien hubiera presagiado que al cabo de poco tiempo hablaría de no dar la mano al saludar a alguien, de mantener una distancia de 1,5 metros con las personas, de llevar mascarillas, de cerrar guarderías, colegios, cines, teatros, óperas y salas de conciertos, hoteles, pensiones, comercios, gimnasios, peluquerías y demás establecimientos en los que se prestan servicios con contacto estrecho, de no permitir visitas a las personas queridas en hospitales, residencias de ancianos y de atención personalizada, de reducir al mínimo el número de personas en reuniones y encuentros en el exterior y en espacios cerrados, también durante servicios religiosos y entierros, de cancelar exposiciones, ferias y competiciones deportivas... habría dicho que esa persona estaba loca. Sin relación con nada que yo pudiera hacer. Pero así fue, y la razón era un enemigo que a simple vista no podía verse, un virus de 0,1

micrómetros. Para proliferar necesitaba personas y se extendía allí donde todos hacíamos lo que corresponde a nuestra naturaleza: estar juntos. Podíamos frenarlo únicamente si hacíamos lo contrario

de lo que dicta dicha naturaleza, y renunciábamos al contacto. La alternativa hubiera sido exponer a todo el mundo en poco tiempo a la enfermedad causada por el virus y asistir al colapso de nuestro sistema sanitario. Habríamos determinado, si no aceptado, la muerte de muchas personas, en especial de ancianos y personas ya enfermas. Rechacé seguir este camino.

Iba en contra de mis valores y convicciones, de mi entendimiento del artículo 1 de nuestra Constitución, según el cual la dignidad de las personas es inviolable y toda autoridad estatal está obligada a respetarla y protegerla.

En mi discurso de Año Nuevo había mencionado la confianza con que podíamos contemplar la entrada en la década de 2020. Me había pasado desapercibido un comunicado de la agencia de noticias dpa, difundido la mañana del 31 de diciembre de 2019, sobre «una misteriosa enfermedad pulmonar que se ha declarado en Wuhan, metrópolis del centro de China». De lo contrario quizás habría aguzado el oído, pues había estado en Wuhan tres meses antes, del 6 al 8

de septiembre, y había visitado el hospital de la amistad sinogermana en Tongji. Era uno de los hospitales más modernos de China y mantenía relaciones con el hospital clínico universitario Duisburgo-Essen y el hospital público Charité de Berlín. Nada hacía presagiar la catástrofe que se cernía sobre las personas de aquella ciudad y desde allí sobre todo el país, Asia y el mundo entero.

Inicialmente, la entrada del año había tenido otros temas de primer plano: los incendios del *bush* australiano, la formación de gobierno en Austria y España y los preparativos para la presidencia alemana del Consejo de la UE durante la segunda mitad de año. A partir de mediados de enero de 2020, nuestra atención empezó a desplazarse. También la mía.

—Anoche leí en un artículo de *The New England Journal of Medicine* sobre un nuevo coronavirus en Wuhan. Me preocupa mucho.

Aún hoy puedo oír pronunciar estas palabras a Helge Braun, desde 2018 jefe de la Cancillería, en el transcurso de una sesión informativa matinal. Prosiguió:

—Incluso el personal médico se ha contagiado cuando trataban a los pacientes. Esto denota una capacidad de contagio muy alta. Esto puede propagarse por todo el mundo.

Helge Braun, médico cualificado, no tendía a las exageraciones, ni mucho menos a la dramatización. Una vez que se desentendió de los temas rutinarios durante nuestra ronda matutina, estuvo claro que teníamos que tomarle en serio.

—Tan pronto como puedas ponte en contacto con el Instituto Robert Koch —le pedí.

Cuando unos días después, el 27 de enero de 2020, el Instituto de Enfermedades Infecciosas y Medicina Tropical de Múnich confirmaba el primer caso de contagio del nuevo virus en Alemania, un empleado de la empresa Webasto con sede en Gaunting, en la comarca bávara de Starnberg, me dije que no podía ser. En la vida había coincidencias que una no podía inventar.

Enseguida me acordé de que durante mi viaje a China en septiembre de 2019, no solo había estado en Wuhan, sino que había inaugurado allí precisamente una nueva planta de Webasto en compañía de Holger Engelmann, presidente de la junta directiva de la empresa. Uno de sus empleados había tomado parte en una formación que había sido impartida por una mujer china de Shanghái. Al regresar a China se le había detectado el virus. Sin duda, ella fue el punto de partida de las infecciones en Webasto. Otros empleados también se infectaron. Para la detección se utilizó un test desarrollado por un equipo dirigido por el virólogo Christian Drosten en el Charité y estaba disponible desde mediados de enero. El virus había llegado a

Alemania. La propagación aún parecía controlable. Todas las cadenas de infecciones podían ser rastreadas.

Dos semanas más tarde, el 11 de febrero de 2020, la Organización Mundial de la Salud dio a conocer el nombre de la nueva enfermedad: COVID-19; CO, por corona, VI, por virus, D por *disease* ('enfermedad'), 19 por 2019, el año del brote.

El 24 de febrero de 2020, lunes de Carnaval, como casi todos los años por estas fechas, Beate Baumann y yo fuimos durante tres días a Dierhagen, en el Báltico, para planificar el resto del año. No nos habíamos planteado el dilema de cancelar el viaje por la nueva enfermedad y aún no éramos conscientes de hasta qué punto una visita a un restaurante podía entrañar riesgos para la salud debido al virus. Pero nos entraba miedo cuando pensábamos en las numerosas fiestas de Carnaval que había tras los casos de coronavirus anunciados aquellos días, todos relacionados con un acto celebrado el 15 de febrero de 2020 en Gangelt, en el distrito de Heinsberg, en Renania del Norte-Westfalia.

El viernes 28 de febrero de 2020, con ocasión de mi tradicional recepción de Año Nuevo celebrada en mi circunscripción, por primera vez hablé públicamente del nuevo coronavirus. En la cervecería Störtebeker de Stralsund, ante unos 400 invitados aseguré que el gobierno estaba haciendo todo lo posible para proteger a la población, y dije que cada uno podía aportar a la lucha contra el virus. Declaré:

—Hoy no le daré la mano a nadie.

Vista en retrospectiva, mi conducta fue conmovedoramente ingenua. En mi despacho incorporé la alternancia entre trabajo presencial y a distancia para asegurar que nuestra capacidad para trabajar estuviera garantizada en todo momento.

El primer conflicto real de conciencia surgió cinco días más tarde. Había planificado para el 4 de marzo de 2020 en Hanau (Hesse) un

funeral en memoria de nueve personas migrantes que, dos semanas antes, la noche del 19 de febrero, habían sido asesinadas. El autor de los hechos les había disparado primero, después hizo lo mismo con su madre antes de descargar el arma contra sí mismo. Todo indicaba que el motivo era racista. Fue espantoso. Aún hoy pienso en lo que este suceso significó para los familiares, para el conjunto de las personas con historias de migración y

para nuestra sociedad en general.

De nuevo, solo podíamos prometer hacer todo lo posible por aclarar los asesinatos y antecedentes con la mayor precisión posible, así como señalar, dado el caso, los posibles errores de las autoridades. Tuve la necesidad de asistir a la conmemoración celebrada en Hanau, si bien al contrario que durante el funeral en memoria de las víctimas del grupo terrorista NSU ocho años antes, no pronunciaría un discurso. No obstante, teniendo en cuenta la nueva enfermedad, me inquietó la cuestión de si debía visitar un acto al que asistirían cientos de personas. ¿Qué significaría para la capacidad de actuar del gobierno si me contagiaba de COVID? ¿No debía ser ejemplo para los demás y evitar las concentraciones de personas? ¿No era suficiente que estuvieran presentes el presidente Frank Walter Steinmeier y el ministro presidente Volker Bouffier? Decidí que no. Mi sitio aquel día estaba en Hanau.

Una semana más tarde, el 11 de marzo de 2020, la OMS declaró que la COVID-19 era ya una pandemia; es decir, una enfermedad infecciosa de propagación mundial. El mismo día comparecí en una rueda de prensa junto con Jens Spahn, ministro de Sanidad, y Lothar Wieler, presidente del Instituto Robert Koch. Entre otras cosas, hablé de las primeras medidas de ayuda por el coronavirus que el comité de coalición había decidido para la economía tres días antes, aludí encarecidamente al peligro del coronavirus para nuestra salud y enfatiqué las ventajas de la estructura federal de nuestro país, pues facilitaba una actuación descentralizada que se ajustaba al problema. Ahora bien, añadí a modo de advertencia:

—El federalismo no está aquí para eludir responsabilidades, sino para que cada uno en sus funciones las asuma.

La verdad tras estas palabras era que como el control de la infección es esencialmente competencia de los *Länder*, era sumamente limitado el margen de maniobra del gobierno federal y, por lo tanto, también el mío. En los siguientes meses supe cuánto. De todas formas, pronto tuve la sensación de que, en la lucha contra la pandemia, se aunaba todo lo que me afectaba como persona y política: como persona y ciudadana me preocupaba, como a todo el mundo, mi propia salud y la de mi familia, y también como todo el mundo debía atenerme a las normas aplicables. Como canciller era la que, junto con los ministros y ministras presidentes de los *Länder*, decidía las medidas contra el virus. Como científica, me angustiaba que no todo el mundo estuviera familiarizado con la dinámica exponencial de crecimiento según la cual el número de personas infectadas con el virus se duplicaría en una o dos semanas. Cifras inicialmente bajas de infecciones podían dispararse en pocas semanas si no se contrarrestaban.

Pero con demasiada frecuencia se empezaba a actuar cuando ya estábamos con el agua al cuello.

En marzo de 2020 observamos cómo se agudizó la situación en Europa. En el norte de Italia, el sistema sanitario se había sobrecargado sin remedio. Imágenes deprimentes de hospitales a rebosar y filas de vehículos con ataúdes de camino a los crematorios eran testimonio de la dramática situación. Quería hacer todo lo posible para que en Alemania no llegáramos a una tesitura semejante. Como evitar el contacto estaba a la orden del día, en las deliberaciones con los ministros-presidentes de los días 12, 16 y 22 de marzo acordamos medidas que obstaculizarían en gran medida la vida pública. Solamente se exceptuaron los ámbitos indispensables para la vida cotidiana, sobre todo el comercio minorista de alimentos, mercados semanales, farmacias, droguerías, gasolineras,

correos, bancos y cajas. Además, exceptuando los Países Bajos, se restringió el tráfico transfronterizo hacia países vecinos.

Las medidas eran drásticas. Tenía claro que los objetivos asociados a ellas solo podían alcanzarse si se conseguía que una gran mayoría de la población las apoyase con su comportamiento. Para eso era necesario que las personas conocieran mis planteamientos en el contexto más amplio. Beate Baumann, Eva Christiansen, Steffen Seibert y yo hablamos repetidas veces sobre cómo lograrlo, pues los recursos eran limitados. Por ejemplo, en una rueda de prensa pude exponer unas observaciones preliminares, pero por lo demás respondí a las preguntas que más interesaban a los periodistas. En un discurso en el Parlamento me dirigí a los diputados y deseé que en las noticias de la noche se mostraran fragmentos que me preocupaban en particular.

Otros actos a los que podía haber asistido fueron cancelados debido al coronavirus. Lo que quedaba era un paso que excepto el discurso de Año Nuevo, en todos los años de mandato jamás había utilizado: el discurso televisado a la nación. Ya solo el vehículo señalaría la seriedad de la situación, eso estaba claro, y era lo único que me permitiría dirigirme a las ciudadanas y ciudadanos durante varios minutos sin interrupción.

—Debe hacerlo. Es literalmente ne-ce-sa-rio —dijo Eva Christiansen.

—Estoy absolutamente seguro de que ARD y ZDF lo emitirán, ya que no va a anunciar nada partidista, sino que se trata de una verdadera situación de emergencia —agregó Steffen Seibert.

—Para que realmente encaje, deberíamos mantener abierto el día exacto, pero ya podemos ir haciendo el borrador de un texto —propuso Beate Baumann.

—Así lo haremos. Y quizá para que no tengamos que apañárnoslas solos, deberían preguntar también a nuestros amigos de fuera de la política si podrían ayudarnos —concluí. Ya habíamos decidido hacerlo

y poco después también decidimos el día: el 17 de marzo de 2020, un día después de la conferencia de ministros-presidentes en la que acordamos las medidas más importantes, Steffen Seibert preguntó a los canales ARD y ZDF si emitirían al día siguiente, después de las noticias, un discurso pronunciado por mí, cuatro días antes de la entrada en vigor de las restricciones decididas. Las cadenas de televisión accedieron.

El miércoles 18 de marzo de 2020 salí de mi despacho y me dirigí a la gran sala del gabinete en la sexta planta de la Cancillería para grabar allí mi discurso. El lugar me era familiar por los discursos de Año Nuevo. Nada debía distraerme del mensaje que quería comunicar.

—Es serio. Tómenselo en serio. Desde la unificación de Alemania, no, desde la Segunda Guerra Mundial no ha habido un reto en nuestro país que dependa tanto de nuestra acción solidaria común —dije, sin dejar lugar a dudas respecto a la urgencia. Nuestros amigos nos habían aconsejado que no solo debía apelar y explicar las normas vigentes, sino también hablar de mí misma. Seguí el consejo.

—Para alguien como yo, para quien la libertad para viajar y moverme fue un derecho conquistado con enorme esfuerzo, estas restricciones solo se justifican cuando es absolutamente necesario. En una democracia jamás deben ser decididas con frivolidad y siempre temporalmente. Pero en este momento son indispensables para poder salvar vidas —dije y hacia el final reafirmé—: Somos una democracia. No vivimos de la coerción, sino del conocimiento compartido y la cooperación.

La reacción a mi discurso de unos nueve minutos fue asombrosa. Aparentemente había tocado la fibra sensible. Podía sacar provecho del momento.

Cinco días después, el 23 de marzo de 2020, el gabinete federal aprobó una ayuda para la formulación de un «proyecto de ley de alcance nacional para la protección de la población en situación de epidemia», la llamada Ley de Protección de la Población. La ayuda para la formulación significó que el proyecto de ley fue introducido directamente por los partidos de la coalición, permitiendo que en la misma semana lo aprobaran tanto el Bundestag como el

Bundesrat. Determinar una situación de epidemia de alcance nacional era condición previa para que el gobierno federal y los *Länder* adquirieran más competencias. Además, para paliar las consecuencias de la crisis provocada por el coronavirus el gabinete aprobó el mismo día un presupuesto suplementario de 156.000 millones de euros, casi la mitad del presupuesto total. Con esta finalidad, el Bundestag suspendió para 2020 el freno a la deuda previsto en la ley orgánica.

Sin la ayuda de Babette Kibele y Gesa Mieke-Nordmeyer, directoras de los departamentos de asuntos internos y jurídicos, así como de política social de la Cancillería, no habría sido posible que el gobierno federal, el Bundestag y el Bundesrat —junto con todas las carteras implicadas—

tomaran en el plazo de una semana todas las decisiones. No puedo estarles más agradecida a ellas y sus colaboradores, sobre todo teniendo en cuenta que a partir de la noche del domingo 22

de marzo, nuestra cooperación se complicó cuando tuve que ponerme en cuarentena.

A pesar de que en realidad los *Länder* eran los responsables del almacenamiento de equipos de protección, el ministerio de Sanidad estableció un equipo de suministros para agilizar el abastecimiento de mascarillas protectoras desde el extranjero. Llegaban a diario de los hospitales comunicados alarmantes que indicaban que los equipos de protección empezaban a escasear. Era insoportable la

idea de que médicos y cuidadores no dispusieran de mascarillas adecuadas y no pudieran protegerse a sí mismos. Las mascarillas se producían casi exclusivamente en Asia, sobre todo en China. Se desencadenó en toda Europa una carrera por conseguirlas, de repente habían adquirido importancia estratégica. Se trataba de mascarillas médicas, o de quirófano, y las mascarillas de la clase FFP2, con filtro de partículas. Paso a paso fue posible conseguir suficientes mascarillas de ambas categorías y ampliar también las capacidades de producción en el propio país. La producción de mascarillas FFP2 fue incentivada mediante cuarenta millones de euros.

Aproximadamente un mes después de mi aparición en televisión y de las duras restricciones impuestas, se ralentizó la dinámica de la incidencia de infección. El número de nuevas infecciones retrocedió claramente. Pero el virus no había desaparecido. Era consciente de que no nos encontrábamos en la fase final de la pandemia, sino todavía al principio. Sin embargo, me resultaba cada vez más difícil hacerme oír. Y era verdad: la pandemia era y seguía siendo «una imposición democrática», tal como había manifestado en el Bundestag durante una declaración de gobierno después de Semana Santa, el 23 de abril de 2020, «pues restringe exactamente nuestros derechos y necesidades existenciales, los de los adultos y también de los niños». Me pesaba en especial lo que debían soportar las personas mayores y enfermos que vivían en residencias con atención personalizada de ancianos y personas con discapacidades.

—En tiempos de pandemia y sin poder recibir visitas, los lugares donde ya de por sí la soledad puede ser un problema son espacios mucho más solitarios. Es una crueldad que cuando van menguando las fuerzas y la vida se apaga, no pueda haber nadie más excepto los cuidadores, aunque ya hacen todo lo posible. No olvidemos nunca a estas personas y el aislamiento temporal en el que tienen que vivir.

Así intenté darles a estas personas una voz que de cara al público apenas tenían. Entretanto, se había iniciado una competición por ver quién superaba a quién respecto a la relajación de restricciones y a las aperturas. El lunes 20 de abril de 2020, en una conferencia vía telefónica con la presidencia de la CDU se me habían escapado las palabras «orgías de discusiones sobre aperturas». Me inquietaba que si relajábamos las restricciones y abríamos demasiado rápido, nos jugáramos nuestra victoria, lograda a base de tanto sacrificio, por no mencionar lo que impondríamos a los más débiles y al personal de los hospitales. El 29 de abril de 2020 se instauró, al menos, la obligatoriedad para toda Alemania de llevar mascarilla en el transporte

público y los comercios.

Tal como correspondía con la subida de temperaturas de la primavera, las cifras de infectados siguieron descendiendo. Estaba agradecida a las muchas personas que en los meses transcurridos habían hecho un trabajo extraordinario, en especial médicos y cuidadores. Nos solidarizamos con los demás. Trabajadores y empleadores habían logrado mantener en marcha la infraestructura crítica; el gobierno federal había dado soporte a ciudadanos, empresas y municipalidades mediante un potente paquete de ayudas de 130.000 millones para 2020 y 2021; muchos funcionarios de la administración pública trabajaron día y noche; soldados de la Bundeswehr apoyaron a las autoridades sanitarias y a las residencias de ancianos; las familias se superaron a sí mismas, en particular los niños, para los que la separación de sus amigos de las guarderías y escuelas fue difícil de soportar. Podíamos estar orgullosos de nuestro país.

No obstante, estaba fuera de duda que la pandemia exigía muchísimo a todas las generaciones: niños, padres, abuelos. De pocas cosas se habló tanto, y aún hoy se discute amargamente, como del cierre de escuelas y guarderías. Si, por un lado, en lo que se refiere a equipos de protección, incluida una reserva suficiente de

mascarillas, se acusó al gobierno federal de no haber prestado suficiente atención a un análisis de riesgos elaborado en 2012 por la oficina para la protección de la población frente a una «pandemia de virus SARS modificado»; por el otro, se omitieron a propósito los hallazgos de este análisis con relación a escuelas y guarderías. Junto a la cancelación de grandes eventos, este análisis citaba explícitamente el cierre de escuelas como medio para la contención de la pandemia. Recordarlo no cambió el hecho de que años después no estábamos lidiando con un análisis de riesgos teórico, sino con una pandemia real. En esta pandemia real, el virus y el peligro que emanaba de él eran nuevos para todo el mundo. Teníamos que aprender a diario. La premisa y el objetivo de mis acciones fueron evitar una sobrecarga del sistema sanitario. Solo así era posible proporcionar tratamiento necesario a todos los enfermos, independientemente de que tuvieran enfermedades preexistentes o no, de si eran jóvenes o viejos. Eso fue lo que me guio. Para ello tuve que ponderar a diario nuevos riesgos, tanto los peligros vinculados a las vías de transmisión del virus de y a las personas, mayores y jóvenes, con enfermedades preexistentes o sanas, así como las consecuencias que podían tener las medidas adoptadas por el gobierno federal y los *Länder*.

Como antigua científica, en ocasiones me resultaba difícil no perder los estribos cada vez que los políticos acusaban a los científicos de cambiar constantemente de opinión, reflejando con ello un gran desconocimiento de la naturaleza de la ciencia y la investigación. Aquí no se trata sencillamente de tener una opinión y cambiarla dado el caso. En ciencia e investigación el objetivo es adquirir conocimientos, extraer conclusiones a partir de ellos y, con cada avance, repetir este proceso desde el principio. Esta es la esencia de la investigación y la ciencia. Debido a que resolví no seguir el principio de la esperanza sino el de la precaución, también basé en el estado correspondiente de la investigación la valoración del peligro de contagio para los niños y jóvenes, así como un posible riesgo de que ellos contagiaran a otros. El cierre de escuelas y guarderías entraba entre las medidas que defendí durante el ápex de

la primera ola de la pandemia, así como poco antes de la Navidad de 2020, durante la segunda ola. En diciembre de 2020, el gobierno federal y los *Länder* se pusieron de acuerdo una última vez respecto al cierre de guarderías y escuelas para frenar y atajar la segunda ola. A principios de 2021 no conseguimos una posición uniforme respecto a la reapertura. Yo quería esperar hasta el 1 de marzo de 2021 a que descendieran las cifras de nuevos infectados, pero los *Länder* insistían en una apertura más rápida. Tras la conferencia de ministros-presidentes del 10 de febrero de 2021, subrayé en la rueda de prensa que siguió que vivíamos en un estado federal y que, a fin de

cuentas, el federalismo es un orden mejor que el centralismo, incluso cuando a veces resulta arduo, y que en el caso de las escuelas y las guarderías se trataba de una competencia firmemente anclada en los *Länder*.

—Como canciller no puedo imponerme como si tuviera derecho a veto, como es el caso en la Unión Europea, por ejemplo, cuando se trata de decisiones que requieren unanimidad —expliqué

—. Por esto hemos dicho: aquí cuenta la soberanía cultural, y los *Länder* decidirán [...] bajo su propia responsabilidad.

A partir de aquel momento, cada estado federal tomó sus propias decisiones. Únicamente se consultó con el gobierno cuando se trataba de dinero para dotar las aulas de filtros de aire.

En el verano de 2020, la gente pudo disfrutar un relajamiento de las normas y una sensación de libertad recuperada. El coronavirus estaba en el trasfondo. Pero al poco tiempo volvió a crecer el número de nuevas infecciones, y si bien al principio la cifra era baja, luego ascendió a un ritmo constante. Desde mayo, Helge Braun y yo buscábamos el consejo de un grupo de científicos que observaban la epidemia desde el punto de vista de diferentes especialidades.

Durante la pandemia, como científica me llevaba de cabeza proceder según el ya mencionado principio de esperanza, tan apreciado en política: que no habría para tanto. Sobre todo porque se acercaba el otoño y haría más frío y humedad, condiciones ideales para la propagación del virus, nuestro círculo de asesores compartía la preocupación de Helge Braun y mía.

A finales de septiembre, en una reunión con la presidencia de la CDU, intenté expresar en cifras mi preocupación y pronostiqué para las navidades unas 19.200 nuevas infecciones diarias.

Esta cifra llegó rápidamente al público. Algunos opinaron que estaba dibujando un escenario de película de terror. Cuando en la rueda de prensa celebrada el 29 de septiembre de 2020, tras una videoconferencia con los ministros-presidentes, me preguntaron acerca de ese número, tuve la oportunidad de explicar el fenómeno del crecimiento exponencial. Que esto fuera siquiera necesario, me hizo sentir desolada por dentro. Pese a ello, calculé con toda la tranquilidad de que fui capaz:

—A finales de junio y principios de julio, algunos días teníamos unas 300 nuevas infecciones.

Ahora, en ciertos días tenemos 2.400. Esto significa que en tres meses, de julio a septiembre, las cifras de infecciones se han duplicado tres veces: de 300 a 600, de 600 a 1.200 y de 1.200 a 2.400. Si este ritmo continuara en los siguientes tres meses, es decir, octubre, noviembre y diciembre, pasaríamos de 2.400 a 4.800, luego a 9.800 y finalmente a 19.200.

Subrayé que por esta razón debíamos actuar ahora, pues una cifra tan alta de infecciones sobrecargaría el sistema sanitario. Sin embargo, no fui convincente. La mayoría de los ministros-presidentes apostó esencialmente por los test rápidos que entretanto ya estaban disponibles y con los que era posible hacer pruebas a escolares, empleados de residencias y hospitales, así

como visitantes o asistentes a eventos. Las medidas adicionales se limitaron a los ámbitos en que la incidencia de infecciones era elevada, los llamados *hotspots* ('puntos calientes'); es decir, ciudades grandes o comarcas en las que el promedio de nuevas infecciones diarias a lo largo de siete días se situaba por encima de 50 por 100.000 habitantes. A partir de este umbral, el rastreo realizado por las autoridades sanitarias de las personas que habían entrado en contacto con los infectados era casi imposible y el crecimiento exponencial sin freno del número de infectados, probable.

A mediados de octubre, el Instituto Robert Koch comunicó 6.638 nuevas infecciones, más que las 4.800 de mi cálculo para finales de octubre. Invité a la siguiente reunión con los ministros-presidentes celebrada el 15 del mismo mes a Michael Meyer-Hermann, director del departamento de Inmunología del Centro Helmholtz para la Investigación de Enfermedades Infecciosas de

Braunschweig y miembro de mi grupo de asesores. Había desarrollado modelos matemáticos para el curso de la pandemia que podían predecir la incidencia de infecciones independientemente del número de contactos entre personas. Su exposición demostró que era urgente acordar cierres e imponer límites al contacto para volver a tener bajo control la incidencia de la pandemia. El mejor momento para hacerlo ya lo habíamos dejado pasar en septiembre. Ahora quería al menos conseguir no vernos obligados a imponer medidas más drásticas en Navidad. Por la experiencia de la primavera sabíamos que para frenar el crecimiento exponencial era necesario un mes de restricciones duras. Entonces nos había ayudado la época del año. Ahora era distinto. Cuando Meyer-Hermann hubo concluido su presentación, empezó una ronda de preguntas. Enseguida me di cuenta de que algunos le ponían pegas a todo, tal vez porque temían las nuevas restricciones o bien porque realmente pensaban que la situación no sería tan grave. Cuestionaron las hipótesis que estaban en la base del modelo de Meyer-Hermann, consideraron sus conclusiones demasiado pesimistas y le reprocharon que no hubiera incluido el impacto de los test de COVID y que no hubiera considerado suficientemente el efecto de llevar mascarilla. Aparentemente, el lema del día era «no puede ser lo que no puede ser».

Pensé que era increíble que aquel hombre hubiera interrumpido sus vacaciones de otoño y fuera tratado como un estúpido escolar.

Cuando al cabo de una hora me despedí de él, por dentro estaba hecha una furia. En la discusión que siguió con los ministros-presidentes regateamos cada una de las medidas. Cuando alguien mencionó las supuestamente perfectas medidas de higiene de los restaurantes, perdí la paciencia.

—Que esto no, que aquello tampoco, que todas las medidas se ponen en práctica perfectamente y, sin embargo, nadie sabe de dónde viene la cifra de nuevas infecciones. Y luego, cuando alguien

lo explica claramente, se pone en duda. ¡Vamos de cabeza al desastre! —me salió del alma—. Y las medidas que queremos acordar ni siquiera son suficientemente duras para impedir este desastre. Si hoy no podemos acordar la aplicación de las medidas necesarias, estaremos de vuelta aquí en dos semanas para hacerlo, solo que entonces la temporada de adviento ya estará a la vuelta de la esquina.

Todos callaron.

—Casandra ha hablado —dijo Winfried Kretschmann, presidente de Baden-Wurtemberg, interrumpiendo el silencio, e hizo una breve pausa para añadir—: Casandra tiene razón.

Hubo otros que me apoyaron, con Markus Söder, presidente de Baviera, y Peter Tschentscher, primer alcalde de Hamburgo, a la cabeza. Pero no fue suficiente. La mesa solo pudo acordar medidas parciales. En la rueda de prensa que siguió las defendí con coraje, porque no podía prescindir de la unidad entre gobierno federal y gobierno de los *Länder*.

Como ya temía, cuando nos volvimos a reunir dos semanas más tarde, el 28 de octubre de 2020, la cifra de nuevas infecciones se había más que duplicado, y esto se reflejó también en el número de casos en cuidados intensivos. Debíamos actuar para evitar el colapso del sistema sanitario. Y eso hicimos. A diferencia del principio de la pandemia, las guarderías y escuelas siguieron abiertas, pero, por lo demás, para el mes de noviembre ordenamos restricciones al contacto privado. Únicamente podían reunirse dos hogares, se prohibieron los alojamientos turísticos y los locales de ocio, cultura y entretenimiento tuvieron que cerrar, así como empresas del sector de la gastronomía y algunas del sector servicios. En todo momento tuvimos en cuenta la validez jurídica del principio de proporcionalidad, que establecía, en primer lugar, que una regla como la restricción del contacto privado o el uso de mascarillas debía

ser adecuada; es decir, lograr el objetivo pretendido, disminuir la cifra de contagios y con ello impedir la

sobrecarga de los hospitales. En segundo lugar, la restricción tenía que ser imprescindible, lo que significaba que no podía haber ningún medio más moderado para obtener el resultado deseado.

Y, en tercer lugar, debía ser proporcionada; es decir, las consecuencias negativas asociadas a las restricciones y reglas no podían superar sus beneficios. Sobre esta base, durante una declaración del gobierno celebrada el 29 de octubre de 2020 en el Bundestag, defendí los resultados de nuestras deliberaciones:

—La pandemia ha situado en el foco de atención un término que pertenece a nuestro vocabulario básico: la libertad. Y esta vez es muy concreto, pues las medidas impuestas por el gobierno federal y los *Länder* en primavera y las que acordamos ayer, restringen la libertad.

Sentimos al mismo tiempo que la libertad no significa que todo el mundo pueda hacer lo que quiera. Al contrario, justo ahora la libertad significa responsabilidad: responsabilidad por uno mismo, la familia, las personas en el lugar de trabajo y, más aún, por todos nosotros.

Por dentro esperaba que, por una vez, Casandra no tuviera razón y que lo que habíamos decidido fuera suficiente. Sin embargo, las cosas sucedieron según lo previsto: la cifra de nuevas infecciones y la de pacientes con COVID en cuidados intensivos no solo no descendió, sino que no dejó de crecer. El crecimiento exponencial no se ajustaba a los deseos políticos. De nuevo, el gobierno federal y los *Länder* endurecieron las restricciones. A partir del 16 de diciembre de 2020, los comercios minoristas y peluquerías cerraron. Los encuentros privados se redujeron a dos hogares y a un máximo de cinco personas. Únicamente durante Navidad y Fin de Año se relajaron algo estas restricciones. La situación en las residencias era

abrumadora. A menudo los test no funcionaban. De no haber sido por la ayuda de los soldados de la Bundeswehr, habrían muerto muchas más personas. A pesar de que, en principio, consideraba correcto el ordenamiento federal de Alemania, ahora me desesperaba. Y sufría porque el Instituto Robert Koch tenía que anunciar unas mil muertes diarias. Encontraba difícil soportar que en apariencia resultara tranquilizador que una persona hubiera muerto con COVID y no de COVID. Hubiera sido suficiente decir «solo» que esa persona era tan vieja o estaba tan enferma que habría muerto de todas formas, tanto si tenía COVID como si no. Lo más importante era que los que se consideraban jóvenes y sanos debían asumir menos restricciones. Eso es lo que parecía. Mis padres habían fallecido muy ancianos antes de la pandemia. No me hubiera sido indiferente que hubieran podido vivir uno, dos o más años. Solo porque una persona fuera mayor o tuviera una enfermedad preexistente, no moría de repente solo con COVID. Apenas se hablaba de aquellos que sufrían secuelas tardías o a largo plazo de COVID, algo también llamado COVID

persistente. Solo afectaba a un porcentaje bajo de enfermos, pero nadie sabía decir cuándo recuperarían la salud estas personas y tampoco existía una terapia reconocida. Para mí esto también fue un motivo para prestar atención a que la cifra de nuevas infecciones fuera lo más baja posible.

La situación solo mejoró cuando, a partir de enero de 2021, se cerraron de nuevo las guarderías y las escuelas, las actividades laborales se desarrollaron desde casa siempre que fue posible, y se llevaron mascarillas en lugares y transportes públicos. Aun así, sobrellevamos mucho peor la segunda ola de COVID. Y tampoco hubo tregua, pues desde principios de año desde Gran Bretaña se estaba propagando una variante del virus llamada Omikron, que era más contagiosa y estaba desplazando gradualmente al virus conocido hasta entonces. Excepto por la apertura de las peluquerías a partir del 1 de marzo de 2021, el gobierno federal y los *Länder* decidieron el 10 de febrero de 2021 supeditar la flexibilización de las

restricciones a que la cifra de nuevas infecciones en una comarca o ciudad no superara 35 por 100.000 habitantes. De este modo se garantizaría que las autoridades sanitarias pudieran hacer el seguimiento de las personas

que habían entrado en contacto con los infectados. Sobre el papel fue una buena propuesta, pero en la práctica cada región tenía sus propias pautas a la hora de marcar restricciones y aperturas.

Evidentemente, el virus no se dejó impresionar. A partir de mediados de marzo de 2021, la variante Omikron marcó el compás de la propagación de la enfermedad. De nuevo subió el número de casos de manera exponencial. También el de pacientes de COVID en cuidados intensivos.

Durante la tercera ola estaba firmemente decidida a no esperar demasiado tiempo a aplicar medidas adicionales. No estaba sola. En una conversación por videoconferencia con los ministros-presidentes celebrada el lunes 22 de marzo de 2021, deliberamos durante horas sobre lo que podíamos hacer. Aún teníamos fresco el invierno, con las duras normas implementadas durante la Navidad. Ahora estábamos ante las puertas de la segunda Semana Santa en plena pandemia. Trabajamos hasta las tres de la mañana del martes y decidimos implementar lo que llamamos un paréntesis de Semana Santa del 1 al 5 de abril; es decir, una interrupción de casi toda la vida pública entre el jueves santo y el lunes de pascua. En estos cinco días queríamos detener la propagación exponencial del virus.

Sin embargo, lo que parecía factible sobre plano, se reveló impracticable. Lógicamente, el martes los teléfonos no dejaron de sonar. Nuestros colegas en el Bundestag nos hicieron ver a Helge Braun y a mí que no teníamos idea de qué iba la vida real. ¿Qué iba a pasar con las compras, con las farmacias, con las entregas de productos ya planificadas? ¿Quién iba a pagar la pérdida de salario del jueves santo? La noche del martes al miércoles 24 de marzo de 2021

apenas dormí. Pensé: «Tienen razón. Esto no funcionará de ninguna manera. Esto debe acabar.

Estás echando a perder toda la confianza que has ido cimentando desde el discurso televisivo y sin confianza ya puedes olvidarte de todo». Por la mañana me dirigí temprano a la Cancillería, pues los miércoles, como siempre, a las ocho menos cuarto teníamos la reunión informativa matinal. Lo primero que hice fue llamar a Beate Baumann, que aquel día estaba trabajando desde casa, y le dije:

—Voy a terminar con todo esto.

—¿Con qué va a terminar? —preguntó.

—Con el paréntesis de Semana Santa —respondí—, y lo explicaré y lo lamentaré todo públicamente.

—De acuerdo, tomo nota —respondió. También a ella le parecía preferible un final con susto que un susto sin final.

En la reunión informativa matinal anuncié a todos mi decisión, luego llamé al vicedecano Olaf Scholz y al ministro del Interior Horst Seehofer para informarles. Tras la reunión de gabinete, puse al corriente a los ministros presidentes en una videoconferencia celebrada a las once de la mañana y una hora después a los vicepresidentes adjuntos de los grupos parlamentarios del Bundestag.

A las doce y media, ante la pared azul de la Cancillería, hice una declaración al público.

Comuniqué que a pesar de que había sido diseñada con la mejor de las intenciones y para detener la tercera ola, no pondría en marcha las normas de un paréntesis para la Semana Santa. La idea de un paréntesis durante la Semana Santa la describí como un error y dije:

—Este error es única y exclusivamente mío, porque en última instancia soy la que tiene la responsabilidad máxima como canciller [...]. Al mismo tiempo sé, naturalmente, que todo este proceso provoca un desconcierto adicional. Lo lamento profundamente, y pido disculpas por eso a todas las ciudadanas y ciudadanos.

Después, como ya había sido planificado hacía tiempo, me dirigí al Bundestag para hacer

frente a la sesión de preguntas de los parlamentarios. Allí también primero hice una declaración.

Un canciller, o una canciller, no debería pedir disculpas con demasiada frecuencia, pero tampoco debería dudar en hacerlo por miedo a que se interprete como debilidad si es algo inevitable. En cualquier caso, haber cambiado de rumbo me quitó un peso de encima. Ahora tenía la cabeza despejada para poder reflexionar de nuevo sobre cómo detener la tercera ola, y Helge Braun tuvo una idea:

—Necesitamos una solución única federal, algo así como un freno de emergencia federal —

propuso.

—Correcto. Solo así podremos evitar un caleidoscopio de medidas — asentí.

Un reglamento jurídico tan detallado, sancionado por el gobierno federal debía ser discutido con los *Länder*, pues tanto el Bundestag como el Bundesrat debían consensuarlo. Pero se logró, pues el desastre en torno al paréntesis de Semana Santa había conmocionado a todos. El freno de emergencia federal debía tener como fecha límite el 30 de junio de 2021. El 13 de abril de 2021, el gabinete de gobierno aprobó el proyecto de la cuarta ley de alcance nacional para la protección de la población en una situación de epidemia. La situación se relajó y el clima también contribuyó. En

noviembre de 2021, el Tribunal Constitucional rechazó los recursos de inconstitucionalidad contra la ley.

ESPERANZAS Y DESENGAÑOS

Sin embargo, hubo algo mucho más importante que la cancelación de la emergencia federal: a partir de principios de 2021 disponíamos de vacunas contra el coronavirus. Tras poco menos de un año, había esperanzas de acabar con la pandemia. El día de San Esteban de 2020, todos los Estados miembros de la Unión Europea obtuvieron las primeras dosis de la vacuna desarrollada por la empresa biotecnológica BioNTech, con sede en Maguncia, en colaboración con la farmacéutica americana Pfizer. Había sido provisionalmente aprobada por la Agencia Europea de Medicamentos. A principios de 2021 llegaron otras dos vacunas.

Siguiendo las recomendaciones de la Comisión de Vacunación Permanente para personas de mi edad, el 16 de abril de 2021 me vacuné por primera vez contra la COVID. La vacuna era de la empresa farmacéutica británico-sueca AstraZeneca, desarrollada por la Universidad de Oxford.

Después de que la Comisión cambiara sus recomendaciones, el 22 de junio de 2021 recibí la segunda dosis, esta vez la de BioNTech. Por mi edad, pertenecía al grupo de riesgo y me sentí muy aliviada por no estar ya desprotegida ante el coronavirus y la enfermedad que provoca. Las vacunas eran como un atisbo de luz en el horizonte, una promesa de que un día ya no tan lejano las restricciones de contactos serían prescindibles. Estaba agradecida a todos los que habían participado en su desarrollo y además también me alegraba que una empresa alemana hubiera tenido éxito. Uğur Şahin y su esposa, Özlem Türeci, fundadores de BioNTech, no solo lo habían logrado —con ayuda de sus colaboradores— debido a que el 25 de enero de 2020, poco después de que Uğur Şahin leyera por primera vez sobre el virus, hubieran decidido dejar otras investigaciones en marcha para concentrarse únicamente en el

desarrollo de una vacuna contra el nuevo virus. Más bien lo habían conseguido porque desde la fundación de su empresa en 2008

habían creído tenazmente en su labor de investigación. En años anteriores ya habían obtenido fondos del Ministerio de Investigación. Habían tenido la suerte de encontrar siempre patrocinadores que les habían permitido seguir investigando. Que hoy las vacunas ARNm desarrolladas por ellos nos protejan debe agradecerse además de a los fundadores de BioNTech, a la tenacidad de Katalin Karikó, bióloga y bioquímica nacida en 1955 en Hungría. Durante

mucho tiempo tuvo que luchar férreamente por obtener financiación para su investigación, pero aun así no se perdió por el camino. En 2013 aceptó una oferta de Uğur Şahin para incorporarse a BioNTech. Mientras escribía estas palabras me enteré de que Katalin Karikó y su socio de investigación, el americano Drew Weissman, habían sido galardonados con el premio Nobel de Medicina 2023, y me alegré muchísimo.

Naturalmente, las expectativas de las primeras entregas de la vacuna fueron altas. Vacunar a la mayor parte de la población en poco tiempo fue un reto logístico enorme. Para lograrlo, los *Länder* levantaron grandes centros de vacunación coordinados con el Ministerio de Sanidad. Al principio, el volumen de las entregas fue bajo. Aunque todos los equipos involucrados en el proceso lo sabían de antemano, las imágenes de los centros de vacunación vacíos surtieron efecto. Una vez más se demostraba que en política no hay nada peor que una mala gestión de las expectativas. Esto lo aprovechó mi socio de coalición, el SPD, que reprochó al ministro de Sanidad, Jens Spahn, de la CDU, que no hubiera encargado suficientes vacunas y que no debería haber aceptado un papel de coordinador para la Comisión Europea. En cualquier caso, ¿para qué teníamos una empresa alemana que producía la vacuna si luego no obteníamos más unidades que los demás? ¿Cómo podía ser que en Israel hubiera más gente vacunada que en Alemania? El grupo parlamentario del SPD presentó al ministro de Sanidad un catálogo

de preguntas, y no olvidó pedirle públicamente una y otra vez que las respondiera. Por supuesto, como partido gobernante el SPD tenía acceso a toda esta información, era evidente que la campaña electoral estaba empañando el asunto, pues en septiembre se elegiría un nuevo Parlamento federal. Ya en agosto del año anterior, la presidencia y el comité ejecutivo federal del SPD habían nombrado a Olaf Scholz candidato a la cancillería. Su elección oficial, que tendría lugar más adelante, durante el congreso del partido, no era más que una formalidad. Jens Spahn podía responder a todas esas preguntas y refutar las acusaciones. Aun así, la CDU y la CSU se hundieron en las encuestas en que se preguntaba la preferencia de partido de los ciudadanos en las elecciones generales.

Y si a principios de año disponíamos de pocas vacunas, pocos meses después padecimos el problema opuesto: se habían producido demasiadas dosis que no se podían distribuir exclusivamente a los centros de vacunación, así que los médicos de familia tuvieron que sumarse a la campaña. Finalmente, en verano nos encontramos ante el reto de convencer a la gente para que se vacunara. Para el 30 de diciembre de 2021, solo el 74,1 % de la población se había vacunado una vez, y un 71,1 %, dos veces, por lo que volvíamos a encontrarnos con que muchos pacientes de COVID estaban en cuidados intensivos. El 90 % de ellos no estaban vacunados. Las esperanzas y los desencuentros se iban alternando.

LA PRUEBA DE FUEGO PARA EUROPA

Cuando a principios de 2020 el nuevo virus se propagó por completo, los gobiernos de la mayoría de los Estados miembros de la Unión Europea pensaron primero en sus propios países y poblaciones, y actuaron en el ámbito nacional. También en Alemania impusimos restricciones no coordinadas a las exportaciones e importaciones, sin considerar lo que esto significaría para la libre circulación de mercancías y la producción colaborativa de bienes en la Unión Europea. Tres videoconferencias del Consejo Europeo celebradas los días 10, 17 y 26 de marzo y la actuación resuelta de

Ursula von der Leyen y la Comisión Europea lo cambiaron todo. Desde el 1 de diciembre de 2019, Ursula von der Leyen era la sucesora de Jean-Claude Juncker al frente de la presidencia de la Comisión Europea. El hasta entonces primer ministro de Bélgica, Charles

Michel, sucedió en el cargo de presidente del Consejo Europeo a Donald Tusk. Von der Leyen y Michel insistieron en una actuación europea conjunta en la lucha contra el virus. Tenían razón.

En consecuencia, la Comisión impuso restricciones a la entrada en la Unión Europea para todos los países, excepto Gran Bretaña, que había dejado la UE el 31 de enero de 2020, Islandia, Liechtenstein, Noruega y Suiza, que pertenecían a la Asociación Europea de Libre Comercio. La Comisión aprobó restricciones a la exportación de equipos de protección para que los Estados miembros pudieran suspender sus normas nacionales, e inició una iniciativa para el suministro común de ropa protectora y suministros médicos. Esto fue en especial importante para los Estados miembros más pequeños. En el Consejo Europeo acordamos que la Comisión coordinaría la adquisición de vacunas en cuanto estuvieran disponibles. También nos ayudamos mutuamente repatriando a ciudadanos de la UE que habían quedado desamparados al ser cancelados sus vuelos, nos coordinamos con los países vecinos para que los empleados que se desplazaban a diario pudieran llegar a sus puestos de trabajo, y nos aseguramos de que funcionara el libre tráfico de mercancías. Las cosas no cuajaron de inmediato, pero paso a paso conseguimos volver a ser una comunidad europea.

Ahora también queríamos remontar juntos las consecuencias económicas de la pandemia. Para ello, el presidente francés Emmanuel Macron y yo propusimos un fondo de recuperación de 500.000 millones de euros. Los Estados miembros más afectados por la pandemia debían recibir la mayoría de los recursos. En estrecha coordinación con nuestros ministros de Finanzas y tras deliberaciones con Ursula von der Leyen, Emmanuel Macron y yo

desarrollamos un plan para movilizar el dinero para el fondo de recuperación. Tenía que ser un presupuesto adicional y temporal de la UE. La cantidad del desembolso de cada Estado miembro al fondo debía ajustarse a su capacidad económica. Al contrario que el caso de los recursos para la perspectiva financiera a siete años, los recursos para el fondo de recuperación no debían ser transferidos anualmente desde los presupuestos nacionales a la Comisión. En lugar de ello, la Comisión debía ser autorizada a pedir por primera vez el dinero prestado en el mercado de capital. La devolución debía producirse posteriormente, y lo ideal era que fuese a través de ingresos de la UE en forma de impuesto al plástico o a las transacciones financieras. Los parlamentos nacionales responderían de sus respectivas partes hasta el reembolso completo. Cuando durante una videoconferencia de prensa celebrada el 18 de mayo de 2020, Emmanuel Macron y yo presentamos la propuesta franco-alemana para el fondo de recuperación nos sentimos satisfechos. Macron se conectó desde París, yo desde Berlín. En esencia, el camino que habíamos recorrido para elaborar nuestra propuesta común había sido claramente más largo para mí que para él, pues con buenas razones Alemania siempre se había negado a que la Comisión Europea asumiera las deudas. Sin embargo, ahora la situación me exigía cambiar de opinión.

Sobre la base de nuestra iniciativa, Ursula von der Leyen desarrolló una propuesta de la Comisión Europea que llamó «Next Generation EU» (NGEU, en inglés). Los recursos debían emplearse mayoritariamente en inversiones para el futuro, como protección climática y digitalización. Junto a subvenciones de 500.000 millones de euros, el fondo incluía 250.000

millones más en créditos. El 27 de mayo de 2020, la presidenta de la Comisión presentó el fondo al Parlamento Europeo. La aprobación fue amplia.

El presidente del Consejo Europeo, Charles Michel, mandó una invitación para una reunión especial del Consejo en Bruselas los días

17 y 18 de julio de 2020. Era la primera vez desde el brote de la pandemia de coronavirus que nos encontrábamos en persona. Llevábamos mascarillas y en lugar de darnos la mano, nos saludamos con el codo. Desde el 1 de julio de 2020, Alemania ocupaba la presidencia del Consejo para los próximos seis meses. Así, Charles Michel y yo

cargamos con la particular responsabilidad de alcanzar un acuerdo. Para lograrlo necesitamos cuatro días y cuatro noches. Emmanuel Macron y yo trabajamos estrechamente. A las seis de la mañana del 21 de julio de 2020, informamos juntos a la prensa de los resultados del Consejo.

Habíamos acordado un presupuesto para siete años de 1.074.300 millones, así como el fondo de recuperación «Next Generation EU» de 750.000 millones de euros, que consistía en 390.000

millones de euros en subvenciones y 360.000 millones en créditos. Además, acordamos implementar reformas sobre la base de las recomendaciones de la Comisión específicas para cada país, un instrumento de la crisis del euro, para que se pudiera desembolsar dinero del fondo para el coronavirus. Esto tuvo un efecto colateral positivo, porque de este modo le dio finalmente a la Comisión Europea la posibilidad de reclamar a los Estados miembros que aplicaran las reformas recomendadas. En años anteriores, la Comisión no había tenido influencia y a menudo los países afectados no habían hecho nada.

Antes de la reunión del Consejo Europeo de diciembre tuvimos que responder a preguntas relativas al Estado de derecho en la implementación del presupuesto. Esto también se logró en el último momento. La Unión Europea había superado la prueba de fuego.

Tres meses después, el 25 de marzo de 2021, el Bundestag aprobó la llamada Ley de Ratificación de Recursos Propios y, por lo tanto, el fondo de recuperación de la UE. El Bundesrat hizo lo propio un día

después. El Tribunal Constitucional rechazó o consideró inadmisibles las acciones legales contra el fondo.

TERRITORIO INEXPLORADO

Aunque Alemania no era particularmente conocida por aplicar con rapidez soluciones digitales, el gobierno federal, junto con varias empresas, consiguió en 2020 desarrollar en pocos meses una aplicación mediante la cual se podía avisar al usuario si había entrado en contacto con personas infectadas con el coronavirus. En su desarrollo desempeñaron un papel importante Gottfried Ludewig, director del departamento de Digitalización e Innovación del Ministerio de Salud, y Eva Christiansen, desde la formación de gobierno en marzo de 2018, directora de la recién creada sección de Planificación, Innovación y Política Digital en la Cancillería. La aplicación del Instituto Robert Koch consistía en un proyecto *open source*, y se tuvieron en cuenta las observaciones de los defensores de los consumidores y de la protección de datos. La aplicación almacenaba los datos de manera no centralizada, los anonimizaba y encriptaba, y su uso era voluntario. Se activó el 16 de junio de 2020; y a partir de principios de julio de 2020, basándose en la nuestra, muchos Estados europeos desarrollaron aplicaciones de aviso de coronavirus. En mi podcast semanal impulsé el uso de la aplicación. Cuantas más personas lo utilizaran, más se aliviaría la tarea de seguimiento de contactos para las autoridades sanitarias. En cualquier caso, dudaba que yo fuera la prescriptora adecuada de un proyecto digital como este. A pesar de que el tema de la digitalización me fascinaba —sobre todo la evolución vertiginosa de la inteligencia artificial— y de que desde 2006 había participado en cada cumbre digital del gobierno federal con la industria, y de que Steffen Seibert utilizaba las posibilidades de las redes sociales en la Oficina de Prensa Federal, yo ya había arruinado suficientemente mi reputación en la escena digital siete años atrás. A principios de verano de 2013, el informante americano Edward Snowden había hecho público el programa PRISM (siglas inglesas de *Planning Tool for Resource Integration, Synchronization and Management*), es

decir, el Instrumento de Planificación para Integración, Sincronización y Gestión de Recursos de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de Estados Unidos. Este programa permitía la vigilancia de personas que se

comunicaban electrónicamente dentro y fuera de Estados Unidos. El presidente Barack Obama y yo habíamos hablado al respecto durante su visita a Berlín del 19 de junio de 2013. Durante la rueda de prensa que siguió, no esperé a que los periodistas me preguntaran, sino que abordé el tema cuando pronuncié las palabras introductorias:

—Internet es un territorio inexplorado para todos nosotros y naturalmente también permite a enemigos y adversarios contrarios a nuestro orden democrático poner en peligro nuestra manera de vivir mediante posibilidades y enfoques totalmente nuevos.

De lo dicho, lo que quedó fue: «Internet es un territorio inexplorado para todos nosotros». La malicia no conoce fronteras. Sin darme cuenta, en aquel momento desvié la atención casi completamente del escándalo de la NSA hacia mí personalmente. Lo que pienso hoy al escribir estas líneas es que quizás actué de manera intuitiva para no entrar públicamente en conflicto con Barack Obama en torno a esta cuestión. Por un lado, sabía que en materia de inteligencia contra las amenazas terroristas, Alemania y Europa dependían de la competencia de Estados Unidos; y por el otro, la ahora conocida magnitud de la vigilancia de la NSA afectaba de manera descarada el principio de proporcionalidad.

Consideraba importante utilizar los recursos de inteligencia con sensatez, centrando las medidas de vigilancia en amenazas reales y no en el espionaje de amigos y aliados. Durante todo el verano de 2013, pocas semanas antes de las elecciones generales, las revelaciones mantuvieron en vilo a Ronald Pofalla, que como ministro de la Cancillería era entonces responsable del Bundesnachrichtendienst (BND, Servicio Federal de Inteligencia), la

agencia de inteligencia en el exterior de Alemania. Las prácticas de la NSA siguieron ocupándonos después de que se conociera que, aparentemente, habían intervenido mi teléfono móvil. Antes de la reunión del Consejo Europeo del 24 de octubre de 2013, expliqué públicamente que el espionaje entre amigos no funciona y que se debía reparar la confianza entre Estados Unidos y Alemania.

Lo mismo le había dicho a Barack Obama la noche anterior por teléfono. Él me aseguró que no había sabido nada de la medida y que en adelante estaba suspendida.

Por supuesto que era consciente de que internet existía desde hacía décadas. Por lo tanto, parte de la malicia tenía entonces seguramente que ver con el hecho de que en Alemania, el desarrollo de una infraestructura digital de alcance nacional, en especial en regiones poco habitadas, tenía lugar a un ritmo muy lento. Aun así, no me había expresado con precisión. No es que internet misma fuera un territorio inexplorado, sino que lo era que el Estado fuera capaz de encontrar el equilibrio correcto entre libertad y seguridad en el uso de la red, puesto que ya solo las posibilidades de enjuiciamiento y jurisprudencia iban rezagadas respecto a las posibilidades técnicas de la digitalización. Esta última es una revolución comparable a la invención de la imprenta o de la máquina de vapor. Está cambiando radicalmente nuestra sociedad tanto en lo político como en lo económico. Una de las cuestiones del futuro es cómo podemos posibilitar y facilitar el uso de datos personales de manera legal y segura. A tal efecto, en enero de 2021, el gobierno federal adoptó por primera vez una estrategia de datos.

Como sucede con toda innovación, la digitalización requiere también quitamiedos con los que el Estado pueda proteger a sus ciudadanos. Para ello desarrollamos reglas jurídicas para las nuevas formas de actividad económica y valoramos nuevos modelos de trabajo para empleados de plataformas digitales. Esto incluye la prestación de servicios remunerados facilitados a través de plataformas como sitios webs y aplicaciones, por ejemplo, servicios de entrega y transporte,

redacción de textos, pruebas de productos o formación en inteligencia artificial. Por un lado, esta es una forma de trabajo autónomo; por el otro, los afectados dependen de los encargos de los operadores de las plataformas y la valoración de su rendimiento se basa en algoritmos opacos. En

2021, la UE presentó una propuesta de condiciones de trabajo más fiables en el sector. La Oficina de Empleo y los sistemas de seguro social tuvieron que ser digitalizados en todos los ámbitos: estatal, federal, urbano y rural. Esto obligó a todas las autoridades a ofrecer para finales de 2022 sus servicios administrativos —un total de 575— en forma digital a través de los portales administrativos. Entre otros, estos servicios incluyeron el certificado de empadronamiento, la partida de nacimiento, las prestaciones por hijos, la inscripción de la gestión de residuos, las admisiones universitarias o el subsidio de desempleo.

Los municipios, que eran los encargados de muchos de los servicios administrativos, se vieron en especial afectados. Para acelerar la implementación, el gobierno federal apoyó a los *Länder* y aportó 3.000 millones de euros del paquete de estímulo contra el coronavirus de junio de 2020.

Se acordó el principio de «uno para todos», que significaba que un *Land* desarrollaba con el gobierno federal soluciones digitales para un servicio específico y luego las ponía a disposición de los demás *Länder*. Hubo mucha resistencia, y la ejecución fue lenta. ¿Por qué intentar algo nuevo cuando hasta ahora ha funcionado de la manera tradicional? En este ámbito, el federalismo demostró ser un freno.

En tiempos del coronavirus, el uso de las posibilidades digitales más allá de la aplicación de alertas fue incluso esencial para sobrevivir. Las videoconferencias sustituyeron a los viajes y reuniones en persona. El virus había dejado inexorablemente expuestas las debilidades de la lenta digitalización de Alemania. Al mismo tiempo, fue su factor de aceleración.

LA GEOPOLÍTICA A LA SOMBRA DE LA PANDEMIA

Desde el punto de vista técnico, el intercambio virtual funcionó enseguida perfectamente. Pero no era lo mismo que una reunión en persona. Si conocía a la persona desde hacía tiempo, podía interpretar correctamente lo que decía en la videoconferencia. Si se trataba de un primer encuentro, apenas era capaz de obtener una impresión real del individuo que veía en la pantalla.

Si había diferencias de opinión reconocibles entre los participantes en la videoconferencia, debía recurrir a llamadas telefónicas durante la conversación, o bien contactar por otros canales. Como tanto el micrófono como la imagen podían desconectarse, a menudo no podía seguir lo que sucedía con otros participantes. Por estas razones, aun después del inicio de la pandemia, algunos eventos siguieron teniendo lugar en la Cancillería, sobre todo las reuniones informativas de primera hora de la mañana. Pasamos de nuestro pequeño despacho para reuniones de la séptima planta a la sala grande de asambleas de la primera planta. Allí podíamos sentarnos con suficiente distancia entre unos y otros. Quien no hablaba o sorbía su café, llevaba mascarilla. Lo mismo hacíamos durante las reuniones de gabinete. Por su parte, el Bundestag desplegó una serie de reglas para celebrar reuniones presenciales. A escala internacional, esto no fue tan sencillo. Y

tuvo consecuencias.

Nadie sabe si el ataque de Vladímir Putin a Ucrania del 24 de febrero de 2022 podría haber sido impedido si no hubiera habido una pandemia y hubieran sido posibles los encuentros cara a cara en lugar de celebrar reuniones virtuales, tanto bilaterales como del Cuarteto de Normandía (Alemania, Francia, Ucrania y Rusia). Lo que está claro es que el coronavirus fue la puntilla del Protocolo de Minsk acordado en febrero de 2015. Hasta que dejé el cargo, solo hubo una reunión del Cuarteto de Normandía: la del 9 de diciembre de 2019 en París, pocas semanas antes del estallido de la pandemia. La

reunión de París fue también la única en la que participó el presidente ucraniano Volodímir Zelenski, en el cargo desde hacía siete meses. Se había impuesto

en la campaña electoral al titular del cargo, Petró Poroshenko, en parte porque sacó provecho de su gran popularidad como actor y cómico, pero también gracias a unas extraordinarias dotes de comunicación. Zelenski reprochaba a Poroshenko, negociador de Minsk, que ni se había solucionado el conflicto en Dombás ni se había liberado Crimea, anexionada en 2014 por Rusia, y prometió luchar por la paz en su país.

De hecho, desde 2015, el acuerdo había sido implementado únicamente en parte. En ningún momento se había dado un alto el fuego a lo largo de la línea de contacto. Las treguas se acordaban y se volvían a romper. En esencia, los responsables eran los separatistas apoyados por Rusia que ocupaban territorios alrededor de Donetsk y Lugansk, en el este de Ucrania. En el gobierno y parlamento ucranianos había mucha resistencia a la parte del Protocolo de Minsk que para las áreas separatistas preveía un alto grado de autonomía tras la celebración de elecciones locales. No obstante, en comparación con la época previa a su aprobación, el acuerdo había conducido a una cierta calma de la situación. Respecto a 2014 y 2015, el número de víctimas civiles y de soldados caídos en combate había retrocedido. También proporcionó a Ucrania tiempo para sanear sus finanzas estatales, impulsar reformas políticas como la descentralización de las estructuras estatales, implementar el acuerdo de asociación con la UE y luchar contra la corrupción. Por ello, Petró Poroshenko, predecesor de Zelenski, mantuvo los encuentros entre Rusia y Alemania y Francia, miembros del Cuarteto de Normandía, y colaboró con el grupo de contacto trilateral de la OSCE. El presidente francés, François Hollande, y más tarde Emmanuel Macron, y yo informamos a nuestros colegas del Consejo Europeo al menos dos veces al año sobre el estado insatisfactorio de las charlas del Cuarteto. Las sanciones de la Unión Europea a Rusia se ampliaron unánimemente

cada vez, ya que su anulación estaba vinculada al cumplimiento del Protocolo de Minsk.

En paralelo a las charlas del Cuarteto de Normandía, Ucrania se centró en un segundo planteamiento. Pidió a los Estados occidentales y a la OTAN armas y equipamiento militar, así como formación para los soldados ucranianos. En la cumbre de la OTAN de los jefes de Estado y de gobierno celebrada en Varsovia el 8 y 9 de julio de 2016, acordamos un paquete de ayuda para el país, el Comprehensive Assistance Package for Ukraine. Este apoyo de la OTAN, así como ayudas y suministros de armas bilaterales por parte de algunos países, entre los que no se encontraba Alemania, permitieron a Ucrania defenderse mejor de los ataques de los separatistas.

El 8 de junio de 2017, el parlamento ucraniano marcó como objetivo de política exterior su adhesión a la OTAN. Y poco antes de las elecciones presidenciales del 7 de febrero de 2019, el parlamento recogió en su Constitución la «orientación estratégica hacia la plena adhesión a la UE

y la OTAN».

En la reunión del Cuarteto de Normandía en París el 9 de diciembre de 2019 se presionó mucho a Zelenski. A principios de octubre había prometido más autonomía a las regiones en conflicto del Dombás y se había comprometido con la fórmula Steinmeier, que era el resultado de la reunión del Cuarteto de Normandía de octubre de 2015 en París, en la que habían participado Frank-Walter Steinmeier y otros ministros de Asuntos Exteriores. En la fórmula se describía el orden en que una ley de estatus especial para las regiones de Donetsk y Lugansk debería entrar en vigor y el reconocimiento de las elecciones locales a través de la OSCE. Así se complementaba el paquete de medidas de Minsk. El predecesor de Zelenski, Poroshenko, había aceptado claramente la fórmula; sin embargo, ahora, en esencia protestando contra el Protocolo de Minsk, una

multitud de casi 10.000 manifestantes protestaban en Kiev contra Zelenski bajo el grito «¡No a la capitulación! ¡No a la amnistía!». Al contrario de lo acordado en el Protocolo, los

manifestantes, igual que representantes del gobierno y del parlamento, no deseaban la autonomía de las regiones ocupadas por los separatistas, ni tampoco amnistía para los responsables.

En París, Macron, Zelenski, Putin y yo nos comprometimos por escrito a la implementación total de los acuerdos de Minsk, incluida la implementación de la fórmula Steinmeier en la legislación ucraniana. No alcanzamos ningún acuerdo en la cuestión del control de la frontera con Rusia. Zelenski quería un control local antes de las elecciones locales a pesar de que en el paquete de medidas de Minsk estaba previsto para después. Hasta entonces, solo los observadores de la OSCE tendrían acceso a la frontera. Putin insistió en el texto de los acuerdos de Minsk. Por razones imperiosas, pues en 2015 habíamos convenido a propósito el reconocimiento de las elecciones por parte de la OSCE, en especial por la Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos (ODIHR, siglas inglesas de la Office for Democratic Institutions and Human Rights), yo le había aconsejado a Zelenski que no cuestionara lo acordado en el paquete de medidas de Minsk. Si pudiéramos hablar lo antes posible con la ODIHR sobre los requisitos para unas elecciones locales libres y democráticas, estaba convencida de que habría una posibilidad de resolver el acceso a la frontera sin cuestionar el acuerdo. *Pacta sunt servanda*, los acuerdos se deben respetar: una máxima en política que demuestra su eficacia aun cuando no siempre facilita las cosas. Lo sabía por experiencia propia, después de heredar en 2005 la decisión de mi predecesor de apoyar el inicio de las negociaciones para la adhesión de Turquía a la UE, a pesar de que siempre lo había considerado un error.

Zelenski no cambió de opinión, quizá tuviera razones de política interna para no aceptar totalmente los acuerdos de Minsk, ahora que su predecesor también se había distanciado de ellos.

Al final de la reunión del Cuarteto de Normandía en París, encargamos a los ministros de Asuntos Exteriores y a nuestros asesores que se aseguraran de que se implementaran los acuerdos alcanzados. Resolvimos que el Cuarteto volvería a reunirse en cuatro meses.

Sin embargo, en abril de 2020 el mundo había cambiado. Se luchaba contra un virus y no se podía pensar en otra reunión del Cuarteto de Normandía. Y con ello se había convertido en ilusoria toda esperanza de un cambio consensuado del paquete de medidas de Minsk, tal como había pedido Zelenski. Algo así podía lograrse, si cabe, únicamente en un encuentro cara a cara.

Para mantener al menos y de alguna manera el *statu quo* del Protocolo de Minsk y nuestro contacto, telefoneé a lo largo del año cada dos o tres meses a Zelenski y a Putin.

El 16 de abril de 2021, un año y cuatro meses después del encuentro en París del Cuarteto, Volodímir Zelenski visitó a Emmanuel Macron. Me conecté por videoconferencia durante una parte de las conversaciones. Para prepararnos, el 30 de marzo de 2021, Macron y yo mantuvimos una conversación telemática con Putin. Si en las primeras conversaciones este había amonestado a Ucrania por no cumplir el acuerdo y luego había recalcado que eso era lo único que teníamos, esta vez no planteó este argumento. Por primera vez tuve la sensación de que Putin había perdido el interés por el Protocolo de Minsk, pero una paralización de los acuerdos de Minsk era peligrosa. Además, el 16 de abril, Zelenski nos informó a Macron y a mí de la presencia de más de 100.000 soldados cerca de la frontera de Ucrania. Por ello, desde París, Zelenski le propuso a Putin otra reunión del Cuarteto de Normandía. No hubo ninguna posibilidad, sencillamente Putin evitaba el contacto cara a cara porque le preocupaba infectarse con el coronavirus. Quien quisiera hablar con él, tenía que pasar por una cuarentena, para nosotros eso estaba fuera de cuestión.

Sin embargo, hubo una invitación que Putin aceptó: la de Joe Biden —desde el 20 de enero de 2021, sucesor de Donald Trump en la Casa Blanca— a Ginebra el 16 de junio de 2021. Fue significativo que hiciera una excepción para el presidente estadounidense y que durante más de

un año no hubiera considerado necesario reunirse cara a cara con nosotros, los europeos. Estaba convencida de que Minsk estaba muerto. Necesitábamos un nuevo punto de contacto con Putin.

Por ello, en mi última reunión del Consejo Europeo en Bruselas, los días 24 y 25 de junio de 2021, propuse una cima del Consejo con Putin para tratar directamente con él los numerosos conflictos entre nosotros y Rusia. Había comentado esta propuesta previamente con Macron. Mi idea fue respaldada y rechazada a partes iguales. El primer ministro polaco Mateusz Morawiecki, la primera ministra estonia Kaja Kallas y el presidente letonio Gitanas Nausėda estaban totalmente en contra. Uno de sus argumentos era que en el seno la UE, en cuestiones de política rusa había discrepancias profundas. Respondí que una reunión conjunta con Putin nos situaría bajo la presión necesaria para alcanzar un acuerdo. Argumenté además que no podía ser que el presidente americano hablara con Putin pero que nosotros no nos atreviéramos. Sin embargo, no me salí con la mía.

Incluso durante mi visita de despedida a Putin en Moscú, el 20 de agosto de 2021, no fui capaz de hacer nada más. El clima no era el adecuado. Nos vimos primero en una reunión de trabajo en el salón verde del Kremlin. A continuación, nos sentamos a almorzar con un círculo de personas más amplio en la primera planta, en el salón de Santa Catalina. Como siempre, todo era perfecto, pero tenía la sensación de que en vez de estar dispuesto a hablar una vez más conmigo en profundidad sobre los temas, el presidente Putin tenía puesta la mira en el siguiente gobierno alemán. No se lo podía reprochar. Nos despedimos. Dejábamos a nuestras espaldas dos décadas de encuentros, una época en que Putin, y con él, Rusia, habían evolucionado desde una apertura inicial a Occidente, después

a un distanciamiento y finalmente a un endurecimiento total. A pesar de todas las adversidades, en retrospectiva pienso que fue correcto insistir hasta el final de mi mandato en mantener contactos con Rusia, por ejemplo, a través de encuentros como los Diálogos de San Petersburgo, así como mis propias conversaciones con Putin, al igual que manteniendo vínculos mediante relaciones comerciales más allá de los beneficios económicos para ambos. Al fin y al cabo, Rusia es, junto con Estados Unidos, una de las principales potencias nucleares del mundo y vecina geográfica de la Unión Europea.

En el vuelo de vuelta a Berlín pensé en mis encuentros con Mijaíl Jodorkovski. Me visitó por primera vez en la Cancillería el 11 de marzo de 2014 junto a su madre, Marina Filipovna. Hacía apenas tres meses, poco antes de la Navidad de 2013, tras más de diez años en prisión había sido perdonado y liberado el antiguo presidente de la junta directiva de la empresa petrolera Yukos.

En marzo de 2014 volvimos a encontrarnos en Berlín. Me explicó que desde su liberación se había propuesto dedicar su vida a ayudar a liberar a otros prisioneros políticos encerrados en cárceles rusas. También hablamos de Alexéi Navalni. Casi once meses exactos antes de mi visita de despedida al Kremlin había visitado al opositor ruso y a su esposa Yulia en el hospital Charité de Berlín, donde recibía tratamiento tras un intento de envenenamiento en Tomsk, en agosto de 2020. En enero de 2021, Navalni regresó a Rusia y fue detenido en el mismo aeropuerto. Lo que siguió fue un martirio de tres años de duración. El 16 de febrero de 2024, Alexéi Navalni murió en un campo de prisioneros ruso, víctima de la represión del poder político de su país.

El 30 y 31 de octubre de 2021 viajé a Roma a la última cumbre del G20 de mi mandato. Me acompañó Olaf Scholz como ministro de Finanzas, como es habitual en las reuniones del G20.

Estaban en marcha las negociaciones de coalición para la formación de un nuevo gobierno formado por el SPD, los Verdes y el FDP.

Durante una conversación, Joe Biden nos informó al futuro canciller y a mí sobre un nuevo incremento de la concentración de tropas rusas en la frontera ruso-ucraniana. Puesto que Putin no había viajado a Roma por la pandemia y solo

participaba en las consultas por videoconferencia, no hubo posibilidad de confrontarle al margen de la reunión. Tampoco pudimos hablar con el presidente de China, Xi Jinping, que tenía influencia sobre Putin, y también participó en la cumbre por videoconferencia.

La invasión de Ucrania por parte de Putin tuvo lugar el 24 de febrero de 2022, y la situación no solo cambió fundamentalmente para el país invadido, sino también para nosotros, los miembros de la OTAN, en especial los europeos. Dado que se trata de un desafío sin precedentes, que Rusia no gane esta guerra no solo le interesa a Ucrania, sino también a nosotros. Debemos apoyar a Ucrania y al mismo tiempo crear una disuasión convincente para la defensa del territorio de la OTAN en Europa. La capacidad nuclear rusa implica que, como en tiempos de la Guerra Fría, la disuasión solo podrá alcanzarse con una OTAN sin fisuras; es decir, en conjunción con Estados Unidos. Por su parte, en lo que concierne a los incrementos del presupuesto de defensa que abarcan desde 2014 y el inicio del ataque a Ucrania, Alemania deberá compensar sus deficiencias mediante un aumento significativo del gasto en defensa en los próximos años.

Si se miran hoy los debates sobre el objetivo del 2 % del PIB acordado en la cumbre de la OTAN de 2014 en Gales, se puede tener la impresión de que yo personalmente y, en cualquier caso, la CDU y la CSU tuvimos la culpa de no alcanzarlo. Es verdad que no pronuncié a diario fervientes discursos públicos a favor; sin embargo, en aras de la honestidad, hay que recordar que los que tuvieron problemas con el aumento del gasto en defensa, por decirlo suavemente, no fueron la CDU y la CSU, sino los socialdemócratas. También se negaron a aprobar la adquisición de aviones para

transportar las cabezas nucleares estacionadas en Alemania, así como el suministro de drones armados. Fueron infructuosos todos los esfuerzos de las ministras de Defensa, Ursula von der Leyen y Annegret Kramp-Karrenbauer. Hoy podemos constatar que el ataque de Rusia a Ucrania en 2022 ha provocado cambios notables en Alemania.

Sobre todo teniendo en cuenta que el 2 % del PIB no será suficiente y que el presupuesto de defensa de Estados Unidos se sitúa por encima del 3 %, debemos tratar al mismo tiempo el hecho de que el elevado —e indispensable— gasto en defensa conducirá a conflictos con otros ámbitos políticos. Al mismo tiempo, para mantener nuestra prosperidad es necesario invertir el 3,5 % del PIB en investigación y desarrollo; para afrontar las catástrofes humanitarias en el mundo es indispensable un gasto del 0,7 % del PIB en cooperación al desarrollo; también la transformación para el año 2045 a una vida y economía climáticamente neutras requiere financiación adicional a gran escala del gobierno. Sigue siendo justa la idea de un freno a la deuda desde la óptica de las generaciones futuras. Sin embargo, para evitar en la sociedad luchas por el reparto y para tener en cuenta los cambios en la distribución por edades de la población, el freno a la deuda debe reformarse para que sea posible asumir un endeudamiento mayor para las inversiones futuras.

Sería un error infravalorar a Putin. También lo sería no tener confianza en nosotros mismos, los miembros de la OTAN y Ucrania. Nuestras fuerzas son importantes, pero no infinitas. Nadie debería esconderse detrás del otro. Más bien, la tarea política común consiste en determinar lo que es posible de manera realista y así hacer lo correcto. Eso solo se conseguirá con sinceridad y confianza mutuas.

La capacidad para disuadir debe ir acompañada de la voluntad de abordar iniciativas diplomáticas planificadas de antemano para que estén disponibles en el momento adecuado. No debe ser decisión solo de Ucrania cuándo llega ese momento, sino que debe tomarse

conjuntamente con sus partidarios. Quien tiene una inquietud común debe esforzarse una y otra vez por hallar el camino común, entonces podremos conseguir lo que queremos: que Rusia no

gane la guerra para que Ucrania pueda disfrutar como Estado soberano de un futuro de paz y libertad.

La guerra en Europa tiene repercusiones. Cuanto peores fueron las relaciones de Europa y Estados Unidos con Rusia, tanto más recurrió Rusia a China. Si en 1971 y 1972, el presidente estadounidense, Nixon, y el consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, hicieron todo lo posible por debilitar a la Unión Soviética como adversario de Estados Unidos durante la Guerra Fría mediante un acercamiento a China, hoy experimentamos lo contrario. De hecho, Rusia se está convirtiendo en socio de su vecino cada vez más poderoso. Esto está cambiando los equilibrios de fuerzas globales y fortaleciendo la influencia de la República Popular China. Con el liderazgo de Xi Jinping, el país no deja lugar a dudas de que se quiere establecer como potencia mundial junto a Estados Unidos. Este deseo no es ilegítimo como tal. No hay país que tenga el monopolio del estatus de potencia mundial. El problema son los métodos utilizados por China. En el marco de la política de una sola China, reconocida por la mayoría de los países del mundo, este país cuestiona el frágil equilibrio de su relación con Taiwán al perseguir una reunificación para el año 2049, centenario de la fundación de la República Popular. Además, intenta imponer unilateralmente sus pretensiones territoriales sobre sus vecinos en los mares de China Oriental y Meridional. Por esta razón es necesario apoyar los intentos de Estados Unidos de frenar esta conducta agresiva. Sin embargo, a pesar de nuestra propia experiencia rompiendo las normas, es importante que más de treinta años después del fin de la Guerra Fría, Europa haga todo lo posible por asegurar tanto en política como en economía una cooperación mundial multilateral basada en normas. Esto incluye asimismo la cooperación con China. Apenas hay diferencia entre *de-risking*, o no depender de un solo país en las relaciones comerciales relativas a un producto específico, y

decoupling, que consiste en limitar las relaciones económicas. Esto último no nos beneficiaría; evitarlo requiere dotes de negociación. Debe guiarnos el entendimiento de que ningún país del mundo puede resolver en solitario los problemas de la humanidad. Esto requiere diálogo, y más que nunca después de la pandemia.

LA RETRETA

El jueves, 2 de diciembre de 2021, poco antes de las siete y media de una noche seca, invernal, con temperaturas apenas por encima de cero grados, acompañada por una soldado del protocolo de la Bundeswehr bajé, junto con la ministra de Defensa, Annegret Kramp-Karrenbauer, y el inspector general, Eberhard Zorn, las escaleras del lado este del edificio Bendleblock, sede en Berlín del Ministerio de Defensa y lugar conmemorativo del acto de resistencia al nacionalsocialismo del 20 de julio de 1944. Cuando llegamos abajo, Kramp-Karrenbauer y Zorn se volvieron a la derecha y tomaron asiento en una de las dos tribunas de honor situadas a ambos lados de las escaleras. Los invitados ya habían ocupado sus sitios reservados. Llevaban mascarilla y habían presentado test rápidos negativos. La soldado me señaló el camino al atril que estaba encima de un podio plano colocado delante de las tribunas. A derecha e izquierda del podio vi dos grandes jarrones grises con rosas rojas de tallo largo, verlas me alegró. Me dirigí al atril y miré a los invitados. Era difícil reconocer las caras escondidas tras las mascarillas.

Aquella mañana había hablado por videoconferencia con los ministros-presidentes sobre cómo controlar la cuarta ola de la pandemia en la que nos encontrábamos inmersos, y en la rueda de prensa que siguió a primera hora de la tarde apunté que en algunos casos el volumen de trabajo en los hospitales estaba alcanzando el límite. En los días anteriores había reflexionado

con Beate Baumann, Eva Christiansen y Steffen Seibert si dada la tensa situación con el coronavirus, era correcto celebrar mi

despedida con una «gran retreta». Me preguntaba si no sería desmesurado celebrarme a mí misma cuando había tantas personas que estaban trabajando hasta el límite de sus fuerzas. Al mismo tiempo, tenía a mis espaldas dieciséis años de cancillería. Steffen Seibert subrayó:

—La gran retreta es una tradición que otorga a la despedida de un alto cargo del Estado una dignidad que va más allá del individuo.

Estas palabras me convencieron. El acto iba a tener lugar, y en un marco adecuado a la situación. No hubo recepción previa con los invitados, y el número de participantes se redujo de 400 personas que normalmente asistían a 200. Además del presidente Frank-Walter Steinmeier, la recién elegida presidenta del Bundestag, Bärbel Bas, y el presidente del Tribunal Federal Constitucional, Stephan Harbarth, había invitado a todos los ministros federales con los que había trabajado, además de los líderes de los grupos de coalición, los ministros-presidentes, mis colaboradores más estrechos y ayudantes en la Cancillería, algunos allegados de mi circunscripción, amigos íntimos que siempre me apoyaron y mi familia.

En mi discurso de despedida volví a hablar de que los dos últimos años de la pandemia habían demostrado, como si de un espejo ustorio se tratara, la importancia de la confianza en política, la ciencia y el discurso social, pero también cuán frágil podía ser. Para concluir deseé a todos los presentes —y, por extensión, a todo nuestro país— «felicidad en el corazón». A continuación, bajé del podio. Annegret Kramp-Karrenbauer y Eberhard Zorn se acercaron a mí, se retiró el atril, se colocaron tres sillas para nosotros, nos sentamos y me puse unos guantes de piel que había comprado expresamente para la ocasión. La ceremonia empezó con la entrada de la gran retreta al son de la *Marcha de Yorck*, de Ludwig van Beethoven, interpretada por la banda del personal de la Bundeswehr. Los portadores de antorchas se situaron en sus sitios. Me puse en pie. El comandante del batallón de guardia, el teniente coronel Kai Beinke, me anunció que había comenzado la gran retreta

en mi honor y me entregó el certificado de su batallón. Siguió la serenata, la parte de la gran retreta que había podido elegir personalmente. Durante semanas había estado pensando en las canciones que tocarían a petición mía. Y tenía por seguro que la última sería un himno. En estrecha competencia con el himno de Lutero *Ein feste Burg ist unser Gott* ('Castillo fuerte es nuestro Dios'), mi elección recayó en *Großer Gott, wir loben dich* ('Gran Dios, te alabamos'), un himno originalmente católico que entretanto ha pasado a ser ecuménico y que expresa maravillosamente la humildad ante la creación de Dios. Para la segunda canción había optado por *Für mich soll's rote Rosen regnen* ('Han de llover rosas rojas para mí'), de Hildegard Knef, una idea de Eva Christiansen. Cuando volví a leer la letra me entusiasmé de inmediato, pues refleja alegría de vivir y confianza. La primera canción debía ser un homenaje a mi infancia y juventud en la RDA. Hablé de ello con Irene, mi hermana, y juntas repasamos las canciones pegadizas de entonces. De repente se nos vino a la mente Nina Hagen y escuchamos *Du hast den Farbfilm vergessen* ('Has olvidado el carrito de color'). Las visitas a Hiddensee de mi juventud, la falta de color en la RDA, la escasez como tal y mi circunscripción, a la que pertenecía Hiddensee, se aparecieron ante mí junto con aquella música rebelde que encajaba con el talante de mi juventud. La lista de canciones escogidas estaba completa. La comuniqué a la banda del personal de la Bundeswehr solo una semana antes de la gran retreta, porque no estaba segura siquiera de que llegara a tener lugar debido al coronavirus. Esto significó una dura prueba para quienes tuvieron que hacer los arreglos de las canciones para la banda militar, y también lo fue para los músicos. Pero tenía total confianza en el director de la banda, el teniente coronel Reinhard Martin Kiauka, por los muchos honores militares para jefes

de Estado y gobierno que habíamos realizado juntos sabía que dirigía su orquesta con pasión y meticulosidad. Escuchar las canciones me produjo una enorme alegría interior.

A continuación tuvo lugar la verdadera gran retreta en cuatro partes: llamada, marcha, retreta y oración. Antes del rezo, los soldados se sacaron el casco y el teniente coronel Beinke se acercó con el suyo en la mano. Me situé en pie frente a él, mirándole mientras la orquesta tocaba *Ich bete an die Macht der Liebe* ('Rezo a la grandeza del amor'). En ese momento pugné con mis sentimientos. Cuando él volvió a ponerse el casco, me senté. A continuación, sonó el himno nacional. De nuevo me puse en pie. Después concluyó la gran retreta y los soldados se retiraron de nuevo al son de la *Marcha Yorck*. Joachim dejó su sitio en la tribuna y se acercó a mí. Hubo grandes aplausos. Antes de que llegara mi coche, me detuve primero a coger una rosa de uno de los jarrones, y luego una segunda que entregué a Annegret Kramp-Karrenbauer para agradecerle a ella y a toda la Bundeswehr la organización de este acto inolvidable. Joachim y yo nos dirigimos a la Cancillería para concluir la noche en compañía de unos pocos amigos. Al igual que dieciséis años atrás, hubo salchichas, albóndigas y ensalada de patata. Habían preparado y cocinado todo Ulrich Kerz, el chef de la cocina de la Cancillería, y el equipo de servicio de Gabriela Przybylski. Se cerraba un círculo.

Seis días después dejé la Cancillería, y como excanciller me retiré a mi despacho en Unter den Linden, en el que no solo se había sentado el excanciller Helmut Kohl, sino también, en la época de la RDA, antes de la restauración del edificio, Margot Honecker, la antigua ministra de Educación del Pueblo. Ella no pudo impedir que a pesar de su política educativa, yo fuera capaz de encontrar el camino a la libertad.

EPÍLOGO

¿Qué es la libertad para mí? Es una cuestión que me ha ocupado toda la vida, tanto en lo personal como en lo político. Para mí, libertad es averiguar dónde están mis límites, es no dejar de aprender, no tener que permanecer en el mismo sitio, sino poder

seguir avanzando, incluso después de haber abandonado la política. Para mí, libertad significa poder abrir un nuevo capítulo en mi vida.

Y eso se ha hecho evidente a lo largo de los dos años que he dedicado a escribir este libro, pues me ha llevado de hecho a enfrentarme a nuevos límites. Quien en alguna ocasión haya intentado recordar hechos acaecidos cinco o incluso diez años antes, no de forma superficial, sino concienzuda, intentando corroborar con hechos aquellos recuerdos verídicos o supuestos, sabe lo poco fiable que puede ser la memoria humana y cómo, en la mayoría de los casos, más que a la realidad suele tender a amoldarse a nuestras expectativas, esperanzas y deseos. Ya de por sí todo ello era exigente. Sin embargo, ha sido emocionante tener que rememorar acontecimientos no únicamente de cinco o diez años atrás, sino incluso de décadas atrás, y aun de los primeros treinta y cinco años de mi vida en la RDA, bucear en mi infancia y mi juventud.

Al mismo tiempo, para mí era indispensable dar con las palabras que describieran qué había significado para mí vivir hasta 1990 en un Estado dictatorial injusto y sin libertad y, a partir de 1990, en democracia y libertad.

Mientras escribía, he conocido nuevas facetas de mí misma, por ejemplo, que a pesar de ser una persona sociable, a veces no podía permitir que nada ni nadie me distrajera, y solo podía trabajar en el libro cuando me retiraba en soledad. La libertad, lo he comprendido al escribir este libro, requiere valor para adentrarse en lo hasta entonces desconocido, aunque sobre todo requiere sinceridad, tanto con los demás como, seguramente aún más importante, con uno mismo. Ya compartí esta reflexión en 2019, cuando en la ceremonia de graduación me dirigí a los estudiantes de la Universidad de Harvard, que me había investido con un doctorado *honoris causa*, para hablarles de sus futuras carreras. Pero ahora la experimenté de una forma renovada.

La libertad también incluye el poder liberarse de algo y que te permitan hacerlo, y para mí, la escritura de este libro formó parte de ese proceso. Hubo momentos en que me costó esfuerzo situarme en el pasado como para sentir que acababa de vivirlo y, al mismo tiempo, ordenar los recuerdos y valorarlos desde una perspectiva actual. También experimenté la escritura como algo que realmente me colmaba. Noté que dejaba atrás lo pasado e iniciaba algo nuevo, tal como dicen unos versos de la segunda canción que se interpretó en la retreta en mi honor: «Debería encontrarme con nuevos milagros, crecer de nuevo alejada de lo viejo». *

Mientras trabajaba en este libro he vuelto a reflexionar sobre el lenguaje y sobre cómo hablamos los políticos, incluyéndome a mí misma. Tendemos a evitar las preguntas, a llenar los minutos para, si es posible, cortar de cuajo la siguiente pregunta crítica, a utilizar demasiado a menudo tópicos en lugar de formular frases inteligibles. Está claro que es inevitable, y no podemos poner reparos, que toda profesión, también la del político, cuenta con su lenguaje propio. Sin embargo, de vez en cuando me doy cuenta de que me resulta difícil escuchar a determinados políticos durante una entrevista o una aparición pública, porque hablan mucho y dicen poco. Lo repito: he procedido de la misma forma en multitud de ocasiones. Pero ahora que

me retiré de la política activa y que al escribir este libro pasé revista a muchas situaciones y planteamientos, quisiera animar a los jóvenes políticos a no tener miedo a contestar de manera concreta a las preguntas concretas, porque entonces el mensaje que desean transmitir contará con la debida atención.

Esto es aún más importante en los tiempos en que vivimos, en los que las posibilidades digitales, así como las denominadas redes sociales, hacen posible como nunca antes que las verdades pasen por mentiras y las mentiras por verdades, e incluso en las democracias quienes ocupan puestos dirigentes se aprovechan de ello. Sin embargo, la verdadera libertad no tiene que ser únicamente

en beneficio propio, pues también tiene sus reparos y escrúpulos. La verdadera libertad no es por sí misma la libertad *de* algo, de la dictadura y la injusticia, sino que se demuestra en la responsabilidad *por* algo: por el prójimo, por la comunidad, por la sociedad.

La libertad requiere de condiciones democráticas, sin democracia no hay libertad, ni Estado de derecho, ni defensa de los derechos humanos. Si queremos vivir en libertad, debemos defender nuestra democracia, dentro y fuera, de quienes la amenazan. Y ello será posible si trabajamos juntos, si nos implicamos todos. Cada uno para sí mismo y todos conjuntamente, ya que la libertad no es individual, la libertad tiene que ser válida para todos.

AGRADECIMIENTOS

No puedo concluir este libro sin dar las gracias a Beate Baumann y a las personas que nos han asistido y respaldado durante los dos años de su gestación.

En primer lugar, está nuestra fantástica editorial Kiepenheuer & Witsch. Con extraordinaria dedicación y admirable paciencia, la editora Kerstin Gleba y nuestros dos lectores, Martin Breitfeld e Ilka Heinemann, han revisado con su dilatada experiencia, conocimientos del tema y mirada objetiva cada oración del manuscrito y nos han sugerido —con insistencia a veces, y en cualquier caso, con perseverancia— que verificáramos cada término para hacerlo más preciso y, por ende, más inteligible. A ellos les debemos nuestro agradecimiento, así como a las investigadoras Kathrin Ritzka y Gesa Steinbrink, y a todas las colaboradoras y colaboradores de KiWi.

Asimismo, damos las gracias a Eva Christiansen. Fue nuestra primera lectora, desde los inicios del manuscrito hasta la impresión, y no se le pasó ninguna incoherencia fáctica y, mediante elogios y ánimos, supo motivarnos para que ahondáramos con mayor profundidad en algunos temas.

Nuestro agradecimiento también a antiguos asesores políticos en la Cancillería, compañeros políticos en el gobierno, en la CDU de Alemania, en el grupo parlamentario CDU/ CSU y mi circunscripción, así como a amigos y conocidos en tiempos de la RDA, que me permitieron que los acribillara a preguntas para verificar e investigar hechos.

También damos las gracias de corazón a Isolde Heinz, directora del Strandhotel Fischland y del Strandhotel Dünenmeer. Tanto ella como el personal nos ofrecieron inmejorables condiciones de trabajo durante nuestros retiros en el Báltico para escribir.

Y, finalmente, pero no en último lugar, damos las gracias a mi hermana, Irene Kasner, que nos ayudó a despertar mis recuerdos de infancia y juventud, y a mi hermano, Marcus Kasner, que nos ayudó a reconstruir la historia completa de mi familia. Sin él y sus documentos, esto no habría sido posible.

Le doy las gracias a mi esposo Joachim Sauer por acompañarme y apoyarme a lo largo de todo el proyecto.

NOTA EDITORIAL

Los diálogos reproducidos literalmente en este libro se basan en recuerdos, no en anotaciones taquigráficas ni grabaciones electrónicas de las conversaciones.

Las fuentes para las citas de discursos en el Bundestag alemán son las actas plenarias. Para las citas de otros discursos y declaraciones públicas en conferencias de prensa durante mis mandatos, se ha recurrido a las actas taquigráficas de la Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal. Las citas de discursos pronunciados en congresos de la CDU proceden de las actas.

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

ACNUR Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
AfD Alternativa para Alemania

AGDW Asociaciones Alemanas de Propietarios de Bosques

AKP Adalet ve Kalkınma Partisi (Partido de la Justicia y el Desarrollo)
ANEL Anéxartiti Éllines (Griegos Independientes)

ARD Consorcio de las Radiodifusoras Públicas de la República Federal
de Alemania ASEAN Association of Southeast Asian Nations
(Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) BAGSO Asociación
Federal de Organizaciones de Personas Mayores

BAII Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras BAMF Oficina
Federal de Migración y Refugiados BASF Acrónimo de Fábrica
Badense de Soda y Anilina

BCE Banco Central Europeo

BDA Federación de Asociaciones Patronales Alemanas

BDI Federación de Industrias Alemanas

BFD Alianza de Demócratas Libres

BGA Federación Alemana de Comercio Mayorista, Comercio Exterior
y de Servicios BGS Guardia Federal de Fronteras

BKA Oficina Federal de Investigación Criminal

BM Banco Mundial

BND Servicio Federal de Inteligencia

BPK Bundespresskonferenz (Conferencia Federal de Prensa)

BRIC Brasil, Rusia, India y China

BRICS Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica

BUND Federación Alemana para la Conservación de la Naturaleza y el Medio Ambiente BvS Agencia Federal para Operaciones Especiales de la Unificación BVVG Sociedad de Administración y Explotación de Fincas

CAI Comprehensive Agreement on Investment (Acuerdo Integral de Inversiones entre la UE y la China)

CDU Christlich Demokratische Union Deutschlands (Unión Demócrata Cristiana de Alemania) CE Comunidad Europea

CeBIT Centro de Ofimática, Tecnología de la Información y de las Telecomunicaciones (Feria para las Tecnologías de la Información) CEE Comunidad Económica Europea

CEI Comunidad de Estados Independientes

CETA Comprehensive Economic and Trade Agreement (Acuerdo Económico Comercial y Global entre la EU y Canadá)

COP Conferencia de las Partes (Cumbre Anual de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático) CSCE Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa

CSU Christlich-Soziale Union in Bayern (Unión Social Cristiana de Baviera) DA Demokratische Aufbruch (Despertar Democrático)

DAX Índice Bursátil Alemán

DBD Demokratische Bauernpartei Deutschlands

(Partido Democrático Campesino de Alemania)

DBR Consejo Alemán de la Discapacidad

DBV Asociación Alemana de Agricultores

DEKT Día de la Iglesia Evangélica Alemana

DFB Federación Alemana de Fútbol

DFV Asociación Alemana de Familias

DGB Confederación Alemana de Sindicatos

DIHK Cámara de Industria y Comercio de Alemania DLT Asociación Alemana de Distritos Rurales dlv Asociación Alemana de Mujeres Rurales

DNR Asociación Alemana de Conservación de la Naturaleza

DOSB Confederación Deportiva Olímpica Alemana dpa Agencia Alemana de Prensa DST Asociación Alemana de Ciudades

DStGB Asociación Alemana de Ciudades y Municipios DSU Deutschen Sozialen Union (Unión Social Alemana) eaf Colectivo de la Familia Evangélica

EAK Grupo de Trabajo Evangélico CDU/CSU

ECOFIN Economic and Financial Affairs Council (Consejo de Asuntos Económicos y Financieros) EEG Erneuerbare-Energien-Gesetz (Ley de Energías Renovables)

EI Estado Islámico

EKD Iglesia Evangélica de Alemania

EOS Escuela Secundaria Extendida (RDA)

ERT European Round Table for Industry (Mesa Redonda Europea de Industriales) ESP Introducción a la Producción Socialista

FACE Tratado de las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa

FAZ *Frankfurter Allgemeine Zeitung*

FDGB Federación Alemana de Sindicatos Libres

FDJ Freien Deutschen Jugend (Juventud Libre Alemana)

FDK Asociación de Familias Católicas

FDP Freie Demokratische Partei (Partido Democrático Libre)

FEEF Fondo Europeo de Estabilidad Financiera

FEM Foro Económico Mundial

FMI Fondo Monetario Internacional

FPNUL United Nations Interim Force in Lebanon (Fuerza Provisional de las Naciones Unidas para el Líbano)

FRELIMO Frente de Liberación de Mozambique

G20 Grupo de los Veinte

G5 Grupo de los Cinco

G7 Grupo de los Siete

G8 Grupo de los Ocho

GATT General Agreement on Tariffs and Trade (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio)

GNL Gas Natural Licuado

GRS Sociedad para la Seguridad Nuclear

GST Asociación de Deporte y Tecnología (RDA)

HRE Hypo Real Estate

IAA Salón Internacional del Automóvil

iaf Asociación de Familias y Convivientes Binacionales

IKB Banco Alemán de la Industria

IPCC Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático ISAF International Security Assistance Force (Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad)

za Internacional de Asistencia para la Seguridad)

JEFTA Japan-EU Free Trade Agreement (Acuerdo de Asociación Económica UE-Japón) KAH Casa Konrad Adenauer

KAS Fundación Konrad Adenauer

KFOR Kosovo Force (Fuerza de Kosovo)

KfW Kreditanstalt für Wiederaufbau (Banco de Crédito para la Reconstrucción) KSČ Partido Comunista de Checoslovaquia

LDPD Liberal-Demokratischen Partei Deutschlands (Partido Liberal Democrático de Alemania) LPG Landwirtschaftlichen Produktionsgenossen

schaft (Cooperativas de Producción Agrícola)

MAP Membership Action Plan (Plan de Acción para la Adhesión a la OTAN) MEDE Mecanismo Europeo de Estabilidad

ML Marxismo-Leninismo

MPK Conferencia de Presidentes

MSC Conferencia de Seguridad de Múnich

NABU Asociación Alemana de Protección de la Naturaleza

NGEU Next Generation EU (Fondos de la UE Next Generation)

NKR Consejo Nacional para el Control de la Normativa

NMK Conferencia Marítima Nacional

NSA National Security Agency (Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos) NSDAP Nationalsozialistische Deutsche

Arbeiterpartei (Partido Nacional-socialista Obrero Alemán) NSU

Nationalsozialistischer Untergrund (Clandestinidad Nacional-socialista)

NSW Nichtsozialistische Wirtschaftsgebiet (Espacio Económico No Socialista) OCDE Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico

ODIHR Office for Democratic Institutions and Human

Rights (Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos)

OIT Organización Internacional del Trabajo

OMC Organización Mundial del Comercio

OMS Organización Mundial de la Salud

OMT Outright Monetary Transactions (Operaciones Monetarias de Compraventa) OMV Österreichische Mineralölverwaltung Aktienge

sellschaft (Sociedad Austríaca de Hidrocarburos)

ONG Organización No Gubernamental

ONU Organización de las Naciones Unidas

OSCE Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa

OTAN Organización del Tratado de Atlántico Norte PA Trabajo Productivo (asignatura en la RDA) PDS Partei des Demokratischen Sozialismus (Partido del Socialismo Democrático) PIB Producto Interior Bruto

PiS Prawo i Sprawiedliwość (Ley y Justicia)

PO Platforma Obywatelska (Plataforma Cívica)

PPE Partido Popular Europeo

PRISM Planning Tool for Ressource Integration, Syn

chronization and Management (Programa clan

destino de vigilancia electrónica operado por

la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos)

RAF Facción del Ejército Rojo

RCEP Regional Comprehensive Economic Partners

hip (Asociación Económica Integral Regional)

RIAS Rundfunk im amerikanischen Sektor (Emisora de radio del Sector Americano) RTL Radio Televisión Luxembourg

SA Sturmabteilung (Sección de Asalto) (organización nacionalsocialista) SDP Sozialdemokratische Partei in der DDR (Partido Socialdemócrata de la RDA) SECA Sistema Europeo Común de Asilo

SED Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania) SFB Sender Freies Berlin (Emisora de Berlín Libre) SMM Special Monitoring Mission (Misión Especial de Supervisión) SoFFin Fondo Especial para la Estabilización de los Mercados Financieros SPD Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania) SS Schutzstaffel (Escuadrones de Protección) (organización nacionalsocialista) Syriza Synaspismos Rizospastikis Aristeras (Coalición de la Izquierda Radical) TFUE Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea

TTIP Transatlantic Trade and Investment Partnership

(Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión)

UDAR Ukrainski Demokratichni Alians sa Reformi (Alianza Democrática Ucraniana para la Reforma)

UE Unión Europea

UFV Asociación de Mujeres Independientes

UMP Union pour un mouvement populaire (Unión por un Movimiento Popular) UNCTAD United Nations Conference on Trade and Deve

lopment (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) UNEP United Nations Environment Programme (Pro

grama de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente)

UNESCO United Nations Educational, Scientific and Cul

tural Organization (Organización de las Nacio

nes Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

UNSMIL United Nations Support Mission in Libya (Mi

sión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia)

UTP Asignatura de Producción Socialista

VAMV Asociación de Madres y Padres Solteros

VEAB Volkseigener Erfassungs- und Aufkaufsbetrieb (Sociedad Estatal de Recolecta y Compra) VEB Volkseigener Betrieb (Empresa de Propiedad Popular)

VENRO Confederación Alemana de las Organizaciones

No Gubernamentales para el Desarrollo y la Ayuda Humanitaria

VJTF Very High Readiness Joint Task Force (Fuerza

Conjunta de la OTAN de Muy Alta Disponibilidad)

WWF World Wide Fund (Fondo Mundial para la Naturaleza)

ZDF Segundo canal de la televisión pública de Alemania

ZDH Zentralverbands des Deutschen Handwerks

(Organización de los Artesanos de Alemania)

ZIPC Zentralinstitut für Physikalische Chemie (Instituto Central de Química Física) ZVG Asociación Central de Compañías Hortícolas de Alemania





1 y 2. Willi y Gertrud Jentsch, mis abuelos maternos.

Colección privada

3. Ludwig y Margarete Kasner, mis abuelos paternos.

Colección privada



4. Herlind y Horst Kastner, mis padres, se casaron el 6 de agosto de 1952.

Colección privada



5. Bebé Angela.

Colección privada

6. Feliz de estar de vacaciones con mis padres en el mar del Norte, en Kühlungsborn, en 1956.

Colección privada



7. De la mano de mi madre en 1959, cuando estuvimos de visita en Hamburgo para asistir a la boda de mi tía Gunhild.

Colección privada



8. Con mis hermanos, Marcus e Irene, en 1966 en el Waldhof de Templin, donde despreocupados vagabundeábamos por todas

partes.

Colección privada



9. En la ceremonia de entrega de premios de la Olimpiada de la lengua rusa del distrito de Nuevo

Brandeburgo en la primavera de 1969.

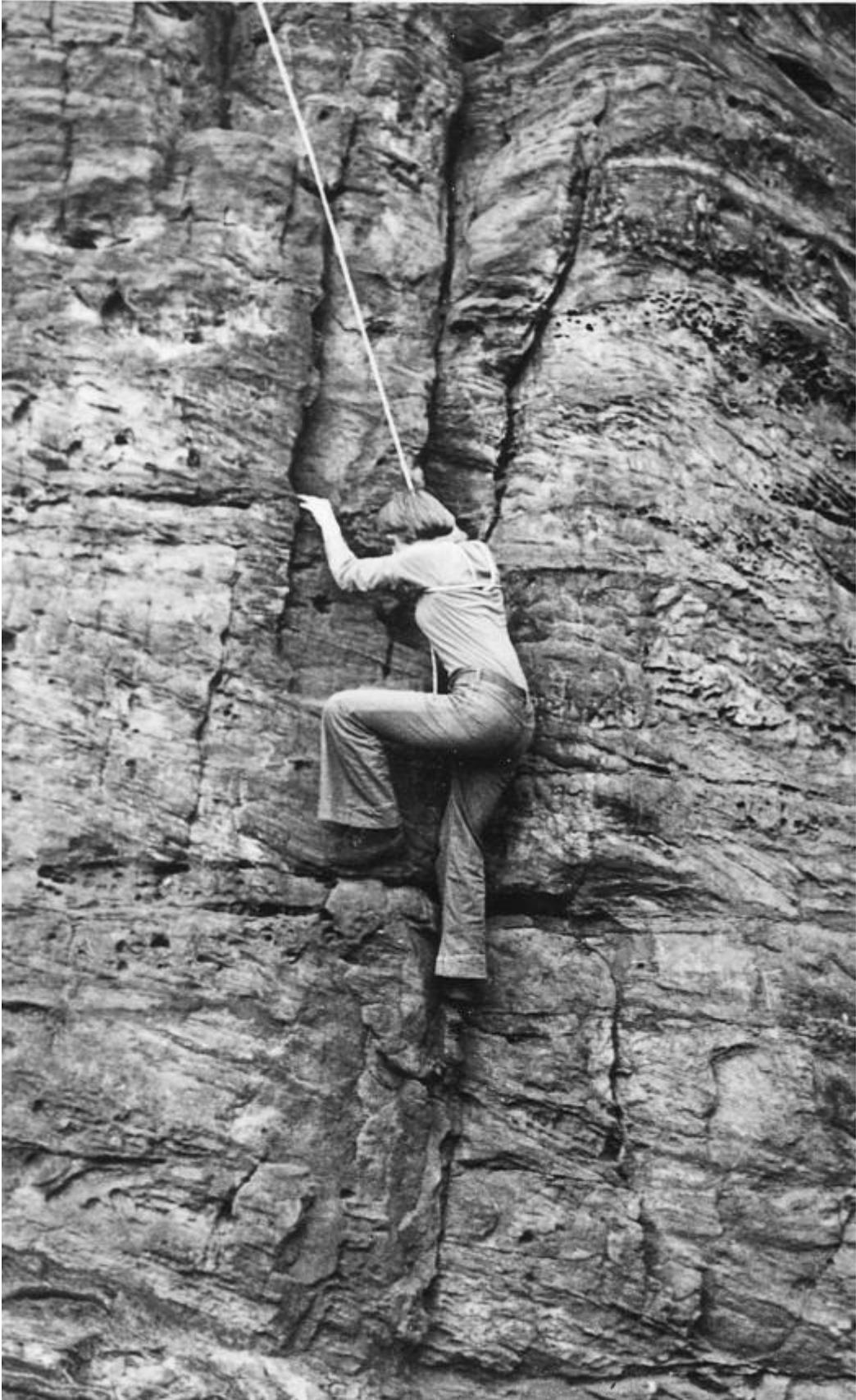
Colección privada



10 y 11. A mediados de la década de 1970, me gustaba participar como estudiante en las excursiones a la Suiza sajona. Al escalar las

montañas de arenisca me resultaba más sencillo subir que bajar.

Colección privada





12. Aliviada por haberme doctorado, muestro mi alegría por los regalos recibidos en mi escritorio en el Instituto Central de Química Física (ZIPC) el 8 de enero de 1986.

Colección privada

13. Joachim sentado a su escritorio en el ZIPC a mediados de la década de 1980.

Colección privada



14. En mi casa de la Schönhauser Allee el 17 de julio de 1990, día en que cumplí treinta y seis años; la estantería y la lámpara son de la marca «Hecho en casa».

Colección privada



15. En la sede de Despertar Democrático en la Casa de la Democracia en Berlín el 18 de marzo de 1990, sentada a mi escritorio durante un respiro en la campaña electoral de las elecciones generales a la Cámara Popular.

Colección privada

16. Flanqueada por los ministros de Finanzas de la RDA, Walter Romberg (a la izquierda), y de la RFA, Theo Waigel (a la derecha); Matthias Gehler, portavoz del gobierno de la RDA (a la izquierda del todo), y Karlheinz von den Driesch, jefe de prensa de Theo Waigel (a la derecha del todo), el 1 de julio de 1990 cuando moderé un acto muy especial: la rueda de prensa sobre la unión monetaria.

picture-alliance / dpa



17. Una mañana de noviembre de 1990 visité en mi circunscripción electoral a unos pescadores en su cabaña en Lobbe, en la isla de Rügen, que acababan de volver de faenar esa misma mañana.

ullstein bild / Ebner



18. Con Helmut Kohl, presidente del partido, en el Congreso de la CDU en Dresde el 16 de diciembre de 1991, cuando fui elegida como

única vicepresidenta del partido.

picture-alliance / dpa

19. Feliz por mi elección como presidenta de la CDU de Alemania el 10 de abril de 2000.

Laurence Chaperon



20. Junto a Helmut Kohl, el excanciller, el 16 de junio de 2005, dos semanas después de haber sido elegida candidata a canciller, en el teatro de la calle Schiffbauerdamm de Berlín, en la celebración de la fundación de la CDU sesenta años antes en ese mismo escenario.

Laurence Chaperon



21. Prestando juramento ante Norbert Lammert, presidente del Bundestag, tras ser elegida canciller el 22 de noviembre de 2005.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann, Guido



22. En la bancada del gobierno tras el juramento de 2013; como ocurrió en cada ocasión, en esos

segundos de soledad me quitaba un peso de encima.

Steins, Sandra



23. El presidente Jacques Chirac me recibe formalmente en el patio del palacio del Elíseo al salir de mi coche.

Laurence Chaperon



24. Frank-Walter Steinmeier (al fondo), ministro de Asuntos Exteriores, y yo recibidos por Jaap de Hoop Scheffer, secretario general de la OTAN (delante a la derecha).

LaPresse Images

25. Con José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión Europea, en Bruselas.

LaPresse Images



26. Repasar expedientes y leer noticias, trabajo rutinario en la mesa de reuniones.

Laurence Chaperon



27. Con Beate Baumann en febrero de 2009 en Dierhagen, en el mar del Norte, para reflexionar y pensar.

Laurence Chaperon



28. La «Ruta Merkel», cartel de 70 × 20 m de la CDU en la plaza Washington de Berlín, hecho con

2.150 fotografías de mis votantes en las elecciones generales de 2013.

picture- alliance / Caro



29. Eslogan para la campaña electoral de las elecciones generales de 2017: «Para una Alemania en la que uno pueda ser lo que quiera», también una niña que nació en Hamburgo y creció en la RDA.



30. Invitados habituales a la inauguración del Festival de Bayreuth, en este caso el 25 de julio de 2007.

imago images / Sven Simon



31. Con Joachim Gauck, presidente de Alemania, Joachim Löw, seleccionador nacional, y la selección alemana en los vestuarios tras haber ganado la Copa del Mundo en Río de Janeiro el 13 de julio de 2014.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann, Guido 32. En una silla de playa gigante, mis invitados durante la cumbre del G8 en Heiligendamm el 7 de junio de 2007, desde la

izquierda: Shinzō Abe, primer ministro de Japón; Stephen Harper, primer ministro de Canadá; Nicolas Sarkozy, presidente de Francia; Vladímir Putin, presidente de Rusia; George W. Bush, presidente de Estados Unidos; Tony Blair, primer ministro de Gran Bretaña; Romano Prodi, primer ministro de Italia; José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión Europea.

Kühler, Bernd



33. Con Nicolas Sarkozy, presidente de Francia, el 18 de octubre de 2010 caminando por el paseo

marítimo de Deauville, en Normandía, debatiendo sobre el futuro del euro.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann, Guido



34. Con Christine Lagarde, directora gerente del FMI, discutí el 26 de octubre de 2011 en Bruselas el fondo de rescate del euro para Grecia.

Denzel, Jesco

35. Con el presidente Vladímir Putin en el Kremlin el 16 de enero de 2006, mi primera visita oficial a

Moscú tras ser elegida canciller.

Laurence Chaperon





36. Con François Hollande, presidente de Francia, y Donald Tusk, presidente del Consejo de la UE, de luto el 11 de enero de 2015 en la manifestación en homenaje a las víctimas de los atentados terroristas islamistas de París contra la redacción de la revista *Charlie Hebdo*, entre otros.

Kugler, Steffen

37. A mi izquierda, José Manuel Durão Barroso, presidente de la Comisión de la UE; a mi derecha, Fredrik Reinfeldt, primer ministro de Suecia; la intérprete; Nicolas Sarkozy, presidente de Francia;

Barack Obama, presidente de Estados Unidos; en primer plano, Gordon Brown, primer ministro de Gran Bretaña, el 17 de diciembre de 2009 durante las intensas deliberaciones entre amigos en la Conferencia sobre el Cambio Climático en Copenhague.

Kugler, Steffen



38. Con Nelson Mandela, premio Nobel de la Paz, conversando en su fundación en Johannesburgo el 6 de octubre de 2007; admiro su política de perdón y reconciliación.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann Guido

39. Junto a Nkosazana Dlamini-Zuma, presidenta de la Comisión de la Unión Africana, inaugurando el 11 de octubre de 2016 el Centro Internacional de Convenciones Julius Nyerere para la Paz y la Seguridad de la UA, cuya construcción estuvo financiada por Alemania.

picture-alliance / dpa





40. Con Narendra Modi, primer ministro de India, visité el Pabellón de India en la Feria de Hannover el 13 de abril de 2015.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann, Guido

41. Con Xi Jinping, presidente de China (y su intérprete), conversando en un aparte de la sesión de trabajo para la redacción de la declaración final de la cumbre del G20 en Hamburgo en 2017.

Kugler, Steffen



42. Con la reina Isabel II de Inglaterra el 24 de junio de 2015, en su última visita oficial a Alemania; para mí fue todo un honor poder recibirla en la Cancillería.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann,
Guido

43. El papa Francisco y yo intercambiamos regalos durante una audiencia privada el 17 de junio de 2017; una vez finalizada la charla, le mostré sus tan queridas especialidades de su país natal, que le había traído expresamente tras mi viaje a Argentina.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann,
Guido



44. Visita navideña el 18 de diciembre de 2010 en Kunduz a las tropas del Ejército alemán destinadas

en Afganistán.

Kugler, Steffen



45. Shimon Peres, presidente de Israel, me acompañó el 16 de marzo de 2008 en mi visita a la tumba de David Ben-Gurión, primer presidente de Israel, en el desierto del Néguev.

Kugler, Steffen





46. Discurso en el Knesset el 18 de marzo de 2008 por invitación de Dalia Itzik, presidenta del Parlamento; la seguridad de Israel es parte de la misión del Estado alemán.

Kugler, Steffen

47. Barack Obama, presidente de Estados Unidos, me concedió la Medalla de la Libertad durante una cena de gala el 7 de junio de 2011 en la rosaleda de la Casa Blanca.

Denzel, Jesco



48. Con Barack Obama el 26 de abril de 2016 visitando la Feria de Hannover, en la que Estados Unidos era el país invitado. Las relaciones comerciales germano-americanas son de vital importancia para Alemania; al fondo de la imagen, Alexander Dobrindt, ministro de Transportes, y Johanna Wanka, ministra de Investigación.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal /
Bergmann, Guido: 49. En una visita al Foro Humboldt el 19 de abril

de 2018, Neil MacGregor (a la izquierda), director general del centro, nos explicó a Emmanuel Macron, presidente de Francia, y a mí la maqueta del antiguo castillo de la ciudad de Berlín.

Steins, Sandra



50. Volodímir Zelenski me recibió el 22 de agosto de 2021 en mi última visita como canciller a Kiev dos días antes del día de la Independencia de Ucrania.

Steins, Sandra

51. En el Despacho Oval de la Casa Blanca con el presidente Joe Biden y las delegaciones alemana y americana el 15 de julio de 2021; debido a las restricciones para viajar durante la pandemia, el viaje oficial tras mi reelección a Estados Unidos se convirtió también en mi último viaje como canciller.

Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal / Bergmann, Guido



52. La escultura Kairós, una representación del dios griego para el momento adecuado, en una visita a

una exposición en Berlín del escultor Thomas Jastram en enero de 2019.

Johannes Evert

* En alemán, la pronunciación de *Pfarrer* ('sacerdote') y *Fahrer* ('conductor') es muy similar y puede llevar a confusión. (*N. del t.*)

del t.)

* En alemán, *Mops*, la palabra que utiliza Morgenstern en su poema para referirse a un doguillo, también es aplicable a una persona rechoncha. (*N. del t.*)

* Acto religioso con música blues que organizaba Eppelmann en su iglesia de Friedrichshain, durante el cual los fieles podían expresar su disconformidad con las políticas del Estado. (*N. del t.*)

* Acepción nacida a partir del Bloque Democrático Antifascista, creado en 1945, y que incluye a todos los partidos que sin suponer ninguna competencia, actuaban bajo el paraguas del SED. (*N. del t.*)

* Verso final del poema de Christian Morgenstern «Die unmögliche Tatsache». (*N. del t.*)

* Parlamento del *Land* de Berlín. (*N. del t.*)

* En alemán, *Steinbutt* significa 'platija de piedra', seguramente por ser un pez que habita fondos marinos arenosos y con gravilla. (*N. del t.*)

* Refrán alemán con un sentido similar al del verso de Pablo Neruda: «El fuero para el gran ladrón, la cárcel para el que roba un pan». (*N. del t.*)

* En la elección de los diputados del Bundestag, el votante puede emitir dos votos: un primer voto (*Erststimme*) para un candidato directo y un segundo voto (*Zweitstimme*) para una lista proporcional. (*N. del t.*)

* Palabras que podrían traducirse como 'plumas ajenas' y que dan título a una sección del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* en la que se publican textos de colaboradores invitados. (*N. del t.*)

* Tres veces a la semana, el gobierno alemán debe responder en rueda de prensa a las preguntas de los periodistas, y son estos los que deciden a quién hacen las preguntas. (*N. del t.*)

* Aunque Herrenkrug es el nombre de uno de los barrios tradicionales de Magdeburgo, su traducción literal vendría a ser 'bar de hombres'. (*N. del t.*)

* En el original, la autora subraya que oficialmente se le llama «Staatsministerin bei der Bundeskanzlerin»; es decir, ministra de *la* canciller, no del canciller, lo que en España equivaldría a una ministra de la Presidencia. (*N. del t.*)

* Niños vestidos de Reyes Magos que durante las navidades van de casa en casa cantando villancicos para recaudar dinero para obras benéficas. (*N. del t.*)

* Círculo de parlamentarios de la coalición CDU/CSU. (*N. del t.*)

* Se refiere a las asociaciones de alemanes expulsados del Centro y Este de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. (*N. del t.*)

* Literalmente, 'cultura de la bienvenida'. (*N. de la t.*)

* En el original en alemán, el lema era « *Zusammenführen. Und zusammen führen*». Al separar verbo y adverbio, un mismo vocablo adquiere un significado diferente. En la traducción se pierde el juego de palabras. (*N. de la t.*)

* Estos versos pertenecen a la canción *Für mich soll's rote Rosen regnen*, de Hildegard Knef. (*N. del t.*)

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rbalibros.com

Document Outline

- [PRÓLOGO](#)
- [PRIMERA PARTE. «NO NACÍ PARA SER CANCELLER»](#)
 - [UNA INFANCIA FELIZ](#)
 - [A VER MUNDO](#)
 - [EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA RDA](#)
- [SEGUNDA PARTE. UN DESPERTAR DEMOCRÁTICO](#)
 - [UNIDAD Y JUSTICIA Y LIBERTAD](#)
 - [POR MI PROPIA CUENTA](#)
- [TERCERA PARTE. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD](#)
 - [RECONSTRUCCIÓN DEL ESTE](#)
 - [IGUALDAD DE DERECHOS](#)
 - [SOSTENIBILIDAD](#)
 - [¿POR QUÉ LA CDU?](#)
- [CUARTA PARTE. AL SERVICIO DE ALEMANIA I](#)
 - [LA PRIMERA](#)
 - [UN CUENTO DE HADAS ESTIVAL](#)
 - [ANFITRIONA EN UNA SILLA DE PLAYA](#)
 - [CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL](#)
 - [LA CRISIS DEL EURO](#)
 - [UCRANIA Y GEORGIA, ¿MIEMBROS DE LA OTAN?](#)
 - [PAZ Y AUTODETERMINACIÓN EN UCRANIA](#)
 - [«LO LOGRAREMOS»](#)
- [QUINTA PARTE.](#)
 - [UNA CARA AMABLE](#)
 - [UN MUNDO CONECTADO: EL NUDO LLANO](#)
 - [CLIMA Y ENERGÍA](#)
 - [MISIONES DE LAS FUERZAS ARMADAS](#)
 - [ISRAEL](#)
 - [KAIRÓS](#)
 - [LA PANDEMIA](#)
- [EPÍLOGO](#)

- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [NOTA EDITORIAL](#)
- [SIGLAS Y ACRÓNIMOS](#)
- [NOTAS](#)